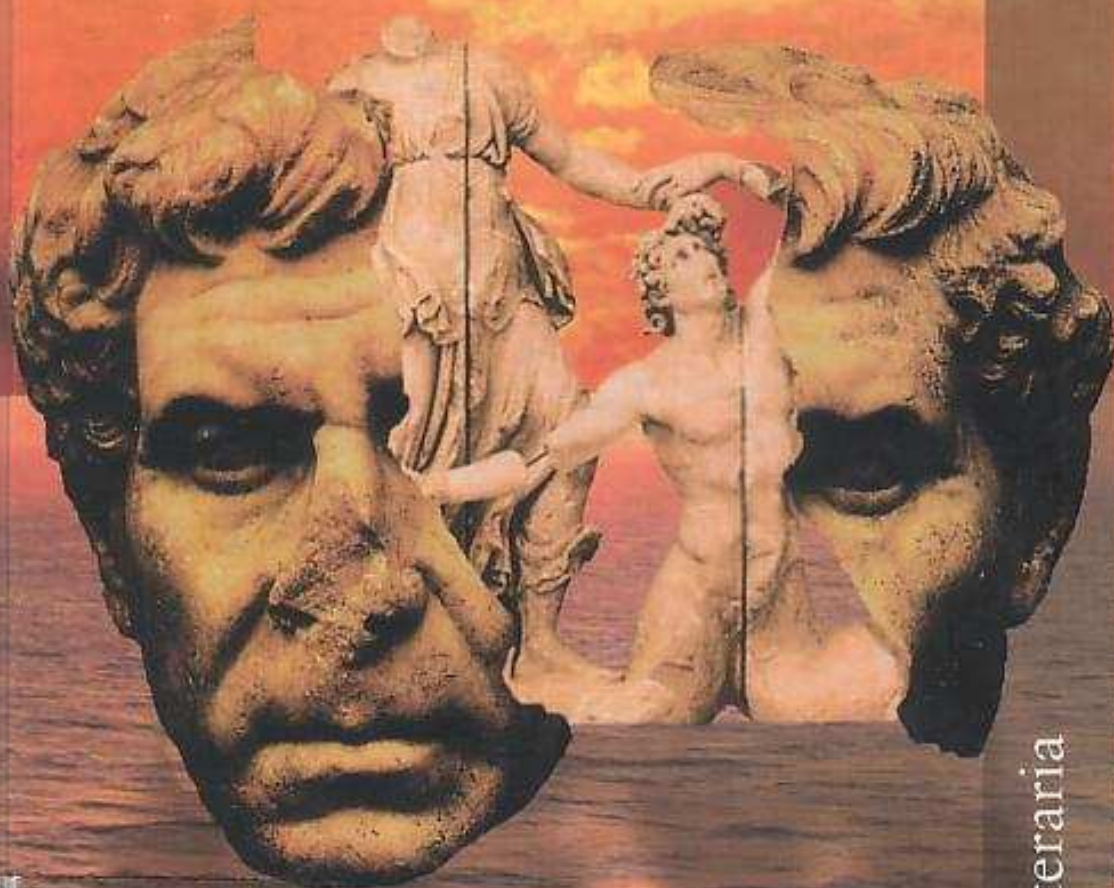


Hermann
Broch

La muerte
de Virgilio



Alianza Literaria

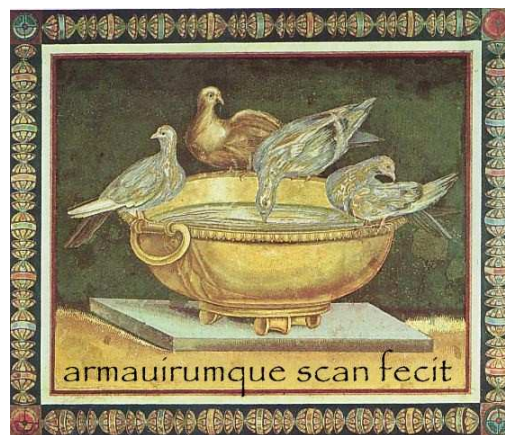
Hermann Broch

La muerte de Virgilio

Versión de J. M. Ripalda
sobre traducción de A. Gregori

Alianza Editorial

Título original: *Der Tod des Vergil*



Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

©1958 by Rhein Verlag A. G. Zürich

Todos los derechos reservados por
Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main

Ed cast.: Alianza Editorial S. A., Madrid 1979, 1980, 1981, 1984, 1986, 1989, 1994, 1995, 1997, 2000

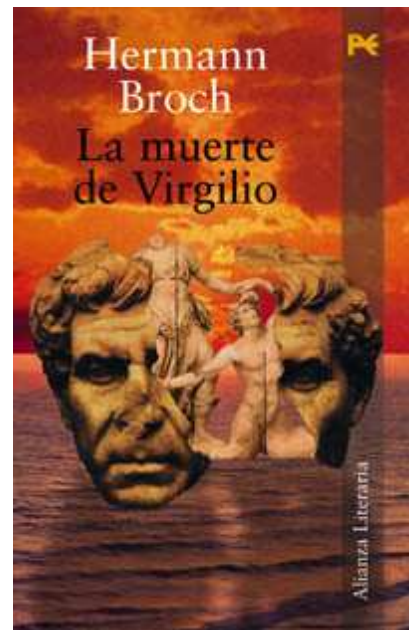
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid teléf 91 393 88 88

ISBN: 84-206-4377-7

Depósito legal: M 4.401-2000

Impreso en Closas-Orcoyen, S. L Polígono Igarza. Paracuellos del Jarama (Madrid)

Printed in Spain

La muerte de Virgilio**Autor:** Broch, Hermann**Traductor/es:** Ripalda, José María**Editorial:** Alianza Editorial, S.A., Madrid, Julio - 2000.**Materias:** Literatura en lengua alemana. Novela y cuento.**Encuadernación:** rústica**Dimensiones:** 220 mm. X 140 mm.**Nº de páginas:** 496**ISBN:** 84-206-4377-7**Colección:** Alianza literaria 13

La muerte de Virgilio es, sin lugar a dudas, una de las obras fundamentales de la narrativa del siglo XX. Su autor, Hermann Broch, figura junto a Kafka y Joyce, entre los escritores que, en torno a la década de los veinte, llevaron a cabo una renovación radical de este género literario. La muerte de Virgilio tomó cuerpo en las cinco semanas que Broch estuvo encarcelado en Alt-Ausse, tras ser detenido por la Gestapo. Acabará esta obra monumental —que aparecerá en 1945 casi simultáneamente en inglés y alemán— durante su exilio en Estados Unidos. Consciente de vivir un tiempo de transición, y trazando un paralelo entre la época de Augusto y la suya propia, Broch se plantea a lo largo de la obra cuestiones como la posibilidad del conocimiento y, muy especialmente, la función del arte en un tiempo de crisis. Combinando la reflexión filosófica con la lírica y el análisis psicológico, elabora un largo poema en prosa de un barroquismo delirante que desafía las normas de la narrativa tradicional. En la novela, el poeta Virgilio, en las horas anteriores a su muerte, cae en un duermevela en el que se funden el pasado y el presente, el sueño y la vigilia, lo tangible y la alucinación. Dilatada al máximo su capacidad de percepción por su progresivo desprendimiento de la realidad, lleva a cabo un minucioso análisis de su entorno físico y mental que se corresponde en la forma con una investigación profunda de las posibilidades del lenguaje.

Hermann Broch*(Austria, 1886-1951)*

Novelista, dramaturgo y filósofo austriaco. Broch nació en Viena el 1 de noviembre de 1886. Fue director de la empresa textil de su familia desde 1907 hasta 1928, año en el que abandonó la empresa para estudiar matemáticas y filosofía en la Universidad de Viena. La trilogía novelística de Broch, *Los sonámbulos* (1931-1932), influida por las obras de Marcel Proust, James Joyce y Franz Kafka, presenta a las clases medias de Alemania entre 1888 y 1918, como una gente sin objetivos ni ideales, que se mueve sonámbula entre los cambios sociales. Tras la ocupación nazi de Austria, en 1938, fue detenido como sospechoso de oposición. Huyó a Estados Unidos, donde enseñó en las universidades de Princeton y Yale y emprendió investigaciones sobre psicología de masas. Entre sus últimas novelas, *La muerte de Virgilio* (1945) utiliza las dudas del poeta clásico romano Virgilio acerca de si debe destruir su poema épico, la *Eneida*, para cuestionar el valor del arte y llevar a cabo una de las obras cumbres de la narrativa de este siglo; *Los inocentes* (1950) describe los años entre 1918 y 1933 y la pasividad que permitió el ascenso del nazismo; y su última e incompleta novela, *El tentador* (1954) recrea la historia del nazismo, representada por una crisis en un pueblo de montaña. Broch murió el 30 de mayo de 1951 en New Haven, Estados Unidos.



[A quienes pueda interesar: <http://settembrini.blogia.com/2006/052701-hermann-broch-1886-1951-.php>]

Índice

[La numeración corresponde al libro impreso]

- 9 [Agua - El arribo](#)
 73 [Fuego - El descenso](#)
 231 [Tierra - La espera](#)
 439 [Éter - El regreso](#)
 483 [Apéndice. Fuentes documentales](#)

...fato profugus...

VIRGILIO, *Eneida*, 1, 2¹

...Da jungere dextram,
 da, genitor, te que amplexu ne subtrahe nostro.
 Sic memorans, largo fletu simul ora rigabat.
 Ter conatus ibi collo dare brachia circum,
 ter frustra comprehensa manus effugit imago,
 par levibus ventis volucrique simillima somno.

VIRGILIO, *Eneida*, VI, 697-702²

Lo duca ed io per quel cammino ascoso
 Entrammo a ritornar nel chiaro mondo;
 E, senza cura aver d'alcun riposo,
 Salimmo su, ei primo ed io secondo,
 Tanto ch'io vidi delle cose belle
 Che porta il ciel, per un pertugio tondo;
 E quindi uscimmo a riveder le stelle.

DANTE, *Divina Commedia*,
Inferno, XXXIV, 133-139³

¹ ...prófugo del hado...

² ...Deja que estreche tu diestra,
 déjame, oh padre, y no huyas del abrazo.
 Así rememorando, un gran llanto el rostro le bañaba.
 Tres veces trató de echar los brazos en torno de su cuello,
 tres veces, en vano, asida escapó la imagen de la mano
 como viento ligero e igual que un sueño efímero.

³ El guía y yo por el camino oculto — Entramos a volver al claro mundo; — Y, sin tener cuidado de ningún reposo, — Subimos, él primero y yo segundo, — Hasta llegar a ver las cosas bellas — Que lleva el cielo por un hueco redondo; — Y luego reencontramos, fuera, las estrellas

Agua - El arribo

Azules como acero y ligeras, movidas por un viento contrario suave y apenas perceptible, las ondas del mar Adriático habían corrido al encuentro de la escuadra imperial, mientras ésta se dirigía hacia el puerto de Brindis, dejando a la izquierda las chatas colinas de la costa de Calabria que se acercaban poco a poco. En ese momento, en ese paraje, la soledad del mar llena de sol y sin embargo tan cargada de mortales presagios, se transformaba en la pacífica alegría de una actividad humana, y el oleaje, dulcemente iluminado por la cercana presencia y morada del hombre, se poblaba de naves diversas que también buscaban el puerto o que salían de él; las barcas de pardo velamen de los pescadores abandonaban ya en todas partes los pequeños muelles protectores de los infinitos villorrios y colonias a lo largo de la playa blanqueada por el agua, para lanzarse a la pesca vespertina, y el mar se había alisado como un espejo; la concha celeste se había abierto sobre ese espejo como una comba nacarada; atardecía y se sentía el olor de la leña quemada en los hogares, cada vez que una ráfaga recogía y traía de allí los ruidos de la vida, un martilleo o un grito.

De las siete naves de alto bordo, que seguían una tras otra en larga fila, sólo la primera y la última, ágiles quinqueremes ambas de agudo rostro, pertenecían a la flota de guerra; las cinco restantes, más pesadas e imponentes, con diez o doce órdenes de remos, ostentaban la pomposa construcción que distinguía a la corte augustal; y en el centro la más suntuosa, con su proa recubierta de bronce reluciente como el oro, relucientes como el oro las cabezas leoninas con sus anillas bajo la borda, los obenques llenos de gallardetes multicolores, llevaba, solemne y grande, la tienda del César entre velas de púrpura. En cambio, sobre la nave que le seguía inmediatamente, se hallaba el poeta de la *Eneida*, y en su frente estaba escrito el signo de la muerte.

Expuesto al mareo, en tensión por la constante amenaza de un acceso, no se había atrevido a moverse durante todo el día, mientras que aun encadenado a su lecho, levantado para él en el centro de la nave, se sentía, es decir sentía su cuerpo y su vida física (que ya desde muchos años a duras penas podía reconocer como algo suyo) semejantes a un solo recuerdo nostálgico y regustado de la liberación por la que se había sentido colmado, cuando alcanzaron la zona costera más calma; y este cansancio oscilante, tranquilizador y sosegado, se hubiera convertido tal vez en una felicidad casi perfecta, si no hubieran reaparecido —a pesar del aire fuerte y saludable del mar— la tos torturante, la relajación provocada por la fiebre de todas las tardes, la angustia de todas esas tardes. Así yacía él en ese lecho, él, el poeta de la *Eneida*, él, Publio Virgilio Marón; en ese lecho yacía con amenguada conciencia, casi avergonzado por su desamparo, casi exasperado por ese destino, y miraba fijamente la nacarada redondez de la bóveda celeste: pero, ¿por qué había cedido a la insistencia del Augusto?, ¿por qué se había alejado de Atenas? Ahora se había desvanecido la esperanza de que el sagrado y gozoso cielo de Homero favoreciera, propicio, la terminación de la *Eneida*; se había desvanecido cualquier esperanza de la inconmensurable novedad que hubiera debido surgir, la esperanza de una existencia filosófica y científica, alejada del arte y de la poesía, en la ciudad de Platón; se había desvanecido la esperanza de poder pisar jamás la tierra jónica; ¡oh, había desaparecido la esperanza en el milagro, del conocimiento y en la salvación por el conocimiento! ¿Por qué había renunciado a ella? ¿Voluntariamente? ¡No! Había sido casi una orden de las fuerzas ineludibles de la vida, de aquellas indeclinables fuerzas del destino que nunca desaparecen completamente, aunque por momentos se ocultan en lo infraterreno, en lo invisible, en lo inaudible, pero inquebrantablemente presentes como amenaza inexplorable de las potencias a las que nunca es posible sustraerse, a las que siempre hay que someterse: era el destino. Él se había dejado llevar por el destino y el destino lo llevaba al final. ¿No había sido siempre ésta la forma de su vida? ¿Había vivido él alguna vez de otro modo? ¿Habían significado para él otra cosa, tal vez, la nacarada

concha del cielo, el mar primaveral, el cantar de las montañas y ese cantar doloroso en su pecho, la voz de la flauta del dios, otra cosa distinta de un lance que, como un vaso de las esferas, le acogería pronto para llevarle al infinito? Campesino era por su nacimiento; un campesino que ama la paz del ser terrenal; un campesino a quien hubiera convenido una vida simple y afincada en la comunidad del terruño; un campesino a quien, de acuerdo con su origen, hubiera correspondido poder quedarse, deber quedarse y que, de acuerdo con un destino más alto, no había abandonado la patria, pero tampoco había sido dejado en ella; había sido expulsado, fuera de la comunidad, e impelido en la más desnuda, perversa y bárbara soledad del torbellino de los hombres; había sido echado de la sencillez de su origen, expulsado al ancho mundo hacia una multiplicidad siempre creciente, y cuando, por ello, algo se había tornado más grande o más amplio, era solamente la distancia de la verdadera vida la que única y realmente había aumentado: sólo al borde de sus campos había caminado, sólo al borde de su vida había vivido; se había convertido en un hombre sin paz, que huye de la muerte y busca la muerte, que busca la obra y huye de la obra, uno que ama y sin embargo perseguido, un vagabundo a través de las pasiones internas y externas, un huésped de su propia vida. Y hoy, casi al fin de sus fuerzas, al fin de su fuga, al fin de su búsqueda, ahora que ya se había afanado y preparado para la despedida, afanado para la aceptación y preparado para admitir la última soledad, para entrar en el camino interior de vuelta hacia ella, el destino se había adueñado otra vez de él con sus fuerzas, le había prohibido una vez más la sencillez y el origen y la intimidad, le había desviado una vez más de la ruta del retorno, cambiándola por la senda de la multiplicidad de lo externo, le había obligado a volver al mal que había ensombrecido toda su vida; era como si el destino no le reservara ya más que la única sencillez: la de morir. Sobre él chirriaban las vergas en las jarcias y el chirrido se mezclaba al suave clamor de las velas hinchadas; oía el resbalar de espuma en la estela y la lluvia de plata que comenzaba a saltar cada vez que se alzaban los remos; oía el grave rechinar de esos remos en los toletes y el cortante chasquear del agua cada vez que volvían a sumergirse; sentía el leve y equilibrado impulso del barco hacia adelante, al compás de la masa multacentenar de los remos; veía deslizarse la línea de la costa con su cenefa blanca, y pensaba en los cuerpos de los mudos esclavos encadenados en el vientre de la nave, ese vientre sofocante y abierto, pestilente, tronante. El mismo compás de impulso, como trueno sordo, salpicado de plata, llegaba de las dos naves cercanas, de la más vecina y de la siguiente, parecido a un eco que se prolongara sobre todos los mares y por todos ellos fuera contestado, porque así van por doquiera, cargados con hombres, cargados con armas, cargados de granos, de mármol, de aceite, de vino, de especias, de sedas, cargados de esclavos; esta navegación universal, que canjea y comercia, una de las peores entre las muchas corrupciones del mundo. Ahí, sobre esas naves, no se transportaban ciertamente mercancías, sino vientres golosos, el personal de la corte: toda la popa, hasta la cubierta, había sido dedicada a su alimentación; desde la mañana temprano resonaban allí los ruidos del comer y, constantemente, rodeaban el espacio del comedor grupos de personas ávidas, espionando dónde quedara libre un lugar en el triclinio, prontas a precipitarse sobre él en lucha con los competidores, ansiosas también de poderse tender finalmente para a su vez comenzar o recomenzar con los manjares; los sirvientes de pie ligero, jovencitos finamente presentados, no pocos entre ellos lindos y mórbidos, pero ahora cansados y sudorosos, no tenían ya aliento, y su jefe, eternamente sonriente, con la fría mirada en los ángulos de los ojos y las manos cortésmente abiertas a la propina, corría él mismo en las dos direcciones por la cubierta porque, además de la dirección del banquete, debía cuidar de aquellos que —sorprendentemente numerosos— parecían satisfechos y se concedían otros placeres, unos paseándose con las manos sobre el vientre o unidas en el trasero, otros en cambio discutiendo con amplios gestos, estos dormitando o roncando sobre sus lechos, cubierta la cara con la toga, aquellos sentados ante las mesas de juego —que debían ser alimentados y atendidos con bocaditos que se les llevaban y ofrecían por las cubiertas sobre grandes fuentes de plata—, en previsión de un hambre que podía anunciarse renovada a cada instante, para prevención de una gula cuya expresión estaba clara e indeleblemente marcada en la cara de todos ellos, los bien alimentados y los magros, los tardos y los ágiles, los paseantes como los sentados, los despiertos como los dormidos, a veces esculpida, a veces incrustada, aguda o levemente, más perversa o más bondadosa, como de lobo, de zorro, de gato, de loro, de caballo, de tiburón, pero siempre dirigida a

un goce horrendo de algún modo encerrado en sí mismo, ávido por una posesión insaciable, ávido por un tráfico de mercancías, dineros, cargos y honores, ávido por la laboriosa inacción del poseedor. Por doquier había alguien metiendo algo en la boca, por doquier ardía la ansiedad, ardía la codicia, desarraigada, pronta a tragar, tragándolo todo; su hálito vibraba sobre la cubierta, lo llevaba el impulsivo compás de los remos, implacable, imponiendo su presencia: toda la nave vibraba de avidez. ¡Oh, bien se merecían ser representados alguna vez con exactitud! ¡Un canto de la codicia debía estarles dedicado! Mas ¿de qué serviría ahora? Nada puede el poeta, ningún mal puede evitar; se le escucha únicamente cuando magnifica el mundo, pero no cuando lo representa tal como es. ¡Sólo la mentira es gloria, mas no el conocimiento! ¿Y sería posible, pues, pensar que a la *Eneida* le tocaría ejercer otra influencia, una influencia mejor? ¡Ay, se la ensalzará, porque todo lo que él ha escrito ha sido ensalzado, porque también en ella se leerá solamente lo agradable y porque no existía ni el peligro ni la perspectiva de que pudiesen escucharse advertencias; ay, le era imposible engañarse o dejarse engañar por esperanzas; demasiado bien conocía a este público, para quien la grave labor del poeta, la auténtica, que aguanta el conocimiento, consigue tan poca atención como la de los esclavos del remo, llena de amargura, amargamente dura; para quien la una vale exactamente lo mismo que la otra: ¡un tributo adecuado al usuario, recibido y asumido como disfrute de un tributo! Allí no había solamente vividores que holgaban y comían alrededor de él, aunque el Augusto debía tolerar a muchos de esa calaña en su proximidad; no, muchos de ellos habían prestado ya meritorios y loables servicios de toda clase; pero de lo que eran de ordinario, habían borrado la parte mayor durante la inacción del viaje, con una manera casi sibarítica de desnudarse a sí mismos, y les había quedado intacto solamente su ciego orgullo en confusa codicia, en un crepúsculo lleno de avidez. Abajo, en la persistente tiniebla de abajo, impulso tras impulso, trabajaba espléndida, salvaje, animal, infrahumana, la sometida masa de los remeros. Los que se hallaban allá abajo no le comprendían ni se cuidaban de él; éstos, aquí arriba, afirmaban que le veneraban y hasta lo creían; entretanto, como siempre le había sido indiferente que pensarán amar sus obras por mentido gusto o que le manifestaran veneración, mintiendo también, porque era amigo del César, él, Publio Virgilio Marón, no tenía nada en común con ellos, aunque el destino le hubiese empujado dentro de su círculo; le asqueaban, y si como un saludo anticipado del ocaso no hubiera comenzado a soplar la brisa de la costa, si su soplo no hubiese barrido de la nave el hedor del banquete y de la cocina, el mareo le hubiera asaltado otra vez. Se cercioró de que el cofre con el manuscrito de la *Eneida* estaba intacto a su lado y, echando una mirada a la constelación occidental que se hundía en lo profundo, se subió la manta hasta debajo del mentón: sentía frío.

De vez en cuando, ciertamente, le entraban ganas de dirigirse hacia esa horda humana que alborotaba detrás de él, casi curioso por todo lo que podían hacer aún; pero lo dejaba, y era mejor no hacerlo; hasta le pareció, cada vez más, que le estaba prohibido volverse hacia ellos.

Por eso estuvo quieto. El primer anticipo del crepúsculo se tendía claro por el cielo, se tendía delicado sobre el mundo, cuando llegaron a la estrecha entrada de Brindis, semejante a un río; hacía más fresco, pero el tiempo era también más suave; el aliento salino se mezclaba con el aire más pesado de la tierra, en cuyo canal penetraban ahora las naves, una tras otra, disminuyendo la marcha. El elemento de Poseidón se tornó gris como el hierro, plomizo, sin que ningún oleaje lo encrespase ya. Sobre los almenares de las fortalezas, a la derecha y a la izquierda del canal, se habían dispuesto las tropas de la plaza en honor del César, tal vez también como primer saludo de cumpleaños, porque Octaviano Augusto volvía a casa para festejar su natalicio; dentro de dos días, sí, pasado mañana, debía ser festejado en Roma: cuarenta y tres años cumplía el Octaviano que navegaba allí delante. Roncos subían de las orillas los vítores de las tropas; a cada grito, los portaestandartes alzaban el rojo *vexillum*, corta y diestramente, por las alas de los manípulos, para abatirlo luego ante el dominador, el asta oblicua contra el suelo; en fin, lo que allí ocurría era la poderosa y sobria salutación, como la prescribía el reglamento militar, minuciosamente correcta en su rudeza soldadesca y, a pesar de todo, notablemente suave, notablemente crepuscular; se hubiera podido considerarla casi como un ensueño, por lo borrosos y pequeños que aleteaban los gritos en la amplitud de la luz, por lo muy otoñal que se marchitaba el rojo de los estandartes, sombreado por el firmamento que desde arriba declinaba hacia el gris. La luz es más grande que la tierra, la tierra es

más grande que el hombre y nunca jamás puede hacer pie el hombre, hasta que no respira hacia la patria, regresando a la tierra, terrenalmente retornando a la luz, recibiendo terrenalmente la luz sobre la tierra, recibido por la luz sólo a través de ella, tierra que se torna luz. Y nunca está la tierra en más íntima vecindad con la luz, nunca la luz en más confiada vecindad con la tierra, que en el crepúsculo adherido a los dos límites de la noche. Todavía dormitaba la noche en la profundidad de las aguas, pero iba deslizándose hacia arriba en diminutas ondas silenciosas; por doquiera en el espejo del mar, sin distinción posible entre el arriba y el abajo, surgían las ondas mudas y aterciopeladas del fondo de la noche, las ondas del segundo infinito, de lo suprainfinito brotando en su eterno parto, y comenzaron a verter dulce y quedamente su aliento sobre el centelleo. La luz no venía ya de arriba, estaba suspendida en sí misma y, en sí misma suspendida, brillaba todavía, es cierto, pero ya no alumbraba, de modo que aun el paisaje sobre el cual pendía, parecía limitado a su propia extraña luz. Tañer de grillos, con miles de voces, pero en un solo tono sostenido, penetrante, pero plácido en su regularidad, sin altos ni bajos, llenaba con su sibilante la tierra entenebrada; sin fin... Debajo de las fortificaciones, hasta la orilla de piedra, las pendientes mostraban una rala hierba y, por mezquina que fuera, lo que brotaba era paz, era calma nocturna, era oscuridad de raíces, era oscuridad de la tierra, difundida entre la pálida luz. Luego toda ella se volvió más concentrada, más rica en plantas, más plena en el color, y, muy pronto, quedaron absorbidos en ella también los arbustos, mientras en las lomas de las colinas, arriba, entre parcelas campesinas con sus cercados de piedra, aparecían los primeros olivos, grises como el tenue rayo de niebla del crepúsculo cada vez más denso. Entonces se tomó irrefrenable el deseo de extender la mano hacia esa ¡ay! tan lejana orilla, de hurgar en la oscuridad de los arbustos, de sentir entre los dedos las hojas brotadas de la tierra, de retenerlas para siempre... El deseo temblaba en sus manos, temblaba en los dedos por el ansia irrefrenable de la verde hojarasca, de los flexibles rabillos de las hojas, de sus bordes ásperos y suaves, de su dura carne viva; lo sentía anhelante, cuando cerraba los ojos y era una asombrosa nostalgia sensorial sensitivamente ingenua y sobrecogedora, como la masculina rudeza huesosa de su puño de campesino, sensitivamente hecho a palpar y percibir, como su fina nervadura de delgados tendones, casi femenina; ¡oh hierba, oh fronda, oh lisura y rugosidad de la corteza, vitalidad del múltiple brotar, oscuridad en la tierra ramificada en sí misma y hecha como un cuerpo! ¡Oh mano, mano sensitiva palpante, acogedora, englobante, oh dedo y yema ruda y suave y blanda, piel viva, superficie suprema de la oscuridad del alma, abierta en las manos elevadas! Siempre había sentido en sus manos ese extraño y casi volcánico pulsar, siempre le había acompañado una instintiva idea de una extraña vida propia de sus manos, una idea vaga de que estaba vedado por siempre jamás trasponer el umbral del saber, como si sospechara un turbio peligro en ese saber; y cuando, según costumbre, como lo hacía también ahora, daba vuelta a su sello, engarzado en el dedo de su diestra, finamente labrado, hasta el punto casi de parecer poco viril, era como si con ello pudiera conjurar aquel turbio peligro, como si pudiera calmar así la nostalgia de las manos, como si con eso pudiera llevarla a una especie de autocontrol, aliviando su angustia, la nostálgica angustia de manos de campesino que ya jamás podían tomar el arado ni la semilla, y por eso habían aprendido a asir lo inasible; la profética angustia de manos a cuya voluntad de forma, privada de la tierra, nada le había quedado fuera de su propia vida en el todo inasible, en peligro y peligrosas, tan hondamente hundidas en la nada y convencidas de su peligrosidad, que el presentimiento de la angustia, en cierto modo elevado sobre sí mismo, se tomó un esfuerzo irrefrenable, el esfuerzo de establecer la unidad de la vida humana, de conservar la unidad de la nostalgia humana, y de impedir así su descomposición en un enjambre de pequeñas vidas parciales, pequeñas en su nostalgia y nostálgicas de lo pequeño; y es que no basta la nostalgia de las manos, no basta la nostalgia de los ojos, no basta la nostalgia del oído, es que sólo basta la nostalgia del corazón y de la mente en su comunidad, la totalidad nostálgica del infinito interior y exterior, que mire, espíe, comprenda y respire en una unidad doblemente respirada, es que sólo a ella le está concedido superar la turbia ceguera sin esperanza del aislamiento y su angustia, sólo en ella se da el doble desarrollo desde las raíces cognitivas del ser, y esto él lo presentía, lo había sentido siempre —¡oh nostalgia de aquel que es siempre sólo huésped y sólo huésped puede ser siempre, oh nostalgia del hombre!—; esto había sido siempre su atisbar lleno de presentimientos, su alentar lleno de presagios, su pensar lleno

de preñuncios, atisbado, alentado y pensado dentro del torrente luminoso del todo, en la ciencia inaccesible del todo, en el nunca cumplido acercamiento a la infinitud del todo, inalcanzable hasta en el borde más externo, tanto que la mano anhelante de nostalgia ni siquiera se atreve a tocarlo. Pero acercamiento era sin embargo, en acercamiento se quedaba, y un atisbar que respira y espera era sólo su pensamiento; al acecho en el doble abismo de las esferas de Poseidón y Vulcano, las une a ambas, porque las dos tienen sobre sí en común la bóveda del cielo de Júpiter. Abierta y cambiante era la luz crepuscular, era lo respirable tan escurridizo como el líquido elemento cortado por las quillas, baño líquido de lo interior y lo exterior, baño líquido del alma, fluyendo lo respirable del más acá al más allá, del más allá al más acá, desvelada puerta del saber, nunca él mismo y sin embargo ya presentimiento de él, presentimiento de la entrada, presentimiento del camino, presentimiento oscuro del oscuro viaje. Delante, en la proa, cantaba un esclavo músico; probablemente la compañía allí reunida, su ruido absorbido por la quietud del atardecer, había tomado para sí al joven, presintiendo el retorno también ella, y después de una breve pausa para templar la lira y otra breve espera de norma artística, había resonado y flotaba la canción sin nombre del muchacho sin nombre, irradiando dulcemente el canto, aleteando como un soplo, semejante a los colores de un arco iris en el cielo nocturno, irradiando dulcemente el sonido de las cuerdas, delicado como el marfil, obra humana el canto, obra humana el sonido de las cuerdas, pero alejado de los hombres hasta más allá del origen de los hombres, liberada de los hombres, liberada del sufrimiento, éter de las esferas que se canta a sí mismo. Se hizo más oscuro, los rostros se hicieron más borrosos, las orillas difusas, el barco oscuro; sólo quedó la voz, ahora más clara y dominante, como si quisiera guiar la nave y el compás de los remos, olvidado el origen de la voz y a pesar de ello voz guía de un muchacho esclavo; la canción indicaba la vía, descansando en sí misma y por eso mismo en guía convertida, y por eso mismo abierta a lo eterno, pues sólo lo que descansa es capaz de guiar, sólo lo único y singular arrancado, no, salvado del fluir de las cosas, se abre a lo infinito, sólo lo retenido —ay, ¿logró alguna vez él mismo ese ¡alto! tan verdaderamente orientador?—, sólo lo que verdaderamente se ha afirmado, aunque sea un único instante en el mar de millones de años, llega a la perduración eterna, se torna canto guía, conduce; oh, un solo instante de vida, ensanchado al todo, ensanchado al círculo del conocimiento total, abierto a lo infinito; alto sobre la radiante canción, alto sobre el radiante crepúsculo, respiraba el cielo, cuya agria y clara dulzura otoñal se había repetido invariablemente desde mil y mil siglos, y todavía se repetirá invariablemente por mil y mil siglos, única a pesar de ello en su aquí y en su ahora; y sobre el claro brillo sedoso de su cúpula flotaba en calma el umbral de la noche.

La canción guió, pero ya no por mucho tiempo; la navegación entre las orillas del canal de acceso llegó pronto a su fin y la canción se apagó en la inquietud general que se desarrolló a bordo, cuando se abrió la bahía interior del puerto, brillante ya la negrura de su espejo plomizo, y la ciudad dispuesta en abanico alrededor de la cuenca apareció a la vista con su multitud de luces, centelleando como un cielo estrellado en la niebla del anochecer. De repente se notaba calor. La escuadra se detuvo para dejar en primer lugar la nave del César, y entonces —bajo la suave inmutabilidad del cielo otoñal también este hecho hubiera debido retenerse como algo único e infinito— comenzó una prudente maniobra para pilotarse sin peligro a través de los botes, los veleros, las barcas de pesca, tartanas y naves de transporte ancladas por todas partes; cuanto más se adelantaba, tanto más estrecho se tornaba el canal navegable, tanto más apretada era la masa de las moles navales alrededor, tanto más espesa la confusión de los mástiles y de las sogas y de las velas recogidas, muertas en su rigidez, vivas en su quietud, masa de raíces extrañamente oscura, entrecruzada y enmarañada, que brotaba sombríamente de la brillante superficie oscura y aceitosa del agua hacia la inmóvil claridad vespertina del cielo, negra tela de araña de madera y cañamo, reflejada espectralmente abajo en las aguas, atravesada espectralmente arriba por la salvaje llamarada de las antorchas agitadas entre gritos para la bienvenida en todas partes en las cubiertas, iluminada espectralmente por la magnificencia de las luces en la plaza del puerto: en la hilera de las casas portuarias estaba iluminada, ventana tras ventana, hasta debajo de los techos; estaba iluminada una hostería tras otra debajo de las columnatas; diagonalmente a través de la plaza se tendía una doble fila de soldados que llevaban antorchas entre el centelleo de los yelmos, hombre

tras hombre, con la evidente misión de mantener libre el camino a la ciudad desde el desembarcadero; alumbrados con antorchas estaban los tinglados y las oficinas aduaneras sobre los muelles; era un enorme espacio relumbrante, repleto de cuerpos humanos, una enorme cuenca relumbrante para una espera tan enorme como violenta, colmada de un rumorear producido por cientos de miles de pies que se arrastraban, rozaban, golpeaban, raspaban sobre el empedrado, un enorme anfiteatro hirviente, lleno de negro y ondulante siseo, de un mugido de impaciencia, que sin embargo enmudeció de pronto y cuajó tenso, cuando la nave imperial, empujada ya sólo por unos pocos remos, alcanzó el muelle con suave bordeo y atracó casi sin ruido en el lugar asignado, ante los dignatarios de la ciudad, en medio del cuadrado militar de antorchas; sí, entonces llegó el instante esperado por el sordo rugir de la bestia masa, para poder soltar su jubiloso alarido, que en ese momento estalló, sin pausa y sin fin, victorioso, estremecedor, desenfrenado, aterrador, magnífico, sometido, invocándose a sí mismo en la persona del Uno.

Esta era pues la masa para la que vivía el César y había sido creado el imperio y había sido preciso conquistar las Galias y habían sido vencidos el reino de los Partos, la Germania; ésta era la masa para la que había sido lograda la gran paz del Augusto y que debía ser sometida de nuevo a la disciplina y al orden del Estado para esa obra de paz, llevada de nuevo a la fe en los dioses y a una moral humano-divina. Y ésta era la masa sin la cual no se podía hacer política alguna y en la cual debía apoyarse también el mismo Augusto, mientras quisiera afirmarse; y, lógicamente, el Augusto no tenía otro deseo. ¡Sí, y éste era el pueblo, el Pueblo Romano, cuyo espíritu y cuyo honor él, Publio Virgilio Marón, él, auténtico hijo de campesino de Andes cerca de Mantua, no había por cierto descrito, pero sí tratado de ensalzar! ¡Ensalzado y no descrito..., tal había sido el error, ay, y éstos eran los ítalos de la *Eneida*! Desventura, un lodazal de desventura, un inmenso lodazal de inefable, inexpresable, inconcebible desventura hervía en la cuenca de la plaza; cincuenta mil, cien mil bocas rugían la desventura desde el fondo, se la rugían mutuamente sin oírla, sin saber de esa desventura, pero resueltos a ahogarla y aturdira en infernal ruido, en gritos y estrépito. ¡Qué salutación natalicia! ¿Es que sólo él lo sabía? Pesada como piedra la tierra, pesada como plomo el agua y allí estaba el cráter demoníaco de la desventura, abierto de par en par por el mismo Vulcano, un cráter de algazara al borde del reino de Poseidón. ¿No sabía el Augusto que esto no era un saludo natalicio, sino algo muy distinto? Un sentimiento de la más torturada compasión surgió en él, de una compasión que incluía tanto a Octaviano Augusto como a esas masas humanas, tanto al dominador como a los dominados, y ese sentimiento estaba acompañado por la sensación de una responsabilidad no menos torturada y realmente insoportable, de la que apenas podía darse cuenta; ya sólo, y justo, sabía que tenía poco parecido con la carga que había tomado sobre sí el César; al contrario, era una responsabilidad de muy otra naturaleza, porque, inaccesible a cualquier medida de Estado, inaccesible a cualquier poder terrenal por grande que fuera, era también tal vez inaccesible a los dioses esa desventura hirviente y oscura, desconocida y llena de misterio, y no había griterío de masas que pudiera tajarla; si acaso aún la débil voz del alma que se llama canto y con el presentimiento de la desgracia, sin embargo, anuncia la salvación que despierta, porque toda canción verdadera presiente el conocimiento, lleva el conocimiento, enseña el conocimiento. La responsabilidad del cantor, su responsabilidad de conocer, la que él sin embargo sigue siendo incapaz de llevar y cumplir por la eternidad... ¡oh, por qué no le había sido concedido penetrar más allá del presentimiento hasta el saber legítimo, del que solamente se puede esperar la salvación?! ¡oh, por qué el destino le había obligado a volver aquí?! ¡Aquí no había más que muerte, nada más que muerte y nueva muerte! Con los ojos abiertos, llenos de espanto, se había incorporado a medias, y ahora volvió a caer sobre el lecho, sobrecogido de horror, de piedad, de duelo, de deseo de responsabilidad, de impotencia, de debilidad; no era odio lo que sentía frente a la masa, ni siquiera desprecio, ni siquiera antipatía, nunca había querido menos alejarse del pueblo o elevarse sobre el pueblo; pero algo nuevo había aparecido, algo de lo que nunca había querido enterarse en todo su contacto con el pueblo, aunque dondequiera había estado —no importa si en Nápoles o en Roma o en Atenas— hubiese tenido más que oportunidad para ello, algo que surgía sorprendentemente arrollador aquí en Brindis: el abismo de perdición del pueblo en todo su alcance, el descenso de los hombres a plebe de gran ciudad, y con ello la transformación del hombre en lo contra-humano,

causada por el vaciamiento del ser, por la conversión del ser en mera vida codiciosa de superficie, perdido su origen radical y cortado del mismo, de manera que ya no queda otra cosa que la vida individual, peligrosamente disuelta, de un exterior casi turbio, preñada de desventura, preñada de muerte, oh, preñada de un desenlace misteriosamente infernal. ¿Era esto lo que el destino quiso enseñarle, obligándole a volver a la multiplicidad, rechazándole a esta horrible caldera de terrenalidad descompuesta? ¿Era ésta la venganza por su anterior ceguera? Nunca había sentido tan próxima la desventura de la masa; ahora estaba obligado a verla, a oírla, a sentirla hasta en la última raigambre de su propio ser, porque la ceguera es ella misma una parte de la desventura. Una y otra vez resonaba insistente el sombrío rugido jubiloso del aturdimiento; se agitaban antorchas, voces de mando cruzaban la nave; sordamente cayó sobre las planchas de la cubierta una maroma lanzada desde tierra, y la desgracia gritaba, y el tormento gritaba, y la muerte gritaba, gritaba el misterio preñado de desgracia, imposible de descubrir y, a pesar de ello, presente sin velos por doquiera. Quieto, yacía él entre el trápala de muchos pies apresurados; su mano apretaba firmemente una manija del cofre de cuero con el manuscrito, que nadie se lo pudiera arrancar; pero cansado por el ruido, cansado por la fiebre y la tos, cansado por el viaje, cansado por lo que vendría, imaginaba que esta hora del arribo podría trocarse fácilmente en su hora de muerte y casi era un deseo, aun cuando o porque sentía claramente que no había llegado todavía el momento; sí, casi era un deseo, aun cuando o porque hubiera sido una muerte extrañamente caótica, extrañamente ruidosa, y no le parecía inaceptable sino casi apetecible, pues, obligado a mirar al infierno de fuego, obligado a escucharlo, su corazón se veía obligado también a conocer el fuego lento infernal de lo infrahumano.

Sí, hubiera sido agradable dejarse llevar por una sensación desfalleciente, para sustraerse así a la algazara, para cerrarse a los vítores de la muchedumbre, al volcánico y subterráneo clamoreo que sin pausas, como si nunca quisiera acabar, fluía en poderosas ondas desde la plaza; pero esa fuga estaba prohibida, sin contar que podía llevar hasta la muerte, porque superior a toda energía era el imperativo de asir la menor partícula de tiempo, la menor partícula del acontecer, para incorporarla al recuerdo, como si con ella pudiera estar preservado de todas las muertes para todos los tiempos; él se aferraba a la conciencia, se aferraba a ella con la fuerza de quien siente acercarse lo más importante de su vida terrena y está lleno de la angustia de poder perderlo, y la conciencia, mantenida alerta por la despierta angustia, obedecía a su voluntad: nada se le escapaba, ni los gestos preocupados y el vacío apoyo del médico auxiliar de juvenil rostro afeitado y excesivamente pulcro, que por orden del Augusto estaba ahora a su lado, ni los rostros torpemente extrañados de los cargadores que habían subido a bordo una litera para llevárselo, enfermo y débil, como una cosa frágil y distinguida; él lo observó todo, debía retenerlo todo; notó la mirada encarcelada de sus ojos, notó el huraño tono de refunfuño con que se entendían los cuatro hombres, cuando levantaron su carga sobre los hombros, notó el olor agresivamente salvaje y maligno del sudor de sus cuerpos; pero no se le escapó tampoco que su toga había quedado allí y que ahora la llevaba un muchacho de negros rizos y aspecto realmente infantil, que había recogido la prenda con un rápido salto. Ciertamente, la toga era menos importante que el cofre del manuscrito, del que había encargado a dos cargadores pegados a la litera; de todos modos una pequeña porción de la vigilancia a la que se sentía obligado y se obligaba a sí mismo, pese a todas las veleidades del cansancio que trataban de atontarlo, podía recaer también sobre la toga, y ahora se preguntaba de dónde había surgido el chiquillo, que le parecía extrañamente conocido y familiar y que no había advertido en todo el viaje; era un jovencito algo tosco, un poco torpe a la manera campesina, por cierto ningún esclavo, por cierto ningún sirviente, y mientras infantilmente, con claros ojos en el rostro moreno, se apoyaba en la borda, esperando, porque en todas partes había demoras, echaba disimuladamente, de tarde en tarde, una mirada hacia la litera, torciendo luego los ojos suave, divertido, tímidamente, apenas se sentía observado en su acción. ¿Juego de miradas? ¿Juego de amor? ¿Una vez más sería arrastrado él, un enfermo, al doloroso juego de una existencia locamente deliciosa, una vez más arrastrado él, un yacente, al juego de una persona erguida? ¡Oh, ellos, los erguidos, no saben cómo está entretejida la muerte en sus ojos y en sus rostros, se niegan a saberlo, quieren solamente seguir jugando el juego de sus atractivos y de su complicación recíproca, el juego de su preparación al

beso, con los ojos loca y amablemente fijos en los ojos, y no saben que todo yacer para el amor es siempre también un yacer para la muerte! Pero el que yace irremediamente, sabe de eso y casi se avergüenza de haber caminado él mismo erguido un tiempo, de haber él mismo un tiempo — ¿cuándo fue? ¿fue en tiempos anteriores al recuerdo o sólo meses antes?— participado en el juego vital amablemente inconsciente, amablemente ciego; y casi siente el desprecio con que piensan en él los enredados en el juego, porque ya está excluido y yace allí desamparado, sí, casi lo siente como una alabanza. Pues no es dulce atracción la verdad de la mirada, no; sólo con sus lágrimas se torna vidente, sólo en el dolor es un ojo que ve, sólo sus propias lágrimas le llenan con las del mundo, colmado de verdad con el húmedo olvido de todo ser. ¡Oh, sólo al despertar entre lágrimas, la muerte en vida, en que se hallan y del que dependen los enredados en el juego, se torna vida que descubre la muerte, que descubre el todo! Y por eso justamente también el jovencito —¿qué rasgos tenía? ¿eran de un pasado anterior al recuerdo o los de un pasado muy reciente?—, por eso justamente debía mejor desviar la mirada y no desear seguir un juego que como pasatiempo era ya extemporáneo; demasiado discordante resultaba que esta mirada pudiera sonreír por sobre el propio entrelazamiento con la muerte; demasiado chocante era que fuese dirigida a un yacente cuyos ojos no podían ya dar una respuesta, ay, no querían ya darla; demasiado chocante era lo extravagante, lo amable, lo doloroso entre un infierno de ruido y de fuego, petrificado de ciego trajín, en medio del acoso humano, sin apenas una huella de humanidad. Tres puentes habían sido tendidos de la nave al muelle, el de popa reservado para los huéspedes del viaje, por cierto insuficiente para la impaciencia que se había tornado impetuosa, los otros dos en cambio destinados para la descarga de las mercancías y los equipajes; y mientras los esclavos dedicados a esta tarea en larga fila serpeante, a menudo ligados uno a otro como perros en parejas con collares y cadenas, pueblo multicolor de mirada sin dignidad, todavía humanos y ya no humanos, sólo criaturas movidas y azuzadas, figuras en harapos o semidesnudas, brillantes de sudor a la cruda luz de las antorchas, ¡horror!, ¡espanto!, mientras corrían por la pasarela del medio, para abandonar luego la nave a proa, encorvado casi en ángulo recto el cuerpo bajo el peso de cajas, sacos y cofres, mientras todo esto ocurría, los contramaestres encargados de vigilarlos, uno en cada extremo de cada planchada, agitaban automáticamente los cortos látigos sobre los cuerpos que pasaban delante de ellos, sin elegir, a ciegas simplemente, golpeando con la crueldad sin sentido y apenas cruel ya de un poder ilimitado, sin razón verdadera alguna, porque esa gente se apresuraba de suyo en la medida de sus pulmones, sin saber casi cómo lo hacían, más aún ni siquiera se agachaban cuando caía el látigo, sino que más bien hacían una mueca como una sonrisa; un pequeño sirio negro, alcanzado justamente al llegar a cubierta, con tranquilidad, sin hacer caso del rastro lívido en su espalda, acomodó los harapos que había colocado bajo el collar, para evitar lo más posible el roce con la clavícula, y sólo murmuró con una mueca hacia la litera levantada: «¡Baja, gran rey, baja; tú también puedes probar una vez cómo nos sabe a nosotros!» La contestación fue un nuevo arranque del látigo; mientras tanto el pequeño, ya advertido, había dado un rápido salto; la cadena se estiró reciamente y el golpe silbó en el hombro del compañero de esclavitud arrastrado por el impulso hacia adelante, un parto enorme, de rojo cabello y espesa barba, que, así como sorprendido, volvió la cabeza, y en esa mitad de la cara, que presentaba, entre una confusión de cicatrices desagradables —era sin duda un prisionero de guerra—, rojo y sangriento y fijo, un ojo vaciado, reventado, abierto, fijo y, a pesar de toda su ceguera, realmente sorprendido, porque aun antes de ser empujado hacia adelante por la fila que empujaba hacia delante con ruido de cadenas, un nuevo golpe había silbado otra vez alrededor de su cabeza, ciertamente porque ya había partido al mismo tiempo, y le había dividido la oreja con un sangriento tajo. Todo esto había durado apenas el tiempo de un breve latido de corazón, pero, a pesar de eso, lo suficiente como para interrumpir ese latido; ¡era infame contemplar eso y no emprender el menor intento de intervención —incapaz y tal vez hasta reluctante a intervenir—, hasta era infame tratar de retener ese hecho, infame un recuerdo en el cual también eso debía quedar anotado para la eternidad! Desmemoriado había sido el sarcasmo del pequeño sirio, desmemoriado, como si no hubiera más que un desolado y violentado presente, sin futuro y por eso también sin pasado, sin después y por eso también sin antes, como si ambos encadenados nunca hubiesen sido niños, nunca hubiesen jugado en los campos de la juventud, como si en su patria no hubiera

montañas, praderas, flores, ni siquiera un arroyo al fondo del atardecer, sonando en el valle lejano. ¡Oh, qué infame depender de la propia memoria, preocuparse por ella y cuidarla! ¡Oh recuerdo indestructible, recuerdo del ondular del trigo, lleno de campos, lleno del chasquear del bosque rumoroso con sus frescas paredes, lleno de los bosques de la juventud, ebrios a la mañana los ojos, ebrio a la tarde el corazón, verdor tembloroso que se abre y gris trémulo que declina, oh ciencia del arribo y del retorno, esplendor del recuerdo! Mas golpeado el vencido, aclamado salvajemente el vencedor, frío como la piedra el lugar del suceso, la mirada abrasadora y abrasadora la ceguera, ¿para qué ser inhallable valía ya la pena mantenerse despierto? ¿por qué futuro valía ya la pena el indecible esfuerzo del recuerdo? ¿en qué futuro iba a poder aún penetrar? ¿es que había futuro?

Las planchas del puente cedieron un momento, cuando la litera pasó sobre ellas al paso uniforme de los cargadores; abajo fluctuaba lenta el agua negra, estrechada entre la negra y pesada mole de la nave y el negro y pesado murallón del muelle, el elemento liso y denso respirando de sí, respirando suciedad, sobras y hojas de legumbres y melones en descomposición, todo lo que fermentaba abajo, flojas oleadas de un grave aliento dulzón de muerte, oleadas de una vida en podredumbre, la única que puede existir entre las piedras, viviente ahora sólo en la esperanza del renacimiento de su putrefacción. Así era allí abajo; aquí arriba en cambio estaban las varas impecablemente labradas, doradas y adornadas de la litera sobre los hombros de animales de carga de figura humana, animales de carga alimentados como hombres y de habla humana, de sueño humano, de pensamiento humano, y en el asiento de la litera impecablemente trabajado y tallado, adornados su respaldo y sus brazos laterales con estrellas de áurea lámina, descansaba un desecho, un enfermo, en él la putrefacción ya habitaba al acecho. Todo esto era extremadamente discorde; en todo esto se escondía la oculta desgracia, la rigidez de un suceder más perfecto que el hombre, aunque sea éste mismo quien construye los muros, quien corta y manilla, curte la lonja del látigo y forja cadenas. Imposible cerrarse a ello, imposible olvidar. Y lo que siempre se quería olvidar, estaba allí de nuevo con figura real siempre renovada, volvía de nuevo, como nuevos ojos, nueva algazara, nuevos latigazos, nueva rigidez y nueva desventura, exigiendo todas estas cosas cada una para sí su propio lugar, cohibiendo y constriñendo una a la otra en terrible contacto, y sin embargo sumamente extrañas y discordes, entremezcladas todas entre sí. Discorde como el contacto de las cosas entre sí se había vuelto también el curso del tiempo; cada parte del tiempo no quería concordar con la otra: nunca el ahora había estado tan claramente separado del antes; un abismo profundamente cortado, sin puente alguno que lo cruzara, había convertido este ahora en algo independiente, lo había separado irrecusablemente del antes, del periplo y de todo lo que lo había precedido; le había separado de toda la vida anterior, y él sin embargo, en el suave balanceo de la litera, apenas hubiera sabido decir si la navegación seguía aún o si realmente estaban ya en tierra firme. Miró por sobre un mar de cabezas; sobre un mar de cabezas estaba suspendido, en medio de una rompiente de hombres, ciertamente hasta entonces sólo al borde de ella, pues los primeros intentos de superar ese ondulante obstáculo habían fracasado por completo. Aquí, en el amarradero de las naves de la escolta, las disposiciones policiales eran mucho menos severas que al otro lado donde se recibía al Augusto; y aunque algunos de los pasajeros lograron penetrar allí, lanzándose de prisa, de modo que pudieron todavía unirse al cortejo solemne que se formó dentro de la zona cerrada y que debía llevar al César a la ciudad y al palacio, eso hubiera sido de todo punto imposible para los portadores de la litera; el sirviente imperial que había sido asignado a la pequeña escolta para acompañarla, guiarla y por así decirlo, vigilarla, era demasiado cargado de años, demasiado pesado de cuerpo, demasiado débil y también demasiado bondadoso como para lanzarse a abrirse paso con violencia; era impotente y, como era impotente, debió limitarse a las quejas contra la policía, que había permitido estas aglomeraciones de plebe y que, por lo menos, hubiera debido colocar a su lado una guardia conveniente; y así, finalmente, fueron empujados y llevados adelante sin meta a través de la plaza, a veces atascados, otras impulsados y zarandeados en titubeante zigzag, una vez hacia acá, otra vez hacia allá. Y representó un alivio inesperado el hecho de que el muchacho les hubiera acompañado; como si hubiera tenido conocimiento en alguna forma de la importancia del cofre del manuscrito, y esto era sumamente extraño, cuidaba de que sus portadores se mantuvieran siempre muy juntos a la litera, y mientras él mismo se mantenía al lado con la toga echada sobre el hombro

y no permitía la menor separación, miraba a hurtadillas hacia la litera, transparentes los ojos, lleno de alegría y veneración. De las fachadas de las casas y desde las calles fluía un pesado bochorno; llegaba en amplias oleadas transversales, constantemente deshecho por la algazara y la aclamación sin fin, por el hervor y el estrépito de la bestia multitudinaria, y, a pesar de ello, inmóvil; aliento de agua, aliento de plantas, aliento de ciudad: un solo vaho pesado de vida constreñida en bloques, de piedra y de su aparente vitalidad en descomposición, humus del ser, cerca de la putrefacción y elevándose desmedido de las cavidades recalentadas de piedra, elevándose a las frías y pétreas estrellas con que comenzaba a cubrirse la interior cuenca del cielo, que oscurecía en profunda y suave negrura. La vida brota de profundidades inescrutables, penetrando a través de la piedra, muriendo ya en este camino, muriendo y pudriéndose y helándose ya en el subir, en el subir también ya evanescente; pero desde inescrutables alturas desciende lo inexorable, frío como la piedra, aliento que desciende e ilumina oscuramente, dominando con su contacto, petrificándose en roca del abismo, arriba y abajo lo pétreo, como si fuera la última realidad de este mundo del más acá... y entre esta corriente y la corriente antagónica, entre la noche y la antinoche, cual roja brasa abajo, con claro destello arriba, flotaba en esta doble nocturnidad en su litera, como si fuera una barca, cubierta por el mar encrespado de lo vegetal-animal, levantada en el aliento frío de lo inexorable, impulsada hacia mares tan enormemente enigmáticos y desconocidos, que era como un regreso; pues, ola tras ola, las grandes áreas que su quilla había atravesado, áreas de olas del recuerdo, áreas de olas de los mares, no se habían vuelto transparentes, nada en ellas se había desvelado al conocimiento, sólo el enigma había quedado; lleno de enigmas, el pasado llegaba desbordando sus orillas hasta el interior entre el humo resinoso de las antorchas, entre el grávido vaho de la ciudad, entre el denso y oscuro miasma de bestias salvajes de los cuerpos, en medio de la plaza desconocida sentía el olor inconfundible, imborrable del mar, su ser grandioso e innoble; tras él quedaban las naves, los extraños pájaros de lo desconocido; todavía llegaban desde ellas las voces de mando, luego el chirrido intermitente de un órgano de madera, luego un golpe de címbalo, resonando con su canto profundo como un último eco del astro del día hundido en el mar; más allá está el viento marino de las grandes superficies, está su inquietud coronada de blanco miles de millones de veces, la sonrisa de Poseidón, siempre pronta a convertirse en rugiente carcajada, cuando el dios lanza sus caballos, y tras el mar, pero encerrándolo al mismo tiempo, están las tierras que baña; todas las había atravesado, había pasado sobre su piedra, sobre su humus, participando en lo vegetal y humano y animal, entretejido en todo ello, impotente ante tanta incógnita, incapaz de dominarla, entreverado y perdido en los acontecimientos y en las cosas, entreverado-perdido en las tierras y en sus ciudades; ¡qué borroso estaba ya todo esto y sin embargo cerca, cosas, países, ciudades; cómo estaban todos detrás de él, alrededor de él, dentro de él; qué suyas eran, soleadas y talladas de sombras, ruidosas y nocturnas, conocidas y enigmáticas, Atenas y Mantua y Nápoles y Cremona y Milán y Brindis, ay, y Andes!... Todo llegaba hasta aquí, estaba aquí, en medio de la balumba de luces de la plaza portuaria, rodeado por el aliento de lo irrespirable, envuelto en el clamor de lo incomprensible, unido a una única unidad, en la que la lejanía se tornaba en seguida vecindad y la vecindad lejanía, y le obligaba, mientras se deslizaba por encima, rodeado de barbarie, a una vigilia ingravidamente suspensa; ante los ojos y en su conocimiento los candentes infiernos, sabía a la vez su vida, la sabía llevada por el flujo y reflujo de la noche, en la que se cruzan pasado y futuro; aquí lo sabía, en esta encrucijada del presente inmersa en el fuego, rodeada de fuego en la plaza costera, entre pasado y futuro, entre mar y tierra, él mismo en medio de la plaza, como si le hubieran querido traer, por decisión del destino, al centro de su propio ser, a la encrucijada de sus mundos, a su centro del mundo. Sin embargo era solamente la plaza portuaria de Brindis.

Y aun cuando ése hubiera sido el centro del mundo, justamente allí era imposible permanecer; el pueblo seguía entrando en la plaza desde las calles, abovedadas con pancartas alegres y luminosas, y cada vez más los portadores eran empujados de nuevo hacia afuera de la plaza, de modo que se hizo de todo punto imposible alcanzar desde allí el cordón de soldados y el cortejo del Augusto, que ya se había puesto en marcha entre músicas de fanfarrias. La algazara había aumentado allí aún más, porque también la música debía ser cubierta por los gritos, las aclamaciones y los silbidos, y,

con el ruido en aumento, aumentaban también la violencia y la falta de reparos en empujar y forcejear, que casi se había vuelto meta y diversión de cada uno; sólo que, en toda esa violencia, la facilidad y levedad de la suspensa vigilia, que le rodeaba sólo a él, parecía haberse comunicado a toda la plaza, como una segunda iluminación que se hubiera agregado visiblemente a la primera, sin alterar nada de su dura y tenebrosa estridencia, haciéndola en cambio aún más honda y, a pesar de ello, revelando una segunda causalidad en el presente visible de las cosas, la despierta causalidad de la lejanía, inherente siempre a toda proximidad, aun a la más asible e inmediata. Y como para demostrar también esa sutil y lejana evidencia de una segunda causalidad, el jovencito se encontraba ahora, de pronto, sin que nadie supiera desde qué momento, a la cabeza de la escolta, y, como en un juego, blandiendo ligeramente una antorcha, que evidentemente había arrebatado al hombre más cercano, la empleaba como arma para abrir con ella un camino entre la multitud: «¡Abrid paso a Virgilio!», gritaba alegremente y con descaro, «¡Abrid paso a vuestro poeta!», y aunque la gente se hacía a un lado sólo porque allí traían a uno que pertenecía al César o porque le resultaban extraños los ojos brillantes por la fiebre en la cara amarilla y oscura del enfermo, había que agradecer sin embargo al pequeño guía que al menos hubiera llamado su atención permitiendo así de algún modo el avance de la comitiva. Ciertamente hubo atascos contra los cuales nada podía ni el pícaro descaro del muchacho que llevaba la toga ni su encendida antorcha, y en estas demoras tampoco servía para cosa alguna el espectral aspecto del enfermo; por el contrario, el indiferente apartar de la mirada, al comienzo sólo defensivo, se transformaba en esas ocasiones en una abierta aversión hacia el desagradable espectáculo que llegó a convertirse en un murmullo entre tímido y belicoso, para el cual halló justa expresión un bromista, de tan buen humor como mala intención, con el grito:

... ¡Un hechicero! ¡El hechicero del César!

—¡Se echa de ver, majadero —contestó gritando el jovencito—, que no has visto a un hechicero así en toda tu vida! ¡Es nuestro hechicero mayor, el máximo!

Un par de manos se alzaron con los dedos extendidos para contrarrestar el mal de ojo, y una meretriz cubierta de afeites blancos, con una peluca rubia torcida sobre su calva cabeza, chilló hacia la litera:

—¡Dame un filtro de amor!

—Sí, entre las piernas y bien fuerte —añadió imitando su voz de falsete un joven semejante a un ganso y quemado por el sol, probablemente un marinero, y aferró por detrás con sus dos brazos llenos de tatuajes azules a la frágil y complaciente vocinglera—; un filtro así te lo puedo dar yo y con mucho gusto. ¡Eso te lo doy yo!

—¡Abrid paso al hechicero, abrid paso! —ordenaba el jovencito que apartó con el codo al ganso y, rápidamente, decidido y en cierto modo por sorpresa, dobló hacia la derecha en dirección a un lado de la plaza; gustosos siguieron los portadores con el cofre del manuscrito; algo menos gustoso el sirviente-guardián; y siguieron a la litera los demás esclavos, todos igualmente arrastrados detrás del joven por una invisible cadena. ¿Adónde los llevaba, pues, el muchacho?, ¿de qué lejanía, de qué profundidad del recuerdo había emergido?, ¿qué pasado, qué futuro le determinaba?, ¿qué misteriosa necesidad?, ¿y de qué secreto pasado, a qué secreto futuro era transportado?, ¿no era más bien una permanente suspensión en el presente inconmensurable? Alrededor de él estaban las bocas que comían, las bocas que rugían, las bocas que cantaban, las bocas que admiraban, las bocas abiertas en los rostros cerrados; todas estaban abiertas, abiertas de par en par, munidas de dientes detrás de los labios rojos y morados y pálidos, armadas de lenguas; él miró hacia abajo sobre las redondas cabezas lanosas, musgosas, de los esclavos portadores, miró de costado sus mandíbulas y la piel llena de verrugas de sus mejillas, supo de la sangre que latía en ellos, de la saliva que tenían que tragar, y supo algo de los pensamientos que caen en estas máquinas de comer y trabajar, rígidas, torpes, desenfrenadas, y pasan, perdidos sí, pero imperecederos, delicados y sordos, transparentes y oscuros, cayendo gota a gota, gotas del alma; sabía de la nostalgia que no tiene paz ni siquiera en la sensualidad más dolorosamente libertina, innata en todos ellos, en el ganso como en su meretriz,

insaciable nostalgia del hombre, que nunca se deja aniquilar, a lo sumo torcerse hacia lo perverso y adverso, sin dejar sin embargo de ser nostalgia. Alejado, y sin embargo indeciblemente cerca, suspenso por la vigilia, pero inmerso en todo lo oscuro, vio el embotamiento de los cuerpos sin rostro, vio cómo manaban semen y bebían semen, vio hincharse y endurecerse sus miembros; vio y oyó lo oculto en el subir y bajar de su celo ocasional, el júbilo salvaje, sordamente belicoso, de sus coitos y el marchitarse sabihondo de su envejecer, y casi fue como si todo esto, toda esta sabiduría le fuera comunicada a través de la nariz, respirada con el vaho aturdidor en que yacía lo visible y lo audible, inspirada juntamente con el múltiple vaho de las bestias humanas y de su forraje buscado diariamente en común, por ellas diariamente englutido, mientras ahora que se había conquistado finalmente un camino entre los cuerpos y la muchedumbre finalmente se tornaba menos densa, como las luces que raleaban hacia el borde de la plaza, para perderse al final totalmente, embebiéndose en las tinieblas, su olor, aunque seguía flotando detrás, fue sustituido por el claro hedor a podredumbre de los depósitos de pescado que delimitaban aquí la plaza portuaria y estaban ya quietos y abandonados a esta hora de la noche. Dulzón y no menos descompuesto se agregaba también el olor del mercado de frutas, lleno de un hálito de fermentación, sin que pudiera distinguirse el perfume de las uvas rojizas, de las ciruelas amarillentas, de las manzanas doradas, de los higos subterráneamente negros, mezclado e imposible de distinguir por la putrefacción común, y las losas pétreas del empedrado brillaban resbaladizas de pulpas pisadas húmedas y sucias. Muy lejos estaba ahora el centro de la plaza detrás de ellos, muy lejos las naves en el muelle, muy lejos el mar, muy lejos, aunque no perdido para siempre; la gritería humana no era allí más que un lejano zumbido, y de la música de las fanfarrias ya nada podía oírse.

Con gran seguridad, como guiado por el más exacto conocimiento del lugar, el jovencito había conducido su séquito por la zona de los tenduchos, para penetrar luego en la de los depósitos de mercancías y las dependencias los astilleros, que seguía inmediatamente con sus oscuros edificios sin iluminación y, apenas reconocible en la oscuridad y a lo sumo presentida, se extendía de allí adelante. Y aquí cambió una vez más el olor: se olía toda la actividad de la tierra, se olían las enormes cantidades de alimentos que allí se preparaban, listos para el canje en el territorio del imperio, pero siempre destinados, aquí o allá, a introducirse finalmente, después de la compra y de la venta, a través de los cuerpos humanos y las serpientes de sus intestinos; y se olía la seca dulzura de los cereales cuyas pilas se acumulaban delante de los negros silos a la espera de ser volcados en ellos a paladas; se olía la polvorienta aridez de los sacos de grano, de los sacos de cebada, de los sacos de avena, de los sacos de escanda; se olía la ácida suavidad de los toneles y las vasijas de aceite, y también la mordiente agrura de los depósitos de vino, que se extendían a lo largo de los muelles; se olían los talleres de los carpinteros, las masas de los troncos de roble apilados en algún lugar en la oscuridad, madera que nunca muere; se olía su corteza y no menos la maleable resistencia del corazón de los troncos; se olían los maderos hachados en los que está todavía el hacha, como la ha dejado el obrero al terminar el trabajo, y junto con el olor de las nuevas planchas bien cepilladas para las naves, junto con el de las virutas y del aserrín, se olía el cansado aroma del viejo maderamen de los barcos, quebrado, verduzco, resbaladizo y podrido, sembrado de moluscos, que esperaba allí en grandes rimeros para ser quemado. El curso circular de la producción... Una paz infinita respiraba desde la nocturnidad del trabajo cargada de olores, la paz de una tierra laboriosa, la paz de campos, de viñedos, de selvas, de olivares, la paz campesina de la que había salido él mismo, el hijo de campesinos, la paz de su constante añoranza y de su nostalgia ligada a la tierra, vuelta hacia la tierra, constante como la tierra, la paz para la cual siempre había cantado, ¡oh la paz de su nostalgia, inalcanzable! Y como si esta inasibilidad debiera reflejarse también aquí, como si todo en todas partes debiera volverse la imagen de sí mismo, también esta paz estaba constreñida aquí entre las piedras, estaba domada y desperdiciada por la ambición, el interés, la venalidad, el acosamiento, el extrañamiento, la esclavitud, el desasosiego. Interior y exterior son la misma cosa, son imagen y reflejo, y sin embargo aún no la unidad que es el conocimiento. Por doquiera se encontraba a sí mismo, y si debía asirlo todo y también podía asirlo, si le era posible captar al vuelo la multiplicidad de los mundos, a la que se había obligado, a la que era impelido, entregado sonámbulo a ella, poseído sin esfuerzo por ella, poseyéndola sin esfuerzo, era porque ella

había sido suya, suya propia, desde el comienzo, sí, aun antes de todo espiar, atisbar y sentir, porque el recordar y el retener nunca son otra cosa que el propio yo recordado por uno mismo, un pasado propio recordado, un pasado en el que había debido tomar el vino, tocar la madera, probar el aceite, antes de que hubiera habido aceite, vino y madera; en la que había reconocido lo desconocido, porque la plenitud de los rostros y la carencia de rostros —con su celo, su codicia, su sensualidad, su ávida frialdad, su corporeidad casi animal y también con su gran nostalgia nocturna—, los hubiera visto o no, hubieran vivido o no, estaban incorporados a él desde su primer origen, como el caótico humus primigenio de su propio ser, como su propia condición carnal, su propio celo, su propia avidez, su propio rostro borrado, pero también como su propia nostalgia: y también su nostalgia había cambiado mucho en el curso de su peregrinación terrenal y se había vuelto hacia el conocimiento, tanto que al final, cada vez más dolorosa, ya no podía llamarse siquiera nostalgia, apenas ya nostalgia de la nostalgia, y también esto había sido preestablecido por el destino, desde el principio, como una expulsión y un desprendimiento, portadora de desgracia aquélla, lleno de felicidad salvadora éste, ambas sin embargo casi insoportables para un ser humano; pero había quedado imperecedero lo innato, imperecedero el humus primigenio del ser, el terreno del conocer y reconocer, del cual se alimenta el recuerdo y al cual vuelve el recuerdo, protección contra la dicha y la desdicha, protección contra lo insoportable, una última nostalgia, y tan nostalgia que sólo físicamente, una vez por todas y para siempre, vibra de consuno en toda aspiración a la profundidad del recuerdo, aun el más preñado de conocimiento. En verdad, era una nostalgia física e inextinguible. Sus dedos se enlazaban agarrotados, sentía el anillo que duramente se clavaba en la piel y el tejido carnosos, sentía duros como piedras los huesos de su mano, sentía su sangre, sentía la profundidad del recuerdo en su cuerpo, la sombra profunda del lejano pasado, una sola cosa con su luz presente, clara; y se acordó de su infancia en Andes, de la casa, de los establos, de los graneros, de los árboles, se acordó de los claros ojos en el rostro de la madre siempre pronto a reír, siempre un poco tostado por el sol, de la madre, con su negro pelo, trabajando en la casa —¡oh, Maya se llamaba, y ningún nombre hubiera podido sonar más a verano, ningún otro le viniera mejor!— y se acordaba de cómo con su alegre labor ella lo calentaba todo a su alrededor, firme en su alegre ajeteo, aunque tuviera que estar constantemente al servicio del abuelo, siempre sentado en el cuarto; constantemente le llamaba para que le diese alguna cosa o, no menos a menudo, debía calmar al abuelo y sus gritos furiosos, estremecedores, que asustaban a los niños, ansiosos de ser calmados, que él no perdía ocasión de lanzar, sobre todo cuando se trataba de precios del ganado o de los cereales, y él, el canoso Magus Polla, generoso y avaro por igual, infaliblemente, ya se trataba de compras o de ventas, se creía engañado por los tratantes: ¡ay, qué fuerte era el recuerdo de esta gritería, qué leve el recuerdo de la quietud que siempre sabía devolver a la casa la madre con una alegría casi humorística! Y se acordó del padre, que sólo con el casamiento había podido llegar a ser un verdadero campesino, y cuyo antiguo oficio de alfarero había parecido poca cosa al hijo, aunque había sido muy hermoso oír contar al atardecer el trabajo que el padre había realizado en las panzudas tinajas para el vino y en las nobles y esbeltas vasijas para el aceite, los cuentos del pulgar que da forma a la arcilla, de las espátulas y de la zumbante rueda de alfarero y del arte de la cochura, hermosos cuentos interrumpidos por alguna vieja canción de alfarero. ¡Oh rostros del tiempo, constantes en el tiempo, oh, rostro de la madre, recordado como rostro juvenil y luego siempre desvanecido y hundido, tanto que en la muerte ya había estado más allá de todo aspecto; sí, casi había sido como un paisaje eterno! ¡Oh rostro del padre, imperceptible al principio y luego cada vez más identificado con lo humano de la vida, con lo modélico, hasta que en la muerte se había convertido en un rostro humano imperecedero, formado de dura, oscura, rígida arcilla, bondadosamente fuerte en la última sonrisa, inolvidable! ¡Oh, nada puede madurar hasta la realidad, que no esté arraigado en el recuerdo; oh, nada es asible al hombre, que no le haya sido dado desde el principio, dominado por los rostros de su juventud! Porque el alma está siempre en su comienzo, se atiene a la grandeza del despertar de su comienzo; hasta el fin tiene para ella la dignidad del comienzo; ninguna canción se pierde que alguna vez roce las cuerdas de su lira y, abierta a una disponibilidad eternamente renovada, conserva en sí cualquier sonido con que resonó alguna vez. Es imperecedera, siempre retorna, ahí estaba de nuevo; y él bebía el aire para atrapar el fresco olor

de las vasijas de barro y de las tinajas apiladas, que leve y negro fluía a veces de las abiertas entradas de los tinglados, y para inspirar ese olor en sus enfermos pulmones. Después, ciertamente, debía toser, como si hubiera hecho algo inconveniente o vedado. Entretanto los calzados claveteados de los portadores adelantaban al trote, golpeteaban sobre el empedrado, chirriaban sobre el piso de grava; la antorcha del joven guía, que a menudo se volvía para sonreír hacia arriba a la litera, destellaba y alumbraba por delante; se había logrado ahora marchar expeditamente y adelantar muy rápido, demasiado rápido para el sirviente cargado de años, que encaneciera y engordara en el —más cómodo— servicio de corte y, contoneándose tras ellos, suspiraba de la forma más perceptible que podía; sobresalía la confusión de los techos de los almacenes y silos, con las formas más diversas, en parte agudos, en parte chatos, en parte un poco oblicuos hacia el cielo lleno de estrellas, aunque aún no totalmente nocturno; grúas y mástiles echaban sombras amenazantes la luz que pasaba. Dejaron atrás carros vacíos y cargados; un par de ratas cruzaron la calle; una falena se desvió sobre una vara de la litera y allí se quedó adherida; dulcemente, parecía anunciarse otra vez el cansancio y el sueño; seis patitas tenía la falena y muchísimas, aunque no tantas que no pudieran contarse, el equipo de portadores, al que estaban confiados él mismo, la litera y la falena, como la carga de una mercancía noble y frágil; y ya estaba por volverse, tal vez para poder establecer aún el número de los esclavos que se hallaba detrás de él y el número de sus piernas, pero antes de que pudiera realizarlo, habían llegado a un estrecho pasadizo entre dos tinglados y en seguida se encontraron, muy asombrosamente una vez más, ante las casas de la ciudad, a la entrada de una empinada calle de casas de alquiler, muy estrecha, muy dañada por la intemperie, muy sembrada de ropas tendidas: realmente, estaban parados, pues el jovencito había detenido rápidamente a los portadores en su marcha, que de otro modo casi seguramente hubieran seguido al trote —y realmente ahora eran sólo cuatro como antes—, y justamente esta interrupción repentina, unida a la escena inesperada, actuaba como la alegría de volverse a ver, influía sorprendiendo y maravillando de tal modo, que todos ellos, señor, sirviente, esclavos, reían libremente, tanto más que el jovencito, excitado por su risa, se inclinó levemente y con un orgulloso gesto indicador les invitó a entrar en la calle.

En verdad, había poca razón para el alborozo; y menos aún podía ofrecerla la garganta de esa calle. La subida de chatos escalones era oscura, poblada por toda suerte de sombras, sobre todo de bandas de chiquillos, que corrían locamente, a pesar de la hora avanzada, escaleras arriba y escaleras abajo, bípedos en la sombra a los que se agregaban, si se miraba más de cerca, también cuadrúpedos, porque en todas partes a lo largo de los muros, con sogas más cortas o más largas, estaban atadas cabras; las ventanas sin vidrios y en su mayoría también, sin batientes, miraban oscuras a la garganta, negros los negocios abovedados como sótanos, parecidos a oscuras cuevas, de donde salía la cháchara de toda clase de regateo menudo, el regateo de la pobreza, el regateo para las necesidades de las próximas horas, mientras al lado se realizaba la labor manual, golpeando, rechinando, con ruido de latas, miserable, servida por sombras, destinada a la sombra, con débil ruido y, aparentemente, sin necesitar ya de luz para ser cumplida, porque aun allí donde tímidamente destacaba el resplandor de una mecha en aceite o del pábilo de una vela, los hombres permanecían agazapados en la sombra. La vida de todos los días, al paso de la miseria más mísera, independiente de cualquier acontecimiento exterior, se cumplía allí realmente desprendida del tiempo, como si la fiesta imperial estuviera a mil millas de esa calle, como si sus habitantes nada supieran de lo que ocurría en los otros barrios de la ciudad y por eso el imprevisto paso de la litera no significaba nada que provocara sorpresa y sí en cambio una molestia muy desagradable o, mejor dicho, muy hostil. Y comenzó casi un juego de duendes, es decir con los chicuelos y aun con las cabras, porque los unos y las otras caían entre las piernas de los portadores y no los evitaban, balando los cuadrúpedos, chillando los pequeños bípedos que surgían de todos los rincones de la sombra para volverse a ocultar en ella; comenzó con que querían arrebatarse la antorcha al joven guía, por cierto sin resultado ante su salvaje resistencia; de todos modos esto no hubiera sido lo más desagradable, porque, aunque lentamente, sin embargo adelantaban —peldaño a peldaño subía la calle de la miseria—, no, no eran desagradables estas molestias, sino que lo eran las mujeres; ellas eran lo peor, ellas; estas mujeres saliendo por las ventanas, aplastadas sobre los antepechos,

agitando hacia abajo sus desnudos brazos como serpientes con manos parecidas a lenguas; y eran también los insultos locamente gruñidos en que se convertía su charla, apenas veían aparecer el cortejo; y era al mismo tiempo la biliosa locura, grande como toda locura, elevada hasta la acusación, elevada hasta la verdad, siendo insulto. Y entonces aquí, donde casa tras casa emanaba un hedor bestial de heces a través de las abiertas fauces de las puertas, aquí en esa marchita alcantarilla habitada, por la que iba en andas sobrellevada la litera, de modo que podía mirar dentro de los pobres cuartos, que tenía que hacerlo, impresionado por las maldiciones que las mujeres le lanzaban salvajemente y sin sentido a la cara, impresionado por el lloriqueo de los niños de pecho, en camas de trapos y harapos, enfermizos, por todas partes herido por el humo de las teas de pino fijadas en las paredes agrietadas, herido por la olorosa suciedad de los hogares y sus sartenes de hierro grasientas y cubiertas de vieja roña, herido por el cuadro estremecedor de los ancianos momificados, casi desnudos, por doquier agazapados en los negros agujeros de las casas, aquí comenzó a invadirle la desesperación, y aquí, entre las guaridas de los piojos, aquí, ante esa extrema degeneración y esa putrefacción la más mísera, aquí ante ese encarcelamiento en lo más hondo de la tierra, ante ese lugar de nacimientos malignamente dolorosos y de reventar con una maligna muerte, la entrada y la salida de la existencia entretejidas en la más estrecha hermandad, oscura intuición la una y la otra, sin nombre la una y la otra en el espacio sombrío de un mal sin tiempo, aquí en esa nocturnidad y lujuria sin nombre, allí tuvo que cubrirse por primera vez el rostro; tuvo que hacerlo bajo la risa gozosa e insultante de las mujeres; tuvo que hacerlo para una deliberada ceguera, mientras era llevado, peldaño a peldaño, por la escalera de la calle de la miseria...

—«¡Animal, animal de la litera!», «¡Se cree que es más que nosotros!», «¡Saco de dinero en el trono!», «¡Si no tuvieras dinero, ya te gustaría andar!», «¡Se hace llevar al trabajo!» — aullaban las mujeres...

—absurdo era el granizo de palabras ultrajantes que crepitaba sobre él, absurdo, absurdo, absurdo, y sin embargo justificado, sin embargo admonición, sin embargo verdad, sin embargo locura elevada hasta la verdad, y cada injuria arrancaba un trozo de orgullo de su alma, tanto que ésta quedó desnuda, tan desnuda como los lactantes, tan desnuda como los ancianos en sus andrajos, desnuda de tiniebla, desnuda de olvido total, desnuda de pura culpa, inmersa en la desnudez invasora de lo indistinguible.

—peldaño tras peldaño marchaba el cortejo por la calle de la miseria, deteniéndose en cada tramo de la escalera...

—marea de la desnuda creación, que se extiende sobre la tierra que respira, que se extiende bajo el cielo vivo del alternar del día y de la noche, encerrada por las orillas inalterables de los millones de años, la desnuda corriente de rebaños de la vida rodando amplia, rezumando del humus del ser, infiltrándose siempre de nuevo en él, la intangible ligazón de todo lo creado...

—«¡Cuando hayas reventado, apestarás como cualquier otro!», «¡Sepultureros, tiradle al suelo, dejadlo caer al cadáver!»...

—montañas del tiempo, valles del tiempo, oh, miríadas de criaturas que fueron llevadas sobre ellos por los Eones, que serán llevadas de nuevo sobre ellos en la corriente crepuscular, en la infinita corriente de su conjunto, y ninguna de ellas que no hubiera pensado, que no pensara cernirse eternamente como alma eterna sin tiempo, cerniéndose libremente en la libertad sin tiempo, separada de la corriente, desligada del tumulto, incapaz de caer, ya no criatura, sino sólo flor transparente, llegando solitaria hasta las estrellas, arabesco vertical, desligada y separada, temblando el corazón como una flor transparente sobre tallo ya invisible...

—llevado por las injurias de la calle de la miseria, peldaño a peldaño...

—¡oh, de esta configuración fantasmagórica al margen del tiempo se trata! Y aun su vida, lanzada hacia lo alto desde el humus caótico del nocturno ignoto, crecida hacia lo alto desde el rastrojo de lo creado, estirándose en innumerables zarcillos, adhiriéndose aquí y allá a lo impuro y a lo puro, a lo pasajero y lo eterno, a cosas, a posesiones, a hombres y más hombres, a palabras y a paisajes, esta vida una y otra vez despreciada y una y otra vez revivida, él la había desperdiciado, había abusado de ella por superarse a sí mismo, por elevarse sobre sí, sobre todos los límites, sobre

toda la temporalidad, como si no hubiera para él ninguna caída, como si no debiera retornar al tiempo, al encarcelamiento terrenal, atrás a lo creado, como si ante él no bostezara el abismo...

«¡Niñito!», «¡Meón!», « ¡Cagón!», «¡Has sido malo y tienen que llevarte a casa!», «¡Mereces una lavativa sentadito en el orinal!» — llovía la risa en todas partes desde las ventanas...

—resonaba la calle con la irrisión de las mujeres, pero no era posible huir de ellas; sólo muy lentamente, peldaño tras peldaño, se adelantaba...

pero ¿eran realmente las voces de las mujeres las que allí le injuriaban con justo desprecio y dejaban al descubierto sus estériles fantasías? Lo que allí resonaba ¿no era más fuerte que las voces de las mujeres de la tierra, que las voces de los hombres de la tierra, que las voces de locas criaturas de la tierra? ¡Oh, era el tiempo mismo quien le llamaba despectivamente, el tiempo inalterable que pasaba, con toda la multiplicidad de sus voces y con toda la fuerza absorbente que él y sólo él contenía; el tiempo se había corporizado en las voces de las mujeres, para que su nombre quedara borrado por sus insultos; pero él, desnudo de su nombre, desnudo de su alma, desnudo de toda canción, desnudo de la intemporalidad cantora de su corazón, recaía en lo inefable de la noche y en el humus del ser, rebajado hasta esa amarguísima vergüenza, que es el último residuo de una memoria apagada!...

—¡voces sapientes del tiempo, su conocimiento de lo inevitable y de las inevitables presas del destino! Oh, sabían que tampoco él había podido escapar a lo inmutable, que había una nave en la que había tenido que embarcarse contra toda ilusión y que fatalmente le había traído de vuelta; oh, sabían de la corriente de lo creado que indolente, limitada por el barro primigenio, toma su camino desnuda entre las desnudas orillas, sin que viaje por ella ninguna nave, sin que la orle la menor vegetación; doble ilusión transparente y sin embargo realidad como destino, la invisible realidad de la ilusión, y sabían que todos, predestinados, deben volver a sumergirse en la corriente y que él no podía distinguir el sitio de su nueva sumersión de aquél del que había soñado haber salido un día; y es que el retorno debe cerrar el círculo del destino...

—«¡Ya te volveremos a atrapar, colita, cola lacia!» —gritaban...

—y sin embargo sólo voces de mujeres, mordaces, como si él no hubiera sido más que un niño desobediente, que ha buscado una engañosa libertad y ahora quisiera volver ocultamente a casa, más aún que hubieran tenido que traer de vuelta a través de rodeos complicados y hasta peligrosos, de manera que ya por ese mal camino se le debía reñir, sí, incluso sólo por ello; pero las voces graves de las madres, llenas de la tiniebla del tiempo, eran más que una regañina; sabían que el círculo del camino del destino encierra en su abrazo el abismo de la nada; sabían de todos los desesperados, de todos los extraviados, de todos los agotados, que irrecusablemente caen en el abismo del medio, apenas se ven obligados a interrumpir prematuramente el camino —¿oh, es que realmente podía alguien recorrer el camino alguna vez?—, y con la máxima angustia aleteaba en la furiosa reprimenda, sin poder expresarse, el eterno deseo de las madres para que todos los niños puedan permanecer por siempre desnudos como nacen, encerrados desnudos en su primera protección, encauzados en el flujo de los tiempos de la tierra, encauzados en la corriente de lo creado, elevados suavemente, para desaparecer de nuevo suavemente en ella, como sin destino...

—«¡Desnudo!», «¡Tú, desnudo!», «¡Totalmente desnudo!»...

—ineludibles las madres... ¿qué había movido al niño guía a elegir esa calle? ¿no fracasaría ahora? Dominado por el grito materno, se detuvo el cortejo, como si no debiera ya avanzar más; se detuvo en cruel espera, pero luego, liberado una vez más, siguió sin embargo hacia adelante, peldaño tras peldaño, trepando por la calle de la miseria...

—¿así que no bastaba, pues, la fuerza materna de las voces para unir por siempre? ¿era su saber tan deficiente, tan lleno de lagunas, que debían volver a dejar en libertad al proscrito? Oh debilidad de las madres, que es ella misma nacimiento y por ello nada sabe del renacer, nada quiere saber de él, incapaz de comprender que un nacer exige un renacer para ser válido, que ambos, el nacer y el renacer, nunca pueden ocurrir, si no ocurre con ambos la nada, si no estuviera eterna e inmutable la nada tras ellos como última generación; sí, incapaz de comprender que la eternidad comienza a irradiar, grande como el ser, desde esta inseparable relación del ser y del no-ser en un callado y susurrante parentesco: libertad del alma humana, diáfana canción de eternidad, no delirio, no

presunción, pero sí destino humano por encima de toda burla, tremenda magnificencia de la condición humana...

—oh, es destino divino del hombre y es lo humanamente discernible del destino de los dioses, es condición inmutable de ambos la de ser guiados una y otra vez al camino del renacer; es su imborrable esperanza en el destino la de poder andar una vez más el círculo, para que el después se torne el antes, y cada punto del camino una en sí todo el pasado y todo el futuro, deteniéndose en la canción de irrepetible presente, trayendo el instante de la perfecta libertad, el instante del nacimiento divino, esta nada temporal de un instante, por el cual sin embargo el todo es abrazado como un solo recuerdo sin tiempo...

—furiosa calle de desgracia, que no terminaba nunca, que no podría terminar nunca tal vez, hasta que no hubiese echado el último resto de ultraje, pecado y maldición; y cada vez más lentamente, peldaño a peldaño, iba el camino por ella...

—revelación de la desnuda culpa, locura de la verdad desnuda...

—oh inmutable destino humano del dios, tener que descender, descender al cautiverio terrenal, al mal, a lo pecaminoso, para que primero la desventura se agote en lo terrenal, para que primero el círculo se cumpla en lo terrenal y se cierre cada vez más estrecho alrededor de la insondable nada, alrededor del insondable fondo que da ser al nacimiento, que sólo se convertirá en el renacimiento de toda creación, cuando dios y hombre hayan cumplido su misión...

—oh insoslayable deber del destino humano, el de allanar voluntariamente el camino al dios, el camino de lo que no puede escarnecerse, el camino de intemporal renacimiento, aspiración en que dios y hombre se unen, liberados de la madre...

—mas aquí estaba la calle de la miseria, por la que iban peldaño a peldaño; aquí estaba el horror de la maldición, el horror del justo sarcasmo, vomitado por la miseria; oh, y él, cegado de miseria, cegado de maldiciones, sí él, con la cabeza cubierta, debía oír sin embargo. ¿Por qué había sido traído aquí? ¿tenía que serle demostrado que no le estaba concedido cerrar el círculo; que había tendido el arco de su vida cada vez más lejos hasta lo desaforado, aumentando la nada del centro en vez de reducirla; que con tal infinito aparente, con tal eternidad aparente, con tal aparente retiro se había alejado cada vez más de la meta del renacimiento; que cada vez estaba más en peligro de precipitarse en el abismo? ¿era esto aquí y ahora una advertencia? ¿o ya una amenaza? ¿o era realmente ya la caída definitiva? Mera divinidad aparente había sido la cumbre de su camino demasiado dilatado, locamente dilatado en júbilo y alborozo, hasta la magna vivencia del poder y la gloria, dilatado hasta ese punto con lo que él había llamado locamente su poesía y su conocimiento, en la ilusión de que le bastaba sólo con retenerlo todo, para atrapar la fuerza del recuerdo de un presente eterno, y ahora esto precisamente demostraba ser sólo falsa y aparente divinidad pueril, inmoral usurpación de divinidad, expuesta a cualquier irrisión, a la desnuda irrisión de las mujeres, a la irrisión de las madres engañadas e inengañables, a cuya tutela había sido incapaz de escapar por debilidad, pero en nada más débil que en su pueril juego de dioses. Oh, nada puede oponerse a la desnudez de la irrisión, ninguna irrisión contraria puede detener la burla, el único remedio es cubrir la propia desnudez, la desnudez del propio rostro; y con el rostro cubierto yacía él en la litera, cubierto todavía cuando finalmente, pese a todas las paradas, peldaño a peldaño, realmente contra toda esperanza, se vio fuera de la infernal garganta de la calle, de la infernal barbarie de la risa, y un mecerse más calmo de la litera reveló que se adelantaba otra vez por un camino más llano.

Por cierto, no es que se fuera mucho más rápido; de nuevo se adelantaba sólo paso a paso, tal vez aun más lentamente que antes, eso sí, como se notaba claramente, no ya por malignos obstáculos, sino porque aquí —como se advertía en el murmullo humano, en el olor humano, en el calor humano que se tornaba más y más pesado— la muchedumbre había aumentado de nuevo y manifiestamente seguía aumentando. Mas, a pesar de haber escapado del alcance de la calle de la miseria, él creía seguir sintiendo en su oído las palabras ultrajantes que aullaban reproches, y casi le parecía como si le hubieran seguido a él solo, para perseguirle y atormentarle, semejantes a las furias, como a una pieza de caza; pero al mismo tiempo confluía el ruido de las masas que brotaba alrededor y crecía rápidamente, lo que demostraba que habían llegado otra vez cerca de la fiesta

imperial, de modo que el tormento, fundido con todo este ruido jubiloso, con todo este ruido del poder, con todo este ruido de embriaguez, siguiera actuando sin disminuir, y mientras lo advertía, impotente para rechazar la masa de voces del interior y el exterior, tan impotente que su cruel tortura casi le consumía, también la luz se le tornó con igual fatalidad tan insoportablemente ruidosa, tan insoportablemente cruel, que penetró aguda a través de los párpados todavía cerrados y los obligó a un guiño cuya vacilación involuntaria muy pronto se ensanchó totalmente en abierto horror: infernalmente ardiendo brilló a su encuentro, brilló desde la salida de la calle bastante ancha, por la que la multitud humana se empujaba hacia adelante, en un mar de cabezas; aguda y horrenda brilló en sus ojos desde allí, brilló como una mágica fuente de luz, que convertía todo lo que se movía en un fluir casi forzado y automático; casi se hubiera podido creer que incluso la litera flotaba en el conjunto automáticamente, arrastrada también por el oleaje y no ya que fuera transportada; y con cada paso, en cada deslizamiento hacia adelante, la potencia de esa misteriosa fuerza de atracción, cargada de desventura, insensatamente magnífica, era más claramente perceptible y se tornaba más tremenda, se tornaba más penetrante, se tornaba más insistente, cerca del corazón y más cerca del corazón, creciente y creciente, para revelarse finalmente de golpe como el todo, revelado en el instante en que la litera, impelida, traída, llevada por encima en su flotante oscilar, se encontró de pronto en la desembocadura de la calle, pues aquí repentinamente, coronado de fuego y rodeado de ruido, libre de toda sombra de luz, libre de toda sombra de sonido, en el resplandor sin sombra de la luz y del ruido, se irguió el centelleante palacio imperial, mitad casa consistorial y mitad fortaleza, irguiéndose en medio de un sombrío resplandor volcánico en el medio de una plaza combada como un escudo y casi redonda; y esta plaza era entera un fluctuar de criaturas amontonadas, era humus humano hirviente y amontonado, que hubiera tomado forma, que la tomaba en aquel momento; era un fluctuar de ojos brillantes y brillantes miradas, vueltas todas con rígido fervor, como vacías de cualquier otro contenido, hacia la meta única, ardiente, sin sombras, una sola ola humana de fuego, ávida de lamer esta costa de fuego. Así se elevaba el castillo, rodeado de antorchas, irresistible y seductor, la meta que daba su sentido al conjunto de rebaños irresistiblemente atraído, impetuoso, resoplante y pateante, incoercible y nostálgica conciencia volitiva de los rebaños, la meta de su incoercible avidez de una dirección, pero por eso mismo también la imagen de un poder enigmático tremendo, sordamente proliferante, inescrutable siempre, inconcebible para el animal individual, inconcebible para el hombre individual, oh, tan incomprendible que seguramente la pregunta por el sentido y la razón de la atracción encerrada en la casa de llamas y avasalladoramente radiante desde ella agitaba a todos y cada uno, temiendo la respuesta, esperando la respuesta, y aunque nadie podía darse una verdadera respuesta, hasta la más modesta e insuficiente servía para llenar de esperanza, como salvación de la conciencia, como salvación de la humanidad y del alma, como una salvación del ser, que valía la pena anunciar orgullosamente... «Vino», decían. «Distribución de vino» y «Los pretorianos» decían. Y «Va a hablar el César» decían, y de repente alguien con voz chillona anunció: «¡Ya distribuyen el dinero!» Así les irradiaba el castillo la seducción, así se espoleaban ellos mismos y mutuamente, para que la gran seducción no se le volviera dudosa y para que la angustia del seguro desengaño, que les esperaba ante el misterioso murallón nostálgicamente deseado, no dejara aflojar nunca la salvaje codicia, la gran ansia por la participación: baratas respuestas para tan grande esperanza, baratos llamamientos, baratas incitaciones, pero cada vez corría una sacudida por la muchedumbre, por los cuerpos, por las almas, hosca, sensual, incoercible, empujada sordamente hacia la meta común, rumoreo y pataleo amontonado, avance tras avance hacia una ardiente nada. Y densamente acumulado humeaba sobre las cabezas el olor a rebaño, cubierto por la humareda de las antorchas, ardiente el humo, irrespirable, provocando la tos, sofocante, espeso tufo pardo, que indolentemente amontonado, capa tras capa, quedaba inmóvil en el aire inmóvil; oh graves capas indivisibles e impenetrables de niebla infernal, techo de la infernal niebla... ¿No había salida ya? ¿no había una manera de huir? ¡Oh, atrás! ¡de vuelta a la nave, para poder morir allí tranquilo! ¡¿Dónde estaba el jovencito?! ¡El debía, tenía que indicar el camino de vuelta! ¡¿Quién debía resolver?! ¡Ay, una vez encajado en la masa y articulado en su movimiento, no había nada que resolver allí, y la voz que quería incitar a una resolución, ya no llegó a desprenderse del aliento; la voz se quedó ciega!

Entretanto el jovencito, como si hubiera oído la muda llamada, envió hacia arriba una sonrisa, un guiño lleno de alegre disculpa, lleno de alegre confianza, lleno de alegre consuelo, como de alguien que hace tiempo se sabe dispensado de cualquier resolución, más aún, como sabiendo que la que se había tomado sería la correcta, y esto llenaba de alegría, sin cuidarse de todo el terror de lo por venir. Todo alrededor estaban los rostros, cabeza con cabeza, rostros de todos los días con su gula y su sed de todos los días, si bien enormemente aumentadas, y todo este crescendo, superándose a sí mismo, se había tornado fervor ya trascendente, trascendencia brutal, que había dejado todo lo cotidiano mundos lejos de sí y no conocía ya otra cosa más que el instante del ahora ante la meta sobrecogedora y brillante, fervorosamente deseada, fervorosamente codiciada, fervorosamente exigida, para que ese ahora cubriera el curso de toda su vida y la llevara a la participación, a la participación en el poder, en la deificación, en la grandeza de la libertad, en la infinitud del Uno que estaba allí en el palacio. A impulsos, en oleadas, palpitando, esforzándose, explosiva, jadeando y gimiendo, se movía la estructura hacia adelante, en cierto modo avanzando contra un obstáculo elástico, que estaba allí sin duda, porque se manifestaba en una resaca de ondas igualmente a sacudidas; y en este imponente y violento avanzar y retroceder se oían por todas partes los gritos de los que tropezaban, de los pisoteados, de los heridos, tal vez incluso de los moribundos, a quienes nadie hacía caso para compadecerles, en todo caso para burlarse, cubiertos siempre por los vivos jubilosos, sofocados por el furioso bramar, despedazados por la crepitación de los fuegos. Un monstruoso ahora estaba en juego, un ahora infinitamente multiplicado, un ahora de rebaños, arrojado al aire por el mugir de los rebaños, un ahora precipitado en el estruendo y al mismo tiempo caído de él, arrojado al aire por alocados, desquiciados, dementes sin sentidos a fuerza de haber perdido el alma, y sin embargo tan exacerbado el sentido en conjunto, que todo lo pasado y todo lo futuro se hallaban devorados por ese ahora, recogiendo en sí el bramar de todas las profundidades del recuerdo, ocultando en su efervescencia el pasado más lejano y el más lejano futuro... ¡Oh, grandeza de la multiplicidad humana, amplitud de la humana nostalgia! Y suspendido en su vigilia, cerniéndose elevado sobre las cabezas rugientes, cerniéndose elevado sobre el incendio jubilar de la clamorosa Brindis, cerniéndose en alto en los suspendidos instantes del ahora, sentía la abreviación absoluta del curso del tiempo en el círculo de lo inmutable: todo era suyo, lo había asimilado todo, le pertenecía tanto como desde el principio le perteneciera en simultaneidad eterna, y era Troya la que ardía alrededor de él, era el inextinguible incendio de los mundos; y él, cerniéndose sobre los incendios, era Anquises, ciego y vidente al mismo tiempo, niño y anciano a la vez por obra de un recuerdo inefable, llevado sobre los hombros del hijo, él mismo presencia de mundos, llevado en los hombros de Atlas, en los hombros de los Gigantes. Y así fueron paso a paso hacia el palacio.

El exterior inmediato del palacio estaba cerrado por un cordón de policía; en formación cerrada, atravesadas las lanzas, los soldados retenían las oleadas de la masa y le prestaban justamente esa elástica oposición que se manifestaba constantemente en la ondulante resaca que se había hecho notar ya al borde de la plaza. Pero detrás del cordón, la cohorte pretoriana, cuya llegada de Roma indicaba sin duda un acontecimiento especial, había establecido la guardia de honor y su presencia era inactividad de gigantes aparatosos, terrible con su aspecto bélico, con sus patrullas y fuegos de guardia y enormes tiendas de campaña cantinas, de las que salía la esperanza y el olor de una distribución de vino, falsamente probable, pero creída con gusto. Hasta allí podían llegar los que desearan mirar; más adelante no. Y éste era el punto en que la esperanza y el desencanto equilibraban su balanza inquietante y tensamente como toda decisión a vida o muerte, como todo segundo de vida, porque cada uno contiene a ambos, y cuando el cálido aliento del fuego se deslizaba sobre la formación militar, inflaba los altos penachos de los yelmos y hacía brillar las doradas armaduras, cuando el ronco y tranquilo «¡Atrás!» de la tropa policial se oponía al ruidoso asalto, entonces la exaltación de los energúmenos ascendía como una llamarada hasta perder el aliento, y los semblantes de secos labios y lenguas silbantes se petrificaban ansiosos en los fuegos artificiales instantáneos de la inmortalidad, porque el tiempo se encontraba al filo del cuchillo. La máxima confusión tenía lugar, naturalmente, a la entrada del palacio, especialmente porque, después de haber entrado el César, se había disuelto imprudentemente, el doble cordón, el doble cordón por el que había venido, y nada podía ofrecer ya un dique al tumulto desencadenado; sin

orden alguno, como presa del torbellino de un embudo, el gentío se arremolinaba denso y tenaz hacia esa puerta de entrada, que con las prietas hileras de antorchas a cada lado semejaba una garganta de fuego; se arremolinaba para penetrar, se atascaba y era rechazado, chillando, encarnizado, rudo, pataleando, frenético de ansia: se hubiera creído más bien la entrada de un circo que de una residencia imperial, tan furiosa era la animación, la disputa que había allí y luchaba contra los encargados de la entrada, tan variada era la astucia de los no autorizados, que trataban de engañar y de colarse entre los funcionarios, tan violento el gritar de los autorizados en cuya justificación no se creía o a quienes se imponía una espera injustamente larga, y, cuando a una orden del viejo sirviente de palacio, cuya utilidad precisamente ahora, se revelaba, se dejó pasar inmediatamente la escolta, creció aún más, hasta la ebullición, la ira de quienes eran molestados con las formalidades de control sin acepción de personas. Se sentían despreciables por su postergación, sentían lo despreciable de todo lo humano y de todas las instituciones humanas, y fue de repente porque se hizo una excepción, se podía hacerla, y nada importaba que se tratara solamente de la excepción que merece un enfermo de muerte, la muerte misma. Nadie hay que no se incline a despreciar al prójimo y en el hervidero de lo despreciable, siempre renovado, sin nombre ni palabras, trasluce el conocimiento que tiene el hombre de su propia impotencia por ser humano, su preocupación por su dignidad que le es concedida sin que pueda llegar a poseerla. El desprecio luchaba contra el desprecio en el embudo estrecho, recalentado del portón de entrada. No era extraño, pues, que detrás de esa puerta, en el interior del patio, escapado a la lucha codiciosa, escapado a la cruda luz del infierno, se creyera liberado de todo el ultraje que le había perseguido por las calles y afuera en la plaza, y era casi el mismo alivio que había sentido cuando desapareció el mareo, la misma mejoría, aunque el lugar a donde ahora llegaba no se mostrase realmente como un lugar de paz, ya que por el contrario el patio parecía realmente estallar de desorden. De todos modos, se trataba sólo de un desorden aparente; la servidumbre imperial, acostumbrada a tales acontecimientos, guardaba una estricta disciplina, y pronto se acercó a la litera un funcionario de la corte, provisto de una lista de los huéspedes, para recibir al recién venido, dirigiéndose tranquilamente al servidor por quien se hizo decir al oído el nombre del huésped, registrando tranquilamente el nombre y tachándolo en la lista, tan serena e indiferentemente, que debió parecer decididamente ofensiva para un famoso poeta, tan ofensiva que él sintió la necesidad de confirmar la indicación del sirviente y reforzarla: «Sí, Publio Virgilio Marón, así me llamo», dijo y se irritó cuando, por toda contestación, recibió una breve inclinación, cortés pero no menos indiferente, y aun el jovencito, del que había esperado un apoyo, sin decir palabra, se unió obediente al cortejo, que ahora, a una señal del funcionario, se dirigió al segundo peristilo. De todos modos, el enojo no duró mucho; desapareció ante la paz que ahora rodeaba realmente al recién llegado, cuando la litera fue dejada en el suelo ante el *megaron*, rodeada de un jardín casi totalmente tranquilo y rociado por los surtidores: allí había fijado el César las habitaciones para sus invitados. Delante de la entrada esperaban los esclavos de la casa para el recibimiento, y allí fueron despedidos los portadores de fuera. Lo mismo le pasó al jovencito; le cogieron la toga y, como no se movía del lugar y solamente sonreía, el funcionario de corte le gritó: «¿A qué te quedas todavía? ¡A ver si te alejas!» El jovencito no se movió, amable y pícaro, y conservó su sonrisa, tal vez por la forma grosera en que se agradecía su conducción, tal vez también por la inutilidad de un esfuerzo absolutamente incapaz de alejarle. Sin embargo, ¿tenía ese quedarse algún sentido? ¿era deseable? ¿qué podía hacer con el jovencito allí, él, un enfermo cansado, necesitado de soledad? ¡Y sin embargo, qué rara angustia quedarse solo! ¡qué extraña angustia tener que perder ahora al joven guía!... «Mi copista», dijo y lo dijo casi contra su propia voluntad, como si hubiera algo extraño en él, que hablara por él, extraño y sin embargo oscuramente familiar, voluntad que era más fuerte que la suya, una voluntad involuntaria, sin embargo coercitiva y poderosa, la noche. Queda voluntad poderosa, salida de la noche. Quedo estaba el jardín, quedo era el aliento de las flores, quedo el salpicar de los dos surtidores; un perfume oscuramente delicado y levemente húmedo, como de noche primaveral en otoño, hilaba fresco y fino sobre los bancales, y, enredada en él, extendía sus velos, ya más cerca, ya más lejos, la música del edificio delantero, velo de sonido tras velo de sonido, bordada con puntos de címbalo, acolchada en la niebla gris de las voces, con que la fiesta rezumaba allí, un ruido

luminoso, resonante y brillante, aquí ya sólo una blanda niebla sonora que humedecía el inmenso espacio de la noche; el cuadrado de cielo tendido sobre el patio dejó ver otra vez las estrellas, visible de nuevo el aliento de su luz, aunque atravesado acá y allá por nubes de humo bajas, pero también éstas se hallaban impregnadas en la blanda lluvia de niebla sonora, tomaban parte en el ondulante y evanescente murmullo nebuloso que henchía el patio, envolvía todas las cosas fundiendo en uno, cosa, perfume y sonido, elevándose al cielo en la calma de la noche, y más allá, cerca del muro estaba una palmera, el tronco de dura corteza vagamente iluminado, alcanzando la altura de los techos, en tesa acritud con su negro y ausente abanico, llena de noche.

¡Oh estrellas, oh noche! ¡oh, era la noche, al fin la noche! Y era el húmedo, profundo aliento de oscuridad del sonido nocturno lo que él —pecho doliente— sorbía hondo en sí. Mas demasiado se demoraba; debía tratar de levantarse de la litera, y estaba un poco enojado porque la previsión del César, que le había enviado a la nave aquel médico latoso, no llegaba hasta aquí, y porque evidentemente nadie sabía todo lo enfermo que se sentía; entretanto habían metido ya el cofre con la *Eneida* en la casa, y había que seguirles de prisa. «Ven, ayúdame», llamó al jovencito, mientras se enderezaba y luego, apoyado en el hombro del muchacho, trató de superar los primeros peldaños de la escalera, por cierto para advertir en seguida que el corazón, el pecho y las rodillas se negaban y que él se había sobreestimado; tuvo que hacerse subir por dos esclavos. Tres pisos subieron, precedidos por el indiferente funcionario de corte, que sostenía contra la cadera el rollo de la lista de los invitados, como un bastón de general, seguido por el múltiple paso de los portadores, y cuando llegaron arriba a la ventilada habitación de huéspedes ya preparada, reconocieron fácilmente que se hallaba en el chaflán sudoeste del palacio, parecido a una torre; por las abiertas ventanas de redonda arcada, que se encontraban un buen trecho sobre los techos de la ciudad, corría un fresco soplo, un fresco recuerdo de tierra olvidada, de mar olvidado, corría marino y terrestre el soplo de la noche por la habitación; en el centro del espacio, dobladas por el aire ardían llamas de velas sobre el candelabro de muchos brazos coronado de flores; la fuente de la pared dejaba manar un fresco velo de agua en delicado abanico sobre la escalerilla de mármol de su cuenca; el lecho estaba preparado bajo el mosquitero y sobre la mesa al lado de la cama estaban dispuestos alimentos y vino. Nada faltaba; un sillón para reposar tranquilo junto a la ventana del mirador y en un rincón del cuarto había un sillico; el equipaje fue acomodado de manera que resultara fácil tomarlo, el cofre con el manuscrito fue acercado por orden expresa a la cama; todo se ordenó tan exactamente y tan sin ruido, como mejor no podía desearlo un enfermo, pero seguramente éste ya no era un mérito del Augusto, era sólo mero cuidado de una organización de la corte, que trabajaba sin fallas y disponía de todo; no había amistad en ello. Había que tomarlo, había que aceptarlo, la enfermedad obligaba a ello, era una imposición de la enfermedad, una molesta imposición que llenaba de amargura, y esta amargura ni siquiera se dirigía tanto contra la enfermedad misma como contra el Augusto, sin duda porque éste tenía el don de frustrar infaliblemente cualquier agradecimiento. La amargura contra el Augusto... ¿no había existido desde un principio? En realidad, todo había que agradecerse al Augusto, paz y orden y la propia seguridad; ningún otro hubiera sido capaz de conseguirlo, y si en lugar de él hubiera llegado Antonio al poder, Roma nunca hubiera vuelto a hallar la paz, cierto, pero, sí, pero... seguía la desconfianza contra este hombre que había pasado ya de los cuarenta, sin que hubiera envejecido de verdad, invariable desde veinticinco años atrás, y que tenía en sus hábiles manos los hilos de la política con la misma tersura y astucia de temprana madurez, hoy como entonces... ¿No estaba perfectamente justificada la amarga desconfianza contra ese joven envejecido a quien se debía todo? ¡Nada más que tersura era lo que le distinguía, tersa su belleza, tersa su amabilidad, que tan a gusto se tendría por amistad y que sin embargo no era amistad, sino servía sola y exclusivamente a sus propios fines, y todos caían en su lazo, en ese terso lazo! Y ahora volvía a pasar lo mismo, otra vez aparecía esa hipocresía amistosa... ¿Por qué había insistido el hipócrita en arrastrar de vuelta a un enfermo entre sus equipajes hasta Italia? ¡Ay, mejor hubiera sido morir en la nave, que tener que yacer aquí, en medio de esta tersa organización de la corte, donde todo era demasiado inmaculado, sí, demasiado inmaculado, mientras al otro lado, en la fiesta imperial, bajo el estrépito de músicas y luces, el falso joven imperial se dejaba celebrar

ruidosamente! El estrépito de allá llegaba como un rumor lejano y ajeno, aumentando y decreciendo impudicamente, mancillando el hálito de la noche.

Pero en el hálito de la noche se unía todo, el zumbar de la fiesta y la paz de la montaña y el cabrilleo del mar, el entonces y el ahora, y de nuevo el entonces, fluyendo el uno en el otro, uno y otro confundidos... ¿Podría volver una vez más a Andes? Aquí estaba Brindis, rica en techos y luminosa de calles, extendida bajo la ventana del mirador, a la que se había hecho llevar y ante la cual estaba ahora sentado en el sillón; aquí estaba solamente Brindis y él acechaba afuera en la noche, acechaba en la lejanía de entonces, allí donde el morir debía ser bueno; no, él no debía haber venido aquí, y menos todavía a esta habitación para huéspedes asépticamente comfortable... En las velas del candelabro con su llama sesgada, gota a gota, se formaba en cada una un sendero céreo, dentado, en rápido incremento.

—Señor... —El funcionario de la corte estaba ante él.

—No deseo nada más.

El funcionario señaló al jovencito:

—¿Debemos alojar a tu esclavo? No estaba previsto...

Realmente, el molesto funcionario tenía razón; no había sido previsto.

—Pero si quieres tenerle alojado aquí cerca de ti, señor, nos esforzaremos al momento por complacerte...

—No hace falta... Se irá a la ciudad.

—Además éste —el funcionario indicó un hombre en el grupo de esclavos— se quedará durante la noche en la habitación vecina a tus órdenes.

—Está bien... Espero no necesitarlo.

—Entonces puedo retirarme...

—Hazlo.

Eran ya demasiados preparativos; entrecruzando impaciente las manos, dando vueltas impaciente al anillo de sello, esperó a que el frío lacayo abandonara por fin la habitación con su gente; pero cuando esto ocurrió, contra lo que esperaba, el esclavo designado por el funcionario, un hombre de gruesa nariz oriental en estricto rostro de sirviente, no se había ido con los demás, sino que se había quedado cerca de la puerta, como si así debiera ser.

—Despídelo —rogó el jovencito.

El esclavo preguntó:

—¿Ordenas que te despierte cuando salga el sol?

—¿Cuando salga el sol? ¿Por qué? —Por un instante fue como si el sol, a pesar de la hora nocturna, no hubiera desaparecido del cielo, oculto sí en las regiones occidentales, pero presente, Helios, perdurando en la noche, venciendo a la noche, más poderoso que la madre de cuyo seno saliera.

A pesar de eso hubo que contestar al esclavo que esperaba la resolución:

—No debes despertarme; seguro que estaré despierto...

Se hubiera podido creer que el hombre no había oído la respuesta: quedó de pie inmóvil. ¿Qué significaría eso? ¿qué quería decir ese hombre? ¿tal vez que para quien no es despertado no amanece un nuevo día? Era noche, noche maternalmente tranquila, suave su hálito, y suave era imaginar que podía durar eternamente; no, el esclavo era indeseable, tan indeseable como la perspectiva de ser despertado por él:

—Puedes ir a acostarte...

—Al fin —notó el jovencito, cuando el esclavo hubo cerrado la puerta tras de sí.

—Al fin, sí, por cierto... Y ahora tú, pequeño guía... ¿Qué haces tú realmente aquí todavía? ¿Quieres algo de mí? Con placer lo haré...

El pequeño guía tenía las piernas esparrancadas, la cara redonda, algo recia y —desgraciadamente había que admitirlo— más bien fea de un joven campesino, algo caída; y ciertamente un poco ofendido, contestó desmañadamente, sacando un poco el labio inferior:

—Tú quieres despedirme a mí también...

—A los otros les he despedido, a ti no... Te pregunto, simplemente...

—No debes echarme...

La voz del joven, suave y ronca, sonó familiar, casi con matriz de patria en su característico aire campesino. La voz era como una lejana connivencia apenas memorial, era connivencia en un entonces materno inescrutablemente lejano, reflejado también en los claros ojos del joven.

—No tengo la intención de separarme de ti, pero supongo que te ha atraído la fiesta del César como a muchos otros...

—La fiesta me es indiferente.

—Todos los jóvenes quieren ir a la fiesta; no deberías avergonzarte de ello y mi agradecimiento por haberme guiado no mermaría por ello...

Las manos a la espalda, el jovencito se volvió un poco a un lado y otro:

—No quiero ir a la fiesta.

—A tu edad yo hubiera ido seguramente, y aun hoy volvería a hacerlo, si estuviese más sano, pero si tú fueras en mi lugar, para mí sería como si yo mismo participara en ella... penetrando de contrabando con otra figura... Mira, aquí hay flores; hazte una corona; el Augusto podría hallar placer en ti.

—No quiero.

—Lástima... ¿Qué quieres pues?

—Quedarme aquí cerca de ti.

La imagen de las salas festivas en las que el joven hubiera debido introducirse de contrabando, para aparecer a la vista del Augusto, esta imagen, se desvaneció:

—Te quieres quedar conmigo...

—Siempre.

Noche eterna en la que reina la madre, dormitando el hijo en lo inmutable, dormitando oscuridad desde la oscuridad a otra oscuridad, oh dulce inmutabilidad del siempre.

—¿A quién buscas?

—A ti.

El jovencito se equivocaba. Lo que buscamos ha desaparecido y no debemos buscarlo, porque, inhallable, sólo se burla de nosotros.

—No, mi pequeño guía, me has conducido, pero no me has buscado.

—Tu camino es el mío.

—¿De dónde vienes?

—Te embarcaste en el Epiro.

—¿Y tú has venido conmigo?

Una sonrisa contestó la pregunta afirmativamente.

—Del Epiro, de Grecia... Sin embargo hablas la lengua de Mantua.

El joven sonrió de nuevo:

—Es tu lengua.

—La lengua de mi madre.

—En canto se trocó la lengua en tu boca.

Canto... éter de las esferas que se canta a sí mismo, elevado sobre todo lo humano:

—¿Eras tú el que cantaba sobre la nave?

—Yo escuchaba.

Oh canto maternal de la noche, sonando a través de la noche, vibrando desde siempre, siempre buscado, cuantas veces amaneció el día:

—Yo tenía la edad que tú tienes ahora, sí, hasta era un poco más joven, cuando escribí mis primeros versos, tan confusos... Sí, así era entonces; aún tenía que encontrarme... Mi madre ya había muerto, había quedado sólo el sonido de su voz... Otra vez, ¿a quién buscas?

—No necesito buscar, puesto que tú lo hiciste.

—¿Estoy pues en tu lugar, aunque tú no quieras ir por mí a la fiesta? ¿Y escribes tal vez versos también, como yo lo hice?

La respuesta era negativa, pues la expresión del familiar rostro juvenil se hizo divertida; hasta las pecas en la base de la nariz eran un espectáculo tan familiar...

—Entonces no escribes versos... Ya estaba sospechando que eras uno de éstos que se proponen leerme sus poesías y sus dramas...

El joven pareció no haber comprendido o no hizo caso: —Tu senda es poesía, tu meta está más allá de la poesía...

La meta estaba más allá de la oscuridad, estaba más allá del edén del entonces maternalmente protegido; aunque el jovencito hablara de una meta, no sabía nada de eso, era demasiado joven; había guiado, pero no por la meta:

—En cualquier caso, ¿has venido a mí porque soy un poeta... o no?

—Tú eres Virgilio.

—Ya lo sé... Además lo has gritado bien claro en los oídos de la gente, allá abajo en la plaza del puerto.

—Pero no ha servido de mucho.

La diversión en la cara del joven se convirtió en un guiño, en un cómico arrugamiento de la nariz, de modo que la hilera de pecas en la base se contrajo en muchos pequeños pliegues y los dientes desnudos, regulares, blancos, muy fuertes, brillaron a la luz de las velas; era la misma alegría con la que abajo en la plaza había intentado conseguir paso libre para el poeta Virgilio, y era la misma alegría que procedía de un entonces muy lejano.

Algo indefinido le obligaba a hablar, le obligaba a ello aun a riesgo de que un muchacho no pudiera entenderlo:

—El nombre es como un vestido que no nos pertenece; estamos desnudos bajo nuestro nombre, más desnudos aún que el niño que el padre ha levantado del suelo para darle el nombre. Y cuanto más llenamos de ser el nombre, tanto más ajeno se nos torna, tanto más independiente se vuelve de nosotros, tanto más abandonados resultamos nosotros mismos. Prestado es el nombre que llevamos, prestado el pan que comemos, prestados nosotros mismos, suspendidos desnudos en lo extraño, y sólo aquél que se ha despojado de todo el prestado ropel, llega a ver la meta, es llamado a la meta, donde se une definitivamente con su nombre.

—Tú eres Virgilio.

—Lo fui una vez; tal vez vuelva a serlo.

—Aún no, y sin embargo... —fluyó como una confirmación de los labios del jovencito.

Era un consuelo, aunque sólo el consuelo que puede brindar un niño, y no era un consuelo bastante.

—Esta es una casa de los nombres prestados... ¿Por qué me has conducido aquí? Es la casa de los huéspedes.

De nuevo apareció la sonrisa de la connivencia, infantil y casi picaresca, pero rodeada de una familiaridad muy grande, más aún, eterna:

—He venido a ti.

Y extrañamente, ahora bastaba la respuesta, como si fuera un consuelo suficiente, y bastaba ya incluso para la próxima pregunta, que siguió, aún más extraña si cabe, extrañamente inexcusable:

—¿Vienes de Andes? ¿Llevas a Andes?

No supo si había formulado realmente la pregunta, sólo supo que no quería oír respuesta, ni afirmativa ni negativa, pues ni el muchacho podía ser de Andes ni él no ser de allí: demasiado terrible hubiera sido lo primero, demasiado absurdo lo segundo. No, no debía haber respuesta, y era justo que no la hubiera; pero irresistible era el deseo de poder conservar aquí al jovencito, irresistible el deseo de poder respirar, aspirando paz y presentimiento; oh, el deseo mismo era presentimiento. Las velas ardían sesgadas en el leve soplo del aire, que fluía como una fresca, delicada y poderosa nostalgia, viniendo de la noche, derramándose en la noche; la lámpara de plata cerca del lecho oscilaba levemente como un péndulo en su larga cadena, y fuera, ante la ventana, temblaba y se posaba como una marea sobre los techos el vaho de la ciudad, se disolvía púrpuro, violeta púrpura en el azul oscuro y negro e inconcebible y fluctuante.

Respirar, descansar, esperar, callar. Saliendo de la noche, derramándose en la noche, fluía el silencio y mucho duró hasta que él lo interrumpió:

—Ven, siéntate junto a mí —llamó al joven a su lado, y aun después que éste se hubo acurrucado cerca de él, siguió el silencio, permanecieron envueltos en silencio, entregados a la noche callada. Desde lejos se oía el ruido, resonaba el estrépito de los curiosos, resonaba, rumoreaba la algazara de la fiesta, hervían las creaturas como el Orco, sordo, inexorable, fascinante, impúdico e irresistible, salvaje y ahíto al mismo tiempo, ciego y clavada la mirada, el rebaño pisoteante, que se apiña a la falsa luz sin sombra de las antorchas y los fuegos ante el abismo de desgracia de la nada, casi insalvable, casi irrescatable, si no se encontrara aquí —y cuanto más largamente se acechaba, tanto más claramente se advertía—, si no se encontrara incluso también aquí el canto del silencio, contenido desde siempre, contenido para siempre, el tañido de campanas del silencio, henchido hasta el sonido de bronce de la noche y el tañer de todos los rebaños humanos, quedamente cantando la noche de los rebaños, suspirando el rebaño en su gran sueño: profunda bajo el humus del ser habita la noche, rumorosa de sombras, oculta a la niñez, liberada del destino, liberada del azar y libre de lascivia; de ella brota lo creado, atravesado por el murmurar de las savias de la noche, grávido de sueño, eternamente fecundado por la fuente de toda intimidad; de ella brotan en indecible tejer y mutuamente incorporados planta, animal y hombre, mutuamente sombreados, pues la maldición del regreso está oculta en la bendición del sueño, y es la encantadora cubierta del ser, una nada de sueño extendida sobre la nada.

¡Oh lo terrenal! Mundo del éter y mundo de la noche en incesante inspirar y espirar, fluctuando entre la doble atracción de la grandeza de la sombra y de la falta de sombra, inmutables las estaciones del decurso tendido entre los dos polos de la abolición del tiempo, el sin fin animal y el sin fin divino... Oh, en todas las venas de lo terreno, en todo lo que ha brotado de la tierra, surge la noche, incesantemente convertida en vigilia y conciencia, interior y exterior al mismo tiempo, convirtiendo lo informe en constelación oculta, grávida de sombras, y entre la nada y el ser, cerniéndose en ese cernirse, el mundo se torna oscuridad y luz, y es reconocible en su esencia de sombra y de luz. Siempre resuena en el alma, ya quedo, ya fuerte, pero constantemente audible, el tañido de campanas de la noche, el tañido de campanas de los rebaños, siempre el rugido de leones del día, conmovedor en la luz y en la conciencia, áurea tormenta que devora lo creado... Oh conocimiento del hombre, aún no conocimiento, ya no sabiduría, ascendiendo del humus del ser, ascendiendo de la vida primigenia, ascendiendo de la sabiduría de las madres, subiendo en la mortal claridad de la superclaridad, del sobrevivir, subiendo hacia el abrasador conocimiento del padre, subiendo hacia el frío, oh conocimiento del hombre, sin raíces, eternamente movido, que no está abajo ni arriba, sino siempre en el umbral crepuscular entre noche y día, un suspirar y un respirar en el interregno del crepúsculo estelar, entre la vida de los rebaños nocturnos y la muerte del aislamiento individual bañado de corrientes luminosas, entre el silencio y la palabra, que a su vez vuelve al silencio. Nada terrenal es verdaderamente capaz de abandonar el sueño y sólo quien nunca olvida la noche que en él habita, puede cerrar el círculo, puede volver de la intemporalidad del comienzo a la del fin, puede comenzar siempre de nuevo el ciclo, astro él mismo en la inmutabilidad del decurso del tiempo, surgiendo del crepúsculo, desapareciendo en el crepúsculo, nacimiento y renacimiento en lo nocturno y de lo nocturno, recibido por el día, cuya claridad se ha incorporado a lo oscuro, día que encierra en sí la noche: sí, tales habrían sido las noches, todas las noches de su vida, todas las noches por las que había pasado, noches en vigilia, lleno de angustia por la inconsciencia que amenaza bajo las noches, lleno de angustia por la falta de sombras sobre ellas, lleno de la angustia de abandonar a Pan, lleno de una angustia que sabe del peligro de la doble intemporalidad; sí, tales habrían sido esas noches, rechazadas al umbral de la doble despedida, noches del sueño de los mundos inmutablemente igual, tanto en las plazas como en las calles, como en las tabernas, iguales irrecusablemente desde el comienzo en ciudades y más ciudades, resonantes imperceptiblemente desde todas las lejanías del tiempo y por eso mismo más insistentemente sabidas; los hombres hacían ruido: también esto era sueño, aunque los poderosos del mundo se hicieran festejar en lugares de fiesta y más fiesta, rodeados por los reflejos de las antorchas y la música, sonreídos por rostros y más rostros, cortejados por cuerpos y más cuerpos, sonriendo ellos

mismos, cortejando ellos mismos; sueño esto también, aunque ardieran los fuegos de guardia, no sólo ante los castillos, sino también fuera, donde había guerra, en los confines, en los ríos negros de noche y en las lindes de los bosques rumorosos de noche y entre el centelleante clamoreo del asalto de los bárbaros surgiendo de la oscuridad; oscuridad; sueño también esto, sueño y más sueño como el de los ancianos desnudos, que en cuevas pestilentes dormían para quitarse del cuerpo el último residuo de consciencia, como el de los lactantes que soñaban sin ensueños la sorda vigilia de una vida futura desde la miseria de su nacimiento, como el de la tropa de esclavos encadenados en los vientres de las naves, tendidos como gusanos atontados sobre los bancos, sobre las planchas, sobre los atados de sogas, sueño y más sueño, rebaño y más rebaño, destacándose sobre la confusión de su suelo primigenio como filas de alcores en la noche descansando en la llanura, sumergidos en lo inexorablemente materno, en el constante retorno que no es aún eternidad y a pesar de ello da a luz en cada noche de la tierra; sí, tales habían sido estas noches, tales seguían siendo, tal era también ésta, tal vez para siempre, noche sobre el filo del umbral entre la eternidad y el tiempo, la despedida y el retorno, comunidad de rebaño y suprema soledad, angustia y salvación; y él, lanzado al umbral, noche tras noche esperando en el umbral, confuso en la media luz del borde de la noche, en el crepúsculo del borde del mundo, él, sabiendo del acontecimiento del sueño, había sido elevado a lo inexorable, y tomándose él mismo figura, fue precipitado atrás y arriba a la esfera de los versos, al interregno del conocimiento terrenal, al interregno de las madres, de la sabiduría y de la poesía, al ensueño que está más allá del ensueño y linda con el renacer, meta de nuestra fuga, la poesía.

¡Fuga, oh fuga! Oh noche, la hora de la poesía. Pues poesía es espera que mira en la media luz, poesía es abismo en presentimiento del crepúsculo, en espera en el umbral, es comunidad y soledad al mismo tiempo, es promiscuidad y angustia de la promiscuidad, libre de lascivia en la promiscuidad, tan libre de lascivia como el sueño de los rebaños que duermen y sin embargo angustia ante esa lascivia; oh, poesía es espera, aún no partida, pero continua despedida. En su rodilla sentía, casi imperceptible, el hombro del jovencito acurrucado, no veía el rostro, sólo le sentía hundido en la propia sombra; y mientras veía el enmarañado cabello negro en el que jugaba la luz de las velas, y recordaba aquella noche terrible, dichosamente desgraciada, cuando empujado por el destino —también en este caso amante y atormentado— había llegado a casa de Plocia Hieria para no hacer más que leer versos ante aquella persona acurrucada, esperando invernal, invernalmente indecisa... Había sido la *Égloga* de la maga, aquella *égloga* compuesta por deseo y encargo de Asinio Polión, que nunca le hubiera resultado tan bien, si el recuerdo de Plocia, si la nostalgia y la gozosa zozobra por la mujer no la hubieran presidido, y que sin embargo le había salido tan bien, sólo porque desde siempre había sabido que nunca le sería dado abandonar el umbral para entrar en la perfecta noche de la comunidad; ay, como desde siempre le había sido impuesta la voluntad de fuga, había debido leer la *égloga*, y el temor y la esperanza se habían cumplido: se había trocado en despedida. Y había sido la misma despedida que una vez más y más tarde y más grande iba a ser vivida por Eneas, cuando, obligado por el enigmático e insondable curso fatal de la poesía, zarpando con fugitivas naves hacia lo irrevocable, había abandonado a Dido, renunciando para siempre a dormir a su lado, a cazar con ella, para siempre separado de ella, que había sido para él la dulce sombra de la realidad, la dulce sombra del goce, por siempre jamás alejado de la nocturna cueva del amor entre las tempestades. Sí, Eneas y él, él y Eneas, habían huido en una partida real y no sólo en la constante despedida poética; habían huido de su interregno, como si no valiera para la realidad, aunque es también el del amor... ¿Adónde conducía esa huida? ¿De qué profundidad procedía ese miedo ante la orden maternal de Juno? Ay, el amor es ya caer bajo el espejo de la noche, es caer en el humus nocturno, donde el ensueño se torna eternidad, superando el umbral de sí mismo, es hundimiento hasta el fondo de lo informe, de lo inescrutable, constantemente dispuesto al acecho para irrumpir destructor como una tempestad; sólo los días cambian, sólo a través de los días corre el tiempo, y lo que se mueve en pleno día da el tiempo que el ojo ve; innoble, grande en cambio es el ojo de la noche, en cuya profundidad descansa el amor, el ojo que vacío y ardiente y fijo en el resplandor de las estrellas, inexorable e incesante, noche a noche, renueva en sí la eternidad terrenal sobre todos los tiempos...: creando y devorando mundos desde la más profunda profundidad de sus ojos, sin mirar nada más, sólo la enceguedora

profundidad relampagueante de la nada, acoge todos los ojos en sí, los ojos de los amantes, los ojos de los que se despiertan, los ojos de los moribundos, apagándose en el amor, apagándose en la muerte el ojo del hombre, apagándose, porque percibe la eternidad.

¡Fuga, oh fuga! ¡Progresiva configuración del día y descanso de las formas en la noche, todo vuelto al calma acontecer sin tiempo! Poco a poco se cubrieron de costras las velas de los candelabros; giraban los mosquitos sin tregua con su zumbido ominosamente monótono e intangiblemente duro; sin tregua manaba el agua de la fuente en la pared y ese manar era como una parte de su fluir inefablemente sin tiempo, inmóvil, oceánico; inmóviles jugaban los amorcillos en el friso del muro, entumecidos en una superpaz, en una supercalma que apenas tenía ya figura y más bien participaba de la calma nocturna del más allá, rígidamente soplando dilatada sobre todo el mundo, inexorabilidad de Eones que, dando a luz sombra e impregnada de sombra, se erigía alrededor como cueva rodeada de aliento de las estaciones del sueño, silencio sin figura, sobrevolado por el silencio de los pájaros del trueno bajo las estrellas sin nubes. Pues lo que siempre descansa en la noche, bebiendo la paz, bebiéndose mutuamente, atravesado por el pulso de la sombra, sombreándose mutuamente, alma pegada a alma, esposo y esposa unidos, la joven oculta en los brazos del joven, el muchacho en el abrazo del amante, lo que siempre ocurre en la noche, es oscuro reflejo partícipe de su oscuridad aún mayor, es trasunto de sus relámpagos de oscura sacudida, es caída en el abismo de las tempestades, arrancada la cubierta del ensueño, y aunque llamemos a gritos a la madre para que nos proteja de la tempestad nocturna, ella está tan lejos y tan perdida en el recuerdo que sólo aquí y allá nos llega un golpe de lluvia de la niñez, ya sin consuelo ni protección, a lo sumo el hálito sin familiaridad de la patria desaparecida hace mucho tiempo, el hálito de calma que precede a la tempestad; sí, así era, y aunque la brisa nocturna viniera rozando tan tibia y suave, aunque pasara tan fresca por la ventana, aunque envolviera todo lo terreno en sus estaciones, soplando sobre el bosque de olivos y la mies y el viñado y la playa del pescador como un único hálito de la noche, reuniendo en su ondulación las tierras y los mares, llevando y confundiendo en dulce mano de viento sus cosechas; y aunque el abanico de la dulce mano descendiera tan apacible, rozando las calles y las plazas, refrescando las caras, dispersando el humo, aplacando la canícula, aunque este vivo aliento, del que se llena la figura de la noche hasta su extrema superficie, creciera incluso por encima de ella, transformado en la cordillera temblorosa de cuevas, que reposa inaprensible, apenas ya exterior, en lo más profundo de su más propia intimidad, en el corazón y más hondo que el corazón, en el alma y más hondo que el alma, en nuestro más profundo yo hecho noche, aunque todo esto fuera y ocurriera, de nada valdría; de nada valía, era demasiado tarde, nada valía de nada; grávido de desventura sigue el sueño de los rebaños, implacable sigue el afán terrenal, inextinguible el fuego; el amor sigue entregado al relámpago atronador de la nada, y sobre la cueva de la noche se halla suspendida fuera del tiempo la tempestad.

¡Fuga, oh fuga! La madre sigue inevitable. Estamos huérfanos en el origen del rebaño, ningún nombre podemos evocar en el sueño, ninguno tiene valor en la oscuridad de la perfecta unión... Y tú, mi pequeño compañero nocturno, que te has unido a mí como un guía, ¿me serás evocable realmente todavía? ¿has sido enviado a mí por tu destino, por mi destino, para que te hable? ¿te sientes tú también amenazado por la eternidad? ¿está ella oculta también bajo tu noche... y por eso has venido a mí? Oh, apóyate en mí, mi pequeño hermano gemelo, oh, apóyate en mí; aparto mis ojos de la amenaza y los vuelvo hacia ti, esperando, esperando por última vez aún poder volver a casa del abandono, volver contigo a la oscura bóveda erigida en mí como un hogar que ya no conozco; oh, entra conmigo en esta familiaridad, que pulsa en mis venas como lo más extraño recuperado y en la que quisiera hacerte participar; tal vez hasta lo más ajeno no lo será ya para mí, tal vez yo mismo dejaré de serme ajeno; oh, apriétate a mí, mi pequeño hermano gemelo, apriétate a mí, y sí lamentas a la madre perdida, la niñez perdida, volverás a hallarla cerca de mí, porque te tomo en mi brazo y bajo mi protección. Otra vez, quedémonos en la flotante cueva de la noche, la última vez, espiemos juntos la noche y su flotar de sueño, el sin embargo de su interregno y de su dulce realidad... Tú no sabes todavía, mi hermano pequeño, porque eres joven, de qué profundísimo interior de nosotros mismos sube la esperanza nocturna, tan abarcante y tan íntegramente animada

en su inexorabilidad, tan delicada y suave promesa de nostalgia en su sufrimiento, que necesitamos un larguísimo tiempo antes de oírla, antes de oírla a ella y a su miedo, alzándose alrededor de nosotros como una cordillera de ecos, pared de eco junto a pared de eco, como un paisaje desconocido y a pesar de ello como una llamada de nuestro propio corazón, sí, y sin embargo, sin embargo tan imperiosa como si quisiera hacer resplandecer de nuevo todo el resplandor de un pasado vivido hace mucho, a pesar de ello tan confiada, como si en ella estuviera encerrada toda la promesa de lo definitivo... Oh, hermano pequeño, yo lo he vivido, porque he llegado a anciano, más viejo que mis años, porque sentí en mí toda caducidad y toda descomposición; lo he vivido porque para mí llega el fin; ay, sólo con el deseo de la muerte llegamos a desear la vida y en mí late incesantemente, sin tregua, por lo que puedo recordar, el trabajo de zapa contra las articulaciones vitales de toda ansia de muerte; así lo sentí siempre, temor de la vida y temor de la muerte al mismo tiempo, en todas las muchas noches en cuyo umbral estuve, en las orillas de noches y más noches que han pasado rápidas ante mí, creciendo a su paso el conocimiento de ellas, el conocimiento de la separación, el conocimiento de la despedida, que comienza con el crepúsculo, y era muerte lo que ante mí fluía, me tocaba con su marea que subía, me enredaba, me rodeaba, viniendo de afuera y sin embargo nacido de mí, mi muerte: sólo el moribundo conoce la comunidad, conoce el amor, conoce el interregno; sólo en el crepúsculo y en la despedida conocemos el sueño, cuya más oscura comunidad carece de lascivia; conocemos que a nuestra partida no le seguirá jamás un retorno; conocemos el germen de la lascivia, que yace envuelto en el retorno y sólo en él; ay, mi pequeño compañero de noche, tú también lo conocerás alguna vez, también tú te encontrarás un día en el umbral de la orilla, a la orilla de tu interregno, a la orilla de la despedida y del crepúsculo, y también tu nave estará lista para la fuga, para esa fuga orgullosa que se llama despertar y de la que no hay retorno. ¡Sueño, oh sueño! Mientras poetizamos no nos ponemos en marcha, mientras persistimos en el interregno de nuestro día nocturno nos regalamos mutuamente toda la esperanza del sueño, toda la comunidad de la nostalgia, toda la esperanza del amor, y por eso, pequeño hermano mío, por esta esperanza, por esta nostalgia, no te alejes nunca más de mí; no quiero saber tu nombre, el que echa sombra, no te llamaré ni para la partida ni para el retorno, pero, sin llamarte ni poder hacerlo, quédate a mi lado, que el amor siga en la promesa de ser definitivo, quédate a mi lado en el crepúsculo, quédate a mi lado en la orilla del río que vamos a mirar sin entregarnos a él, lejos de su nacimiento, lejos de su desembocadura, inmunes a la tiniebla originaria cerrada en sí mismo del principio e inmunes al último corpúsculo de luz sin sombra de Apolo; oh, quédate a mi lado, protector y protegido, como quiero quedarme para siempre a tu lado, una vez más el amor: ¿me oyes? ¿oyes mi ruego? ¿puede mi ruego oírte todavía, oyéndose a sí mismo, escapado al destino, liberado del dolor?

Inmóvil estaba la noche, rígidas sus figuras en toda su visibilidad cercana y lejana, encerrada en este espacio, encerrada en espacios cada vez más amplios, extendida desde la inmediatez de lo asible a inmediatos cada vez más amplios, por encima de las montañas y los mares, desplegada en el continuo fluir hasta las inalcanzables bóvedas del sueño; pero este fluir, brotando del corazón, rompiendo en los límites de las bóvedas y volviendo a refluir en el corazón, acogía en sí onda de nostalgia tras onda de nostalgia, disolvía incluso la nostalgia de la nostalgia, detenía la cuna de estrellas de su origen, vibrante en el crepúsculo, maternal; y rodeada por los oscuros relámpagos de abajo, por los claros de arriba, separada en luz y tiniebla, en negrura y claridad, de doble color la nube, doble el origen, con bochorno de tormenta, sin sonido, sin espacio, sin tiempo oh abierta cueva de lo interior y lo exterior, oh tierra que tanto atrae!—, así se abría la noche, estallaba el sueño del ser; mudos habían sido barridos el crepúsculo y la poesía, barrido su reino, quebradas las paredes de ecos del sueño, y escarnecido por las mudas voces del recuerdo, cargado de culpa y perdida la esperanza, cubierto por las ondas, llevado por las ondas, se hundía la enorme variedad de la vida en la mera nada. Se había hecho demasiado tarde, ya sólo había huida; la nave estaba preparada, las anclas levadas; era demasiado tarde.

Todavía esperaba, esperaba que la noche se anunciara de nuevo, que le dijera al oído algo definitivo y confortante, que con su rocío despertara una vez más su nostalgia. Apenas podía llamarse ya esperanza, más bien esperanza de esperanza, apenas ya fuga ante el fin del tiempo, más

bien huida de la huida. Ya no había ni tiempo ni nostalgia, ni esperanza para la vida para la muerte; ya no había noche. Apenas había ya una espera, a lo sumo impaciencia todavía, que esperaba impaciencia. Tenía las manos cruzadas y el pulgar de su izquierda rozaba la piedra del anillo. Como estaba sentado, sentía en la rodilla el calor del hombro juvenil, cercano pero sin apoyarse, y sintió el gran deseo de soltar los dedos entrecruzados de su creciente rigidez, para pasarlos leve, imperceptiblemente sobre los cabellos infantiles, enmarañados, oscuros como la noche, sobre los que miraba, para dejar deslizar por los dedos lo que brota en la noche, lo nocturnamente humano de la crepitante floración blanda de la noche, nocturnamente nostálgico de nostalgia; no hizo ningún otro movimiento, y finalmente, aunque le pesara interrumpir la rigidez de la espera, dijo:

—Es demasiado tarde.

El jovencito levantó lentamente hacia él el rostro, tan lleno de comprensión e interrogante, como si le hubiera sido leído algo cuya continuación fuera a seguir de inmediato, y obedeciendo a esta pregunta, su rostro dulcemente junto al rostro del jovencito, repitió muy quedamente:

—Es demasiado tarde.

¿Era espera todavía? ¿Estaba desengañado porque la noche ya no se movía, porque el joven no se movía y sólo la mirada del joven, gris, infantil, fija, interrogante ella misma, seguía clavada en él? La impaciencia, cuya aparición había deseado, irrumpió de improviso:

—Sí, es tarde... Vete a la fiesta.

De repente se sintió enormemente viejo; lo terrenal inmediato se anunciaba con la necesidad de sueño y de crepúsculo, con la nostalgia de poder hundirse en lo inconsciente y olvidar el ya jamás; se anunciaba con una debilidad en la barbilla e incluso con una sensación de tos tan molesta, que el deseo de quedar solo, sin ser observado, se hizo irresistible:

—Ve... Vete a la fiesta —logró decir aún roncamente, mientras su mano levantada, abierta hacia arriba, pero sólo insinuante y a creciente distancia, empujaba hacia la puerta con breves movimientos al jovencito que retrocedía vacilante.

—Vete... vete —suspiró una vez más su voz, ya sin aliento, y, cuando realmente se quedó solo, fue como si cayera un relámpago negro en su pecho: estalló en él la tos, mezclada con negra sangre, informe y espasmódica, estertor y estallido, robando los sentidos como una mano estranguladora al borde del abismo; y después le pareció un milagro no haber desaparecido en él por esta vez, el haber pasado una vez más de largo, el que una vez más pudiera percibir el murmurar de la fuente y el crepitar de las velas. Se había arrastrado —bien fatigosamente— desde el sillón hasta el lecho, se había dejado caer en él y se había quedado inmóvil.

Con las manos cruzadas de nuevo, volvió a sentir la piedra del anillo, sintió la alada figura de genios grabada en la cornalina de la joya, y esperó atisbando si se volvería hacia la muerte o hacia la vida. Pero poco a poco se fue sintiendo mejor... muy lentamente y muy fatigosamente y muy oprimido... Volvió la respiración, volvió el descanso, volvió el silencio.

Fuego - El descenso

Yacía y atisbaba. De cuando en cuando, aunque a intervalos cada vez mayores y sin nuevos vómitos de sangre, el acceso volvía y al principio hasta había creído que tendría que llamar al esclavo de la habitación vecina, para que trajera al médico; pero habría costado demasiado esfuerzo llamarle y la molestia del médico hubiera sido insoportable: quería estar solo... Nada era más urgente que estar solo, para recoger una y otra vez todo el ser en sí, para poder acechar; esto era lo más urgente. Recogiendo un poco las piernas, se había echado a un costado, su cabeza reposaba sobre la almohada, la cadera se hundía en el colchón, las rodillas estaban una encima de otra como dos seres extraños, y muy lejos estaban los tobillos, también los talones. ¡Cuán a menudo, oh, cuán a menudo había prestado así atención a los fenómenos del yacer! ¡Sí, casi daba vergüenza que no hubiera podido liberarse de esta costumbre infantil! Se acordaba exactamente de aquella noche para él tan memorable, en la que, a los ocho años, advirtió por primera vez que en el mero yacer había algo que observar: fue en Cremona durante el invierno; yacía en su dormitorio; la puerta que daba al tranquilo peristilo estaba rajada, cerraba mal, se movía un poco, y era inquietante; afuera el viento pasaba silbando sobre los bancales cubiertos para el invierno con paja, y de alguna parte, probablemente de la bamboleante linterna bajo la puerta cochera, llegaba acompasado como por un péndulo el débil reflejo de una luz deslizándose en el cuarto, llegaba una y otra vez, como un último eco de un infinito fluir, como un último eco de infinitos decursos del tiempo, como un último eco de un ojo infinitamente remoto, tan perdido, tan quebrado, tan amenazadoramente lejano, tan cargado de distancia, que era como una incitación a preguntar por la existencia o inexistencia de sí mismo... Y exactamente como entonces, si bien desde luego más consciente y claro por la repetición de todas las noches, exactamente como entonces preguntando por la existencia o inexistencia de su corporeidad, así exactamente sentía hoy también cada uno de los puntos por los que el lecho sostenía su cuerpo y exactamente como entonces eran crestas de oleaje, sobre las cuales pasaba su nave con leve cabeceo, mientras en medio se abrían valles marinos inmensamente profundos. Ciertamente, no se trataba de eso, y si ahora había querido estar solo, no había ocurrido en verdad para continuar observaciones infantiles, a las que sin más hubiera podido asistir el pequeño compañero nocturno; no, se trataba de algo más esencial y definitivo, de algo cuya realidad debía ser muy grande, tan grande que debía superar aun la de la poesía y su interregno; se trataba de algo que debía ser más real que la noche y el crepúsculo, y no sólo más real sino incluso más terrenal; se trataba de algo por lo que valía la pena reunir en sí todo el ser, y solamente resultaba maravilloso que lo infantil y accesorio se impusiera de tal modo, que siguiera como siempre con sus mil imágenes, que en la cadena del recuerdo a la que estamos aherrojados, los primeros eslabones debieran ser los más importantes, como si precisamente fueran la realidad más real. ¡Casi parecía imposible, más aún, casi parecía ilícito que nuestra realidad más real, la última accesible, se limitara a ser mera imagen del recuerdo! No obstante, la vida humana es bendecida en imagen y maldecida en imagen; sólo en imágenes puede comprenderse a sí misma; las imágenes son indesterrables, están en nosotros desde el comienzo del rebaño, son más antiguas y más poderosas que nuestro pensamiento, están fuera del tiempo, abarcan pasado y futuro, son doble recuerdo del ensueño y tienen más poder que nosotros: imagen era él, yacente, para sí mismo y, rumbo hacia la realidad más real, llevado por ondas invisibles, sumergiéndose en ellas, era la imagen de la nave su propia imagen; de la oscuridad viniendo, a la oscuridad llevando, hundiéndose en la oscuridad, él mismo era la inconmensurable nave, el único inconmensurable, y él era también la huida dirigida hacia este inconmensurable, él mismo la nave fugitiva, él mismo la meta, inconmensurable él mismo, inconmensurable, imborrablemente presente, infinito paisaje corporal el paisaje de su cuerpo, imagen poderosa y amplia del inframundo de la noche, de manera que, perdida la unidad de la

humana nostalgia, perdida la unidad de la vida humana, hacía tiempo que no se creía capaz de ejercer el dominio de sí mismo, conocedor de todas las regiones y provincias separadas en que había debido dispersarse el yo uno y único, de extensión infinita, conocedor de todas las jerarquías demoníacas que habían asumido su vez de él, articulada en múltiples distritos; ay, eran los revueltos, desgarrados distritos del doloroso pulmón, eran los de la fiebre, la siniestra fiebre que sube en oleadas hasta la piel desde las más inquietantes, desde las más desconocidas profundidades candentes, y eran los distritos de los abismos de las entrañas, así como aquéllos aún más terribles de la sexualidad, unos y otros llenos de serpientes, infestados de serpientes, eran los distritos de los miembros en su desenfrenada existencia individual, y no en último lugar los de los dedos, y todos estos distritos demoníacos, algunos situados más cerca de él, otros más lejos, algunos más amistosos, otros más hostilmente dispuestos entre sí y contra él —más cercanos y más propios seguían siendo para él los sentidos, eran el ojo y el oído y sus adyacencias—, todos estos distritos de lo corporal y lo supracorporal, dura realidad de la pétreo almacén de los huesos, eran conocidas por él en toda su extrañeza, en su fragilidad caduca, en su lejanía, en su hostilidad, en su inconcebible infinidad, sensible y supra-sensiblemente, porque estaban todas juntas y él con ellas, como si esto fuera el mutuo conocimiento, incorporado en esa gran pleamar que alcanza por sobre todo lo humano y todo lo oceánico, en esa marea pesada de tiempos, avanzando y retrocediendo, lanzada en ambos sentidos, cuya resaca da siempre en la costa del corazón y lo hace latir incesantemente, realidad de la imagen e imagen de la realidad a un tiempo, tan profundas sus olas, que en su profundidad se reúne lo más separado, aún desunido y sin embargo unido para un futuro renacimiento; oh rompiente del conocimiento, saciada de gérmenes de todo consuelo y toda esperanza su marea eternamente ascendente; oh marea primaveral, cargada de noches, cargada de gérmenes, cargada de espacios; y en el saber de esta imagen de su yo, la más poderosa, supo de la victoria sobre lo demoníaco por una confianza en la realidad cuya imagen puebla lo indescriptible y a pesar de ello abraza ya la unidad de los mundos. Y es que las imágenes rebosan realidad, pues la realidad a su vez se representa sólo por realidad...; imágenes y más imágenes, realidades y más realidades, ninguna verdaderamente real mientras está sola, pero cada una aislada semejanza del último y más real incognoscible que es el conjunto de todas. Y aunque en los muchos años transcurridos había perseguido cada vez más ávida y curiosamente la ruina y la fragilidad que sentía obrar en su cuerpo, aunque por esta maravillosa y maravillada curiosidad había aceptado con placer la desazón de la enfermedad y de los dolores, aunque constantemente —y haga el hombre lo que haga, se le torna semejanza más o menos precisa— había llevado en sí el deseo, el deseo rara vez consciente, pero siempre impaciente, de que su unidad corporal, que cada vez más había llegado a ser para él una unidad aparente, se disolviera por fin, cuanto antes mejor, para que ocurriera lo extraordinario, para que la disolución se convirtiera en redención, en una nueva unidad, en sentido definitivo, y todo esto le había acompañado y perseguido desde su más temprana juventud, por lo menos desde aquella noche en Cremona, probablemente sin embargo ya desde la infancia en Andes —ya fuera primero como miedo infantil, juguetón y ligero o fuera violento terror que extinguía la memoria, irrecordables hoy uno y otro—, pues bien, tampoco le había abandonado nunca la pregunta por el significado de tal suceder; este problema había estado presente todas las noches en su acecho, tanteo, presentimiento, y justamente como una vez el niño de Andes, el de Cremona había estado tendido en su lecho, apretando una rodilla contra la otra, sumergido su espíritu en la avanzada de los sueños, sumergido espíritu y cuerpo en la nave de su ser, desplegado sobre las amplias superficies de la tierra, él mismo montaña, él campo, él tierra, él la nave, él mismo el océano, atisbando en la noche de lo interior y lo exterior, intuyendo desde siempre que este atisbar apuntaba ya a una plenitud del conocimiento que exigía el transcurso de toda su vida, así exactamente le ocurría de nuevo, le ocurría aquí y ahora, le ocurría hoy; le ocurría lo que desde siempre, cada vez más y más claro, había ocurrido de nuevo una y otra vez, hacía lo que había hecho durante toda una vida; pero ahora sabía la respuesta: atisbaba la muerte.

¿Podía ser de otro modo? Erguido es el hombre, él sólo, pero se tumba a descansar para el sueño, el amor, la muerte... también en esta triple propiedad de su yacer se distingue de todos los otros seres. Recta, destinada al crecimiento, el alma del hombre alcanza desde los oscuros abismos de sus

raíces en el humus del ser hasta el círculo de las estrellas inundado de sol, elevando su oscuro origen volcánico, hijo de Poseidón, humillando la transparencia de su apolíneo destino, y cuanto más se torna forma traspasada de luz por su vertical crecer, cuanto más se sombrea en forma, ramificándose y desarrollándose como un árbol, tanto más capaz se vuelve de unir en la fronda umbría de sus ramas lo oscuro con lo luminoso; mas cuando se ha tendido para el sueño, para el amor, para la muerte, cuando ella misma se ha vuelto paisaje desplegado, entonces ya no es su cometido fundir lo contrario, pues durmiendo, amando, muriendo, cierra los ojos, para dejar de ser buena o mala y convertirse ya sólo en un único infinito atisbar: alma infinitamente desplegada, infinitamente encerrada en el anillo de las edades, infinita en su descanso y por consiguiente dispensada de cualquier crecimiento; sin crecimiento como el paisaje que es, alcanza con éste a través de todos los tiempos como dominio de Saturno inmutado e inmutable, alcanza desde la edad de oro hasta la edad de bronce, y aún más allá hasta el retorno de la de oro, y por su inserción en el paisaje, por su encarcelamiento en lo terreno y en los campos terrenales, cuya superficie separa las esferas de la luz del cielo y de la oscuridad de la tierra, es del mismo modo límite que separa las esferas y las une entre las regiones superiores e inferiores, como Jano perteneciente siempre a ambas, a las de las estrellas suspendidas y a las de la gravedad de la piedra, a las del éter y a las del fuego del inframundo, como Jano infinito de dos direcciones, como Jano el alma infinitamente extendida en descanso crepuscular, de manera que para su conocimiento que atisba el arriba y el abajo, pueden ser zonas de igual significado, sin que lleguen a unirse; en cambio sin significado, indigno de todo acecho y exploración, será para ella el acontecer como tal, porque ella no lo siente ni como crecimiento ni como marchitamiento o agotamiento, ni como felicidad ni como carga, sino como constante retorno, como el constante retorno dentro de su propio ser, como el retorno del curso universal de Saturno, donde los paisajes del alma y de la tierra se extienden infinitamente, sin que puedan distinguirse en su inspirar y espirar, en su germinar y madurar, en sus cosechas y sequías, en su desaparecer y su resurgir, en las estaciones de su carencia de confines, entretejidos en el eterno retorno, rodeados por el anillo de lo eternamente igual y por eso en descanso tendidos para el sueño, para el amor, para la muerte... ; un atisbar del paisaje y del alma, saturniano escucharse del morir dispensado de morir, oro y bronce al mismo tiempo.

Escuchaba atentamente a la muerte; no podía ser de otro modo. La conciencia de este hecho real había caído sobre él sin espanto, a lo sumo con aquella extraordinaria claridad que generalmente acompaña la subida de la fiebre. Y ahora, yaciendo en la oscuridad, atento en la oscuridad, comprendía su vida y comprendía hasta qué punto había sido un continuo acechar al despliegue de la muerte, desplazada la conciencia, desplazado el germen de la muerte, que toda vida lleva desde el principio y la constituye, doble y triple desarrollo, procediendo uno del otro y desarrollándose en él, cada uno imagen del precedente y así precisamente realizándolo... ¿No era ésta la fuerza soñadora de todas las imágenes y justamente de aquéllas que pueden determinar una vida? ¿No era así también con la imagen de la cueva de la noche de los mundos, que, maravillosa y terriblemente sin tiempo, cargada de estrellas y prometiendo eternidad, extiende la muerte sobre todo el ser? Porque lo que una vez, en la adolescencia, había sido representación infantil y niña de la muerte, se había desarrollado en la gran imagen de la cueva, y la construcción de la cripta en el golfo napolitano, cerca de la gruta de Posilippo, había sido por tanto algo más que una mera repetición y plasmación de la vieja idea infantil; no, esa obra expresaba simbólicamente la bóveda universal de la muerte, tal vez también infantil por esa terrenal miniaturización, pero semejanza del espacio de la muerte poderosa y universal, en el que él, conociendo desde siempre la meta y a pesar de ello buscándola, él, buscador de sendas bajo las bóvedas de la muerte, había pasado toda una vida soñando despierto. Era la potencia universal de esta meta que todo lo abarca, lo que le había hecho perseguir larga, demasiado largamente cuál era su propia condición; era esta meta siempre conocida y a pesar de ello nunca consciente; insatisfecho de cualquier carrera, las había malogrado todas y no había perseverado en la profesión de médico, ni en la de astrónomo, ni en la de sabio y maestro de filosofía ni había logrado tranquilidad en ellas: ante sus ojos había tenido siempre la exigente, la irrealizable imagen del conocimiento, la seria imagen del conocimiento de la muerte, y ninguna profesión podía hacer justicia a esa imagen, pues no hay ninguna que no esté exclusivamente

sometida al conocimiento de la vida, ninguna con excepción de aquella única a la que se había visto abocado finalmente y que se llama poesía, la más extraña de todas las actividades humanas, la única que sirve para el conocimiento de la muerte. Sólo aquel que vive en el interregno de la despedida — oh, estaba ya tras él y no había retorno—, sólo aquel que persiste a la orilla del río, lejos de la fuente, lejos de la desembocadura en el crepúsculo, sólo él presiente la muerte, sólo él se halla preso de la muerte y, sirviendo a la muerte, se asemeja al sacerdote que por su oficio, por su oficio de sacerdote superior a la profesión personal, intermediario entre arriba y abajo, está obligado al servicio de la muerte y con ello se ve también destinado a un interregno de la despedida. Sí, siempre sacerdotalmente había imaginado el cometido del cantor, tal vez por la rara consagración de muerte que habita íntimamente en el extasiado fervor de toda obra de arte, y aunque hasta entonces sólo rara vez había osado confesárselo a sí mismo —tal vez en algún momento incluso se había negado a hacerlo, exactamente como no había osado en sus primeros poemas acercarse a la muerte, y más bien se había esforzado en defenderse, con la fuerza amable y amante de un profundo amor por el ser, contra la amenaza en ciernes, pero ya presente—, había debido desistir cada vez más de esa resistencia: el poder poético de la muerte se había revelado muy pronto como el más fuerte, conquistándose paso a paso un derecho de ciudadanía, que luego en la Eneida se había tornado pleno derecho de dominación, siguiendo el sentido de los dioses: la dominación fragorosa, sangrienta, amenazadora, inmutable del destino, la señoría de la muerte que todo lo supera, que por eso mismo se supera a sí misma y se aniquila a sí misma. Pues de muerte está impregnada toda simultaneidad; toda simultaneidad de la vida y de la poesía se halla conservada para la eternidad en su aniquilamiento total; la muerte está repleta del día y de la noche, juntos en la nube claroscuro del crepúsculo; oh, la muerte está repleta de toda la multiplicidad que ha salido de la unidad, para volver de nuevo a la unidad en ella; está repleta de la sabiduría de rebaño del principio y del conocimiento individualizador del fin, ambos reunidos en un único segundo del ser, en ese segundo que ya es el del no-ser, pues la muerte se halla en incesante interacción con el decurso del ser, y sin tregua se transforma en unidad de la memoria el curso de las edades que en ella desemboca, recibido por ella y vuelto de retorno hacia el origen, a la memoria de mundos y más mundos, a la memoria del dios: sólo quien asume la muerte, puede cerrar el círculo en lo terreno; sólo a quien busca el ojo de la muerte, no se le rompe el propio, cuando debe mirar la nada frente a frente; sólo aquel que acecha el paso furtivo de la muerte, no necesita huir, puede quedarse, pues su recuerdo se vuelve profundidad de lo simultáneo, y el que se sumerge en el recuerdo, percibe el rumor de arpas del instante en que lo terrenal debe abrirse al infinito desconocido, abierto al renacimiento y a la resurrección de infinito recuerdo... Paisaje de la niñez, paisaje de la vida, paisaje de la muerte, son uno solo en su inmutable simultaneidad, presintiendo más arriba el paisaje de los dioses, el paisaje del principio y del fin originarios, inmutablemente unido por el arco tendido sobre él, empañado con los siete colores de la lluvia, oh la campiña de los padres. Muchas cosas se hacen para recordar y se revelan al final sin embargo como una escucha de la muerte, y muchas cosas que quieren hacerse por la muerte, son mero recuerdo, temeroso recuerdo nostálgico, angustiosamente guardado para que jamás se pierda. Este y no otro era también el sentido de la cripta rodeada de mar, sombreada de primavera, verde de frondas cerca de la caverna de Posilippo, lugar de la muerte construido casi por juego, lleno del recuerdo, de recuerdos de infancia, que él, sin reflexionar sobre ello, había construido dentro de esta alegría de jardines, de manera que todo lo que sus ojos de niño habían visto en el cortijo paterno de Andes, volvía a hallarse ahora aquí a escala menor y sólo un poco cambiado, como el camino de acceso a la granja, ahora convertido en camino principal a través del jardín, dotado de la misma doble curva, orlado a la izquierda por los mismos laureles, conduciendo a la derecha a la colina de sus juegos infantiles, aunque esta colina aquí estuviera coronada solamente por algunos cipreses en lugar del antiguo bosquecillo de olivos, mientras detrás de la casa se elevaban los olmos, poderosos y tranquilos aquí como allá, aquí como allá llenos del gorjeo de pájaros, entonces como hoy protección de la soledad y la paz, y como antaño, de niño, habría podido deslizar la mano sobre los setos, tan claramente se podía soñar todo de nuevo, tan claramente y para todas las edades había sido soñado todo eso hacia delante, soñado para la muerte y el morir, para la meta de todo acecho ensoñador desde los días de la infancia, para la meta y la

fuelle de su recuerdo, claro, imperdible, ansioso de conocimiento, aunque la imagen de la cripta representaba solamente una pequeña, una diminuta sección de la memoria en la corriente del pasado, una isla realmente asible, casi emergida por azar en su pequeña accesibilidad, evanescente y casi digna de olvido frente a la rumorosa anchura de la marea que se volcaba en su incesante escucha; sin cesar le llegaba algo no perdido, amplio como el recuerdo y ancho como el oleaje, incesante y suave y grande rodaba hacia él ola tras ola de lo visto alguna vez, resplandeciente en un acorde de arpas, reminiscencia indescriptiblemente perdurable, sostenida —oh amable prisión de la juventud, protegida y presta a la liberación—, y era como si todos los arroyos y estanques del entonces se vertieran en esta corriente del recuerdo, manando entre las perfumadas praderas, manando entre las orillas reverdecidas por temblorosas cañas, amables imágenes sin fin, como un ramo de lirios y alhelíes, amapolas, narcisos y dientes de león recogidos por mano de niño, la imagen de la infancia en paisaje eternamente recorrido, eternamente inventado, la imagen de campos paternos, que había tenido que buscar siempre, en todas partes a donde fuera empujado, imagen de su paisaje vital único e irrenunciable, imagen indescriptible, inefable a pesar de tan grande claridad, previsión, luz, transparencia, a pesar de esta claridad nunca declinante, rica en colores, con que la acompañaba, tan indescriptible que, en cuanto se ponía a describirla, resonaba sólo en lo no dicho, sólo donde ya nunca alcanza la palabra, donde supera los propios límites terrenos y mortales y penetra en lo inefable, abandona la expresión de la palabra y —ya sólo cantándose a sí misma en la estructura de los versos— abre entre las palabras el abismo de segundos que atenaza, que corta la respiración para, presintiendo la muerte y rodeando la vida con esta muda profundidad, enmudecida ella misma, mostrar la gran totalidad, la fluida simultaneidad en que descansa lo eterno: oh meta de toda poesía, despertar de la palabra, cuando se eleva por encima de toda comunicación y toda descripción, oh momentos del lenguaje, en que él mismo se sumerge en lo simultáneo, de modo que permanece indeciso si el recuerdo brota del lenguaje o el lenguaje del recuerdo... Oh, en estos instantes era cuando había comenzado a florecer el paisaje de la infancia, dejándose atrás a sí mismo, creciendo más allá de sí mismo y de todo recuerdo, sobre todo principio y todo fin, transformado en disposiciones pastoriles simplemente campestres de una edad de oro, transformado en paisaje del surgimiento latino, transformado en realidad de dioses que pasan sirviendo y dominando; cierto, todavía no comienzo primigenio, orden primigenio, primigenia realidad; pero sí un símbolo cierto, aún no la voz que debe resonar desde lo más desconocido, lo más inexpresablemente extraordinario, lo inexorablemente supradivino, pero sí su símbolo, y también el presentimiento como un eco, de su ser, y casi su certidumbre: símbolo que es realidad, realidad que se torna símbolo a la vista de la muerte. Era la claridad de los instantes sin muerte, los instantes de la vida sin más, vivamente liberados del crepúsculo, y eran aquellos en que la verdadera figura de la muerte se manifiesta de la forma más pura: rarísimos instantes de la gracia, rarísimos instantes de la libertad perfecta, desconocidos para los más, ambicionados por algunos, alcanzados por muy pocos...; pero aquél entre esos pocos a quien le es dado retener ese instante, aquél a quien le ha sido concedido asir la huidiza fugacidad de la figura de la muerte, aquél que logra darle figura en incesante atisbar y buscar, habrá hallado con su autenticidad también la de su propia figura, habrá plasmado también su propia muerte y con ello su propia figura y estará protegido de la recaída en el humus de lo informe. Con sus siete colores y divinamente apacible, ve tensarse el arco iris de la infancia sobre el ser, día tras día de nuevo ante sus ojos, día tras día creado de nuevo, creación común del hombre y del dios, creación por la fuerza de la palabra que sabe de la muerte: ¿no había sido ésta la esperanza por la que había tenido que soportar la tortura de una vida azuzada, sin gozar nunca de una dicha pacífica? Volvía la mirada hacia esta vida de renuncia y de privación hasta el día de hoy, esta vida que no tuvo obstáculos para la muerte, pero que estuvo llena de obstáculos para la comunidad y el amor; volvía la mirada hacia esta vida del adiós, tras él ya en la luz crepuscular de las corrientes, en la luz crepuscular de la poesía, y, con más claridad que nunca, hoy sabía que lo había aceptado por aquella esperanza; tal vez él era digno de desprecio y mofa, porque un despliegue tan grande de vida no había logrado cumplir hasta ahora ninguna esperanza, porque la tarea que había querido resolver había sido excesiva para sus débiles fuerzas y, tal vez, porque los recursos del arte poético no eran los adecuados, sólo que ahora sabía también que eso no

cuenta, más aún, que la justificación o la no-justificación de una tarea nada tiene que ver con su resolución terrenal, que era indiferente si sus propias fuerzas alcanzaban o no, si podía nacer algún otro hombre con mejores fuerzas, o si podía hallarse alguna vez un campo mejor de resolución que el representado por la poesía; todo esto era intrascendente, porque la elección no había sido suya: cierto, día tras día, incontables veces cada día, había resuelto y obrado por libre elección, o había creído que eran libres decisiones; pero la gran línea de su vida no había sido elección propia por libre voluntad, había tenido que hacerlo, un tener-que dispuesto en el conjunto de la salvación y perdición del ser, un tener-que impuesto por el destino y a pesar de ello libre de imposición, ordenándole buscar la propia figura en la de la muerte, y conseguir así la libertad del alma; pues la libertad se impone al alma, cuya salvación y perdición están siempre en juego; y él se había sometido a la imposición, obediente al cometido de su destino.

Se enderezó un poco sobre la almohada, para aliviar el pecho dolorido, muy prudentemente, para que no se desordenaran los dilatados paisajes de su yo que parecían garantizarle claridad y no se fueran, por ejemplo, a confundir entre sí, como ocurre en el hombre erguido, y tentó en derredor buscando el cofre del manuscrito, cuya tapa de rudo cuero rozaron sus dedos casi tiernamente: ardiente y excitante era la sensación del trabajo, la sensación imperiosa del descubridor, despierta en él la gran sensación peregrinante de la creación, y si al mismo tiempo no hubiera brotado también la gran angustia del peregrino, la cruel angustia del que ha perdido la senda, que vaga en la espesa noche, esta angustia extrañamente hondísima que acompaña todo crear, el hervor cálido y feliz de su pecho hubiera superado hasta la disposición a la muerte de los dolores premonitores, tal vez hubiera, incluso, aliviado su dificultad de respirar, hubiera hecho olvidar el ardor y el hielo de la fiebre, y nada ya le hubiera podido impedir ponerse de inmediato al trabajo, dispuesto a comenzar de nuevo, consciente de un cometido que debía cumplir hasta el último aliento y que sólo con el último aliento debía traerle la verdadera consumación. No, nada podía retenerle frente a su obra, nada podía impedirselo, y todo se lo impedía, tanto que la conclusión de la *Eneida* se había detenido por completo desde hacía meses y no le había quedado más remedio que la huida y de nuevo la huida. Y no tenían la culpa de ello ni la enfermedad ni los dolores, habituales desde hacía tiempo, dominados desde hacía tiempo, sino la intranquilidad ineludible, inexplicable, esta angustiada sensación de hallarse perdido y sin salida, de este presentimiento que sabía claramente de la perdición constantemente amenazante, prepotente y siempre presente, de esencia irreconocible, de origen indefinible, indefinible si acechaba al interior o al exterior. Respirando con mucha precaución, escuchaba inmóvil en la oscuridad. Las velas del candelabro se apagaron una tras otra, sólo persistía la luz pequeña y paciente de la lámpara de aceite junto al lecho, a veces oscilando suavemente a derecha e izquierda al soplo del viento, con un suave sonido de su cadena de plata y el reflejo en la pared como de un péndulo de sombras de tela de araña, leves como mariposas, y mientras afuera la barbarie de las calles se disolvía poco a poco, y el confuso, indistinto rumorear se disgregaba en toda suerte de relinchos, de bramidos, de graznidos y el estrépito de la fiesta se distinguía con un murmullo más claro y profundo, salpicando el cuadro de los ruidos, ya calidoscópico, se tomó claro, significativo, parecido al rumor de un bajo profundo, el paso uniforme de tropas en marcha, indicando que una parte de la guardia volvía a sus cuarteles; luego se hizo silencio, si bien en una calma que pronto comenzó a animarse, zumbando extrañamente, incluso ella misma toda vibración, porque de improviso desde lejos, desde todas partes —¿llegaba de los campos frente la ciudad o de los campos de Andes?— se oyó el cantar de los grillos, el tono de miríadas de las miríadas de creaturas, infinitas en la quietud que se extendía sobre lo infinito. Quietamente, poco a poco palideció entonces también el rojizo reflejo de la luminosa fiesta de las calles, negro se tomó el techo de la habitación, negra hasta la clara mancha sobre la lámpara que ya sólo era una señal pendular suavemente oscilante de un lado a otro, y las estrellas ante la ventana resaltaban sobre un fondo de negrura. ¿Era esto lo intranquilizador cuyo origen buscaba? ¿Por qué era intranquilizador, si el cesar del vil, desesperado clamoreo hubiera podido representar por el contrario una pacificación general? No, había quedado la perdición, y ahora lo reconocía, o tuvo que reconocerlo: era la desventura del alma encarcelada, para la que, una y otra vez, cada liberación es un nuevo cautiverio.

Miró fijamente hacia la ventana, y la noche circuló en su enorme espacio, girada la cúpula por Atlas, descansando sobre los hombros del gigante y sembrada de brillantes estrellas la enorme cueva de la noche, que nada suelta; espíó los rumores de la noche, y, febricitante, tendido para que bajo su colcha helara e hirviera, se le presentaron con rigurosa simultaneidad como percepciones de su extrema lucidez, las imágenes, los rumores, los perfumes del ahora junto con todos los de cada antaño vivido y vivible, en el doble recuerdo del atrás y del adelante, tan túrgidos por la irrecusable e inexplicable lobreguez, tan inasibles en su huida, tan ocultos en el misterio a pesar de su desnudez, que él, azuzado y paralizado al mismo tiempo, se vio precipitado de nuevo en lo caótico, en la espesura de todas las voces aisladas... Lo informe de que había creído escapar, había caído de nuevo sobre él, no como lo indistinguible del comienzo del rebaño, sino muy inmediato, más aún, casi tangible, como el caos de una individualización y una disolución que no podía reunirse en una unidad ni con el acecho ni con la rigidez; el caos demoníaco de cada voz aislada, de cada conocimiento, de cada cosa, indiferentemente si pertenecen al presente o al pasado o al futuro, este caos le asaltaba ahora, a este caos estaba entregado, sí, él había sido desde que el estrépito tumultuosamente indistinguible de la calle hubiera comenzado a transformarse en una espesura de voces individuales. Así era. Oh, cada uno de nosotros se halla rodeado por la maleza de las voces, cada uno vaga durante toda su vida por ella, camina y camina, y sin embargo no puede abandonar el lugar embrujado en la impenetrabilidad de la selva de voces, se halla enredado en los brotes de la noche, enredado en las raíces del bosque, que arrancan más allá de todo tiempo y todo espacio; oh, cada uno está amenazado por las voces indomables y sus tentáculos, por el ramaje de las voces, por las voces de rama que enredándose entre ellas le enredan, que crecen disparadas, cada una por su lado, y volviendo a retorcerse unas en otras, demoníacas en su individualización, voces de segundos, voces de años, voces de Eones, que se entrelazan en la malla del mundo, en la malla de las edades, incomprensibles e impenetrables en su rugiente mudez, húmedas por el gemido del dolor y broncas por el gozo salvaje de todo un mundo; oh, nadie escapa al fragor primitivo, a nadie le es ahorrado, porque cada uno, sabiéndolo o no, es él mismo nada más que una de las voces, él mismo pertenece a ellas y a su indisoluble-indivisible, impenetrable amenaza... ¿Cómo cabría albergar una esperanza todavía? El perdido está encarcelado sin salvación en la espesura; no cabe abrir brechas ni claros, y si quisiera extender su esperanza más allá, enviarla más allá, al infinito inmenso, donde la unidad, el orden, el conocimiento total del conjunto de las voces puede ser presentido, el gran acorde lleno de presentimientos, cerrando las voces, disolviendo las voces, el eco que trae de últimos espacios el acorde de la unidad de los mundos, del orden de los mundos, del conocimiento del universo, la última solución en un eco del cometido del universo, entonces esa esperanza del mortal sería desmedida y abominación para los dioses: se quebraría contra las paredes de la inaudibilidad, se perdería en la espesura de las voces, en la espesura del conocimiento, en la espesura de las edades, se perdería en un suspiro moribundo: inalcanzable es la fuente de las voces al comienzo de las edades; yace debajo de todas las profundidades de las raíces, yace debajo de todas las voces, yace debajo de todo el silencio, impenetrable el pozo de raíces de los bosques, donde se guarda el plano astral de la unidad de los órdenes y del lenguaje, impenetrable el símbolo de todos los símbolos, porque infinita y más que infinita es la multiplicidad de las direcciones en el espacio más que infinito, infinito es el número de las individualizaciones, infinito es el número de los caminos y de sus encrucijadas; y aun los múltiples espacios del lenguaje y del recuerdo, aun su riqueza en direcciones y su propia infinitud abismal son sólo un reflejo muy débil, muy escaso, tejido en las imágenes terrenalmente minúsculas de lo que no puede ser abarcado por ninguna mente, de lo que guarda en su aliento todo el espacio de las esferas y por cualquier punto de las esferas, aun mínimo, es guardado, inspirándose y espirándose a sí mismo, irradiándose e irradiado en sí mismo, reflejo de una adherencia de símbolo casi inexpresable, poco menos que inmemorial, poco menos que de una salvación del conocimiento tan llena de simbolismo que es casi inexpresable, casi irrecordable, casi indecible; sobrepasa con sus rayos cualquier curso de las edades y transforma cada fracción de segundo en eternidad: ¡encrucijada de todas las rutas, inamoviblemente eterna, inamoviblemente lejana! Ya el primer paso, el primero de todos, que se realizara en cualquier dirección de la espesura de sendas, exigiría para su realización, por rápida que fuera, toda una vida y más que toda una vida;

¡haría falta una vida sin fin para retener un solo pobre segundo del recuerdo, una vida sin fin para arrojar una sola mirada de un segundo a la profundidad del abismo del idioma! Acechando esta profundidad del lenguaje, había esperado poder escuchar la muerte, había esperado atrapar un conocimiento, siquiera el breve presentimiento de una introducción a ese saber límite que sería ya conocimiento fuera del conocimiento terreno; y sin embargo hasta la esperanza era ya temeridad frente a lo inaprensible, que ascendía impetuoso de las paredes de eco del abismo, un centelleo que apenas era ya centelleo, apenas ya el recuerdo de un centelleo, apenas el eco de un recuerdo ya, hálito evanescente, tan invisible que ni siquiera la música había conseguido retener tal invisibilidad, cuánto menos expresaba como presentimiento del inasible infinito; no, nada terreno puede romper la espesura, ningún medio terrenal basta para cumplir el eterno cometido de descubrir y anunciar el orden, de penetrar hasta el conocimiento más allá de todo el conocimiento; no, esto se encuentra reservado a potencias supraterras y a medios supraterranos, a una fuerza de expresión que deja muy atrás cualquier expresión terrenal, a un lenguaje que debiera estar más allá de la maleza de las voces y de todo idioma terreno, a un lenguaje que fuera más que música, a un lenguaje que permitiera al ojo, en un latido y rápido como él, percibir la unidad cognitiva del ser; realmente una nueva lengua supraterrana, aún no hallada, hacía falta para llevar a cabo esta tarea, ¡y era presunción atreverse a ella con pobres versos, esfuerzo infructuoso e infame presunción! Ay, le había sido concedido ver la eterna tarea, la tarea de la salvación del alma; le había sido concedido arrimar su azada, y no había notado que había empleado en ello toda su vida, gastado la vida, despilfarrado los años, perdido el tiempo, no tanto porque había fracasado y se había demostrado incapaz, incapaz de desenterrar una sola raicilla, sino porque la mera decisión de arrimar la azada agotaría una vida infinita, más aún porque la muerte aventaja a cualquier alma y nada hay que la pueda alcanzar, ni vale de nada espiar el lenguaje o avanzar desde el recuerdo con el presentimiento: muerte prepotente, prepotente espesura, que nada es capaz de abrir y sin piedad encarcela al extraviado, desamparado el extraviado, él mismo solamente una voz desamparada en la maraña de las individualizaciones. ¡¿Cómo podía haber esperanza todavía?! el acontecer humano, en cualquier forma y en cualquier lugar que ocurriera, ¿no se revelaba allí irrecusablemente como emanación de la angustia de las criaturas, como un acontecer obsesivo de la angustia, de cuya cárcel crepuscular no existe ya ni escapatoria ni evasión, porque es la angustia de la criatura extraviada en la espesura? Más profundamente que nunca se había dado cuenta de esta angustia; mejor que nunca comprendía el ansia inacallable del alma extraviada por una superación del tiempo que eliminara la muerte; mejor que nunca comprendía la inextinguible esperanza de las masas de criaturas; entendía lo que allá abajo deseaban voces y más voces, también ellas, con su griterío salvajemente desesperado, las entendía cuando se aferraban inquebrantables e indomables a su fervor, a su fervor de plebe, gritando fuera de sí, gritando hacia dentro de sí que podía, que debía haber en el matorral una voz distinta, más fuerte, extraordinaria, una voz de caudillo, a la que bastaría que se unieran para poderse abrir todavía una senda terrenal en la maraña de su existencia, llevadas por el esplendor de esa voz, por el esplendor del júbilo, del delirio, de la noche, de la semejanza divina del César, en el asalto salvaje del último respiro, bramando de poder como toros; y reconociendo esto, vio, entendió, comprendió mejor que nunca que su propia aspiración se distinguía de esta ruda pero más honesta voluntad de violación del rebaño enloquecido en la forma y en el envanecimiento, pero no en el sentido y el contenido; comprendió que él solamente había ocultado la simple angustia de criatura, que le tenía prisionero exactamente con la misma fuerza, disfrazada de nostalgia por la unidad omnicomprendiva del orden, disfrazada de un vano, y por eso mismo doblemente hipócrita, acecho y preacecho; comprendió que él simplemente había impelido al borde de lo terreno la esperanza de la voz precursora, extraordinaria, del caudillo, esta esperanza del pueblo, la más terrenal, que era también la suya, se había hecho la ilusión de que alguna vez vendría sobre él desde ese lugar y luego todo se tornaría supra-terreno, fantasma de su soberbia, preso en lo terrenal y víctima de la fugacidad de todo lo terrenal; oh, ahora reconocía mejor que nunca la inutilidad de los intentos de evasión de la masa animal y de sus estampidas aterradas, cuyos asaltos en desbandada, rugiendo de esperanza, sumiéndose en el desengaño, debían desembocar cada vez en la fría luz sin sombra de la nada, perdidos en el tiempo y sin poder huir del tiempo, y reconocía que le corres-

pondría la misma suerte, igualmente ineludible, igualmente inexorable, la caída en la rigidez de una nada que no elimina la muerte, sino que es ella misma la muerte. Oh, su vida estaba descarriada y fracasada, pues el camino que había llevado había carecido por anticipado de salida, cargado con el conocimiento de la falsa dirección, cargado con el conocimiento de su error, por anticipado un vagar y tantear y medio ver en la espesura, una vida de la falsa renuncia y de la falsa despedida, cargada con el miedo por el ineluctable desengaño que él, por eso mismo, había empujado al borde de la vida y de lo terrenal, como lo había hecho con la esperanza. ¿Había alcanzado al fin ese borde, ahora, cuando nada quedaba sino la desilusión, cuando nada había quedado más que el frío espanto, paralizante y sobrecogedor, inconfesado tal vez, el espanto de morir, pero también y quizá aún más fuerte el espanto del desengaño? Nada había quedado más que la rigidez, que pesaba sobre él como un misterioso castigo determinado por los astros, castigando un pecado que provenía de lo irrecuperable, anterior al destino, un pecado que él no había cometido y que era temeridad antes de que pudiera ser cometido, un pecado eternamente no cometido, eternamente presente tras él, eternamente oponiéndose a la eterna misión de conocer, eternamente impuesto para que no viera su misión, para que no la viera cumplida, pecado y castigo del silencio para siempre, petrificado el tiempo, petrificado el lenguaje, petrificado el recuerdo, el acecho crepuscular petrificado en la nada, en el baldío de la muerte; qué abandonado en esa rigidez yacía allí su cuerpo, doliente y envejecido de cansancio, extendido y saturnalmente iluminadas las zonas de su yo, que se tornaban más y más transparentes, esfumándose más y más, cada vez más desiertas, abandonadas hasta por los demonios, y sin movimiento como si fueran ventanas cegadas: nada más había quedado, nada podía recordarse aún, porque todo lo que una vez le había parecido ganancia de la vida, lo que una vez fuera eterno y un deber recordarlo, había envejecido antes que él, aún más rápido que él, se le había escapado y habíase hundido en lo apenas creado, en lo apenas vivido, y habían envejecido y se habían marchitado y habían perecido las imágenes del paisaje de su vida antaño tan claras, tan luminosas y brillantes; habían perecido y caído los versos que había entrelazado en su derredor; todo había sido soplado lejos como parda hojarasca, olvidado ya, ya sólo sabido, aventado por la estación, agotado por la estación, un crujir olvidado; mucho, oh, mucho había sucedido, pasado antiguo, pasado reciente, había sucedido en mil formas y en millones de individualizaciones, pero nunca jamás había llegado hasta él, nunca pudo convertirse en conjunto, cerrado el círculo de la memoria; nunca llegaría hasta él; ya en la vivencia había sido rechazado como no-vivencia y siguió sin realizarse, del mismo modo como el cumplimiento de su infinita misión concluía atascado en lo no realizado, detenido ya en su primer paso, como este paso, aunque ya durara toda una vida, seguía estando, y ya por anticipado, sin realizar, persistiendo en una parálisis insuperable, estremecedora, para la que ya no había ni un adelante ni un atrás, de modo que al primer paso incumplido no podía seguir ya un segundo, porque la distancia entre cada segundo de vida había crecido hasta convertirse en un espacio vacío inconmensurable, insalvable, y desde aquí no hay continuación ninguna, ni rápida ni lenta, porque simplemente nada se deja proseguir, imposible proseguir lo hecho y lo no hecho, imposible lo pensado y lo no pensado, lo expresado y lo no expresado, lo poetizado y lo no poetizado; ¡oh dioses! ¡Hasta la *Eneida* tendrá que quedar inconclusa, imposible de continuar, inconclusa como toda esta vida! ¿Estaba realmente escrito en los astros? ¿debía ser ésta realmente la suerte del poema? ¡Inconcluso el destino de la *Eneida*, inconcluso su propio destino...! ¿Era posible? ¡Oh! ¡¿Cómo era posible?! Había saltado el pesado portalón del espanto, y detrás se abría poderosa, envolvente, la bóveda del horror. Algo tremendo, que hacía presa en él a la vez por fuera y por dentro, algo horrendamente desconocido le alzó en vilo, de repente, perversamente violento, doloroso más que el dolor; le alzó en vilo con toda la salvaje energía que hace saltar la parálisis en la desesperación del ahogo, y mora en el primer trueno de una tempestad al desencadenarse; así estalló en él estrangulándole, trayendo la muerte, anunciándola amenazador y sin embargo acercando de nuevo un segundo a otro y enriqueciendo el espacio vacío entre ellos, como un rayo, con lo inasible que se llama vida, y casi era como si relampagueara en el rayo nuevamente la esperanza, mientras él, sometido a la garra de hierro, era levantado, rápido como un respiro, rápido como un rayo, como si eso ocurriera para que pudiera ser recobrado lo escapado y lo perdido y lo no concluido, ¡quizá aún, ahora!, tal vez incluso en el corto hálito de la respiración de

un segundo redivivo; esperanza o desesperación, no lo sabía; insensible de dolor, de espanto, de parálisis, no lo sabía; pero sabía que cada segundo de una vida nuevamente vivida era preciso e importante; sabía que había sido sacudido sólo para ese incendio de vida, no importa si durara poco o mucho, arrojado del lecho de la inmovilidad; sabía que debía huir del irrespirable espacio encerrado por las duras paredes, que debía lanzar una vez más su mirada afuera, desviada de sí, desviada de las zonas del yo, desviada del baldío de la muerte, que debía abrazar el universo de la vida, una vez más, una sola vez todavía, tal vez última; oh, debía ver una vez más, una sola vez, los astros, y en pie, rígido ante el lecho, sostenido por el puño de la garra que aferraba todo su cuerpo atravesándolo y sin embargo abrasándolo, se movió torpemente, guiado como un títere, con ángulos y cuerdas, inseguro como sobre zancos, para llegar a la ventana del mirador, en cuyo antepecho se apoyó agotado, un poco encogido por su debilidad, pero todavía erguido para dar satisfacción a su hambre de aire, con los codos retraídos y acompasado respirar profundo, de modo que el ser se abriera de nuevo, tomando parte en el flujo respiratorio de las esferas otra vez anheladas.

Necesidad de respiración, la necesidad del soplo vital de las criaturas, le había traído allí; pero al mismo tiempo había sido una necesidad no corporal, una nostalgia de lo visible, de la visibilidad del mundo, de lo respirable en la certidumbre del todo visible. Atontado por la asfixia, estaba en la ventana, sostenido por la poderosa mano que le rodeaba, y no sabía cuánto llevaba así, instantes u horas; la conciencia del tiempo volvía a él sólo imperfecta y fragmentariamente; sólo fragmentariamente en amplios trechos de la angustia del ahogo, cubierto por el tormento del ahogo, se volvía a reconstruir el mundo, el conocimiento volvía a ser conocimiento, y sólo fragmentariamente se daba cuenta de lo sucedido, comprendiendo trozo a trozo, que no se había tratado solamente de la *Eneida*, sino de algo que finalmente debía hallar.

Callado estaba ahora el mundo ante él, casi sorprendentemente callado después del pasado estrépito, y probablemente era ya noche muy avanzada; probablemente había pasado ya su mitad; los astros ardían grandes en su gran senda, brillando consoladores y fuertes y tranquilos con su tranquilizadora familiaridad, si bien intranquilizadamente empañados en un cielo tan despejado, como si entre su espacio y el del mundo subterráneo hubiera tendida una bóveda turbiamente cristalina, duramente impenetrable y apenas permeable a la mirada, y casi le parecía como si la demoníaca disgregación en zonas, a la que antes había estado sometido él y su cuerpo acechando yacente, yaciendo al acecho, se hubiese trasladado aquí al mundo exterior, y como si aquí se hubiera vuelto tan clara, tan inmensa, como nunca la había experimentado en sí mismo. El espacio terreno estaba tan claramente abovedado, cerrado en sí mismo frente al espacio superior, que nada pudo percibir del soplo ansiado de lo infinito y ni siquiera podía ser aplacada el hambre de aire, ni siquiera podía ser aliviada esta pena: el perfume que había envuelto antes la ciudad, ahora, a pesar de la brisa de la noche no se había disipado, apenas estaba dispersado, y se había convertido en una suerte de febril transparencia, como estancado bajo la presión de la envoltura del mundo en una especie de oscura gelatina, que flotaba inmóvil, inamovible, en el aire, más caliente que el aire y en su irrespirabilidad casi tan oprimente como el aire asfixiante dentro de la habitación. Sin piedad estaba separado lo respirable de lo irrespirable; despiadadamente impenetrable se tendía la copa cristalina arriba, oscuramente, pared hermética para la antesala de las esferas, para la antesala del aliento vital, para la antesala de los mundos, donde él estaba, sostenido por mano de hierro, sostenido por ella, y así como él antaño, insertado en la superficialidad terrena y extendido sobre los campos saturnales, había constituido él mismo el límite entre el arriba y el abajo, perteneciendo inmediatamente a ambas zonas y entretejido en ellas, atravesaba ahora ese límite como un alma individual destinada a crecer, que en su individualización y en su soledad sabe que si quiere acechar las profundidades del arriba y del abajo, debe acechar *en* sí misma: la inmediata participación en la grandeza de las esferas le está vedada a quien se halla en la edad terrena, en terrenal crecimiento humano, disfrutando de lo terreno y de lo humano; sólo con su mirada, sólo con su conocimiento puede penetrar la inconmensurable separación de las esferas; sólo con su vidente pregunta puede abarcarlas uniéndolas, sólo partiendo de un conocimiento inquieto y solamente en él puede reconstituir la unidad, la simultánea unidad del mundo y de sus esferas; sólo en el fluyente círculo

de la pregunta realiza el ahora de su alma, su más íntima NECESIDAD terrenal, misión de su conocimiento desde el comienzo.

Tiempo corría arriba, tiempo corría abajo, oculto tiempo de la noche, fluyendo de nuevo en sus venas, fluyendo de nuevo en las órbitas de los astros, segundo tras segundo sin espacio, tiempo de nuevo concedido, tiempo redivivo, inexorable ley del tiempo, superior al destino, supresora del acaso, liberada del decurso, presente de eterna duración, al que se veía proyectado:

ley y tiempo,
nacidos uno del otro,
eliminándose uno a otro y siempre generándose de nuevo,
reflejándose uno a otro y sólo así visibles,
cadena de las imágenes y contra-imágenes
que abarcan el tiempo, que abarcan la imagen primigenia,
sin poder concebir ninguno de ellos hasta el fin y sin embargo
saliéndose más y más del tiempo,
hasta que en el último eco de su armonía,
hasta que en un último símbolo
se une el de la muerte con el de toda vida,
la imagen que es la realidad del alma,
su mansión, su ahora sin tiempo y por eso
la ley en ella realizada,
su necesidad.

Y necesidad lo había guiado todo, necesario había sido aun el camino de un conocimiento que disolvía lo interno y lo externo en lo incognosciblemente inmenso, dividido y desmembrado hasta la completa extrañeza. Mas ¿en esta indeclinable e inexorable necesidad no se halla incluida también la esperanza de la nueva consonancia del ser, de la no fugacidad del suceder y de lo sucedido? ¿en necesidad han subido a flote las imágenes y en necesidad conducen más y más cerca de la realidad! ¡Oh, cercanía de la imagen originaria, cercanía de la realidad imaginaria, en cuya antesala se hallaba!... ¿se desgarrará ahora la cristalina cubierta de las cosas ocultas del cielo? ¿le desvelará la noche su último símbolo ahora, cuando sus ojos están destinados a quebrarse al abrir la noche el suyo? Se quedó mirando los astros, cuya revolución fijada por el destino y fijadora de destinos debía cumplir pronto su ciclo bimilenario, siguiendo órbita tras órbita el destino e impulsándolo hacia delante de padre a hijo en el linaje de los tiempos, y el ahora del cielo le saludó extendiéndose de lo visible a lo invisible en el círculo completo del conocimiento recuperado; le saludó allá en el borde sudoeste, familiar y lúgubre, Escorpio, la figura del destino, rodeado el cuerpo peligrosamente curvado por la suave corriente de la Vía Láctea; Andrómeda apoyaba su cabeza en el alado hombro de Pegaso; radiante, enviaba su invisible saludo lo imperecedero y, desde el Eón sin padre, creado en el más allá, diez veces encendida saludaba la constelación del Dragón, perdido el antiguo trono; se quedó mirando hacia la pétreo frialdad en donde gira la imagen de la ley, separado de él el aliento oscuramente luminoso, separada de él la verdad que nunca se abaja, sólo accesible al presentimiento intuye en su necesidad alejada de los hombres, y viendo ahora su imagen, presintiendo su imagen en la multitud de imágenes que ella es, se dio cuenta del conocimiento que trabajaba en él, supo que está libre del azar, supo del esperar sin esperar a nada de su entendimiento, liberado de toda impaciencia, y se encontró dispuesto para el necesario cumplimiento de lo incompleto. Entonces la mano que le sostenía se volvió más y más suave y se volvió un gran abrazo. Y sobre los techos de la ciudad yacía verdosa, viniendo del este, la luz de la luna, como frío polvo; se acercaba lo terreno. Porque aquel que ha dejado tras sí la primera puerta del espanto, es rodeado por el vestíbulo de un nuevo y mayor ignoto, rodeado y prisionero de una nueva conciencia, que le coloca de nuevo en su propio acontecer, en la propia ley; dispensado de la ley del retorno, liberado del decurso saturnal, liberado de la impaciencia de su escucha, se yergue de nuevo, crece en vertical, se vuelve a hallar a sí mismo, y su barca ya sólo se desliza con los remos

recogidos, quedamente y sin esperar ya nada en el tiempo otorgado, como si fuera inminente el desembarco, el desembarco en la orilla dispensada del azar de la última realidad:

porque aquel que ha dejado tras sí la primera puerta del espanto,
ha entrado en el vestíbulo de la realidad,
porque su conocimiento, descubriéndose a sí mismo y como por primera vez
dirigido sobre sí mismo,
comienza a comprender lo necesario en el todo, lo necesario de todo acontecer
como lo necesario de su propia alma;
porque aquel a quien esto acontece,
es que ha accedido la unidad del ser,
al puro ahora, común al universo y al hombre,
posesión la más íntima de su alma,
que la mantiene en alto, cerniéndose sobre la necesidad,
cerniéndose sobre el abismo de la nada, amenazadoramente abierto,
cerniéndose sobre la ceguera del hombre;
pues ha accedido al ahora eterno de la pregunta,
al eterno ahora de una docta ignorancia, a la divina presciencia del hombre,
ignorancia porque pregunta y debe preguntar, docta porque precede a toda pregunta,
divinamente concedido al hombre y sólo a él desde el principio
como su más íntima necesidad humana,
por la cual
ha de preguntar siempre de nuevo al conocimiento y siempre de nuevo es preguntado por él,
temiendo la respuesta el hombre, temiendo la respuesta el conocimiento
ligado el hombre al conocimiento, ligado el conocimiento a la humanidad,
ambos unidos entre sí y temiendo la respuesta,
dominados por la divina realidad de la presciencia,
por la inmensa realidad de la pregunta sapiente, que jamás puede alcanzar
ninguna terrenal respuesta, ninguna verdad del conocimiento terrenal
y a pesar de ello sólo aquí,
en lo terrenal, puede ser contestada, debe ser contestada,
realizada en lo terrenal
como el juego alterno de la doble configuración del mundo,
realidad convertida en verdad, verdad en realidad,
según el mandamiento a que está sometida el alma,
su necesidad;
porque el alma tensa en la pregunta
ha accedido a la salvación de la verdad, que
por orden del conocimiento, por orden de la pregunta, por orden de la configuración,
tensa entre la seguridad del saber y la capacidad de conocer,
busca la realidad,
y de esta manera
llamada por el saber originario, llamada por esta docta pregunta,
que sabe de la consecuencia con que el ser funda la unidad,
llamada por eso al saber nacido del conocimiento, llamada a su realización,
llamada al conocimiento de la ley, de la ley despojada del azar,
el alma se encuentra en constante partida,
dispuesta a partir y partiendo hacia su propia esencia, a su condición de creatura y más que
creatura,
por ambas partes despojada del azar en el conocimiento de la ley,
unidos en la misma esfera su punto de partida y su meta,
haciendo humano al hombre;

pues el hombre se halla abocado
al docto fondo cognitivo de su alma
al fondo cognitivo
de su obra y de su búsqueda, de su voluntad y de su pensamiento, de su ensoñación,
y se halla abierto a la infinita consecuencia en lo real, a este más abarcante y más poderoso
símbolo suave y férreo, el más veraz, de la realidad de sí mismo,
a donde quiere volver y vuelve
para siempre jamás,
abocado al ahora de su propio símbolo,
para que se le vuelva permanente realidad;
pues el hombre se halla abocado
al pese a todo que encierra su movimiento,
al pese a todo del encarcelado,
al pese a todo de su inextinguible libertad
y de su inextinguible voluntad de conocimiento,
tan indomable
que el hombre se torna más grande que su insuficiencia terrena,
superándose a sí mismo
en el titánico pese a todo de la humanidad;
en verdad, el hombre está abocado a su misión de conocer,
y nada puede alejarle de ella,
ni la misma inevitabilidad del error,
azar insignificante ante
una tarea superior al azar;

pues por mucho que el hombre se halle retenido en la cárcel de su terrena insuficiencia —y justamente uno que clavado al antepecho de la ventana, lucha fatigosamente por respirar, como un enfermo, como un señalado por la muerte—, y por más que esté destinado al desengaño, expuesto a cualquier desengaño en las pequeñas cosas y en las grandes, inútil cualquier esfuerzo, infructuoso en el pasado, sin esperanza en el futuro, y por más que le haya impelido hacia adelante el desengaño, de impaciencia en impaciencia, de inquietud en inquietud, huyendo de la muerte, buscando la muerte, buscando la obra, huyendo de la obra, perseguido y amando y una vez más perseguido, llevado por el destino de un conocimiento a otro, echado de la vida antaño hogareña de un simple crear y empujado a la multiplicidad de todos los saberes y empujado más allá hacia la poesía y empujado a la investigación de la antigua y más oculta sabiduría, impaciente de conocimiento, impaciente de verdad, y de nuevo rechazado hacia la poesía, como si ésta pudiera emparentarse con la muerte para un último cumplimiento de la realidad —oh, desengaño también esto, esto también la mala senda—; oh, por más que todo esto debiera valer como pura mala senda, y sí, era y es mera mala senda, apenas el inicio de un primer paso y ya fallido antes de iniciado; oh, por mucho que toda esta vida se muestre ahora fracasada y esté fracasada, perdida en lo inalcanzable desde el principio, condenada al fracaso para siempre jamás, porque nada puede nunca atravesar la maleza, porque lo mortal' nunca escapa a la espesura, porque en su inmóvil vagar sin avanzar abocado a la desesperación y al azar, sigue preso de todos los espantos del error; oh, pese a eso y pese a todo, nada ha ocurrido sin necesidad, nada, porque lo necesario del alma humana, porque lo necesario de la tarea humana supera todo acontecer y aun el fracaso, aun el error;

y es que solamente en el error, sólo por el error,
al que se halla inexorablemente abocado,
se convierte el hombre en el buscador
que es,
hombre que busca;
y es que el hombre necesita del conocimiento de la caducidad,
tiene que asumir su espanto, el espanto de todo error
y, conociéndolo, beberlo hasta las heces;

tiene que reflexionar el espanto
no para torturarse, pero sí
porque sólo en esa reflexión
puede superarse el terror,
porque sólo después es posible
llegar al ser
a través de la córnea puerta del terror;
por eso el hombre se halla abocado al espacio de toda inseguridad,
como si ya ninguna nave le llevara,
aunque flote en oscilante barca;
por eso se halla abocado a los espacios y más espacios de su introspección,
a los espacios de su yo introspectivo,
destino del alma humana;
mas aquél detrás del cual
se han cerrado los pesados batientes del terror,
ha alcanzado el atrio de la realidad, y
lo que fluye desconocido, sobre lo cual se desliza fluctuando,
el no conocimiento, se vuelve para él cimiento del saber,
porque es el crecimiento fluyente de su alma,
lo inacabablemente inacabado de sí mismo,
que sin embargo se desarrolla como unidad,
apenas el yo se cerciora de sí mismo,
percibida, imperecederamente grabado su crecimiento,
la fluida unidad del todo, vista por él
en una simultaneidad cuyo ahora
hace uno solo de todos los espacios a que se halla abocado,
uno y único espacio originario,
e igual a éste
que guarda en su seno al yo, para ser mantenido sin embargo por el yo,
es abarcado por el alma y sin embargo rodea al alma,
descansando en el tiempo y determinando las edades,
sometido a la ley del conocimiento y creando el conocimiento,
también flotando en su fluido crecimiento,
también flotando en el fluido crecimiento de su génesis único
origen de la realidad,
tan grande en su trascendencia la mutua irradiación de lo interior y lo exterior,
que el fluctuar y el ser detenido, la liberación y el encarcelamiento
confluyen en una indistinguible transparencia común,
oh, tan imperecederamente necesario,
oh, tan transparente sobre todas las masas,
que en la cerrada esfera superior,
que sólo alcanza la mirada, sólo alcanza el tiempo, en ambos conocido,
reflejado en ambos, reflejado en el abierto
rostro humano dirigido al cielo por suave y férrea mano, envuelto en destino,
envuelto en estrellas,
resplandece el don prometido de la no caducidad,
liberado del azar el tiempo donado para siempre,
abierto al conocimiento el consuelo en lo terreno..., y consoladoras se unían en la senda de la
luna las esferas, unidas para siempre entre sí las esferas celestes y terrenas, consoladoras como el
aliento que ha de volver al pecho desde el universo bañado por la luna, consoladoras anunciando
que nada ha sido en vano, que lo hecho en pos del conocimiento no ha sido en vano, y gracias a su
necesidad no pudo ser en vano. Esperanza en lo inacabado e inacabable, y además, muy

tímidamente, la esperanza de poder terminar la *Eneida*. Eco resonante de la promesa en lo terreno, lleno de esperanza, animando la confianza terrenal; el mortal está dispuesto a recibir, rodeado por el ser terreno.

Consuelo y confianza, el consuelo que no había sido en vano, aunque no se hubiese abierto la cristalina cubierta de los misterios celestes, aunque ninguna imagen hubiese aparecido allí y menos todavía un último símbolo; el ojo de la noche había quedado velado, intacto en cambio el suyo, y seguían sin unirse las zonas de lo inconmensurable en el mero reflejo y contra-reflejo, sólo mental, creada por la mirada, seguía siendo la unidad en que se dejaban articular las inconmensurables separaciones del arriba y el abajo, seguía detenido en el mero atrio de la realidad, seguía abocado al mero espacio de la pregunta terrena, a su ahora, vedada la plena realidad de la última unidad, y pese a todo era consuelo y confianza. El fresco polvo de la luz lunar recorría el calor de la noche, lo impregnaba sin aliviarlo, sin poder comunicársele, eco ciegamente fresco del brillo del pétreo cielo, pintado en la cálida oscuridad. Oh confianza del hombre que sabe que nada ha ocurrido en vano, que nada ocurre en vano, aunque sólo haya desengaño y ninguna senda conduzca fuera de la espesura; oh confianza que sabe que aun allí donde la decisión cae del lado de la desventura, ha crecido el conocimiento de lo vivido, que el aumento de conocimiento en el mundo queda, que queda en él el eco claro y fresco de la consecuencia que puede llegar a conseguir la acción terrena del hombre, tantas veces cuantas siga a su necesidad inteligente y alcance a iluminar precisamente la terrenalidad y su sueño de rebaños. Oh confianza llena de certeza, no irradiada del cielo sino nacida en el alma humana, terrenalmente, gracias al deber de conocimiento que le ha sido impuesto... ¿no ocurrirá pues tan terrenalmente también el cumplimiento de esa confianza, en cuanto es posible que se cumpla? Lo necesario se cumple siempre en lo simplemente terreno; el torrencial ciclo de la pregunta sólo puede encontrar su punto final en lo terreno, y aunque la tarea de conocer llegue muy a menudo hasta lo supraterrano, y aunque le sea impuesta la unión de las esferas separadas del todo, no hay ninguna misión legítima sin punto terreno de partida, ninguna que no esté arraigada en lo terreno con las posibilidades de su solución. Disipado por la luna, fugaz de luna, yacía ahora el mundo terreno desplegado ante él; lo humano se había retirado bajo sí mismo, refugiado en el sueño, protegido en las casas sacias de sueño, hundido bajo sí mismo, separado de las estrellas hundidas en lo alto y la calma del mundo era doble abandono entre la zona superior y la inferior; ninguna voz interrumpía la calma sin aliento, nada se percibía fuera del quedo crepitar, ascendente y descendente, de los fuegos de guardia y del aburrido, pesado paso de los centinelas que patrullaban a lo largo del muro exterior, acercándose en su senda para luego perderse; pero si se escuchaba mejor, era como si oscilara también aquí un ligero eco de algún sitio indefinido, un acompañamiento, apenas ya resonancia, apenas ya quebrado, simplemente pulverizado, pero de nuevo quebrándose en las paredes de las casas al borde de la plaza, quebrándose en las esquinas de las calles y de los cavernarios habitáculos, quebrándose en la gran estructura pétrea de la ciudad y de las ciudades, quebrándose en las paredes de las cordilleras y los mares, quebrándose en la turbia bóveda cristalina del cielo inferior, quebrándose en la luz de las estrellas, quebrándose en lo irreconocible, disipado y reducido a polvo, traído en pequeñas ondas temblorosas, para desaparecer en seguida en cuanto se trataba de agarrarlo. Mas terrenalmente presente y además extrañamente unido a las esferas, seguía el débil crepitar del fuego tras las murallas, y aunque a veces como que descendía hasta un eco, hasta lo invisible, aunque también él perteneciera a la cadena de las imágenes y más imágenes, era como una indicación de que el esfuerzo de los hombres no es en vano, del origen terreno de la titánica voluntad de unidad innata en el alma humana; era como una incitación al conocimiento, para volverse hacia la tierra y lo terreno, para hallar aquí su fuerza renovadora, lo prometeico, que procede del reino inferior y no del superior. Sí, debía dirigir su atención al ámbito terrenal, y atentamente, inclinado sobre el ante pecho de la ventana, con agotada respiración, aguardaba esperando lo necesario, que ahora iba a ocurrir.

Debajo de él, en tiniebla casi de pozo, se abría el estrecho espacio entre el palacio y el muro de circunvalación, profundamente oscuro el negro fondo del agujero, mientras detrás del muro, totalmente oculto por éste, sólo visible en el reflejo, ardía uno de los fuegos de guardia, y cuando el

centinela atravesaba a su paso la pequeña zona iluminada, se deslizaba sobre el rojizo empedrado la vaga sombra del hombre, un oscuro aliento de sombra, que a veces saltaba a la pared de enfrente angulosa y rápida, casi irreal en su extrañamente imprevisible movilidad. Lo que ocurría allá abajo, oculto por la muralla, era el más simple cumplimiento del deber militar, pero no por ello menos extrañamente unido, como cualquier cumplimiento de un deber humano, con el fondo (sapiencia) del conocimiento con la simple tarea de conocer como algo imperecedero; lo que allí ocurría, se hallaba en el pórtico de la realidad, en la cercanía de lo definitivo. Y la penetración en la realidad primigenia no se realizará desde la esfera de los astros, ni desde la esfera intermedia debajo de las estrellas, no será allí donde se realice lo imperecedero, lo prometido, sino, al contrario, en la esfera del hombre, y del hombre partirá el impulso para traspasar los límites; divina es la predestinación del hombre a ello, divina la confianza que le ha sido concedida para ello, divina su necesidad, y aunque el momento del gran logro de la realidad sea tan poco predecible, que nadie puede indagar si el acontecimiento oculto en el destino tendrá lugar en un futuro que ya no verá o en un ahora inmediato, o incluso si ya ha comenzado, indeclinable fluye de lo oculto en el destino, apremiante y monitoria, la orden de vigilar, la promesa de retener cada instante, atento al instante de la revelación, de la revelación en lo necesario, en la ley, en lo humano. El mandamiento venía de lo inescrutable, audible en el sonido imperceptible, palpitante del resplandor fatigadamente cálido, febril, oscuramente penetrado de luna, que rodeaba lo terreno, fluía inmóvil sobre los techos, entraba por la ventana y envolvía su figura erguida, cubriéndola con el mandamiento de vigilar, como si fuera una parte de la fiebre. Y, febril, dirigía su atención a lo visible, casi con la nostalgia de que allí en algún lugar se le mostrara un ser humano. Nada se percibía. Tierra adentro al suroeste, la amenazante imagen, clara, resplandeciente de Escorpio, sobre una tierra que se esfumaba; se esfumaba el límite entre las casas de la ciudad allá fuera y el ondular de las nocturnas colinas tras ellas, se esfumaba el ondular cambiante de los campos y los bosques y las praderas, el ondular de su hierba, el ondular de sus frondas, atravesadas por la luna fríamente pétreo, ante la bóveda de la última tiniebla del infinito, se esfumaban en las olas de fiebre, con sonido de piedra, con frío de piedra, con temblor de piedra en el espacio astral que entraba impregnado de noche, impregnado de luz, calándose y desliziándose, entrando a chorros, y el pálido resplandor no tenía fin en lo invisible. Así fluía, marea y resaca, ardientemente frío y con luz de sombras en el doble origen, hundido en la tiniebla, hundido en los pozos de los patios, de las plazas, de las calles, extendido sobre lo visible-invisible de lo terrenal. Enfrente, a un lado, desembocaba una calle en la plaza; abierta en su parte recta a la mirada, pintada de claro por la luna, sólo aquí y allá la ensombrecían casas más altas y en la fuga de los techos podía reconocerse que más allá conducía al linde de la ciudad, en una leve doble curva semejante a la imagen de Escorpio allá arriba, y hacia ella dirigida: fascinante la similitud de forma, fascinante la dirección, seducción, sí, tan fascinante, que se convirtió en zozobra, en una nostalgia de poder ponerse a andar a lo largo de la calle, tomando ligero sus curvas al campo, hacia la constelación, atravesando a su paso patria tras patria, atravesando los bosques de fiebres de luz y de fiebres de sombra, alegre el paso en sueños que los cruza ligero; oh, salir a caminar por los caminos de la mirada, que en la meta nos devuelven el origen, para siempre y sin retorno. No requería guía alguno tan ligero camino, pero tampoco ningún severo despertador, pues sin pausa dormita el mundo su ligero sueño claro y desdibujado; lo único que importaba era seguir, seguir caminando en lo no invocable, abiertas todas las fronteras, y ya nada puede retener al viajero, nadie le adelanta, nadie viene a su encuentro, ni sigue a lo divino, ni se encuentra con lo bestial, su pie no nota el peso ni de uno ni de otro, mas la dirección en la que va es la del consuelo y de la confianza, es la de la necesidad, es la del dios. ¿Era así? ¿es que realmente ya no una dirección opuesta? ¿no vendría alguien todavía en la dirección contraria, tratando de volver a lo bestial, cayendo en lo infrabestial?

Había que esperar, esperar con mucha paciencia, y tardó mucho, insoportablemente mucho. Luego sin embargo, luego llegó algo. Y cosa extraña, lo que llegó, aunque contrario a todo lo esperable, estaba dispuesto asimismo como por necesidad. Primeramente llegó como imagen sonora, como imagen, lentamente separada de la quietud, de pasos arrastrándose y confuso cuchicheo, y siguió largo tiempo oculta en la sombra, antes de que surgieran las figuras correspondientes, tres

confusas manchas blancas, que vacilando y deteniéndose a menudo, confundiéndose entre sí para separarse de nuevo, se empujaban hacia acá casi contra su voluntad, visibles en la luz lunar, desapareciendo en la oscuridad. Sin aliento por la tensa atención, sin aliento por el ahogo en la irrespirable transparencia de la noche, cruzadas en un espasmo las manos, espasmódicos los dedos sobre el anillo, espasmódicamente inclinado sobre la ventana y la cabeza muy extendida, seguía el acercarse de las tres apariciones. Por un momento se quedaron calladas pero luego, por contraste con confuso cuchicheo precedente, de improviso aguda y extremadamente clara, resonó una voz, una hiriente voz de tenor; casi gritando, como si su dueño se hubiera resuelto a una resolución irresistiblemente definitiva, ocurrió el anuncio:

—Seis sestercios.

Volvió el silencio, casi parecía ya que algo tan definitivo no consentía absolutamente ninguna respuesta, y sin embargo fue otorgada:

—Cinco —dijo una segunda voz masculina, hostil-humorística, en tono calmo de bajo casi adormilado, que sin duda quería cortar todo trato ulterior—: Cinco.

—¡Mierda, seis! —chirrió sin encogerse la primera voz, ante lo cual, después de un incomprensible vacilar, el bajo se retiró tranquilamente a un definitivo:

—Cinco, y ni un céntimo más.

Se detuvieron... Hasta ese momento era imposible averiguar de qué iba el trato, y ahora intervino la tercera voz y era la de una mujer borracha:

—¡Le das seis! —ordenó ella con un gran gallo, tras cuya impaciente, exigente imposición, asomó algo rastreramente servil, por cierto sin obtener mucho con ello, pues la respuesta no pasó de una risa gutural y escarnecedora. E, irritada por la risa y el escarnio irrespondible, la voz femenina se quebró furiosa:

—Sobre todo comer, pero no pagar... Carne quieres y pescado quieres y todo... —y como la única respuesta fuera otra vez la risa, el ladrido del hombre, continuó—: Tengo que comprar harina, y cebollas, y todo, y huevos y ajo, y aceite, y ajo... y ajo... —jadeando borracha, acompañada por la risa del hombre que le excitaba, se aferró a la escasez de ajo—, ajo quieres tener... ajo...

—Tienes razón —medió el tenor con un graznido y se decidió con un salto lírico de su mente a un: —¡Haya paz!

Ella sin embargo, como si la palabra tuviera virtud aclaratoria, no se dejó retener:

—Ajo... ajo tengo que comprar...

Habían sido tragados otra vez por la oscuridad y de la oscuridad seguía llegando la invocación del ajo y, realmente, como a un santo y seña, la afiebrada tiniebla de la noche se cargó, grávida de golpe con todos los olores coquinarios que sólo la ciudad podía emitir, grave, satisfecha, lujuriosa, aceitosa, cómoda y tremenda, digiriendo y podrida, crepitando, oliendo a sartenes, rumiando, alimento letárgico de la ciudad. Por unos instantes se hizo silencio, extrañamente sofocado, como si el pesado vaho se hubiese tragado también a los tres allá abajo, y aun después de su retorno a la luz ya no tuvieron nada que decirse; el argumento del ajo estaba agotado; se acercaron mudos, cada vez más visibles, por cierto de ningún modo aplacados pese a su silencio: el primero en aparecer fue un tipo sorprendentemente enjuto, cojeando con el hombro levantado sobre un bastón, que blandía amenazante cada vez que debía detenerse para esperar a los otros dos; a alguna distancia detrás de él la mujer, gruesa y maciza, y finalmente, aún más grueso si cabe, si cabe aún más borracho, en cualquier caso más pesado, el otro hombre, una torre de ancho vientre, incapaz de recobrar la distancia constantemente creciente hasta la mujer y que finalmente, piando lloriqueante y levantando sus manos infantiles, trataba de detenerla; así se acercaron, como un cuadro inseguro y vacilante, que se tomó todavía un poco más inseguro, cuando a la desembocadura de la calle cayeron en el oscilante resplandor del fuego de guardia; así habían llegado aquí ante sus ojos con su riña a punto de estallar de nuevo, cuando el guía cojo volviéndose a la izquierda, hacia el puerto, se dispuso a atravesar la plaza, y la mujer le gritó por detrás:

—¡Chulo de mierda! —a lo que el otro, deteniéndose y abandonando su propósito, se volvió sobre ella bastón en alto, por cierto sin provocar miedo en la mujer que seguía insultándole, pero sí en la gorda torre, que se dio a la fuga echando grititos y con ello obligó a la mujer a correr detrás de

él y arrastrarle hacia atrás..., éxito tan agradable para el otro que dejó caer el bastón para soltar ahora más fuerte que nunca la gutural risa-ladrido de escarnio que ya antes había enfurecido a la mujer. El resultado fue otra vez el mismo, la mujer se enfureció:

—¡A casa! —le gritó al flaco reidor, y cuando él señaló la dirección del puerto, subrayando con los movimientos de su dedo extendido su anterior intención, ella extendió a su vez el brazo en dirección opuesta, jadeando de atropellada excitación:

—Ya estás marchándote a casa, no se te ha perdido nada en la ciudad... A mí no me engañas; ya sé lo que tienes allí; ya la conozco a tu porcachona...

—¿Eh? —el dedo dejó de hacer gestos, la mano formó como una copa e hizo el gesto de beber. Esto le pareció tan evidente al gordo, ahora apoyado en la pared, que recordó lo inexorable de sus decisiones:

—Vino —hipó transfigurado y se puso en marcha. La mujer le cerró el camino:

—¡Ah, vino! —le chilló—; ¿vino?... a ver a su porcachona quiere ir y yo, yo tengo que cocinar para él... Carne de cerdo quiere y de todo quiere...

—Carne de lechón —dijo el tenor con voz de gallo. Ella le echó con desprecio contra el muro, pero casi llorosa se volvió al otro:

—Lo quieres todo de mí, pero no pagas...

—Le pago cinco, he dicho... Vente, tendrás vino.

—Mecagüen tu vino... Le pagas seis.

—También tendrá vino.

—No le hace falta tu vino.

—¿Y a ti qué te importa, so puta? Cinco le pago y ni un céntimo más, y tendrá vino.

—Cinco —declaró dignamente la gorda panza apoyada a la pared. La mujer se volvió contra él:

—¿Qué has dicho? ¡¿qué has dicho?! —Asustado el hombre buscó una excusa; finalmente obsequioso y amable dijo:

—Mierda.

—¿Qué le has dicho? —Ella no cedió y en el aprieto él contestó lleno de coraje forzado, de acuerdo con su nueva convicción:

—Cinco.

—Y lo dices todavía, odre, tripa de vino... y tengo que echaros de comer..., sin dinero tengo que arreglármelas... —El gordo no se inmutó:

—Vino... también te dan vino —decía con beato falsete, como si ahora tuviera que ser premiado por su coraje. Ella le había agarrado por la túnica.

—Todo el dinero se lo lleva a la porcachona... Seis tiene que pagar, ¿oyes?, seis...

—Seis —añadió obsequiosa la torre e hizo ademán de sentarse, cosa que por cierto no logró bajo la mano de la mujer que le sujetaba. Para el delgaducho era una fuente de interminable, clamoroso placer que le hacía agitar el bastón:

—Cinco ha dicho y cinco le pago. ¡Se acabó!

—No es verdad —bufó ella y reteniendo siempre al barrigón por la túnica, le gritó en la cara—: ¡Díselo, dile que son seis, díselo! —A todo esto su voz no perdía el deje comercial de ofrecimiento, por mucho que se excitara; pero no era posible establecer a quién se dirigía. De todos modos, el delgaducho, cortando un poco su jolgorio, se tomó algo más conciliador:

—¿Qué quieres, pues? Ya te da gratis la harina el César...

Ella titubeó, dando al gordo, sacudido por su zamarreo, no sólo un respiro sino también la ocasión de concluir al fin con la penosa cuestión de los sestercios:

—¡Viva el Augusto! —cacareó en dirección a la mansión imperial, y el otro, levantando el bastón y dirigiéndose igualmente al palacio, reforzó el alegre graznido con un tronante:

—¡Viva! —y otra vez resonó el entusiasta graznido:

—¡Viva el Augusto! —y otra vez saludó el flaco con un atronador:

—¡Viva!

—¡A callar, a callar los dos! —interrumpió asqueada e iracunda la mujer y realmente por unos segundos logró su efecto: no precisamente por obediencia a la orden de la mujer, sino más bien por

respeto al César aclamado, enmudecieron ambos, hasta se quedaron tiesos, con la boca abierta el gordo, con el bastón levantado el flaco, y mientras la sombra armada con su bastón subía por la muralla en el crepitante reflejo del fuego y la mujer, apoyados los pesados brazos en las caderas, contemplaban el hermoso efecto, se hubiera podido pensar que la inmovilidad duraría ahora por toda la eternidad, hasta que fue interrumpida precisamente por el ladrido de la risa que de nuevo comenzaba, de nuevo tronaba, de pronto cortada en seco por otra risa, a la que en ese momento se añadió también la gorda pareja, primero claro y tenoril, casi gorjeando alegremente el barrigón, luego cloqueando inerte y temblorosamente cacareando la mujer, y el bastón marcaba el compás a la risa de las tres fauces, a la risa espasmódica, que manaba húmeda desde el fondo de un fuego desconocido, escarnio de tres cabezas que se mofaban a sí y entre sí, dios desconocido, el más desconocido de tres cuerpos. Se acercaba el clímax y el flaco lo halló:

—¡Vino! —gritó—, ¡tendrás tu vino, gordo; vino para todos, vino a la salud del César!

—¡Hui, hui, hui! —cacareó la mujer y su risa, dando una vuelta de campana, aterrizó en cólera y, entonces justamente, en impúdica oferta—. Tu César... yo lo conozco...

—Harina del César —le ilustró embelesadamente la torre patriótica y comenzó a separarse de la pared—, harina del César, tú misma lo has oído... ¡Viva!

Casi era de esperar que a todo ello la mujer hubiera debido lanzar de nuevo su grito del ajo, hasta tal punto era aquello un vagar perdido sin moverse del sitio, y cuando el otro todavía agregó como confirmación, gritando y atragantándose:

—Sí, mañana será distribuida, mañana la hace repartir... No te costará nada... —se le acabó la paciencia:

—Una mierda será repartida —chilló tan fuerte que repercutió por toda la plaza—, una mierda regala el César... Una mierda es tu César, una mierda es él, el César; ¡bailar y cantar y joder y putañar sabe él, señor César, pero otra cosa no, y una mierda regala!

—Joder... joder... joder —repetía feliz el gordo, como si con esa palabra casual se le hubiera volcado toda la lujuria del mundo en toda su casual calentura—: ¡El César jode, viva el César!

El flaco entretanto se había adelantado unos pasos, a tropezones, posiblemente temiendo que pudiera acercarse la guardia, y aunque su risa nocturna seguía siendo como antes engolada y ruidosa, sonaba sin embargo intranquila, cuando les gritó por encima de su hombro más alto:

—¡Adelante..., vino tendrás; adelante!

Por cierto no sirvió de nada, y probablemente no había ya nada, absolutamente nada que pudiera hacer efecto, porque el barrigón, obstinadamente fascinado por el César bailante y jodiente, estaba indudablemente empeñado en correr parejas con el sublime soberano y patrióticamente dedicado a apoyar noblemente su sollicitación amorosa con vivas al Padre Augusto, al César Augusto, al Salvador Augusto; tendiendo suplicante y concupiscente las manos, trataba de alcanzar a la mujer que se retraía injuriando y maldiciendo, y moviéndose incierto a tientas, emitiendo pequeños chillidos, parecido a un coloso gorjeante de placer, pronto a la cópula, su lasciva embriaguez le hacía bailar a saltitos, con pies casi ligeros, vuelto ciego y sordo a su propósito y seguramente nada dispuesto a renunciar a él, si un sorprendente bastonazo del cojo, que se había acercado quedamente, no hubiera puesto fin de pronto al juego: había ocurrido en forma indescriptiblemente rápida y silenciosa, nada se había oído, como si el bastón hubiera golpeado en un montón de plumas, ni se había oído un solo grito de susto o de dolor, ni un suspiro ni un gemido se había oído; el gordo simplemente se había desplomado, se movió un poco y luego se quedó en el suelo inmóvil... El asesino sin embargo no se preocupó más de él, sino que se alejó sin darse vuelta siquiera, se fue de allí cojeando tranquilamente, por cierto no en dirección al puerto y al vino y a la porcachona, sino a casa, como se lo había impuesto la mujer, preocupándose por ella, que indecisa —tal vez sorprendida y conmovida por lo imprevisto de la defunción o por tan repentino apagamiento del momentáneo celo— se había inclinado sobre el cadáver en una demora de duelo casi teatral, antes de quitarse de allí pocos instantes después y apresurarse, con rápida resolución, tras el cojo que se alejaba; todo esto ocurrió tan rápidamente, tan lejos, tan profundamente entretejido en la febril transparencia inmóvil de la noche, que nadie ciertamente hubiera podido intervenir allí para impedir nada, y menos aún un enfermo, que desde la ventana había debido seguir el curso de los hechos,

impotente para lanzar un grito, impotente para hacer un gesto, paralizado y rígido y hechizado por la vigilia impuesta, por la pena impuesta, pero además porque apenas había podido asimilar lo ocurrido, pues antes todavía que la fugitiva pareja de asesinos hubiese desaparecido tras la esquina coronada de almenas que cerraba netamente el muro de circunvalación, el caído se movió y, después de conseguir ponerse sobre el vientre, se arrastró a cuatro patas como un animal, como un grande y torpe escarabajo, que hubiese perdido un par de patas, apresurándose tras sus compañeros. No era cómico, no, sino espantoso y atemorizante ese animal fabuloso, y espanto y terror siguieron, cuando finalmente se levantó sobre sus cuartos traseros, para orinar en la pared y luego, perdiendo el equilibrio a cada paso y tanteando la pared, fue tambaleándose a lo largo de ella. ¿Quiénes eran los tres? ¿Enviados del infierno, mandados por el barrio de la miseria, en cuyas hileras de ventanas había mirado, obligado despiadadamente por el destino? ¿qué vería todavía, qué más debía suceder aún? ¿no era suficiente, no era suficiente todavía? Oh, no habían sido para él esta vez los ultrajes, no el escarnio y la irrisión, que habían sacudido a los tres, esta chillante, ladrante, contagiosa risa masculina, sin semejanza ninguna con la risa femenina de la calle de la miseria; no, en esta risa hervía algo peor, espantoso y terrible, y era el terror de lo real, que ya no se dirige al hombre, ni a él que lo había visto y oído desde la ventana, ni a otro hombre cualquiera, como un idioma que ya no es puente entre hombres, como una risa extrahumana cuyo alcance escarnecedor abarca la existencia del mundo real como tal, y que llegando más allá de todo campo humano, ya no se ríe del hombre, sino que simplemente lo aniquila dejando el mundo al descubierto; ¡oh, así había sonado en la risa de las tres figuras, expresando horror, transmitiendo horror, la risa humana, la risa del horror rugiendo sus bromas! ¿Por qué, oh, por qué le había sido enviado a él? ¿qué necesidad se lo había enviado? Se inclinó hacia afuera, tratando de oír a los tres... Allá en el cielo del sur, allá, inmóvil y mudo, tendía Sagitario el arco contra Escorpio; en dirección a Sagitario habían desaparecido los tres y en el silencio seguían ondeando una y otra vez, primero desgarrados groseramente, luego levemente desflecados, primero multicolores, luego grises y finalmente perdidos los inmundos jirones residuales de sus palabras ultrajantes, una carcajada estentórea, escurridiza, gorda de mujer, ofreciendo y ordenando en su lloriqueante lamento, un par de palabras de bajo engolado del cojo, una y otra vez su ladrante risa, finalmente apenas sólo un maldecir crepuscular, casi lejanamente doloroso, casi vuelto delicado y confundido con los otros ruidos de la lejanía nocturna, entretejido y fundido en uno con cada tono, con cada último resto tonal que se desprendía de la lejanía, fundido en uno con el onírico canto de un somnoliento gallo plateado, fundido en uno con el ladrar perdido de dos perros, que en algún sitio, fuera, en la extensión centelleante, tal vez en algún solar, tal vez en alguna casa campestre, se gritaban mutuamente su presencia lunar, el diálogo sin puentes del animal fundido en uno con el sonido de una canción humana que llegaba a jirones de la zona del puerto, reconocible aún en su origen, traída por un soplo del norte, pero ya casi sin dirección también esto delicado, aunque probablemente perteneciera a un obscuro canto de marinos, sofocado por risotadas, en una taberna maloliente a vino, delicado y nostálgico, como si fuera la muda lejanía, como si fuera su rígido más allá el lugar donde se unían en un nuevo idioma la muda voz de la risa y la muda voz de la música, ambos lenguajes fuera del lenguaje, debajo y sobre el límite de la conjunción humana, unidos en un lenguaje en el cual lo tremendo de la risa es milagrosamente absorbido por la gracia de lo bello, pero no eliminado, sino reforzado hasta un doble terror, vuelto mudo idioma de la rígida lejanía extrahumana y de su abandono, lenguaje ajeno a cualquier lengua materna, inescrutable lenguaje de la absoluta intraducibilidad, incomprensiblemente llegado al mundo, incomprensible e impenetrablemente penetrando el mundo con su propia lejanía, necesariamente presente en el mundo sin haberlo alterado, y por eso mismo doblemente incomprensible, inefablemente incomprensible como la necesaria irrealidad de lo real inalterado.

Y es que nada se había alterado: rígida figura y muda, inalterado en lo visible, profundamente hundida bajo la superficie del cielo estaba la multiplicidad de los astros, hacia el norte la serpiente domada por el brazo de Hércules, hacia el sur el amenazante Sagitario; inmutados abajo en lo invisible estaban los bosques rígidos de oscuridad atravesados serpenteando por los nocturnos caminos crujientes de luna, atravesados de prisa por las fieras sacias de sueño que buscan el

brillante abrevadero; inalterados en lo invisible, en lo que más era de su patria lejana, saludaban con brillantes cumbres, alumbrados en silencio, los montes a la luna que los cubría con su resplandor, en la máxima, invisible lejanía un murmurar plateado, el mar; así se abría la noche ante él inalterada en lo visible y en lo invisible, una de las miríadas de noches en la inexorable inmutabilidad desde el primer principio, abierto el mundo en lo más y más invisible, esfera tras esfera separadas entre sí, inalterado el atrio de la realidad; oh, nada se había alterado, pero todo había tomado esa nueva forma que elimina toda cercanía, penetra toda cercanía y la traspasa a lo inescrutable, torna extraña la propia mano y tiende la propia mirada hacia lo invisible, a una lejanía omnipresente, que absorbe en un inexistente lugar la luz y aun el reflejo del crepitante fuego oculto allá abajo por la muralla, lejanía que desensualiza todo tono de la vida y aun el solitario y extraño paso del centinela allá abajo y le fija una patria en lo inescrutable, lejanía en la cercanía, supralejanía en la lejanía, el más externo y al mismo tiempo el más interno límite de ambas, lo irreal en la realidad de ambas, hechizado en ambas lo lejanamente apartado..., la belleza.

Porque

en el más apartado límite irradia la belleza;
desde la más apartada lejanía irradia sobre el hombre,
alejada del conocimiento, alejada de la pregunta,
sin esfuerzo
ya sólo perceptible a la mirada,
la unidad del mundo establecida por la belleza,
fundada sobre el hermoso equilibrio de la supralejanía
que penetra todos los puntos del espacio, saciándolos con la lejanía,
y —simplemente demoníaca— disuelve no sólo lo más contradictorio
en la igualdad de rango y en la igualdad de importancia,
sino que —aún más demoníaca— en cada punto
colma también la lejanía del espacio con lejanía de edades,
detenida la balanza del flujo del tiempo en cada punto
una vez más su detención saturnal,
no eliminación del tiempo, pero sí su ahora eterno,
el ahora de la belleza, como si contemplándolo pudiera
el hombre, aun erguido y creciendo hacia arriba, volver a hundirse
en su escucha oscuramente tendida,
nuevamente tendida entre las profundidades del arriba y del abajo,
nuevamente una sola cosa con la mirada escucha, que envía,
como si la profundidad permitiera una nueva participación, que
libre de conocimiento y pregunta
en la edad primigenia y antes de ella pudiera prescindir del conocimiento y de la pregunta,
renunciando a distinguir el bien y el mal,
huyendo del deber humano de conocer,
huyendo a una nueva y por eso falsa inocencia, de suerte que
lo reprochable y lo ordenado por el deber, la desgracia y la salvación,
lo cruel y lo bondadoso, la vida y la muerte,
lo incomprensible y lo comprensible
puedan tornarse una única comunidad sin distinción,
encerrada por el vínculo unificante de la belleza,
irradiada sin esfuerzo en la mirada que la abarca,
y por eso mismo es como un hechizo, y hechizada-hechizante,
demoníacamente receptora de todo es la belleza,
omnicomprensivo su saturnal equilibrio,
por eso mismo sin embargo también un retroceso a lo predivino,
por eso mismo recuerdo en el hombre de algo que todavía

ha ocurrido antes de su presciencia,
recuerdo de una predivina edad en que se gestó la creación,
recuerdo de una entrecreación indistinguible y crepuscular,
sin juramento ni crecimiento ni renovación,
recuerdo sin embargo y como tal piadoso, aunque
piedad sin juramento, sin crecimiento, sin renovación,
la demoníaca piedad del arrobamiento de la belleza
en el arrobamiento del límite más externo,
pero sin la voluntad de traspasar el límite,
vuelta hacia el pre-comienzo,
lo predivino de la apariencia divina,
la belleza;

porque así absorbiéndolo todo se extendía la noche ante él, tan arrobada, tan colmada del polvo plateado del eco que resonaba desde su extrema frontera, que ya no podía distinguirse de todo lo que atesoraba, un canto, un clamoreo de risas, un hálito de voces animales, un soplo de viento; no se sabía... Y esta ignorancia hostil al saber con que la belleza se envuelve como protegiendo su delicadeza y fragilidad, con que hasta debe involucrarse, porque la unidad del mundo por ella establecida es más huidiza, menos capaz de resistencia, más impugnable que la del conocimiento, pero además, en contraste con ésta, puede ser dañada en cualquier momento por el saber, esta ignorancia le era irradiada de todo el círculo de lo visible juntamente con la belleza, delicado y al mismo tiempo casi demoníaco como seducción, como la tentación irresistible de la igualdad de sentido, murmurando demoníacamente desde la extensa frontera, penetrando hasta la más íntima, un reluciente murmullo oceánico, atravesándole atravesado por la luna, equilibrado como las flotantes edades del universo, cuya susurrante violencia intercambia lo visible y lo invisible, reúne la multiplicidad de las cosas en la unidad del sí mismo, la multiplicidad de pensamientos en la unidad del mundo, ambas sin embargo despojadas de realidad hasta ser belleza; ignorancia es el saber de la belleza, nesciencia su conocimiento, aquél sin la ventaja del pensamiento, éste sin el excedente de realidad, y en la rigidez de su equilibrio se petrifica el fluyente equilibrio entre pensamiento y realidad, se petrifica el juego alterno de pregunta y respuesta, de lo que se puede preguntar y de lo que se puede contestar, creador de mundos, la belleza detiene la balanza del flujo de lo interior y de lo exterior en su fluctuar, se torna en rígido equilibrio símbolo del símbolo. Así se tendía alrededor de él la bóveda de la noche en el equilibrio de su uniforme belleza, extendido saturnalmente su espacio oscuramente resplandeciente sobre todas las edades, por cierto así también inmerso en el tiempo y sin alcanzar más allá de lo terreno, tendido de límite a límite y él mismo límite más externo y el más interno en todos los puntos. Así se extendía la noche alrededor de él y en él; de ella, de su equilibrio terrenal le llegaba con su belleza el símbolo del símbolo, trayendo consigo toda la extrañeza de las más externas y de las más internas lejanías de límites y, sin embargo, a la vez de extraña familiaridad, envuelta en la ignorancia y, sin embargo, a la vez extrañamente revelada, porque ahora se le mostraba como el símbolo de su propia imagen, como bajo una segunda iluminación mágicamente repentina, tan clara en medio de toda su translejanía, como si la hubiera creado él mismo, la simbolización del yo en el todo, la simbolización del todo en el yo, el doble símbolo cruzado entre sí del ser terreno: llenando de luz la noche, llenando de luz el mundo, la belleza colmaba todos los límites del espacio sin límites, y hundida con éste en el tiempo, llevada a través de los tiempos, se convertía en su eterno ahora, se convertía en la limitación sin límites del tiempo, se convertía en símbolo de la totalidad de lo terrenal limitado por el espacio y el tiempo, revelando el duelo de la limitación... y por eso mismo belleza en el más acá;

así en la activa tristeza,
así se le revela al hombre la belleza,
se le revela cerrada en sí misma, en
el símbolo y el equilibrio,
flotando hechicera en el lado de enfrente
del yo que contempla la belleza y del mundo colmado de ella,

cada uno de ambos en su espacio, cada uno de ambos limitado a sí mismo,
cada uno encerrado en sí mismo en su propio equilibrio y por eso mismo ambos
en equilibrio recíproco, por eso mismo en un espacio común;
así se le revela al hombre
cómo está cerrada en sí la bella terrenalidad,
cómo está cerrado en sí el espacio sustentado por el tiempo, petrificado en el tiempo, extendido
flotante, mágicamente bello, que ya no se renueva en pregunta alguna, ni se ensancha ya en ningún
conocimiento,
constante totalidad del espacio irrenovable e inensanchable, sostenida por el equilibrio
de la belleza que actúa en él; y esta totalidad cerrada en sí del espacio se revela en cada una de
sus partes,
en cada uno de sus puntos, como si cada uno fuera su límite más interno,
se revela en cada una de las figuras, en cada cosa, en cada obra del hombre,
símbolo en cada una de su propia espacialidad,
como su límite más interno, donde cada esencia se anula a sí misma,
el símbolo que anula el espacio, la belleza que anula el espacio, anulando el espacio
por la unidad, que establece entre el límite más interno y el más externo,
por lo cerrado en sí mismo de lo infinitamente limitado,
la infinidad limitada, la tristeza del hombre;
así se le revela la belleza, como un acontecer del límite, y el límite, el exterior como el interior,
ya el del más lejano horizonte, ya el de un solo punto, está tendido entre lo infinito y lo finito
en lo más alejado, a pesar de ello siguiendo siempre en lo terreno, siguiendo siempre
en el tiempo terrenal; sí, él limita al tiempo y realiza su duración,
su perduración basada en sí misma al límite del espacio,
pero no anula el tiempo,
es mero símbolo, terreno símbolo de la anulación del tiempo,
mero símbolo de la anulación de la muerte, nunca ella misma,
límite de lo humano, que todavía no ha alcanzado más allá de sí mismo,
y en esta dirección también límite de lo in-humano;
se revela al hombre el acontecer de la belleza como lo que es, como lo que es la belleza,
como lo infinito en lo finito,
como la terrena apariencia de infinito
y por eso juego,
como el juego de lo infinito del hombre terreno en su terrenalidad,
como el juego simbólico en el extremo límite terreno, belleza; el juego en sí,
el juego que el hombre juega con su propio símbolo y así,
simbolizando —lo único posible— escapar a la angustia de la soledad,
el bello engaño de sí mismo repetido de nuevo y de nuevo,
la fuga hacia la belleza, el juego de la fuga;
aquí se le revela al hombre la rigidez del mundo embellecido,
su incapacidad de cualquier crecimiento, la limitación de su perfección,
que sólo en la repetición se torna imperecedera y
por esa aparente perfección debe ser buscado siempre de nuevo,
se le revela el juego del arte que sirve a la belleza,
su desesperación, su desesperado intento
de crear lo imperecedero a partir del ser perecedero,
de palabras, de sonidos, de piedras, de colores,
para que el espacio figurado
sobreviva a las edades
como hito cargado de belleza para las razas venideras, arte
que crea espacio en cada imagen,
lo inmortal en el espacio, no en el hombre,

y por eso sin crecimiento,
ligado a la perfección sólo repetitiva, estancada, que nunca se alcanza a sí misma, tanto más desesperada cuanto más perfecta se torna,
encarcelada en el eterno retorno a su punto de partida en sí misma,
y por eso dura,
dura contra el dolor humano, porque ya no le importa como ser perecedero, ya no como palabra, piedra, sonido o color,
empleada para la búsqueda de la belleza, para el descubrimiento de la belleza en constante repetición;
y se desvela al hombre la belleza como crueldad,
como la creciente crueldad del juego desenfrenado que en el símbolo promete el goce de lo infinito,
goce de la terrena infinidad aparente,
goce sibarita que desprecia el conocimiento de la aparente infinitud terrena
y por eso puede infligir sin reparo dolor y muerte,
porque ocurre en el reino de la belleza exento de límites,
ya sólo alcanzable para la mirada, ya sólo alcanzable para el tiempo, pero no para la condición humana y la humana obligación;
así se le desvela al hombre la belleza como ley sin conocimiento,
la abyección de una belleza que se ha fijado a sí misma como ley,
por su propia voluntad
encerrada en sí misma, irrenovable, inensanchable, in-desarrollable,
el goce como ley de juego de la belleza
ansioso de goce, voluptuoso, impúdico, inmutable
el juego impregnado de belleza y de belleza impregnante, que perdido él mismo en belleza
transcurre en el límite de la realidad y,
pasando el tiempo pero sin suprimirlo,
sirviéndose de la casualidad pero sin dominarla,
sin fin repetible, sin fin continuable y sin embargo
destinado de antemano a acabarse,
porque sólo lo humano es divino;
y así se desvela al hombre la ebriedad de la belleza
como el juego perdido de antemano, perdido
a pesar de lo imperecedero del equilibrio en que ocurre,
a pesar de la necesidad en la que debe ser siempre repetido,
perdido, porque lo inevitable de la repetición es también al mismo tiempo lo inevitable de la pérdida,
ambas inexorablemente unidas
la ebriedad de la repetición y la del juego,
ambas sometidas a la duración,
ambas crepusculares,
sin crecimiento ambas, pero sí en creciente crueldad, mientras que el verdadero crecimiento, el crecimiento del saber del hombre que conoce
se desarrolla en el tiempo sin límites de duración y libre de repetición,
desarrollando el tiempo en eternidad, de modo que ella, consumiendo toda duración, con creciente realidad
arranca y traspasa frontera tras frontera, la más interna como la más externa,
abandonando a sus espaldas símbolo tras símbolo y aunque así tal vez
no se destruya el último simbolismo de la belleza,
intacta la necesidad de su última proporción,

queda desenmascarado, no menos necesariamente, lo terreno de su juego;
desenmascarada la insuficiencia del símbolo terreno,
se descubre la tristeza y la desesperación de la belleza,
descubierta la ebriedad de la belleza en su despertar,
privado del conocimiento y perdido en la falta de conocimiento el yo desembriagado,
su pobreza...

y él estaba lleno de este yo como símbolo, de esta belleza, este juego, este decurso, irradiado con inexorable necesidad desde los límites más internos y desde los más externos del mundo, desde las fronteras más internas y desde las más externas de la noche, de modo que todo este acontecer lo llevaba en sí, estaba oculto en él y a la vez le abarcaba, sosteniéndole en el espacio de la necesidad, en el espacio fronterizo de su yo, sosteniéndole en el espacio fronterizo del mundo, en el símbolo de su carencia de espacio, sosteniéndole en el espacio del juego, en el espacio de la supralajana cercanía, el espacio de la belleza, el espacio del símbolo que en cada uno de sus puntos es incierto y sin embargo veda toda pregunta y la petrifica, sosteniéndole en todos los espacios de la petrificación; petrificado él mismo, asfixiado de petrificación, sentía, comprendía que ninguno de estos espacios alcanza más allá de la transparente cubierta tendida entre el arriba y el abajo, comprendía que todos se hallaban todavía en el interregno de lo aún-no-infinito, que ciertamente su límite da ya al infinito, pero él mismo pertenece aún a lo terreno: ¡lo aún-terreno, el reino de la belleza, lo terrenalmente infinito, aún terreno! Ahí se hallaba él sostenido, por él se hallaba encerrado; estaba encerrado por el espacio del aliento humano, pero excluido del espacio de las esferas, del espacio del verdadero aliento. Y sintiendo el encierro, sintiendo en él el fondo de toda petrificación, el fondo de toda petrificación del aliento, sintió alrededor de sí la violencia explosiva que se dirigía contra lo que le encerraba, sintió la necesidad, la inevitabilidad del estallido, la sintió hasta en lo más profundo de sí mismo, hasta en la profundidad de su alma, hasta en la profundidad de su respirar y de su no-respirar. Sintió el estallido y supo de él, sintiendo y sabiendo cómo se estaba preparando en él y en el mundo, cómo estaba en él y al mismo tiempo le envolvía, lo sintió hasta físicamente, como un algo físico en acecho que le robaba a él y a todo el mundo visible e invisible la respiración, ahogándolo, y que sin embargo flotaba en él y alrededor de él como seducción demoníaca, ondeando hacia él e hirviendo en él y chocando encima de él, corporal y descorporizada, seducción destinada al aniquilamiento y anonadamiento del mundo, al arrasamiento y desintegración del mundo, a la entrega de sí, al escarnio de sí, al aniquilamiento de sí, asfixiante, estranguladora, sacudiéndole hasta lo último y sin embargo prometiendo la liberación; así sentía él la acechante disposición al salto y al estallido, cercanía de un no-recuerdo inescrutablemente anterior al tiempo; así lo sentía, así lo sabía, así deseaba que llegara, en casi originaria sublevación contra lo rígido, contra lo que había llegado a ser, contra el cobijo del limitado espacio, contra lo disorde, contra lo que aún subsistía, pero también contra la tristeza que llevan en su fondo todo juego y toda belleza; oh, era la seducción de un monstruoso placer primigenio, era el monstruoso placer de un cosquilleo, el cosquilleo del estallido del todo, del estallido del mundo y del estallido del yo, sacudido hasta el fondo por el placer de un conocimiento mayor aún, aún más primigenio; oh, era sentir, era percibir, era saber y, más allá, incluso conocimiento, se le hacía conocimiento, más aún conocimiento de sí mismo, porque del espacio de su más profunda presciencia, en que se hallaba sostenido, le había fluido una última comprensión y con la rapidez del rayo reconoció que el estallido de la belleza es simplemente desnudo reír, y la risa el reventón predestinado de la belleza de los mundos; que la risa acompaña a la belleza desde el comienzo y en ella habita para siempre; que titila en ella como sonrisa al límite de la irrealidad en la supra-lejanía, para luego, rugiendo, saltar violentamente de ella en su solsticio, saltar como la tronante y amenazadora demolición de los tiempos, como la fuerza demoníaca que todo lo machaca, risa adversaria de la belleza universal, risa, desesperado sucedáneo de la confianza perdida en el conocimiento, risa como fin que corta la fuga hacia la belleza, el fin del juego interrumpido de la belleza; oh, dolor por causa del dolor, juego con el juego, goce en la erradicación del gozar, dolor redoblado, juego redoblado, goce redoblado, una y otra vez la risa es la huida del refugio, prescindiendo del juego, de los mundos, del conocimiento, reventón del dolor de los mundos, comeción de lo infinito asentada en las gargantas

de hombre, reventón del espacio petrificado en belleza, que se entreabre haciendo perderse en su mudez hasta la nada, salvaje de mudez, salvaje de risa, divino también esto:

pues

privilegio de los dioses y de los hombres es la risa,
su origen primigenio es el dios que se ha reconocido a sí mismo,
mudamente presintiendo procede de su presciencia,
de la presciencia de su propia destructibilidad,
de su presciencia de la destructibilidad de lo creado, donde
él vive, como parte concreada y creadora, su existencia,
creciendo por el conocimiento del mundo hasta el conocimiento de sí mismo y más allá de éste
vuelto hacia la presciencia,
de que procede el reír;

oh nacimiento de los dioses y nacimiento de los hombres, oh muerte de los dioses y muerte de los hombres,

oh comienzo y fin de ambos entrelazados recíprocamente por toda la eternidad,

oh, la risa nace del saber acerca de la no-divinidad de los dioses,

de este saber común al dios y al hombre,

nace de aquella inquieta, inquietamente transparente

zona de la comunidad,

demoníacamente tendida entre el más allá y el más acá

para que en ella, en esa zona crepuscular de demonios,

dios y hombres puedan encontrarse, estén dispuestos a ello,

y si Zeus es quien entona la risa en el círculo de los hombres dioses, es el hombre quien despierta la risa de los dioses,

del mismo modo que

en la incesante circulación del reconocimiento

entre serio y broma

la conducta del animal despierta la risa del hombre,

del mismo modo que

el dios se reencuentra en el hombre, el hombre en el animal,

de modo que el animal es elevado por el hombre a dios,

mientras que el dios vuelve al hombre por el animal,

dios y hombre unidos en el dolor, pero vencidos por la risa, porque tal

es el juego de la primigeniamente repentina mezcla de todas las esferas, por cuya regla fatal han sido comprendidas,

juego de la primigenia cercanía descubierta de primigenio súbito,

gran juego de la baraúnda de las esferas,

un juego de dioses, que aniquilando la belleza y eliminando el orden

confunde inquietantemente entre sí la divinidad creadora y la condición de criatura

y entrega ambas alegremente al acaso,

abominación y cólera de la sapiente diosa madre,

diversión y atrevimiento del dios liberado del conocimiento y que desdeña el conocimiento, anegado en risa,

porque esa broma de la más súbita unión de las esferas —sin que para ello

fuera necesario aún el más leve rastro de conocimiento o de pregunta

o de cualquier otro esfuerzo— se realiza

como entrega de sí, como alegre y frívola entrega al azar, al tiempo,

a lo inopinadamente presabido y prescientemente inopinado,

a la placentera inmediatez de la presciencia y,

si el caso llega,

también a la muerte;

diversión desde lo inescrutable, diversión tan grande que

con la divertida destrucción de los últimos residuos de legalidad,
con la divertida ruina de los mandamientos, de los límites y de los puentes,
con la ruina de las petrificaciones del espacio y su belleza,
con la ruina del espacio de la belleza,
realiza con validez originaria y definitiva la inversión, la inversión
en lo ilimitadamente ignaro, anónimamente mudo, de ingravidez sin puentes,
precipitándose una en otra las separaciones,
la presciencia del dios y la del hombre, derrumbándose su creación común y en cambio
abriéndose la lejanía de los Eones invertida en cercanía inmediata,
abriéndose la lejanía de los Eones de la pre-creación,
abriéndose la imagen de la pre-creación en una ausencia de recuerdo que ni
siquiera es accesible a la presciencia del dios,
abriéndose hacia una confusión en la que
real e irreal,
viviente y sin vida,
sensato y horrendo
se unen en la misma ausencia de pensamiento,
abriéndose el inexistente lugar que no puede intuirse, donde
las estrellas fluyen sobre el fondo de las aguas
y nada podría estar tan separado
que no apareciera como encajado uno en otro,
chistosos la separación y ensamblamiento, casualmente caídos uno en otro y casualmente
disparados cada uno por su lado,
chistosas
las indistinguibles esencias del azaroso curso del tiempo,
rebaños de dioses, rebaños de hombres, rebaños de animales, rebaños de plantas, rebaños de
astros,
confundiendo sus respectivas moradas;
abierto el inexistente lugar de las risas,
riéndose abierta la pura inversión de los mundos, como si nunca hubiera existido ese juramento
de la creación,
el juramento con el cual dios y hombre se comprometieron mutuamente,
comprometidos al conocimiento y orden que crean la realidad,
comprometidos a la ayuda que es el deber para el deber; oh, es la risa de la traición,
la risa de la infidelidad fácil y sin problemas, pre-creación sin bondad ni obligaciones,
esto es,
la herencia mala, el germen del estallido de contenida risa,
que es innato a toda creación de los mundos desde el comienzo, indestructible,
vislumbrado ya en la malicia alegre y sonriente, con que se anuncia amablemente precreador
como gracia, vislumbrado en el saber despiadado, precreador, con que hasta lo horrible, perdida la
belleza,
se nimba de piadosa lejanía, petrificada de compasión, y además, por encima de toda lejanía, une
lo más externo y lo más interno,
vislumbrado en la superficie chistosamente terrible del no-espacio sin espacio en que
se invierte la belleza una vez alcanzado el límite de las edades, invirtiendo
su trasfondo más íntimo y secreto,
lo increado innato en ella y una y otra vez de ella nacido, no figurable y no figurado,
de ella nacido, de ella extraído, de ella caído, la risa,
el lenguaje de la pre-creación...,
pues nada se había alterado, oh, nada; pero rígido de figuras y mudo, profundamente hundido en
la bóveda del cielo, acechaba el perjurio rodeado de risas; pero en el canto intocable de los astros,
preñando la tierra de silencio, preñada de silencio terrenal, en la inmensa continuidad

resplandeciente del mundo, en lo visible y en lo invisible y en la belleza perdiéndose en canción acechaba temblorosamente tensa y presta a estallar, en violento cosquilleo, asfixiante, acechaba tempestuosa la risa emparentada con la belleza, la seducción del interior y el exterior, acechante, deseosa de estallar; le envolvía y estaba asentada en él, expresando horror, comunicando horror, lenguaje de la precreación, lenguaje de lo insalvable para el que nunca había habido nada sobre que echar puentes, sin nombre el espacio en que actuaba, sin nombre los astros que había arriba, sin nombre, sin relación, sin expresión la soledad en el espacio lingüístico de la mezcla de las esferas, el ineludible espacio de disolución para toda belleza, y al contemplar la belleza, pero ya sostenido en el nuevo espacio, febril de horror el espacio, febril de horror él mismo, se dio cuenta de que ya no había ningún acceso a la realidad, ningún retorno ni renovación, sino sólo risas que aniquilan la realidad, más aún, que la consistencia del mundo, una vez en ridículo por la risa, apenas poseía ya en absoluto una realidad válida, eliminada la pregunta, eliminada la respuesta, eliminada la obligación de conocer y eliminada la gran esperanza de que la obligación de conocer no era en vano (pero no, quizás, por su inutilidad, sino porque era superflua en el espacio de la belleza en petrificación, en el espacio de su derrumbe, en el espacio de la risa...); más maligna y perversa que el sueño de los rebaños es la risa; nadie ríe en sueños, a no ser entre dolores, a no ser bajo la maldad creciente-mente horrible de la muerte, como en supremo chiste le es simulada por la belleza, oh, nada está tan cerca de la maldad, nada le es más próximo que el dios precipitándose en la aparente humanidad o el hombre disparado hacia una aparente divinidad, seducidos ambos a la maldad, a la desventura, a la animalidad anterior a la creación, ambos jugando con el aniquilamiento, con un demoníaco aniquilamiento de sí, del que están separados sólo por un margen casual, porque el tiempo que corre sin pausa permite esperarlos todo en cualquier instante: ambos riendo por la incertidumbre abandonada al azar, riendo por el brusco salto al incierto margen de tiempo, ambos atacados por una risa que disfruta con la facilidad del deber y el juramento quebrados, en el cosquilleo del azar, en la excitación del azar, riendo por la eliminación de lo divino y lo humano en la superfluidad de cualquier conocimiento, riendo por lo infausto, que ha salido de la hermosa maldad, riendo por la realidad de todo lo irreal, jubilante porque está roto el juramento de la creación, enloquecidas en el jubiloso griterío por la acción lograda, la capciosa inacción y no-acción, el fruto del juramento quebrantado. Entonces comprendió: aquellos tres, los tres que se habían tambaleado allá abajo, habían sido los testigos del perjurio.

Y habían dado testimonio contra él. Era su necesidad, a eso habían venido. Y para eso había debido esperarlos. Habían aparecido como testigos y acusadores, que le culpaban de que compartía su culpa, de que, como cómplice era uno de ellos, perjuro como ellos y tan culpable como ellos, porque él como ellos nada sabía del juramento que allí había sido quebrantado y seguía siéndolo de antemano, olvidado el juramento y olvidado el deber; más aún, esto no hacía sino aumentar más la culpa, pese a la necesidad con que su vida, lo mismo que la de ellos, había derivado hacia ese punto por orden del destino, hacia el punto del nuevo abandono: de nuevo abandonada estaba la creación, de nuevo abandonados dios y hombre, de nuevo abandonados a lo no-nacido antes de la creación, que condena al absurdo tanto la vida como la muerte, pues sólo del juramento nace el sentido, el sentido de todo ser ligado al deber, y nada tiene ya sentido donde olvidando el deber se ha roto el juramento, el juramento dado en el arcano origen y que obliga tanto a los dioses como a los hombres, aunque nadie lo conoce, nadie fuera del dios desconocido, ya que de él, del más oculto de los celestes, procede toda lengua, para volver a él, a él, custodio del juramento y de la oración, custodio del deber. Para esperarle a El, el dios desconocido, su mirada había sido obligada a dirigirse hacia la tierra, espionando su llegada, cuya palabra redentora, nacida del deber y grávida de deber, debiera animar nuevamente el lenguaje convirtiéndolo en el de una comunidad sustentadora del juramento, con la esperanza de que, de este modo, una vez más pudiera ser recuperado del superlingüismo e infralingüismo a que el hombre —privilegio éste también suyo— lo había arrojado, a salvo de la nebulosidad de la belleza, del deshilacharse de la risa, a salvo de esta espesura de la opacidad en que se malgastaba, restaurada en instrumento del juramento. Había sido una esperanza inútil, y hundido otra vez en lo precreado, recaído en lo despojado de sentido, recaído en lo no-nacido, rodeado por la cordillera de sombras de su antemuerte, insuperable por ningún morir

terreno, el mundo yacía extendido ante él, bordado de belleza y hecho trizas de risa, perdida el habla y la comunidad, consecuencia del perjurio de que el mundo se había hecho culpable; en lugar del dios desconocido, en lugar del portador del juramento atento al deber, habían venido los tres, los portadores del antideber.

El deber, el deber terreno, el deber de ayuda, el deber de despertar; no hay ningún otro deber, y aun el divino deber del hombre, el humano deber del dios es ayudar. Y él, que necesaria e inevitablemente había sido asociado por el destino a los portadores del antideber, era tan recalcitrante al deber como ellos, tan poco dispuesto a la ayuda como ellos, y probablemente su aparente falta de necesidades no era otra cosa que rechazo de la ayuda que le venía de todas partes y que él recibía sin agradecimiento, también en esto igual a la plebe, que por cierto exige muchos donativos, pero rechaza toda ayuda real a causa de su propia incapacidad de prestar ayuda: quien de antemano ha caído en el perjurio, quien ha crecido en cuevas de piedra y en ellas vive, quien de este modo tiene de antemano pesándole en la nuca la angustia del perjurio, es desde joven demasiado sabihondo, demasiado volandero, demasiado gozador, demasiado agudo como para dar algún valor a lo que no promete inmediato goce a la oscura codicia, a lo que no tiende a un lascivo apareamiento en una falta de ley sin fronteras o, si no propiamente esto, por lo menos no proporcione un beneficio expresable en sestercios; igual si los de allá abajo habían pedido harina y ajo y vino, o si otros ansiaban los juegos en el circo, para aturdir su angustia en una cruenta bufonada, y ofrecer a las potencias celestes una engañosa víctima expiatoria por el perjurio en el autoengaño y engaño de los dioses con tal juego asesino y grotesco, al filo entre la belleza y la risa como su unidad cruel y horrenda; igual si es placer o reconciliación divina, lo así exigido no es despertar, no es ayuda, auténtica ayuda, sino ventaja, auténtica ventaja, y si el César quisiera imponer de nuevo la legalidad a los sin ley, los espectáculos circenses, el vino y la harina eran simplemente el precio que debía pagar por su obediencia. Y sin embargo, cosa extrañamente incalculable, además le amaban, aunque no amaban a nadie, aunque no mantenían ninguna comunidad, de no ser la no-comunidad de la plebe, en la cual a falta de todo conocimiento común nadie ama al otro, nadie ayuda al otro, nadie entiende al otro, nadie confía en el otro, nadie percibe la voz del otro, no-comunidad de la mudez del lenguaje, no comunidad de los individuos despojados del lenguaje: no es sólo que en su aturrida angustia y su sabihonda desconfianza el conocimiento se haya tornado puro lujo, mera falacia palabrera, que no procura ni placer ni provecho, y además si se parlorea palabras aún más astutas, siempre puede resultar chasqueado; y no es sólo que de este modo amor, ayuda, comprensión, confianza, lenguaje, condición una cosa de la otra, se disuelvan en una vacía nada; ni sólo que, por consiguiente, el único asidero que aún parece quedar sea lo que se puede contar, tampoco esto es bastante seguro para ellos, y por más apasionadamente que se hayan dado a contar y a calcular sestercios, apenas pueden con ello tranquilizar ya su angustia, se dan cuenta de que también esto es mera futilidad, y casi desesperados por ello, se sienten empujados a un último escarnio de sí mismos, aunque siempre agudamente sabihonda y sibarita, partiéndose de risa, ya que nada resiste a la íntima angustia y aun lo calculable no quiere mostrarse digno de fe y confianza en tanto no se haya escupido la moneda con la adecuada fórmula de conjuro; crédulos frente al milagro —en el fondo su más humana y, de todos modos, su más agradable propiedad—, eran duros para creer en la verdad, y justamente esto les tornaba absolutamente incalculables, aunque se creyeran tan supercalculadores, y hacía absolutamente inescrutable y al fin completamente inaccesible la cerrazón de su angustia. Si él, de acuerdo con sus proyectos juveniles, se les hubiese acercado como médico, se hubieran reído de su ayuda, aunque fuera gratuita, y la hubieran despreciado, para preferir la de cualquier bruja herborista; así se comportaban ellos, así eran las cosas, y el que así fuera, había tenido que ver con su cambio final de profesión; pero, por sólidas que le hubieran parecido entonces estas razones, hoy estaba claro que ellas habían dado principio a su propio descenso hacia lo plebeyo, que nunca hubiera debido abandonar la ciencia médica, que aun la no-ayuda ofrecida por ella hubiera sido más honrosa que las mentidas esperanzas de ofrecer una ayuda con las que había adornado desde entonces su poesía, esperando contra todo saber que el poder de la belleza, que la fuerza hechizante de la canción, terminaría por salvar el abismo de la mudez lingüística, y le elevaría a él, poeta, a

donante conocimiento en la comunidad humana reconstituida exento de plebeyez y por eso mismo eliminando también él mismo la plebeyez, Orfeo elegido para guía de los hombres. ¡Ay, ni el mismo Orfeo lo había logrado, ni el mismo Orfeo en la grandeza de su inmortalidad justificó tan ambiciosos sueños de desmedida vanidad ni tan punible sobreestimación de la poesía! Ciertamente, muchas cosas en la belleza de la tierra, una canción, el mar en el crepúsculo, el sonar de una lira, una voz de niño, un verso, un retrato, una columna, un jardín, una única flor, todo esto posee el don divino de llevar al hombre a escuchar los más internos y los más externos límites de su existencia, y apenas asombroso es por tanto que al arte de Orfeo y a la superioridad de Orfeo le hubiera sido concedido el poder de imponer cambios de curso a las corrientes, de atraer las fieras salvajes de la selva con dulce hechizo, de incitar al ganado a que dos altos en el pasto, ensoñadora y mágicamente colmado el sueño de todo artista: el mundo sometido a la escucha, pronto a recibir el canto y la ayuda que de él mana. De todos modos, incluso así la ayuda no dura más que el canto, ni tampoco el momento quieto de la escucha, y desde luego la canción no debe durar mucho sonando, so pena de que las corrientes no hayan vuelto entre tanto furtivas a su antiguo lecho, so pena de que las fieras salvajes del bosque hayan vuelto a asaltar al inocente ganado en los pastos, so pena de que el hombre haya recaído entre tanta crueldad; y es que no sólo no hay ebriedad, ni la causada por la belleza, que dure mucho tiempo, sino que además también la mansedumbre, a la que se han entregado cautivos el hombre y la bestia, es solamente una mitad de la embriaguez de la belleza, mientras la otra, no menos fuerte y casi siempre aún mucho más fuerte, es la del más rabioso exceso de crueldad —justamente el más cruel gusta de arrojarse ante la flor—, de modo que la belleza, y hasta la belleza sustentada por el arte, pierden muy pronto su efecto, cuando, sin atender a la alternancia equilibrada de sus dos mitades, quiere dirigirse al hombre solamente con una de éstas. No importa el dónde ni el cómo, siempre que se hace arte, sigue esta regla, más aún, seguirla es una de las virtudes más esenciales del artista y muy a menudo, aunque no siempre, también la de su héroe: si el virtuoso Eneas hubiera seguido siendo tan blando de corazón, como se hubiera podido esperar por un instante, cuando retrocedió asustado, ya por compasión incipiente, ya por la hermosa tensión del poema, vacilando en matar a su enemigo mortal, si no hubiera tenido en seguida una idea mejor, decidiéndose a la cruel acción, no se hubiera convertido en un ejemplo de piedad digno de imitarse, sino en el de un fastidioso no-héroe, que ningún poema se hubiera podido atrever a representar; ya se trate de Eneas, como de cualquier otro héroe y sus hazañas, lo decisivo en el arte es el equilibrio balanceado, el gran equilibrio de límites de la más remota lejanía, es su símbolo indeciblemente flotante, indeciblemente fugaz, que no recoge en sí ni un solo contenido individual sino siempre y solamente sus contextos, porque sólo desde aquí resulta accesible la intención, porque sólo en sus contextos se ensamblan en equilibrio los contrastes del ser, unidos los contrastes de todos los impulsos humanos —¿de qué otra forma podría el hombre crear y comprender el arte!—, piedad y crueldad unidas en el equilibrio del lenguaje de la belleza, en el símbolo del equilibrio entre el yo y el todo, en el embriagador hechizo de una unidad que dura tanto como el canto, pero no más. Y lo tuvo que haber sido con Orfeo y su poesía, pues había sido un artista, poeta, un encantador de quienes la escuchaban, cantor y oyentes, envueltos en crepúsculo del mismo modo, él como ellos demónicamente prendido en la belleza, demónicamente a pesar de su don divino, un embriagador y no un salvador de los hombres... y él no podía convertirse nunca en esto: el caudillo salvador en efecto, ha prescindido del lenguaje de la belleza, ha penetrado su fría superficie, la superficie de la poesía, se ha abierto paso hasta las simples palabras, que por su cercanía a la muerte y su conocimiento de la muerte han adquirido la capacidad de aldabonar en la cerrazón del prójimo, de calmar su angustia y su crueldad y hacerle accesible a la verdadera ayuda; se ha abierto paso hasta el sencillo lenguaje de la bondad inmediata, el lenguaje de la inmediata virtud humana, el lenguaje del despertar. ¿No era éste justamente el idioma que había buscado Orfeo, cuando se dispuso a descender al reino de las sombras para buscar a Eurídice? ¿no había sido él también un desesperado, que había reconocido la impotencia del artista para estar a la altura del deber del hombre? Oh, aquél a quien el destino ha lanzado a la cárcel del arte, apenas puede ya evadirse; permanece encerrado en el límite infranqueable por donde fluye el acontecer lejanamente bello, y si no lo logra, en este aislamiento se torna soñador vano, ambicioso del no-arte; pero si es

un artista genuino, se torna un desesperado, pues oye la llamada del otro lado del límite y solamente puede asirla en la poesía, pero sin seguirla, condenado a su lugar, paralizado por la prohibición, escritor de este lado del límite, aunque haya recibido el encargo de la Sibila y, piadoso como Eneas, prestado el juramento, haya tocado el alta ara de la sacerdotisa...

—fácil es el sendero que desciende al Hades, y siempre encontrarás abiertas las puertas de Plutón, pero difícil es el retorno, pues se halla amenazado por oscuras selvas, amenazado por la corriente del Cocito, por sus calas y torbellinos, y solamente lo logran aquellos que coronados de virtud, o de sangre divina, son caros a Júpiter; tú sin embargo, si tu coraje, si tu temeridad te impulsa a intentar este doble viaje sobre la Estigia al horror del Tártaro, escucha lo que has de hacer ante todo: consagrada a la diosa de los Ínferos, en medio de valles crepusculares, en medio de la selva más salvaje, en medio de la espesura más cerrada, resplandeciente de oro brota una rama con áureas hojas, y no lograrás el descenso antes de que en honor de Proserpina, de acuerdo con su voluntad, hayas roto el resplandeciente retoño de la dorada fronda del árbol que se renueva eternamente; ese retoño, pues, has de buscar atento, y si el destino te es favorable, arrancarás el ramo en rapidísimo movimiento de tus manos desnudas, pues no hay fuerza, ni aun el duro hierro, que basten para arrancarlo, lo veda el destino que todo lo impera y que además aún tiene dispuesta para ti otra obligación, pues antes, exigiendo de ti el sacrificio propiciatorio, el cuerpo insepulto del amigo exánime reclama sepultura, su derecho y tu deber...

—así pues, llamado por el dios y el destino, común su voluntad, el límite está abierto para quien posea la santidad del último cumplimiento del deber y de la ayuda, mas para aquel a quien la doble voluntad del destino y del dios ha destinado a ser artista, condenado al mero saber y presentir, al mero escribir y al mero decir, le está vedada la expiación en la vida y en la muerte, y aun la tumba no es para él más que una bella construcción, una mansión del mundo para su propio cuerpo y no es para él ni entrada ni salida, ni entrada del inmenso descenso, ni salida del inmenso retorno; el destino le niega la guía del áureo ramo, el ramo del conocimiento y por eso sufre la condena de Júpiter. Así él también había sido condenado al perjurio y al mismo tiempo al abandono del perjurio, y su mirada, constreñida hacia la tierra, había podido hallar solamente a los tres cómplices del perjurio tambaleándose hacia él sobre el empedrado, los portadores de la condena; su mirada no podía penetrar más hondo, bajo la superficie de las piedras, bajo la superficie del mundo, bajo la del idioma, bajo la del arte; le estaba vedado el descenso, vedado más aún el titánico retorno de la profundidad, el retorno en que se confirma lo humano; vedado estaba el ascenso para renovar el testamento de la creación, y si siempre lo había sabido, ahora sabía más claramente que nunca que él estaba excluido de la ayuda testamentaria del salvador, pues, de una vez por todas, la ayuda del testamento y la ayuda del hombre son condición mutua y sólo en su unión se cumple la tarea del Titán que funda la comunidad, que funda la humanidad, nacida de la tierra, vuelta al cielo, porque sólo en la humanidad, sólo en la genuina comunidad, reflejando la totalidad de todo lo humano, reflejando la humanidad, se realiza el círculo basado en el conocimiento y portador suyo de la pregunta y respuesta divinas, excluyendo al incapaz de ayuda, al incapaz de obligación, al incapaz de juramento, excluyéndole porque él mismo se ha excluido del titánico dominio y realización y divinización del ser humano, que es lo que importa; verdaderamente, él sabía de esto,

y él sabía también que lo mismo valía del arte, que éste igualmente sólo existe —oh, ¿existe aún, puede seguir existiendo?— en cuanto contiene testamento y conocimiento, en cuanto se renueva en lo insuperado, en cuanto lo realiza, invitando al alma a un continuo dominio de sí y haciéndole descubrir de esta manera capa tras capa de su realidad, haciéndole penetrar capa tras capa más profundamente, penetrando capa tras capa de su íntima maleza del ser, desplazando capa tras capa hacia abajo en las tinieblas siempre inalcanzables y a pesar de ello siempre presentidas, siempre sabidas, de donde nace el yo y adonde vuelve, regiones tenebrosas en que nace y se extingue el yo, entrada y salida del alma, pero al mismo tiempo entrada y salida de todo lo que es verdad para ella, mostradas al alma por el ramo que indica la vía y brilla áureo en la oscuridad de las sombras, por el ramo de oro de la verdad, que no puede ser hallado ni tomado con esfuerzo violento, porque la

gracia del hallazgo y la del descenso es una y la misma, la gracia de un conocimiento de sí mismo, que pertenece tanto al alma y al arte como su verdad común, como su común conocimiento de la realidad; verdaderamente, él sabía de esto,

y así sabía también que en tal verdad reside el deber de todo artista, el deber del hallazgo de la verdad y de la manifestación de la verdad en uno mismo, tarea impuesta al artista, para que el alma, consciente del gran equilibrio entre el yo y el todo, vuelva a hallarse en el todo, de modo que lo que el yo se ha ampliado por el conocimiento de sí, vuelva a ser reconocido como incremento del ser en el todo, en el mundo, más aún, simplemente en la humanidad, y si esta doble ampliación no puede ser nunca más que simbólica, de antemano ligada al simbolismo de lo bello, al simbolismo del bello límite, si por tanto nunca pasa de mero conocimiento simbólico, justamente por ese carácter de símbolo es, pese a todo, capaz de extender los más íntimos y más extremos límites del ser a nuevas realidades, no solamente a nuevas formas, no, a nuevos contenidos de la realidad: precisamente en esto se revela el más profundo secreto de la realidad, el secreto de la correspondencia, la recíproca correspondencia entre la realidad del yo y la realidad del mundo, aquella correspondencia que presta al símbolo su veraz precisión y lo eleva a símbolo de la verdad, la correspondencia preñada de verdad, de la que emana toda creación de realidad, penetrando capa a capa, tanteando, presintiendo hasta las inalcanzables regiones de la oscuridad del comienzo y del fin, penetrando hasta lo inescrutablemente divino en el todo, en el mundo, en el alma del prójimo, penetrando hasta ese último arcano de dios que, pronto a la revelación y al despertar, está presente por doquier, aun en el alma más pervertida... esto, la revelación de lo divino por el saber acerca del alma propia, que se conoce a sí mismo, es la misión humana del arte, su misión de humanidad, su misión de conocimiento y por eso mismo la justificación de su existencia, demostrada en su cercanía a la muerte oscura, que le ha sido impuesta, porque sólo en esa cercanía puede tornarse arte genuino, porque sólo por eso es el alma humana desarrollada en el símbolo; verdaderamente, él sabía de esto,

pero sabía también que la belleza del símbolo, por muy verazmente preciso que pueda ser, nunca puede llegar a ser fin en sí misma, que siempre que esto ocurre y la belleza se pone en primer plano como fin de sí misma, el arte es atacado en sus raíces, ya que después su acción creadora se invierte sin remedio, que después, de repente, lo productivo es reemplazado por lo producido, el contenido de la realidad por la hueca forma, lo cognitivamente veraz por lo meramente bello, en constante confusión, en constante círculo de permuta e inversión, cuya concentración en sí mismo no permite ya ninguna renovación, sin ampliación ni descubrimiento de lo divino en lo abyecto, ni de lo abyecto en la divinidad del hombre; sólo la simple ebriedad con huecas formas, con huecas palabras, y en esa falta de diferenciación, más aún, en ese perjurio, envilecido el arte en no-arte, la poesía por su parte en literatura; verdaderamente, él sabía de esto, lo sabía muy dolorosamente,

y justamente por eso sabía también de los íntimos peligros de todo arte, por eso mismo sabía de la íntima soledad del hombre destinado a artista, de esta soledad innata en él, que le lleva a la soledad aún más profunda del arte y a la mudez de la belleza, y sabía que la mayoría fracasa en tal soledad; que se ciegan de soledad, ciegos al mundo, ciegos a lo divino en ellos y en el prójimo; que ellos, ebrios de soledad, ya sólo tienen ojos para la propia semejanza divina, como si fuera una distinción que sólo a ellos les corresponde, y que por eso convierten esta autoidealización ansiosa de acatamiento, cada vez más, en el único contenido de su obra..., traición a lo divino y al arte, traición porque de esa manera la obra de arte se vuelve obra de no-arte, se vuelve un impúdico manto de la vanidad artística, una baratija, en cuya deshonestidad hasta la propia desnudez, narcisistamente exhibida, se falsifica en máscara, y aunque lo impudicamente ávido de sí, la belleza perdida, la búsqueda del efecto, lo efímero sin renovación y lo limitado sin desarrollo posible de tal no-arte tiene más fácil acceso a los hombres, que el que nunca pudiera hallar el arte verdadero, es sólo un camino aparente, un expediente para salir de la soledad, pero no la adhesión a la comunidad humana, objetivo del arte genuino en su aspiración de humanidad, no, es la adhesión a la plebeyez, es la adhesión a su no-comunidad perjura e incapaz del testamento, que no domina ni crea ninguna especie de realidad ni siquiera lo pretende, sino vegeta en el olvido de la realidad, perdida la realidad como el no-arte, perdida la realidad como la literatura, peligro íntimo y el más profundo de todos los artistas; oh, cuán dolorosamente sabía él de esto,

y por eso sabía también que el peligro del no-arte y de la literatura le había atenazado desde siempre, eterno carcelero, que por eso —aunque nunca había osado confesarlo honradamente— realmente ya no podía llamar arte a su poesía; falta de toda renovación y desarrollo, había sido nada más que impúdico producto de belleza sin creación de realidad, porque desde el comienzo hasta el final, desde el canto del Etna hasta la *Eneida*, únicamente se había entregado a la belleza, satisfecha de sí y limitada al embellecimiento de lo hacía mucho preimaginado, preconocido, prefigurado, sin verdadero progreso interno, sólo progreso de la magnificencia y el recargamiento siempre crecientes, un no-arte que nunca había estado en condiciones de dominar por sí mismo el ser y elevarlo a símbolo real. Oh, en su propia vida, en su propia obra, había experimentado la seducción del no-arte, la seducción de la confusión, que coloca lo producido en el lugar de lo productivo, el juego en el lugar de la comunidad, lo petrificado en el lugar de la creación continuada, viva; él sabía de esta confusión, de esta inversión, lo sabía tanto más por cuanto había sido también la de su camino vital, senda de perdición que le había llevado de la tierra nativa a la capital, degradándole del trabajo manual a la ilusa retórica, del deber responsable de humanidad a una mentida apariencia de compasión, que mira las cosas de arriba abajo y no se resuelve a ninguna ayuda real, llevado en litera, por en medio de todos, camino iniciado en la comunidad sometida a la ley, hasta el aislamiento entregado a merced del acaso, camino, no, caída en la plebeyez y allí donde es más enojosa, ¡en la literatura! Aunque rara vez hubiera sido consciente de ello, una y otra vez había sucumbido a lo embriagador, ya se le hubiera ofrecido como belleza, como vanidad, como extravagancia artística, como olvido juguetón; desde ahí había sido decidida su vida, como si hubiera estado rodeado por anillos de serpientes que se deslizaran en círculo, vertiginosa ebriedad la del incesante volverse e invertirse, ebriedad seductora del no-arte, y aunque ahora, al contemplar retrospectivamente esa existencia, sintiera vergüenza de ella, aunque ahora, al alcanzar el límite de las edades y hallarse inminente el fin abrupto del juego, debía confesarse en el frío desencanto de la ebriedad que había llevado una indigna, miserable existencia de literato, no mejor que la de un Bavio o un Mevio o la de cualquier otro de los vanos manipuladores de palabras por él tan despreciados, sí, aunque justamente en eso volviera a mostrarse que en todo desprecio hay también un poco de desprecio de sí mismo, pues este desprecio se estaba apoderando revulsivamente de él con un sufrimiento tan colmado de vergüenza y tan cortante que sólo había una única solución aceptable y deseable, a saber, la de su propia extinción y muerte, sin embargo lo que le había sobrevenido era algo distinto de la vergüenza, algo más que vergüenza: quien contempla desencantadamente su vida pasada y en ella reconoce que cada paso de su errado camino había sido necesario e inevitable, más aún lógico, que el camino de vuelta le está prescrito por el poder del destino y de los dioses, por tanto ése es el conjuro que le retiene clavado en su lugar, inmóvil pese a todo su esfuerzo por adelantar, perdido en la maleza de las imágenes, del lenguaje, de las palabras, de los sonidos, impuesto por el destino el enredo en el ramaje de lo anterior y lo exterior, prohibida por los dioses la esperanza del sin guía, la esperanza en rama de oro resplandeciente entre la maleza de las paredes de la prisión; quien ha reconocido, quien reconoce esto, siente aún más vergüenza, está colmado de horror, pues reconoce que para los celestes todo acontecer es simultáneo, que por eso mismo la voluntad de Júpiter y la del destino pueden tornarse una sola, revelándose a lo terrenal en espantosa simultaneidad como inquebrantable unidad de culpa y castigo. Oh, virtuoso es solamente aquel que el destino ha indicado para el cumplimiento del deber, que ayuda y funda comunidad, sólo éste es elegido por Júpiter, para que el destino le saque de la espesura; pero cuando su voluntad común no concede el cumplimiento del deber, entonces les da lo mismo se trate de incapacidad de ayudar o de falta de voluntad para ello, y castigan ambas con el desamparo: incapaz de ayuda, reacio a ayudar, desamparado en la comunidad, huyendo de la comunidad y encerrado en la prisión del arte está el poeta, sin guía e incapaz de guiar en su abandono, y si quisiera sublevarse, si quisiera pese a todo convertirse en uno que ayuda, ser la voz en el crepúsculo, para así volver a hallar el juramento y la comunidad, con tal aspiración —¡oh, los tres le habían sido enviados para que se diera cuenta con horrorizada vergüenza!— hubiera estado condenado de antemano al fracaso; su ayuda sería falsa ayuda, sus conocimientos falsos conocimientos, y aunque fueran siquiera aceptados por los hombres, en vez de guiarles a la salvación, lejos de ella, nunca serían

para ellos más que una falsa pista cargada de desventura. Sí, tal era el resultado: el fallo de conocimiento trayéndoselo a quienes no lo quieren, el manipulador de palabras como despertador del idioma para los mudos, el olvidado del deber imponiéndolo a quienes no saben de él, el parálítico como maestro de los tambaleantes.

De nuevo estaba abandonado, abandonado a un mundo abandonado de nuevo; oh, ninguna mano le sostenía ya, nada había allí ya que le protegiera y alzara; había sido dejado caer, y quebrantado sobre el antepecho de la ventana, clavado inerte a la ardiente y polvorienta inercia de los ladrillos, sintiendo agudamente bajo las uñas de los dedos, polvorienta, esta recalentada arcilla primigenia, clavado lo terreno primigenio petrificado, oía el silencioso reír en el silencio nocturno de caliente piedra y rígidas figuras, oía en ello el silencio del perjurio cometido, el empedernido silencio de la conciencia de la culpa sin expresión, ni conocimiento, ni recuerdo, el silencio de la pre-creación y de su muerte cruelmente creciente, ante cuya incondicionalidad no hay nuevo nacimiento ni renovación de la creación del mundo, porque la muerte que impone no conoce ninguna suerte de divinidad; oh, ninguna otra criatura es tan absolutamente y tan no-divinamente mortal, como lo es el hombre, pues ninguna otra puede volverse tan perjura como el hombre y cuanto más depravado se hace, tanto más mortal se torna; pero el más perjurio y mortal es aquel cuyo pie ha perdido el hábito de la tierra y ya sólo toca el empedrado, el hombre que ya ni labra el campo ni lo siembra, para quien ya nada se cumple según el círculo de los astros, para quien la selva ya no canta ni los verdes campos; verdaderamente nadie ni nada es tan mortal como la plebe de la gran ciudad, que se afana, se arrastra y hormiguea a través de las calles, y de tanto culebrear ha olvidado cómo se anda, ya sin el apoyo de ninguna ley y sin llevarla en sí, rebaño de nuevo disperso, perdida su sabiduría de un tiempo, rebelde al conocimiento, bestial, casi infrabestialmente entregado a cualquier acaso y finalmente a la extinción del acaso sin recuerdo, sin esperanza, sin inmortalidad; así estaba resuelto también para él, junto con el disperso rebaño de la plebe, a la que pertenecía como una de sus astillas, así le había sido impuesto, inevitablemente, con la necesidad del destino. Había dejado tras sí las regiones del espanto, pero sólo para ver con horror cómo había caído él mismo en la plebeyez, superficie desplomada sin acceso a ninguna profundidad... ¿Continuaría esta caída aún, debía continuarse todavía? ¿de superficie en superficie hasta la última, la de la pura nada? ¿hasta la superficie del último olvido? Las puertas plutónicas están siempre abiertas, inevitable es la caída de la que no hay retorno, y en la embriaguez de la caída el hombre piensa que se trata de una caída hacia arriba, lo piensa hasta que allí donde la eternidad de los celestes acontecimientos se revela de repente como simultaneidad y como una coincidencia en el ámbito terreno, hasta que en ese límite de las edades encuentra al dios desmitologizado, alcanzado y aventajado por él, que envuelto entre la risa de los Eones cae igualmente, ambos arrojados al mismo desengaño y al mismo abandono de sí, abandonados a un horror que, cierto, aún ríe en pertinaz y rebelde vergüenza, pero presiente ya al mismo tiempo un horror futuro aún más horrendo, y quiere alejarlo riendo: a un horror aún más desnudo, a una vergüenza aún más desnuda, a un desenmascaramiento aún más desnudo corría el viaje llevado por el destino, corría la caída; corría hacia una nueva aniquilación y aniquilación de sí, peor que todo lo anterior, a un nuevo aislamiento que debía superar toda la soledad precedente, toda la soledad de la noche, toda la soledad del mundo, abandonada no sólo de toda humanidad, sino incluso de toda realidad tangible; la hueca superficie del ser intacto se había desvelado allí de una vez y en lo inaccesible de las esferas internas y externas, la noche, aun irradiando inalterada en todo el círculo de su oscuridad, se había disuelto, no estaba en ningún sitio, y esta entrega al acaso torna superfluo tanto el conocimiento como el saber y los hace desaparecer en inutilidad. Habían desaparecido el recuerdo y la esperanza, soplados por la violencia del azar intacto, pues éste era lo que se mostraba en todo, azar inexorable que domina la no-creación; y envuelto por la embriaguez y la ausencia de recuerdo de todo el abandono anterior a la creación, rodeado por el resplandor de la llama helada de la pre-creación, de su no nacimiento y su pre-muerte, él, el azar desnudo, que es la soledad más sin nombre, volvía a anunciar ahora su aspiración hegemónica...; ésta era la meta del viaje, la meta ahora visible de la caída, lo sin nombre mismo.

La soledad sin nombre del azar, sí, esto era lo que veía ante sí, a punto de caer y ya cayendo, mientras estaba aquí en la ventana. La noche vuelta extraña se había abierto ante sus miradas

febiles, indómita e indomable en su abandono; inalteradamente inmóvil y sin embargo extraña, transida por el aliento suavemente áspero de la luna, inalteradamente inmóvil, atravesada quedadamente por la Vía Láctea, se hundía en el silencioso canto de los astros, se hundía en la belleza y en la mágica unidad de su hechizo, en la fluctuante unidad del mundo embellecido, se hundía en su super-lejanía petrificada-petrificante; y hermosa, rígida, enorme de espacio como esta super-lejanía, demoníacamente convertida como ella en algo extraño, con ella iba, transportada a través de las edades, noche y sin embargo lo inmortal dentro del tiempo, eónica y sin embargo sin eternidad, vuelta extraña a todo lo humano, extraña al alma humana, ya que la silenciosa unificación que así se realizaba impregnada de lejanía, impregnando la lejanía, no permitía ya ninguna clase de participación; el atrio de la realidad se había transformado en atrio de la irrealidad. Se habían extinguido los órdenes de las esferas del ser, callaba el mate sonido de su espacio de plata encerrado y enajenado por lo ultra-inasible, encerrando en sí como extrañeza lo ultra-inasible de cualquier humanidad, y luna y Vía Láctea y astros no tenían ya nombres, eran para él desconocidos en lo inaccesible, en su aislamiento insalvable e irrevocable y, a pesar de ello, pesando sobre él despótico y amenazador, transparente y ardiente, frío abrasador del espacio de los mundos; lo que estaba alrededor de él no le encerraba ya, y, aunque encerrado por la noche, estaba fuera de su cueva, separado del destino, tanto del propio como del ajeno, separado del destino del mundo invisible-visible, separado de todo lo divino, separado de todo lo humano, separado del conocimiento, separado de la belleza, pues también la belleza del mundo invisible-visible había desaparecido en lo sin nombre, apenas era ya recuerdo...

—oh Plocia, ¿sé todavía tu nombre? En tus cabellos habitaba la noche, coronada de estrellas, presintiendo la nostalgia, prometiendo la luz, y yo, inclinado sobre su nocturnidad, ebrio con el aliento brillantemente dulce de la noche, ¿no me he hundido en ella! Oh ser perdido, extrañeza la más familiar, familiaridad la más extraña, tú, lejanísima cercanía, la más cercana de todas las lejanías, primera y última sonrisa del alma en su seriedad, tú, oh tú, que eras y eres todo, familiar y extraña y sonrisa de cercana lejanía, tú, flor portadora del destino, yo no pude hacer penetrar tu vida en mí por su aplastante lejanía, por su aplastante extrañeza, por su aplastante cercanía y familiaridad, por su aplastante sonrisa de noche, por el destino, por tu destino, que llevabas y siempre llevarás en ti, inasequible para ti, inasequible para mí, que yo no podía tomar sobre mí, pues su aplastante inaccesibilidad hubiera hecho estallar mi corazón, ¡y yo he visto solamente tu belleza, no tu vida! Oh tú, que huiste indecisa, que no volví a llamar, tú, agraciada con la nostalgia, a quien me estuvo vedado volver a llamar, tú, que no volverás más, ay, paso tan leve en lo inescrutablemente inaudible, tú, claridad perdida tras las sombras, ¿dónde está tu retorno? ¿dónde estás? tú eras; y me dejaste el anillo de tu dedo, poniéndolo en mi mano y era, rodeándonos de oscuridad, el tiempo cercado de oscuridad, rodeando la oscuridad, delirante; oh Plocia, ya no lo sé...

—apenas era ya recuerdo lo que fue, lo antaño real y más que real, apenas un nombre era la mujer a quien había amado, apenas ya un reflejo, apenas ya una sombra; se le había vuelto a perder en lo inescrutablemente casual, y nada había quedado sino el maravillado saber de algo pasado, extinguido, del último eco de la música de la belleza, de un asombro de antaño y de un olvido inexplicablemente poderoso de otro tiempo, que había perseguido con toda la maravillada perseverancia del drogadicto; oh, aún le asombraba en el recuerdo que eso hubiera existido, que la belleza hubiera resonado, que hubiera podido resonar, que, grabada en el rostro de los hombres como un humo leve, nacido en la eternidad y exhalado por ella, resplandecía una y otra vez en el rostro humano, destello fugaz que sonríe en la noche, familiarmente lejano, extrañamente cercano, marchitable cual blanco ligustro, delicado cendal de la muerte extendido sobre todo lo humano, velo de lo humano, que la belleza consolida y sin embargo a la vez hace transparente cual si con ello el olvido se hubiera insertado en el alma, como si el alma misma se hubiera olvidado en la belleza para su inmortalidad terrena, para el puro olvido de la belleza, como si aún destellara en la belleza humana un último residuo de aquella esperanza hace mucho desenmascarada, que se dirige al inescrutable, inaccesible saber acerca de la muerte; pero nada había quedado de eso, tras la figura siempre recurrente de la dulzura de morir sólo se hallaba la muerte invencible, invicta y erguida se levantaba inmensa, erguida hasta las estrellas, llenando las esferas, uniendo las esferas, y junto con

ella, convocada por su mudez, movida por ella, llenándola, siendo ella, de repente había estallado todo lo que ella rodea, muerte estallando muda, estallando mudo lo rodeado por ella, lo abocado a la muerte, lo condenado a la muerte, lo nacido del acaso y a él vinculado, la multiplicidad de las figuras humanas que espera la muerte, multiplicado el cojo, multiplicado el barrigón, multiplicado el charlatán y el gruñón, multiplicados en tan denso hormigueo de figuras que la vacía morada pétrea de la plaza rebosaba de ellas, que penetraba en todos los espacios de las esferas, aunque sin alterar el vacío de la plaza, el vacío de los espacios, que era como un romper y un vaciarse del tiempo mismo, el rebaño de muertos de la simultaneidad, la multiplicidad terrena de los hombres; el hombre terreno en el círculo de la multiplicidad de sus transformaciones, juntamente con la armazón de sus huesos y su cráneo, con su cráneo redondo, su cráneo plano, su cráneo torre, lanudo, herbáceo, algodonoso, calvo y a mechones, cráneo a cráneo; el hombre, portador de cráneo con la multiplicidad de sus rostros, con cara de animal, cara de planta, cara de piedra, curiosamente cubierto de piel, lisa o granulada o rugosa, acolchada con carne o floja, con sus mandíbulas para masticar y hablar, provistas de pétreos clientes en la cavidad de su cara; el hombre portador de rostro con sus múltiples olores de la piel y de la cavidad, con su sonrisa, la tonta y la astuta, la regañadora y la impotente, con su sonrisa que aun en la última abyección conmueve divinamente, y le abre el rostro antes de que la risa se lo vuelva a cerrar, para que su ojo no vea lo inhumano de la destrucción de lo creado; el hombre, a quien fue concedida la gracia de la mirada, grande de ojos, inmóvil de ojos, cristalino de ojos, oscuro de ojos, vivo de ojos, desvelando en el ojo su destino, oculto a sí mismo en el ojo; el hombre portador de destino, condenado por el destino a la vergüenza precisamente en la fuerza de sus ojos; el hombre lleno de vergüenza y sin embargo parlante con su voz húmeda, guiada desvergonzadamente por la mandíbula, la lengua, el labio, voz portadora del aliento, voz portadora de la palabra y la comunidad, que se abre paso desde él ruda, gorda, aduladora, amenazante, móvil y tiesa, barboteando, árida, croando, ladrando, y capaz siempre de transfigurarse en canción; el hombre, esta obra maravillosa y horrible compuesta de ser anatómico, de lenguaje, de expresión, de conocimiento y no-conocimiento, de sordo vegetal, de contabilidad de sestericios, de deseos, de enigmas, este ser total dividido en órganos, en zonas vitales, en sustancias, en átomos, multiplicado y vuelto a multiplicar, toda esta multiplicidad del ser, todo este caos de partes del hombre, apenas compuesto correctamente, esta espesura de creación, terrena en su realidad, terrena como la pétrea armazón de sus huesos, terrena como el armazón de los huesos de la muerte, todo este matorral de cuerpos, de miembros, de ojos, de voces, esta espesura de una creación a medias y sin acabar, nacida del cielo del acaso y abriendo su abanico una y otra vez apareados en siempre renovado cielo del acaso, promiscuo, jodido, entretejido, ramificado, ramificándose y renovándose una y otra vez, para a la vez extinguirse incesantemente de modo que lo muerto, lo desecado y marchitado cae en la tierra, esta espesura de hombres en su vitalidad vegetal-animal y en su abocamiento a la muerte, había surgido a flote ahora con la figura de la muerte, había reventado en un estallido, en un silencio con la muerte, él mismo era la muerte que colmaba las esferas, caos humano del azar, tan casual y tan mortal que apenas sabemos si quien casualmente emerge ante nosotros como viviente, no habrá muerto ya en otro tiempo, o ni ha nacido tal vez, en condición de pre-muerto, de nonato... ¡Plocia, oh Plocia, nunca hallada, inencontrable! Oh, era inencontrable entre la maleza de los muertos, se le había vuelto a hundir en el segundo abandono del infero, y él tenía menos comunidad con ella que con una muerta, pues él mismo había muerto, necrótico en la pre-muerte de la no-creación, necrótico en lo perjuro, descabalado, torcido, necrótico en el segundo abandono de una literatura de ciudad aplebeyada, que en la falsa senda de sus retornos aparentes comprende ya hasta la muerte, mezclando la muerte con la belleza, la belleza con la muerte, con el fin iluso de alcanzar lo inalcanzable en esta yuxtaposición impúdica, saboreando la putrefacción, para hacerse la ilusión de pacer el inescrutable saber de la muerte, pero seguramente también para extender incluso hasta el amor el placer de esos engaños, y aun para seguir en el amor el frívolo, impúdico juego llevándolo hasta su real apogeo; pues quien es incapaz del amor, quien es incapaz de su comunidad, debe salvarse de su aislamiento en la belleza sin puentes acuciado por la crueldad se volverá buscador, adorador de la belleza, nunca amante, pero sí en cambio observador de la belleza en el amor, pretendido productor del amor mediante la belleza,

confundiendo lo producido con lo productivo, porque también en el amor intuye y siente la embriaguez, la embriaguez de la muerte, la embriaguez de la belleza, la embriaguez del olvido, porque en el crepuscular abismamiento del juego de la belleza y del amor de la muerte se proporciona el goce de este olvido, olvidando con facilidad y premeditación que el amor, aunque agraciado con la creación de la belleza, jamás se dirige a ella, sino única y solamente a su misión primigenia, a la más humana de todas sus tareas, que en todos los tiempos sólo tiene un nombre: «asumir el destino»; oh, sólo esto es amor, pero los muertos no guardan ninguna comunidad entre sí, se han olvidado unos de otros...

—¡oh Plocia, inolvidablemente inolvidada, bañada de belleza! Oh, si hubiera amor, si en la espesura de los hombres hubiera la fuerza arbitral del amor, significaría que juntos podríamos hallar la rama de oro, que juntos bajaríamos hasta la fuente de la nada del olvido, hasta la última sobriedad del infierno, que bajaríamos en una sobriedad sin sueños hasta el fondo primigenio, no a través de la bella puerta de marfil del sueño, que a nadie deja volver, sino por la sobria entrada de cuerno, que nos permite el retorno, la ascensión juntos, llevándonos de la última extinción del destino el nuevo destino, llevándonos del último no-amor el amor, ¡el destino creado de nuevo, el destino in fieri! ¡oh Plocia, infantil y sin embargo ya no infantil!, sólo podemos asumir el destino in fieri, no el destino cumplido, sólo lo que está germinando es la realidad del amor que buscamos en todo lo que brota y florece en primavera, en cada brizna de hierba, en cada flor, en cada creatura joven y creciente, pero en nada más íntimamente que en el niño, aceptando la moldeabilidad del destino en germen, que nos hace atractivo todo lo intocado, aceptando lo por venir en lo realizado, aceptando al niño en la fuerza de la constitución del hombre; oh Plocia, es el destino in fieri que nos sería otorgado, si hubiera amor, si su fuerza decisoria, liberada de todo el celo del acaso, pudiera garantizar la más verdadera seguridad de amor, y entonces el destino mismo sería el amor, lo sería en su devenir y en su ser, lo sería como descenso al más profundo no-recuerdo y al ascenso de vuelta al recuerdo de todo, como extinción en la nada y retorno a lo inmutablemente igual, sería como tallo de hierba y flor y niño, tan inalterado como tallo de hierba y flor y niño siempre fueron; pero transformado en amor, iluminado por el resplandor de la rama de oro del amor, el inhallable...

—oh, los muertos a quienes no alumbraba ninguna rama de oro, no tienen comunidad alguna entre sí, se han olvidado recíprocamente, y la figura de Plocia, el ser inolvidado-olvidado de Plocia, que para él fuera antaño el resplandor de la luz tras toda sombra, se había esfumado entre las sombras, se había tornado indistinguible en el reino de las sombras, se había precipitado en el hervidero de los muertos, partícula, apenas ya partícula en la masa de lo muerto, en la masa de los rostros, de los cráneos, de las figuras, indistinguibles todas para él, todas sin nombre, todas desaparecidas y disueltas, porque para él habían estado muertas de antemano, porque ni una sola vez había querido servir de ayuda realmente activa a los vivientes; al contrario —condenado por el destino y por los dioses a esta negativa, inocente y sin embargo culpable— incluso para el primer intento, irrealizado, de ayuda, incluso para el primer paso no dado, incluso para el primer falso comienzo, irrealizado, de ese paso aparente había necesitado toda una vida, incapaz de insertarse en ninguna comunidad viva de ayuda, muy lejos pues de haber podido asumir para ello el destino de algún ser vivo; oh, él había pasado una vida en la no-comunidad de los muertos, había vivido siempre sólo con muertos y entre ellos le habían contado también los vivos, siempre había visto a los hombres sólo como muertos, siempre los había tomado sólo como sillares para la construcción y producción de belleza petrificada de muerte, y por eso los hombres se le habían escapado todos a lo indomeñado, al no-conocimiento de eterna no-creación. Y es que sólo en las tareas que el hombre asume humanamente, se halla también su salvación cognitiva, y sin tarea se queda también sin eso. El era incapaz de ayuda activa, era incapaz de las obras del amor; inmóvil había observado el sufrimiento humano, sólo por mor de una memoria petrificada hasta la lascivia; sólo por el dibujo impudicamente bello había observado lo tremendo del acontecer, y por eso mismo nunca había logrado representar verdaderamente a hombres, a hombres que comen y beben, que aman y pueden ser amados, y mucho menos todavía a los que renqueando y maldiciendo por las calles, irrepresentables para él, irrepresentables en su animalidad, irrepresentables en su enorme necesidad de ayuda, irrepresentable sobre todo el milagro humano con que ha sido agraciada aun esa

animalidad; nada eran para él los hombres, seres de fábula eran para él, actores de la belleza envueltos en belleza, y como tales los había representado, como reyes de la fábula, como héroes de la fábula, como pastores de la fábula, como criaturas de sueño, a cuya semejanza con el dios, perdida en la belleza, soñada en la belleza, irreal, él mismo, hasta en eso igual a la plebe, hubiera participado gustoso, tal vez incluso hubiera podido participar, en cuanto hubiesen sido genuinas figuras del sueño; pero, bien lejos de eso, no eran más que meras imágenes verbales, apenas vivas en su poesía y muertas nada más doblar la próxima esquina, emergidas de la oscuridad de la maleza del idioma, y otra vez hundidas en el acaso, en lo no amado, en lo petrificado, en la muerte, en la mudez, en lo irreal, exactamente como aquellos tres que justamente habían desaparecido para siempre de la vista. Y desde su fuga amenazaba haciendo estallar mundos la perversa mudez de la risa burlona que les había sacudido, amenazaba perversamente como una segunda calma atravesando allá abajo la calma de la plaza y de las calles, amenazaba a través de la calma la noche, nacida del acaso, colmada de extrañeza, amenazaba haciendo saltar el espacio, eliminando el espacio, aunque sin eliminar el tiempo, la carcajada del perjurio cometido, la muda amenaza de la creación rota y desamparada.

Nada había quedado sino la vergüenza, deslumbrada por el escarnio, de una apagada memoria convertida en la impudicia de una falsa memoria muerta. Los fuegos del cielo, que ninguna llama terrena despertaba, habían callado sin nombre; callaba el centro, cubierto por las losas de las ciudades fundidas en uno con los límites más lejanos, refrescadas bajo el hálito de la noche, y en este momento se quedaba rígida aun la fluyente simultaneidad en que descansa lo eterno: ¡ay de los falsos giros del falso camino; simulan el gran círculo donde deben unirse lo pasado y lo futuro en el eterno ahora de la intemporalidad! ¡Ay del giro del perjurio, ay de esta falsa intemporalidad, que es la esencia de toda embriaguez y que, para sostener tal solaz, tiene que sustituir constantemente lo productivo por lo producido, sedienta de belleza, sedienta de sangre, sedienta de muerte, deformando y tergiversando la víctima en sibarita embriaguez, ay de la impúdica vanidad de una memoria para la que nunca ha habido realidad, que recuerda solamente por recordar, ay de esta inversión del ser! El testamento permanece irrevocable, inencendible la llama; lo frívolo debe fracasar aquí y fracasa, por mucha belleza, por mucha sangre, por mucha muerte que se ponga en juego, resulta ineficaz en la transición de los tiempos y contra ella se rompe la terrena infinidad; en verdad, hasta que sacrificar no haya vuelto a ser de nuevo genuino sacrificio, la desventura es inevitable, no hay despertar del sueño crepuscular y preso de una vez para siempre en el círculo de perdición queda el soberbio que se estima autorizado a descuidar su juramento, porque toma la simultaneidad seductora de lo interior y lo exterior, el fluido vaivén de las estaciones del mundo, el seductor aspecto de los límites de los mundos orlados de belleza, porque toma la seducción como permiso para aquel falso giro, que es tanto el del ebrio de recuerdo como el del ebrio de olvido, en ambos igualmente privado de realidad... ¡Ay del ebrio, que orgullosamente empedernido persiste en el perjurio e, inundado o no de recuerdo, olvida así su humanidad! Ha perdido el centro llameante de su ser, y ya no sabe si se precipita hacia arriba o hacia abajo, adelante o atrás; la senda circular carece de dirección, pero su cabeza está vuelta hacia la nuca, rígida y ridículamente. No se puede despertar a los muertos, no se podía despertar a la muerta; el espacio del olvido había cerrado su ola gris sobre ella, y era como si las mujeres de la mísera calleja hubiesen sabido que allí llevaban, en su último desengaño y en su último olvido, a uno que no había visto su vida. ¿Se había justificado realmente su mofa? ¿es que ya sólo quedaba la caída ignominiosa en la nada y en las regiones de la vacía superficie, que se extienden infernales bajo el límite de la nada? Oh, ellas habían tenido razón, y con horrenda vergüenza había de aceptar las burlonas maldiciones, toda vez que la impudicia de la que inocentemente se había hecho culpable, era aún más abyecta que cualquier lascivia ocasional, por desvergonzada que fuera, de la masa plebeya, toda vez que se había hecho culpable de la impudicia de la caída voluntaria, y, aunque bajo la imposición del destino, se había alistado voluntariamente en la raza perjura y perdida que falta de todo vínculo pasa tambaleándose por el empedrado de la nada, sin fuego como el animal, fría como la planta, inerte como la piedra, perdida en la maleza y maleza ella misma, hundida en lo indistinguible de una definitiva petrificación. Había sucumbido a la amenaza que envolvía a los réprobos, reprobado él con ellos, estaba oculto

con los ocultos, y la amenaza, procedente con la fuerza del destino de lo más amenazador, incontenible por ningún retumbar de carcajadas, callada y más callada, muestrario inmóvil de rotos sonidos y rotas luces en la cristalina oscuridad de pétrea inexorabilidad, disuelta en la noche y petrificada en la noche, la amenaza subía y subía. Todo estaba amenazado, todo se había vuelto inseguro, hasta la amenaza misma, porque el peligro se había transformado, trasladado de la zona del acontecer a la zona del persistir. La noche persistía inalterable, fríamente abrasadora de negra transparencia de su ala de oro tendida en derredor sobre las casas de los hombres, que cargaban sus sillares sobre la rigidez de la tierra pintada por seca luz lunar, y embebida en la luz de los astros: rigidez transformada hasta en las más hondas profundidades de fuego en piedra transparente, en transparente sombra de piedra entre las abiertas capas de cristal de la tierra, en eco cristalino de lo inaudible, extendiendo su tejer hacia abajo hasta lo inescrutable, hacia sí hasta lo audible, como un último luchar del aliento des-alentado de la petrificación, un pétreo jadear ondeando alrededor del aliento del ser; petrificado en sombra, petrificando sombras, se agitaba arriba y abajo; aun los pasos del centinela tras la muralla formaban parte de él, contando el tiempo tenazmente; estaban incorporados a la piedra, sonoros, solemnes pasos de sombra de la nada, que brotaban del empedrado sonoro y a él volvían, mientras bajo la luz que se tornaba cada vez más dura, se empezaba a hacer visible ahora la cresta de los machos de hierro al borde superior del muro, se abría igualmente iluminado y claro de sombras el hueco entre muralla y casa, atravesado en verde plateado hasta su fondo por el brillo de las esferas, petrificado de luz, seco de luz, sonoro de luz, de tanta mudez hasta abajo en el suelo de guijarros y arena, hasta la proximidad agudamente inmóvil del fondo del pozo, que en la árida sombra de alguna maleza mostraba toda suerte de trastos, apenas nombrables a medias ocultos por las ramas plateadas de verde del matorral, desechos de tablas y trebejos que también lanzaban sombra, pero a la vez tan terriblemente solemnes, que era como solitario, extrañamente indigno eco de la pétrea mudez de todo, reflejando el peligro, reflejando la venganza, reflejando la amenaza, porque la nada se reflejaba en la nada, reflejado lo transparente en el polvo, uno y otro rozados por el ala inmóvil, ambos paralizados por la tristeza, sin embargo en ambos, acosados y destrozados, el inaudible jadear de la muerte...

—mas mujeres ciconas, que por amor del muerto él desprecia, hicieron pedazos al hombre en la fiesta de los dioses entre el tumulto de la bacanal y lejos, por los campos quedaron dispersos los miembros; también la cabeza había sido arrancada del cuello de mármol, pero aún tenía voz y, ya arrastrado en el remolino arrollador del padre Ebro —Eurídice—, llamó con el último aliento —pobre Eurídice— y —Eurídice— respondieron las orillas del río...

—y él carecía de eco, muerto resonar sin eco en los montes desérticos del Tártaro, disparados hacia lo inexorablemente definitivo, mudo resonar en el interior y en el exterior agotándose inmóviles, mudo resonar de un jadear que lucha mudo por la respiración en las gargantas reseca y en los pozos cristalinos de la petrificación; era un cráneo sin mirada, rodado entre los guijarros en la orilla de sombra del olvido, rodado bajo los arbustos secos e impenetrables a la orilla de la corriente crepuscular, rodado hacia la nada, ante cuya irreparabilidad se extingue hasta el olvido; no era más que un ojo ciegamente abierto, estaba sin tronco, sin voz, sin pulmones, privado de aliento, más aún, así había sido lanzado a la ceguera sin aire del ínfero: su misión había sido la de disolver sombras, y sombras había creado; le había sido impuesta la gran alianza de la tierra y él había sido perjuro por anticipado; oh, le había sido dada la tarea de apartar una vez más las piedras de la tumba, para que lo humano resucite al nuevo nacimiento, para que no se interrumpa la creación viviente como ley, para que no se interrumpa esta constante simultaneidad en todo el curso de las edades, para que el dios pueda ser despertado siempre de nuevo a la simultaneidad por el ahora de la llama del sacrificio y ser obligado de nuevo al juramento de su propia creación, conmovido por el testamento, contenido el letargo por el testamento, por él avivada la llama; oh, ésta había sido su misión y él no la había cumplido, no había podido cumplirla; aún antes de que le hubiese sido concedido mover las losas en cumplimiento del desconocido juramento y aun sólo tocarlas, aún antes de que hubiera podido levantar los brazos, se le habían puesto pesados y flojos y

transparentes, se habían concretado en la dura petrificación, se habían concretado en el pétreo fluir inmóvil e indistinguible, árido y transparente, y este fluir inmóvil, petrificado y petrificante, penetrando hacia el centro desde todas las esferas y retrocediendo de nuevo hasta los límites de las esferas, sorbiendo en el cristal de sombras lo viviente como lo no viviente, se volvió una sola piedra, se volvió la piedra del sacrificio del todo, sin corona, sin calor, in-conmovido, inamovible, se volvió la piedra tumbal de los mundos desnuda de sacrificios, que cubre lo inconcebible y lo es también. ¡Oh destino del poeta! *El recuerdo del amor había obligado con su fuerza a Orfeo a entrar en la profundidad del Hades, sin duda para vedarle al mismo tiempo el último descenso, de modo que él, perdido en la infernalidad de la memoria, estaba obligado a volverse antes de tiempo, impúdico aun en la pudicicia y destrozado en la desventura. El en cambio, sin amor desde el principio, incapaz de enviar por delante la memoria y sin la guía de recuerdo alguno, no había alcanzado ni siquiera las primeras profundidades de Vulcano dominador de los metales, cuánto menos, pues, las regiones de los padres que fundaron la ley, cuánto menos, pues, las profundidades más hondas de la nada que procrea el mundo y el recuerdo y la salvación; se había quedado en el pétreo vacío de la superficie.* Una vez que se ha fracasado, no queda detrás nada que poder realizar aún, y, absorbidas por el gran silencio de la anonimidad vacía ya de conocimiento y de ley, habían callado ahora también las grandes mareas vitales del fuego y la ceniza; callaron las mareas del comienzo y del fin, las candentes mareas de la conmoción y las mareas de la tranquilización en suave flujo: calló su recíproca producción, que convierte a una en la otra; perdió definitivamente la totalidad del mundo su aliento, su condición de cosa, su acontecer, su decurso, y rodeada del silencio del todo quedó desnuda como una silenciosa mirada, como una mirada global de la desnudez visible-invisible, desnudada hasta una ya-no-presencia que mira sin mirada, inexorablemente definitiva: rígido ojo pétreo arriba, rígido ojo pétreo abajo, oh, ahora estaba allí lo esperado desde tanto tiempo, lo siempre temido, al fin estaba allí, ahora lo veía, ahora debía hundir la mirada en lo inefablemente impresentible, en la impresentible inefabilidad, por lo cual había huido toda una vida, por la cual lo había hecho todo para acelerar el fin de esta vida, y no era el ojo de la noche, pues la noche se había disuelto en petrificación y no era miedo ni horror, pues era mayor que todo miedo y todo horror, era el ojo del pétreo vacío, el ojo arrancado del destino, que ya no toma parte en ningún acontecer, ni en el curso de las edades ni en su eliminación en él, ni en espacio ni en la falta de espacio, ni en la muerte ni en la vida, ni en la creación ni en la no-creación, un ojo incapaz de participación, en cuya mirada no hay ninguna clase de comienzo ni de fin ni de simultaneidad, separado de todo lo existente y de lo que habrá de existir, unido con éste ya sólo por la amenaza y la amenazante espera, por la temporalidad del plazo de espera aún restante, reflejado en la persistencia del amenazado y en su mirada temerosa ante la amenaza, encadenados uno a otro lo amenazante y lo amenazado en el último residuo de tiempo. Y ya no había fuga posible; sólo su ahogado jadear, no había ya un adelante para ella —¿a dónde habría podido llevar?—, y el jadear semejaba al del corredor, que detrás de la meta se da cuenta de que no ha llegado y que nunca llegará, porque no puede conjurarse la meta en el no-espacio del perjurio, a través del cual ha corrido acosado cada vez más lejos, y sin conjurar permanece, sin meta la creación, sin meta el dios, sin meta el hombre, sin eco la creación, sin eco dios y el hombre, en el nuevo abandono sin ley que da a luz al no-espacio. Lo que estaba alrededor de él ya no simbolizaba nada, era no-símbolo, era lo no reflejable, incapaz de reflejar en sí nada, y además era la tristeza del empobrecimiento del símbolo, esa tristeza del no-espacio hundida sin espacio en todo lo creado por el espacio y hasta en el sueño del durmiente humus primigenio, desnuda de símbolo y sin embargo ocultando en sí el germen de todo símbolo, despojada de espacio y sin embargo condicionada por él como un último residuo de la belleza aportada por las edades; tristeza del sueño, que habita en el fondo de cualquier ojo, en el ojo del animal como en el ojo del hombre, como en el ojo del dios; sí, hasta en el ojo universal del vacío destella todavía como un último aliento de la creación, triste y llorada en la tortura de una preexistencia recordada muy lejos, como si el no-espacio comenzara en la tristeza y al mismo tiempo también la tristeza comenzara siempre de nuevo en el no-espacio, cual si en esta unidad se hallara inexorablemente encerrada la fatalidad primigenia de toda la creación, la perdición que amenaza fatalmente desde el primer comienzo todo lo humano y lo divino, miedo del destino

común a ambos, castigo del destino común a ambos, miedo del perjurio, condenado de antemano a la caída, y expiación impuesta de antemano por la acción no realizada, por la maldad no cometida con que el destino domina incluso a los dioses, pena de la pérdida del conocimiento y del abandono en la cárcel del vegetar ciegamente necesario, impuesta por un incognoscible destino, el *desamparo del no-conocimiento en la incognoscible fatalidad*: cada vez se acercaba más, acosado por la tristeza mudamente jadeante, sin aliento, de la perdición y sin embargo inmóvilmente lento, perdido en llanto y perdición, perdido en una ausencia de contenido que absorbía en sí hasta la tristeza y la perdición; de todos los pozos del interior y el exterior subía plomizo como piedra en cumplimiento de la amenaza, subía como tempestad, remontando el vacío que miraba, y cada vez más amenazante se volvía lo aún-no-sucedido, más pétreo el ámbito de la mirada, acercándose como una pared de silencio, acercándose en una mudez ensordecedora, que era tanto la propia como la de todas las esferas, cada vez más oprimente, cada vez más paralizante: panorámica del horror que agrandaba la mirada, acercándose al centro muerto, y el yo, rodeado por el centro, envuelto en él, aplastado entre las paredes de la mirada, aplastado entre lo indistinguible del interior y el exterior, asfixiado por esa doble tristeza, por esta tristeza universal sin límites del ser aún subsistente, que anula toda multiplicidad y toda duplicación elevándolas hasta el exceso de la propia falta de límites, anulado con ellas el yo, absorbido y aplastado por la falta de límites y el luto de su vacío, cuyo horror presentido trae el doble terror, el doble espanto, a la vez que lo disuelve en sí, disuelto con ellas el yo, disuelto y cristalizado en la panorámica de la amenaza circundante, el yo amenazado por la mirada, desde hace mucho ya sólo rígida mirada, yo sometido a la amenaza; había sido comprimido hasta el último residuo de su esencia, había sido anonadado hasta el no-espacio de su no-creación, de su no-pensamiento, había sido rechazado al punto mínimo de un vegetar ya incognoscible, incapaz ya de conocer, entregado inmóvil al abrazo del vacío; oh, había sido rechazado y arrojado a la contricción de su ser, arrojado a la contricción y más contricción, había sido humillado a la necesidad, sin remedio, a la necesidad de su contricción, humillado a la contricción del mero y vacío no-existir-más: el yo se había perdido a sí mismo, se hallaba privado de su humanidad, de la que nada había quedado, nada fuera de la más desnuda culpa de desnudez del alma, de modo que también ella, perdido el yo e indestructible sin embargo como alma humana, no era ya más que desnudez contritamente vacía, sojuzgada y absorbida por el vacío sin reflejo del ojo silencioso de amenaza, sin reflejo la contricción, sin reflejo el yo, sin reflejo el alma, sin reflejo abandonados a la fuerza de la mirada que se apagaba y ellos mismos apagados...; silencio, vacío, no-espacio, mudo, pero tras las paredes de negro cristal de la mudez universal, en la última lejanía sin distancia de una infinidad sin límites, desapareciendo y perceptible, semejante a la más abandonada imagen sonora del ser y ya más allá de todo ser, sutil y claro femenino y espantoso en indecible pequeñez, resonaba un solo punto, resonaba el tono del punto más distante de las esferas, resonaba una minúscula risilla, y era la vacía risilla del vacío, la risilla de la hueca nada. ¡Oh!, ¡¿de dónde podía venir aún la salvación?! ¡¿dónde estaban los dioses?! ¿esto que ocurría era el último esplendor de su poder, su venganza y su represalia por su nuevo abandono, la venganza sobre el hombre abandonado que abandonaba? ¡¿eran las diosas las que, satisfechas de la contricción humana, soltaban su risilla?! ¡¿se alegraban por la humanidad perdida, se alegraban por lo inexorable del perjurio de los mundos?! Sordo a toda respuesta, atisbaba en lo indistinguible, y la respuesta no llegaba, pues el perjurio no puede plantear preguntas, lo mismo que la bestia no puede preguntar, y muerta estaba la piedra, muerta y sin resonancia para la pregunta no formulada, muerto estaba el pétreo laberinto del todo, muerto el pozo en cuyo fondo más profundo, despojado de pregunta y despojado de respuesta, mora el desnudo yo contrito hasta la nada. ¡Oh, atrás! ¡atrás a la oscuridad, al sueño, a dormir, a la muerte! ¡Oh, atrás, atrás sólo una vez, oh, huir, huir una vez más de vuelta a lo que existe! ¡Oh fuga! Pero ¿huir de nuevo? ¿es que, simplemente, aún había escapatoria? ¿Es que era huir lo que quería? No lo sabía; tal vez lo había sabido y ya no lo sabía, estaba más allá de toda capacidad de saber, estaba en el vacío del saber, en el vacío del universo y por tanto más allá de cualquier acoso; ay, el contrito está ya más allá de toda fuga; pero ahora, más allá de la fuga, abatido por el perjurio, como si el perjurio mismo debiera ser quebrantado, como si nunca, nunca jamás pudiera erguirse, se sintió arrojado de rodillas; e inclinado profundamente bajo el enorme peso del vacío de los mundos

ciegamente inmóvil, invisiblemente transparente, entorpecido para la fuga, paralizado para la fuga, doblados los cargados hombros y buscando la pared de la habitación con áridas manos sin vida, ciegos los dedos, tocando a manos ciegas la sombra de ciegas manos sobre la superficie clara de luna, seca de luna, avanzaba a tientas a lo largo de la pared, acompañado por su sombra, que se deslizaba profundamente inclinada a su lado, retrocedía a tientas en la oscuridad temblando convulsivamente; sin saber lo que hacía o no hacía, fue a tientas hacia la fuente en la pared, atraído como un animal por el agua, anhelando como un animal lo aún terreno, lo aún viviente, lo aún móvil; y así, colgando la cabeza, se arrastró como un animal a través de la pétreo aridez hacia la más primitivamente animal de todas las metas, hacia el agua, para lamer en la humedad que manaba plateada, profundamente inclinado como un animal con la más primitivamente animal de todas las necesidades.

¡Ay del hombre que no se muestra a la altura de la gracia que le acaece, ay del contrito que no soporta su contrición, ay del residuo de ser creado que no quiere despojarse del ente, ay, ni puede hacerlo, porque la memoria apagada persiste también vacía! ¡ay del hombre, que, inexorablemente vinculado a pesar de su contrición, sigue condenado a lo criatural! Alrededor de él se abre de nuevo la risa, y es el reír del horror, ya ni risa de mujer ni de hombre, ni la de los dioses ni la de las diosas; es la risita vacía de la nada, es el residuo del ser que para el mortal nunca desaparece en la nada, ríe burlonamente y estalla en risa, revelándose así como lo que es en la nada, como la nada en lo que es, como la unión de ser aparente y muerte aparente, como el saber cercano a la risa acerca de ese ser aparentemente muerto, como el terrible y aterrador residuo del saber en el vacío, grávido de locura, seduciendo a la locura con su muda risa, que se infla y se infla, hasta invertir el vacío en desnudo horror. Pues cuanto más se apodera la contrición de lo humano en sus cualidades esenciales, tanto más inmediatamente ataca también lo criaturalmente animal en el hombre, tanto más inmediatamente le dispara la angustia animal, la angustia perseguida hasta el horror del hombre que ha sido lanzado a su soledad criatural, cual res separada y extraviada no puede hallar de nuevo ya al rebaño; es la angustia del horror ante un vacío de muerte que excede lo creado, implantada en todo nacido del rebaño desde el primer principio, es —en la última culminación de la angustia, en el último abandono a la angustia, ya casi más allá de la muerte— el mudo horror del animal, que, pequeño y solitario en lo invisiblemente avasallador, se arrastra inconsciente y tembloroso bajo el bosquejo oscuro, para que ningún ojo pueda verlo morir. ¡Ay del contrito cuya alma es incapaz de asumir la pequeñez de la soledad que le ha sido impuesta; la pequeñez se le convierte en inconsciencia y la gracia de la humildad se transforma para él en vacía humillación! ¿Había llegado ya esa hora? Contrito era su pensamiento hasta donde aún era posible, animal era su proceder hasta donde aún ocurría algo, y, en lo inaudible, sonaban ciegas las carcajadas; de repente y sin la menor reflexión se había encontrado en el lecho y, míseramente agazapado, estrangulada la garganta, seco frío en todos los miembros, entregado sin consciencia a la invisible, negra prepotencia extendida doblemente sobre la contrición y la animalidad, entregado sin consciencia a un ámbito más allá del miedo, más allá del terror, más allá del espanto, más allá de la muerte, pero abandonado a un nuevo surgir de miedo, de espanto, horror, muerte, sintiendo el horror en lo insensible, reconociéndolo en lo irreconocible, había caído abandonado y sin embargo sostenido, todavía sostenido, mantenido en el espacio vacío del horror, oh, se hallaba sostenido en el horror y al mismo tiempo de horror colmado: el recuerdo del comienzo y el recuerdo del fin se tocaban mutuamente, ambos soledad extraviada sin salida en la espesura de la vida, en la espesura de las voces, en la espesura de las imágenes, en la espesura del recuerdo, nunca extinguido el comienzo, por muchos muchos años que le dieran sombra, nunca apagado el recuerdo del animal extraviado del rebaño, el recuerdo del horror primigenio, el único que había quedado, y todos los demás eran como transformaciones de ese horrendamente único, posado en cada una de las ramas del matorral del recuerdo con su risita burlona, riéndose burlón del inmóvil encierro del irremisiblemente extraviado en la espesura, encerrándose él mismo, él mismo espesura, él mismo impenetrabilidad; inmóvil estaba el viaje del recuerdo, el viaje del incesante principio y del incesante fin, el viaje a través del no-espacio de la memoria, el viaje a través del no-espacio del detenido extravío, a través del no-espacio de la

irrecordable vida aparente; inmóvil avanzaba el vertiginoso viaje a través de todas las metamorfosis del no-espacio, inexorablemente acompañado por ellas y por ellas envuelto, sin espacio en su aparente quietud, sin espacio en su aparente movimiento, pero siempre en la inespacialidad del horror, cárcel inexorable, siempre presente, nunca abandonada de la plúmbea muerte aparente, donde rodeada de horror se desarrolla la aparente vida del hombre...; se hallaba sostenido en el antiespacio de la pseudo-muerte. Y aunque yacía inmóvil y no se movía en ninguna dirección el ancho de un dedo, y tampoco la habitación cambiaba en derredor lo más mínimo, le parecía como si fuera impulsado hacia adelante, sí, era impulsado hacia adelante, arrastrado hacia adelante a lo invisible y por lo invisible, por su presciencia, por su pre-recuerdo; la multiplicidad del recuerdo pasaba ante él como una exhalación, cual si pudiera atraerle hacia delante, cual si así pudiera y debiera ser apresurado el viaje; le impulsaba el horror en que yacía envuelto, le impulsaba hacia la meta del horror, que aguarda en el comienzo, y la habitación flotaba con él, inmutada y a la vez deformada para el viaje, rígida en el tiempo y a la vez continuamente transformándose. Rígidamente se soltaban los amorcillos del friso y permanecían sin embargo en él; de la pintura y del revoque se soltaban las hojas de acanto, tomando rostros humanos y crecido el pecíolo hasta formar una espasmódica garra de águila; ondeaban al lado del lecho, cerrando y abriendo las zarpas, como si quisieran ensayar su fuerza de presa, les crecían barbas en el rostro de hoja y volvían a desaparecer en él, iban ondeando en la inmovilidad, a menudo cruzándose, a menudo girando como en un remolino de inmovilidad; cada vez eran más y más, muchos más numerosos que los que había en el mural, por más que éste se reprodujera; salían aleteando de la pintura, de la pared desnuda, del ninguna parte, vomitados por el frío hervor de los volcanes de la nada, que reventaban por todas partes, en lo visible y en lo invisible, en el interior y el exterior; eran lava volcánica, escoria humeante de antes del comienzo, de la ruina, cada vez más y más múltiple, cuanto más numerosas se volvían, formas nacidas y nacientes del vacío, que además durante sus fantasmagorías se transformaban unas en otras, para volverse a distinguir, material informe e inconfigurable, con soplo de hojas, con soplo de mariposas, muchas con forma de flecha, muchas con cola bifurcada, muchas con largas colas como látigos, muchas tan transparentes, que revoloteaban casi invisibles y mudas, semejantes a callados gritos de espanto, otras en cambio simplemente anodinas y parecidas a una tonta sonrisa transparente que revoloteara multiplicada como polvillo solar, despreocupadamente vacía como una nube de mosquitos, bailara alrededor del candelabro en el centro del espacio, beborroteara en las velas apagadas, si bien en seguida desplazada de nuevo por la nueva ola tumultuosa, lanzada, danzarina, y otra vez desplazada, hueco tumulto informe, en el cual al lado de rostro y antirrostro, al lado de Escilas bifformes y raras focas y erizadas Hidras, junto a la sangrienta irrupción de sangrientas cabezas desgreñadamente erizadas de serpientes, se bamboleaba toda clase de monstruos, irrumpía toda clase de cosas con cuerpos y patas, toda clase de cojos, centauros atrofiados e incompletos y restos de centauros, alados y sin alas; el espacio preñado de Orco rebosaba de bestias caricaturescas, aparecían formas de sapos y lagartos y patas de perro, gusanos con un número indefinible de patas, sin patas, de una, dos, tres, cien patas, a menudo pataleando sin fondo, o bien navegando con estiradas, tiasas patas como de madera, o bien estrechamente apretados entre sí, como si quisieran aparearse volando pese a su falta de sexo, otras veces penetrándose entre sí rápidos como flechas, cual si fueran éter sin resistencia, cual si fueran criaturas etéreas, nacidas del éter y por él sustentadas; y realmente eso eran, toda vez que su volante hervidero, revolcándose, arrastrándose, volviéndose unas sobre otras, aunque se cubrían y recubrían recíprocamente, podía ser pescado y abarcado sin esfuerzo por la mirada hasta en los últimos límites del espacio rebotante de ellas y hasta en los últimos detalles; oh, estas criaturas eran el engendro del éter, cubierto de escamas de éter, cubierto de plumas de éter, nacido del volcán de los Eones, lanzado en alto a impulsos como de caída, como de ola, evaporándose continuamente, constantemente volatilizado, de modo que el espacio se vaciaba una y otra vez, vacío de esferas y vacío como el universo, sólo atravesado aún por el trote de un caballo solitario, que con erizada crin pisaba el alto aire, sólo atravesado aún por un torso humano solitario, cuyo rostro planamente transparente, vuelto hacia el lecho, se torcía en el espejo de una risa hueca, irónica, para ser nuevamente cubierta por la oleada de las alimañas del horror que volvía a inflarse...; y ninguna de

estas criaturas respiraba, ya que antes de nacer no hay respiración alguna; el aposento se había convertido en la cámara de las Furias y ofrecía lugar a todo ese acontecer horroroso, si bien éste crecía incesantemente: no era necesario levantar el techo de la habitación, aunque el candelabro se hubiera desplegado en un árbol gigantesco, enormemente extendidos los candeleros como el gran ramaje inmemorial de olmos de sorda sombra, y en la fronda, hoja a hoja, se sentaban hipócritas los sueños, apretados como gotas de rocío; no era preciso ensanchar las paredes, aunque entre ellas yacían todas las ciudades del mundo, todas ardiendo, las ciudades del más lejano pasado y las del más lejano futuro, rumorosas de hombres, torturadas de hombres, ciudades de nombre lejano, que él sin embargo reconocía, ciudades de Egipto y de Asiria y de Palestina y de la India, ciudades de los dioses destronados, ya impotentes, derribadas las columnas de sus templos, saltados sus muros, deshechas sus torres, reventado el empedrado de sus calles, y era suficiente la pequeñez de la habitación para todas las grandezas del mundo, aunque ciudad y campo y cielo y bosque no se habían hecho en nada más pequeños, y más bien todo, grande y pequeño al mismo tiempo, se mostrara en una casi aplastante gravedad e igualdad de sentido, consintiendo con igual sentido que bajo de las ramas del olmo, cual si la sombra de las frondas fuera una nube que trae la tormenta, se elevara tremenda con inabarcable grandeza la más grande y maldita de las ciudades, la Roma humillada en medio de la destrucción eternamente repetida, por cuyas calles se deslizaban los lobos venteando la presa, para tomar de nuevo posesión de su ciudad; la habitación encerraba el orbe terrestre y el orbe terrestre encerraba la habitación, se encerraban mutuamente las ciudades, y ninguna estaba fuera y ninguna dentro, cerniéndose ellas todas, entretanto, allá arriba por encima de los volcanes, por encima de la petrificación, por encima de la fronda, separadas de todo; en la bóveda impresionantemente gris del cielo, sonando de ira la inmóvil ala bronceada, destelleantes y fugaces cual figuras de acero, silenciosos, trazaban los pájaros del odio sus pesados y grandes círculos sobre los campos del horror, cobardemente enconados y prontos a precipitarse con sus garras abiertas en jubilosa furia, para clavar las uñas en los sangrientos campos del campesino y en los corazones sangrantes, picoteando las entrañas, devorándolas, para ordenarse en la procesión de las mariposas y los lobos al lado del lecho, huyendo con ellos a las orillas de la indefensión y el desconsuelo, a las orillas de los cráteres de fuego y de las plantas de los dragones, nunca conocida, nunca nombrada, siempre sabida, la orilla de serpientes de la animalidad. ¿Qué volcanes de la precreación debían abrirse allí todavía? ¿qué nuevo monstruo vomitarían aún? ¿no estaba sin más ya todo abierto a la última desnudez? ¿no habitaba ya sin más en la animalidad circundante la más alta medida de todo el horror imaginable? ¿O indicaba la transparencia de la angustia hacia un nuevo angustioso saber, hacia una nueva y más profunda angustia, hacia algo nuevo insondable en planos primigenios aún más profundos? Todo estaba abierto, nada podía ya ser retenido, no se podía, sólo quedaba el aparente movimiento del vuelo, movido por el claror, persistente seguía la gris luz crepuscular en fría desorientación, sin lejos ni cerca, sin arriba ni abajo; pero él acompañando en su vuelo al cortejo de los monstruos, volando con él a través de la fría luz, atravesando en su vuelo el espacio sin referencias, se hallaba rodeado y sostenido, sostenido con indómitos, proliferantes dedos por una mano vegetal sin cuerpo, aleteante, y reconoció la seudomuerte, la rigidez gris, cuyo antiespacio atravesaba: frígido horror abstracto eran las imágenes que fluían en derredor, cola sin animalidad, fauces abiertas que no muerden, tensa garra que no hace presa, plumaje erizado sin atacar, chorro de veneno fallido golpeando y envolviendo con la cola, lo transparente se lanza sobre lo transparente, solamente en muda amenaza y sin embargo más espantoso que cualquier aullido y cualquier presa; el mismo horror se había tornado transparente, se había abierto el fondo esencial de la desnudez del horror y en su fondo más hondo, en su profundidad de pozo más profunda yacía cerrada en círculo la serpiente del tiempo, encerrando en hielo el manar de la nada. Sí, era el inmóvil horror de la seudomuerte, y el rostro animal, apenas ya rostro, sólo transparencia de lo vegetal, brotado del tallo, entrelazado al tallo, enzarzado por las ramas, sumiso a los sinuosidades, disparado hacia arriba desde inmensa y arcana profundidad de raíces, disparado desde la unidad de un inmenso tejido de raíces, cuya infra-animalidad se le incorpora, el rostro animal se desnudaba hasta el horror de la carencia de propiedades, cebado por la nada del centro. Ninguna angustia ante la muerte podía medirse con ésta, la más llena de horror,

pues era el horror de la pseudo-muerte, rodeado por la sub-animalidad, por la tras-animalidad; ninguna angustia ante una herida o el dolor o la asfixia alcanzaba este horror asfixiante, cuya misma intangibilidad no dejaba retener ya nada, porque en la creación aún increada, en su no-aliento, en su necesidad de aliento nada puede retenerse; era la necesidad de aliento de la creación inacabada, increada, su mera transparencia, en la que animal, planta, hombre son todos y cada uno transparentes, semejantes unos a otros hasta la igualdad, y por su horror sin aliento, por su persistente e indisoluble vinculación a la nada, sin vida y sin embargo transidos de impulso hacia un ser separado, se ahogan mutuamente por esta suma igualdad y esta suma hostilidad, todos y cada uno colmados de la animal angustia ante el horror, que reconoce en sí, en su propio no-ser la animalidad sin propiedades ¡oh la angustia del universo ante la asfixia! Oh, ¿no había existido siempre? ¿había estado él alguna vez verdaderamente libre de ella? ¿No había sido siempre un mero vano defenderse contra el asalto del horror? Oh, noche a noche había ocurrido, en años y más años, lejos de la juventud y cerca del ayer, noche tras noche en vana ilusión había creído atisbar la muerte, y sin embargo había sido sólo rechazo del horror de la pseudo-muerte, rechazo de sus imágenes, que habían vuelto noche tras noche, y de las que no había querido saber nada, que había rehusado ver y que a pesar de eso habían quedado...

... ¡oh, quién puede dormir mientras arde Troya! ¡una y otra vez! y se cubren de espuma las ondas del mar, revueltas por los golpes de los remos, cortadas por los surcos de las naves, por el empujón de los tres picos de sus espolones...

— no había conseguido ahuyentar las imágenes; noche tras noche el horror le había llevado a través del silencio del cráter colmado de espectros, a través de la desmemoria de la preexistencia, a través de la lejanía eónica del ser otra vez abandonado, invertida en la inmediata cercanía una vez más, a través de los paralizados baldíos de todos los abandonos, abandonado por todo lo humano y tangible, la creación otra vez abandonada. Noche tras noche había sido traído a la incommovible, fríamente imperiosa irrealidad, a lo irrealmente real que precede a todos los dioses, perdura más que todos los dioses y sella la impotencia de los dioses, había visto la Moira, la que espera malévolamente en tres cuerpos, en cuyas imágenes se declinan todas las figuras de la pseudo-muerte, y había querido cerrar los ojos ante su poder sin violencia, sin movimiento y paralizante, buscando ciegamente en el extravío, sordo a la burlona risita chispeante de la nada, que aun así persigue sin remedio al desvalido desengañado, sordo a la plana risa del destino, anterior a la creación, que le indica lo inasequible de lo innombrable, indistinguible, informe y exige contrición; oh, así había sido, lo constantemente grávido de amenaza, lo constantemente rechazado; los años habían sido como el correr de una sola noche, atravesada por un río de imágenes, tergiversada en imágenes, llevada como una imagen en la tregua del horror, y lo que se había anunciado noche tras noche, lo inexorable, inevitable, ya no era posible rechazarlo, era el espasmo del horror en la degradación de la muerte, en la que va a yacer rodeado por el féretro, rodeado por las tumbas, tendido para el inmóvil viaje, él, solitario y sin ayuda, sin intercesión, sin socorro, sin gracia, sin luz, sin eternidad, rodeado por las pétreas, inquebrantables planchas de la tumba, que ya no se abrirán a ninguna resurrección. ¡Oh la tumba!, también ella estaba presente en la estrecha habitación, también a ella la tocaban las ramas del olmo, también ella estaba rodeada por el baile de las Furias danzantes, cercada por su escarnio; oh, era escarnio de sí misma, también ella escarnio de las ilusiones que no había querido soltar, escarnio de su infantil esperanza, con la que se había mentido a sí mismo que la calma inmutabilidad de la bahía de Nápoles, que la clara grandeza del sol marino, que el inmenso resplandor patrio del mar, que esta fuerza del paisaje se encargaría suavemente de la muerte y la transformaría en la música jamás cantada, jamás cantable, que debe despertar la vida, a la escucha y escuchada por siempre jamás, a la muerte; oh escarnio y más escarnio, ahora que el edificio se hallaba sin paisaje, sin espacio, que nada se abría tras él, ni mar ni costa ni campiña ni montaña ni piedra ni siquiera la informe arcilla primigenia, nada, sólo inaprensible aridez, intangiblemente amenazando desde la nada, una desnuda construcción de escarnios, sólo rodeada por el mismo oleaje cerniéndose sin tregua, en que flotaba rodeado de criaturas caricaturescas, y junto con ellas era impulsado, envuelto y llevado a flote por el resplandor del éter, sin aliento e irrespirable, imbebible y sediento, ni aire ni agua, transparente aliento humoso de todos los fuegos de la

angustia, por este no-aliento de todo lo precreado, que se pierde como una seca niebla entre los dedos, y justamente en este elemento etéreo terriblemente colmado de animales, terriblemente procreando animales, terriblemente manando animales —absorbiendo al que ha recaído en la animalidad—, se engarzaban semipájaros a las molduras del techo, tremendos pájaros de tumba, pseudo-pájaros con ojos de pez en espesa fila, pájaros de gris plumaje con cabeza de mochuelo, con pico de ganso, con vientre de cerdo, con pies que eran manos humanas con membranas natatorias, pájaros llegados del sin paisaje, en vuelo a ningún paisaje. Así estaban posados en la desolación del horror, mirando fijamente y estrechamente apretados unos contra otros, así estaba la tumba rodeada por ellos tanto aquí dentro en el mirador como afuera en la lejanía final más inalcanzable. Todo estaba amontonado, la desolación del no-cielo se cubría con el arco redondo de la ventana del mirador, ambos se abovedaban sobre la tumba, ambos estaban enlazados por el no-espacio, pero atravesados por el centelleo de la negrura aterciopelada de todo el círculo celeste bordado de estrellas, y entrelazadas de olmos se hallaban las bóvedas del mundo en un aumento inconmensurable de todas las distancias y lejanías, aumento que era a la vez su más inconmensurable empequeñecimiento; lo sin paisaje penetraba el paisaje y era penetrado por el paisaje, el no-espacio penetraba el espacio y era penetrado por el espacio, simbólico en la ausencia de símbolo, del mismo modo que la animalidad penetra en la pseudo-muerte y es penetrada por ella: se habían apagado los símbolos de la vida, se habían apagado los símbolos animales del cielo, colmados de significado, llenos de sentido, se habían helado bajo la desolación que los cubría; en cambio habían quedado los símbolos de la muerte, aun cuando sólo en la ausencia de símbolo de la precreación inexpresable, inimaginable, impresentible, habían quedado en las muecas animales esencialmente sin expresión, en estas imágenes del horror que salían arrastrándose de la pseudo-muerte, como si procedieran directamente del vacío, reflejando y reflejada la nada en la nada, imagen y contra-imagen reunidas por la aniquilación de la expresión de aquella más profunda soledad primitiva, que nunca concebible, siempre conocida, siempre temida, se mueve en la profundidad eónica de los tiempos y de la animalidad de las criaturas; el círculo de lo simbólico se cierra en lo inexpresivo, se cierra allí donde, en lo desarraigadamente increado, la hueca lejanía de los Eones se invierte en mueca animal vacía y casi visible, como si la imagen del saber de la soledad primigenia hubiera sido llevada a través de todo el infinito círculo de imágenes, de reflejo en reflejo, para desvelarse en la última desnudez al final de todo fin en lo falto de imagen, y en esta revelación, en este mudo amenazante irrumpir de la no-creación y su soledad, irrumpiendo con toda la malignidad que constituye el placer de atacar de los huecos esperpentos animales, desamparadamente disipados, se tornaba reconocible la desventura presentida detrás de todo lo creado y lo no-creado, detrás de la precreación y detrás de todas las lejanías de la soledad, apareciendo amenazante de presentimiento en la perdición de la pseudo-muerte, demostrando llena de intuición que todas las sendas de la inversión, todas las sendas de la inmovilización, del juego y de la embriaguez llevan irrecusablemente a la animalidad, que todas las sendas de la belleza terminan irrecusablemente en el esperpento del horror. Y sobre el techo de la tumba, que había querido transformar la muerte en belleza, se posaba la cadena de los pájaros de perdición. Alrededor ardían las ciudades del círculo terrestre en un paisaje sin paisaje, derrumbadas sus murallas, quebrada y reventada su sillería, humeando sangre el olor a podredumbre en los campos: alrededor se desencadenaba el ansia de sacrificios sin dioses buscando dioses, acumuladas pseudo-víctimas y más pseudo-víctimas en la embriaguez del sacrificio; alrededor se explayaban los furiosos de sacrificios, matando a su prójimo, para descargar sobre él la propia pseudo-muerte, destrozando la casa del vecino y pegándole fuego para atraer a su propia casa al dios: era una furia de perdición, un salvaje alarido, sacrificio, asesinato, incendio, destrozo de piedras en honor del dios, que así lo quiere justamente, porque debe aturdir su propio horror, el propio saber sobre el destino y, ansioso de risa, ansioso de aniquilación, ha desencadenado para ello la discordia entre los hombres, la discordia de la embriaguez, la discordia del sacrificio, en la que, ya impotente, participa y que le es grata, dios y hombre perseguidos y más perseguidos como en una caza por la misma angustia ansiosa de destrucción, por la angustia de la petrificación en la pétrea soledad de la pseudo-muerte, por la angustia de la inmovilidad final, perseguidos por la quietud el aullido de los dioses, jugando

al asesinato, el juego humano del asesinato, el volcán de la nada del alma; y los fuegos estaban quietos mientras pasaban en el flujo del no-elemento; sin dejar cenizas ardían las ciudades, oscilaban las llamas como lenguas rígidas y tiesas, como látigos levantados golpeaban desde ninguna profundidad, y debajo de la superficie levantada, hecha pedazos, hecha láminas antes de reventar ella misma, no había una segunda superficie y mucho menos aún cualquier profundidad; las llamas no eran otra cosa que esta misma superficie inmóvilmente revuelta, rodeada por el inmóvil bramido de la maleza de voces paralizadas, cuyos gritos son ya sólo sombras de presa, horriblemente fugaces; rodeada por el mudo tronar de los abandonados, de la creación deshecha y abandonada de nuevo: alrededor surgían rígidas nuevas construcciones de los escombros, crecían hacia la lívida luz gris, no-luz de la lividez sin luz, surgían del vacío y sin embargo ya habían estado antes y siempre presentes, sin esperanza erigidas desde siempre para magnificar el constante asesinato, para eternizar y conservar la perdición, construcciones de la pseudo-vida, las construcciones de la pseudo-muerte, la primera piedra regada con sangre, pesando como piedra sobre la vida, y no hay sangre que baste para insertar en la ley y en el curso de la creación lo erigido para la perdición, para encerrarla con sus muros, lo petrificado por la perdición; ningún conjuro basta para hacer reventar la helada serpiente, renovando el testamento; más fuerte que la creación sigue siendo la precreación, pseudo-muerta sigue siendo la increabilidad que interrumpe el ciclo de la creación, que se ha sustraído a la creación y se le ha enfrentado, la increabilidad en sí, que sólo quiere eternizarse a sí misma, que se erige a sí misma en monumento y se convierte a sí misma en tumba; queda privada del habla y consciente de la culpa y decaída del aliento, queda ineternizada y sin duración a pesar de su pétreo monumentalidad. Al sacudir de sí lo existente se ha tornado sepulcro sin renacimiento. Así la catedral del no-espacio, la catedral del no-cielo se había convertido ella misma en una sola cueva funeraria, encajada entre los ofídicos anillos de las entrañas del cielo, encajada entre las tripas de la precreación, cargadas de humus, despreciadas por los dioses, donde se agita el destino y se anuncia despreciando el tiempo; a esta cueva fue llevado, como si fuera un retorno; hacia allí se dirigía el viaje, y aunque expulsado de los cielos, él mismo, atravesado de serpientes, yacía sin embargo rodeado por las entrañas del cielo. ¡Qué inversión de lo interior y lo exterior! ¡qué tremendo vuelco! Alrededor ardían las calles de tumba y las ciudades de tumba de la tierra habitada por muertos; alrededor se tornaba rígida la pétreo inutilidad del humano delirio, del júbilo humano por la victoria, de la embriaguez humana del sacrificio; alrededor ardía tieso el frío fuego de las llamas terrenas, y era la descriaturización del hombre, el destronamiento de la creación del dios, pétreamente amenazado por la muerte de la creación despojada de la muerte..., extraviado en la discordia de la angustia el designio de los dioses, por cuya voluntad había debido ocurrir. Sí, la creación exige constante resurrección; sólo en la eterna resurrección se cumple la creación, y sólo mientras dure la creación, ni un instante más, acontece la resurrección; oh, sólo es y puede llamarse creación aquello que siempre vuelve a bajar a las llamas del renacimiento, incesantemente esforzándose por que lo invicto no vuelva a brotar, por que lo no creado, antes de que hubiese madre, no vuelva de nuevo a pétreo mudez; oh, creación es lo que trae creación, que en el descenso se ofrece a sí mismo en sacrificio, sin reservas y liberado de cambios, puro de todo retorno a la embriaguez, más aún, limpio de todo retorno a cualquier conocimiento o reconocimiento, rechazando toda angustia criatural; ¡oh, nosotros somos criaturas de la creación sólo si nos despojamos por completo de lo creado, sólo si hemos aprendido a abandonar hasta el conocimiento, tanto el creado como el increado, si nos crecemos hasta asumir humildemente nuestra última contrición, si logramos destruir nuestra propia sepultura, sólo entonces somos criaturas de la creación! Y al darse cuenta de esto, pesadamente y en la lejanía del sueño, como si en sueños estuviera y una voz del segundo sueño le susurrara en el primero, como si la angustia de los dioses, la venganza de los dioses, la impotencia de los dioses fuera quebrantada una vez más, como si fueran una vez más y quizá por vez primera buenos y misericordiosos, como si aquel misterioso susurrar sin palabras procediera inmediatamente del miedo de los dioses, otra vez quebrantado, ante el horror, y le infundiera ánimo, ánimo para la extinción, ánimo para la pequeñez, ánimo para el abandono, ánimo para la entrega a la contrición, en esta susurrante ausencia de palabras, que era como lenguaje fuera del lenguaje, era perceptible todavía una condensación de sentido aún más

estrecha, palabra sin palabra desde un sueño aún más alejado que aquel segundo, un murmurar aún más quedo, más urgente aún, inasible y sin embargo convocando a la acción, deslizándose y perdiéndose en un eco, y sin embargo orden la más tajante, todavía durísima ordenando indeclinablemente que todo lo que había servido a la pseudo-vida y la había constituido, debía desaparecer de tal forma que nunca hubiese existido, perdiéndose en lo no-ocurrido, caído en la nada, separado de todo recuerdo, separado de todo conocimiento, sojuzgado todo lo que había sido en lo humano y en lo real; oh, era la orden de aniquilar todo lo hecho, de quemar todo lo que había escrito y versificado; oh, todos sus escritos debían ser quemados, todos y también la *Eneida*; así lo oyó en lo inaudible, pero antes de que saliera del conjuro con que miraba fijamente a la cornisa del edificio, a la hilera de pseudo-pájaros allí acurrucados sin movimiento, como una ola imperceptible corrió sobre el plumaje descolorido, fluyendo y soplando etérea, una y otra más y de repente, como en una espuma de silencio, la bandada había volado, como levantada sin volar y pulverizada en lo invisible, de modo que por un instante se tornó visible la conocida guirnalda del techo, si bien sólo en ese único instante, porque al siguiente se derrumbó el edificio, no menos silenciosamente que el aleteo de los fugitivos, no menos transformado etéreamente en lo invisible, pulverizado en la noche absorbente. Y al darse cuenta de esto, comenzó a transformarse también el silencio y se transformó en quietud: lo inmóvil se tomó reposo, el viaje sin movimiento de su propio traslado llegó a la tranquilidad terrena, los espectros —los vegetales como los animales y al final también una sola diablesa de cabellos de fuego, pálido cuerpo transparente y ondeante cabellera—, dejando de acompañarle, se deslizaron a su lado, hacia donde se hallaba hundida la sepultura, se hundieron tras ella, uno después de otro, tragados por el cráter de sombras oscuramente vacío, y aunque éste le acabara de devolver igual a un ojo amenazador, su mismo ojo horrendamente reflejado, última amenaza de la horrenda vaciedad, también ésta después que en ella se hubo disuelto la última de las Arpías, cayó igualmente en disolución; la fuerza absorbente se tomó paz que todo lo acoge, se tomó profundidad, se tomó ojo de la noche terrena, ojo del sueño, pesado y grande por las lágrimas del éter —descansando sobre él su gris y negro terciopelo, envolviéndolo sin peso, libre del sueño en el sueño, abierta al retorno, la noche de nuevo abierta— y en la más profunda profundidad de su mirada centelleaba de nuevo la pequeña punta amarilla de la llama del candil, guiñando encogida —oh, una estrella de aquí—, alumbrando en el aposento nocturnamente tranquilo, ya sin luna, que en renovada suavidad y disposición al sueño, apenas reconocible ya el friso, oscurecidas las paredes, ya sólo encerraba muebles caseros terrenamente familiares, como si nunca hubiera sido de otro modo; era vuelta, pero no retorno, era familiaridad, pero sin recuerdo, era un suave revivir y sin embargo, tal vez aún más suave; un apagarse, era liberación y encarcelamiento, indescriptiblemente fundidos en ese extinguirse todo suave, que la aceptación hacía maravilloso. Quedamente manaba la fuente en la pared; la oscuridad adquirió una queda humedad, y aunque ya en ningún otro lugar se moviera nada, desenmudeció lo mudo, se movió lo rígido, más blando y vivo se tornó de nuevo el tiempo, libre de la crudeza de la luna en la muerte aparente, y de nuevo se abrió al movimiento, así que también él, saliendo de la rigidez, pudo volver a levantarse lentamente, aun cuando con extrema fatiga; apoyadas las palmas de las manos con los dedos abiertos en el colchón, adelantando un poco la cabeza ardiendo de fiebre, algo hundida entre los hombros levantados y temblando un poco por el esfuerzo, escuchó en la calma, y su escucha se dirigió tanto a la devuelta suavidad de la corriente vital, que ninguna fiebre podía anular, como a la voz del sueño apenas a flote, apenas atrapada, ya apenas asible, a aquella murmurante orden del sueño, que le había impuesto la destrucción de sus escritos, y que ahora quería oír verdaderamente, que debía oír, para poder estar más seguro de la salvación: irrealizable era el oculto mandamiento, por más que deseara oírlo y obedecerlo, irrealizable seguía siendo, hasta que no se hallara la palabra para el susurrante mutismo, y en lo indeterminable que murmuraba alrededor de él misteriosamente grande, flotaba imperioso el mandamiento de volver a hallar la palabra; alrededor de él seguían alzándose las paredes del silencio, pero ahora no eran ya amenaza; oh, perduraba aún el terror, pero era terror sin miedo, era tranquilidad en el terror; oh, seguían confundiéndose los límites más externos y los más internos, pero él sentía que su escucha los disolvía y los vinculaba, cierto no al orden anterior de conocimiento, cierto no al orden humano, al orden animal, al orden de las cosas, ni al orden de los

mundos, en el que una vez se había movido, y que ya no existía, extinguido con su extinguida memoria, ni volvería a existir; y apenas era también la unidad de la belleza lo que estaba surgiendo: no la unidad de la deslumbrante belleza de los mundos, no, tampoco era ella, pero sí la de un sonante fluir en lo impresentible, trayendo la noche, llevando la noche; era la del recuerdo sin memoria de un detenerse, en que culmina lo inculminable, ligado a la última soledad primigenia de la nostalgia de la creación en lo inefablemente inalcanzable, en una memoria insospechablemente nueva de pureza y pudor muy grandes; y lo que percibía su escucha, estaba contenido en las mareas nostálgicas, procedía de la extrema tiniebla y resonaba a la vez en su oído más íntimo, en su corazón más íntimo, en su alma más íntima, sin palabras en él, sin palabras alrededor de él, redoblada la imperiosa y abrumadora potencia calma y grande del susurrante fundamento primigenio, sosteniéndole y llenándole, cuanto más profundamente lo atisbaba; sólo que muy pronto no hubo ya ni susurro ni murmullo, sino más bien un monstruoso retumbar, si bien traído a través de tantas capas de la vivencia y yano-vivencia y aún-no-vivencia, a través de tantas capas del recuerdo y del no-recuerdo, a través de tantas capas de tiniebla, que ni siquiera alcanzaba la fuerza de un murmullo; no, no era un murmullo, no; era el resultado de voces infinitas, más aún, el resultado de todos los rebaños de voces, resonando de todos los espacios y los no-espacios del tiempo, cantante y férrea de protección y ocultación, tremenda de pura bondad, consoladora de tanto llanto, inalcanzable de nostalgia, implacable, irrefutable, inmutable a pesar de la gran distancia, cada vez más imperiosa, cada vez más seductor su canto, cuanto más se humillaba su yo, cuanto más cesaba en su resistencia, cuanto más se abría al sonido, cuanto más desesperaba de poder verdaderamente abarcar la grandeza de las voces, cuanto más crecía la conciencia de su propia indignidad; así obligado por la férrea superioridad, obligado por su suavidad, obligado a la sumisión y al deseo de sumisión, obligado a la angustia por la obra que debía serle arrancada, obligado a desear la sentencia que se le impondría, obligado a la angustia como a la esperanza, obligado a la extinción y a la extinción de sí mismo por amor de la vida, encarcelado y liberado en la grandeza de su pequeñez, consciente-inconsciente bajo el poder de la totalidad de las voces informemente ansiada, podía al fin atrapar lo sabido hacía mucho, lo sufrido hacía mucho, lo percibido hacía mucho, y se desprendió de él como una expresión minúscula, insuficiente, jamás a la altura de lo inexpresable, con su grandeza de Eones, se le escapó en un aliento, en un suspiro, en un grito: —¡Quemar la *Eneida*!

¿Se habían formado palabras en su boca? Apenas lo sabía; no lo sabía y sin embargo no se sorprendió cuando le llegó un eco, casi una respuesta:

—¿Has llamado?— Así resonó delicada y familiarmente, casi con acento patrio, desde ningún lugar, infinitamente cerca o infinitamente lejos. El sonido flotó en lo indistinguible, si bien no en lo infinito, no en el anhelado espacio de la totalidad de las voces; hasta por un instante creyó que era Plocia, creyó oír cernirse la oscuridad de su voz, como si la hubiera podido esperar en la noche nuevamente purificada, nuevamente cubierta de rocío, nuevamente reunida, y aun debiera esperarla, ciertamente, para reconocer ya tal vez con mayor naturalidad aún, en el instante inmediato, que había sido la voz del jovencito, y la intacta naturalidad con la que él aceptó su regreso, le llevó con calma fluir entre las orillas terrenas, realmente despreocupado de la alegría o del desengaño, le llevó a tan leve terrenalidad, que llegó a temer mucho que por una mirada o un giro de cabeza pudiera interrumpirse este fluir; yacía con los ojos cerrados y no se movió. Y no supo tampoco cuánto tiempo pasó. Mas luego, sintió como si se formaran nuevamente palabras en su boca y dijera:

—¿Por qué has vuelto? No te quiero oír más.

De nuevo no supo si había dicho eso en voz alta y tampoco supo si el jovencito se hallaba realmente en la habitación y si era de esperar una respuesta o no; era una espera flotante, casi como si en algún lugar se templara una lira, antes de comenzar la canción, y de nuevo sonó muy cerca, normalmente cerca y sin embargo muy lejos, casi como si llegara del mar, traído por el soplo de la luna y centelleando muy quedamente:

—No me echas.

—Sí —repuso él—, me atajas el camino, quiero oír la otra voz; tú eres sólo una voz aparente, tengo que hallar la otra.

—Yo era tu camino, yo soy tu camino —dijo la respuesta—, soy la resonancia que te pertenece, desde el principio y más allá de toda muerte, para siempre.

Esto era como una tentación, estaba lleno de dulce seducción, era sencillez completa y total sueño, una llamada del sueño a mirar otra vez hacia atrás, eco de la tierra de la infancia. Y la queda voz del muchacho, con su lejana cercanía de patria, que alejaba el dolor, continuó:

—Eterno es el eco de tu poesía.

Entonces él dijo:

—No, no quiero oír más el eco de mi voz; aguardo la voz que está fuera de la mía.

—Tú no puedes acallar ya la resonancia de los corazones, su eco está a tu lado, inamovible como tu sombra.

Era tentación y él había recibido la orden de rechazarla:

—Ya no quiero ser yo; quiero desaparecer en la zona más sin sombra de mi corazón y en su más profunda soledad; y allí ha de precederme mi poesía.

No hubo respuesta; desde lo invisible vino algo así como un sueño, largo como un sueño, breve como un sueño, y finalmente oyó:

—La esperanza busca la compañía de una esperanza, y aun la soledad de tu corazón fue la esperanza de tu comienzo.

—Puede ser —admitió—, pero es la esperanza en la voz la que me asistirá en la soledad de mi muerte; si me es negada, me hallaré desvalido, para siempre sin consuelo.

De nuevo pasó un tiempo indeterminado, hasta que llegó la réplica:

—Ya nunca podrás estar solo, nunca, nunca jamás, pues lo que resonó de ti era más grande que tú mismo, es más grande que tu soledad, y ya tampoco puedes aniquilarlo: oh Virgilio, en el canto de tu soledad están todas las voces, están todos los mundos, están a tu lado resonando, y han roto tu soledad para siempre, entrelazados para siempre con todo lo futuro, porque tu voz, Virgilio, fue desde el principio la voz del dios.

Ay, así había sido soñado una vez, antes, en algún momento que yacía en lo carente de pasado, era volver la vista a una previa promesa que él se había hecho una vez a sí mismo y que ahora ya era como una realización, liberando del dolor y henchida de esperanza en su naturalidad, pero no por eso menos engañosa, juguetona esperanza de un muchacho, de un niño, que se desvanece en un engaño de sí mismo. Y sin más preguntó:

—¿Quién eres? ¿cómo te llamas?

—Yo soy Lisantias —fue la respuesta, esta vez inequívocamente más cerca y desde una dirección más exacta, tal vez desde el lugar donde debía hallarse la puerta de entrada.

—¿Lisantias? —repitió él, como si no hubiera comprendido bien y propiamente hubiera esperado oír otro nombre—, Lisantias... —y echado inmóvil, murmurando para sí el nombre, se hallaba sorprendido, pese a la naturalidad del hecho, no sólo por la extraña discordancia del nombre sino también porque había preguntado por el nombre: ¿no había resuelto una vez dejar al pequeño compañero nocturno en el flotante anonimato del que había llegado a él? Y sorprendido, siguió preguntando:

—Pero yo te he echado... ¿Por qué no te has ido?

—Ya me he ido —dijo la respuesta, ahora ya completamente cerca y con la voz infantil familiarmente alegre, un poco aldeana, tras cuya modestia se ocultaba pícaramente una pequeña astucia campesina, preparada ya para la próxima pregunta.

Sin darse cuenta de ello, él entró en su juego:

—Bien, te has ido... sin embargo estás aquí.

—Tú no me has prohibido esperar delante de tu puerta... Y ahora me has llamado.

Era verdad y no del todo verdad; se transparentaba la mentira, aunque sólo una mentira pequeñita e infantil, pero como un eco de las grandes, que habían surcado su propia vida, eco de aquella astuta y más que astuta seudo-verdad, que se atiene a la palabra y nunca se halla a la altura de la realidad real, seudo-verdad, desde siempre ejercida, ay, ya desde niño, cuando comenzara a

soñar con la estafa de la muerte; verdad y mentira, gritos y no-gritos, cercanía y lejanía confluían, como siempre habían confluído; era muy incomprendible que el muchacho hubiera velado detrás de la puerta, mientras al mismo tiempo, como dispuesto desde toda la eternidad, el aura del espanto ocupaba la calle debajo de la ventana mientras aquellos trasgos se bamboleaban por ella; ay, era incomprendible, seguía siendo incomprendible, inconcebible como una simultaneidad que había ocurrido y a pesar de ello perduraba aún, como una segunda realidad sin decurso, sin pasado, sin futuro, y gracias a eso precisamente penetrando en la terrenalidad recién adquirida, casi como una pseudo-realidad bajo falso nombre, sin la ganancia en trascendencia que acompaña a toda pérdida. Y la congoja ante este carácter enigmático del curso del destino, la congoja ante la risotada que allí había resonado haciendo estallar el destino, la congoja ante lo anónimo y ante la compulsión de preguntar por un nombre que una y otra vez ha de mostrarse más casual e incorrecto, oh, la congoja ante el enigma del reconocer, se convirtió en rechazo de la simultaneidad, se volvió fuga de lo que había sido y ocurrido, se tomó fuga hacia la claridad del ahora, a lo corpóreamente inmediato, cuando abrió los ojos; enfrente, en el lienzo de la ventana seguían aún las franjas de la desaparecida luz lunar; paredes de sombra cerraban el espacio, y aunque todavía no pareciera aconsejable perturbar la inmovilidad y volver la cabeza, sin embargo era seguro que allí, ante los sombreados contornos de la puerta —si se dirigía hacia allí una fugaz mirada—, se dibujaría delicada y apenas perceptible la figura del muchacho; todo esto era presente terrenal, cerniéndose extrañamente indeterminado, vuelto extrañamente leve, exento de cualquier simultaneidad, exento de pasado, exento de futuro en el aquí y ahora, anónima terrenalidad sin nombre: hasta aquí le había traído el jovencito... ¿Es que tal vez quería hacerle volver? ¿Por qué se había presentado de nuevo sin ser llamado, sin ser llamado y bajo un nombre raramente extraño? La guía por lo terreno había llegado a su fin, ya no era precisa en lo terrenal sin futuro y, en caso de que aún hubiera una ayuda orientadora, ya no era competencia del muchacho prestársela, pues solamente el grito de auxilio es eficaz, y no puede tampoco ser concedido a quien no puede nombrarlo. Y cuando la figura del jovencito comenzó a separarse de la puerta de sombras, se negó una vez más, como una confirmación:

—No he pedido tu ayuda... Te equivocas, yo no he llamado... —y más despacio agregó—: Lisantias.

Su interlocutor sin dejarse apocar por el rechazo, había entrado en el quieto círculo de luz de la lamparilla de aceite, saliendo de la oscuridad del fondo; al oír pronunciar su nombre, la cara juvenil, oscurecida por el sueño, se abrió en una clara, ingenua y confiada sonrisa:

—¿Ayudarte a ti?... ¿Ayudar al que ayuda?... Tú ayudas, incluso cuando pedías ayuda... pero déjame al menos que te mezcle el vino —y ya estaba manipulando en el aparador. ¿Qué sabía el muchacho sobre ayudar? ¿qué sabía de la incapacidad de ayuda durante toda una vida? ¿qué sabía de la horrenda desilusión del desvalido, incapaz ni siquiera de nombrar la ayuda, de modo que le resulta denegada para siempre? ¿o sabía del perjurio que rehúsa la ayuda y de la expiación del deceso? ¿o quería precisamente incitar a un nuevo giro, que inexorablemente sería la pseudo-inversión, impuesta por el destino, en embriaguez? Fue casi un retorno del horror, y sin hacer caso de su sed febril, negó con gesto súbito y asustado:

—¡Nada de vino, no, no, nada de vino!

De nuevo extraña y en realidad de nuevo sorprendente fue la contestación del muchacho; cierto, que momentáneamente afectado por el rechazo, había dejado caer el cántaro de la mezcla, pero en seguida volvió a tomarlo y, sopesándolo entre las manos, opinó con gesto contento y tranquilo, extrañamente tranquilizador:

—Para la libación del sacrificio queda aún más que suficiente.

¡Oh, para el sacrificio! ¡Ahora lo había dicho! ¡Sí, se trataba del sacrificio, el sacrificio era lo que importaba! Se trataba del restablecimiento de la unidad del sacrificio, del restablecimiento del simbolismo, en el cual se refleja la unidad, se trataba de volver a superar la embriaguez del sacrificio, la embriaguez de la sangre, la embriaguez del vino; se trataba del sacrificio de los mundos descendiendo por sí mismos, del deceso creador de lo sido y creado, en que él, sacrificante a la vez que ofrenda, padre a la vez que hijo, hombre a la vez que obra, ha de convertirse, él mismo,

en oración, de vuelta a la perfecta vigilancia del padre y a la perfecta pequeñez del hijo, ayudando de tanta necesidad de ayuda, envuelto en sombras y él mismo entretejido con la sombra en perfecta disolución, para que en la terrena conjunción del círculo de las imágenes, para que en el último hervor del profundo de la oscuridad, subiendo duplicada en la criatura animal y vegetal, la sangre reflejada en el vino, el vino en la sangre, lo insospechable, lejano de Eones, se liberara de lo visible como un eco resonante de luz: se trataba de volver el sacrificio a su primera pureza, y si él, a quien le había sido impuesto, intentara realizar la casta acción aquí, en la habitación apestanda por las Furias, si, más aún, él, apenas escapado al horror, tocara aquí una sola gota de vino, ésta se transformaría de nuevo horrendamente en sangre aún más horrenda, el sacrificio seguiría siendo impuro y la aniquilación de la obra no sería más que la quema sin sentido ni importancia de un manuscrito; no, el lugar del sacrificio debía ser casto, casta la ofrenda, casto el sacrificante, castidad circundada de castidad y libación de claro vino, sacrificio de ola marina bajo los rayos del oriente, temblor de nácar la concha del cielo alboreado, así debía acontecer a la orilla del mar, consumida la poesía en el temblor de la llama... Y sin embargo ¿no era este propósito un infame revivir de aquel pulido juego de la belleza con palabras y hechos, que fatalmente había determinado el perjurio de la vida? ¿no era precisamente la disposición de orilla del mar y alborada y llama de sacrificio ese juego sonámbulo, en cuya impudicia, grávida de sangre y asesinato, se mueve el mundo en cuanto se entrega a la belleza? ¿no era la rigidez asesina del pseudo-sacrificio lo que resurgía de nuevo, ordenado por los dioses, impuesto a ellos mismos, inexorable pseudo-vida en poetizada pseudo-realidad, inexorable interregno pseudo-real de la poesía? No y más no; tenía que ser en seguida, sin rúbricas sacrificiales, sin derramamiento de vino, sin ritos de belleza; no tenía un instante que perder, por nada del mundo podía esperar a la salida del sol; no, tenía que hacerlo ahora, y con un desesperado esfuerzo se irguió: quería salir en seguida al aire libre, a algún lugar donde ardiera un fuego, quería llevar allí el peso de los rollos del manuscrito; tal vez el muchacho le ayudaría a ello, y en algún lugar en la noche estrellada debían convertirse en ceniza las palabras del poema; el sol ya no debía ver la *Eneida*. Esta era su misión. Fijó los ojos sobre el cofre del manuscrito... Pero ¿qué había ocurrido con el cofre? cual si de repente se hubiera retirado lejísimos, se había vuelto diminutamente pequeño, un cofre de enanos perdido entre enseres diminutos, y aunque el objeto siguiera en el mismo sitio de antes, no se podía llegar a él, estaba fuera de su alcance. Y además el muchacho se hallaba allí, en medio, en todo su tamaño entre la reducción general, en sus manos la copa colmada. Y ahora dijo:

—Bebe un sorbo, tómalo solamente como poción para dormir.

Lo decía con toda la ferviente solicitud que puede tener un hijo de pronto crecido a la plena responsabilidad para con su padre, aunque también un poco infantil, conmovedoramente infantil, porque la voluntad y la capacidad de responsabilidad no coincidían y por eso provocaban una leve presunción, directamente divertida con su menosprecio: ¿una poción para dormir le era ofrecida, como si no se tratara de vencer una vez más la angustia del despertar, la del dios como la del hombre, como si ahora lo más necesario y lo más urgente no fuera la vigilia, para asumir una vez más la creación! ¿O es que el menosprecio, por ejemplo, estaba plenamente justificado? ¿es que el diminuto encogerse de la *Eneida*, es que el encogerse de todo alrededor, dejando intacta la figura del muchacho, no era un signo de su derecho a sentirse superior? ¿no era su menosprecio el signo de un menosprecio superior, procedente del más allá, indicando que el sacrificio no podía en absoluto ser aceptado? ¿que una vez por todas había sido declarado indigno de llegar al oficio sacerdotalmente paterno del sacrificante? ¿debía, pues, seguir encerrado en su sueño, prohibido el descenso, prohibido el retorno, atrancada la puerta de marfil y aún más la córnea puerta? ¡Y sin embargo! ¡sin embargo aún había esperanza, oh, pese a todo, él, el extraviado, podía aún ser conducido a esa casta gracia! Ciertamente, pese a todo el sufrimiento, la depravación no había sido expiada; pero la antesala de la pseudo-muerte le había soltado, y tal vez el muchacho, ahora crecido, debía convertirse en el verdadero guía, ¡tal vez era ese verdadero guía que debía a él, el desfallecido y débil, llevarle a través de la puerta de la gracia. Oh, el muchacho alzó la copa como un vaso de luminosos rayos y hacia ella extendió la mano. Pero antes incluso que pudiera agarrar ese resplandor, se habían desvanecido las dimensiones de la figura juvenil; o bien todo lo

empequeñecido alrededor había recuperado sus anteriores dimensiones o bien —no era fácil decidirlo— era el muchacho quien se había reducido a un enano: ¿es que realmente la figura del muchacho no podía crecer? ¿le amenazaba realmente la condición de enano? Se había quedado sin ayuda y sin guía y solo, para que él sólo cargara hasta el fin con la responsabilidad y no pudiera aceptar la bebida:

—¿Una poción para dormir? No..., ya he dormido bastante, demasiado, es hora de salir, ha llegado la hora de levantarse...

Fatigoso y terrenal volvía a ser el momento; el muchacho no quería crecer de nuevo, no quería prestarle ayuda, no quería sostenerle, ni para salir, ni para el sacrificio, cuanto menos para algo más... ¡oh desengaño, oh angustia, oh petición de ayuda! Mas sólo pudo llegar a una nueva caída sobre la almohada, a un murmullo cansado y desengañado, privado de aliento, sin voz:

—Basta de sueño...

Pero entonces vino, como una ayuda, por tercera vez una sorprendente contestación:

—Nadie ha velado tanto como tú, padre mío; descansa ahora. Mereces el descanso, padre mío; oh, no veles más.

Quedamente se cerraron los ojos bajo la invocación de padre, que era como un don, como un premio por la disolución, premio de gracia para una vigilia que, alcanzada la validez, desde ahora mismo, desde que su disponibilidad se había transformado en disposición sin reservas a la destrucción y el vigilante servicio a lo pasado y a lo futuro se había convertido en el antisuceso de una libre humildad, en dejar ser al presente: era el premio de gracia por un continuado recomenzar, el premio de gracia que, infinito como la expiación, se encuentra antes de todo nacimiento y más allá de toda obra. Y es que sacrificio y gracia son una misma cosa, no se siguen uno a otro, sino que nacen el uno del otro, y sólo es digno de ser llamado padre quien ha recibido la gracia de descender al abismo de las sombras, para que él, llevado él mismo al sacrificio, reciba la consagración sacerdotal de su oficio de sacrificante, para ser incorporado en la serie sublimemente infinita de los padres, que lleva a la sublime inaccesibilidad del comienzo, y aquí recibe sin cesar del primer antepasado, en su trono rodeado de sombras, más poderoso que el deceso, la fuerza de un infinito comenzar de nuevo, la bendición del ser humano para siempre, impartiendo bendición el gran antepasado, el fundador de ciudades antes de la paralización, el dador de nombres el que erigió la ley, dispensado de todo principio y todo fin, dispensado del nacimiento, eternamente dispensado del decurso. ¿Estaba él realmente elegido para comparecer ante la noble mirada? ¿podía un niño, podía este niño quitar realmente los cerrojos de la puerta? Como si fuera una misma cosa, la duda de sí mismo estaba extrañamente ligada a la llamada del muchacho, era una duda extrañamente desligada del tiempo, y pregunta era la mirada con la que indagaba nuevamente los rasgos del joven, y pregunta era, cuando respondiendo al suplicante gesto, se hizo alcanzar la copa y bebió:

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo, cuando hubo acabado, y la insistencia con que brotó y fue pronunciada la pregunta, le asombró también de nuevo: —¿Quién eres? Te conozco de antes..., hace mucho...

—Dame el nombre que tú sabes —fue la respuesta.

Sorprendido, reflexionó y sólo sabía que el muchacho se había nombrado él mismo como Lisantias, sí, esto es lo que sabía justamente, y se hizo oscuro; oscureció y oscureció, no encontraba ya el nombre, no encontraba ningún nombre, ni siquiera aquel con el que le había llamado su madre. Y sin embargo era como si la madre le acabara de llamar, como si le estuviera llamando arcano evanescente, como si le dijera que estaba entrando en un anonimato, cuya patria era lo maternal y más allá de todo lo maternal. Ay, el hijo no tiene nombre para la madre, que siempre se esfuerza por protegerle del nombre, no sólo del falso, del nombre casual, portador de desgracia, sino también, y tal vez aún más, del verdadero, conservado libre del azar en la infinita serie de los antepasados, pues este nombre —fundado solamente por quien, sin nombre él mismo, descendió para ser ungido con el sacerdocio paterno en la esfera donde toda esencia tiene sus raíces— está incluido en el sacrificio e incluye en sí el sacrificio: mas la madre, ligada al sacrificio creacional del nacimiento que ella es, retrocede asustada ante el sacrificio del renacimiento, lo teme para el hijo que ha procreado, teme la repetida creación, teme lo indomado, lo indomable, lo inalcanzable, lo que puede ser sentido en

la claridad inaccesiblemente abismal de la verdad de un nombre, teme el renacimiento en el nombre como algo impúdico, y prefiere saber al hijo en el anónimo. Anónimo se torna el ser, anónimo se torna donde llama la madre, y sacudido todo él por el temblor ante la falta de nombre de ese pre-despertar, tomando aliento en el anónimo cobijo, replicó:

—No sé ningún nombre.

—Padre mío, los sabes todos, has dado su nombre a las cosas; están en tu poema.

¡Nombres y nombres, los nombres de los humanos, los nombres de los campos, los nombres de los paisajes, de las ciudades y de todo lo creado, nombres de patria, nombres de consuelo en la aflicción, los nombres de las cosas, creados con las cosas, creados ante los dioses, esos nombres que constantemente resurgen con la santidad de la palabra, constantemente hallados de nuevo por quien vela verdaderamente, el despertador y fundador divino! Nunca jamás puede aspirar el poeta a tal dignidad, más aún, incluso si fuera la última, la más propia misión de la poesía la de dar nombres a las cosas, incluso si al llegar sus momentos supremos, el máximo instante, hubiera logrado echar una mirada a lo nunca yerto del lenguaje, en cuya luz abisal se cierne intacta y púdica la palabra de las cosas, la pureza de los nombres sobre el fondo del mundo de las cosas, incluso entonces, podría, sí, la poesía, duplicar la creación en la palabra; en cambio no podría reunificar lo duplicado, no puede, porque la seudo inversión, el presentimiento, la belleza, todo esto que la define como poesía y la convierte poesía, ocurre exclusivamente en la duplicación del mundo; mundo del idioma y mundo de las cosas siguen separados, doble la patria de la palabra, doble la patria del hombre, doble el abismo de la esencialidad, pero doble también la castidad del ser y con ello duplicado en impudicia, que impregna como un renacimiento sin nacimiento todo presentimiento lo mismo que toda belleza y lleva en sí el germen del estallido de los mundos, la impudicia primigenia del ser, temida por la madre; impúdico es el manto de la poesía y nunca jamás se transforma la poesía en fundación, nunca jamás despierta la poesía de su juego de presentimientos, nunca jamás se torna oración la poesía, oración de la verdad con validez de sacrificio, tan profundamente insertada en el genuino nombre de las cosas, que para el orante, encerrado por la palabra del sacrificio, vuelve a cerrarse la duplicación del mundo, que para él y sólo para él cosa y palabra logran nuevamente la unidad... Oh castidad de la oración, inasequible para la poesía y sin embargo, oh, sin embargo accesible a ella, en tanto en cuanto ella misma es sacrificada, superada y aniquilada. Y una vez más se le escapó en un suspiro, en un grito:

—¡Quemar la *Eneida*!

—¡Padre mío!

Con toda razón entendió el profundo espanto que sonaba en el grito, como rechazo de su propósito; malhumorado repuso:

—No me llames padre; el Augusto vela, vela sobre Roma; llámale padre a él, no a mí... no a mí... El poeta no pertenece a los que velan.

—Tú eres Roma.

—Eso lo sueña cualquier niño, tal vez también yo lo he soñado así..., pero no he hecho más que usar los nombres, los nombres romanos.

El muchacho calló; pero luego hizo algo inesperado: con la habilidad un poco torpe de un joven campesino trepó a un brazo del candelabro como si fuera el ramaje de un olmo, quitó uno de los cabos apagados y lo encendió en la llamita de la lámpara de aceite... ¿Qué era lo que pretendía? Pues bien, antes de que hubiera respuesta alguna, el joven había fijado el cabo con la cera goteante sobre un plato y ya se estaba arrodillando delante del cofre:

—¿Quieres el poema? Te lo alcanzaré...

¿No era el niño Virgilio el que estaba allí arrodillado? ¿o su hermanito Flaco? Tantas veces habían estado arrodillados juntos en el suelo, a veces en el jardín debajo del olmo, a veces ante una caja de juguetes... ¿Quién era el muchacho? Violentamente golpearon las correas del cofre al ser retiradas, la tapa de cuero se abrió con un leve y blando sonido neumático; un hálito de papel y olor a cuero, una nubecilla de viejo rumor de escritura raspando suavemente, salió con pálido recuerdo a hogar del cajón abierto, en cuyo interior, limpiamente ordenados, se hicieron visibles los extremos de los rollos del manuscrito, rollo con rollo, canto a canto, el aspecto familiar de la obra, seductor y

tranquilizador. Cautamente sacó el jovencito algunas piezas y las puso sobre el lecho:

—Léelas —rogó y empujó el plato con la vela más cerca, para brindarle mejor luz. ¿No estaba pues en la casa paterna? ¿no era pues el hermanito? ¿por qué entonces no vivía ya la madre, si Flaco vivía? ¿por qué el agravio le había hecho seguir al pequeño en la muerte? ¿no era la misma vela, la que había alumbrado entonces sobre la mesa la habitación oscurecida, mientras afuera se tendían las suaves campiñas de Mantua orladas por los Alpes y la lenta lluvia otoñal caía gris en la oscuridad del atardecer? Tenía que leer... ¡ay, leer! ¿Era aún posible? sobre todo, ¿es que aún se hallaba en condiciones de hacerlo? ¿había aprendido nunca a leer o siquiera a deletrear? Vacilante, casi angustiado, abrió uno de los rollos, vacilante, casi angustiado, alisó el extremo enrollado, tímidamente palpó el papel, más tímidamente aún los rasgos ya secos de la escritura, y con todo el cuidado que se guarda ante una ofrenda intocable, dejó deslizarse los dedos por encima; pero fue casi con mala conciencia, porque era como un reencuentro, un pequeño reencuentro con el oficio y el antiguo placer del oficio, pero además un gran reencuentro, ya inconfesable, que retrocedía más allá de todo recuerdo y de todo olvido a donde ya no había ni aprendizaje ni ejecución, sino sólo proyectos, esperanza y deseo; no era su ojo el que leía, sólo las yemas de sus dedos leían, leían sin letras, sin palabras un lenguaje sin palabras, leían la muda poesía tras la poesía de palabras, y lo que leía no constaba ya de líneas, sino que era espacio infinitamente monstruoso de infinitas direcciones, donde las proposiciones no se seguían una a otra, sino se superponían en infinito cruzamiento y ya no eran proposiciones sino catedrales de lo inexpresable, la catedral de la vida, la catedral de la creación del mundo, proyectada en la presciencia: se encontraba leyendo lo inexpresable, paisaje inexpresable y acontecer inexpresable, mundo descreaturizado del destino, donde se halla incorporado como un azar el mundo de la creación, y allí donde este mundo creado, al que había querido imitar, que había debido imitar, se mostraba ahora y desarrollaba su expresión, en todos los puntos en que las ondas de la oración y los círculos de la proposición se entrecruzaban, allí, se mostraba la discordia y el sacrificio de sangre exigiendo la guerra, se mostraba la muerta, helada guerra, hecha por hombres que eran cadáveres, se mostraba la discordia de los dioses en lo desdivinizado, se mostraba en lo anónimo el asesinato anónimo, ejecutado por fantasmas que son meros nombres, ejecutado por encargo del destino, que tiene hechizados a los dioses, ejecutado en el lenguaje, por encargo del más infinito lenguaje, en cuya inexpresabilidad sojuzgadora de los dioses se inicia y se resuelve eternamente el destino. Se estremeció. Y aunque no había leído con los ojos, desvió la mirada de la hoja como alguien que no quiere seguir leyendo:

—Aniquilar el idioma, aniquilar los nombres, para que haya gracia de nuevo —murmuraron sus labios—; así lo ha querido la madre..., libre del destino la gracia sin lenguaje...

—Los dioses te donaron los nombres y tú se los has devuelto... Lee el poema, lee los nombres, léelos...

La premura de la repetida imitación le hizo casi reír; sí, le divertía que el muchacho no comprendiera lo que había querido decir y tal vez ni siquiera pudiera concebir de qué se trataba:

—¿Leer? ¿también esto forma parte de la poción para dormir, pequeño escanciador?... No, no tenemos tiempo; vámonos, ven y ayúdame...

Pero el muchacho —y también esto era extrañamente acertado— no hizo ningún gesto para ayudarlo, y, al no hacerlo, resultó al mismo tiempo muy claro que carecía en absoluto del derecho de hacerlo; aunque el tiempo se detuviera, aunque el círculo se cerrara y el llamear se tornara una sola cosa con el apagarse, aunque la sumisión del hijo bajo la protección materna no pudiera distinguirse de la sumisión en la humildad, aunque todo lo terminado quedara para siempre en proyecto, incluso aunque nunca, oh, nunca, hubiera aprendido a hablar, la guía y la ayuda no alcanzan más allá de la primera vuelta del círculo; la voz del muchacho se había convertido en eco, que, cierto, aún sigue contestando, pero, simple eco, ya no comprende nada, pre-eco que procede de un pre-despertar y la voz era espejo que anticipaba con su brillo la extinción definitivamente grande, esperada, era pre-anunciación de una voz que será la palabra en lo sin palabra, unido en lo inexpresable, lo aún-nodicho con lo ya-no-dicho, que alumbra en el abismo de todos los espacios del idioma. El lenguaje no podía ser aprendido, no podía ser leído, no podía ser escuchado.

—Quita los rollos —ordenó, y esta vez el muchacho obedeció, aunque no muy dócilmente, más

bien con el despecho de un niño desilusionado y con una pequeña insidia que le hizo colocar los manuscritos sobre la mesa y no en el cofre. También esto era un poco divertido. Y al observar una vez más, como si fuera la última, los rasgos del muchacho, sus claros ojos, ahora ya sombríos, aunque siguieron mirando llenos de esperanza, de improviso el rostro familiar se le volvió extrañamente ajeno, y con suave condescendencia, como para despedirle, dijo una vez más:

—Lisantias.

No hubo impaciencia. Crepitando como una tela de araña, la luz de las velas temblaba sobre la mesa, luz-eco y pre-eco de un retumbar de luz desde el futuro de un más allá que esperaba bajo los astros esperando al sacrificio, esperando la llama de la disolución; pero suave como una sombra murmuraba aquí el fluir de la fuente en la pared. Y a medias inclinado sobre la mesa, medio erguido y así medio leyendo, medio de memoria, primero sin atreverse, luego más fuerte, marcando el compás con el pequeño puño sobre la plancha de la mesa, el muchacho comenzó —¿era una última seducción?— a recitar los versos, los versos de los nombres romanos, y los versos se deslizaron en la noche y en el nocturno susurrar del agua:

Todo en torno atraía el alma y las miradas,
grave el lugar de pasado y preñado de hazañas antiguas. Y así escuchaba Eneas los mitos que se abrían en silencio,

escuchaba al rey Evandro, fundador de la romana ciudadela.

«Faunos y ninfas —decía— tuvieron aquí su morada, aunque también un pueblo de hombres de la selva, hijos de médula arbórea, nutridos al acaso

de los frutos silvestres y la caza

nudosos como robles, raza salvaje, ignara del cultivo y de allegar hacienda, uncir toros al yugo, indómita ella misma. Entre esos salvajes, huyendo,

refugio encontró Saturno, y Lacio llamó su tierra,

que de Zeus airado le escondía, tras perder

cielo y mundos y reino. Y de él, Saturno, recibieron

las leyes aquellos nómadas y acercáronse honestos;

felices holgaron en época dorada, en paz áurea.

En cambio el tiempo no conoció el descanso. Degeneró la vida,

bajos se desataron los placeres, codicia, avidez y guerra,

dieron la saturnia tierra a otros pueblos,

ausonios tomó nombres latinos, luego sicanios;

Albula mismo, el río, perdió su verdadero nombre,

y Tíber llamóse en honor de Tíbris, que rudo y violento

destaca en la fila de nuevos y extraños monarcas.

Pero yo, Evandro, hijo de la ninfa Carmenta,

último de su descendencia, me he visto otra vez como un pobre exilado,

hasta que el hado violento se tomó benigno,

trayéndome implacable de la más lejana orilla

y obligando al desarraigado a asentarse en esta tierra,

como ordenó la Madre, obediente al oráculo de Apolo.»

Así contó Evandro y luego, efusivo con el huésped,

puerta y altar enseñó sacros de Carmenta gloriosa,

que a los Romanos evoca aún hoy ninfa materna,

primer vate de la futura gloria de los hijos de Eneas,

y la gloria del monte Palatino. Llegaron luego

ante el gran bosque que Rómulo fijara como asilo,

más hacia el Lupercal, bajo la sombra de frescas rocas,

así llamado según la usanza arcádica que da al dios Pan el nombre de Liceo;

También le muestra Evandro el sacro bosque llamado Argileto,

porque Argos, su huésped, allí fue asesinado un día.
 Va a la Roca Tarpeya, al futuro Capitolio,
 hoy resplandeciente de oro, entonces erizado de maleza,
 «Siempre un terror respetuoso —dijo— aterró a la plebe
 en este lugar, y con temblor miraban al bosque y a la roca;
 pues en el bosque de frondosa cumbre mora un dios
 entonces ignoto e ignoto aún hoy; a Júpiter mismo
 creían los Arcades ver, con la égida que nubla el cielo
 concitando tormentas. Y más allá ves muros derruidos
 de ciudades y estatuas de héroes ancestrales;
 Jano fundó un castillo, otro Saturno,
 lo dicen sus nombres, Janículo y Saturnia.»
 De esta manera hablando, llegaron por fin
 a la sencilla mansión, mugían las vacadas
 donde hoy se alza el Foro y resplandecen las Carenas.
 «Este umbral —dijo Evandro al entrar— penetró
 Alcides vencedor; esta morada regia le acogió.
 Y tú, mi huésped, tan digno como el dios,
 desprecia la riqueza y mira sin desvío mi pobreza.»
 Dijo y llevó al gran Eneas al interior de la excelsa morada
 al lecho destinado, henchido de follaje
 y cubierto con piel de osa africana.
 Subió en tanto la noche y con oscuras alas abrazó la tierra.

Subió en tanto la noche, la noche sube... La voz que leía se había tornado cada vez más queda, luego desapareció totalmente perdida. ¿Seguían ocurriendo aún los versos?, ¿seguían ocurriendo fuera de la voz? ¿o habían desaparecido también ellos por completo, para no herir un supuesto sueño? Tal vez se había dormido realmente y no había observado siquiera que el jovencito se había alejado: con los ojos cerrados, cual si no fuera lícito cerciorarse en modo alguno, aguardó, un huésped a la escucha como Eneas, esperando que la voz se volviera a elevar; pero la voz quedó callada. Sin embargo los últimos versos siguieron sonando en el oído; siguieron resonando y transformándose más y más, se cambiaron, mejor dicho, se condensaron en algo que era casi una imagen sensible, pero imagen fuera de la verdadera condición de imagen, exactamente como el recuadro de la ventana, con su claridad de luna, se adhería aún como imagen tras los cerrados párpados y sin embargo ya jugaba en forma y luz casi como un sonido; era eco en el oído, reflejo en el ojo, ambos suprasensibles y sensibles, y se entrelazaban en una unidad mutua, que podía concebirse, ya más allá de lo visible y audible, sólo en el sentimiento y en la cual, extrañamente pertinentes, acompañando también extrañamente a la unidad, confluían la voz y la sonrisa del muchacho, como para ser conservadas eternamente. ¿Quería retomar Saturno los nombres por él prestados? El paisaje de los versos, el paisaje de la tierra, el paisaje del alma perdieron sus nombres, y cuanto más, pegado con los ojos cerrados a la saturnia llanura, trataba de sentir y perseguir esta aparición insensible, cuanto más la sentía y la palpaba, incluso cuanto más anhelaba que volviera a la plena realidad, cuanto más deseaba el retorno del joven lector, tanto más deseaba al mismo tiempo que todo esto desapareciera, pues toda la seducción apaciguadora que había partido del joven, no sólo le había aprisionado, no sólo le había sonado como preanuncio y pre-eco de lo definitivo, sino además le había cerrado el camino a la voz definitiva, no sólo no le había abierto la puerta de entrada al arcano, sino además se la había murado. ¿No se ocultaba detrás también aquella voz del todo, de fuerte susurro, de dulce trueno, bondadosamente imperativa, inaccesible en su cercana lejanía, que había oído sin poderla oír? Más profunda que todo lo terreno, sin embargo en él todavía, yace la oculta fosa donde nace la voz, la cripta del comienzo, el espacio-fuente del fin procreador; muy por debajo de todo lo visible y lo audible se halla el lugar donde se congregan las voces, que todas las contiene, de donde salen y al que vuelven, el lugar donde no es posible

escucharlas, el lugar de sus inacechables enlaces y consonancias, su armonía total y por eso también él mismo voz, la más poderosa y única, la que incluye en sí misma a todas las otras, a todas, pero no a sí misma. Abarcando todo lo que es vida y sin embargo fuera de toda vida concreta... ¿Era ésta la voz de la muerte? ¿lo era ya? ¿lo era o era lo oculto aún más grande que ella? Escuchó en dirección a lo inescuchable, escuchó con todas sus fuerzas y toda la intimidad de que fuera capaz su voluntad, pero sobre los mares del silencio, sobre los velados paisajes del sonido primigenio, disipado en el comienzo y en el fin originarios, bajo el callado cielo sonoro del primer conocimiento, ondeaba solamente un hálito que se perdía, encerrado por el olvido, encerrando el olvido, el más fino rocío, llegado desde las praderas indefinidamente sonoras de la transparencia, desde sus campos mudamente sonoros, imagen de la voz del muchacho, sola aun presente, sola aun reveladora, pero ocultándose ya de nuevo, un eco terreno, ya ni palabra ni verso, ni color y falta de color, ni transparencia, ya sólo una sonrisa, la imagen del pasado, la imagen de una sonrisa. ¿Nombres? ¿Versos? ¿Era un poema, había sido la *Eneida*? Ya desapareciendo, resplandeció una vez más el nombre —¿Eneas?—, cual si se hallara contenida en él la intuición del mandamiento grande y bondadoso perdido para siempre, estuviera contenida en él; pero ya no pudo encontrar nada: todo lo vivido, todo lo creado, el enorme flujo de la existencia con todos sus contenidos, todo esto desapareció, se había borrado; ni años ni días ni tiempo alguno hallaba la memoria en su pesquisa, nada hallaba que le fuera conocido; escuchó en su recuerdo y su escucha le devolvía sólo un vidrioso caos, que, aún terreno, se había liberado ya del tiempo de la tierra, liberado del recuerdo terreno, un caos de formas de vidrioso y febril canto, brotado de lo intemporal, extendido por lo intemporal: y cuanto más perseguía su memoria a la *Eneida*, tanto más rápidamente y sin rastros se disolvía, canto a canto, en el sonoro tejido del resplandor: ¿era el regreso al origen de la poesía? Se disipaba lo capaz por su materia de recuerdo; lo que siempre había sido cantado por la poesía, periplo y orilla del sol, guerra y fragor de armas, suerte de los dioses y edades de las órbitas astrales, esto y mucho más aún escrito y sin escribir, cayó, quedó borrado; el poema lo había tirado como un vestido inútil y volvía a la desnudez sin velos de su pre-nacer, a la sonora invisibilidad de que procede toda poesía, de nuevo acogido por la forma pura, en ella hallándose como un eco de sí mismo, como el alma que canta por sí misma en su limpia casa de cristal. Tirado había sido lo superfluo y sin embargo todo estaba conservado, convertido en algo indisolublemente duradero, cuya pureza no admite ningún olvido y otorga marchamo de eternidad incluso a lo más perecedero. Poema y lenguaje no existían ya; pero su alma común seguía existiendo, tenía consistencia en su cristalino espejo; el alma humana yacía muerta en la más honda desmemoria, pero el lenguaje de su alma vivía y tenía consistencia en la sonora claridad de su forma; alma y lenguaje, separados uno del otro, pero entretejidos y reflejándose el uno al otro..., ¿no recibían esta luz reflejada de aquel arcano abismo que es toda partida y todo retorno? ¿no estaban, cada uno encerrado en sí mismo, incluidos juntos en esa voz de patria que una y otra vez rompe todo límite, porque, al sonar fuera de todo límite, promete la meta, el aliento, la ayuda, el consuelo? ¡Oh voz del entonces en el devenir y el pasar, voz suave de cuna, que una vez sonara, envolviendo y desvelando mundos, voz astral de la noche de cuna, dulce unidad cantada al cantar todo!

—Estoy solo —dijo—, nadie ha muerto por mí, nadie muere conmigo; he esperado la ayuda, he luchado por ella, la he suplicado, y no me ha llegado.

—Aún no, y sin embargo... —repuso, con suavidad de sueño, una voz en su propio pecho, tan suave, que apenas era ya la voz del muchacho, sino más bien la de la noche y de todas las noches, la voz del plateado espacio que es la soledad de la noche, de la bóveda de la noche contemplada infinitas veces y nunca indagada, cuyas paredes había palpado infinitas veces y que ahora se había convertido en voz.

—Aún no, y sin embargo... —clemente y dominadora, seductora e imperativa, brillando en la noche y profundamente oculta, la palabra en su sonido directo y el alma en su sonido directo, la unidad de lenguaje y humanidad; y era como un despedirse del juvenil pasado sin edad de todo lo terrenal, pero también ya salvado de una patria sin fin, porque hasta la piedra se había vuelto transparente y las losas de la tumba hasta el punto de parecer cristal y éter. Así pasaba a través, no, no pasaba, de repente se hallaba en medio de la bóveda del sueño, que no era más que radiante

armonía, se hallaba en la radiante ausencia de suelo, en la radiante ausencia de paredes, en la radiante ausencia de techo, en la bóveda de la radiante transparencia, y mirando en lo invisible, no se veía a sí mismo, se había tornado transparente. Sin haber dado un paso, más aún, sin haber hecho la menor tentativa de iniciar un paso o cualquier otro movimiento, había avanzado, aunque sin atravesar nada; seguía hallándose en el vestíbulo de la realidad que le rodeaba, seguía sin haber abandonado lo terreno, seguía estando en un sueño terreno, y como un sueño en el sueño percibía la ensoñación de lo que le ocurría. Era un sueño al límite del sueño. Y es que, aunque ya nada en la claridad incesantemente en aumento de la radiante transparencia recordara la anterior baraúnda de las cosas, y nada pudiera verse de real ni de humano ni de animal, más aún, aunque no se lograra hallar ya ni su recuerdo, anegado por el luminoso sonido del inaudible oleaje del silencio, sin embargo sabía que seguía encontrándose en la maraña sin salida del estrépito de las voces, sólo que las voces, las cosas, las criaturas, que plantas, animal y hombre, todos juntos, se habían transformado en esencialidades absolutamente inaprensibles, en una estructura de claridad en la que aún resplandecían los nombres como estrellas, para desaparecer en seguida: se hallaba en un ámbito en el que sólo conservaban su valor los números, las series, las conexiones de lo terreno, por así decirlo, sólo los conocimientos que procedieran de aquellas configuraciones del ser y de su antigua figura, y era acontecer y conocimiento y vista y expresión en una única percepción luminosa, era inconcebible desnudez de la multiplicidad de la creación, desprovista de su contenido, pero completa, era la totalidad de cualquier acontecer real o posible, individualizada miríadas de veces, pero indistinguible, lo vacío como contenido transformado en mera forma, en una desnudez de forma que ya no era más que claridad cristalina, un centellear impenetrablemente transparente, inexistente en lo existente, sin origen. Era el ámbito de lo infinito a secas. Las sendas de los millones de años se mostraban como haces de rayos infinitamente dispersos, traían lo infinito y llevaban lo finito a la extrema eternidad; lo creado como lo increado tenían el mismo peso, se cruzaban el bien y el mal con igual penetración e igual irradiación, y no tenía salida la vidente ceguera, la oyente sordera del sueño, no tenía salida la bóveda del sueño, las chipas del sueño, que, prescindiendo de toda solución, no dejaban libre ningún posible acceso al bien, sin orillas, sin playas, un solo fluir. Y el plateado palpitar de los rayos del sueño... ¿da en el alma, da en el dios? Oh, por muy terrenal que sea el sueño, está más allá de la humanidad terrena y el hombre que sueña ha perdido su humano nacimiento, su generación humana, se halla sin padre ni madre desde el comienzo primigenio: está en la bóveda pre-materna del puro destino, en la bóveda de la última fatalidad. Nadie ríe en sueños, nadie ríe en lo irremediable, no se puede hacer saltar el sueño. ¡Oh, quién se atrevería a reír, cuando la misma rebeldía ha enmudecido! No había rebeldía posible contra el sueño, sólo cabía implicación y aceptación, implicación en el suceso del sueño. Y entrelazado en la maleza de los rayos, entrelazado en el ramaje interno y externo del sueño, fundido en una sola cosa con cada punto del sueño, con cada rayo cristalino de la transparencia de las miríadas, él mismo transparente, él mismo sin patria y sin raíces, huérfano que sueña con el comienzo primigenio, él mismo suceso y saber en uno, aconteciéndose en el sueño, sabiendo en sí al sueño, sueño él mismo, habló y habló con un pecho que ya no era pecho, habló con una boca que ya no era boca, habló en un hálito que ya no era hálito, pronunció un discurso que ya no era discurso, habló:

—Destino, precedes a todos los dioses,
pre-preparado estabas ante toda creación;
desnudez eres del comienzo originario, sólo fiel
a ti mismo, forma que todo lo penetra, y fría.
Creación y creador en uno,
suceder y saber e interpretación a un tiempo,
tu desnudez al hombre y al dios penetra,
en lo creado imperas.
Y tú lo ordenaste; el dios se liberó
de su propio no-ser y se hizo padre,
llamando los nombres de la luz desde el silencio,

del seno de la madre primigeniamente nocturna,
 llamando lo indistinguible a lo nombrable,
 a la figura lo sin figura.
 Lenguaje se hizo el silencio primigenio, y cantando el primigenio fragor,
 cantan tu palabra las esferas.
 Mas en sueños, oh destino, lo recuperas
 de nuevo, lo callas de nuevo, en la desnudez con que, terrible, ocultas todo al despojarte.
 Y, cual copo de cristal, húndese el dios
 disuelto por los rayos en la vacía bóveda del sueño.

Resplandeciendo inmóvil, la bóveda del sueño percibió las mudas palabras, muda reflejándola,
 las llevó al sin eco de la última luz y fue como si ellas mismas hubieran sido el eco de la radiación.
 Luego siguió diciendo:

—Destino frío de sueño, que embebes de ensueño, tú
 te revelas en él, lo elevas a la grandeza
 del entonces, en que se basa la realidad, lo vuelves
 vaso de la creación, activo por ti, y contigo
 sin tiempo, pues no conoces ni el antes ni el después,
 realidad que tú eres...
 Fluyendo flota tu acontecer, oh forma primigenia, flota
 ramificado y preñado de esencia entre nubes relampagueantes
 de poderosa y muda unidad, entre la noche y la luz
 de la creación por ti impuesta a la creación; mas tú
 te transformas con las sinuosas corrientes
 de tu flotar de una en otra; hacia la luz
 quieres fluir —¿lo logras?—; donde empero
 la multiplicidad de tu fluir se cruza con sentido,
 corriente ajustada a corriente, sólo aquí alcanzas a desplegar tu calma,
 cosa y nombre de la verdad del mundo, entre sí unidos,
 llamados a la unidad, para que te reflejen;
 primigenia forma del ser con la impronta del destino,
 forma primigenia de la verdad.
 La forma del sueño nace de la forma del sueño, cruzada Y desarrollada,
 en el sueño tú eres yo, eres mi conocimiento, conmigo
 has nacido como ángel nonato
 más allá del azar, luminosa figura total
 del ser y el orden del devenir que conoce,
 figura de mí mismo, mi saber.
 Destino, exento de los dioses, que aniquilas a los dioses,
 realidad infinita, sin fin estoy contigo,
 mortal que destruye a los dioses en sueños, porque
 presentándome en ti, bajo tus rasgos dejando de cernirme,
 envuelto en niñez, yo mismo soy el espacio de los dioses.

¿Era el último espacio? ¿era el último descanso? ¿no seguía moviéndose incluso éste? ¿no debía impulsarlo hacia delante? Trató de dar un paso, trató de levantar los brazos, trató de participar en el espacio de rayos que era él mismo, lo intentó con mucha voluntad y gran esfuerzo, y aunque la vidriosa transparencia en que se le había disuelto su propia esencia, no permitía ninguna clase de movimientos, lo logró: corrió por su cuerpo un temblor con lejanía de sueño, oh, fue apenas la intuición de un temblor, oh, apenas una noción de esa intuición, pero al mismo tiempo —de qué otro modo hubiera podido ser— fue como si a la vez temblara la bóveda del sueño, una alternancia del

fluir como si el temblor pasara por los inmóviles caminos en que se deslizaban los rayos, por sus cruces, por sus direcciones y sin-direcciones, por su luminosa expresabilidad e inexpressabilidad, como si fuera una última y primera sacudida, apenas perceptible, pero intuita, aliento de un débil calco, casi sin aliento, pero recuerdo de lo terrenal. Entonces siguió diciendo:

—¡Inexorable! ¿He subido hasta ti o he caído en tu abismo?
 Abismo de la forma,
 abismo del arriba y el abajo, ¡abismo del sueño!
 Nadie puede reír en el sueño, mas tampoco morir; ¿ves? tan enormemente cerca está la risa de la muerte, ¿ves? tan lejos están ambos del destino, que a fuerza de pura forma ninguna muerte aprendió el reír:
 Destino, tu autoengaño.
 Mas yo, mortal, yo, habitado por la muerte, obligado por la muerte a reír, me rebelo y no te creo. Ciego de sueño y conociendo el sueño, sé de tu muerte, sé del límite que te ha sido fijado, límite del sueño, que tú niegas.
 ¿Lo sabes tú mismo? ¿lo quieres tú mismo?
 ¿Se detiene tu acontecer a tu orden? ¿o bien obedece a voluntad aún más fuerte? ¿Está detrás de ti, más grande que tú, más inexorable, más insondable aún, otro destino y más y más destino tras destino, forma vacía tras forma vacía, en fila, nada siempre inalcanzable, muerte procreadora, a la que sólo corresponde ya el acaso?
 Acaso se vuelve toda ley, caída en el abismo, acaso también tú, oh destino, arrastrado por el acaso del fin, desbocado en tu ámbito; de pronto se detiene el crecimiento, y el ramaje del conocimiento, brotado rama a rama, se desintegra de pronto en lenguaje aniquilado, aislado en la cosa, aislado en la palabra, desintegrado el orden, desintegrada la verdad, comunidad y unidad yertas en su aislamiento mutuo, yertas en la maleza del ser aparentemente real.
 Tu producción es imperfecta, toleras el acaso, debes soportar la desventura, la medianía, el engaño e irrealizado tú mismo, ya nunca infinita la yerta forma, destino del destino, mueres bajo la perdición, en cristal todavía, como yo.

No era él quien hablaba, era el sueño; no era él quien pensaba, era el sueño; no era él quien soñaba, soñaba la bóveda del destino radiando en el sueño, soñaba la inalcanzable, la intransitable bóveda de la yerta luz, yerta de perdición, volviendo yerta la perdición, y la bóveda de su alma inalcanzable había confluído inmóvil en las cristalinas cascadas de la luz. Sin aliento la luz, sin aliento el círculo salvador de la perdición, sin aliento el aliento. Y sin aliento siguió hablando el sueño:

—Forma, si bien forma primigenia, mortal para el mortal,

mortal para el dios, pues mueres en irrealidad,
mortal en tu maraña de aparente unidad,
¡insalvable! Aunque lo medio se mienta ser lo entero,
aunque quiera volver a refugiarse en el seno
de la noche primigenia maternalmente ancestral, aunque se proclame
a sí mismo y se pretenda
el todo, la dignidad del padre que convoca,
nada te salva, destino, de revertir en la nada;
ebrio de tu propio destino, giras vacío sobre ti mismo,
y los mundos, fija e incesante su vacía
órbita cargada de belleza, están ebrios de ti,
están ebrios de la muerte.

Sí, creación es más que forma, creación es distinción,
es separación del mal y del bien, oh, sólo la capacidad de distinción
es verdaderamente inmortal.

Tú, que eres sólo forma, ¿has llamado al dios y al hombre
a la verdad, para que encargándose en tu lugar
de distinguir, llenen por siempre la forma del mundo?
¿A esto me has obligado? ¿Para esto me has puesto en la creación?
Eres insuficiente e instrumento del mal,
traes perdición, eres la misma perdición, que sucumbes;
Oh, lo divino está desfallecido, y lo humano
siempre ha sido débil... ambos, tu obra, son azar contigo
en el destino más grande, y el llamado,
ya sólo forma como tú y perdido su nombre, es
inasequible, no se vuelve; ha dejado de oír
toda llamada en el sueño que pasa.

Sí, se sentía invocable; mudez circundaba su propia mudez; nada le hablaba ya y nada podía él
ya decir; nada le llamaba y nada podía él invocar. Pero centelleantemente impenetrable, inmóvil e
imprevisible, se extendía alrededor de él la tonalidad del sueño, centelleando de perdición
subyugadora de los dioses, inexorable, abarcándolo todo, eliminando la creación, complicados
mutuamente el bien y el mal, innumerables los cruces, infinitas las sendas de los rayos, ultraterrena
la luz, pero todavía en lo calculable, todavía finita, todavía terrena, destinada a apagarse... ¿Se iba el
sueño? ¿y con el sueño que se iba, se iba, pues, también el soñador? Nada era recordado y sin
embargo todo era recuerdo, hundido en la luz de la indistinción sacrílegamente llena de perdición,
bella sin sombras, luz del insuperable espacio liminar, hundida con la profundidad del recuerdo en
el juego liminar tornasoladamente inmóvil del destino, cuyo límite, con todo, puede ser traspasado,
debe ser traspasado, en cuanto el juego se haya agotado, sondeado hasta la extrema profundidad de
su multiplicidad, calculadas sus individualizaciones y cruces, vaciada hasta las heces la confusa
unidad del bien y el mal, oh, vaciada hasta las heces la perdición, agotada la forma del destino,
muerta en el muerto recuerdo, que no se acuerda ya ni de sí mismo. Oh recuerdo, oh extinción de la
luz y del canto de las esferas, oh serie infinita de los mundos, circulación de la secuencia del destino
en el extinguirse y reencenderse terrenos, preintento tras pre-intento de la creación, siempre
repetido y obligado a la repetición, hasta que el mal sea expulsado de la luz, separado lo increado
yerto de lo que se crea a sí mismo, para que —finalmente el cielo nuevamente abovedado— lo
definitivo vuelva a ser y alumbre, elevado el rostro humano hasta el límite de las esferas, elevado al
invisible juego de líneas de las estrellas, elevado al rostro fríamente pétreo de las estrellas en el
cielo. Y como si las imágenes estelares del interior y exterior, desaparecidas ante el enorme
esplendor de la radiante mudez, hubieran conservado todavía un resto de aliento, como si ellas, las
inconjurables, poseyeran todavía un resto de la más oscura fuerza luminosa, como si la lira del cielo
y del corazón pudiera resonar una vez más, como si el ente no estuviera cristalizado aún
completamente, su equilibrio aún no totalmente conseguido, como sí la balanza del todo no hubiera

llegado todavía a la quietud completa, de manera que había aún saber, podía haberlo todavía, el saber del cristal sobre sí mismo, el saber del sueño sobre sí mismo, el saber sobre lo futuro y definitivo, sobre lo que siempre ha sido, lo nunca alcanzado, revelado con voz de plata desde el más oculto recuerdo del todo sobre sí mismo, en que descansa el lenguaje cristalino del sueño, el pre-eco de un sonido futuro, así habló en un último silencio:

—¿Cuándo, oh, cuándo?
 ¿Cuándo estuvo la creación libre de formas?
 ¿Cuándo, oh, cuándo, sin destino? Oh, lo estuvo, y
 fue sin sueño, no fue vigilia ni sueño,
 fue sólo un instante, un canto, una voz
 única, una llamada de inconjurable sonrisa...
 Una vez fue el niño;
 una vez fue la creación, una vez será,
 rescatado el milagro del azar.

¿Es que el círculo del cielo quería volver a traslucirse en la bóveda del sueño, la Cruz del Sur en el centro de nocturno centelleo, portado por el radiante escudo? ¿es que volvería a aparecer en el esplendor de la realidad de un acto creador nuevamente creado? Se había anunciado como espera, como espera estaba ya ahí, pero no aparecía todavía. Pues sobre las calladas relucientes voces del sueño se había extendido maravillosamente un silencio aún más profundo, y este silencio se tomó espera; era la espera, silenciosa y maravillosa en sí misma, una espera que rodeaba como una segunda forma, más rica, la forma radial, con su inmóvil brillo, de la desnudez del destino, como una segunda iluminación de la luz, como si la espera fuese ya incremento de riqueza, aunque era de esperar, sí, debía esperarse un enriquecimiento aún mayor, un irradiar aún más fuerte, tal vez hasta una segunda y más fuerte infinitud, para que sobre ella comenzara a irradiar e irradiara de nuevo lo divino, para la eternidad y anulando la perdición. Era un esperar sin dirección, sin dirección como la radiación, y sin embargo se dirigía hacia el que esperaba, se dirigía hacia el que soñaba, era como un requerimiento para que, con un último esfuerzo, con un último esfuerzo creador, se colocara fuera del sueño, fuera del destino, fuera del azar, fuera de la forma, fuera de sí mismo. ¿De dónde procedía esta incitación llena de espera? ¿de qué foraneidad, de qué aporía, totalidad sin dirección ella misma, se había hundido en la totalidad de la bóveda del sueño? Fuerte de ensueño ella misma, no era un grito ni nada que llegara de algún lugar y desde algún lugar le alcanzara; le había colmado de repente, como había colmado el sueño, hundida como resplandor en el resplandor, transparencia en la transparencia; no llamaba al sueño para que volviera a la verdad, ni la dispersión de las direcciones a lo inequívocamente dirigido; no era en absoluto ni retorno, ni pérdida de la creación, ni nuevo estrechamiento, no, aun superando el sueño e incitando a la superación, seguía en el sueño, ordenaba permanecer en el sueño, era un requerimiento a llegar a un nuevo saber en el saber del sueño; estaba allí en recuerdo silenciosamente radiante, nunca vista y sin embargo reconocida, sin embargo comprendida en su mandamiento de soñar. Y él, encerrado en el sueño y encerrando en sí al sueño, entretejida su transparencia con la del sueño, se elevó al inmenso esfuerzo divino requerido, y en una última rotura del límite del sueño, en una última rotura de cualquier imagen y de cualquier expresión, en una última rotura del recuerdo, el sueño creció con él por encima de sí mismo; su pensamiento, tomándose más grande que la forma del pensamiento, accedió al saber de la esfera que es mayor que el destino, mayor que el azar, se convirtió en la segunda infinitud, que encierra a la primera y está contenida en ella, se convirtió en la ley en la que crece el cristal, se convirtió en la ley de la música, expresado en el cristal, expresado en música, pero, sobre todo y más alto que todo esto, expresando la música del cristal; era el segundo recuerdo, recuerdo sin memoria del tiempo del mundo y vivencialidad absoluta, disuelta —encima el espanto del mundo, el espanto de la forma— en segunda forma, era el segundo lenguaje del hombre, predestinado a la eternidad, si bien aún no lo eterno mismo, lo irrecuperable en lo repetido. Y en el cielo abierto de nuevo, combado de nuevo, circulaban de nuevo las estrellas, circulaban en la ley de su ser, en lo

inmutable de su fugacidad, libres del azar como maravilla eternamente presente, como la fresca, inmortal música de la noche, suave, quedamente rozadas por el aliento tiernamente duro de la luna, pasando inmóviles, anegadas sin movimiento por la Vía Láctea, sonoro espacio de plata, encerrado por lo ultra-inconcebible, pero encerrando en sí lo ultra-inconcebible de toda humanidad, el retorno, segundo retorno del sueño...

—¡Oh retorno! ¡Oh retorno de quien ya no necesita ser un huésped! No puede repetirse la sonrisa que antaño nos rodeara, no puede repetirse el sonriente abrazo, la totalidad del ser del despertar y del aún-no-haber-despertado, clareado y aún oscuro, no puede repetirse la dulzura en la que hemos sepultado nuestro rostro para que lo visto no se convierta azar; oh, todo era nuestro, porque todo nos era dado de nuevo, nada era azar para nosotros, nada era perecedero, pues imperecederamente inmóvil era el tiempo de los mundos, oh el tiempo de los mundos, en el que para los mudos ojos del niño no había habido nada mudo y todo había sido nueva creación...

—¡oh retorno, oh música del interior y el exterior! Hundida en nosotros, nos ha quedado como un saber del antaño, hundida en nosotros nos ha elevado a su mayor ser, y nosotros, hundidos en ella, más grandes que nosotros mismos, la hallamos más allá del azar; ¡oh música del interior y el exterior! sólo lo que está oculto en nuestro yo es más grande que nosotros, es inmortal para nosotros y libre del azar, en armonía con la voz de las esferas, pero lo que no llevamos en nosotros, es para nosotros azar y azar permanece, es mortal para nosotros, ya nunca será más grande que nosotros, ya nunca nos encerrará...

—¡oh retorno! todo es encerrado por el niño, todo se le vuelve música, todo inmortal, todo la grandeza de la totalidad, envolviendo siempre con su sonrisa al niño y colmándole de ella, porque, los ojos fijos en sus ojos, el todo pudiera refugiarse en su abrazo; ¡oh, eso no puede repetirse para nosotros, porque todo es irrecuperable en el crecimiento vacío! y aunque crezcamos tanto, tanto, que nuestros brazos se ramifiquen como corrientes, extendido nuestro cuerpo sobre tierras y océanos hasta los límites del mundo, la luna en nuestro cabello, espacio nosotros mismos, nosotros mismos la cúpula estrellada de la noche, la bóveda resplandeciente del sueño, sin fin, sin fin, un solo irradiar, aun así seguimos fuera de nosotros mismos, seguimos expulsados, la noche no nos abraza ni mañana alguna nos abrazará, porque estamos confinados, sin huida ni punto al que poder huir, sin entrega a nosotros mismos, porque nuestros brazos no han atraído nada a nuestro corazón...

—¡oh retorno, retorno a lo ultra-inconcebible, que debe sernos donado, cuando seamos nuevamente capaces de refugiarnos en él; oh lo ultra-inconcebible, que seguimos buscando hasta en el sueño, porque hasta el destino, nuestro destino, nos resulta soñadoramente concebible en el sueño, fugaz el sueño, fugaz el destino, ambos azar, de modo que nosotros, confinados incluso en el sueño, confinados por la fugacidad, confinados por el azar, confinados por la muerte, tratamos sí de escapar al sueño y sin embargo tememos huir, hasta nos espanta, desfalleciendo ante la inaccesibilidad; oh, para nosotros es mortal lo casual, lo que ni encerramos ni nos encierra, en él sólo captamos la muerte; verdaderamente, sólo en el azar se nos desvela la muerte, pero nosotros, que ni nos encerramos a nosotros mismos, ni por nosotros mismos somos encerrados, llevando la muerte en nosotros, sólo somos acompañados por ella y está a nuestro lado como azar...

—¡oh retorno! ¡retorno a lo divino, retorno a lo humano! para nosotros es mortal el prójimo, cuyo destino no hemos asumido, a quien no hemos prestado ayuda, el hombre no amado, a quien no encerramos en nosotros y con ello hemos tornado incapaz de abrazarnos encerrándonos en su ser, oh, para nosotros no es divino, ni divinos somos con él, hasta tal punto azar con el azar, que apenas sabemos si el que aparece ante nosotros como viviente, pasando ante nosotros, tambaleándose ante nosotros y doblando la próxima esquina, criatura del destino como todos, criatura del destino como nosotros, no ha muerto ya hace mucho o ni siquiera ha nacido aún...

—¡oh retorno! ¡oh Plocia!...

—¡oh retorno! retorno que no puede repetirse; mortales somos con lo mortal, mortales somos para nosotros mismos, nosotros que no hemos asumido ningún destino, nosotros que con ello nos hemos convertido a nosotros mismos en azar; nuestro acontecer y ser y conocer está inexorablemente vinculado a la mera forma del destino, mortales somos en medio de la inmortalidad, mortales bajo la música de las estrellas, mortales por la culpa, extraviados en la

maleza de las voces, rodeados por la luz mudamente estruendosa de la indistinción, abocados a la muerte del sueño, abocados a una muerte de creciente crueldad, que nada inmortal encierra ya en sí misma...

¡oh retorno! un descansar y escuchar en la infinita extensión de los campos de Saturno, en el paisaje saturnal del mundo y del alma, en la dorada paz patria de eterna terrenalidad, inaccesible a Jano, aunque sea un doble escuchar, dirigido hacia arriba y hacia abajo, escuchando en las profundidades del cielo y en las profundidades de la tierra los nombres de las cosas elegidos por Saturno, doble descanso doblemente vinculado, inaccesible a la letal crueldad de la discordia y de la guerra, inaccesibles al aniquilamiento, aunque la escucha es al mismo tiempo olvido, olvido de los nombres, olvido en virtud de su familiaridad...

—¡oh retorno! quien puede retornar, vuelve a la creación, vuelve allí donde presume la última norma tras el fluctuante límite del comienzo y del fin, más allá de todo lo concebible y lo inconcebible; escapa a la imposibilidad de distinción, en que lo bueno y lo malo se han tornado yertos en la mera forma de destino; oculta su rostro en lo ultra-inconcebible familiar, de cuya voz suave y severa procede la sentencia del juez imponiéndose al destino y anterior a él, otra vez liberado el ser de la forma y separando en derecha e izquierda...

—¡oh retorno! ¡oh liberación del dolor en el dolor, maravilla de la inmortalidad! oh, podemos tocarlo, podemos, tal vez sólo por la duración de un latido, abierto el corazón al milagro, concebir a la vez para siempre lo inconcebible en un presentimiento, si nuestro destino, encerrando y rodeado, asume lo otro, ahora más grande y más amplio por la entrega, refugiado y sin embargo guardando lo otro, si con el milagro del segundo yo que llevamos a través de los incendios, se nos concede la segunda filiación, transformada y perteneciente al padre, conocimiento, conociendo y conocido, azar tornado milagro, porque ha abarcado todo conocimiento, todo acontecer, todo ser, superación del destino, aún no y sin embargo..., oh maravilla, oh música tan rediviva del interior y el exterior rostro abierto de las esferas, oh amor...

—¡oh retorno! ¡pues amar es distinguir! ¡oh retorno para siempre! ¡pues amor es disposición creadora!...

—: y distinguir era el conocer que así fluía hacia él desde lo visible-invisible, nacido del sueño y sin embargo procreándose a sí mismo, igual al acontecer y sin embargo inmóvil, un conocer sin lenguaje ni palabra, un último esfuerzo del sueño que se despierta a sí mismo y conoce su límite, el constante retorno del sueño al propio nacimiento, encerrado en su oscuridad y sin embargo abarcando la oscuridad con sus grandes rayos. El conocimiento no estaba en él, procedía cristalinamente del invisible cristal de la estructura; era el cristal del sueño. ¿Así conocen los genios, conocen así los ángeles, cuando, mensajeros a la escucha, innatos a la creación, flotando innatos en ella, perciben el mandamiento de los dioses? ¿flotaba él con ellos fuera del límite del sueño, flotaba con ellos en el sueño, flotaba con ellos en el recuerdo? El enorme esfuerzo de hacer saltar el sueño, de hacer saltar el destino no cejaba, no, crecía, se volvió cada vez más acuciante, cada vez más dirigido a su fin, cada vez más dirigido al conocimiento, y cuanto más crecía, tanto más plena se tomó la visibilidad del sueño, tanto más se entretejió su inabarcable irradiar con toda la pasada existencia terrena de un saber recordado y pre-recordado, que, reconocible en su contenido pese a toda su transformación formal, llegaba como un segundo sueño a la bóveda del primero, se plegaba a la bóveda y la enriquecía, aportando imagen tras imagen, desplegando paisaje tras paisaje, presente aquí cual estuviera una vez presente como ser de sueño en la primera infancia, transparente ante la profundidad de la memoria, rodeado de aguas y guirnaldas, extendidas centelleantes por encima capa a capa de estrellas en el cielo no visto, unidas la mudez y música en el cristal, siempre experimentado, nunca recordado, siempre percibido, nunca comprendido. Y allí, entregado al acontecer de la imagen, oyó el corazón del sueño, primeramente quedo, luego otra vez más claro; oyó latir el corazón del sueño. Porque en el recuerdo que subía hasta él, o en el cual se hundía, sin poder distinguir la dirección en la inmovilidad del acontecer, en esta radiación que brotaba y absorbía, en esta indeterminación del encuentro del más inmóvil confundirse todo, se encerraba no menos inmóvil y plástico lo que él siempre había buscado en el lenguaje o en la poesía, mas se había extinguido de nuevo por el conocimiento, aniquilado todo lenguaje, aniquilado

todo poema, de modo que ya sólo se traslucía el último abismo en que radica el sueño, como si fuera la última forma del destino en la inexorable multiplicidad de la forma, como si fuera la forma de todas las formas en la radiante inexorabilidad, que, cruzada y enredada, fluida y petrificada, pero extendida con infinita ilimitación en cada forma, en cada figura, sobre los campos luminosos del sueño, se había abierto desde la profundidad de sus raíces en sueños al nacimiento del sueño: oh, sí, esta profundidad era lo que subía en la niebla hacia el corazón, oh, hacia ella se cernía el corazón, radiante y penetrado de rayos, ambas radiaciones confundidas en el conocimiento más inasequible para el lenguaje, esta profundidad era el corazón del sueño, incorporada, hecha latido, vertida en el corazón humano hasta formar una cristalina unidad definitiva, y le parecía como si en el tembloroso latir de luz a que había descendido y que subía hasta él, debiera comenzar la reconversión del destino, como si aquí, en esta última raíz abisal se produjera de nuevo la transformación de la forma en contenido eterno: el despertar. Oh, tormento de despertar del despertarse en sueños, también éste dependiente del destino, encerrado en los confines del sueño, que acontece incluso en el conocimiento de sí mismo, que sin embargo es ya transgresión del límite del sueño, separación, porque, una vez que el corazón ha comenzado a latir, sigue temblando, exigiendo abertura y abierto a la realidad hasta los límites y golpea a su puerta...

—El amor, en efecto, es disponibilidad constante, en él todo es paciente perseverancia, pues el amor es disponibilidad a la creación: aún no y sin embargo..., en este umbral está el amor, está en el atrio de la realidad, allí donde debe abrirse la puerta, para que, abierta la frontera, pueda ser traspasada por lo mortal, abierto al despertar, abierto al renacer, abierto al lenguaje de la resurrección, resucitado y resucitante, nunca oído y siempre anhelado, en última y salvadora definitividad, abierto a la sentencia definitiva, que ha de resonar más allá de cualquier ser soñado, más allá del mundo, más allá del espacio, más allá del tiempo; oh, el amor se encuentra antes de esta renovación de la creación, aún rodeado de crepúsculo, aún a la escucha, y sin embargo ya ayuda que despierta, despertar que comienza...

—y más allá de sí mismo, igual a un latir de corazón, temblaba el resplandor de la bóveda del ensueño, temblaba la bóveda misma, temblaba en la infinita plenitud de la voz de su totalidad radiante, en sus individualizaciones, uniones y entrelazamientos, en la enormidad de sus vías radiantes y de sus caminos de luz y las cúpulas astrales temblaban con ella, totalidad del sueño que se aspiraba y espiraba a sí misma, en espera el aliento, en espera el sueño, en espera el abismo de su corazón, en espera el cristalino recipiente de las esferas. ¿Lograría desprenderse de este aliento el nuevo lenguaje, la nueva palabra, la nueva voz? ¿se abrirá a la fuente de las voces en el comienzo y el fin de los tiempos, descubriendo el punto de cruce, la meta de todos los caminos en el infinito abismo del sueño? ¿resonará, oh, resonará desde el sueño ese acorde del eco que se resuena a sí mismo, de la unidad de los mundos, del orden de los mundos, del conocimiento universal de los mundos, que será, que tiene que ser la última solución de la tarea de los mundos, abarcado por la totalidad de las voces y abarcándola a su vez? Mero presentir era todavía, apenas más que un presentimiento, un intuitivo levantar el corazón desde las raíces del sueño, pero llevándolo ya a las más lejanas lejanías del sueño, cerrando las voces, disolviendo las voces en el tembloroso hálito de luz del acontecer; terreno era todavía el latir del corazón, pero ultraterreno era ya en su espera, terreno era todavía como instrumento en el sueño del poder del destino, que lleva en sí confundidos la perdición, el mal, el azar, la muerte, ultraterreno era de pura disposición a obedecer al mandamiento, ultraterreno de pura disposición a despertar. En verdad, esta disposición al despertar estaba más cerca de lo no-terreno que cualquier otra, más cerca aún que la disposición a la muerte, ligada con el morir a lo terreno, impregnada de afán del yo y de afán de gloria, de embriaguez y de odio; en verdad, estaba más cerca del despliegue de la muerte, estaba más cerca de ella que su propia disposición a la muerte, bajo cuya dominación incesante e ineluctable había puesto su vida, con la ilusión de conquistar el retorno por el sacrificio de sí mismo, por su muerte, con la ilusión de superar los límites y escuchar su voz y hasta imitarla y poderla conquistar merced a la mimesis. Inimitable había sido, inconquistable su llamada del sueño, inimitable e inconquistable en esta voz. En efecto, ella, voz de las voces, fuera de cualquier lenguaje, más poderosa que todos los lenguajes, más poderosa que incluso el de la música, más poderosa que cualquier canto, ella que es un latido

de corazón, un único latido, porque sólo así será capaz de abrazar con la rapidez de un latido, con la rapidez de un momento, la unidad del conocimiento del ser, ella, una voz de lo inconcebible, expresando lo inconcebible, siendo lo inconcebible, inalcanzable para el lenguaje de los humanos, inalcanzable por el símbolo terreno, imagen primigenia de todas las voces y de todos los símbolos gracias a su más inalcanzable inmediatez, sólo puede bastar a esa impensable trascendencia del límite, sólo es posible, cuando ella misma supera todo lo terreno y lo excede, y sería sin embargo nuevamente imposible, hasta inimaginable, si no se pareciera a lo terreno; aunque nada tuviera de común, pues, con las voces terrenas, con la palabra terrena y con la lengua de la tierra, aunque apenas fuera ya símbolo terreno, no puede revelar la imagen primigenia, a cuya inmediatez extra-terrena se dirige, sino una vez que se refleja en una inmediatez terrena; ordenada imagen tras imagen, de este modo, toda cadena de símbolos lleva en lo terreno a una inmediatez terrena, a un acontecer terreno, y —extrema coerción para el hombre—, debe ser llevada sin embargo más lejos todavía, debe encontrar para toda intermediación terrena la que le corresponde y además una más elevada, trascendente a todo límite, debe elevar de nuevo a símbolo el acontecer terreno por encima de este más acá, y aun cuando la cadena de símbolos amenace con romperse una y otra vez en el límite, quebrándose en el límite de lo supraterrano, destruida por la resistencia de lo inalcanzable, por siempre imposible de continuar, por siempre desgarrada, el peligro es conjurado, lo es siempre de nuevo; la cadena de símbolos vuelve siempre a cerrarse, tantas veces como lo inalcanzable se transforma a sí mismo en lo alcanzable y desciende siempre de nuevo a lo terreno, para condensarse a sí mismo en el acontecer terreno, en la acción terrena, para empequeñecerse, para hacerse visible, para eliminar por sí mismo el límite de esa encarnación de sí, de modo que también la cadena de lo expresable pueda tornarse un subir y bajar y se cierre en el círculo, en el círculo de la verdad, en el eterno círculo del símbolo, verdadero en cada una de sus imágenes, verdadero por el constante equilibrio circular que juega alrededor del límite abierto, verdadero en el eterno intercambio de la acción divina y humana, verdadero en el simbolismo de ambas y en el símbolo de su mutuo reflejarse, verdadero porque en él se renueva por siempre la creación, incorporada en la ley, en la ley del constante renacimiento, establecido para vencer al azar, a la inmovilidad, a la muerte; ninguna suerte de terrena disposición a la muerte, por intuitiva imitación que sea de la inmolación divina, puede evocar este acto terreno de lo supraterrano, solamente la perseverante disposición al despertar es aquí verdaderamente válida, y el soñador, ligado al sueño como el destino, irredento y cerrado a la muerte como éste, ajeno a cualquier disposición a la muerte, no oculta nunca en su sueño más que la disposición al despertar, a ella sola está conscientemente abierto, indefectible en su saber de sueño, en su infalible saber del despertar y su validez universal, para el cual el sueño se ha abierto en el abismo de voces de su inescrutable profundidad: saber en la raíz abisal oscuramente luminosa de sus pozos de luz, más saber aún el de su corazón, temblorosamente abierto a la voz que ya no es voz, sino acción, porque desciende a buscar el nombre, porque, imponiéndose al destino con el nombre, llama a dar la vuelta, a volver, al regreso a la patria...

—oh regreso a la acción, que es el amor, pues sólo el acto que ayuda sirviendo, porque da el nombre y colma la vacía forma del destino, es más fuerte que el destino...

—¡aún no y sin embargo...! Y era saber acerca del corazón de una lejanía inconcebiblemente amorosa, hundida en lo más íntimo del corazón del sueño; era saber acerca del confluir de lo igual, corazón del más acá, corazón del más allá, pulsante uno en otro y latiendo uno en otro, el símbolo divino encendido en el interior del símbolo humano como un lenguaje común, lenguaje del testamento divino-humano, lenguaje de la creación permanente en oración y más la oración, subiendo y descendiendo en la imagen de la creación, y era el saber acerca de este lenguaje de la acción redentora, de este lenguaje de una inmolación amorosa, que se cierne tan alto sobre todo sacrificio humano como la trascendencia con que suena la voz universal por encima del hervidero de voces en lo terreno, como la trascendencia amorosa del conocimiento de la totalidad por encima de todo amor, que se ejerce de hombre a hombre, el corazón divino-humano encerrado en el dios, encerrado en el hombre, abarcando al dios y al hombre; pero era también saber acerca de quien —la voz terrenamente perceptible necesita siempre de un heraldo— ha sido predestinado como portador del acto y ha de estar como éste en el doble origen, en nacimiento terreno de generación no terrena

procreación: solamente aquel que ya en su origen ha sido liberado del azar, puede también volver a reunir el azar con el milagro de una última legalidad, a cuyo poder hasta el destino se halla sometido, solamente aquel que procede él mismo de más allá del destino y sin embargo agota hasta las heces su perdición, solamente él, recibe también la gracia de volver a cambiar la perdición en salvación, solamente él recibe la gracia de convertirse en salvador; oh, a él y sólo a él, al héroe de figura humana procreado por un dios, le está reservado llevar al padre a través de los incendios de perdición, oh, a él y sólo a él le está reservada la salvación del padre, sólo él puede llevar sobre sus hombros a quien le procreó, transportándole a las naves y a la huida de regreso a la nueva tierra, a la tierra prometida, que ha sido siempre la patria del padre. ¡Aún no y sin embargo...! La tierra se hallaba ante él en la conciencia del llamamiento paterno que ordena, que da el nombre, que incorpora al hombre lo divino, y asimila en el dios lo humano; se hallaba ante él, bañada en resplandor y devolviéndolo, se hallaba ante él sabiendo del salvador y el salvador sabiendo de ella, colmada de humanidad; así estaba ante él, y los incendios de perdición parecían transformados en pura llama sacrificial, lo yerto estallado, la losa central levantada, lo bueno separado de lo malo y purificado, dios y hombre ampliados a resurgida creación, lo futuro santificado de futuro en nombre del Padre, santificado de futuro en nombre del Hijo, desposado de futuro en el Espíritu... aún no y sin embargo sí era ya lo prometido. ¿Era ya conocimiento esto que veía? ¿era el conocimiento del sueño? ¿era ya el despertar? Oh, aún estaba más acá del límite, y en éste temblaba el sueño, no lo había atravesado; incomprendible era lo visto, no era conocimiento, era mero saber, saber de sueño, recuerdo de sueño, lejano recuerdo de la nunca oída, siempre presente voz del entonces, lejanísimo recuerdo del país de más allá de los límites, nunca pisado, siempre atravesado, lejanamente grande, lejanamente pequeño, el origen, la desembocadura; era el infinito acercamiento al límite con la fuerza del recuerdo, mas era aún conjuro y sólo un temblor, una luz insistente, a la espera. Y por eso mismo, justamente en este saber contemplativo, en esta ceguera de suprema transparencia, que sin ser conocimiento, era como una forma suya, una venda transparente ante sus ojos, sí, por eso mismo, aunque hundida en los campos del sueño y sobrepasada por su alto crecer, muy de repente se encontró colocado sobre la cumbre de una montaña extraordinariamente alta, cual si hubiera recibido la orden de mirar más allá de los límites, él, observador, pero no heraldo, allí puesto y sostenido por suave mano de hierro, mantenido en un futuro sin cesar pasado, rodeado por el latir de un corazón que, encerrado en él, le encerraba sin embargo como lo más grande, respirando de pura realidad; y atravesado por el pulsar del latido, pudo soltar sus brazos de la transparencia del cristal y extenderlos en alto, arriba hacia las cúpulas de luz donde resplandecían las estrellas y grandes soles comenzaban a rodar, un astro sobre todos ellos: contempló los campos del sueño, los campos de las tierras que estaban pre-predestinados a convertirse en el teatro de la acción, que eran teatro de su mirada, intocables, inaccesibles, pero suyos desde el primer principio; él contemplaba, él, el aquí desterrado, el proscrito al sueño, que no podía separarse, alejarse de su sueño, contemplaba este paisaje intocable para él, inaccesible para él, sobre el cual se extendía con los rayos de su propio sueño, con la luminosidad de su sueño, y, abarcando con la mirada tanto el paisaje como el sueño, veía su recíproca superposición, encontraba en medio del paisaje todas las figuras cristalinas, todos los cubos de rayos, círculos de rayos, pirámides de rayos, haces de rayos del sueño, y, depositado en los entrecruzamientos e inmensidades del sueño en sus vías de luz, veía, extendido a lo lejos, el paisaje, cargado del recuerdo, transparente de recuerdo, haciéndolo surgir maravillosamente; sí, el paisaje se había depositado en el sueño con todos sus días y sus noches, alternando entre claro y oscuro, de cambiante palidez bajo el doble crepúsculo del orto y el ocaso, lleno con todas las figuras terrenas del ser, lleno del hervidero de todas las esencias, lleno del hervidero de todas las voces terrenas, lleno de embriaguez y tormento y nostalgia, lleno de la creación creada y devenida, lleno de la paz de las orillas y de los temblorosos campos y de las desdibujadas cumbres montañosas la altura llena de soledad, las llanuras de ciudades, lleno de paz y lleno de guerra, lleno del sosegado brillo del humano ser y habitar, pero lleno también del crepitar y estallar de los incendios de perdición, sin fin, sin fin, sin fin, atravesable todo e inaccesible, compenetrados el sueño y el paisaje, brillando uno en el otro, ensombreciéndose uno a otro, juntos en la espera, juntos en la nostalgia, juntos en la disposición a despertar, en espera de quien debe atravesarlos trayendo la voz del

despertar. Y también él esperaba, esperaba, levantados los brazos, con el sueño y el paisaje, contemplaba los campos inmóviles en que pastaba inmóvil el ganado; percibía el silencio de los incendios convertidos en inmóvil brasa, y ningún vuelo de ave atravesaba las moradas del éter; más altos subían los incendios en la inmovilidad, se henchía el estrépito de las múltiples voces en el silencio inquebrantable, más y más profunda se tornaba la nostalgia, quietos estaban los soles, y el latir del corazón golpeaba cada vez más pesado contra las paredes de lo ilimitado interior y exterior... Oh, ¿cuándo llegaría el fin? ¿dónde estaba el fin? ¿cuándo se vaciaría la perdición hasta las heces? ¿había un grado extremo en el creciente silencio? Y le pareció como si ese último silencio acabara de ser alcanzado: vio las bocas de los hombres horriblemente abiertas unas frente a otras, ni un sonido escapaba de las secas cavidades, y ninguno de ellos entendía ya al otro. Habían perdido el habla por la conciencia de la culpa, sintiéndose culpables por la pérdida del habla; era el último grado de silencio en lo terreno, era el último silencio del hombre y, viéndolo, también su boca quería abrirse en un mudo grito de horror. Pero viéndolo aún, antes casi de haberlo visto, ya no lo veía más. Y es que en la más súbita tiniebla había desaparecido lo visible, la luz del sueño, el paisaje, los incendios, los hombres, las bocas, y era de noche, sin tiempo, sin espacio, sin mundo, sin sonido, la negrura más vacía, la noche vacía sin forma, sin contenido; vacío y negro se tornó el esperar, y hasta el latir calló, absorbido por el vacío. Había llegado a las heces del ser. Se encontraba ante el límite, se encontraba ante el límite del destino, ante el límite del acaso, se encontraba ante el límite, en vacía espera, vacía escucha, vacía mirada, vacío saber; pero en ese vacío, en esa ausencia, sabía que el límite se abriría. La cosa comenzó, sí, muy despacio, como si no quisiera asustarle. Comenzó con el murmullo que ya otra vez había oído, comenzó en su oído más íntimo, en su alma más íntima, en su corazón más íntimo, y al mismo tiempo estaba alrededor de él, penetraba en él procedente de la más profunda tiniebla, sorbiendo noche, manando noche; era el mismo poder, grandioso y quieto, del sonido, a que se había debido someter antes en la contricción; se acercaba como entonces, llenándole, envolviéndole, pero no era ya la armonía de muchas voces, no era más la armonía de todas las manadas de voces, ni la armonía de toda la multiplicidad de las voces, sino más bien una única voz cada vez más sola, una voz de tan gran soledad, que alumbraba en la oscuridad como una única estrella, pero invisible, irradiando en lo invisible, porque, verdaderamente, cuanto más grande y perceptible se hizo la llamada, en la misma magnitud era asumido y aun absorbido por lo inaudiblemente inacechable de lo infinitamente inescrutable: lo que estaba cumpliéndose, acontecía fuera de lo visible y audible, acontecía fuera de toda sensorialidad, acontecía nocturnamente y era sin embargo de una claridad enormemente perceptible, acontecía en el vacío de toda esencia y sin embargo abarcaba cualquier figura de ella; oh, ocurría como equilibrio, ocurría en las leyes infinitamente imperceptibles del equilibrio, que, dando sentido, dando contenido, dando forma, dando nombre, abarcan todo ser y todo recuerdo: el bronceo retumbar de los mares como el plateado susurrar del otoño, el golpe de címbalo de las estrellas como el cálido aliento de los rebaños, el tono de flauta de la luna como el rocío en los zarzales de la infancia, era un mirar en lo invisible, un escuchar en lo inescuchable; y rodeado él mismo por el fluir de la oscuridad, rodeado por el fluir de la oscuridad el equilibrio de la pluralidad de los mundos y de la unidad de los mundos, en esta última ley del equilibrio, que sola es realidad y elimina el azar, en este símbolo sin figura de cualquier símbolo, en esta belleza vaciada de belleza, oyó, no, no oyó, vio la voz que lo producía, y no era una de las voces que, perteneciendo al mundo, se insertan en la estructura de sus cosas, para convertirlas en símbolo entre ellas y con la palabra, no era mundanal verdad, ni una de las verdades ni su totalidad, no, era extramundana-inaudible-invisible, fuera del mundo, era la causa extramundana del equilibrio, era lo exterior sin más, trayendo toda la fuerza y toda la amplitud de lo exterior, porque se traía a sí misma, incluyendo lo interior para ser incluida por ello, recipiente de las esferas que todo lo incluye; así percibió él la voz, la oyó viendo, la vio oyendo, voz en cuya sombra de palabra está para siempre la paz y el hogar paterno, la voz de la ausencia del tiempo y de la creación permanente, la voz de juez del comienzo y del fin, la voz del equilibrio fuera del sueño, la voz de la salvación, y era bronce y cristal y tañido de flauta en una sola cosa, y era tronar y abrumador silencio, y era todo y un solo sonido, imperiosa y clemente, perdonando y distinguiendo, un solo relámpago; oh, una fascinación indeciblemente

suave, quieta de puro definitiva; oh, así se revelaba, gracia y juramento a la vez, revelación, mas no como palabra, no como lenguaje, sino como símbolo de la palabra, símbolo de todo lenguaje, símbolo de todas las voces, su imagen primigenia; superando el destino cual sacro llamamiento paterno, se reveló el sonido del acto que anunciaba:

—¡Abre los ojos al amor!

Un acto, y le fue hecho. No tuvo que abrir los ojos, la ternura se los abrió. No tuvo que respirar, algo respiró en él. Un símbolo había sido, pero en la imagen había sido devuelta a sí misma la noche y en el símbolo de las voces la mudez volvió a ser quietud, como si la quietud fuera el primer contenido con que debiera volverse a llenar la forma vacía. Y gracias a esta plenitud reflujo de nuevo en el espacio terreno la multiplicidad de direcciones del sueño, reflujo en el espacio desde fuera del espacio, se convirtió en el raudal de la noche, se convirtió él mismo en espacio, de nuevo bañado por el tiempo de la noche. Nada podía percibirse sino la quietud, nada más percibía él, nada en él, nada fuera de él; lo impregnado por la noche le inundaba, rodeada de noche estaba la quietud. Hasta la llamita del candil se había apagado, como absorbida por la oscura suavidad, para que la quietud que lo llenaba todo no fuera interrumpida ni estorbada por la pequeña, dura punta de luz. También el gran latir del sueño estaba ya para extinguirse, bajaba y bajaba su marea difuminándose en un plateado manar, venido de ninguna parte, perdiéndose en ninguna parte, y sin embargo viniendo de la fuente en la pared. Bañado por la quietud, lo inasible entre pasado y futuro se volvió nuevamente un gran ahora lleno de presente, y suavemente oscilaba la balanza del tiempo, suavemente sonaban las argenteas cadenas de sus platillos, que suavemente bajando, suavemente subiendo, recibían y pasaban símbolo tras símbolo, pesando su verdad, que creaban, pesando símbolo tras símbolo; suave como un resorte sobrevino el enlace que debía unir el suave flujo del ser de nuevo lleno. Y la noche cargada de quietud, acontecida ante su mirada abierta, de nuevo tañendo suave y queda, desplegada de nuevo la mirada, de nuevo desplegado él mismo, desplegada la noche, ella, que, misteriosamente ciega de quietud, grávida de sombras y grande y dulce, pasaba en su naturalidad reencontrada, lo llevó de nuevo en su ramaje, en sus plumas, en sus brazos, en su aliento, en su pecho. El yacía. El yacía, descansaba, podía descansar de nuevo. Sólo que, justamente por eso, supo también que la calma del acontecer de la noche era únicamente el compás de otra cosa y por tanto tenía que acercarse a su fin: no sólo lo espacial había vuelto a confluir desde el vacío, también su cuerpo había vuelto a venirle desde allí; corporalmente yacía ahora en el lecho, cada vez más corporal se hacía su sentido, corporal su descanso, y en su descanso sintió que la fiebre había cedido, bienhechora y leve la fresca, queda onda de cada fin de noche, hasta donde podía recordar. Y, corporal, terrena la hora en que la fiebre cede, también para esta noche llegó la hora avanzada que corre hacia su borde, llegó la hora de progresiva plenitud terrenal, de progresiva figuración terrenal. Aún nada ocurría; se mantenía intacto el negro de la noche, sólo la quietud se ajaba, perdía intensidad, se marcaban en ella líneas apenas perceptibles, muy inciertas, sólo perceptibles con agudísima escucha; la quietud pareció abrirse, relajarse por sus extremos límites; rodeada de los oscuros flujos, la creación, en suave devenir, quedó inscrita por amorosa, leve mano en la calma sin suceso. Surgió un nombre tras otro bajo la suave llamada de la noche, se adaptó a la unidad con la memoria, se tomó firme en el recuerdo, participó de la creación en el recuerdo. ¿Cantaba un gallo en la lejanía? ¿Ladraban allí los perros?... Los pasos de los centinelas, como devueltos también de fuera del espacio, cumplían fuera sus rondas alrededor del palacio, como antes; más clara manaba la fuente en la pared, como si hubiera ganado en abundancia de agua, y el marco de la ventana volvió a abarcar la plenitud de las estrellas, centelleando luminosa en su centro la cabeza del conjurador de serpientes. Despertada al aliento la quietud, colmada de aliento la noche, creció de la noche y la quietud lo siempre presente, el sueño respirante de los mundos. La oscuridad respiró, se tornó cada vez más configurada, cada vez más criatural, cada vez más terrena, se tomó cada vez más rica en sombras. Al comienzo sin figura, apenas reconocible, en cierto modo como puntos de ruido, desgarrado el tono o solitario, pero luego condensándose y fundiéndose en una forma audible, ¡se acercaba lo creado! Y fue un crujir, un gemir sacudido: eran los carros de los campesinos, que llegaban rodando en fila cada vez más prieta, a traer alimentos al mercado de la mañana; lentamente

avanzaba, como dormitando, ruido de ruedas en el empedrado, chirriar de ejes, gimiente raspar de las llantas en las piedras del borde, sonar de las cadenas y utensilios; pero a veces mugía un buey con jadeante aliento, a veces resonaba un grito somnoliento y a veces se juntaba el gravileve paso arrastrado de los animales en un solo compás, que era como una marcha respirante. Lo respirante atravesó el aliento de la noche, pasaron con él campo y jardín y alimentos, todos con él respirando, y el respiro del todo se abrió para recibir a la criatura, se abrió a la unidad de los mundos, que, recibiendo el amor, recibe la propia figura. Y es que el amor comienza en la respiración y con la respiración crece hasta lo inmortal. Allá abajo pasaban los campesinos, dando cabezadas llevaban los carros de legumbres, llenos hasta arriba de berzas y lechugas, y cuando a uno se le caía demasiado el mentón sobre el pecho, jadeaba también como el ganado en sueños. Lo vegetal y lo animal acompañan el sueño del hombre y en la muerte el rostro del labrador es como barro endurecido. Procedente del sin destino, llevando al sin destino, apenas entregado ya al acaso, justo al borde del destino, va al borde del sueño la senda del labrador; si resulta su oración, que elimina el acaso, la tierra, la planta, el animal carecen de destino para él, y aunque vea los astros sólo cuando va al mercado o se ocupa de noche de la vaca en parto, aunque recaiga en seguida en el sueño claro y sin sueños de sus noches y días, sigue unido con amor a lo exento de destino: lo deja correr entre sus dedos como grano de oro liso, lo toca con mano lentamente acariciante en la piel del animal, lo examina desmenuzando en la mano tierra fructífera, amando tanto, conociendo tanto, oh, abarcando tanto suelo, animal y fruto, que él mismo es abarcado, abrazado, protegido por mano que ama y que conoce, sostenido en paz por ella, que se cierra y se abre alrededor de él con las estaciones del año y de los días, así que él, unido con la mano, unido a sus estaciones, unido a su tranquilo calor, recibe de ella todo su tranquilo ser, reposando aun en el saber de su futuro frescor, desde el que un día se deslizará desmenuzado en el seno originario del sueño sin destino, como tierra muerta el labrador; pero su aliento, liberado, sin tierra, despojado de ataduras. ¡Asciende afuera, a lo invisible de la voz, a lo divino! Allá abajo iban los campesinos, pasaban y desaparecían, carro a carro, en cada uno uno sentado, durmiendo, dando cabezadas, roncando, apenas ya destino, apenas ya azar, cada uno en el círculo criatural de la noche; así pasaban, iban, viejo o joven, con su gran barba, su cara sin afeitar, afeitados, así iban, como sus padres y sus abuelos y sus tatarabuelos habían ido ya, incorporados a la gran paz de su seguridad, tranquilamente incorporados a las grandes estaciones que les sostenían, iban en la paz de su paciencia superior al destino, iban durmiendo, olvidados de la voz que se cernía sobre ellos, que para ellos era oscura aspiración y hasta certidumbre, y a la que sin embargo apenas prestaban atención, porque en el curso sin tiempo de generación en generación no hay plazos y porque es indiferente si la realización corresponde al padre o al nieto o al más lejano tataranieto; encerrados en una obra mayor que ellos y que guardaban en sí con cuidadoso amor, iban con cuidado a través de la oscuridad, hacia el borde de la noche; podían dormir. Mas él, antaño también uno de ellos, él, antaño también un campesino, yacía allí, separado de ellos y separado de la tierra, separado de la planta y el animal, él, ya sólo adherido al destino, yacía aquí, vidente la noche: oh, en el alma de cada hombre está hundida una obra, casi inalcanzable, una obra que es más grande que él mismo, más grande que su alma, y sólo aquel que se alcanza a sí mismo, alcanza también en esa última disposición a la muerte también su propia obra, sólo él vela, vigilando sobre el sueño del mundo mortal. ¡Oh, retorno! ¡Oh, vigilia! ¡¿Dónde estaba?! ¿y quién velaba sobre el mundo, quién velaba sobre aquellos que pasaban allí, durmiendo, a través de la oscuridad? ¿lo hacía la voz? ¿lo hacía él, pues había sido hecho digno de la gracia de percibir la voz? ¿estaba ahora él mismo encargado de velar? ¡Nunca! ¡nunca jamás podía ser capaz de eso, él, el incapaz de ayudar, el reacio a servir, el manipulador de palabras, que debía aniquilar su obra, porque lo humano, el obrar humano y la necesidad humana de ayuda habían significado para él tan poco, que nada de eso había podido retener con amor, o siquiera poetizar, y todo había quedado sin escribir, simplemente transfigurado y magnificado en vano como belleza! ¡qué arrogancia era pensar que iba a serle encomendada la vigilia, antes de que hubiera aparecido quien verdaderamente vele, el proclamador de la voz! ¿No había sucedido pues sino el mero sueño como siempre? ¿le había sido verdaderamente comunicada la voz en toda su realidad? ¿por qué había callado luego? ¿dónde estaba? ¡¿dónde estaba?! ¡Preguntó, preguntó, preguntó! ¡Siguió preguntando, sin cesar, y sin

embargo ya... ya no preguntaba! ¡Seguía persiguiéndola, sin cesar, y sin embargo ya... su búsqueda ya no era búsqueda! Lo revelado, en que él pensaba no creer, estaba presente en todas partes, lo advertía por doquiera; lo percibía en el gemir de los carros, en el cansino paso arrastrado de los animales, en los dormidos, arrugados rostros de los campesinos, en su respiración, en la respiración de la oscuridad, en la respiración de la noche, y todo, lo sin destino como lo cargado de él, lo terreno y lo humano, había entrado en él, había entrado en su obra, era también su destino, tanto, que todo esto, aunque no escrito, aunque nunca sería poetizado, recibió otorgada la promesa de lo imperecedero, la promesa de infinita tradición en un infinitamente transmitido amor, presente de pura ternura por siempre jamás, escuchando lleno de lágrimas la noche que se iba. Sueño y vigilia se hicieron una misma cosa, comienzo y fin al mismo tiempo, fuente y primer origen, raíz y corona, onda ascendente del árbol frondoso de las esferas, en cuyas ramas descansa la humanidad, familiar con el destino y sin embargo liberada de él. Era, era ya y no era aún. Y fundido en el todo, rodeado de su destino y llevándolo en el suyo, reposó también él, sintió la felicidad de la unión, la sintió físicamente con todas las fibras de su ser liberado de la fiebre, sintió la felicidad del fresco que le obligó a envolverse más en sus cobijas, sintió la felicidad del tiempo que se deslizaba por el mundo de la noche nuevamente abierto y traía el frescor consigo, sintió la felicidad del aliento ahora fácil, encajado en la manante respiración de la oscuridad de todas las fuentes de los mundos, sintió el murmullo del mundo, sintió lo natural. Cada vez más fresco se volvió el manar, más frescas se volvieron las estrellas, más fresco su espacio, más fresco lo audible en él. El tren de los carros allá abajo se había ido aclarando, los carros que llegaban y pasaban se distinguían uno de otro por sus ruidos, sus distancias aumentaron, y finalmente sólo quedaron unos pocos rezagados. Y cuanto más grandes se tornaban las pausas entre el estrépito de los carros, tanto más claramente se llenaron de algo que era como un murmullo, que argentinamente claro se agitaba anchurosamente en la gran oscuridad, era, esperado y lleno de expectación, era el mar enviando sus olas, murmurando en la noche, pero ya llamado por el alba que venía. Tal vez, oh, tal vez se equivocaba —casi se asustó—, tal vez su oído le engañaba, tal vez era sólo que, una vez más, estaba dispuesto a engañarse a sí mismo, tal vez era sólo nostalgia, mera nostalgia del corazón, nostalgia del mar, anhelando que en su murmullo rompiera también la voz de la salvación, para poder tener un diálogo con ella, para que se tornara irrefutable en la fuerza del murmullo, irrefutable anunciación en el poder de lo natural...; pero no, oh no, era el mar, era la realidad tritonamente inmensa del mar, y la obra indeciblemente, inaudiblemente revelada por la voz, se agitaba en el argentino fragor lunar, se agitaba en el incalculable romper de las olas, se agitaba en lo desencadenado abajo y en lo liberado arriba, se agitaba en la oscuridad y en el velo de luz con el que lo nocturno comenzaba a apagarse a sí mismo, se agitaba en las estrellas empalidecidas, no, aún más, aún más; llenas de la voz escuchaban las aguas, escuchaban los mares, las estrellas, escuchaba la oscuridad y todo lo humano, tanto lo durmiente como lo que despertaba, escuchaban todos los mundos, se escuchaban a sí mismos en todo lo que los llenaba. Lo natural se adaptaba a lo natural y en ello había amor. ¿Había un mal aún? ¿había sido fallada la sentencia y con ello estaba ya eliminado el mal? La voz, entretejida en el todo, no dio respuesta alguna y casi era como si sólo el día debiera traer la respuesta, como si todo ahora fuese expectación, esperando al astro diurno, como si ya nada más fuera permitido. La noche se recogió alrededor de su fin, se concentró en él y la negrura perdió su morbidez; afuera el centelleo de las estrellas comenzó a lucir verdoso. Inmóvil en la oscuridad estaba el color del aire, sacando inmóvil con el tacto cosa a cosa de las sombras, y pulgada a pulgada, a partir de la ventana, la habitación se volvió habitación, la pared de nuevo pared; al centelleo de las últimas estrellas en la ventana, se destacó el candelabro, negro como un árbol deshojado, colgando aún de sus brazos los restos de la noche. Y en el sillón del mirador, también él indefinido aún, pero ya reconocible, ¡estaba durmiendo el muchacho! Tenía recogidas las piernas debajo del asiento, el rostro apoyado en la mano, sombras eran sus oscuros cabellos, invisibles los claros ojos, ocultos bajo la sombra de los párpados cerrados, pero era visible su escucha, escuchando a lo que él mismo se anunciaba en el sueño, sufriendo y curando, desamparado y ayudando, anhelando y sin deseos, amor sin ansia de placer, el ángel nonato en el hombre terrenalmente nacido, el durmiente. Oh noche que se va, que sostiene al durmiente hasta el último aliento, más y más, de ramas infinitas de infinito plumaje,

llevándole infinitamente en sus brazos, apretado a su pecho. Nuevamente se tendía ante él el gran arco de la noche, arrancando por la rojiza bruma infernal y el barullo de voces ante la ventana, subiendo *in crescendo* a los cráteres de todas las muertes, acompañado por todas las muecas de la muerte y todo el chillar de la muerte, precipitándose en el vacío de la contrita nada, y sin embargo de nuevo recibido por la invocación, imperativamente suave, del nombre por la voz anunciadora, para rezumar ahora, perdiéndose como un tañido de campana, en la luz que se infiltraba con el alba, desembocando en la luz y fluyendo con ella en el alborear, traída con el flujo de la alborada. ¿Seguía siendo la misma ventana sin embargo ante la que había ocurrido eso, ante la que ocurrió? Lo fugaz se había anunciado, se había perdido, se había planteado, se había resultado, y se había tornado imperecedero; fugaz era el día que ascendía ante él, y ya hacía mucho que no miraba hacia él; velado estaba su ojo, aunque seguía abierto, velado de lágrimas sin lágrimas, sólo que a través del velo miraba con extrañado mirar al día que llegaba, veía el alborear, veía muy nítidamente cómo poco a poco ponía allá afuera su incoloro color, capa a capa, sobre los tejados, lo veía y ya no lo veía, el ver se le había convertido en sentir, y en este sentir, con este sentir nació el día para él, tomándose suyo propio con su nueva luz: crecía la madrugada, venía hacia él con la creciente pureza de su perfume, con su claridad muy gris, muy clara, por la que, sin mezclarse con ella, corrían los bastos hilos de delgado humo en los primeros hogares, venía hacia él con la clara precisión mañanera, con el plateado aliento salino del mar, brotado con leve plata de plateadas rompientes en suave lejanía, brotado del primer resplandor de la orilla húmeda y fresca, que en su clara arena, en sus claras piedras, lavada por las plateadas olas mañaneras de plata, estaba dispuesta a recibir el sacrificio matutino; venía hacia él, desarrollada y desarrollando, como lo natural que se torna creación recomenzada, y recibiendo este despliegue, de ella recibido, se sintió arrastrado por la acción de su flujo en oleadas y oleadas, acogido al soplo de su murmullo, como llevado en alas que sentía frescas, como en un gran aliento, pero terrenamente protegido, como descansando en la respiración en sombra de un laurel, como respirando tras una hora de lluvia, oscura de lluvia y clara de rocío y refrescante. De este modo se sintió llevar más y más lejos, y allí donde el viaje se hundía, tomando tierra suavemente en el rubio oleaje de las mieses de los campos, allí donde ondean las espigas, donde cuelgan las uvas en el espinar y el ganado descansa junto al león, allí estaba un ángel delante de él, casi no ángel, más bien un muchacho, y sin embargo un ángel, envuelto en las frescas alas de la mañana de septiembre, con negros rizos, ojos claros, y su voz no era la que llena simbólicamente el todo como acción anunciadora, no, era más bien un eco muy lejano de la simbólica imagen primigenia que flotaba en lo alto; ella era la que ahora hablaba, muy suave, y sin embargo era la sombra bronceada de los Eones:

—¡Entra en la creación que fue una vez y es nuevamente! ¡Y que tu nombre sea Virgilio: ha llegado tu hora!

Así había dicho el ángel, terrible de ternura, consolador de tristeza, inaccesible de nostalgia; así lo había oído de labios del ángel, lo había oído como lenguaje dentro del lenguaje, en toda su terrenal sencillez y, oyéndolo, llamado por el nombre y unido al nombre, vio otra vez el ondular de los campos, extendido de orilla a orilla, infinitas las ondas de los frutos, infinitas las ondas de las aguas, ambas bañadas en la fresca, oblicua luz de madrugada, brillando fresca la cercanía, brillando fresca la lejanía; lo vio y siguió luego la dulzura del conocerlo todo y del no conocer, del saberlo todo y de no saber, del sentirlo todo y del no sentir nada; siguió la dulzura del olvidarlo todo, siguió el sueño sin sueños...

Tierra - La espera

El presentimiento de una omisión acompañó el despertar: como al dormirse, también ahora era solamente un sentir, si bien muy repentino, y, sintiendo que alguien estaba al lado de su lecho, sintió al mismo tiempo que con ello algo se le había frustrado; en un segundo impulso de éste traspasó el umbral del saber, sabiendo que en el amanecer hubiera debido apresurarse hacia la orilla del mar, para destruir la *Eneida*, y que ya era demasiado tarde. Y se refugió de nuevo en el sueño, para volver a hallar al ángel, tal vez hasta con la esperanza de que pudiera pertenecer al ángel desaparecido la extraña mirada que seguía sintiendo fija en él. Ciertamente no era así, demasiado exactamente sentía la extrañeza en pie a su lado, y en realidad para echarla de allí, aun cuando con una última chispa de esperanza en la presencia del ángel, preguntó desde el sueño:

—¿Eres tú, Lisantias?

La contestación fue algo incomprensible, expresado por una voz totalmente ajena.

Algo suspiró en él.

—No eres Lisantias... Vete.

—Señor... —sonó muy vacilante, casi implorando.

—Más tarde...—; la noche no debía terminar y él no quería ver la luz.

—Señor, han llegado tus amigos... están aguardando...

De nada valía. Y la luz le resultaba dolorosa. En el pecho, la tos estaba pronta a estallar y hablar era peligroso:

—¿Mis amigos?... ¿Quiénes...?

—Plocio Tucca y Lucio Vario han llegado de Roma para saludarte... y querían verte, antes de ser llamados ante el César...

La luz dolía. Penetrando oblicuamente desde el sur, los haces radiantes del sol de septiembre llegaban agudos al ángulo del mirador llenándole de calor, luz y calor de una mañana de septiembre, y la habitación, aunque inaccesible a los rayos solares, participaba de ellos, ahora sobria de tanta luz, odiosa de tanto calor: el piso de mosaico, de oscuro reflejo, estaba sucio, el gran candelabro con sus flores marchitas y las velas consumidas parecía descuidado. Más allá en el rincón del cuarto estaba el sillico, una necesidad y una tentación. Todo dolía, comenzaba a doler. Los amigos esperarían:

—Ante todo debo limpiarme... Ayúdame.

Giró las piernas sobre el borde del lecho y quedó sentado, inclinado hacia adelante, con las espaldas encogidas y luchando contra el acceso de tos, cuya dolorosa violencia le había atacado de nuevo; también el torpe cansancio de la fiebre se anunciaba una vez más, apareció primeramente en las piernas que colgaban, trepó de allí hacia arriba, se amplió por franjas en leves ondas a través de todo el cuerpo, para invadirle al fin la cabeza y, presa del cansancio, su mirada se fijó con atención lentamente cansina, detenida, como si aquí hubiera algo importante que descubrir, tal vez hasta el punto de partida de la fiebre, sobre los desnudos dedos de los pies, cuyos mecánicos movimientos prensiles no querían detenerse... Ay, ¿volvería a comenzar una vez más la vida independiente de los órganos y sentidos? Y aunque de un esclavo no había que solicitar ninguna clase de informaciones confidenciales, la mirada se dirigió hacia él como pidiendo aclaración, casi sin voluntad, preguntando casi contra su voluntad, por cierto también desilusionada en seguida, porque en el rostro de sirviente oriental, con su nariz algo gruesa, impenetrable como una máscara y sin edad,

nada se mostraba que pudiera apreciarse como una contestación, nada sino estricta sumisión y sumiso rigor, que, sin impaciencia, pero inaccesible, estaba pronta a recibir órdenes, esperando que el señor huésped así lo dispusiera y se decidiera a levantarse. Sólo que justamente esto parecía imposible, porque la sensación de malestar se hacía notar en todo, no solamente en el organismo; era un malestar de mundos y, en tanto éste no quedara eliminado, no podía moverse un solo miembro: quien quiere levantarse, quien quiere apresurarse al sacrificio en la playa, no podría hacerlo bajo el malestar y la desmembración; el sacrificante debe estar indemne, sin mácula la ofrenda, si ha de lograrse la dignidad del pleno valor para el sacrificio, y no era posible ni siquiera establecer si los rollos estaban todos en el cofre, de manera que toda la obra estuviera preparada para la destrucción, o si en el curso de la noche tal vez uno de los rollos no se había extraviado... ¿Quién responderá de ello? Ciertamente, la tapadera del cofre estaba tan ordenada y firmemente asegurada con las correas, que apenas se hubiera podido pensar que alguna vez había sido abierta... Pero, ¿quién se atreverá a tocar la ofrenda y soltar las correas? Malestar en el cuerpo y sus miembros, malestar en el mundo... ¿Cabía nuevamente esperar la unidad? El esperó, y el esclavo esperó con él, ambos sin impaciencia alguna. Mas entretanto la puerta se abrió casi violentamente, y Plocio Tucca y Lucio Vario entraron sin más en la habitación, seguramente a su vez cansados de esperar, probablemente también porque pudieron haber oído desde fuera que se había despertado. El metió de nuevo las piernas en el lecho.

Y apenas en la habitación, comenzó Plocio, como de costumbre, a derramar toda clase de ruidosa cordialidad:

—Se nos ha informado que estabas aquí enfermo; toda la noche hemos estado dando tumbos hacia aquí y ahora te sorprendemos mientras quieres deslizarte en secreto de la cama; pero está muy bien que te hayamos sorprendido, siempre lo haces de esta manera... Bien, ¿cómo estás realmente? Gracias a los dioses, tienes muy buen aspecto; hace diez años no tenías otra cara tampoco; es duro tu pellejo... Ahora tienes otra vez la tos y la fiebre, naturalmente... ya te las conocemos... Si hubieras preguntado a tus amigos, ¡desde luego no te hubieran dejado emprender este viaje de locos! Nos enteramos después por boca de Horacio; se lo pudiste decir a él, porque sabías que él no te pondría obstáculos; ¡para él lo único que tiene importancia son sus propios versos! ¡Por el Orco! ¿qué tenías que hacer en Atenas? Naturalmente, has debido mantenerlo oculto, y ha sido una suerte para ti que el César te ha pescado a tiempo y te ha traído de vuelta... Sabio como siempre el Augusto, y tú, sí, tú... desconsiderado como siempre..., porque a nosotros, tus amigos, ¡ahora nos incumbe devolverte otra vez la salud!

Con un crujido dejó caer su pesada figura en el sillón; con los brazos doblados, los puños cerrados, estaba sentado como un remero o un cochero, y su roja cara, acolchada de gordura, pecosa y con su doble papada, resplandecía cordialidad.

Lucio Vario en cambio, que nunca acostumbraba sentarse, porque debía cuidar la elegante lisura de los pliegues de su toga, se había quedado dignamente de pie, con su habitual afectación, apoyando un brazo en la flaca cadera y el otro levantado en ángulo recto como enseñando:

—Hemos estado muy preocupados contigo, Virgilio.

A pesar de toda su disposición para la muerte, se despertó la angustia del enfermo, a la que nadie puede escapar:

—¿Qué os dijeron, pues, sobre mí? —y como anticipando la contestación, le sacudió de repente el esperado y temido acceso de tos.

—Tose tranquilamente —le tranquilizó Plocio y se restregó los ojos irritados por el viaje nocturno—; por la mañana el hombre debe toser.

Lucio le tranquilizó de un modo, al parecer, más correcto:

—Las últimas noticias que recibimos sobre ti, son por lo menos de hace una semana... El Augusto escribió a Mecenas que te había hallado enfermo y que te había convencido para que volvieras, y puesto que el Senado, en razón del aniversario de su natalicio, tiene hoy sesión, de modo que Mecenas no podía venir al recibimiento, hemos aceptado gustosos sus encargos para el Augusto, y así también poder verte a ti, aprovechando la ocasión... Esto es todo.

Sonaba correctamente, parecía plausible, y sin embargo el «tose tranquilamente» de Plocio, era

más tranquilizador.

—¡Uff! —dijo éste ahora—; viajar toda la noche... No es forma de dormir, cada vez que cambian los caballos le despiertan a uno... En nuestra columna había por lo menos cuarenta vehículos y, a pesar de eso, no fuimos los únicos; creo que desde ayer llegaron más de cien...

¿Había venido Plocio en uno de los carros de los labradores? Tenía el buen rostro recio de un viejo hombre del campo, y exactamente por eso se podía, no, se debía imaginarlo sentado en una carreta, con la cabeza dando tumbos, el mentón hundido sobre el pecho y roncando fuerte.

—Sí, os he sentido llegar...

—Y ahora estamos aquí —dijo Plocio y de nuevo se pareció a un remero.

—Muchos han hecho el viaje... muchísimos...

—No hables durante el acceso de tos —opinó Lucio, ocupado con los pliegues de su toga, deteriorada con el viaje nocturno—, no debes hablar... ¡No recuerdas que te lo han prohibido siempre los médicos!

¡Ay, sí lo recordaba, y la intención de Lucio era seguramente honesta y buena, pese a la elegante postura; pero ésta provocaba como siempre a la contradicción!

—No es nada; si el César no hubiera dispuesto que le acompañara hasta Megara, no hubiera enfermado en absoluto... Se trata solamente de las consecuencias de la reverberación del sol que ardía durante la fiesta... —Otro acceso de tos premió esta explicación más larga y en la boca sintió el gusto de la sangre.

—Calla —dijo Plocio.

Pero él no quería callar, y menos al notar que Plocio estaba sentado en el sillón donde había dormido el jovencito, y no pudo reprimir la pregunta:

—¿Dónde está Lisantias?

—Un nombre griego —reflexionó Lucio—. ¿Quién es? ¿Te refieres a éste? —Y señaló al esclavo, que se había retirado a la puerta y ahora esperaba allí, con inmóvil aspecto como antes.

—No... a ése no... al muchacho...

A Plocio le llamó la atención:

—Así que te has traído un muchacho... Entonces no estás tan mal realmente... Mira por dónde, ¡un muchacho griego!

El muchacho..., el muchacho había desaparecido. Pero la copa estaba todavía allí sobre la mesa, una copa tallada en marfil y ornada de plata, y hasta quedaba en ella un pequeño resto de vino:

—El muchacho... estaba aquí.

—Entonces ha de volver... ¡Llámale, muéstranoslo! ¡¿Cómo podía llamarle, si había desaparecido?! Y tampoco deseaba mostrarlo:

—Debo bajar con él hasta la playa...

—

—«Tendidos en la seca arena, restauramos los fatigados cuerpos
y el sueño recorre nuestros miembros...»

—recitó Lucio, si bien para seguir luego—: pero tú, mi buen Virgilio, no lo harás hoy, estos placeres te los debes ahorrar seguramente para cuando sanes...

—Exactamente —confirmó Plocio desde el mirador. ¿De qué hablaban ambos? Todo era confuso, apenas les oyó:

—¿Dónde está Lisantias?

Dirigiéndose al esclavo, ordenó Plocio:

—Trae al muchacho.

—Señor, aquí no hay ningún muchacho.

Allí, desde la puerta, le había hablado la voz del muchacho por la noche, le había susurrado; ahora estaba allí el esclavo y agradecido a él, porque le ayudaba a renegar de la voz cercana y lejana, le hizo seña de que se acercara:

—Ven, quiero levantarme.

—No lo hagas —resolvió Plocio—; el médico podría estar ya en camino y se te cuidará en la

cama; con semejante desatino no haces más que dañar a tu salud... Es insensato que finjas ocupaciones sólo para mantenernos alejados de tu muchacho.

¿Era el esclavo tal vez el sustituto del jovencito? ¿había enviado éste a un compañero robusto para llevar la ofrenda a la playa?

—Toma el cofre —se oyó decir a sí mismo, asustado a la vez por lo que se oía decir, lanzando a la vez una mirada hacia los amigos, para explorar el efecto.

Y justamente, Plocio, a pesar de su pesadez, había literalmente saltado, mientras Lucio, más cerca del lecho, se disponía a buscar como un médico el pulso del enfermo:

—Tienes fiebre, mi buen Virgilio, quédate quieto. Plocio en cambio indicó al esclavo:

—Pregunta por el médico..., apresúrate...

—No necesito médico. —Y también esto fue dicho contra su voluntad.

—A este respecto tú no tienes nada que decir.

—Me estoy muriendo.

Hubo una pausa. Sabía que había dicho la verdad, y estaba muy poco conmovido por ello, asombrosamente poco. Sabía que apenas viviría hasta la tarde, y a pesar de ello estaba tan tranquilo como si tuviera una infinidad de tiempo por delante. Estaba contento de que se hubiera dicho.

Probablemente también los otros dos tenían conciencia de la seriedad del caso; se sentía. Tardó bastante, hasta que Plocio recuperó la palabra:

—No blasfemes, Virgilio; estás tan lejos de la muerte como nosotros dos... ¡Qué debería yo decir entonces, que tengo diez años más que tú y además soy apoplético...!

Lucio no dijo nada. Se había sentado en la silla cerca del lecho y callaba. Y era emocionante que al sentarse hubiese dejado de estirar los pliegues de la toga.

—Me moriré, tal vez hoy mismo..., pero antes quemaré la *Eneida*...

—¡Sacrilégio! —Había sido un verdadero grito y era Lucio quien lo había emitido.

De nuevo siguió el silencio. Setembralmente tranquilo y claro era el espacio. Afuera pasaba al trote un jinete, probablemente un mensajero imperial. Duro golpeaba el ruido de los cascos sobre el empedrado, luego se perdió su compasillo en los lejanos ruidos de la calle. Una mujer gritó algo en algún lugar; fue como si llamara un nombre de niño.

Luego Plocio comenzó a medir la habitación pesadamente, a grandes pasos, de aquí para allá, arrastrando tras sí una punta de la toga, y de repente comenzó a gritarle:

—Si quieres morir, eso es asunto exclusivamente tuyo, no te lo impediremos; pero la *Eneida* ya no es, desde hace mucho, algo que te pertenezca; quítate eso de la cabeza, pues... —Y sus ojos, empequeñecidos por la gordura, centelleaban furiosamente.

Era notable que Plocio se comportara tan furiosamente, pues desde siempre habían guardado el acuerdo tácito, aunque nunca creído plenamente por ambos, de que sus largas conversaciones sobre mieses y ganados eran más, mucho más importantes que todos los razonamientos sobre temas artísticos y científicos que se realizaban en presencia de Lucio, de Mecenas y muchos otros que pertenecían al círculo. Y chocaba ahora contra tal acuerdo que Plocio atribuyera tan grande importancia a la existencia o no existencia de la *Eneida*; chocaba contra el pedazo de buena conciencia encarnado para él en la persona del noble campesino Plocio Tucca; por tanto no podía ser tolerado:

—El mundo no será ni más rico ni más pobre por unos cuantos versos; sobre esto siempre estuvimos de acuerdo, Plocio.

Lucio sacudió seriamente la cabeza:

—Tú no puedes llamar a la *Eneida* «unos cuantos versos».

—¿Que es, pues?

Plocio se rió; era por cierto una risa forzada, sin embargo era risa:

—Buscar alabanza mediante la modestia, es un viejo vicio de los poetas, Virgilio, y mientras alguien sigue con su viejo vicio, no hay que temer nada por él.

Y Lucio completó:

—¿Quieres oírlo realmente una vez más? ¿no sabes tú mismo mejor que nadie que la grandeza de Roma y la grandeza de tu poema son ya inseparables?

Una especie de enojo subió y se condensó en él; los dos se negaban a entender lo que había entendido un muchacho, pero como no había nada que modificar en lo definitivo de la resolución tomada, había que mostrárselo claramente:

—No puede quedar nada irreal.

Lo había dicho firme y mesurada y sentenciosamente, y Lucio pareció comprender ahora de qué se trataba:

—Según tu opinión, pues, ¿también la *Ilíada* y la *Odisea* deben llamarse irreales? ¡Oh, divino Homero! Y ¿qué hay con Esquilo, con Eurípides? Todo eso ¿no es realidad? ¿Cuántos nombres, cuántas obras debo citarte, que tienen todas realidad eterna?

—Por ejemplo, *Tiestes* o la *Epopéya de César* de un tal Lucio Vario —no pudo menos de agregar Plocio, y su risa volvió a ser la de un buen gordinflón.

Lucio, herido en su punto más débil, sonrió un poco amargamente:

—Las diecisiete representaciones de *Tiestes* no son evidentemente todavía ninguna prueba de su eterno valor, pero...

—... pero durará más que *Las Troyanas*... * ¿No lo crees tú también, Virgilio?... Bien, te estás riendo, me alegro de que puedas reírte de nuevo...

Sí, se reía; ciertamente, no podía reírse a gusto, demasiado le dolía el pecho, y hasta se avergonzaba de esta risa a costa del embarazo de Lucio, sin preocuparse de que éste había querido realmente defender el eterno valor de la *Eneida*, y por eso mismo había que volver a la seriedad:

—Homero fue el heraldo de los dioses; perdura como la realidad de ellos.

Sin amargura por las risas que le habían dedicado, Lucio repuso:

—Y tú eres el heraldo de Roma, perduras como la realidad de Roma; perduras mientras Roma exista..., eternamente.

¿Eternamente? El sentía el anillo en su dedo, sentía su cuerpo, sentía lo pasado.

—No —dijo—, nada terreno es eterno, Roma tampoco.

—Tú mismo has elevado Roma a lo divino.

Era así y no era así. ¿De qué hablaba Lucio? ¿no era esto como una sobremesa en casa de Mecenas, deslizándose sobre la realidad, tocándola ya apenas? Cercado de tinieblas, dijo:

—En lo terreno nada se torna divino; he embellecido a Roma y mi obra no tiene más valor que las estatuas en los jardines de Mecenas... Roma no vive por la gracia de los artistas... Las obras de arte son demolidas, la *Eneida* quemada...

Plocio, que aún tenía deseos de seguir riendo, se detuvo en su paseo por la habitación:

—Si se piensa en todos los mamarrachos que los señores artistas han acumulado en este último tiempo como obras de arte, te has preparado una hermosa tarea de limpieza para los años próximos... ¡Todo lo que habrá que quemar y demoler!... Una tarea hercúlea para toda tu vida, la que te has propuesto...

La idea del gran trabajo de limpieza le divirtió en seguida a Lucio; su digno rostro de literato comenzó a arrugarse divertido, ni siquiera pudo comenzar en seguida a hablar, tanto lo divertía la imagen de la quema general de libros:

—Los dos Sosios han adquirido de Horacio los derechos del *Carmen Saeculare*; perderán una buena porción de dinero, si quieres quemar también sus obras... y lógicamente, Horacio no puede ser exceptuado...

—Horacio me envió versos de despedida a la nave, cuando partí para Atenas.

—Esto es justamente —Plocio se sumó a Lucio con tanta alegría, que parecía querer acallar así a la muerte—, esto es justamente, ésta es su culpa; y por eso mismo sus yambos, sus odas, en fin todo lo que él ha delinquido, deberán pagar el pato...

En verdad, ¿por qué había enviado Horacio a bordo aquellos hermosos versos augurales? ¿quería con eso apaciguar sus celos por la *Eneida*? Un amigo celoso, pero amigo.

Lucio en cambio opinó:

—Habría que dejarme elegir; exceptuaría a Horacio: tiene realmente talento... pero barrería toda

* *Las Troyanas*, tragedia de Eurípides, imitada por Séneca.

la mediocridad, toda la medianía que ha ido subiendo y se ensancha cada vez más... ¡Qué decadencia, oh, qué decadencia! Ya ni elocuencia ni teatro ni arte... Realmente, somos los últimos y nada habrá después... ¡Por eso hay que hacer limpieza y tiene que ser tremenda! —Y otra vez tuvo un acceso de risa.

—Risa en la cripta de la muerte, mientras él, en roca transformado, desciende al mar centelleante.

Lucio se quedó cortado:

—Magnífico verso, Virgilio; sigue hablando, o, mejor aún, escríbelo.

¿De qué lugar inescrutable había subido a flote esa línea de verso? ¿de dónde había venido?; pero ahora le gustó a él mismo y el consenso de Lucio le hizo bien, aunque no debía alabarse la belleza del verso; no, nunca tenía importancia la belleza como tal, sino otra cosa totalmente distinta, algo más grande, que en verdad merecía alabanza, deseaba alabanza. ¡Oh, ahora lo sabía, sólo ahora se había dado cuenta! La verdadera aprobación sólo puede corresponder a la plena realidad inalcanzable, in-tendida por el verso, surgiendo tras el verso, que desvela su preciosidad cuando una palabra penetra hasta ella en vez de rebotar contra su lisa superficie de piedra; aquel que alaba un verso como tal, sin preocuparse de la realidad aludida por el mismo, confunde lo productor con lo producido, se hace culpable, a sabiendas o no, del perjurio que niega la realidad, que la aniquila, se hace cómplice de todos los perjuros. Oh, inmensa peña de la realidad, que, inexpugnable, resiste a cualquier penetración y a lo sumo permite un tantear; oh, monstruosa roca de la realidad, sobre cuya lisa impracticabilidad el hombre sólo puede alejarse a gatas, aferrado a la roca lisa, en constante caída, siempre amenazado por el precipicio. Lucio no sabía nada de la caída; para él la superficie era ya realidad. Oh cordilleras de rocas de la realidad, inmensamente altas y sin embargo hundidas en todas las profundidades, impenetrables por lisas y sin embargo abiertas en su ser, y el que cae se precipita en la abierta sima.

Plocio sacudió los brazos como un remero que descansa:

—Bien, que sea exceptuado Horacio y pueda seguir haciendo versos... y tú, tú harías lo mismo, aunque lo quemaras todo; naturalmente seguirías escribiendo versos...

¡Horacio! Sí, había combatido por Roma como soldado, se había ofrecido él mismo en sacrificio por la realidad de Roma, y por eso había una asombrosa legitimidad, en constante expresión, en su poesía. Ni siquiera Plocio, ni él siquiera sabía que el poeta no puede jamás abstenerse de la acción que sirve a otros:

—¡Oh Plocio, la acción que sirve a otros, su realidad..., sin ella no hay poesía!

—Eneas —apoyó Lucio, mientras Plocio solamente asentía.

Esquilo había combatido como hoplita en Maratón y en Salamina; Publio Virgilio Marón no había combatido por nada.

Pero para animarle, Plocio siguió cordialmente con sus reflexiones:

—Además hay que seguir poetizando, porque antes que la quemes, debes terminar la *Eneida*... No se quema lo inacabado, y, en pocos meses, incluso en pocas semanas, puedes haber llevado a cabo la pequeña porción de trabajo... Por mucha prisa que te corra morir, te toca resistir hasta entonces.

¿Acabar? ¿acabado? En realidad, no había acabado nada. ¿Qué significaba la *Eneida* al lado de una verdadera historia de Roma, como la había escrito Salustio o también como aquella a cuya enorme construcción se había atrevido ahora Livio? ¿Qué significaban las *Geórgicas* al lado de la verdadera ciencia que había comunicado a la agricultura romana el más sabio de todos los sabios, Terencio Varrón, digno de todo respeto? Frente a tales hazañas no había nada que acabar; todo lo que pudiera haber escrito, todo lo que aún pudiera escribir ¡debía quedar inconcluso! Pero ciertamente, Terencio Varrón y Cayo Salustio habían servido al estado romano en toda su dura realidad, realmente, y Publio Virgilio Marón no había servido a nadie.

Y como concluyendo, Plocio constató:

—Oh Virgilio, justamente has podido escribir la *Eneida*, tus talentos han alcanzado apenas para ello, pero no te imagines que la entiendes. Tú no sabes nada ni de su realidad ni de la del hombre llamado Virgilio; sólo conoces a los dos de oídas. —Y cruzando las manos sobre el vientre, se sentó

otra vez en el sillón en la ventana.

¡El hombre llamado Virgilio! Sí, estaba allí y ésta era su realidad, nada más. Y realidad había sido que hubiera recibido regalos, alimentos y manutención de Mecenas, de Asinio Polión, del Augusto; ellos, que lucharon por Roma, que sirvieron a Roma, que habían erigido y erigían la realidad romana con lo que eran y lo que crearon, le pagaban por la huera ornamentación de su obra y no sabían siquiera que pagaban meras baratijas. Esta era la realidad de Publio Virgilio Marón. Y dijo:

—No acabaré la *Eneida*.

Entonces Lucio sonrió:

—¿Quieres tal vez que otro lo haga por ti?

—¡No! —se le escapó, en cierto modo angustiado de que se ofreciera a esta tarea el mismo Lucio.

Lucio sonrió ahora abiertamente:

—Me lo imaginaba... Y por eso tú mismo sabes lo que nos debes todavía, lo que debes todavía al arte...

¿Deber? ¡sí! El era deudor, se había quedado en deuda... ya allá abajo, en la calle de la miseria, sabían de su deuda..., sí, se debía él mismo al ser; de todos modos, ya nada podía serle exigido. Lejos de su vista, vio el mar ante sí, extendido en la lejanía del cielo, cual líquida roca que en su azul centelleo sostuviera al sol; en su enorme profundidad iluminada semejaba la abierta cúpula de un monte, que, pronta a recibir y procreando, absorbía toda realidad y la volvía a despedir, día y noche en bronceo retumbar y, desde el atronador estruendo, subiendo y apagándose, el símbolo de la voz, apagándose y subiendo, el símbolo de toda realidad:

—Lo real debe hacer arder lo que he escrito —dijo.

—¿Desde cuándo trazas un límite entre la realidad y la verdad? —interrumpió Lucio y se irguió un poco, como siempre dispuesto a la discusión, para comenzar con nuevas explicaciones:

—Epicuro dice que...

Plocio le cortó la palabra:

—Epicuro dirá lo que quiera, nosotros dos vamos a cuidar de que ninguna realidad haga arder la *Eneida*. Mas Lucio no era tan fácil de parar:

—Belleza y verdad son una sola cosa con la realidad...

—Por eso mismo —admitió conciliadoramente Plocio.

La luz de la mañana se tornó más fuerte, más azul el cielo en el vacío de la ventana, más negro el ramaje de raíces del candelabro allí delante. Y Plocio, sin levantarse, se empujó con el sillón, mediante un par de golpes, fuera de la zona de sol del mirador, hacia la sombra, más fresca, de la habitación. ¿Por qué ambos no querían comprender lo realmente real? ¿Habían tenido que venir aquí para tornársele ajenos y extraños, ellos que habían sido íntimos amigos desde hacía treinta años largos? Era como si la luz más fuerte penetrara cada vez con más fuerza en las esferas del ser, era como si la superficie del ser y la realidad del ser se separaran cada vez más claramente, y era inconcebible que no ansiaran todos la pura realidad. Hubiera debido contestar Plocio, de cuya madurez dirigida al mundo, eficaz en el mundo, con peso de mundo, había procedido siempre tanta buena sobriedad, que era como una protección que comienza en la niñez y nunca concluye, como una protección cuyo calor interno, terrenal, recio y suave, le adhería a uno irrecusablemente al más acá y con ello insuflaba sin discusión posible la voluntad de curarse; sí, hubiera debido contestar Plocio, sólo que no le importaba: un poco preocupado, estaba allí, cómodamente sentado, juntos los pulgares; a veces lanzaba hacia el lecho una mirada preocupada, y —como siempre— era casi imposible descubrir en su bondadosa cara, acolchada por los años, los antiguos rasgos de la juventud.

Lucio en cambio estaba en plena actividad:

—Lucrecio, a quien tú, oh Virgilio, no honras menos que todos nosotros, Lucrecio, no menos grande que tú, Virgilio, pero no más grande, logró la gracia de conocer la ley de la realidad, y su canto, en que esa ley está engastada, accedió por ello a la verdad y la belleza; nunca se quiebra lo bello en la realidad, nunca arde en ella; no, ocurre a la inversa: lo que en la realidad hay de caduco,

se desprende de ella, en cuanto su ley es conocida, y sólo queda lo bello, ya no hay otra realidad.

¡Ay, conocía esta forma de hablar, la forma de hablar del vegetal literario y filosófico, la forma de hablar de las palabras yertas, nonatas y premuertas; un tiempo había sonado también de sus labios, y seguramente entonces había creído en lo que expresaba o había creído creerlo, mientras que ahora sonaba para él extraña, casi incomprensible! ¿La ley? ¡no hay más que una ley, la ley del corazón! ¡la realidad, la realidad del amor! ¿No debía, no tenía que gritarlo? ¿no debía, no tenía que decírselo, para que lo comprendieran?... ¡Ay, no lo comprenderían, no tenían ganas de comprenderlo y por eso dijo solamente:

—La belleza no puede vivir sin aplauso; la verdad se cierra al aplauso.

—El aplauso de los siglos y de los milenios no es el aplauso del presente, no es el vil aplauso de la muchedumbre seducida a poco precio... Tomándose inmortal, vuelta inmortal, la obra maestra se convierte en conocimiento de la verdad. —Así sonó la rápida respuesta de Lucio, que concluyó diciendo—: En la inmortalidad se une la verdad con la belleza, y no ocurre otra cosa contigo, oh mi Virgilio.

¡Terrena era esta inmortalidad que Lucio establecía ahora, terrena era y por lo tanto no libre del tiempo, a lo sumo de eterna duración y ni siquiera esto! Porque de eterna perduración son los campos de Saturno infinitamente extendidos en el olvido divino por el eterno retorno, mientras que aquí se trataba de gloria. ¡¿No significaba esto para el inmortal la más horrible incapacidad de morir?! ¿No significaba condenación? ¡Quien equipara la verdad con la belleza eterna, elimina la in-temporalidad viva, la salvación y la gracia de la voz! Horrendamente pues Homero y Esquilo, Sófocles y Eurípides, ellos, ancianos poderosos, y aun el mismo Lucrecio, el malogrado, horrendamente vivirían por siempre la muerte terrenal, muerte que debería durar hasta que fuera borrada la última línea de su poesía en el recuerdo de los hombres, hasta que ninguna boca humana repitiera ya sus versos y ningún escenario mostrara ya sus obras; les tocaría una muerte en mil formas, eternamente volverían a ser evocados del inframundo, evocados en el interregno espectralmente ridículo de la inmortalidad terrena. Si esto era así —y no debe excluirse que así ocurra—, ¿no hubieran debido ellos también, los inmortales, no hubieran debido destruir lo creado por ellos, antes que nadie, para morar en campos más beatos? ¡Oh Eurídice, oh Plocia! Sí, así era:

—De muerte hiere la flecha de Apolo, mas no concede la muerte.

—Sí —dijo Plocio—, si yo no tuviera mi sangría todos los meses, estaría yo también bajo tierra y al lado de mis antepasados.

Lucio hizo un gesto asintiendo:

—Herido eternamente por Apolo... y la mesurada dignidad de su actitud es la única elección que le queda al herido de eternidad, si ha de vivir de acuerdo con el modelo del noble Epicuro —y él mismo era mera actitud, cuando, cruzadas las piernas, apoyando en ellas el codo, ofreció esta explicación con la mano llana tendida hacia arriba—: ¿qué se podría poner, pues, en el lugar de la belleza y de la medida de su forma noblemente pura, si la vida de los hombres no alcanza más allá de su ver, de su oír y de sus demás sentidos? El ver la belleza y oírla era lo más alto que Apolo podía conceder, y el artista, que él ha elegido para recibir tal regalo divino, el artista ha de soportar su suerte...

—¿Te pesa mucho, Lucio? —preguntó Plocio.

—No hablo de mí. Pero vale de cualquier artista, ante todo, pues, nuestro Virgilio... Y él ha de admitir que esto no es solamente muy necesaria consecuencia de los principios de Epicuro, sino que se acerca mucho a las ideas de Platón acerca de lo bello, y en mi opinión van aún más lejos que éstas y seguramente no pueden ser nunca refutadas por las mismas...

—Lo admito gustoso: ciertamente es así. —Posiblemente Lucio tenía razón, pero eso era indiferente.

Y sin embargo, sin embargo... Aunque la vida de los hombres no alcance más allá de su ver y oír, y aunque el corazón no pueda sonar más ampliamente de lo que late, y aunque la medida se halle establecida ante el hombre como una última dignidad y valía, fijada por la suerte como forma y exclusivamente como forma, todo lo que ocurre por la mera belleza debe sin embargo seguir presa de la hueca nada y muy digno de condenación, pues incluso el frescor de la medida sigue preso en la

embriaguez, es vuelta del camino, es solamente representación y no tiende al conocimiento, que sólo es morada de los dioses. ¡Oh, por encima de la luz de los ojos volcada en la belleza del áureo brillo de un ser permanece, con todo, la cárcel de plúmbea ceguera! ¡Oh mundo colmado de belleza, ornado de belleza! En él estaba erigida Roma, rica en jardines, rica en palacios, la imagen de la ciudad, la enorme imagen, y se acercaba cada vez más, inaccesible en sí misma, pero cerca, llenando el limpio azul: la casa del Augusto y la de Mecenas, pero también, no lejos de ellas, su propia casa en el Esquilmo, las calles adornadas con columnas, las plazas y los jardines adornados con estatuas: vio el Circo y el Anfiteatro, rugiente como un salvaje órgano, vio cómo, por mor de la belleza, agonizaban muchos gladiadores o las fieras eran azuzadas contra hombres. vio cómo la muchedumbre, jubilosa de placer, se apiñaba alrededor de una cruz a la que está clavado un esclavo insumiso, rugiendo de dolor, sacudido de dolor —embriaguez de sangre, embriaguez de muerte, pero también embriaguez de belleza—, y vio cómo las cruces eran cada vez más, cómo se multiplicaban, entre lenguas de antorchas, entre lenguas de llamas, subiendo del crepitar de la madera, de la gritería de la muchedumbre, un mar de llamas, que caía sobre la ciudad de Roma, para no dejar atrás, al retirarse, más que ennegrecidas ruinas, muñones reventados de columnas, estatuas volcadas y campos de maleza. Vio y supo que así ocurriría, porque la verdadera ley de la realidad se venga y tiene que vengarse irrevocablemente del hombre, cuando, más grande que cualquier acontecer de la belleza, es confundido con ésta y justamente por eso es ofendido, convertido despreciable por no tomarlo en serio: por encima de la ley de la belleza, por encima de la ley del artista, que ambiciona sólo una armonía, está la ley de la realidad, está —divina sabiduría de Platón— Eros en el curso del ser, está la ley del corazón y ¡ay de un mundo que ha olvidado esta última realidad! ¿Por qué tenía que saberlo él solamente? ¿eran los demás aún más ciegos que él? ¿por qué los amigos no lo veían, no lo comprendían? ¿por qué estaba él demasiado baldado, demasiado débil, demasiado mudo, para hacérselo comprender? ¿o era la propia ceguera lo que le hacía incapaz de ello? Veía sangre ante él, sentía el gusto de la sangre en la boca, un violento suspiro se desprendió de su pecho, forzó la garganta, y tuvo que dejar caer de nuevo la cabeza sobre la almohada.

Inmortal solamente la verdad, inmortal la muerte en la verdad. Quien cierra los ojos, presiente la ceguera vidente, presiente la superación del destino.

Aunque, en efecto, la ley pueda ser siempre concebida solamente en una forma fijada por el destino y eternamente igual, aunque también ésta y con ella el mismo destino yazgan en la fría, inmutable cárcel del reino de Saturno, el esfuerzo prometeico se dirige al fuego lento que llamea en la profundidad común del arriba y el abajo; y rompiendo la cárcel de la mera forma, la cárcel del eterno retorno, superando el destino, superando la forma, este esfuerzo se abre paso hacia el antepasado primigenio reinando en la última profundidad; en sus manos descansa la verdad de la realidad de la ley.

Y por eso, terriblemente emparentada con la muerte en el borde extremo de la realidad, terriblemente por encima de todas las oscuridades y precipicios, en un terrible equilibrio, pende la risa, cubriendo el mundo, reventando el mundo, flotante límite entre ansia de vivir y aniquilamiento de sí, terrena en el clamoreo volcánico de la tierra, trascendente en su marina sonrisa a la vista del atardecer. Mas no se oía ya ninguna risa, ni la vista encontraba ya sonrisa alguna. Plocio dijo seriamente:

—Hace mucho que el médico debía haber venido... Trataremos de dar con él nosotros mismos, cuando vayamos ahora a presentarnos ante el Augusto. —Y ambos se levantaron.

En cambio, él quería, él tenía que entretenerles todavía; su ciega ceguera debía ser vencida; intolerable se le hizo la coerción de hacerles comprender, para que no llegaran a convertírsele en extraños, avasalladora la compulsión a decírsele, a decirles lo que ni entendían ni querían comprender. Y aunque él mismo apenas la entendía, surgió la frase:

—La realidad es el amor.

Así era perceptible y había dejado de ser inconcebible. Pues para aplacar el dolor del mero celo, los dioses agraciaron a los hombres con el amor, y aquel a quien toca esa gracia, ve la realidad: ya no es más un simple huésped en el espacio de la propia conciencia, en que se halla sostenido. Y otra vez surgió de él la frase:

—La realidad es el amor.

—Muy bien —confirmó Lucio y no pareció ni conmovido, ni sorprendido de alguna manera—, cierto, esto nos has enseñado, y cuando observo a Tibulo o a Propercio o aun al joven Ovidio ya más que privado de buen gusto, quisiera casi afirmar que nos lo has enseñado y se lo has enseñado con insistencia un poco excesiva, pues para su inmadurez —que hasta cree que podría, imitándote, tal vez superarte a ti mismo, a ti, el inalcanzable— ya no hay en absoluto ningún otro tema que el amor, y debo confesar que ya estoy harto de ello, por menos inclinado que me sienta yo mismo a negar el amor como tal... Por cierto, ¿dónde está el jovencito griego de quien hablabas?

Había fracasado. Una vez más se habían deslizado en lo banal y literario, rozando apenas la superficie de la realidad del ser, como si con ello debiera quedar demostrado que él mismo no merecía nada mejor, más aún, que se hallaba en un sin lugar literario, que ni siquiera es la superficie extrema de una superficie y con nada limita, con ninguna profundidad del cielo o de la tierra, a lo sumo con el espacio vacío de la belleza. El, en efecto, que había traído el camino de perdición, el camino a la inversa, él, que hasta ahora sólo se había emborrachado e inflamado con la belleza, que, poseído de un delirio había querido acallar la propia falta de energía mediante el gran exterior, él, que no había sabido buscar lo inmutable en el corazón de los hombres, sino que, en cambio, se veía obligado a echar mano de las estrellas y todo el tiempo primigenio y todos los aconteceres de los dioses; él nunca había amado, y lo que había creído amor, había sido solamente nostalgia, añoranza de aquel perdido paisaje en el cual antaño, oh, antaño, perdido y perdido, olvidado de la niñez, olvidado del más allá, también para él había habido amor; sólo este paisaje había tenido valor para su poesía, nunca se había asomado a sus labios una canción para Plocio, e incluso aquella vez, cuando por el favor de Asinio había tenido a Alejo, y él, entusiasmado por la belleza del joven, había creído cantar para él, aun entonces no había llegado a la canción de amor, sino a una égloga dirigida a Asinio Polio, que, sin apenas valor, se ocupa un poco del amor, en el paisaje añorado. No, era un error suponer que él, que nunca había amado y a quien por eso nunca le había salido del alma una genuina poesía de amor, que él hubiera podido ejercer la menor influencia sobre estos jóvenes poetas del amor o incluso que hubiera podido valer como mentor suyo; no descendían de él, eran más honestos que él:

—Oh, mi Lucio, proceden de un padre mejor que yo; se llama Catulo y ellos ni me han imitado ni nunca deberían hacerlo.

—No los vas a rechazar, aunque hayan salido de tu manga, como ya lo dices en tu Égloga: ¡nunca más cantaré canciones, ni soy ya vuestro protector! No, Virgilio, eres y sigues siendo su mentor, por cierto un jefe cuya fuerza nunca alcanzarán.

—Estoy muy débil, Lucio, siempre lo he sido también, y con respecto a esta carencia de energías puedo ser llamado tal vez su mentor, pues al fin y al cabo la comparten conmigo... Lo único que tenemos en común es la brevedad de la vida...

—Por lo que sé, Catulo y Tibulo han muerto a los treinta años, y tú eres ahora ya cincuentón —constató Plocio.

Ay, aunque el literato en su debilidad se ilusione con que el paisaje de la niñez, que tal vez ahora, sea la infinitud de los campos saturnianos y que desde allí escuchará las profundidades del cielo y de la tierra, su paisaje verdaderamente propio es el de lo meramente superficial, y él nada escucha, menos aún la muerte:

—¿Cuando fue que Tibulo desapareció inesperadamente, Plocio? Son pocas semanas apenas... Y enfermo de muerte, como yo, yace Propercio... Nuestra debilidad no agrada ya a los dioses, evidentemente, y tienen la intención de borrarlos ahora totalmente...

—Nuestro risueño y tranquilo Propercio vive aún, vive para su felicidad y la nuestra, y tú haces lo mismo más que nadie... Y dentro de veinte años, él con cincuenta, tú con setenta, a pesar de vuestras crónicas enfermedades rivalizaréis, exactamente como hoy, con todos los jóvenes, se llamen Ovidio o como sea...

—Y exactamente como hoy no se les podría ni imaginar sin las *Églogas* y las *Geórgicas* —continuó Lucio, a quien importaban más las correctas definiciones literarias— exactamente como ahora has enseñado a los jóvenes el camino, el camino del idilio, el camino de lo bucólico, el

camino a Teócrito, así exactamente abrirás ante ellos nuevos caminos...

—Yo no procedo de Teócrito, es más bien el caso de Catulo, aunque al respecto se podría discutir...

A disgusto, Lucio limitó sus proféticas proposiciones literarias:

—De todos modos, Catulo fue paisano tuyo, Virgilio, y el paisaje común lleva a menudo a actitudes comunes puntos de partida e inclinaciones comunes...

—Catulo o no Catulo —gruñó Plocio—, Teócrito o no Teócrito, y con ellos todos sus seguidores, tú eres Virgilio, tú eres tú, y dentro de veinte años me seguirás gustando más, si vivo, que ellos, me gustarás sustancialmente más que todos ellos juntos; para mí nada tienes que ver con ellos.

Era una neta línea de separación la que Plocio, sobreestimándole a él, subestimando a los jóvenes, había trazado ahora, y era bueno ser contado por él entre los adultos, entre los fuertes, los que no deben morir antes de tiempo, prematuramente. Sin embargo había que corregir aquel error de apreciación:

—No seas injusto con los jóvenes, Plocio; a su modo son honestos, probablemente aún más honestos de lo que yo he sido jamás.

Nuevamente intervino Lucio:

—Siempre es algo peligroso hablar de honestidad en el arte. Se puede decir de un artista que es honesto, cuando se mantiene fiel a las eternas reglas tradicionales del arte, y se puede decir de él que esto justamente es deshonesto, porque se oculta a sí mismo detrás de la tradición. ¿Somos deshonestos, cuando nos apropiamos de la forma homérica? ¿son deshonestos los jóvenes cuando imitan a un Virgilio? ¿o son tal vez incluso más honestos cuando incurren en el mal gusto?

—Lucio, la cuestión de la honestidad o de la deshonestidad no es propiamente ya una cuestión artística; tiende a lo más esencial en la vida del hombre, y allí el arte se torna casi accesorio, aunque exprese siempre algo humano.

—¿De qué habláis ahora? —preguntó Plocio—; no esperéis que participe en esa cháchara retórica.

—Virgilio afirma que los jóvenes son más honestos que él y semejante afirmación no podemos tolerarla.

—Me da lo mismo —insistió Plocio con esforzada ceguera amistosa—, para mí a Virgilio le sobra honestidad. —Gracias, Plocio...

—Es que te tengo cariño, Virgilio..., mas por eso precisamente puedes complacer a Lucio; admite que eres más honesto que los jóvenes.

—Eso sí que sería una deshonestidad... Yo encuentro que los jóvenes han conseguido con su poesía amorosa una originalidad que a mí no me ha sido accesible... Lucio no quiere comprender que toda realidad reposa en el amor, y que detrás de la poesía amorosa, de la que no gusta, se halla esta gran realidad originaria... Realidad es honestidad...

Lucio parecía un poco fastidiado; su dedo se movía como negando:

—Para el arte no basta de ninguna manera esa honestidad de poco precio, Virgilio; solamente el amor noble, como tú lo has representado y del cual quedará siempre como ejemplo el amor entre Dido y Eneas, sólo este amor tiene derecho de patria en el arte, en oposición a los pequeños escándalos de amor con que aman llenar sus obras poéticas los jóvenes señores.

Plocio sonrió entonces satisfecho:

—A mí nada me importan, pero son muy agradables de leer.

—Conocemos tu pasión por las agudezas, Lucio, pero también sabemos que dudas de la poesía de un Catulo tan poco como todos nosotros... ¿O tal vez debo demostrarte expresamente que hasta Ovidio es un verdadero poeta?

—¿Un verdadero poeta? —Lucio se acaloró lleno de dignidad—. ¿Qué debe entenderse por «un verdadero poeta»? No se trata de talento solamente, muchos tienen talento, el talento es barato, y el amor es posiblemente aún más barato, generalmente se torna un farfullar extremadamente barato, aun cuando los señores suelen pulir sus versitos lo mejor que pueden... Naturalmente, me guardaría de expresar públicamente tales juicios, pues, buenos o malos, los que escribimos pertenecemos a una misma comunidad; en cambio, aquí, en el círculo más estrecho, nada debe retenernos en

presentar las cosas sin adornos... Para ser breve, no puedo ver en una lasciva desnudez la honestidad que constituye, sólo ella, el arte genuino y la poesía genuina...

¿Tenía razón Lucio? No podía tener razón; lo que decía, era plausible, tan plausible como todo lo que suele decir un especialista; pero justamente por eso no trascendía del terreno profesional, ciego a cualquier esfuerzo que precisamente se propusiera romper ese ámbito. Catulo se lo había propuesto, había sido el primero en mostrar un nuevo camino; debía reconocérselo en justicia:

—El arte genuino rompe los confines, los atraviesa y va por nuevos, hasta entonces desconocidos, ámbitos del alma, de la vista, de la expresión, penetra en lo originario, en lo inmediato, en lo real...

—Muy bien, ¡y tú quieres realmente hallar todo esto en esa poesía de amor, pretendidamente tan honesta..., como si en cada verso de la *Eneida* no se pudiera hallar mucha más realidad verdadera! —Lucio era incorregible.

—No voy a discutir contigo de eso, Lucio; en cierto sentido tú defiendes también tu propia poesía, cuando alabas la mía... De mi parte, me doy más fácilmente por vencido que tú, y así puedes referirte solamente a mí y a la *Eneida*, cuando digo que el nuevo arte no puede adelantar más por nuestras sendas, que ese arte se halla bajo el mandamiento de hallar algo más inmediato, más original, un mandamiento que señala hacia las bases primigenias de la realidad... Verdaderamente, es así; aquel que se somete al mandamiento, debe retroceder hasta el fondo primigenio, el fondo primigenio de la realidad, y debe comenzar nuevamente con el amor...

Entonces Plocio se pasó a favor de Lucio:

—Leo con placer todo lo que está bien, pero por mucha originalidad que les atribuyas, los jovencitos carecen de fuerza; sólo un tipo real puede amar realmente también. Todo lo demás no es nada.

—¿Carencia de fuerza? ¿Qué requiere más fuerza de crecimiento? ¿la jugosa hierba en el bondadoso universo de los prados o el mísero hierbajo que debe abrirse paso entre rocas? Tiene el aspecto débil, sin embargo brota con fuerza, sin embargo es hierba... Roma es piedra, nuestras ciudades son piedra, y hay que llamarlo casi un milagro, si a pesar de ello ha brotado en ellas algo original, sí, con aspecto de debilidad, sin embargo original, sin embargo real, sin embargo poesía...

Plocio se rió:

—Por lo que sé, ninguna hierba ha conseguido hasta ahora elegirse el emplazamiento, aunque tal vez pudiera preferir ser devorada por una vaca en una hermosa pradera; queda condenada a su roca, mientras que esos jovencitos son plenamente libres de buscar lo original allí donde crece y donde el hombre lo hace crecer. ¡Por todos los dioses! nadie les obliga a quedarse entre las piedras de la ciudad, nadie fuera de sus propios deseos e inclinaciones, para los que ciertamente es más cómodo corretear por Roma, durmiendo aquí y allá, en Roma, y transformar en breves rimas breves besos. Antes que nada, deberían aprender a ordeñar una vaca, a rasquetear un caballo, a manejar una hoz.

La existencia de gran ciudad de Lucio se sintió atacada y ofendida:

—Quien ha nacido para ser artista, no importa si grande o mediano, no ha nacido para campesino; no puedes medirlo todo con el mismo rasero, Plocio.

—Me defiendo solamente contra la inmediatez de ese amor por la hierba, que Virgilio acaba de afirmar; que de esto entiendo algo... Lo que es falta de fuerza es falta de fuerza.

—Y yo me defiendo contra el hecho de que no dispenséis a los jóvenes la justicia que les corresponde.

Lucio había confirmado las afirmaciones de Plocio con violento gesticular de los dedos:

—Así es, son débiles, y por eso no llegan más allá de la imitación... ¡Cómo puede hablarse, pues, de injusticia! ¡Son imitadores de Teócrito, discípulos de Catulo son, y toman de nuestro Virgilio todo lo que pueden!

¡Ay, ambos seguían incommovibles, cada uno vegetando y aprisionado en su propio círculo de ideas y palabras, incapaz de romperlo y atravesarlo, incapaz de escapar al lenguaje de la rutina! El uno lo llamaba amor a la hierba, falta de fuerza, el otro lo llamaba imitación, ambos con justicia, ninguno de los dos notaba, quería notar que hasta ese amor raquíptico de la gran ciudad, languideciente entre los muros y piedras de gran ciudad, que hasta este amor raquíptico y estrecho,

terreno personal, a menudo lascivamente al descubierto, que hasta este amor se encuentra rodeado por la gran legalidad de la maravilla humana, tocada por la sombra de lo divino, en cuanto logra ampliar el yo a otro yo, parecerse a la amada, presentirla en sí mismo, amor imperecedero en la unión con ella. Sí, esto, esto precisamente se podía rastrear en los versos de los jóvenes, ésta era la nueva realidad humana de la verdad, que a veces era audible en su poesía, y que jamás habrían encontrado si realmente hubieran sido sus discípulos. Esta realidad del amor, justamente la que anula a la muerte, llevándola en su interior, de modo que ésta se convierte en verdadera inmortalidad, justamente ella le estaba negada para siempre, a él, al sobreestimado poeta Virgilio; vacío era todo lo que había cantado, vacía hasta la *Eneida*, poesía y poeta estaban limitados a su propio frío círculo y él nada tenía que enseñar; y aun de Cebes, aun de éste que había querido convertirse en el más delicado y rendido de sus discípulos, se había encariñado solamente porque se había amado a sí mismo en el reflejo de este jovencito, para hacer de él —¡ ay, así había ocurrido como por mandato de los demonios!— un frío literato enamorado de la belleza, a su propia imagen. Catulo, Tibulo, Propertio habían sido capaces de amor y del amor habían recibido el presentimiento de una realidad que es más fuerte que toda simetría y lleva más allá de lo terreno. Solamente lo que viene de esta intuición, puede hacer sonar el aletargado corazón del hombre, puede en este sonido hacerle dispuesto, dispuesto a la futura anunciación de la voz, dispuesto como un arpa que cantará bajo el viento; y como una nueva incitación a Plocio para que conociera la realidad verdadera, como para agradecerle su amistad ciegamente leal, reunió el aliento cansado de hablar para decir de nuevo:

La pureza del corazón, sola inmortal...

Sin comprender, pero con bienhechora bondad, confirmó Plocio lo oído:

—Con eso estoy de acuerdo, mi Virgilio, pues tu pureza es la inmortal.

—Si no fuera así —agregó Lucio—, no te imitarían como lo hacen. Lo originario, lo inmediato, lo nuevo que llevas *in mente*, es siempre la pura correspondencia de la verdad y tú la has mostrado a esta generación como a las futuras; quien anhele llegar a ella, buscará tu compañía. «Un nuevo y noble orden está brotando hoy de los linajes jóvenes», así lo has anunciado y el protector de estos nuevos linajes eres tú.

Realidad del amor, realidad de la muerte, una y misma cosa; los jóvenes lo sabían y estos dos no advertían siquiera que la muerte se hallaba junto a ellos en la habitación... ¿Era posible todavía despertarles a este conocimiento de la realidad? Debían ser llamados a la reflexión, y eso era casi imposible; sólo pudo contestar:

—Sí, Lucio, lo escribí una vez... Mas, créeme, nada he anunciado, solamente he palpado la roca... tal vez he sido precipitado desde ella... no lo sé.

—Te torturas y quieres ocultarlo entre enigmas; eso no es bueno para el hombre —dijo Plocio—, lo oscuro no es bueno. —Y se envolvió más firmemente en la toga, como si tuviera frío.

—Es difícil expresarlo, Plocio, y tal vez no es mi debilidad solamente, tal vez no hay absolutamente ninguna palabra para la última realidad... Yo he escrito poesías, palabras precipitadas... Creía que eran realidad y eran belleza... La poesía nace del crepúsculo..., todo lo que hacemos y creamos nace del crepúsculo... Pero la voz anunciadora de la realidad necesita una ceguera más profunda, que la del frío reino de las sombras..., más profunda y más alta; sí, aún más oscura y sin embargo más clara es la verdad.

Entonces Lucio dijo:

La verdad no es lo único que importa; hasta el demente habla la verdad, puede anunciar la desnuda verdad... La verdad debe estar refrenada para que sea eficaz, y tal es precisamente su medida. Más de uno habla de la demencia del poeta —y miró a Plocio que asentía con un gesto—, pero el poeta es precisamente el hombre a quien está concedido poner riendas a su propia locura y dirigirla.

—Verdad... su tremenda locura..., la perdición en la verdad. —Las voces de las mujeres habían sido desnudas, desnudas como la verdad que debían anunciar, y sin embargo perdición.

—Nunca —insistió Lucio—; la verdad refrenada no es locura, menos aún perdición.

Verdad en la ceguera, verdad superficial sin bien ni mal, sin profundidad, sin altura, desnuda

verdad del eterno retorno en el reino de Saturno, a pesar de eso sin realidad:

—Oh Lucio, ciertamente..., pero no es la poesía la que puede anunciar esa purísima verdad de la realidad... La poesía no posee la diferenciación... ni yo...; yo solamente he tanteado, solamente he tartamudeado... —La fiebre seguía avanzando subrepticia, invadía ahora el pecho y la voz fallaba, se ahogaba en un estertor—; no di el primer paso..., tartamudeado, palpado a tientas y ni esto siquiera... Sin pureza...

—Llámalo tartamudear o palpar a tientas —Lucio habló ahora muy suave y con desacostumbrado calor—, siempre fue medida y por eso purísima anunciación.

—Pero antes que nada necesitas ahora al médico —resolvió Plocio—, es hora ya; nos vamos, pues, y volveremos luego.

Hubo un ruido oscuro, pesado, sordo. La angustia volvía. Querían irse sin haber comprendido. Querían volver... ¿No sería ya demasiado tarde? Antes tenían que ser convencidos, tenían que saberlo de una vez —¡oh, en la mortecina imposibilidad de despertar al alma humana se encuentra encerrada toda su desventura!— y luchando con la tos, enronquecido, lo expresó en un grito casi inaudible:

—Sois mis amigos... Tengo que tener las manos puras..., al comienzo y al final se necesita pureza... y la *Eneida* es indigna..., sin verdad..., nada más que bella... Sois mis amigos..., la quemaréis..., quemaréis la *Eneida* por mí... Prometedlo...

El rostro de Plocio, al que miraba fijamente, se quedó grave y mudo. Y se llenó de amor y de ira. Se veía claramente en medio de la pecosa carne rojiza, sobre la cual se dibujaba azul oscura la barba; amor se veía en sus ojos y era como una esperanza. Pero los labios permanecieron mudos.

—Plocio..., promete...

Plocio había reanudado su paseo por la habitación. Caminaba arriba y abajo a grandes pasos, pesadamente; su vientre tensaba los pliegues de la toga, la corona gris de cabellos alrededor de su calva coronilla se había erizado un poco, y, como mucha gente musculosa, tenía los brazos levemente curvos, los puños levemente apretados: a pesar de sus sesenta años un modelo de vida en cólera.

Como si quisiera expresar lo superfluo de una respuesta apresurada, el encolerizado continuó su marcha bastante tiempo, antes de detenerse, y disponerse a una respuesta:

—Oye, Virgilio —dijo con toda la adulta firmeza que solía tomar su voz cuando equivalía a una orden—, oye; tienes mucho, demasiado tiempo... No veo ninguna urgencia...

La firmeza con que estaba emitida esta afirmación sobre la falta de prisa, no toleraba contradicción; como siempre, apaciguamiento por la intimidación imperiosa, y una vez más su orden de tener fe en la curación debía ser aceptada obedientemente. El se plegó a la orden, lo hizo con gusto, pero seguramente no podía hacer otra cosa; y como había sido tranquilizador, también la conversación se volvió más tranquila y más fácil:

—Es mi última voluntad, Plocio, que tú y Lucio queméis de inmediato la *Eneida*... No podéis negármelo...

¡Oh, mi Virgilio, cuántas veces debo asegurarte todavía que tú y nosotros tenemos bastante tiempo para todo por delante! Tienes, pues, también tiempo más que suficiente para reflexionar con toda exactitud sobre tu propósito... Pero advierte bien esto —y él, de siempre exhortando al sosiego, pero ahora desasosegadamente impaciente, tenía ya la mano sobre el picaporte—: un labrador que emplea simiente como forraje y la malgasta, no sirve para nada.

Y luego, el hombre ruidoso, juntamente con Lucio que visiblemente no había sido menos atemorizado por él y no había osado ni replicar ni interrumpir, desapareció de la habitación; después la puerta se cerró más bien con poca suavidad y fuera se perdieron los pasos.

Obsequiado y expoliado a la vez; sí, en esta situación le habían abandonado, en esta situación le habían dejado solo: el amigo iracundo bien intencionado le había dado tranquilidad y quitado angustia; pero además de la angustia le había sido arrebatado mucho más, como un trozo de sí mismo, y casi era como si Plocio le hubiera expulsado nuevamente de su edad adulta y le hubiera convertido en niño, lanzándole otra vez a la inmadurez llena de proyectos, que afectara a ambos allí

en Milán, durante su primera juventud, y de la que solamente Plocio había sabido escapar verdaderamente; oh, se sentía lanzado tan atrás a lo inacabado, que le habría parecido lo más natural si el amigo hubiera tomado sobre sus sólidos hombros también la *Eneida* y se la hubiera llevado de allí junto con la angustia. ¿Estaba todavía allí, intacto y bien cerrado, el cofre, o era simplemente una ilusión? Mejor era no cerciorarse y tal fue la resolución de la tranquilizadora impotencia, pero también de la vergüenza.

Y tanto mayor era la vergüenza, por cuanto esta extraña disminución de sí mismo se había realizado justamente en presencia de Lisantias, ya que éste —de forma asombrosa, aunque no sorprendente— seguía sentado en el sillón, exactamente como lo había estado por la noche. ¿Era posible que, de repente, el sillón pudiese ofrecer sitio para dos personas? También Plocio acababa de estar sentado allí mismo. En verdad, hubiera sido más deseable y aún más conveniente que Plocio nunca hubiera puesto sus pies en la habitación. Lejos murmuraba el mar del sol y allí, encantador en el olvido, estaba sentado el muchacho, libre de dolor, redimiendo del dolor: si se miraba más atentamente, su rostro era el de un joven campesino bastamente ágil; pero si se miraba aún más atentamente, era muy hermoso y lleno de intimidad... Sobre las rodillas del muchacho estaba el rollo del manuscrito, en el cual había leído durante la noche.

Y como si solamente hubiera esperado la invitación, el muchacho leyó:

—«Dos son las puertas de los sueños: si el sueño ha sido verdadero,
salen por córnea salida las genuinas visiones;
del engañoso sueño que a veces envían los Manes,
vuelan los falsos rostros por la brillante puerta ebúrnea.
Allí conduce Anquises al hijo y con él a la Sibila;
en medio del esplendor ebúrneo se despide de ellos.
Desde allí toma rápido Eneas el camino hacia la escuadra y junto con sus hombres
atraviesa las ondas en línea recta hacia el puerto de Cayeta;
las anclas caen desde proa; atracadas a la playa, descansan ya las quillas.»

Estos versos los había escrito él, para magnificar a Cayeta; reconoció el pasaje:

—Así ocurrió... luego Cayeta es sepultada. Cayeta, la nodriza...; pues Eneas acababa de volver del Ínfero..., había vuelto y había crecido... uno que había nacido de nuevo... —Podía hablar con maravillosa facilidad, como si el aire se hubiera tornado más fluido.

—¿No es también tu camino, Virgilio, el que recorrió Eneas? Tú también penetraste en la tiniebla, para retornar al viaje en la temblorosa luz del oleaje marino...

—Fui impelido a la tiniebla, pero no por mi voluntad; si penetré en ella, si penetré en su seno, no me hundí; de piedra eran las cuevas, ningún río las atravesaba, imposible de descubrir el mar en la profundidad abismal del ojo yerto de la noche... Vi a Plocia, pero no hallé al padre y ella también desapareció... No había para mí renacimiento y nadie me ha guiado; pero luego oí la voz y ahora todo es claro...

—...y tú mismo te has convertido en guía.

—Impulsado e impelido por el destino, apenas fui guía de mí mismo, cuanto menos de otros.

—Dondequiera que hayas sido impulsado, siempre hubo un camino que tú indicaste.

—¿Fui yo quien halló el camino allí a través de las aullantes calles de la noche? ¿No has sido tú?

—Siempre y sólo tú fuiste guía, y guía serás siempre; estuve siempre contigo, te precedí sólo aparentemente a ti y, si a menudo desaparecía ante tus ojos, ahora vuelvo a ti, en ti, llamado por ti en el curso intemporal del tiempo, cuyo tranquilo guía eres.

Y entonces no pudo menos de sonreír: ser guía de los hombres, general en jefe, sacerdote y rey fue una vez aspiración de niño, y el niño la manifestaba ahora. ¿No le había convertido Plocio realmente en un niño?

Mas Lisantias siguió diciendo:

—Nunca jamás guía el general, nunca guía el rey, ni el verso mismo guía a través de las épocas de un dominio inmortal; pero lo que sí domina en ellas, eterno, guiando y guiando, es el acto

volitivo de un ánimo puro.

Más claro se había vuelto el espacio, más leve flotaba el aire, más alegre el aliento divino. Y como si se hubieran tornado más familiares, familiares como la ansiada realización, resplandecían las orillas de sol, los bosques intransitables; resonaba en el canto del sol, desde la boca que canta eternamente y centelleando, la hija de Helios.

—Lisantias, ¿ves el ojo, el purpúreo azul radiante de oro? Abre el mediodía sus ojos y muestra la noche radiante en lo más profundo de la más íntima mirada.

—Apolo era tu objetivo de guía y, solarmente transformado, era tierra contigo como ahora, contigo, día...

—Dorado el mirar de Apolo, de plata su arco amenazante, como rayos su conocimiento, radiante la muerte que éste trae: la palabra divina de Apolo y la divina flecha de Apolo se han tornado unidad resplandeciente, y con esta unidad vuelven al divino origen. Oh, invisible para él mismo, la noche, fuente originaria de la mirada, descansa en la mirada del dios, y sólo a quien la flecha ha herido, sólo a quien la luz atraviesa, sólo a él se le abren los velos de tiniebla, y así con ojos agonizantes, ya ciego y viendo todavía, abarca de la unidad la primitiva cúpula, atravesando con su vista comienzo y fin, la cúpula primitiva de que procede, nocturno y luminoso a la vez...

—Sol invicto —sonó una suave exclamación y venía de los labios del esclavo que apareció otra vez.

—Invicto, pero obediente al padre, al padre del día cornudo como Aries, a Júpiter, que, lanzando rayos con mano poderosa, delimita el destino de los dioses, ordenando al destino y por él hechizado, el Cronida que, desterrado del poder, nunca escapa a Cronos.

—Pero la maldición de la soberanía alternativamente entregada y reconquistada se extingue —dijo el esclavo—, cuando en la cadena de las divinas generaciones aparece el que dio a luz la Virgen: es el primero que no se rebela; fluye en el Padre y el Padre fluye en él; están unidos en el Espíritu, tres en uno eternamente.

—¿Eres un sirio? ¿Eres acaso un persa?

—Del Asia me han traído, cuando niño todavía.

La contestación era cortés y seca, y el rostro del hombre, que un momento antes estaba aún abierto al sol, se había vuelto impenetrablemente servil. ¿Cómo era posible? El acontecer se había quedado como despedazado, tanto que Lisantias, como si hubiese sido ahuyentado, de repente no parecía hallarse ya en la habitación, y la respiración se tomó de nuevo más pesada:

—¿Quién eres?

—Soy esclavo camarero, señor, en la noble casa del Augusto, a quien protejan los dioses.

—¿Quién te enseñó tu fe?

—El esclavo adora los dioses de su señor.

—¿Y la fe de tus padres?

—Mi padre sufrió en la cruz la muerte de los esclavos y yo fui separado de mi madre.

Cruel tormento era, subiendo en llanto: oh, eran lágrimas las que enturbiaban la mirada, que le comprimían dolorosamente el pecho, lágrimas del desmesurado mar del que una y otra vez resurge lo humano. Pero la mirada del esclavo permaneció inmóvil; desnudo y hermético se hallaba sobre el abismo.

Pasaron unos instantes:

—¿Puedo ayudarte?

—Señor, que tu bondad no condescienda; amo mi suerte, nada necesito.

—Pero has venido.

—Así me fue ordenado.

Realmente, ¿era el esclavo sólo un instrumento? ¿le habían ordenado callarse ante el huésped, porque los huéspedes no deben saber nada? ¿qué callaba? La conducta del hombre humillado a la orfandad es impenetrable; un frío manto está enrollado alrededor de su alma, ocultando capas y más capas de horror, y horrendamente huérfano es el esclavo. ¿Había sido enviado para robarle la *Eneida* y el jovencito? ¿para que convirtiera en huérfano también a Lisantias? ¡Vacío estaba el sillón en el mirador, y la mano extendida en busca del desaparecido nada halló, ni pudo salvarle del

destino de los huérfanos! Y estalló el grito de horror:

—¡Le has ahuyentado!

—Si tengo alguna culpa, oh señor, castiga o perdona, pues ocurrió sin intención. Estaba obligado a mi cometido de estar aquí a tu servicio y a tus órdenes.

La desconfianza no se había disipado todavía:

—¿Eres el sustituto? ¿te han enviado como relevo? ¿recibiste su nombre?

—Nada pertenece al esclavo, mi señor, no tiene nombre; desnudo lleva las cadenas. De cualquier modo que me llames, así me llamo.

—¿Lisantias?

Era una pregunta. Pero, conjurado por el nombre, Lisantias estaba allí de nuevo; estaba en el sillón del mirador y fue él, en lugar del esclavo, quien respondió rápidamente:

—Siempre te has buscado para encontrarme, y encontrándote me has buscado.

¡Buscado, oh, buscado..., oh origen! Oh, de nuevo estaba manifiesto lo perdido, oh, ahora se abría profundidad de fuentes tras profundidad de fuentes, el espacio del recuerdo, sin límites el abismo del pasado, coronado por las serpientes del mundo, atravesado por la tempestad del acontecer nunca visto. Y del cruel abrazo de las serpientes, nunca perdido, siempre recordado, se arrancaba el primero de los Titanes, Cronos y, con pie tronante piafando, golpeaba al primero en la tierra...

...y en el tumulto del recuerdo fue perceptible la respuesta del esclavo:

—Quien elige por sí mismo el nombre, se rebela contra el destino...

...buscado, oh, buscado..., el Titán había sido derribado, y generaciones de héroes, generaciones de hombres, sirviendo a los dioses, generación tras generación en infinito rívero, educados en el deber, educados para la muerte, olvidaron la sangre de los Titanes, hasta que de repente vuelve el paroxismo y el nieto lejano, grande y terrible nacido para Titán, vuelve a atravesar, pisoteándolos, los campos de la creación, parecido al lejano abuelo, gritando al cielo en súbita memoria de la antigua fechoría, tan gravemente herido por la memoria, que se dispone a vengarse terriblemente del progenitor que siente en sí mismo; para cegar al padre de la luz, al dominante dios padre, sube trabajosamente a lo alto, y ya está por lograrlo cuando arranca centelleante fuego del ojo del dios; con todo, otra vez resulta vencedor Zeus, rechaza al Titán y lo tiende sobre el suelo rocoso; entonces reina de nuevo el deber, y allá arriba, guiado por las manos de Helios, rueda el carro de fuego, llevando al radiante Sagitario, el de certero arco, a través de las moradas del cielo, día a día en el cenit...

...y rodeado de claridad volvió a hablar el esclavo:

—Tú nunca me has llamado, aun cuando creías llamarme; te he sido impuesto solamente; yo era para ti el deber, porque servía...

...buscado, oh, buscado..., el Titán había huido; pero detrás del que en vano huía, llameaban centelleando las esferas, incontables de estrellas, por el fuego robado; y aunque el Titán no logró tampoco apoderarse del arco divino, aunque tampoco logró dirigirlo contra el padre, convertirse a sí mismo en el gran antepasado y detener en forma tal al tiempo que lo nacido, liberado del tiempo, quedara liberado también de coerción, inmortal sin deber, el propio nombre y quien lo lleva, oh, aunque no había sido logrado, desde entonces quedaron atenuadas las esferas en la inmensa disminución estelar, atenuados a ley estelar el deber, la coerción y la muerte...

..., y entonces habló el muchacho:

—Yo soy Lisantias, Virgilio, y cuando comenzó tu vida, libre de dolor y protegida en la niñez, la madre te tomó en sus brazos, redimiéndote del dolor, sonriendo sin nombre...

..., y el esclavo agregó:

—Anónimo soy, Virgilio, como quiera que me llames, y grande es el anónimo, desnudo flotó siempre en torno de ti, para envolverte al fin...

...buscado, oh, buscado..., oh retorno..., fin adherido al comienzo, comienzo al fin, reinan los dioses, reinan todavía e imponen el deber. Y así estaba ordenado por el dios que da la luz: concibe en vida la muerte, para que aclare tu vida; sólo quien se abre paso hasta el comienzo —oh, buscar es memoria divina—, recordando y volviendo a recordar la región radical del precomienzo, sólo él

halla en el fin el comienzo, y recuerda todo futuro posible, garantizado en el abismo del pasado; sólo quien retiene lo fugaz, constriñe a la muerte en lo huido. Ilimitado es el abismo del antaño y anónimo. A la muerte sirven las Musas, sirven velando como vestales el sacro fuego, el brillo áureo de Apolo.

Y contemplando el rostro del niño, el rostro del esclavo, se revelaba lo perdido, magnífica la vida llevando en su seno la muerte, sabiendo el conocimiento de la verdad, sabiendo el amor en el amor, sentido el más libre de demencia en la verdad que defiende de la demencia, recuperada de la nada, transformada y sin embargo la misma, milagro cargado de realidad. ¡Oh retorno!

¿Fue el esclavo? ¿fue el niño? Una vez más se hizo notar aquél:

—Si ahora me acerco a ti, que siempre me protegiste, te ayudo con mi servicio, ya nunca seré para ti coerción. Luego otra vez el niño, como con voz más alta:

—Invisible te guió, transformado su servicio en tuyo; ahora que ya has llegado, te dispensa de ser guiado. Buscando, hallaste a quien te buscaba.

Más severa sonó la respuesta, pero todavía consoladora:

—Que nada de terrenal le quede a quien está destinado solamente a servir; él mismo no posee nada, ni nombre, ni voluntad; obligado a volver a la niñez, no posee destino alguno. Pero cuanto más es expoliado, tanto más le ocurre lo inmediato; sólo quien lleva cadenas desnudo, adquiere la simple actitud de la humilde concepción de la gracia, sólo él sabe llorar de nuevo, ante él se reserva el milagro, y, así rebajado a niño, es el primero en ver la luz.

Eco de la única voz, las voces se entretejían y, en el tejido del doble sonido, surgió ahora más clara la voz del muchacho:

—Entrada y salida son lo mismo, niñez del comienzo y del fin, niñez refugiada en el amor.

Mas como un eco de llanto del dolor que abraza esferas, fue la voz del esclavo:

—A la más dura esclavitud entregados, sin la llamada del padre, sin los cuidados de la madre, sin ningún pasado del que venir, sin ningún futuro al que llegar, encadenados huérfano a huérfano somos la grey de todos los sirvientes, y, encadenados en fila sin fin los sin destino, el destino nos eligió a la gracia de conocer al hermano en el hermano.

—Desnudo es lo humano dondequiera que se abre paso, desnudos su comienzo y su fin, y sobre la piel maravillosamente desnuda, rozan las cadenas del deber; mas también el Titán está desnudo, desnudez su heroísmo, y, si se enfrenta con el padre, lo hace sin velos ni defensa; arden desnudas sus manos, trayendo en ellas a la tierra el fuego robado.

Extrañamente unido al muchacho, cual si se respondieran mutuamente y dijeran lo mismo, agregó el esclavo:

Un arma abatió antaño al antepasado primigenio y, siempre repitiendo el crimen, se extermina el hombre a sí mismo con rumorosa violencia de armas, aniquilando al hombre en esclavo; él mismo esclavo del arma, hace reventar la creación, ardiendo en helada rigidez. Héroe es solamente quien soporta hallarse inerme.

—Las armas cantaste, Virgilio, ciertamente; mas no al furioso Aquiles, sino al piadoso Eneas vale tu amor.

—Inermes estamos los esclavos, humillados a estar desarmados, mas a nosotros, los inermes, se nos abren en vida los sepulcros, revive lo yerto y la roca se dobla a nuestra mano obediente.

—Inerme está el fin, inerme el nuevo comienzo, y de la piedra nocturna asciende suave el dios hacia el cenit, trocada en niñez la creación.

—Tú nos has visto, Virgilio, has visto la cadena, y al llorar tu mirada, has visto el principio que a nuestro llanto corresponde llevar—. Así habló el otro y volvió a ser —impenetrable— el sirviente pronto a asistirle.

—Has visto el principio, Virgilio, no eres aún el principio; oíste la voz, Virgilio, no eres aún la voz; has oído el latir del corazón de lo creado, no eres aún el corazón, eres el eterno guía, que nunca alcanza su destino: serás inmortal, inmortal como guía, *aún no y sin embargo...*, *tu hado, sea cual fuere el giro del tiempo*.

—Con nosotros llevas la cadena, Virgilio, pero a ti ya se te ha abierto suavemente un poco aflojada.

Luego se hizo el silencio y escucharon juntos. Los tres escuchaban a la luz desplegada. Y la luz era como un murmullo, era como murmullo de espigas el áureo susurro de la lluvia solar, suave y poderosa, inefablemente anunciadora, imperdidamente imperdible anunciando la voz mensajera. El canto del día, cerniéndose esplendoroso sobre la oscuridad.

Luego el muchacho dijo y levantó la mano:

—Mira la estrella, mira el indicador del camino.

Y estaba una estrella nocturna en el medio del purpúreo cielo solar y ardiendo suavemente el astro caminaba hacia el Oriente.

Postrado para la plegaria, el rostro apretado contra el suelo, firmemente inmóvil primero, luego alzándose de rodillas con los brazos levantados y balanceándose levemente sobre las rodillas hacia adelante y hacia atrás, el esclavo oró:

—Tú, el más desconocido, el más inescrutable, el más inefable, que reinas en lo infinito, Te anuncias a través de Tu ojo que mira cegador hacia nosotros, abrumador de claridad y sin embargo sombra solamente de Tu oculto ser, reflejo de Tu oscuridad, reflejo del reflejo. Y mis ojos, mi mirada, sombra reiterada, reflejada del reflejo de Tu reflejo, reflejo reiterado, puede elevarse al Tuyo, no para descansar en Ti, mas para volver en doloroso presentimiento. El león y el toro se hallan a Tus pies, y el águila remonta hacia Ti. Tu ojo es Tu voz y tronante es el ceño de Tu cólera. Nadie se Te resiste, ni el que salta para llevarse el fuego, ni el que doma al toro, ni el que hace de sí el gran antepasado; nadie se Te resiste. Mas Tú envías para la salvación al que no se rebela. Y en el reflejo de la misión, se desprende como un niño de Tus rayos la estrella y vuelve en Tu obediencia a donde has morado y morarás de nuevo con el orto del día. Me has creado para la muerte y soy su imagen. Mas al crearme Tú, el más invisible de lo más invisible, has creado simultáneamente el retorno, y cuando el astro declina, cuando Tú, el más sin nombre de los más sin nombre, llamas el nombre que tomas para peregrinar en la tierra, para morir en la tierra, visible a lo terreno como Tu segunda figura, en la que vuelves a ascender a Ti mismo, retransformado en la propia luz, el astro de nuevo desplegado en sol, un solo ojo, déjame pues a mí, última sombra de Tu anonimato, el esclavo de los esclavos, déjame participar en Tu nombre, en Tu aspecto, en Tu resplandor, oh el más desconocido, el más inescrutable, el más inefable, a quien pertenezco y alabo hoy y para siempre.

Y entonces se levantó el viento meridiano, el hálito del beso fervoroso de la vida; llegaba rozando apenas perceptible desde el sur, oleaje de lento movimiento, el mar del aliento del mundo, que desborda cada día sus orillas, el hálito de los tiempos cumpliéndose, nunca cumplidos, sobre los cuales pasa el astro: soplo de tierra que madura, soplo del olivo, de la vid y de los campos de trigo, soplo del cuidado y la simplicidad, soplo de los establos y de la fruta estrujada, soplo de la comunidad y de la paz, soplo de tierras y más tierras, de campos y más campos, soplo del trabajo que sirve con amor, soplo del mediodía; oh plenitud del mediodía, la más santa, descansando sobre el mundo y los mundos, cual si las ruedas del carro solar se hubieran detenido en el cenit para sagrado descanso. Levemente oscilaba la lámpara en el soplo y sonaba plateada la cadena.

No basta la vida de un hombre. No alcanza para nada. ¡Oh recuerdo, oh retorno!

Y en lo más ignoto, en lo más inescrutable, en lo más inefable, en lo más recóndito del dios, allí impera de quien la luz es sombra, siempre presentida, nunca conocida, el innombrable, el más oculto. ¿No era aquél el venerado temerosamente por el paisanaje creyendo que moraba en el primitivo bosque capitolino? Ninguna imagen le ha sido erigida, ninguna ha de erigírsele, es símbolo de sí mismo; pero se ha anunciado en el símbolo de la voz. ¡Oh, abre los ojos al amor! Y allí arriba, por encima del soplo del canto meridiano, que seguía fluyendo inalteradamente cálido, henchido de la amorosa cura del hombre por la tierra, henchido del cruel amor de la tierra por el hombre, arriba, pasaba en su vagar el astro de la noche, símbolo él también, símbolo de un amor innombrable, que quiere descender para levantar lo terreno a lo solar. Así reposaba en el aliento del arriba y del abajo el mediodía, y reposaban los caballos del carro de fuego, reposaban las ruedas, reposaba Helios.

¿Era felicidad lo que sentía? No lo sabía, apenas si quería saberlo. Seguramente, era esperanza,

una esperanza tan enormemente fuerte, que se tornó casi insoportable, como una luz demasiado viva, como un tono demasiado enérgico, e incluso sintió como un alivio, cuando se quebró de repente el detenido acontecer. Pero cuando se quebró, cuando el mediodía se puso de nuevo en movimiento y la brillante rueda recomenzó a girar, cuando los caballos retomaron su ruta y de repente ya el astro errante no estaba en el cielo, se abrió la puerta de la habitación, se abrió como si en el mismo instante hubiera querido dejar escamotearse al muchacho en ágil huida; en realidad había sido abierta por un hombre algo corpulento, barbudo, que ahora ocupaba el marco de la puerta saludando el brazo en alto, con amistosa sonrisa, ofreciéndose a sí mismo, por así decirlo, en alegre regalo, sin ver al muchacho, que se había escurrido delante de él: no era difícil reconocer en este hombre al esperado médico; porte, vestidura y aspecto lo atestiguaban sin lugar a duda, sin olvidar la barba de sabio, corta y cuidada, en cuyo rubio color se entretejía algún hilo de plata, casi artificiosamente intercalado, hilos plateados de una edad que inspira confianza, y si hubiera subsistido aún la duda, el séquito con los instrumentos, que aparecía detrás de él con mayor dignidad todavía, si cabe, hubiera disipado cualquier incertidumbre, por no hablar del amistoso saludo, de profesional elegancia, que fluyó expedito de los labios del sonriente decano:

—Creía encontrarme con un convaleciente, pero me encuentro a un hombre curado.

—Realmente, así es. —Lo había dicho más rápidamente y con mayor convicción de lo que hubiera esperado de sí mismo.

—Nada puede ser más grato al médico, que ver confirmado su diagnóstico y más, cuando esta confirmación procede de un poeta tan grande..., mientras que si te declaras sano solamente para escapar al médico... ¿como dice Menalcas? «¡Imposible escaparte de mí hoy, dondequiera que llames, aparezco!»

La habilidad de este médico de la corte resultaba agradable, aunque ningún enfermo puede sustraerse a la misteriosa atracción de la medicina; pero un auténtico curandero rural hubiera sido más aceptable..., se hubiera podido hablar de cualquier cosa. Se trataba ahora de concluir bien o mal con éste:

—No huyo de ti... y por lo demás, olvida la poesía.

—¿Olvidar la poesía? ¡si tu aspecto no afirmara lo contrario, debería creer que es la fiebre la que habla por ti, Virgilio! No, ni tú huyes de mí, ni yo olvidaré tu poesía, tanto menos aún por cuanto por el parentesco de nuestros respectivos antepasados, Teócrito e Hipócrates, hijos ambos de Cos, puedo ufanarme de estar emparentado contigo...

—Como un pariente te saludo.

—Soy Carondas de Cos. —Con gravedad había sido dicho, cual conviene precisamente a un nombre famoso.

—Oh, tú eres Carondas..., así que ya no enseñas allí; muchos han de sentirlo.

No fue reproche, sino más bien el asombro de uno para quien el enseñar había significado siempre una meta elevada y propiamente inalcanzable. Pero había tocado un punto débil en la conciencia del médico de corte, y éste se defendió:

—No es que haya obedecido al llamamiento del Augusto por amor de los honorarios; si me importara la riqueza, me habría bastado simplemente con dedicarme al tratamiento de mis ricos pacientes, de los que había verdaderamente buen número, mas ¿quién piensa en la riqueza, si logra servir de cerca a la persona sagrada del César Augusto? Y creo también que, estando en el centro del gobierno, en el cual tengo ya mi pequeña participación, puedo hacer mucho por la ciencia y por la salud del pueblo, tal vez aún mucho más de todo lo que podría hacer en la enseñanza... Edificaremos ciudades en Asia y en Africa y en esto es indispensable el consejo del clínico, y no se trata más que de un ejemplo entre muchos...; por cierto eso no excluye que fuera y sea un verdadero dolor el haber renunciado a mis actividades docentes; porque hubo años en que he formado más de cuatrocientos discípulos... —y mientras informaba de sí con esta charla en parte desenfadada, en parte vanidosa, como un amigo que se ofrece al amigo, se había sentado en el lecho, para contar las pulsaciones con la ayuda de una pequeña clepsidra de arena, que a un gesto suyo le había alcanzado uno de sus ayudantes—; ...ahora quieto, terminaremos en seguida.

En el recipiente de vidrio la arena corría con hilo delgado, inaudible, inquietante, como con

rápida lentitud.

—El pulso carece de importancia.

—Aguarda, en seguida podrás hablar..., —la arena del reloj concluía de caer—, ...bueno, tan sin importancia no me parece precisamente...

—¡Cierto, Herófilo nos ha enseñado la importancia del pulso!

—Cuánto mejor habría hecho el gran alejandrino si se hubiera unido a la escuela de Cos; bueno, hace mucho de eso...; mas por lo que se refiere a tu pulso, bueno, aun cuando esté muy lejos de afirmar que sea malo, en líneas generales podría estar mucho mejor.

—Eso no quiere decir nada... Estoy un poco debilitado por la fiebre, lo que influye sobre el pulso...; en este sentido estoy muy tranquilo; todavía sé algunas cosas de mis estudios de medicina, aún no las he olvidado totalmente...

—Los colegas son los peores pacientes, realmente prefiero a los poetas, y no solamente en su lecho de enfermos... ¿Y cómo está la tos, la expectoración?

—La flema tiene sangre..., pero tiene que ser así; los humores vuelven a su equilibrio.

—Gloria a Hipócrates... ¿Qué tal, si por un rato olvidaras la mezcla de medicina y poesía?

—Sí, la poesía es digna de olvido; hubiera debido ser médico.

—Con placer estoy dispuesto a cambiar nuestros lugares, apenas te hayas curado.

—Estoy curado. Ahora me levantaré. —Y una vez más fue como si en él hubiera hablado otro, alguien que realmente estuviera sano.

En un segundo, el médico había perdido el aplomo mundano, cuya indiferente habilidad había resultado tan desagradable; en el rostro liso, gordo y sonriente, los ojos, negros ojos con un brillo dotado, se tornaron muy agudos y observadores, más aún, verdaderamente preocupados, y sus casi alegres palabras casaban mal con esa mirada:

—Me alegra de verdad muy sinceramente que te consideres completamente curado; pero el Augusto suele decir en estos casos: *festina lente...* También en el restablecimiento hay gradaciones, y será tu médico quien decida hasta dónde has llegado en la escalera de tu restablecimiento...

La mirada escrutadora, la alegre conversación, todo esto era intranquilizador:

—Te refieres seguramente a que mi restablecimiento ha progresado ya demasiado... Te refieres seguramente a que siento una curación demasiado perfecta... ¿Te refieres a la euforia?

—¡Ay, Virgilio, si así fuera te desearía una euforia muy larga y muy feliz!

—No se trata de un estado eufórico. Estoy sano; quiero bajar a la playa.

—Bueno, no es precisamente a la playa a donde te voy a enviar, sino, muy pronto, a las montañas... Si me hubiera encontrado en Atenas con el Augusto, hubieras partido en seguida para una cura en Epidauro; puedes estar seguro de que lo habría exigido... Ahora no tenemos otro remedio que arreglarnos aquí lo mejor que nos sea posible...; pero nada es imposible si médico y paciente tienen la misma voluntad de curación... ¿Cómo va con tu desayuno? ¿sientes hambre?

—Quiero seguir en ayunas.

—Lo que nos faltaba... ¿Quién es el doméstico aquí? Comenzaremos con leche caliente... El esclavo tiene que ir corriendo a la cocina...

El esclavo, que se había mantenido inexpresivo detrás del séquito, se dispuso a cumplir el encargo.

—No, él no... no debe irse...; debe preparar mi baño.

—Hoy no hay baño, aun cuando más adelante probaremos gustosos también con baños; lo que nos enseñó hace dos siglos Cleofanto acerca de la acción de los baños, sigue valiendo... La naturaleza humana no cambia y una verdad hallada una vez sigue siendo verdad, a pesar de todas las nuevas medicinas que actualmente disfrutamos...

—También el viejo Asclepiades, por lo que estoy informado, es a este respecto un partidario de Cleofanto.

La objeción desencadenó la indignación, aguardada y en realidad también esperada, si bien apareció muy contenida:

—Sí, el viejo zorro de Bitinia procede cual si tuviera el monopolio de agua, aire y sol... Por lo demás, cuando yo era un médico joven, es decir en una época en que Asclepiades no había llegado

aún a tanta gloria, obtuve ya notables éxitos con curas de reposo y baños... Le venero, desde luego, si bien no excluiría por completo que hubiera oído algo de mis éxitos curativos; parto siempre del punto de vista de que los médicos estamos aquí para sanar al hombre enfermo y de que las disputas sobre la prioridad de éxitos no son sino indignas envidias profesionales y deberían ser irrecusablemente prohibidas... El médico debe dejar madurar sus experiencias y no anunciar inmediatamente sus derechos de prioridad con gran ruido, como, por desgracia, es costumbre de algunos... Hubiera podido escribir hace ya treinta años una lección sobre la acción de los baños y no lo he hecho... ¡Qué de perjuicios ha causado, por ejemplo, precisamente este viejo Asclepiades con sus escritos sobre la acción del vino! Con cierto atrevimiento, se podría afirmar que emplea sus curas de baños sólo para restaurar los daños provocados por sus curas de vino... —El discurso terminó en una clara y llana risa; era como si un plano de risa cayera sobre el otro, liso como un espejo, para deslizarse luego un poquito sobre él.

—¿Así que nunca recetarías vino?

—¿En una prudente medida? ¿Cómo no? Sólo que no pienso hacer de mis pacientes unos borrachos... En esto se equivoca radicalmente Asclepiades... Mas dejemos esto, porque tú no recibirás ni vino ni baños, sino leche caliente...

—¿Leche? ¿como medicina?

—Es indiferente que lo llames desayuno o medicina, a no ser que desees otra cosa.

Como a un niño, se le haría ingerir leche; también el médico quería reducirlo a la niñez. Había que rebelarse; era necesario:

—La noche no ha sido buena, hacía mucha calor...; —los dedos deshidratados por la fiebre se movían como automáticamente, para demostrar en forma visible su necesidad de un baño—; me hace falta un baño...

De todos modos, la rebelión no sirvió para nada. El esclavo se había alejado de prisa, sin atender a las objeciones. ¿Era un traidor? Oh, la copa había desaparecido de la mesa y seguro que el muchacho había sido ahuyentado. ¿Qué ocurría? Los dedos siguieron adelante con su juego automático sin freno, y el anillo apretaba como si de repente fuera demasiado chico. ¿Por qué ocurría todo esto? ¿por qué no se le ha dejado solo con los dos? ¿por qué le precipitaban una y otra vez más a esta soledad repleta de hombres? Hasta el sillico le negaban.

—Debo limpiarme, necesito un baño.

—Naturalmente, debes ser limpiado y no sólo tú, sino también este cuarto, pues el Augusto tiene la intención —debo comunicártelo de su parte— de saludarte aquí pronto, personalmente... Mi ayudante te lavará en seguida con vinagre tibio...

Hubo que abandonar toda resistencia:

—El Augusto ha de serme bienvenido...; que se prepare todo.

—Estamos en eso, mi Virgilio; pero ante todo toma este remedio. —Y el médico le tendió una copa con un claro líquido.

El líquido no parecía de confianza:

—¿Qué es?

—Un decocto de semillas de granada.

—Es una cosa inocua.

—Completamente inocua. Su única finalidad es hacer el estómago otra vez receptivo; después de una noche molesta, como parece que has pasado, lo considero un requisito urgente.

La bebida sabía puramente a amargo:

—El huésped debe adaptarse a las costumbres de la casa y yo también debo someterme; aquél que ha faltado debe someterse.

—Quien está enfermo, debe acomodarse a la sumisión; ésta es la primera exigencia que debe plantear el médico.

—Ciertamente, la enfermedad es una falta.

—De la naturaleza.

—Del enfermo... La naturaleza no comete faltas.

—Es una suerte que no creas que es una falta del médico.

—Con su ayuda se hace cómplice de todos modos; es un falso salvador.

—Verdaderamente, lo asumiré oh Virgilio, tanto más, por cuanto tú mismo piensas todavía en convertirte en médico.

—¿He dicho yo eso?

—Lo has dicho.

—Durante toda la vida he estado enfermo; el falso salvador ha estado siempre dentro de mí... He faltado siempre.

—En realidad, pudiera ser que hayas estudiado demasiado exactamente los escritos de nuestro amigo Asclepiades, Virgilio mío.

—¿Por qué?

—¡Bueno! Su doctrina de la inevitabilidad de todas las enfermedades mediante una vida adecuada tiene un parecido inconfundible con la tuya acerca de las faltas que se manifiestan como enfermedad... A pesar de toda mi estimación, me atrevo a llamar a esto un contrasentido y un absurdo, que conduce ya muy cerca de la medicina por encantamiento... Y esto no es asombroso, si tenemos en cuenta los átomos migradores que se agitan en el organismo humano, según la teoría de Asclepiades...

—¿Eres tan grande enemigo de la magia, Carondas? ¿se puede siquiera sanar sin hechizo? Casi creo que solamente hemos olvidado el verdadero arte del encantamiento.

—En cambio, yo creo solamente en los conjuros de amor de tu maga, que devuelven a Dafnis, oh Virgilio.

Maravillosamente resurgió lo olvidado. ¡Dafnis! ¡La Égloga de la maga! ¿no había presentido ya entonces que el amor precede a todo hechizo? ¿que toda desgracia, toda falta es al mismo tiempo una falta de amor? Quien no ama es víctima de la enfermedad, y sólo quien vuelve a despertar al amor, puede sanar:

—Oh Carondas, cualquier médico que posea el verdadero hechizo salvador libera a sus pacientes de las culpas, y aun tú mismo lo haces muchas veces, a menudo sin saberlo.

—Nada quiero saber tampoco de esto, porque no puedo ver en la enfermedad una falta... Hasta los animales y los niños enferman, y seguramente no cometen falta alguna... Este es también un error fundamental de Asclepiades, a pesar de su importancia en otros aspectos.

Rebajado a niño, rebajado a animal, rebajado por la enfermedad y por la enfermedad huido aún más profundamente, huido hasta límites que están mucho más abajo que los de la animalidad y de la niñez, contestó:

—Oh Carondas, justamente el animal se llena de vergüenza por su enfermedad y se esconde como puede.

—Realmente, no soy ningún veterinario, Virgilio; sin embargo, por lo que conozco a mis pacientes, la mayoría estaban muy orgullosos de su enfermedad. —Lo había lanzado casi de paso, porque la actividad de peinar la barba no toleraba interrupción alguna: en efecto, un médico de corte debe estar arreglado para una inminente visita del César, y por tanto había sacado de los pliegues de su toga un espejo de mano y un peine, y se había colocado de través, para pescar una luz favorable en el espejo, atentamente ocupado en embellecer su rubia barba de sabio. Y sin interrumpir esta tarea, con el labio inferior subido por la tensión de la piel y por eso hablando oscuro, agregó esta explicación—: La vanidad morbosa de los pacientes sólo es superada por la vanidad de curación de los médicos.

Ciertamente, era exacto; ninguna vergüenza por la enfermedad puede ser tan grande que no deje lugar todavía para la vanidad por la enfermedad, para una exagerada vanidad de víctima, que cree haber llevado a cabo una obra meritoria, porque la enfermedad dispensa del ejercicio del sexo, porque todo lo deseable y lo digno de desearse está borrado del rostro del enfermo: vanidad de la propia destrucción. Y justamente por eso o a pesar de eso, solicitó:

—Dame el espejo.

—Más tarde, cuando te hayamos arreglado; ahora estás todavía un poco descuidado.

—Déjame la vanidad de mi mal; dámelo.

Y cuando le fue alcanzado el espejo, y la imagen familiar y extraña de su propio rostro le miró

desde él severamente reservado y al mismo tiempo imperioso, con muchas capas bajo la aceitunada piel sin afeitar, ambiguo en los negros ojos sombreados en negro, callando mucho la boca, al fin pequeña y desacostumbrada al beso, cuando se fijó en este rostro hueco que miraba, que llevaba en sí como sumiso todos los rostros de la vida, el abismo de rostros del pasado en que se había precipitado un rostro tras otro, para sin embargo ser conservado allí eternamente, reflejado el rostro de la madre en el del niño, aunque éste no hubiese recibido la gracia de sus claros ojos, oh, cuando miró esta cadena de rostros, vio el último rostro, que aún debía agregarse y que ya se dibujaba, el rostro de su esperanza, el rostro en el que había querido transformarse por su enfermedad, y era el rostro del padre en la muerte, el rostro del alfarero moribundo colocando aquella mano que sabía dar forma, sobre la cabeza del hijo, el rostro que pronunciaba su nombre; una rara tranquilidad salía de ese rostro, los demás rostros palidecían detrás de él, y, hubiera sido adquirido de esta o la otra forma, hubiera sido o no la enfermedad la ruta adecuada, era casi indiferente a estas alturas:

—Ya que eres médico, cúrame para que pueda morir.

—Nadie lo puede todo, así lo has cantado tú mismo, Virgilio; yo puedo solamente ayudarte a que vivas, y es lo que voy a hacer con la ayuda de Esculapio.

—Haré que preparen el gallo para él.

—¿Para que te despierte a la eternidad? Oh Virgilio, no necesitas ya de la muerte para acceder a la inmortalidad; ahora vamos a ponernos a lavarte y afeitarte, para que no nos sorprenda en ello el César; el tiempo apremia ya considerablemente.

—También hay que cortarme el cabello.

—Devuélveme el espejo, Virgilio, de otra manera tus vanidosos deseos alcanzarán lo desmedido: tus cabellos no están por cierto cuidados por un barbero de la corte, pero cortarlos ahora, para mi gusto, está de más.

—A la víctima se le cortan los cabellos de la frente; así lo ordena la regla.

—¿Aumenta tu fiebre? ¿O lo dices solamente como concesión a la medicina mágica? Si es útil, lo encuentro bien, pues mis tratamientos no son unilaterales; puedo decir con orgullo que ésta es una de sus ventajas... Así que puedes tranquilamente cortarte el pelo para el llamado sacrificio, pero entonces tanta más prisa hay que darse.

Era el tono con el que se cede a la voluntad de un niño, aparentemente, para lograr que obedezca. Entretanto, indiferente que la idea del sacrificio fuera insensata o no, no había más remedio que adaptarse. Y sin oposición dejó hacer lo que ocurriría con él, de acuerdo con las prescripciones del médico. Manos prácticas le levantaron en vilo y le llevaron al sillico, bajo la mirada del médico, atenta como si debiera cuidar de un hijo pequeño.

—Bien —dijo luego—, ahora te enviaremos un rato al sol, para que puedas tomar tu leche con toda comodidad.

Así se sentó, envuelto en una manta y asoleado, en el sillón cerca de la ventana y tomó a sorbos la leche caliente, que penetró corriendo en pequeñas olas de calor en la oscuridad del cuerpo. El esclavo estaba a su lado, pronto a recibir de él la copa vacía. Mas los ojos del esclavo miraban por la ventana, severos, reservados, si bien sumisos.

—¿Ves al cojo?

—No, señor, no veo a ningún cojo.

La habitación estaba ahora llena de actividad; se llevaron las flores que colgaban ajadas del candelabro desprendiendo un olor dulzón, las velas fueron renovadas, el piso lavado, la ropa de cama fue sacada afuera. Armado de nuevo de espejo y peine, el médico se había acercado:

—¿Qué cojo?

—El cojo de la noche.

Llena de preocupación, buscando algo concebible, llegó la siguiente pregunta:

—Oh, ¿aludes a Vulcano? ¿te refieres a él, a quien dedicaste tu canto del Etna?

La preocupación resultaba casi conmovedora, el esfuerzo por comprender casi cómico:

—Ah, olvida la poesía, mi Carondas; que ninguna de mis poesías pese en tu memoria, menos que cualquier otra sin embargo esa antigua e imperfecta chapuza, que en rigor hubiera debido rehacer.

—¿Quieres rehacer el canto del Etna y quemar la *Eneida*? —La preocupada incompreensión con

que lo dijo, caía cada vez más en lo cómico. Y sin embargo tal vez hubiera valido la pena realmente tomar otra vez el tema del Etna, para escuchar ahora con mejor arte, con mayor seriedad, con mejor visión que un tiempo, al cojo herrero en su abismo de bronce, demoníacamente desencadenado, ciego por la ruda luz del *Ínfero*, pero espiando gracias a esa ceguera —¡oh, la ceguera del cantor!— la luz de todas las alturas: Prometeo encarnado en Vulcano, la salvación en la perdición.

—No, mi Carondas, opino solamente que hubieras debido olvidar los versos de uno y de la otra.

Y entonces fue otra vez conmovedor el ver cómo se iluminaba el ceño del médico, porque, al fin, ahora se había tendido un puente de entendimiento:

—Oh Virgilio, aunque sea privilegio de los poetas exigir lo imposible, la memoria no se deja ensordecir sin más por una orden... Oh Virgilio, todo lo que una vez cantara Apolo ante el dichoso Eurotas, él lo cantó...

—... y los montes llevaron el eco a los cielos —completó desde las lejanías del eco una queda voz, ella misma un eco, reflejando la desaparecida voz del jovencito.

Los sonidos subían en alto hacia el eco celeste; subían los ruidos del día, los ruidos de la laboriosidad, los ruidos de miles de talleres, de miles de casas, de miles de negocios, los ruidos de la ciudad entremezclados, entrecruzados, mezclados y cruzados con todos los olores de la ciudad, subiendo al cielo el flotante rastrojo del día, ya tan poco angustioso como el arrullar de las palomas o el piar de los gorriones, disuelto en tanto ruido. Los techos de tejas, a franjas negras o totalmente negros, estaban cubiertos por una delgada, temblorosa capa de humo, aquí y allá resplandecía el cobre o el plomo, resplandecía el bronce bajo los rayos del astro del día ya incoloro, y en el resplandor del mediodía también el cielo había perdido su color; sin nubes por cierto, pero perdida su azulina dureza, se tendía sobre un mundo en meridiana trepidación.

¿Debía intranquilizar otra vez al médico preguntándole por la estrella desaparecida en la invisible transparencia? Sin perderse, aun cuando no perceptible, la estrella corría hacia el oriente, corría a lo largo de los cielos, pero al mismo tiempo detrás de cualquier bóveda, hundida en ese espejo oceánico cuya profundidad de abismo recoge para siempre el eco de cielos y más cielos. ¡Estrella vagabunda que une a las esferas! Inhallables, a través de todas las lenguas, llegan hasta abajo las raíces radiantes de la luz; inhallable, a través de todas las lenguas, llega hasta arriba de los rayos de la mirada; pero, junto con el penetrante rayo, que se abre paso en nosotros más y más infinitamente, ojo y más ojo en nosotros, debemos volver a nuestra más profunda profundidad, de modo que alcancemos el abismo oceánico del eco, desde donde nuestra imagen es irradiada de vuelta a cielos y más cielos, al ojo del dios. ¿Es nuestra obra, la que cumplimos inclinados sobre la tierra y debemos cumplir humildemente, ya un escudriñar de la profundidad? ¿es ya aquel esfuerzo en acecho decidido a encontrar la imagen superior? ¿alcanzamos con nuestro trabajo dirigido hacia la tierra aquella profundidad, la más infinita, que yace profundamente bajo todo lo inframundano y al mismo tiempo es la del más alto cielo? ¿o debemos esperar hasta que con el último rayo de luz, con el último y mortal, penetre en nosotros el dios mismo mortalmente, para devolvernos con eco de sí mismo a su ser divino, descendiendo hacia lo alto las regias escaleras de los Eones, descendiendo hacia lo alto hasta la superficie abierta? ¡¿dónde estaba la vagabunda estrella que enseña la vía?!

Hundido en el sillón, avizoraba en alto el resplandor incoloro; lo hacía con prudencia, como si cometiera con ello algo prohibido. Y en el parpadeo, doloroso y sin embargo incontrolable, en este parpadeo que era al mismo tiempo un hacer y un dejar hacer, emergió a la vez, extrañamente deformada y sin embargo neta —¿era aquí, era allá?— la imagen que había visto reflejada en el espejo de mano, hermética y compleja, pero no acabada, un reflejo del reflejo, surgido como una sombra en la más profunda superficie del espejo, en el radiante suelo, oscuro y lejanísimo, de su abismo. En verdad, no había sido portado por la escalera de los Eones, más bien parecía haberse colado por la puerta más modesta y pequeña del fondo, como en el guiño de una conciencia culpable, ay, verdaderamente no era la gloria de los rayos quien le había llevado a las alturas.

Entonces el esclavo, que había tomado de él la copa y la había retirado, le dijo:

—Señor, protege tus ojos, el sol es fuerte.

—Eso es cosa mía —le increpó el médico, quien en seguida se volvió al grupo de sus

ayudantes—: ¿Está caliente el vinagre?

—Desde luego, maestro —contestó una voz desde el cuarto en penumbra.

Y entonces, a una señal del maestro, fue llevado de nuevo a la sombra y acostado en el lecho. Pero su mirada quedó presa en el recuadro de cielo de la ventana, tan irresistiblemente atraído por la claridad, que las palabras siguientes fueron dichas automáticamente:

—Para quien mira desde la profundidad del pozo hacia el cielo del día, es oscuro y puede ver en ese cielo las estrellas.

De inmediato el médico estuvo a su lado:

—¿Sufres alguna perturbación visual, Virgilio? En tal caso no debes preocuparte, porque carece de importancia...

—No, no sufro ningún trastorno visual.

—¡Qué ciego debía ser* este médico imperial, si no sabía que no puede sufrir desarreglos de la vista quien está en la ceguera y espera una ceguera mejor!

—Hablabas de estrellas.

—¿Estrellas?... Ay, sí..., quisiera verlas una vez más.

—Las verás muchas veces todavía... Te lo aseguro, yo, Carondas de Cos.

—¿Ah, realmente, Carondas? Más lejos no pueden llegar realmente los deseos de un enfermo.

—No seas demasiado modesto; con tranquila conciencia puedo prometerte mucho más aún... Por ejemplo, también que dentro de pocos días, casi podría decir en pocas horas más, te sentirás perfectamente bien, pues después de una crisis como la que evidentemente has tenido la noche pasada y evidentemente de lo más violento, casi siempre sigue una mejoría impetuosa del estado general... Los médicos, en realidad, no podemos desear nada mejor que una de estas crisis y, según la opinión que con buenas razones sustento, aunque no sea compartida por toda la escuela y me haya valido, sin que me sienta por eso ofendido o mermado, fama de raro, en ciertas circunstancias resulta hasta recomendable provocar artificialmente una crisis de esta naturaleza...

—Ya me siento perfectamente bien ahora.

—Mejor que mejor, entonces, Virgilio mío.

Sí, se sentía perfectamente bien: apoyada la espalda en almohadones, que habían sido colocados así para detener la tos, extendido desnudo sobre el lecho, era lavado en cuidadosa sucesión con vinagre tibio y secado suavemente con paños calientes, y cuanto más duraba este delicado alternar, tanto más sentía desaparecer de su cuerpo el cansancio de la fiebre; tenía la cabeza doblada hacia atrás en el borde de la almohada, para ofrecer el mentón y el cuello a la navaja del barbero que trabajaba en su cabeza, y esta entrega se convirtió en suave alivio, y alivio era también tanto el suave y seguro deslizarse de la navaja sobre la piel estirada como el quedarse limpio del cálido rastrojo de la barba, como también —y esto era ya más que alivio, era ya un fortalecimiento bienhechor— el rápido y múltiple sucederse de las compresas calientes y frías con que le envolvieron después el afeitado rostro. Mas cuando el barbero, después de haber acabado con esto, se dispuso a cuidar los cabellos, le interrumpió:

—Antes que nada, córtame de una vez los cabellos en la frente.

—Como tú ordenes, señor.

Las tijeras se apoyaban frescas en la frente, pasaban frescas y con breves tijereteos en dirección a las sienes, sonaban además en el aire, porque el barbero, después de cada corte, las cerraba y abría ligeramente con un trémolo de virtuoso, y como el sentido de la belleza exige simetría de un artista del peinado, tuvieron que ser recortados también la coronilla y la nuca, antes de que pudiera comenzar el lavado con aceite y sal, culminado luego en repetidos enjuagues con agua fresca, a cuyo fin le fue colocada debajo de la nuca una bacinilla, correspondientemente recortada. Y mientras todo esto se desarrollaba cautamente ordenado, el ayudante-enfermero se entregó a aplicar con toda circunspección y de acuerdo a las reglas de su arte un buen masaje a los miembros, comenzando desde los dedos de los pies.

* Haría falta la preposición “de” para indicar la presuposición (sin la misma el significado de la frase implicaría obligación. Nota del escaneador.

Cuando concluyó el lavado de la cabeza, el barbero preguntó:

—¿Pomada de lirios, de rosas o de reseda, señor? ¿O prefieres el ámbar?

—No quiero nada. Péiname, pero no emplees pomada alguna.

—Bien huele la mujer que a nada huele, dice Cicerón —opinó el médico—, de todos modos ha dicho muchas cosas infamantes, en las que él mismo no creía, y la pomada de reseda sería muy conveniente para ti; la reseda tranquiliza.

—A pesar de todo, Carondas, prefiero renunciar a ella.

Fuera gorjeaban los gorriones y, picando por el antepecho de la ventana paseaba su inflado zureo una paloma gris azulada, rodeada de luz por el claro cielo en derredor su abierta claridad.

El médico se rió:

—Si te hubiera prohibido la pomada, la habrías exigido; pacientes de tu tipo no son cosa rara para nosotros, solamente hay que saber tratarlos y, para ser sincero, he tenido oportunidad, y más que abundante, de estudiarlo... Ya ves, confieso de antemano mis tretas, para ganar el juego a pesar de todo. Por lo demás puedes tener razón esta vez, porque en el fondo no necesitas ser apaciguado, sino más bien refrescado en tus espíritus vitales, y estoy pensando si no debería hacerte ingerir un afrodisíaco muy fuerte; sí, nada de bromas, casi estaría por recomendártelo en tu caso, considerando que nuestra decisión de vivir, nuestro deseo de vivir, nuestros espíritus vitales, aunque no exclusivamente sí de forma muy fuerte, y, yo-diría incluso, más fuerte de lo que deseamos o sospechamos, dependen del centro inferior de nuestro organismo, de este centro inferior tan deleitoso a veces al que por tanto los médicos debemos atribuir un papel bastante importante en la configuración del deseo de sanar... Bien, esto lo sabes propiamente tan bien como yo, y con ello he querido decirte solamente que un poco más de voluntad de vivir y sanar no te perjudicaría en lo más mínimo...

—Mi voluntad de vivir no necesita ningún afrodisíaco; creo que tal como es, está bastante fuerte... Amo mucho la vida...

—¿Te falta ser correspondido? Entonces es que no amas lo suficiente.

—No me quejo, Carondas.

No, su voluntad de vivir no necesitaba afrodisíaco alguno: quien yace para el amor, cierra los ojos y le son cerrados por mano familiar y extraña como a quien yace para morir; mas aquel que quiere vivir, tiene abiertos sus ojos hacia el cielo, hacia la abierta claridad del cielo, de la que nace todo deseo de vivir, toda la voluntad de vivir: oh, poder ver una y otra vez el azul del cielo, mañana, pasado mañana, por muchos años, y no tener que estar allí tendido, con los rotos ojos cerrados, amortajado con duro rostro, pardo como el barro, mientras afuera se tiende, invisible ya, el claro azul del cielo, colmado de un zureo de palomas ya inaudible. Tal había sido el día, claro y azul, tal había sido el día en que el padre fuera puesto en el féretro. ¡Oh, poder vivir!

El barbero se acercó armado con el espejo, para hacerle admirar la obra feliz:

—¿Te satisface el corte, señor?

—Está bien..., confío en ti, aun sin examinar tu obra.

—Ahora tienes un magnífico aspecto —aplaudió con gesto entusiasta el médico Carondas y aplaudió levemente con tres dedos de la mano derecha en la gorda palma de su izquierda—, sumamente magnífico, y espero que te encuentres también muy aliviado. No hay mejor recurso para vivificar los humores y el pulso que este masaje general del cuerpo, a fondo, cuidadoso y profesional; realmente, deberías ya sentir su acción favorable, ¡y ya te la noto!

Fuera se tendía la abierta claridad sin estrellas del azul del cielo; ¡oh, poder verla siempre! ¡aun al precio de eterna enfermedad y cansancio! ¡oh, poder mirar! ¡Qué respuesta podía aún esperar este parlero médico Carondas! Sin embargo había dicho realmente la verdad, pues se sentía agradablemente fresco; cierto, sólo era como si su cansancio se hubiera refrescado, pero de todos modos se sentía refrescado. Era como una liberación de la angustia. Los cansados miembros estaban más frescos, libre de angustia la propia vida; si bien bajo la acción del masaje se había vuelto aún más consciente si cabe, se sentía liberado de su vieja angustia, como si no fuera ya un acontecer sino solamente un saber, como si aconteciera ya solamente en imagen, mas no en su propio cuerpo. Además, de nuevo esta imagen no era otra cosa que el mismo cuerpo, más aún, el cuerpo era

imagen y espejo al mismo tiempo, al recoger como un espejo no sólo el acontecer sino también el saber, de modo que, liberado de la angustia, podía ser olvidado y sin embargo se mantenía en la inmediata vecindad corporal, intacto en forma de saber nuevo, corpóreo, intacto a pesar de lo lejos que quisiera perderse lejos de lo cercano y de hecho se perdiera, él, que ya no sabía nada; se hizo la suavidad, suave latía el mundo, latían lo interior y lo exterior, latían las mareas de los días y las noches, latía el gran orden del ser, quedo e impetuoso, sobre cuyo fondo aun las mareas se confunden y callan, fundida en la unidad el tañido de las noches con las tempestades solares del día; suave latía lo respirante, y suave y tranquilo iba el aliento en el pecho, que se levantaba y se hundía tranquilizado y beneficiado por el masaje de una mano leve, invisiblemente ajena: libre de dolor y agraciado con el dolor, libre de saber y agraciado con el saber era este revivir en lo físico, entretejido en una ausencia de ruidos que era justamente la de una imagen, lisa y muda, y como en un espejo se realizaba la actividad en el cuarto todo alrededor, regulada por la voz del médico que se había vuelto silenciosa; silenciosamente entraban y salían los esclavos, una canasta con ropa fresca de cama había sido traída con rara ligereza, sábanas limpias se tendían de repente bajo su cuerpo levantado sin peso, una fresca túnica le envolvía, flores frescas coronaban el candelabro y su perfume se mezclaba con el del vinagre, escurriéndose húmedo y alegre, un perfume de llovizna, sustentado por el húmedo murmullo de la fuente de la pared, gotas del alma que caían murmurando. Era una extraña protección la que se desplegaba. Seguramente, su cuerpo, al que se concedían tantos cuidados, era un cuerpo en descomposición, más aún, en descomposición inminente; pero sabía de su imagen y esto le permitía conservar su figura, una figura suelta y flotante, cerniéndose protegida entre pasado y futuro, pacíficamente fundida en una sola cosa con ambos, en sí misma espejo, en sí misma paz, como el éter en sí misma presente, permanencia sustentada por el aliento, tendida la mirada hacia el azul abierto. Y era como si justamente todo esto, todo esto que ocurría aquí, como si todo este cuidado que le rodeaba con su suave ligereza, estuviera dedicado a una simple transparencia, como si no hubiera sido erigido más que un claro y aéreo andamio caprichoso, una armazón que ya no sustentaba nada, de no ser la misma ligereza, más aún, era como si se hiciera allí un gasto enorme y casi espectral, con vistas a obtener una protección, para la que ya no quedaba nada que ocultar, nada que hubiera podido encerrar en sí misma, de no ser algo muy fugaz, pasajero, la imagen de una nada; pero por encima de todo eso, era también como si el fugaz y pasajero reflejo, como si esto que yacía inatrapablemente abandonado, pese a su abandono, estuviera salvado de la descomposición y sostenido en sí mismo como por un milagro en el último instante, justo antes de desbaratarse, como si hubiera recibido de un saber forma y figura, saber que aunque en sí mismo es sólo reflejo, posee sin embargo todavía suficiente fuerza terrena para tomar bajo su protección lo más transparentemente inaprensible, y reconvertirlo una vez más en realidad por la virtud de esa protección; y es que incluso en su último reflejo, la acción amorosa de servicio posee un poder que funda realidad, y aunque, como aquí, se muestre ya sólo como reflejo caprichoso, como un juego a curar que ya no es curar, llevado en juego hasta las puertas de la muerte, incluso en este caso, ese poder sigue siendo el contenido invisible del mundo, que transforma creadoramente el saber en lo sabido, lo protector en protegido, y procreando lo encerrado por la fuerza del encierro, lo devuelve tan fuerte en transformación a la creación terrena, que este mundo de la creación —determinado en una presencia extrañamente exacta tanto desde lo extraordinario como desde lo cotidiano— se torna reflejo de sí mismo y a la vez del hombre, reflejo de lo interior y lo exterior al mismo tiempo. ¿Era aún su propio cuerpo lo que sentía? ¿O era sólo ya un reflejo de su cuerpo o incluso un reflejo de su sentir? ¿Dónde estaba la realidad de este ente que le rodeaba colmado de paz y además era él mismo? No había respuesta, nadie respondió, pero también la respuesta no dada era el ente en paz como todo lo demás alrededor, corporal e incorporeal en un único aliento, en un único latido, cerniéndose entre la imagen primigenia y la copia, sin tocar ni la una ni la otra, más bien símbolo de ambas, cerniéndose entre lo recordado y lo visible, espejo de ambos y en paz fundido con ellos, el presente igual al éter, y sobre el fondo del espejo, sobre el fondo de la paz, profundamente hundida en el presente y en la realidad, sobre el fondo lejanamente oscuro de la claridad del día, brillaba la estrella.

¿Por qué no iba a seguir así, seguir así para siempre? ¿por qué iba a tener que cambiar nunca este estado de felicidad sin esfuerzo? Y tampoco ocurrió nada de eso. Hasta se hubiera podido pensar que aun lo ocurrido en la habitación, aunque continuara, no traería consigo modificación alguna. Sin embargo esos hechos se tornaron más ricos, más y más extensos. Grávido de perfume floral, impregnado fuertemente por el olor del vinagre, seguía el aliento de paz del ser, pero crecía al mismo tiempo y los órdenes del mundo se convirtieron en un cuchicheo lleno de cálido frescor; era perfección y lo único asombroso en él era que alguna vez hubiese podido ser de otro modo, distinto. Ahora todo tenía su lugar correspondiente, seguramente para conservarlo por siempre. Impetuosa, pero suavemente, se unían habitación y paisaje, impetuosamente brotaban las flores en los campos, hasta subir más altas que las casas; penetraban a través de las copas de los árboles, se dejaban abrazar por las ramas; pequeñitos hormigueaban los hombres entre las plantas, se instalaban a su sombra, se apoyaban en los tallos y eran como ellos de una transparencia y una alegría inefables. También el médico Carondas, que aún seguía en la ventana, se hallaba rodeado por la danza de las Ninfas, mientras, con gesto cortés y reflexivo, peinaba continuamente la rubia barba en su rostro lleno, a la vez que manejaba el espejo, reflejándolo todo; fuentes musgosas, que ascendían de un sueño aún más suave, el fresal reverdeciente, que con su escasa sombra pintaba de temblor la humedad de musgo, ardiendo y desecándose en el sol del mediodía, así se reflejaba todo, se reflejaban el enebro y el castaño cubierto de espinosos frutos, y reflejantes pendían reflejados los racimos madurando magníficos en la vid...; ¡oh cercanía del espejo, liviandad del espejo, oh, qué cerca y qué ligero era allí tornarse uno de ellos, ser uno de los que estaban allí, cuidando con ellos los rebaños, prensando con ellos la uva cargada de jugo en la florida cava! Oh, lo transparente ahora se perdía en lo transparente y conservaba sin embargo su propio ser; indistinguibles eran piel y vestido de los hombres, y el alma del hombre participaba en la superficie extrema como también en la menos visible y sin embargo visible profundidad de hogar del corazón humano, desde cuya pulsante infinidad miraba. Ocurrió un infinito encuentro, encuentro que nunca debía concluir, seductoramente tímido. Perfume de laurel, perfume de flores tendía su bóveda sobre los ríos, se tendía de bosque en bosque, traía las suaves llamadas de una comunicación dichosa, y las ciudades, perdiéndose en la lejanía luminosa, habían borrado su nombre ya sólo como un suave temblor de aire. ¿Tendría el esclavo todavía la leche a mano, para sacrificar una copa llena, como conviene, a la dorada imagen de Príapo? Cual oro al rojo inmerso en la leche, así se mostraba en el reflejo, se mostraba rodeado de los álamos a la orilla del río, consagrados a Hércules, se mostraba rodeado de la cepa de Baco, del laurel de Apolo y del mirto caro a Venus, mas los olmos se inclinaban sobre las aguas, mojando en ellas las puntas de sus hojas, y saliendo de uno de los troncos Plocia vino por los puentes; con pie ligero se acercó, acompañada por mariposas y pájaros silenciosamente gorjeantes, pasó a través de la superficie del espejo de mano, a través de la tersura, que se abrió y volvió a cerrarse detrás, pasó a través de arcos iris resplandecientes como el oro y sobre las ebúrneas sendas lácteas, y se detuvo a alguna distancia de él, apoyado en las ramas de olmo del candelabro.

—Plocia Hieria —dijo él con discreta cortesía, pues era la primera vez que la veía. Ella mantuvo la cabeza inclinada como en un saludo, su cabello resplandecía sembrado de estrellas en lo nocturno, y sin hacer caso de la considerable distancia que había entre ellos, se dieron mutuamente la mano, tan de inmediato, tan íntimamente, que una marea osciló entre ellos, corriente de sus dos vidas. Mas podía ser acaso engaño y había que cerciorarse:

—¿Te llevó el azar por esta vía?

—No —repuso ella—, nuestro destino está unido desde el principio.

Unidas estaban las manos, las suyas en las de ella, las de ella en las suyas; oh, no era posible distinguir cuáles eran las suyas y cuáles las de ella, mas como él, tan frondoso como el ramaje del olmo, podía abarcar además con dedos juguetones las flores y los frutos que brotaban del árbol, la respuesta no era suficiente y fue preciso preguntar de nuevo:

—Pero tú vienes de otro árbol y tuviste que hacer un camino muy largo para llegar a éste de aquí.

—Pasé por el espejo —dijo ella y hubo que conformarse con esta explicación; sí, ella había venido a través del espejo, venía a través del espejo, que duplica la luz, y, duplicadas las raíces de

los rayos, penetran hacia abajo hasta el origen de la unidad del destino, para volver a pulsar desde el origen en nueva multiplicidad de unidad, en una nueva unidad de multiplicidad, en una nueva creación. ¡Oh hermosa superficie de la tierra! Allí alrededor era mediodía y tarde a un tiempo, allí vagaban los rebaños en lento balanceo, allí estaba el ganado colgando sus cabezas, goteando las bocas y las lenguas al hilo del abrevadero; allí, bajo la exuberante fronda de los sauces, allí, en la plenitud de los prados, allí, junto a las frescas fuentes, allí vagarían, con las manos juntas.

—Plocia, ¿has vuelto para oír otra vez el poema?

Entonces sonrió Plocia, muy lentamente: y la sonrisa comenzó en los ojos, se deslizó hacia el delicado brillo de la piel de sus sienes, cual si también las finas venas insinuadas debieran sonreír, y muy lentamente, muy imperceptiblemente, alcanzó a los labios que temblaron como en un beso, antes de abrirse a la sonrisa, descubriendo el borde de los dientes, el borde del esqueleto de la muerte, el borde de roca marfileña de lo terreno en lo humano. Así quedó la sonrisa y estaba en la mirada, sonrisa en la orilla de lo terreno, sonrisa en la orilla de la eternidad, y fue el centelleo del mar de sol, plata infinita, lo que se hizo palabra en la sonrisa:

—Quiero quedarme a tu lado, sin fin.

—Quédate a mi lado, Plocia, no te abandonaré nunca, cuidaré siempre de ti. —Era súplica y juramento de corazón, y era a la vez el cumplimento, pues Plocia, sin dar un solo paso, se había acercado un poco más y las ramas extremas del amplio olmo tocaban ya sus hombros.

—Quédate y descansa, Plocia, descansa a mi sombra... —Ciertamente lo articuló su boca, fue dicho por su boca, y parecía sin embargo hablado por la fronda, como conjurado de ella, que parecía haber recibido el don del habla al contacto de la mujer. Y fue pues justo que ella apretara el rostro en las frondosas ramas y les diera respuesta en un susurro:

—Eres mi patria, patria es para mí tu sombra, que me abraza para el descanso.

—Eres mi patria, Plocia, y si siento tu descanso en mí, también yo descanso para siempre en ti.

Ella se había sentado sobre el cofre, y aunque bajo su fugaz levedad la tapa de cuero no se había encorvado ni una fracción de una pulgada, sus manos se habían entrelazado físicamente hasta tal punto con las suyas, que sus dedos sintieron maravillosamente los delicados rasgos de la cara de ella, cuando la hundió en sus manos, como lo había hecho el jovencito.

Así estaba sentada, en una nube de sombra, y se hizo en ellos la comunidad del ser, creciendo de sus manos, creciendo hacia lo inalterable, respirando ya tan sólo un sentir que presiente y es riqueza. Mas, por muy corporal que fuera todo, fundidos mutuamente en uno solo el aliento y la sangre, un solo ser en la mutua fusión, el esclavo podía transitar sin obstáculos por su comunidad, como si él y sus brazos no fueran más que luz etérea... ¿Quería separarles al uno del otro? ¡inútil intento! Sus manos siguieron juntas, entrelazadas, fundidas, vueltas una sola cosa, por siempre jamás, y aun el anillo en el dedo de Plocia era un bien común de la indistinguible unidad de las manos. Había pues que corregir al esclavo, y Plocia, de nuevo tapada por su figura, figura de él, lo expresó:

—Aléjate —ordenó—, aléjate de nosotros, no hay muerte que pueda separarnos.

Pero el esclavo no le prestó atención ni se retiró, más aún, se inclinó sobre el oído a la escucha:

—Te está vedado el retorno; ¡teme a las bestias!

¿Qué bestias? ¿tal vez los rebaños allí, cerca de las fuentes? ¿tal vez el níveo toro de la pobre Pasifae, que acompañaba allí cerca las vacas? ¿o serían tal vez los machos cabríos que allí brincaban y cubrían sus cabras? La calma meridiana de Pan se extendía sin un sonido sobre los sotos floridos, y sin embargo era ya el atardecer, porque los Faunos habían comenzado su danza golpeando el suelo con las pezuñas, erigiendo tiesos sus pesados miembros. Vespertinamente claro era el canto de la lejanía celeste sobre el lugar de la danza, vespertinamente claro venía el aire, humedad musgosa manaba fresca entre las piedras de las grutas, olvidada la tarde, entre arrullo de palomas sombreaban la entrada los arbustos, y más grandes se acercaban las sombras de las montañas, más grandes y más oscuras; tarde, amorosa y dolorosa en una simplicidad dulcemente loca, dulcemente noble. ¿Era ésta la vuelta? ¿era éste el retorno? Y una vez más tomó a su cargo Plocia la respuesta:

—Nunca soy para ti, oh mi Virgilio, imagen de la memoria, y aun si me reconoces, me ves

siempre por primera vez.

—Oh, eres vuelta a la patria, vuelta a la patria sin regreso.

—Hallarás la vuelta a la patria solamente en la meta, Virgilio, hacia la cual has de viajar aún — interrumpió el esclavo y le alcanzó el bastón de viajero con bellos nudos y reforzado en cobre—; no puedes quedarte y ninguna memoria te está permitida; ¡toma tu bastón, apriétalo en tu puño y marcha!

Era una exhortación imperiosa y, si la hubiera obedecido, habría llegado con el bastón en las manos al oscuro valle en cuya selva brota oculto el renuevo de oro; en verdad, era como una orden imperiosa, que hubiera obligado a obediencia incondicional, si el bastón no hubiera quedado maravillosamente en las leves manos de Plocia, inalcanzable para el esclavo, y también esto era como el entusiasmo de un conocimiento por primera vez, sin memoria, era como un ser conocido por primera vez por la mujer:

—¡Oh Plocia, tu destino es el mío, porque en éste me reconoces!

—Ilusión —dijo severamente el esclavo e hizo como el esfuerzo de una sombra por quitarle el bastón—. Es una ilusión; el destino de la mujer es el pasado, el tuyo en cambio, Virgilio, es el futuro, y nadie presa del pasado puede ayudarte.

Serena sonó la advertencia; iba dirigida contra la suave alegría floral del acontecer y le alcanzó en lo profundo de su corazón: destino de futuro el del hombre, destino de pasado el de la mujer... siempre había sido incompatible para él, pese a toda la añoranza de felicidad, y ahora quería elevarse de nuevo como una barrera entre Plocia y él. ¿Dónde estaba la realidad? ¿estaba en el esclavo o en Plocia? Y Plocia habló:

—Toma mi destino, Virgilio, da forma al pasado para que en ti se convierta en nuestro futuro.

—Ilusión —repitió el esclavo—, eres una mujer: ya has seguido a muchos que cojeaban con su bastón.

—Ay —exclamó en un soplo Plocia, anonadada por tan cruel severidad, y este breve abandono en delicada indefensión fue aprovechado por el esclavo para apoderarse del cayado y dividir con él la copa del árbol, de modo que la luz del sol penetró, meridiana, dolorosamente hiriente, dura. Ciertamente, con ello ahuyentó también los monos, que allá arriba, entre la fronda, practicaban su lasciva onanía y ahora se escapaban con finos chillidos, y esto restableció la serenidad del día: todos los que se hallaban en la habitación se reían de los monos sorprendidos y el médico giró el espejo de mano hacia ellos, como si quisiera apresar una vez más lo ahuyentado por la luz o por lo menos escarnerlo, pues mientras las bestezuelas desaparecían remando por los aires, citó:

—Y sea ahora el lobo el que huya de las ovejas, pomas doradas lleve la dura encina, narcisos florezcan resplandecientes sobre el aliso; ámbar sude la corteza de las plantas lacustres, y Tí tiro sea como Orfeo, cante a través de los bosques y sea como Arión entre delfines.

También Plocia había superado su desfallecimiento: con mayor intimidad aún apretaba sus manos en las de él y su mirada señaló hacia la abierta luz:

—Con la luz oigo tu poema, Virgilio.

—¿Mi poema? También eso es pasado.

—Oigo lo no cantado.

—Oh Plocia, ¿puedes oír lo desesperado? Desesperación es lo no cantado y lo no realizado, un mero buscar sin esperanza, sin meta, y el canto no es más que su fugacidad.

—Tú buscas lo oscuro en ti, cuya claridad te configura, y nunca te abandonará esa esperanza, y se cumplirá siempre si estás cerca de mí.

De repente, imperceptible, se había hecho allí el futuro eterno, inmediato reflejo sumergido en el reflejo. Sus manos estaban sobre los senos de ella, y las puntas de éstos se endurecieron al contacto —¿había guiado ella su mano?—, y prisionero de la suave sensación del cuerpo de ella, oyó que decía:

—Inalcanzable para la poesía es lo no cantado en ti, lo formado es más grande que lo que da forma, a ti también; inalcanzablemente lejos de ti está, pues eres tú mismo, mas junto a mí estás cerca de ti y lo alcanzas.

No sólo su rostro, no sólo sus pechos se formaban en su mano, no, también su invisible corazón,

fundido también en la caricia del abrazo. Y preguntó:

—¿Eres la forma en que me he convertido? ¿eres la forma de mi devenir?

—Estoy en ti y sin embargo me penetras; tu destino crece en mí y por eso te reconozco en el futuro no cantado.

—Oh Plocia, eres la meta, inalcanzable.

—Soy la tiniebla, soy la guarida que te acoge hacia la claridad.

—Patria, patria inencontrable, eso eres tú.

—Mi conocimiento de tu ser te espera; ven, me hallarás.

—En tu saber descansa lo inhallable, descansa lo futuro...

—En paz llevo tu destino; en mi saber está tu meta.

—Dame pues también tu destino de futuro, para que pueda llevarlo contigo.

—No tengo ninguno.

—Dame también tu fin, para que pueda buscarlo contigo.

—No tengo ninguno.

—¡¿Plocia, oh Plocia, cómo puedo hallarte?! ¡¿dónde puedo hallarte en lo inhallable?!

—No busques mi futuro, asume mi comienzo; conócelo y será futuro eterno en la realidad de nuestro ahora.

¡Oh voz, oh lengua! ¿hablaban aún? ¿murmuraban aún? ¿o ya había enmudecido el diálogo, ahora ya sólo comprensible para ellos en la transparencia de sus cuerpos inexorablemente fundidos en uno solo, inexorablemente fundida en una sola la transparencia de sus almas? ¡Oh alma, que se forma para la inmortalidad y ansía al compañero, para en sí misma reconocer el fin! ¡Oh retorno, oh eterna intemporalidad del ser común, encerrado en las manos mutuamente entrelazadas! Más suave manaban las aguas, más suave las fuentes, y muy suave murmuraba en su alma, en su corazón, en su aliento, muy suave murmuraba en él y desde él:

—Te amo.

—Te amo —le respondió casi inaudible, como si sólo fuera una muda presión de sus manos. Y entrelazadas sus manos, entrelazadas sus almas, él apoyado en las ramas del árbol, ella sentada sobre el cofre, ninguno de los dos se movió; ni un ápice se movieron y sin embargo se encontraron más cerca uno del otro, porque una fuerza se cernía disminuyendo la distancia entre ellos y combando las ramas del olmo con sus colgantes pámpanos cortados por el medio, en una estrecha bóveda de fronda, en una iluminada gruta de verde dorado, que no dejaba ya lugar a nadie más: era como una frondosa copia de las grutas que encontraron Dido y Eneas para su breve, ay, tan breve dicha. Ay, ¿era ilusión pues la dorada verde transparencia de la enramada? ¿era ilusión? Resplandecía como oro, mas no se descubría ninguna áurea rama, ningún sonido a oro se percibía en la espesura, ay, y a la pareja de héroes le fue sólo concedido un único instante de realidad feliz, un solo instante, en que el destino de pasado de Dido pudo unirse con el destino de futuro de Eneas, empalidecida la imagen pretérita de su amor juvenil, el malogrado Siqueo, empalidecida la imagen futura del ítalo dominio impuesto por la fatal sentencia de los dioses, ambas transformadas y dispuestas para el eterno presente instantáneo de su unión, de su realidad, sin embargo solamente por este único instante, sin embargo ya bajo la sombra de la gigantesca figura de la fama, la de muchos ojos, muchas lenguas, muchas bocas, muchas alas, volando a través de la noche, ahuyentando cruelmente a los amantes y lanzándoles por separado a la vergüenza. Oh, ¿ocurriría aquí lo mismo? ¿sufrirían ellos la misma suerte? ¿era posible tal desdicha? ¿no estaban ellos demasiado unidos ya y demasiado adaptados a la realidad definitiva, para que aún pudiera ocurrirles algo parecido? Amplia sobre el paisaje se extendía la sonrisa de Plocia, casi triste de risueña inmovilidad, y vuelto transparente en la sonrisa, el paisaje desvelaba su devenir hondo de pasado, grávido de porvenir, pronto a la procreación, nacido y dando a luz. Sus dedos tocaban hojas y flores, frutos, cortezas y tierra, y siempre era Plocia a quien tocaba, siempre era el alma de Plocia la que sonreía a través de las infinitas capas del paisaje. Mas desde la copa del árbol llegó la voz de Lisantias:

—¡Vuelve a la sonrisa del principio, vuelve al sonriente abrazo donde una vez te refugiaste!

—No te vuelvas —advirtió una vez más la voz del esclavo, y le contestó la del médico,

indicándole silencio en voz baja:

—Cállate; ya no puede darse la vuelta.

Aunque en seguida el paisaje se tornó un poco más oscuro, no perdió casi nada de su transparente serenidad, inmune al leve oscurecimiento, la sonrisa de Plocia se conservó intacta, sonriendo sibilina su voz, porque precisamente ella dijo desde el paisaje:

—Desde el principio fui tu fin, inversión nunca, y para mí no tienes nombre, pues te amo; sin nombre como un niño te veo, alma en devenir.

—Oh Plocia, en tu nombre has llegado a ser algo para mí, y, porque te amo, se ha convertido en decisión por tu ser.

—Huye —advirtió la voz del esclavo en una última y casi angustiada insistencia.

Pero las ramas se habían entretejido ya tanto con los pámpanos, se habían cerrado de tal modo en la gruta oscuramente sombreada, que una fuga parecía imposible por completo, y, además, tampoco lo quería en absoluto, no, ni siquiera habría quebrado la áurea rama, si en ese momento el esclavo se la hubiera señalado: apacible era amar a Plocia, apacible la cercanía de su femenina desnudez, apacible era enviar la vista a través de la enramada, hasta los campos bordeados de selvas y a los bosques en flor, donde ningún lobo acecha los rebaños, donde ninguna trampa espera al ciervo, donde animados de risueña alegría se divierten Pan y los pastores, Ninfa y Dríada, y la novilla, temiendo y buscando al toro, agotada de deseo, reposa postrada junto al fluir del arroyo. Nada podía verse allí lleno de miedo, nada que inspirara temor; hasta la cabeza de la serpiente enrollada alrededor del tronco del árbol en anillos verdes, tornasolados era delicada, y su mirar, resplandeciente como el oro y acompañado por delicado movimiento de la lengua, inspiraba confianza. Por doquiera alrededor se mecía un grato vegetar... ¡Quién pudiera refugiarse en él! No, no quería huir, no, lo había decidido y la decisión que se llama amor era más grande que el ser amado, porque en éste no abarca y comprende solamente lo visible sino también lo invisible:

—Nunca jamás huiré, nunca más huiré de ti, Plocia; ¡oh, nunca te abandonaré!

Plocia estaba ahora más cerca y fresco era su aliento:

—Estás cerca de mí, eras y eres decisión, te espero...

Sí, era el momento de la decisión y de repente sintió alrededor de su dedo clara, inequívocamente, el anillo de Plocia, quizá había pasado a él por sí solo, quizá puesto secretamente por ella para ligarles, para unirles, para una dulzura que no tiene fin. Porque pasado y futuro confluyen en el anillo de un presente que no quiere concluir, en un saber siempre renovado del destino y un renacimiento siempre renovado.

—Plocia, eres mi decisión por la casa paterna; viniste y se hizo, eterno, nuestro presente en la patria. —Mi amado, ¿vuelves a mí?

—Tú eres mi patria, en la que penetro de regreso.

—Sí —y fue como un soplo—, sí, debes codiciarme.

Y por de pronto fue sorprendente que ella lo expresara de forma tan desnuda; pero estaba bien, tenía que estar bien, porque en el ahora del deseo pasado y futuro se sostiene la balanza, porque en esta detención casi yerta —sin rostro la gran sonrisa del amor—, se fundaba la transparente claridad del inmutable curso, y porque con ello estaba dada una imposición, más aún, una imposición realmente dulce de nombrar las cosas por su nombre inmediato; el acontecer estaba determinado por lo más extraordinario y por lo más cotidiano, ambos debían ser llamados del encubrimiento a la expresión descubierta, y esto valía también para él:

—La corriente de tu ser fluye hacia mí, Plocia, sin tiempo y eterna, y te deseo mucho.

Un pedacito se separó de la corriente de ella como un soplo, o, más exactamente, le llegó como una brisa. —Despídele entonces a Alejo.

¿Alejo? ¿Era verdad! En el centro del paisaje, rodeado por la danza de sátiros con sus miembros erectos, estaba Alejo a la ventana, con sus rubios rizos, la nuca cándida; estaba allí vestido con una corta túnica, saliendo en el sueño hacia el confín, hacia los montes lejanos, cuyas cumbres navegaban sobre la niebla solar del horizonte, y sobre él se curvaba un blanco ramo florecido de rojizo perfume.

—Despídele —rogó Plocia—, despídele, no mires hacia él; le retienes con tus ojos.

¿Despedirle? ¿podía despedirle, cuando había asumido su destino, oh, un destino de futuro, y por eso le amaba? Entonces debía despedir también al delicado Cebes, que debía llegar a ser poeta... ¿Era lícito hacerlo? ¿no era rebajar el destino humano a la casualidad? ¿no era hacer pasado del futuro? Ciertamente, la realidad directa, desnuda del acontecer no conocía la vacilación, y también directa, en la misma transparencia desnuda, instaba Plocia:

—¿No codicias más mis pechos que las nalgas de ese muchacho?

Alejo, sobre quien se emitía ese juicio, no hizo el menor movimiento, ni siquiera cuando le habló, despectivamente suave, la voz del médico:

—Querido joven, no confíes demasiado en tu rosado color —y tampoco dejó notar después que había oído y comprendido, mas aún siguió tranquilo saliendo en el sueño hacia el paisaje, hacia los bosques florecidos en el bochorno del mediodía y al valle umbrío, donde sagrada sombra pende del ramaje de los robles y suaviza el aire como la fresca tarde, siguió saliendo el muchacho a la transparencia clara y quieta; mas cuando Plocia como en un profundo, dulce terror llamó al amante de su alma ansiosa, de su cuerpo deseante, cuando gritó:

—¡Virgilio! —a pesar de su suavidad, como un grito de angustia y al mismo tiempo de victoria, desapareció la figura del muchacho, como aspirada por el sol, desvanecida, transformada en éter, y Plocia, con un sonriente suspiro de alivio, sonrió:

—No vaciles más, amado mío.

—¡Oh Plocia, oh amada!

Como a un conjuro de la mujer, las ramas se habían cerrado en una espesura impenetrable, compacta, y él —arrastrado por las manos de ella, se había arrodillado, se había postrado— estaba de rodillas, sus manos en las manos de ella, y besaba las puntas de sus pechos. Y flotando uno en otro, levantados por una fuerza flotante, flotando por la radiante fuerza de sus miradas confundidas, eran llevados de allí, levantados en suave soplo, levemente acostados en el lecho, y aunque no se habían deshecho de sus ropas, yacían desnudos, piel con piel, yacían desnudos alma con alma, deslizándose uno contra el otro, pero inmóviles de deseo mientras alrededor de ellos, inaudible en la pesadez de los astros, pero cada vez más poderosamente perceptible, crecía el trueno solar de la luz, llenando mundos; el recuerdo del pasado y el recuerdo del futuro se habían extinguido en un pudor desmemoriado. Así yacían inmóviles, apretada boca contra boca, y su lengua se sacudía, rígida como la cima de un árbol en el viento; así yacieron, hasta que los labios de ella susurraron temblorosos en los suyos:

—No podemos; el médico nos mira.

¡Así que no estaban protegidos por la cerrada espesura! ¿Cómo era posible? ¿cómo podían penetrar las miradas a través de la densa fronda? ¡Y sin embargo, sí, así era! Sin que la verde fronda oscura se aclarara lo más mínimo, el lecho estaba expuesto y entregado a todas las miradas en derredor; no había defensa contra las miradas, no había defensa contra los dedos que de todas partes apuntaban burlones, cargados de anillos, hacia el lecho, no había defensa contra los simios, que ahora, con muecas de salvaje alegría, les arrojaban frutos, ni contra el libidinoso reojo de los machos cabríos alegremente balando; y una gran sombra de murciélago pasó rozando sobre ellos; oh, no había defensa contra la sombra de la fama, la sombra de su horrible figura gigantesca llenando de vergüenza, anunciando con su maligna risa, terrible, lo acontecido y lo no acontecido:

—No pueden joder, no pueden; ¡sólo el César puede!

Oh, no hubo defensa entonces contra el ruido, contra el retumbar de luz, contra la cegadora pluralidad de luces, y aún antes de que hubiese una respuesta a todo esto, antes también de que pudiera buscar una vez más la mirada de Plocia, antes aún de que su boca se pudiera apartar de la de ella, también Plocia se transformó en risa y se había deslizado a su lado, liso marfil como una risa de fría piedra, había flotado como una hoja llevada por el viento y estaba sentada otra vez sobre el cofre. ¿Había querido acallar así la amenaza anunciada por el ruido? No lo había logrado —la renuncia no es bastante sacrificio—, el alboroto de la luz no se había calmado y el trueno no cejaba: al contrario, se tomó cada vez más claro, se tornó cada vez más tempestuoso, llenó toda la amplitud de lo visible, llenó los bosques y montañas, la habitación y las aguas, y se tomó tan sobrecogedoramente impetuoso, que los hombres suspendieron todas sus labores y quedaron como

pasmados, más aún, incluso se ordenaron en fila, como para que ninguno de ellos pudiera distinguirse de otro ante la violencia que se acercaba tronante... ¡Oh, terrible y sobrecogedora se tomó esta tensión del acercarse, y finalmente, oh, finalmente, la puerta se abrió contra el paisaje, los sirvientes formaron guardia junto a los dos batientes y entre ellos entró con paso rápido en el cuarto, imponente y sin embargo humana, majestuosa y al mismo tiempo delicada, la sagrada persona del Augusto!

La quietud recibió al consagrado; solamente los pájaros gorjeaban en el paisaje de repente silencioso, solamente las palomas en la cornisa de la ventana, acurrucadas y pomposas, siguieron arrullando despreocupadas, y allá a lo lejos, donde habían danzado los Faunos, uno de ellos seguía tocando su canción, como si nada le interesara el que sus compañeros lo hubieran abandonado; cierto, su flauta sonaba rota. La tempestad se había disipado, pero el mundo no había recobrado su colorido, porque sobre él y su mutismo pendía, en una calma que enmudecía los colores, la nube bicolor del crepúsculo, como un yerto resto inmóvil de la tormenta. Y mientras la fresca corriente de aire que había soplado del fresco corredor de piedra al abrirse de golpe las puertas, había hecho temblar otra vez unos instantes la lamparilla, ésta también recobró su quietud y todo quedó aguardando a una palabra del Augusto.

—Que se nos deje solos.

Andando hacia atrás, cual corresponde a la majestad del soberano, también a la de la muerte, uno tras otro abandonaron los presentes el aposento entre respetuosas reverencias, y también el paisaje, como tomando parte en ese acatamiento, despidió a todo lo creado de su reino, más aún, empalideció él mismo tanto, que, aunque siguió estando presente en sus rasgos fundamentales, perdió en creciente medida toda firmeza y finalmente fue sólo algo aludido, como un dibujo a pluma, marcado a rasgos en el todo. Se habían simplificado en meros rasgos de pluma los árboles, los bosques, las flores, las grutas, como una fina línea saltaban los puentes entre orillas que se habían tornado imperceptibles, despojadas de color, de sombra, de luz, pues también la nube crepuscular se había transformado en algo blanco, frágil como el papel, apenas perfilado, y el amplio ojo incoloro del cielo estaba vacío, no era más que vacía tristeza de sueño. Muy palpable en cambio se había vuelto la habitación, porque muros y muebles, piso, candelabro, techo de vigas y lamparilla habían recobrado toda su firmeza de colorido y formas, y ante esta realidad palpable y poderosa Plocia había desaparecido: aplastada por todo el peso de la realidad, su levedad se había esfumado, y aunque Plocia, que había venido para siempre, no perteneciera a los demás y por eso mismo no se habría retirado con ellos, sino que debía seguir en el cuarto, se había vuelto invisible.

En cambio, el Augusto era indudablemente visible; estaba físicamente ante él como algo muy familiar con su figura un poco pequeña, casi delicada y sin embargo majestuosa, con el rostro aún casi infantil bajo el cabello corto que ya encanecía, y dijo:

—Como no te has molestado en visitarme, a mí me corresponde hacerlo; te saludo pues en tierra itálica.

Era sorprendente que ahora tuviera que iniciarse un diálogo; pero la palpable realidad alrededor de ellos, si bien hacía brotar de nuevo la sensación de enfermedad, facilitaba la conversación:

—Me has obligado a esta mala voluntad con tus médicos, Octaviano Augusto; pero al mismo tiempo me premias por ello con tu presencia.

—Es éste el primer instante libre que he logrado desde mi desembarco, y me alegro de podértelo dedicar. Brindis me ha traído siempre fortuna, a mí y a los míos.

—En Brindis recogiste a un jovencito de diecinueve años, la herencia de tu divino padre, cuando volvías de Apolonia; en Brindis concertaste el pacto con tus émulos, que te abrió el camino a tu bendita soberanía; sólo cinco años separaron los dos hechos, bien lo recuerdo.

—Fueron los cinco años que pasaron entre tu *Culex* y tus *Bucólicas*; aquél me lo dedicaste a mí, éstas a Asinio Polión, quien, por tanto, salió mucho mejor parado, por más que lo haya podido merecer, exactamente como Mecenas mereció la dedicatoria de las *Geórgicas*, pues sin estos dos el pacto de Brindis apenas hubiera podido ser convenido tan favorablemente.

¿Qué significaba esa leve sonrisa con la que el César acompañaba estas palabras? ¿por qué

hablaba de dedicatorias? Las palabras del César nunca carecían de significado o de intención; era pues mejor desviarle de la poesía:

—Desde Brindis partiste contra Antonio hacia Grecia; si hubiéramos vuelto sólo dos semanas antes, hubieras podido festejar el aniversario de la victoria de Accio, aquí, en su punto de partida.

—Playa de Accio magnificada en la guerra de Ilión. Creo que algo semejante has escrito en la *Eneida*. ¿Concuerda?

—Perfectamente; tu memoria es digna de admiración. —El César no se dejaba desviar de la poesía.

—Hay pocas cosas tan dignas de mi memoria. ¿No fue poco después de regresar yo de Egipto, cuando me sometiste el primer esbozo de la epopeya?

—Tú lo has dicho.

—Y en el centro del poema, verdaderamente centro y climax del poema, en el centro del escudo de los dioses que concediste a Eneas, han puesto la descripción de la batalla de Accio.

—Así lo hice. El día de Accio fue la victoria del espíritu romano y sus costumbres sobre las oscuras fuerzas del Oriente, la victoria sobre el oscuro misterio que casi se había apoderado de Roma. Esta fue tu victoria, Augusto.

—¿Sabes el pasaje de memoria?

—¡Cómo podría saberlo! Mi memoria no alcanza la tuya.

¡Oh, ningún engaño era posible! Inequívocamente el Augusto había dirigido los ojos hacia el cofre del manuscrito, y los mantenía fijos en él; ¡oh, no era una ilusión, había venido a quitarle el poema!

Y el Augusto, sonriente, se divertía de su terror:

—¿Cómo? ¿tan poco conoces tu propia obra?

—No recuerdo el pasaje.

—Entonces esforzaré por segunda vez mi memoria; espero lograrlo.

—Estoy convencido de ello.

—Bien, vamos a ver...: Pero en el centro del escudo está el César Augusto, guiando a los ítalos en la batalla, que...

—Perdona, oh César, no reza así; el verso comienza con las naves acorazadas.

—¿Con las naves acorazadas de Agripa? —El César estaba visiblemente enojado—; ciertamente la coraza fue un buen invento, hasta fue en cierta medida una obra maestra de Agripa, y decidió con ello la batalla... Así pues, mi memoria ha fallado; ahora me acuerdo...

—Como constituyes el centro de la batalla y del escudo, también tu persona está colocada en el centro de los versos; eso era lo correcto.

—Léeme el verso.

¿Leer? ¿sacar los manuscritos y extenderlos? Por los manuscritos se interesaba el César, que ahora jugaba con él un juego verdaderamente cruel. ¿Cómo iba a defender los manuscritos de este ataque? ¿lo haría Plocia? De ningún modo debía ser abierto el cofre:

—Intentaré recitar el pasaje.

Como si el César hubiera leído su pensamiento, no cesó la sonrisa en su hermoso rostro y no era sonrisa, era algo maligno y cruel. Entretanto se mantenía en su acostumbrada postura amable y libre ante el lecho; no se sentó y era tan imprevisible lo que propiamente preparaba como el próximo ataque, que de repente surgió la sospecha de que quisiera ahuyentar a Plocia del cofre del manuscrito. Tal vez era sólo una quimera, de aquellas que crea a veces la fiebre, seguro que era sólo una quimera, pues ahora todo aquí era realidad firme y viveza de color, casi no era necesario observar allá fuera el paisaje dibujado; de todos modos, si se miraba sólo un poco más exactamente, se percibía que la luz blanca como el papel, aunque sombreada de gris, alcanzaba hasta la realidad palpable del lugar y, penetrando en todo lo existente, le prestaba una nota sorprendentemente lívida de irrealidad; con finos trazos, como una amable tentación, estaba dibujado el mal en las cosas, incluso en los colores de las coronas florales podía descubrirse, y con delgado trazo estaba también en una arruga entre los ojos del Augusto. Sólo que éste dijo entonces:

—Comienza, mi Virgilio; te escucho.

—¿Por qué no te sientas a mi lado? debo recitar echado, porque tus médicos me han prohibido levantarme.

Afortunadamente, el Augusto se mostró dispuesto a aceptar la invitación; no se sentó sobre el cofre, sino en la silla junto al lecho y casi parecía que no había esperado a otra cosa: con un gesto muy poco cesáreo, tomándola por entre las piernas arqueadas, arrastró la silla bajo sus posaderas y se dejó caer en ella con un pequeño suspiro de cómoda satisfacción, olvidado de su gran antepasado Eneas, cuyo sentarse seguramente se había realizado con mayor dignidad. Así estaba sentado allí el descendiente de Eneas, y su inicial relajación, este leve cansancio que actuaba como un primer signo de la vejez ya próxima, tenía en sí algo de conmovedor y conciliador; pero conciliador era también ver cómo se disponía a escuchar, con la cabeza apoyada en el respaldo y los brazos cruzados:

—Así pues, recita.

Y sonaron los versos:

—Ve del escudo en el centro el combate de Accio, el tumulto
de acorazadas naves, detrás la costa de Leucate;
hierve furiosa la lucha en las olas bañadas de sol.
Ve al Augusto guiando a los ítalos en la batalla,
alma del pueblo con él, grato a Penates y Dioses,
está en la alta cubierta, en llamas de oro las fúltigas sienes,
el brillo del astro paterno resplandece sobre su cabeza.
Allí la armada del flanco, favorecida por los vientos de los dioses.
Agripa, capitán altivo, se ciñe de llamas la frente con el signo
de orgullo del vencedor marino, la corona rostral.
Del lado opuesto Antonio, con bárbara pompa
y cien varias huestes, trae consigo, triunfador del Oriente,
pueblos de la Aurora, egipcios y gente bactriana
a la lucha; a su lado —oh infamia— la egipcia consorte...

Como si siguiera escuchando, el César callaba. Al rato dijo:

—Mañana es el aniversario de mi nacimiento.

—Un día de bendición para el mundo y un día de bendición para el Estado romano; quieran los dioses darte la eterna juventud y conservártela.

—Bien, amigo mío, y como dentro de tres semanas festejamos también tu cumpleaños, deja que te augure lo mismo. ¡Juntos nos concedan los dioses eterna juventud! Además, a tus cincuenta y un años tienes un aspecto tan juvenil, que nadie te daría los siete años en que me precedes. Ciertamente, eres tan malo para viajar, que me has jugado hoy una mala partida; tengo que partir muy pronto, para estar a más tardar mañana en Roma, con el fin de asistir al menos a los festejos de la tarde, y hubiera esperado poder llevarte conmigo.

—Es la despedida, Octaviano, y tú lo sabes.

Un gesto un poco molesto fue la respuesta:

—Despedida, sí, una despedida por tres semanas a lo sumo; para tu natalicio estarás ya en Roma desde mucho antes, pero hubiera sido más hermoso, si en el mío hubieras leído un trozo de la *Eneida*, más hermoso que todas las ceremonias oficiales rebosantes de augurios, a las que tendré que someterme ahora. Para pasado mañana he dispuesto nuevamente grandes juegos.

El César había venido para despedirse; pero para él era más importante llevarse la *Eneida* y trataba de ocultar ambas cosas bajo muchas palabras. ¿Era éste el camino por el cual la realidad se apoderaba de lo irreal? ¿o era la irrealidad la que usurpaba lo real? Oh, también el César vivía en lo irreal, y la luz —¿había avanzado ya tanto el sol?— se tornó más mortecina:

—Tu vida es deber, César, pero el amor de Roma, que te espera, te compensa.

La expresión, de ordinario tan hermética, del César cobró un algo muy desenfadado:

—Livia me espera, y volver a ver a los amigos me hará bien.

—¡Afortunado tú, que amas a tu esposa! —flotando como en un hálito desde una suave nada había llegado la voz de Plocia.

—Todos nosotros, Virgilio, sentiremos dolorosamente tu ausencia en nuestro círculo durante estas fiestas.

Quien verdaderamente ama a una mujer, puede también ser amigo y apoyo para los hombres; lo mismo tenía que pasar con el Augusto:

—Octaviano, quien es agraciado con tu amistad, puede considerarse feliz.

—La amistad hace feliz, Virgilio mío.

De nuevo era su voz sincera y cálida, tanto que era casi posible que fracasara la conspiración contra el manuscrito:

—Te estoy agradecido, Octaviano.

—Esto es demasiado y demasiado poco, Virgilio, la amistad no consiste en gratitud.

—Como eres siempre la parte que da, la otra encuentra sólo abierto el camino de la gratitud.

—La gracia de los dioses me ha concedido la suerte de poder ser útil a menudo a mis amigos; pero más grande fue su gracia al hacerme hallarlos.

—Y tanto más obligados están ellos a la gratitud.

—Tú estás obligado meramente a una correspondencia digna de ti, y ya la has brindado más que abundantemente con tu ser y tu obrar... ¿Por qué has cambiado de ideas? ¿por qué hablas de una hueca gratitud, que evidentemente no se inclina a reconocer ninguna obligación?

—Mis ideas no han cambiado, oh César, aunque no pueda admitir que mi obra haya representado nunca una correspondencia equitativa.

—Has sido siempre demasiado modesto, Virgilio, pero no un hombre con falsa modestia; veo claro que quieres empeorar tus regalos intencionadamente, para quitárnoslos al fin astutamente.

Ya estaba dicho, ay, ya estaba dicho... tenaz y duramente, el César iba directo a su objetivo, y nada le impediría robar los manuscritos:

—¡Octaviano, déjame el poema!

—Muy bien, Virgilio, de eso se trata... Lucio Vario y Plocio Tucca me han informado de tu tremendo propósito y no les he querido prestar fe... ¿Piensas realmente destruir tus obras?

El silencio se extendió en la habitación: un riguroso silencio, que tenía su centro lívido y finamente delineado en el severo rostro reflexivo del César. En el ninguna parte algo se quejaba muy suave, y también esto era tan delgado y rectilíneo como la arruga entre los ojos del Augusto, cuya mirada estaba fija en él.

—Callas —dijo el César— y esto significa que realmente quieres retirar tu regalo... Reflexiona, Virgilio, ¿es la *Eneida*! Tus amigos están muy tristes, y yo, tú lo sabes, me encuentro entre ellos.

Los leves lamentos de Plocia se tornaron más perceptibles; en tenue fila, sin entonación, llegaron una tras otra las palabras:

—Destruye la poesía, dame tu destino; tenemos que amarnos.

Destruir el poema, amar a Plocia, ser amigo del amigo, extrañamente llena de convicción se agregaba una tentación a la otra, y sin embargo Plocia no podía participar en ello:

—Oh Augusto, es por nuestra amistad; no penetres en mí.

—¿Amistad?... Hablas como si nosotros, tus amigos, no mereciéramos conservar tus regalos.

Los labios del César, sin moverse apenas, sostenían la conversación, aunque tuviera el poder, y seguramente también el deseo, de hacer que se llevaran simplemente el manuscrito, y Plocia había enmudecido, cual si esperara el final del diálogo: dura y rígida y severa, sin fisuras, se erigía en derredor la forma del ser, y aunque el decurso se cumpliera también de acuerdo con la voluntad de Augusto, también éste se hallaba dispuesto en él.

—Oh Augusto. Es más bien que ni mi poema ni yo somos dignos de mis amigos. Mas no me sigas acusando de falsa modestia; ya sé que es un gran poema el mío, aunque pequeño comparado con los cantos homéricos.

—Si admites eso, no puedes negar que tu plan de destrucción es criminal.

—Lo que ocurre por orden de los dioses, no es crimen.

—Te desvías, Virgilio; el que no tiene razón se escuda fácilmente tras la voluntad de los dioses;

pero yo, yo nunca he oído que hayan ordenado la destrucción de un bien público.

—Me colma de honor, oh César, que eleves mi obra al valor de un bien público, sólo que yo puedo afirmar que no la he escrito para el lector, sino para mí en primer término, que tal fue su íntima necesidad y que es mi obra, de la que debo y puedo disponer de acuerdo con mi necesidad, como han dispuesto para mí los dioses.

—¿Es que puedo yo dejar libre Egipto? ¿puedo desguarnecer de tropas a Germania? ¿puedo devolver los confines a los Partos? ¿puedo arriesgar la paz de Roma? ¿puedo hacerlo? No, no puedo hacerlo, y aunque recibiera la orden de los dioses no debería, no podría obedecerla, aunque es mi paz y yo la he conquistado y es mi obra...

La comparación cojeaba, pues las victorias eran la obra común del César y de todo el pueblo y el ejército romanos, mientras que un poema es la obra de un hombre solo. Pero, como quiera que fuese, tanto si la comparación era contradictoria o no, la simple presencia del César eliminaba toda contradicción.

—Tu obra se mide por su utilidad estatal, la mía por su perfección artística.

¡La perfección artística, el benigno deber del crear, que no permite ninguna elección y sobrepasa todo lo humano y todo lo terreno!

—No veo las diferencias; también la obra de arte debe servir a la utilidad general y con ello al Estado, y el Estado mismo es obra de arte en la mano de quien debe construirlo.

Era posible notar en el César como un molesto cansancio; las reflexiones sobre la obra de arte no tenían importancia para él, y fue un poco torpe insistir en ellas:

—Si el Estado puede considerarse obra de arte, en todo caso se mantiene en movimiento y consiente siempre un perfeccionamiento ulterior, mientras que la poesía, cuando está concluida, es algo estático, por lo que el creador no puede quitar su mano de la obra, hasta que haya alcanzado la perfección; debe efectuar cambios, debe eliminar lo insuficiente, así le ha sido ordenado, y debe hacerlo aun a riesgo de que toda la obra se pierda. No hay más que una sola medida, que es el fin de la obra; sólo el fin de la obra permite medir lo que puede quedar y lo que merece ser destruido; realmente, esta meta es lo único que importa, no la obra realizada, y el artista... El Augusto interrumpió con impaciencia el discurso:

—Nadie discute al autor la facultad de mejorar lo insuficiente y aun de suprimirlo, pero nadie te creará cuando dices que el conjunto de tu obra es insuficiente...

—Lo es.

—Oye, Virgilio: hace tiempo que has perdido el derecho a juzgar así. Hace más de diez años que me hiciste conocer el plan de tu *Eneida* y podrás acordarte del íntimo gozo con que todos los que pudimos participar en él, aprobamos tu proyecto y te dimos nuestro asentimiento. Durante los años siguientes nos has leído trozo a trozo el poema y, cuando ante la grandeza del propósito y la potencia de la composición —¡y cuán a menudo ocurrió eso!— te sobrevino alguna vacilación, te has repuesto de nuevo por nuestra admiración, mejor dicho, por la admiración de todo el pueblo romano; piensa que gran parte de la obra es ya del dominio público, que el pueblo romano conoce la existencia de este poema, de un poema que lo magnifica como ningún otro poema lo ha hecho, y que es el legítimo, inalienable derecho real del pueblo recibir el don de la obra completa. Ya no es tu obra, es la obra de todos nosotros e incluso, en este sentido, todos hemos colaborado en ella y es también la obra del pueblo romano y de su grandeza.

La luz se tornó más mortecina aún; se hubiera podido creer que estaba comenzando un eclipse de sol.

—Fue mi debilidad mostrar algo inacabado, la insegura vanidad del artista. Pero fue también mi afecto por ti, Octaviano, lo que me impulsó a hacerlo.

En los ojos del César resplandeció algo confiadamente familiar; e infantil, casi astutamente dijo:

—¿Llamas inacabado tu poema? ¿Imperfecto? ¿Entonces, hubieras podido hacerlo mejor o hubieras debido hacerlo mejor?

—Es así como dices.

—Hace un momento tuve que avergonzarme de mi mala memoria; ahora permíteme que defienda mi honra... Te citaré un par de versos tuyos.

Pequeñito y amistoso y maligno y aún así también él muy infantil, surgió el deseo de que el César fracasara otra vez, mientras que a la vez —¡ay, la vanidad del poeta!— se acentuaba ansiosa la curiosidad en busca de alabanza:

—¿Qué versos, Octaviano?

Y marcando el compás con el dedo extendido y acompañándolo con un leve golpear del suelo, el dominador de Roma, el dominador del orbe, recitó por sí mismo los versos:

—Otros arrancarán al bronce figuras con más vida,
animarán el mármol con rasgos más veraces,
defenderán mejor las causas, las órbitas del cielo
mejor medirán con el compás o anunciarán los astros:
tú, oh Romano, atiende a gobernar a los pueblos,
éstas serán tus artes: fijar las leyes de la paz
clemente con el sumiso y destrucción para el soberbio.

El dedo que marcaba el compás siguió extendido amonestador, como una señal de la doctrina que debía ser sacada, y retenida, de los versos:

—¿Y ahora, Virgilio? ¿apresado en la propia red?

Naturalmente, era una alusión a la exigüidad de la mera obra de arte, una alusión realmente transparente a su exigüidad, insignificante ante la auténtica tarea de Roma, sólo que era demasiado evidente; no hacía falta entrar en ello:

—Así es, Augusto, así dice; lo has repetido muy exactamente; son palabras de Anquises.

—¿No son por eso también tuyas?

—No puedo objetar nada a ellas.

—Son intachables.

—Aun siéndolo, ¡no son todo el poema!

—No importa. No sabría exactamente cuáles son las insuficiencias que afean el resto del poema, pero tú mismo admites que el espíritu de Roma está por encima de las pequeñas deficiencias formales y, evidentemente, no puede tratarse aquí de otras... Tu poema es espíritu de Roma, de la romanidad, no artificio, y esto es lo que importa... Sí, tu poema es espíritu de Roma y es magnífico.

¿Qué podía intuir el Augusto de las verdaderas insuficiencias?! ¿qué sabía él del profundo desacuerdo que cubre toda vida y, más que nada, todo arte?! ¿Qué era lo que él llamaba artificio?! ¿qué entendía ya de todo esto?! y aunque llamara magnífico el poema, y aunque con eso acariciara el oído del autor —¡ay, nadie puede hurtarse plenamente a tal alabanza!—, ¡la loa perdía su valor, pues quien no comprende las deficiencias palmarias, tampoco conoce la oculta magnificencia del poema!

—Lo imperfecto, oh Augusto, llega más hondo de lo que nadie sospecha.

El César no se dio por enterado de la interrupción:

—Tu obra es Roma, y por eso es propiedad del pueblo romano y del Estado romano, al cual sirves, como todos hemos de servirlo... Solamente lo que no hemos hecho nos pertenece a cada uno, tal vez también lo equivocado y fracasado; mas lo que realmente ha sido hecho, eso pertenece a todos, pertenece al mundo.

—César, mi obra no está hecha: ¡es terriblemente incompleta y nadie quiere creérmelo!

Otra vez resplandeció algo confiado y familiar en el rostro hermético y ahora además con cierta superioridad:

—Todos conocemos tus desalientos y tus desesperaciones, Virgilio, y se comprende que te asalten con especial virulencia hoy, sobre todo, que te sientes enfermo; pero es que además quieres aprovecharlas bien astutamente para tus intenciones oscuras, oscuras al menos todavía para mí...

—No se trata del desaliento, del que muchas veces realmente me has salvado, Octaviano; no se trata del desaliento ante lo no domeñado y lo indomeñable... No, repaso mi vida y veo todo lo no realizado en ella.

—Tienes que aceptarlo... Toda vida humana y toda obra humana arrastran oculto un resto

irrealizado; es la suerte con que todos cargamos —dijo con tristeza.

—Tu obra seguirá perfeccionándose eternamente; tus sucesores la continuarán en el futuro según tu voluntad; para mí no hay sucesores.

—Yo confiaría mi sucesión a Agripa..., pero es demasiado viejo. Sin embargo sería el mejor. — Y como invadido por una repentina preocupación, el César se levantó y se acercó a la ventana, como si la visión del paisaje pudiera brindarle algún consuelo.

Los hombres se sustituyen uno a otro, sus cuerpos mortales se suceden, sólo el conocimiento fluye y fluye más allá de la lejanía, hacia un encuentro inefable.

—Agripa está por llegar— dijo el Augusto y miró a la calle, por donde debía llegar Agripa.

Mario Vipsanio Agripa, su rostro de soldado gruñón y prudente, su poderosa y sencilla figura... Claramente se dibujaban sobre el fondo de un repentino conocimiento, que fue apuntado como por una voz, tal vez la del esclavo, susurrando que lo devorador de una vida tan dirigida al poder debía consumirse pronto a sí mismo, que debía apagarse antes que en el Augusto. De cualquier modo, éste seguramente no quería saber nada de eso; era otra cosa la que le interesaba:

—Tú mismo eres joven, Octaviano, y tienes hijos y otros pueden nacer aún; tu familia subsistirá.

La respuesta fue un cansado gesto.

Luego hubo quietud y silencio. El Augusto estaba cerca de la ventana, pequeño y muy delgado, un mortal con cuerpo mortal, dividido en miembros, envuelto en la toga; tal se dibujaba contra el chorro de luz que penetraba, delgado reverso de un hombre cubierto con los oblicuos pliegues de una toga, y de repente no fue posible saber ya si había también un anverso o incluso un rostro lleno de miradas, radiante de miradas, y menos todavía a dónde propiamente iba a mirar. ¿No había estado allí Alejo hacía un momento, exactamente en el mismo lugar? Pero sí, sí, había sido Alejo, infantilmente delgado, en casi emotiva belleza, casi un hijo, el hijo cuyo destino en devenir, cuyo desarrollo había querido asumir, cuidándole no sólo como un padre, no, sino también como una madre cuida a su hijo, y al que de todos modos había formado paternalmente a semejanza de sí mismo. Alejo había estado allí, de espaldas, como si le siguiera reprochando rencoroso esa equivocada dirección y esa intromisión en su destino; pero sin darle importancia había enviado sus sueños hacia lo soñador del paisaje, al sol del sueño salpicado de flores, a la paz del sueño perfumada de laurel, y para él, para el hermoso joven, habían bailado los Faunos ebrios de campiñas, ebrios al compás de la flauta, para él se había rasgado el paisaje movido en lo más íntimo por la danza, al mismo compás, incluso las encinas, sacudiendo poderosamente sus coronas; para el muchacho había ocurrido, danza deseante de la creación entera hasta sus extremos límites, visible lo inaccesible, visible lo vuelto de espaldas, entretejido en una única visibilidad gracias al deseo que incesantemente fluía y refluía, lleno de conocimiento y envolviendo en su tembloroso fluir lo visto y lo invisible, para darle así la impronta de figura conocida; sí, envuelto en el deseo que conoce y él mismo deseando, había estado allí Alejo, y al cobrar él figura, todo alrededor de él se había convertido en figura, se había vuelto unidad conocida, de modo que el mediodía y la tarde habían podido confluir en un único ser de luz. Sólo que ahora todo había pasado y hasta las cadenas de nocturnas colinas descansando en el infinito más allá de la lejanía, se habían disuelto en la vaciedad, incorporadas en el vacío general del paisaje, que se había dibujado como un caos de líneas mudo y pobre, casi severo de dureza, en la frágil luz pálida pardusca del creciente eclipse de sol; cada vez más mates se volvieron entonces los colores de las flores, violeta oscuro se volvió la púrpura de la toga del César en esta luz, seca como papel chamuscado; extremadamente inconexo era todo esto, casi sin relación y sin contraparte alguna, inconexo por la severa unilateralidad que emanaba de la delgada figura allí en la ventana, inconexo de tanta severidad, dureza, rigor, casi irreal a pesar de sus efectos tan palpables en la superficie, y también lo humano, ay, hasta la relación humana parecía haber caído en la misma parcialidad de una superficie misteriosamente flotante, sin nada bajo ella: extrañamente etérea, extrañamente libre de deseo, extrañamente sobria se tendió una fuerte y casi rígida compenetración con la débil figura humana que estaba allí inmóvil, era unión con ella, unión en lo carente de unión, extraña unión indisoluble. Nada se movía ya, hasta el gorjear de los pájaros se había extinguido en la palidez oscurecida; ay, nunca más volverá el sueño. Sin embargo Plocia, inclinada desde el sueño a su mismo lado, presentido su aliento, prometiendo el

secreto, dijo en un soplo:

—No llores por él, que te conozco en el futuro no cantado: lo que fue ya no te ata, vuelve a mí, amado mío —así le murmuró al oído, susurrando como la delicada vida de la paz del sueño por encima de todo lo audible en un mundo palpable, vuelto inertemente pálido; así susurraba en lo yerto del mundo, para enmudecer en seguida murmurando, como si la tarea hubiera excedido en mucho sus débiles fuerzas. Mucho tiempo duró el silencio: sin volverse miraba por la ventana el hombre que regía el mundo en nombre de los dioses, él, débil y terreno portador del dios; miraba sin volverse el paisaje sombreado y cada vez más ensombrecido de los techos y las líneas; había silencio y paz, pero ya no era la paz del sueño, cuya levedad había flotado antes aquí, era la paz severamente invencible del Augusto, y sólo el perfume del laurel, que con su hálito de sueño seguía ardiendo lento en el cuarto, persistía como recuerdo de la delicada vitalidad de las flores, en cuyo límite, casi perteneciendo ya a la dureza, estaba el laurel, está el laurel...

De improviso, con un movimiento extraordinariamente violento, el Augusto se volvió:

—Vamos al grano, Virgilio... ¿Por qué quieres destruir la *Eneida*?

Fue tan de improviso, que en un primer instante no supo qué decir.

—Has hablado de insuficiencias; te las concedo, aunque no creo en ellas, pero no hay ninguna clase de insuficiencias artísticas que un Virgilio no pueda dominar... No se trata, pues, más que de meros pretextos.

—No he alcanzado mi fin.

—Tampoco me vale esta explicación... ¿Cuál es tu fin?

Esto era ya una pregunta precisa y bien directa; el Augusto se había acercado otra vez al lecho, como un padre en severo examen, y la tranquilidad que infundía, era extrañamente rara, no sólo por la diferencia de edad que de todos modos había entre ellos, sino mucho más aún porque esta forma de estricto interrogatorio a que ya se había acostumbrado, debía ser familiar desde hacía tiempo a todo el que conociera al Augusto, bastante familiar como para no contener ya nada temible. Tal vez la intimidación se debía al indeclinable derecho de la pregunta; quien no sabe contestar, se siente amedrentado. ¿Dónde estaban los fines? ¿Se habían perdido, se habían esfumado también bajo el palpable peso del instante! Ay, ¿dónde estaban? ¡Oh Plocia!... ¡oh voz sibilina...! ¡¿qué metas?!

Y Plocia habló y sonó a recuerdo:

—En mí se apoya tu destino; en mi saber está tu fin.

Y de nuevo el Augusto —esto también lo hacía mucho en los interrogatorios, cuando trataba de alcanzar algo— cambió el tono y se deslizó en esa conquistadora amabilidad que tanto le iba:

—Hay muchos fines, Virgilio; yo mismo tengo un buen número de ellos y entre ellos, realmente importante, tu amistad, pues un día formará parte de mi gloria haber sido el amigo de Virgilio... De todos modos, bueno, confíame sin embargo qué terrible fin has tenido presente para que madurase en ti tan incomprensible decisión...

La fiebre volvía a subir; la sentía entre los dedos ardientes, y el anillo apretaba. Sin embargo había que contestar:

—¿Mi fin?... El saber, la verdad... Todas las metas están allí..., el conocimiento...

—¿Y no crees haber alcanzado este fin?

—Nadie lo alcanza.

—Bien..., pero como tú mismo te contradices, es inconcebible que te sigas torturando... Los mortales no lo pueden todo.

—Pero yo no he dado ni siquiera el primer paso hacia el conocimiento, ni siquiera el comienzo de un primer paso... Es un error, todo fue un error.

—¿Qué quieres decir? Tú mismo no lo crees; déjalo. —La voz del Augusto se había tornado amarga: el emperador estaba enfadado.

—Así es.

—Mi Virgilio...

—Oh Octaviano...

Levemente osciló la lamparilla, aunque no soplaba el menor soplo de aire; levemente sonó la cadena de plata: ¿se unía al eclipse de sol un terremoto? Mas no había terror; el cuerpo era como

una navecilla en suave balanceo, como una navecilla que se alista para la partida, y el Augusto prestaba amigablemente su ayuda en la orilla, mientras afuera el espejo del mar, liso y sin sombra de oleaje, subía y bajaba en toda su extensión, reflejando la luz mortecina en su tersura.

Y amistosamente, sin preocuparse del terremoto, el Augusto dijo:

—Oyeme, Virgilio, óyeme, pues soy tu amigo y además conozco tu obra: tu poema rebosa del más noble conocimiento; en él se halla desplegada Roma y tú la abarcas tanto en sus dioses como en sus guerreros, como en sus campesinos; abarcas su gloria y su piedad, abarcas el espacio romano en su totalidad, como abrazaste la edad romana, que alcanza hasta el poderoso antepasado troyano, pues todo lo has retenido... ¿No te basta este conocimiento?

—¿Retenido? Retener..., oh, retener..., sí, quise retenerlo todo, todo lo que ocurrió, todo lo que ocurre... Y así no podía lograrlo.

—Lo has logrado, mi Virgilio.

—Estaba ansioso de conocimiento... Por eso quise escribirlo todo..., esto es poesía; ay, es impaciencia por conocer, tal es su deseo y más allá no puede pasar...

—Estoy de acuerdo contigo, Virgilio, esto es poesía; abarca toda la vida y por esta razón es divina.

El César no comprendía, nadie comprendía la verdad, nadie sabía de la aparente divinidad de la belleza, de lo predivino de divina apariencia.

—Para conocer la vida no hace falta la poesía, oh César... Para el espacio romano, para la época romana, como tú has dicho, considero más significativos Salustio y Livio que mis cantos, y aunque soy un labrador, o mejor dicho, aunque hubiera podido serlo, una obra como la del venerable Varrón es mucho más importante que mis *Geórgicas* para el conocimiento de la agricultura... ¡Qué insignificantes somos los poetas a su lado! No quiero menospreciar a ninguno de mis colegas; pero con meros himnos no se hace nada, y menos aún para el conocimiento.

—Cada cual aporta lo suyo al conocimiento de la vida, toda obra creada lo hace, también la mía; sólo que la grandeza del conocimiento poético y por lo mismo también tu grandeza, Virgilio, es la de poder abarcar toda la vida, como he dicho, en una sola panorámica, en una sola obra, en una sola mirada.

Había escrito, escrito todo lo que ocurre adentro y fuera y, sin embargo, no había valido de nada:

—¡Ay, Augusto, también yo creí un día que ésta, justamente ésta era la misión que tiene el poeta de conocer!... Por eso mi obra fue una búsqueda del conocimiento, sin convertirse en conocimiento, sin ser conocimiento...

—Entonces debo preguntarte una vez más, Virgilio, qué fin perseguías con tu poesía, si no debía ser el conocimiento de la vida.

—El conocimiento de la muerte.

Había sido como un reencuentro, como un reconocimiento, como una iluminación de vuelta a casa, y fue proferido rápidamente, como si viniera de una iluminación.

Hubo una pausa; el lento y leve oscilar sísmico del ser se mantenía, sin que el César le prestara aún atención, más bien parecía impresionado por lo que acababa de oír. Y tardó bastante en contestar:

—La muerte pertenece a la vida; el que conoce la vida conoce también la muerte.

¿Era cierto? Sonaba como verdad y sin embargo no era verdad o no lo era ya:

—No ha habido en toda mi vida un solo instante, Octaviano, que no hubiera querido retener, pero tampoco ninguno en el cual no hubiera deseado morir.

César, impresionado, se esforzaba por encontrar otra vez algo amable:

—Es una suerte, pues, Virgilio mío, que hasta hoy no te haya valido de nada el deseo de morir; tampoco esta vez te ha llevado más lejos que a una simple enfermedad. Tu deseo de vivir, con la ayuda de los dioses, se mostrará nuevamente el más fuerte.

—Puede ser... Ciertamente, que me aferro a la vida, sí, me aferro a la vida, tengo que admitirlo; es insaciable mi deseo de vida, justamente porque es tanta mi hambre de muerte... Aún no sé nada de la muerte...

—La muerte no es nada; es superfluo hablar de ella.

—Tú has visto mucha muerte, Octaviano; por eso tal vez sabes más que nadie de la vida.

—Posiblemente fue incluso demasiada muerte la que me tocó ver; pero verdaderamente, amigo mío, la vida es tan poca cosa como la muerte; lleva a la muerte y ambas son nada...

Si no hubiera sido dicho tan cansadamente y de pasada, hubiera sido sorprendente, porque no concordaba nada con las ideas del Augusto; por eso seguramente no había que tomarlo en serio:

—Esto no concuerda del todo con las doctrinas de la Stoa, cuyo discípulo te has declarado a menudo.

—Mientras siga en vigor el deber de hacer el bien, ya habrá alguna forma de hacerlo concordar con la Stoa; pero esto, realmente, apenas nos importa y no puede decirse que sea lo esencial.

El Augusto se sentó, y otra vez lo hizo con un gesto cansino y en cierta medida nada heroico. Por un rato cerró los ojos, su mano buscó un punto de apoyo, lo halló en el candelabro florido y sus dedos jugaron a estrujar una hoja de laurel. Y cuando abrió de nuevo los párpados, la mirada estaba apagada y un poco vacía.

Oh, también esto había que retenerlo, había que poder escribirlo, había que escribirlo como todo lo demás que había transcurrido durante muchos años sin ser anotado, como todo lo demás humano, que ahora apenas era ya un recuerdo, un confuso hervidero de cráneos y formas de rostros, campesinos y ciudadanos, todos juntos cubiertos de pelo y piel, arrugados y lisos, a veces purulentos, un confuso alboroto de figuras, que habían pasado arrastrándose, cojeando, círculo eternamente igual de la multiplicidad humana, al que pertenecía incontestablemente incluso el Augusto, el terreno portador del dios, tan olvidado como todo este hervidero de criaturas vivas, impenetrable, incontable, irrepresentable, tan olvidado como cada una de esas figuras, olvidado hasta de lo creado sin más, que habita en todas ellas, devorando y durmiendo, lleno de líquido y papilla, olvidado el andamiaje óseo bajo el relleno de la carne, el andamiaje óseo erguido con que se mueven, olvidado el hombre, oh, el hombre en cuya sonrisa habita pese a todo lo divino, de manera que en la sonrisa reconoce divinamente al alma próxima, al hombre próximo..., comprensión humana, nacimiento del lenguaje humano del seno de la risa. Nada de esto había sido retenido y, en lugar de esto, había surgido una copia discretamente feliz del modelo homérico, una hueca nada, rellena con dioses y héroes de conducta homérica, frente a cuya irrealidad hasta el cansancio del tataranieta allí sentado aún significaba fuerza; sí, divina era incluso esta cansadísima sonrisa, que brillaba aquí en la mirada del César... ; pero en el poema, el vencedor de Accio no tiene ni rostro ni sonrisa, sólo posee una armadura y un yelmo; carente de verdad era el poema, lejos de la realidad su héroe Eneas, lejos de la realidad en él el descendiente de Eneas, un poema sin profundidad de conocimiento, que nada verdadero ha retenido, incapaz de ello, porque sólo en el conocimiento se discernen la luz y la sombra y constituyen una forma: el poema había quedado pálido, sin sombras. Pero una voz habló y no era la de Plocia, no, era una voz extraña, no, era la del esclavo, muy extraño, pues nada tenía que buscar allí, y esta voz dijo:

—No debes retener ya nada.

—¿Por qué eres tú quien me aconseja?... ¿por qué no Plocia?

Y ahora respondió realmente Plocia y fue el mismo soplo delicado de antes:

—Obedécele; ya no debes escribir más.

Así que era obligatorio, aunque pudiera suponerse que Plocia había apoyado al esclavo por simple miedo, temiendo que tal vez ella misma pudiera ser contada entre los seres irrecordables; de todos modos era obligatorio. ¿Por qué esta imposición?... ¿por qué? Incluso ahora, sí, había debido lograrse el intento de recuperar lo descuidado, para que el poema pudiera salvarse todavía, y en cierto modo era también el último instante, casi demasiado tarde para cualquier intento. Pero aún tenía que lograrse, si se podía retener precisamente este instante, este único instante del ahora y aquí, retener el palpable ente en derredor, lo pétreamente perdurable de las paredes, del piso, de la casa, de la ciudad, todo esto firmemente asentado y sin embargo flotante, suspendido en lo inmóvil, el retener el sísmico vacilar que lo penetraba todo y sobre el cual se deslizaba uno como en una barca sobre la quieta superficie, reflejado en la luz meridiana ya mortecina...; oh, si pudiera retenerlo, retener el terrenal cansancio bajo la superficie de la piel del duro y suave rostro cesáreo, retener verdaderamente sólo un minúsculo fragmento de diálogo, que se había tendido hacia él

como una invisible cadena, este diálogo entre dos seres, que se habían salido del húmedo hervidero, inconcebible su comprensión, inconcebible el divino encuentro de sus ojos en el rayo de la mirada, oh, si se pudiera retener también esto, si fuera lícito retenerlo, si esto se lograra aún, sería tal vez el primer y último resplandor de un verdadero conocimiento de la vida. ¿Lo sería?

—Hagas lo que hagas aquí abajo, el más acá ya no te basta —dijo el esclavo, y esto era tan claro, que no fue precisa la confirmación de Plocia; por muy hondo que el espíritu que conoce pueda penetrar en el ente, por mucho que lo descomponga en sus primeros elementos, separe lo que pacíficamente sufre de lo que se mueve activamente, reconociéndolos ambos por doquiera, el uno como tierra y agua, el otro como fuego y éter, por muchos componentes en que lo disuelva, penetrando en el misterio del torbellino atómico, y, más aún, aunque descubra incluso la esencia más íntima del hombre, de la criatura dividida en miembros, aunque avizore lo humano trozo a trozo, la similitud con el dios y el autoengaño de la actividad humana y del lenguaje humano, aunque desnude lo humano hasta su más profunda y última desnudez, quitándole del esqueleto la corteza de la carne, soplándole la médula de sus huesos, pulverizando sus pensamientos, de manera que no quede más que el yo separado, divinamente contrito, inaprensible, aunque el espíritu conocedor realice todo esto, aunque pudiera retenerlo todo y aun describirlo exactamente, investigándolo paso a paso, no se habría adelantado nada, el conocimiento sigue de este lado del límite, sigue preso en lo terreno, sigue siendo conocimiento de la vida, pero no de la muerte: del caos nocturno del principio se aparta fragmento a fragmento y así se forma anillo a anillo la cadena de la verdad, sin fin la cadena, sin fin la verdad misma, infinita como la vida, si bien en todo caso sin sentido, y queda presa en lo sin sentido, hasta que a ella y a la vida —conocida y conocedora la muerte— se les abra la luz del inmortal morir, el sentido más simple de la existencia humana, la unidad de la creación como verdad: ¡oh, el conocimiento de la vida, ligado terrenalmente a lo terreno, nunca es capaz como tal de elevarse sobre lo conocido y darle la unidad, la unidad duradera del sentido, por la que la vida existe como creación y es eternamente recordada en eterna consistencia!

Pues sólo aquél que gracias a su saber acerca de la muerte es consciente de lo infinito, sólo él, puede retener la creación, lo individual en la creación como la creación en lo individual. No se puede retener lo individual en sí mismo; sólo en su contexto, sólo en el contexto de su ley cobra consistencia, y lo infinito es quien sostiene todo contexto en el ente, quien sustenta la ley y la forma de la ley, y por eso mismo también al mismo destino: infinito misterio de la infinidad y sin embargo el alma del hombre.

El Augusto seguía allí sentado; destrozaba la hoja de laurel entre los dedos y parecía esperar un asentimiento o por lo menos una respuesta.

—Oh Augusto, has hablado de lo esencial... No serías tú, si no supieras que ni la vida ni la muerte pueden pasar por nada, ni sería lícito considerarlas así; y no serías tú, si no supieras que, justamente por eso, también con el conocimiento ocurre exactamente a la inversa de lo que te plugo decir... En verdad, solamente quien conoce la muerte, conoce también la vida...

Una sonrisa casi ausente reveló una indiferente y distraída tolerancia:

—Puede que a fin de cuentas sea así...

—Pero claro que sí, y sólo de la perfección de sentido de la muerte brota el inmenso sentido de la vida.

—¿Así pues hay que comprender el fin objetivo de tu poema, así te lo has propuesto?

—En cuanto mi obra fue genuina poesía, tal fue su objetivo, pues no hay otro para toda poesía verdadera; si no fuera así, si no fuera tan absolutamente necesario acercarse a tumbas a la muerte con cada pensamiento, con cada idea, si no existiera esta monstruosa imposición, esta imposición de acercarse a la muerte, ¡no habría poetas trágicos, no habría un Esquilo!

—El pueblo podría ser de otra opinión sobre los fines de la poesía. El pueblo busca la belleza, busca la sabiduría en ella.

—Eso es un accesorio, accesorio fácil y casi barato: ciertamente, el pueblo puede creer que busca solamente eso, pero siente lo que hay detrás, verdadero objetivo, porque esto es justamente lo esencial, porque en lo esencial no se oculta otra cosa que el mismo objetivo de la vida.

—¿Y tú no has alcanzado este objetivo?

—No lo he alcanzado.

Pasando la mano sobre sus cabellos y su frente, como si despertara y debiera reunir sus ideas, dijo el Augusto:

—Conozco la *Eneida* y por eso mismo no debes presentarla falsamente; no sólo contiene todas las metamorfosis de la muerte, sino que la has seguido hasta las sombras del infierno.

Ese hombre nunca alcanzaría a comprender que el sacrificio del poema era una necesidad ineludible; ni siquiera había notado una sola vez el oscurecimiento del sol y el poseidónico oscilar del piso; no tenía siquiera presentimiento del incendio funesto de la tierra, que se anunciaba en todo ello con claridad impresionante; nada presentía del hundimiento inminente de la creación y ya nunca admitiría que el sacrificio —y no sólo el de la *Eneida*— debía ser llevado a cabo, para que el sol y los astros no se detuvieran en sus órbita diurna y nocturna y no hubiera más oscurecimientos, para que la creación subsistiera, convertida la muerte en renacimiento, en creación resurgida.

Eneas siguió a la muerte hasta las sombras del Infierno y volvió con las manos vacías, él mismo mera parábola, sin salvación, sin verdad, sin la verdad de la realidad, de modo que su osadía había sido casi tan inútil como la del desdichado Orfeo, aunque no descendiera al Averno como éste en busca de la amada, sino por mandato del primer antepasado que dictó la ley... No, las fuerzas no habían bastado para un descenso aún más profundo, y ahora había que realizar el sacrificio, éste tenía que alcanzar la nada junto con el poema, para que surgiera la realidad de la muerte, rompiendo la hueca alegoría:

—Sólo con metáforas he cercado a la muerte, Augusto; pero la muerte es más astuta que los símbolos de la poesía y huye de ellos... La metáfora no es conocimiento, no, sigue al conocimiento, aunque a veces lo precede, como un presentimiento vedado e imperfecto, meramente al servicio de las palabras, y entonces la metáfora se queda antes del conocimiento en vez de estar en él, y lo oculta como una oscura pantalla...

—Me parece que lo metafórico vale para todo arte, por tanto también para el de Esquilo; todo arte es metáfora... ¿No es así, Virgilio?

En realidad, ésta era una justa objeción: —Desgraciadamente, no tenemos otro recurso para expresarnos; el arte dispone sólo de metáforas...

—Y la muerte se evade de la metáfora, dijiste.

—Cómo no... Todo lenguaje es metáfora, todo arte lo es e incluso la acción... metáfora que conoce; por lo menos debe serlo, quiere serlo...

—Bien, evidentemente entonces esto vale, debe valer también para mí exactamente como valió para Esquilo —el Augusto sonreía—; en esto estábamos de acuerdo. Reinar es un arte, arte del Romano.

No era fácil de seguir la rápida astucia del Augusto; el que estuviera sentado aquí, delante del lecho, era más fácil de concebir que lo que decía, y si con esas palabras se refería al Estado romano, a la máquina estatal que había creado y dominaba con gran destreza..., ¿dónde podía hallarse su realidad? Con leves rasgos estaba edificado allá afuera lo estatal, en las tierras, entre las tierras, en los hombres, entre los hombres, límite allí como aquí, relación allí como aquí, invisible y sin embargo presente, y costaba esfuerzo llegarse a todos estos espacios para indagarlo:

—Tu obra, Augusto..., ciertamente, sí, es metáfora..., es tu Estado... tu Estado es símbolo del espíritu romano...

—Y en la plenitud de todos esos símbolos, en la plenitud de todas las metáforas que constituyen nuestra vida, ¿son precisamente las que tú has creado tan malas que deben ser destruidas? ¿Eres el único que no ha conseguido con ellas su objetivo? Por mi parte exijo que siga subsistiendo lo que yo he creado... También en esto quiero parecerme a Esquilo, que no destruyó nada de su obra... ¿Te has propuesto, pues, ser una excepción? ¿o no has cosechado aún suficiente gloria y quieres añadir a tu nombre también el de Eróstrato?

El César tenía la obsesión de la gloria, siempre hablaba de la gloria, aspiraba a la gloria y por eso no se le podía decir —a él naturalmente aún menos que a Lucio— que la gloria, aunque sobreviva a la muerte, no elimina nunca la muerte, que el camino de la gloria es terreno, en el más acá, ignaro,

un camino de la apariencia, de la inversión y de la ebriedad, un camino de perdición:

—La gloria es un don de los dioses, pero no es el objetivo de la poesía; solamente los malos poetas la estiman como meta.

—Tú, sin embargo, no eres uno de ellos... ¿Por qué, pues, no podrían subsistir precisamente tus símbolos? Tu poema es comparado a los cantos homéricos y sería ridículo afirmar que tus imágenes son inferiores en fuerza a las de Esquilo. En cambio afirmas que has ocultado el conocimiento en lugar de revelarlo y que de esta manera tampoco hubieras podido acercarte a él; si eso fuera cierto, habría que afirmar lo mismo de Esquilo.

Era seguramente impaciencia lo que impulsaba al Augusto a esa insistencia enérgica, casi cargante, y sin embargo no podía darle la clara respuesta que esperaba:

—En Esquilo el conocimiento precedió a la poesía siempre y desde el principio, mientras que yo lo he querido buscar a través de la poesía...; nacidos del íntimo conocimiento, sus símbolos son al mismo tiempo interiores y exteriores; por eso han pasado a lo perdurable, como todas las imágenes del gran arte griego: nacidas del conocimiento, se han tornado verdad permanente.

—El mismo título de gloria te corresponde a ti.

—A mí no... Las imágenes que sólo son acarreadas desde fuera, se hallan inmersas en lo terrenal y por tanto son necesariamente menores que la imagen primigenia; son incapaces de conocimiento, incapaces de verdad, no son dentro y fuera a la vez, sino mera superficie... Y así ocurre conmigo.

—Virgilio —el César se había puesto de pie con un rápido movimiento, de nuevo muy juvenil—, Virgilio, te estás repitiendo, aunque lo haces con palabras nuevas y muy sugestivas. Pero yo sólo puedo deducir de ellas, también repitiéndome, que las negras objeciones que opones a tu obra y que una vez llamas pérdida del objetivo y otra vez pérdida del conocimiento, en el fondo se refieren sólo a deficiencias de forma en la exposición; nadie fuera de ti consigue encontrarlas, nadie fuera de ti es capaz de sentir la inadecuación de tus imágenes, y las dudas que atormentan a todo artista, las dudas sobre el éxito de su obra, en ti se han convertido ya en alucinaciones, tal vez porque tú eres el más grande entre los poetas.

—No es verdad, Augusto.

—¿Entonces?

—Tú tienes prisa. Sería inoportuno entretenerte con dilatadas explicaciones, y necesitaría de ellas para demostrarte que la *Eneida* no merece subsistir, aunque posea todas las cualidades de una perfecta obra de arte.

—Juegas con las palabras, Virgilio, y si alguna vez te has movido simplemente en la superficie, es ésta, ahora.

—¡Ay, Octaviano, créeme! —El César estaba allí, a incalculable distancia; parecía que ninguna palabra le pudiera alcanzar ya.

—Dilatadas demostraciones quieren ocultar siempre algo, sobre todo cuando, como es claro en este caso, quieren fundarse en extensas disquisiciones filológicas.

—No se trata de filología, Octaviano.

—Pero es un comentario a la *Eneida* el que desearías hacer.

—Sí, se podría llamarlo de este modo.

—¡Un comentario de Virgilio sobre su propia obra! ¡Quién querría perderselo! Pero en este caso no podemos excluir a Mecenas, que toma siempre parte vivísima en estos problemas. Nos presentarás por lo tanto el tema en Roma y pondremos un esclavo escriba, para que anote tu disertación...

—¿En Roma?!... —¡Qué extraño era no tener que volver a ver Roma! De todos modos, ¿dónde estaba Roma? ¿dónde se encontraba él mismo? ¿era Brindis esta ciudad? ¿dónde estaban las calles? ¿no se perdían en la nada, entrecruzadas en todas las direcciones, entrecruzadas con las calles de Roma y las de Atenas y las de todas las ciudades del orbe? Puertas, ventanas, paredes, todo cambiaba de lugar, todo estaba envuelto en constante cambio, perspectivas y salidas conducían a lo incierto, y la tierra sin sombra era un único paisaje, una sola urbe, sin puntos cardinales; nadie sabía dónde estaba el Oriente.

—Cierto, mi Virgilio; Roma nos espera —dijo el César—, se acerca la hora de mi partida, y en

pocos días me seguirás; cuento contigo, ya plenamente restablecido... Mas hasta entonces no debes preocuparte solamente de tu curación, sino también de tu manuscrito; ni a ti ni a él puede pasarlos nada, os necesitamos a ambos, y no te debe pesar prometérmelo, dado que te lo pido. Tú me respondes de ti y de tu manuscrito... ¿Dónde lo conservas? Ahí dentro, ¿no? —Y como de pasada, pero en realidad con toda intención, el César, ya dispuesto a irse, señaló el cofre del manuscrito.

Oh, era una extorsión, sencillamente una extorsión, que no permitía ya elección ninguna:

—¿Debo prometértelo?

—De muchas partes del poema no se han hecho copias todavía... Debo guardarte a ti y al poema de las medidas precipitadas que piensas. Es posible que me convenzas, que nos convenzas a todos con tu comentario de la justeza de tus intenciones; pero también en este caso vale el *festina lente*, y antes queremos oír tu comentario. Si no sientes tú voluntad tan fuerte como para prometerme lo pedido, estoy gustosamente dispuesto a tomar el cofre en segurísima custodia para que lo encuentres a tu llegada.

—Octaviano..., ¿no puedo entregar el manuscrito!

—Me duele, mi Virgilio, verte tan alterado, pero puedo asegurarte que se trata solamente de una alucinación tuya; no hay razón alguna para esta alteración y no hay una sola razón que pudiese motivarte a destruir tu obra... —El César estaba ahora delante del lecho y sus palabras eran suaves.

—Octaviano..., me estoy muriendo y no sé nada de la muerte.

Desde lejos habló Plocia:

—La muerte es hermética para el solitario, doble es el saber acerca de la muerte.

La mano del Augusto se tendió y tomó la suya:

—Ideas tristes e innecesarias, mi Virgilio.

—No se dejan ahuyentar y no debo ahuyentarlas.

—Tienes ante ti tiempo suficiente para crecer con la ayuda de los dioses en el conocimiento de la muerte.

Muchas cosas flotaban alrededor, muchas cosas se confundían entre sí; la mano del Augusto tenía sus cinco dedos en la suya, el yo estaba inclinado sobre el yo, y no era la mano de Plocia; antes de morir no hay ni mucho ni poco tiempo, pero el último instante, si es que trae el conocimiento, tendría que durar más que toda la vida pasada, y Plocia dijo:

—Sin tiempo es nuestra unión, eterna, sin tiempo nuestro saber.

—El poema...

—Bueno, mi Virgilio... —Su palabra seguía siendo suave.

—El poema... Tengo que alcanzar el saber... El poema está delante del saber, me cierra el camino... El Augusto retiró la mano, su gesto se endureció:

—Eso carece de importancia.

Nada había quedado de la presión de la mano; sólo el anillo se había vuelto de nuevo perceptible, tan perceptible como la ardiente fiebre, y las palabras del César cayeron en la lejanía, en lo incomprensible:

—Tú mismo hablabas de lo importante, Augusto... y es la muerte..., es el conocimiento de la muerte...

—Ante el deber, todo esto carece de importancia... Aunque en tu poema hayas rodeado a la muerte con comparaciones, como decías...

Estaba divagando; había que tratar una vez más de hacerle volver:

—Ay..., retener la vida para encontrar en ella la semejanza de la muerte...

—Lo que quieras, sí, lo que quieras... Nadie pregunta al legionario en la batalla, si ha hallado ya o no el símbolo de la muerte, su conocimiento; si la flecha le hiere, tiene que morir. Sin consideración alguna por su saber o por su no-saber, tiene que cumplir con su deber... Que los dioses te guarden de la muerte, mi Virgilio, y te guardarán, pero no puedo tolerar que te aproveches de ella, pues ni ella, ni tu saber o no saber tienen que ver ni lo más mínimo con tus deberes para con la comunidad... Si no cambias de idea, me obligas hasta a defender de ti mismo tu obra.

El César estaba impaciente y encolerizado; le planteaba una disyuntiva:

—Oh César, el conocimiento no es un asunto privado del individuo, el conocimiento es cosa de

la comunidad.

Su conocimiento no había alcanzado ninguna profundidad, se había quedado preso en la superficie, en la pétrea superficie por la que hormiguea la plebe; y su conocimiento de la muerte no alcanzaba más allá de lo terrenal, sólo sabía de la muerte del esqueleto terrenamente pétreo, nada sabía pues, era miserable impotencia, incapaz de toda ayuda. De todos modos no era posible convencer al César con tales razones; colérico, las había desechado de antemano, sin comprenderlas.

—¿Quieres por lo tanto beneficiar a la comunidad con la destrucción de tu obra? ¿hablas en serio? ¿y dónde queda tu deber? ¿dónde tu conciencia del deber? Te lo ruego, te ruego encarecidamente que no recomiences con tus espejismos.

Algo en los ojos del encolerizado revelaba que su ira no debía tomarse muy en serio, que seguía siéndole propicio; si lograba atraerse esta benignidad, todo podía salvarse aún:

—No me sustraigo a ningún deber ni a ninguna responsabilidad, Augusto, y lo sabes; pero sólo podré servir realmente a la comunidad y al Estado cuando haya penetrado verdaderamente en mi conocimiento, pues se trata del deber de ayudar y éste no puede cumplirse sin el conocimiento.

En efecto, la cólera del César se suavizó:

—Entonces conservaremos entretanto cuidadosamente la *Eneida* como conocimiento provisional..., ya que no como símbolo de la muerte, pues no le reconoces esta cualidad, sí en cambio como símbolo del espíritu romano y del pueblo romano, cuya propiedad es, tanto más por cuanto tú con sus imágenes, incorrectas en tu sentir, has sido y seguirás siendo la mejor ayuda de tu pueblo.

—César, tu obra, tu Estado es la imagen realmente válida del espíritu romano, no la *Eneida*, y por eso tu obra subsistirá, mientras que la *Eneida* está predestinada al olvido y por eso mismo debe ser consagrada al sacrificio.

—¿No tiene el mundo lugar bastante para dos símbolos perfectos? ¿no lo tiene? y aunque el Estado romano, como concedo con placer, sea el símbolo más válido, ¿no tendrías precisamente por eso el irrecusable deber de insertarte útilmente con tu obra en este símbolo más amplio? —La ira relampagueó de nuevo en el tenso rostro, convertida ahora en airada desconfianza—; en cambio a ti te importa un bledo. Por orgullo te rebelas contra tus deberes; no satisface a tu orgullo que se le asigne al arte, es decir a tu arte, un papel de servicio en el Estado, y, antes que dejarle servir, prefieres aniquilarlo totalmente...

—Octaviano, ¿me has tenido alguna vez por soberbio?

—Hasta hoy no, pero a pesar de eso lo pareces.

—Pues bien, Augusto, ya sé que el hombre debe cultivar la modestia y espero que logré mantenerme modesto; en cambio, por lo que se refiere al arte, soy soberbio, si así quieres llamarlo. Reconozco todos los deberes para el hombre, pues sólo él es portador del deber; pero sé que al arte no se le pueden imponer deberes de ninguna clase, ni útiles al Estado ni otros cualesquiera; dejaría de ser arte, y cuando los deberes del hombre, justamente como hoy, están en otro lugar y no en el arte, no le queda otra elección, debe abandonar el arte, hasta por respeto ante él... Precisamente esta época exige la más profunda humildad en el individuo, y en la más profunda humildad, más aún, en la eliminación de su nombre, debe servir como uno entre tantos servidores anónimos del Estado, como soldado o lo que sea, pero no con obras poéticas sin consistencia, que más bien son la más soberbia ausencia de arte y esencia de arte deben ser, en cuanto creen servir al bien del Estado con su superflua existencia propia...

—Esquilo, con su superflua obra poética, se insertó en la obra estatal de Clístenes, y así sobrevivió al Estado ateniense... Quisiera que mi obra tuviera tan larga existencia como la *Eneida*.

Estas expresiones eran muy sinceras, sólo que debía restarse de ellas la amabilidad con que el César solía ornar de siempre su amistad.

—Lo que vale para Esquilo, mi César, no me corresponde; era aquélla una época distinta.

—No cabe duda, mi Virgilio, han pasado cinco siglos desde entonces, no es posible negarlo; pero, ¿qué importa?

—Tú hablabas de los deberes, Augusto, y de seguro el deber de la ayuda permanece inmutable a

través de todas las edades; pero sí cambia la clase de ayuda que se necesita, y la poesía ya no puede ofrecerla... El deber queda, pero sus tareas cambian con el tiempo... Sólo donde no hay deber, es inmutable el tiempo.

—El arte no está ligado a edad ninguna, y esos cinco siglos atestiguan el contenido de eternidad de la poesía.

—Testimonian la eficacia de eternidad de la verdadera obra de arte, nada más. Octaviano... Esquilo pudo crear obras de valor eterno, porque con ello cumplía una misión de su tiempo, y por eso mismo su arte fue conocimiento... La época prescribe la dirección de las tareas, y el que marcha contra esa dirección, tiene que fracasar... Un arte creado al margen de esa dirección y por tanto sin misión que cumplir, ni es conocimiento, ni es ayuda, en una palabra, no es arte ni tiene consistencia.

El César había paseado, se paseaba arriba y abajo por el vacilante piso volviéndose a cada descenso de la ola, de modo que subía sin cesar, y ahora debía haber llegado arriba, pues se detuvo —tal vez sentía a fin de cuentas el movimiento de Poseidón— y se aferró al candelabro:

—Otra vez hablas de lo que no puede demostrarse.

—En el arte estamos imitando siempre las formas griegas; en el gobierno marchas por nuevos caminos. Tú cumples una misión de la época, yo no.

—Eso no prueba nada; la novedad de mis caminos es discutible, mientras que la forma de eternidad es eso, forma de eternidad.

—Ay, Augusto, no quieres ver, no quieres creer que ya no hay ninguna misión poética.

—¿Que no la hay ya? ¿que no la hay? Obras como si estuviéramos al final...

—Tal vez sería más exacto: «¡todavía no!» Alguna vez volverá a surgir una época de tareas artísticas... Podemos muy bien admitirlo.

—Ya no y aún no... —El César, desagradablemente afectado, sopesaba las palabras—: en medio se abre el espacio vacío...

Sí, ya no y aún no; así era, así debía ser, perdido en la nada, el perdido interregno del sueño... Y sin embargo, ¿no había sido antes distinto, parecido, pero distinto? y ya se anunciaba la voz de niño, la voz del muchacho Lisantias, decía:

—Aún no, y sin embargo sí; así era y así será.

—...el espacio vacío entre las épocas —continuaron las palabras del César, como si se desarrollaran sin su colaboración, partiendo de sí mismas, casi como si fueran palabras de un monólogo—, la hueca nada que se abre de repente, la nada para la cual todo llega demasiado tarde y demasiado temprano, el abismo de la hueca nada debajo del tiempo y debajo de las épocas, que el tiempo, angustiado y flaco, trata de atravesar colocando instante tras instante para que no se torne visible él, el abismo pétreo petrificante. Oh el abismo del tiempo sin forma, no puede tornarse visible, no puede abrirse, no puede haber una interrupción; intacto debe continuar fluyendo, en cada instante fin y principio a la vez, el tiempo formado...

¿Era realmente el Augusto quien había dicho eso? ¿o habían sido palabras de su más secreta angustia? Misterioso pasaba el tiempo, la corriente vacía, sin orillas, que lleva a la muerte, siempre dividida por el presente, siempre arrastrando un ahora inaprensible:

—Entre dos épocas estamos nosotros, Augusto; llámalo espera y no vacío.

—Lo que acontece entre los tiempos, entre las épocas, es vacío y sin tiempo, impenetrable a la figuración, impenetrable para la poesía; así lo has establecido tú mismo y además, casi en un mismo aliento, has cantado esta época —precisamente nuestra época, que yo me esfuerzo en configurar— como cumplimiento del ser humano, y por eso también de la poesía, y, aún más, como una verdadera época dorada. Recuerdo la Égloga en que has hablado *de la magnificencia del Eón* como cumplimiento de esta época.

—El cumplimiento por venir es casi cumplimiento. La espera es tensión, es saber del cumplimiento y nosotros, los que esperamos, nosotros, los agraciados con la espera y la vigilia, somos también tensión, a la espera del cumplimiento.

¡La espera entre las épocas, y sin embargo también entre las orillas de las edades, las invisibles orillas, la espera entre las inasequibles orillas de la vida! Estamos queda, pero sus tareas cambian con el tiempo... Sólo donde no hay deber, es inmutable el tiempo.

—El arte no está ligado a edad ninguna, y esos cinco siglos atestiguan el contenido de eternidad de la poesía.

—Testimonian la eficacia de eternidad de la verdadera obra de arte, nada más. Octaviano... Esquilo pudo crear obras de valor eterno, porque con ello cumplía una misión de su tiempo, y por eso mismo su arte fue conocimiento... La época prescribe la dirección de las tareas, y el que marcha contra esa dirección, tiene que fracasar... Un arte creado al margen de esa dirección y por tanto sin misión que cumplir, ni es conocimiento, ni es ayuda, en una palabra, no es arte ni tiene consistencia.

El César había paseado, se paseaba arriba y abajo por el vacilante piso volviéndose a cada descenso de la ola, de modo que subía sin cesar, y ahora debía haber llegado arriba, pues se detuvo —tal vez sentía a fin de cuentas el movimiento de Poseidón— y se aferró al candelabro:

—Otra vez hablas de lo que no puede demostrarse.

—En el arte estamos imitando siempre las formas griegas; en el gobierno marchas por nuevos caminos. Tú cumples una misión de la época, yo no.

—Eso no prueba nada; la novedad de mis caminos es discutible, mientras que la forma de eternidad es eso, forma de eternidad.

—Ay, Augusto, no quieres ver, no quieres creer que ya no hay ninguna misión poética.

—¿Que no la hay ya? ¿que no la hay? Obras como si estuviéramos al final...

—Tal vez sería más exacto: «¡todavía no!» Alguna vez volverá a surgir una época de tareas artísticas... Podemos muy bien admitirlo.

—Ya no y aún no... —El César, desagradablemente afectado, sopesaba las palabras—: en medio se abre el espacio vacío...

Sí, ya no y aún no; así era, así debía ser, perdido en la nada, el perdido interregno del sueño... Y sin embargo, ¿no había sido antes distinto, parecido, pero distinto? y ya se anunciaba la voz de niño, la voz del muchacho Lisantias, decía:

Aún no, y sin embargo sí; así era y así será.

—...el espacio vacío entre las épocas —continuaron las palabras del César, como si se desarrollaran sin su colaboración, partiendo de sí mismas, casi como si fueran palabras de un monólogo—, la hueca nada que se abre de repente, la nada para la cual todo llega demasiado tarde y demasiado temprano, el abismo de la hueca nada debajo del tiempo y debajo de las épocas, que el tiempo, angustiado y flaco, trata de atravesar colocando instante tras instante para que no se torne visible él, el abismo pétreo petrificante. Oh el abismo del tiempo sin forma, no puede tornarse visible, no puede abrirse, no puede haber una interrupción; intacto debe continuar fluyendo, en cada instante fin y principio a la vez, el tiempo formado...

¿Era realmente el Augusto quien había dicho eso? ¿o habían sido palabras de su más secreta angustia? Misterioso pasaba el tiempo, la corriente vacía, sin orillas, que lleva a la muerte, siempre dividida por el presente, siempre arrastrando un ahora inaprensible:

—Entre dos épocas estamos nosotros, Augusto; llámalo espera y no vacío.

—Lo que acontece entre los tiempos, entre las épocas, es vacío y sin tiempo, impenetrable a la figuración, impenetrable para la poesía; así lo has establecido tú mismo y además, casi en un mismo aliento, has cantado esta época —precisamente nuestra época, que yo me esfuerzo en configurar— como cumplimiento del ser humano, y por eso también de la poesía, y, aún más, como una verdadera época dorada. Recuerdo la Égloga en que has hablado *de la magnificencia del Eón* como cumplimiento de esta época.

—El cumplimiento por venir es casi cumplimiento. La espera es tensión, es saber del cumplimiento y nosotros, los que esperamos, nosotros, los agraciados con la espera y la vigilia, somos también tensión, a la espera del cumplimiento.

¡La espera entre las épocas, y sin embargo también entre las orillas de las edades, las invisibles orillas, la espera entre las inasequibles orillas de la vida! Estamos sobre el puente tendido entre invisibilidad e invisibilidad, tensión nosotros mismos, y a pesar de ello asidos por la corriente; Plocia había querido detener lo misteriosamente incontenible, tal vez lo haría aún. Oh Plocia...

El César sacudió la cabeza:

—El cumplimiento es figura, no mera tensión.

—Oh Augusto, detrás de nosotros queda la caída en lo informe, la caída en la nada; tú eres el constructor de puentes, tú has levantado la época de su más profunda corrupción.

El así alabado asintió ahora vivamente:

—Es verdad, estaba completamente corrompida.

—La pérdida del conocimiento y la pérdida de los dioses eran los signos que la presidían; la muerte era su consigna; durante decenios no hubo más que ansia de poder, la más desnuda, sangrienta y brutal; hubo guerra civil, y la devastación sucedía a la devastación...

—Así fue; pero he restablecido el orden.

—Y por eso este orden, que es tu obra, se ha convertido en la única semejanza plenamente válida del espíritu romano... Hemos tenido que vaciar la copa del horror casi hasta las heces, cuando viniste y nos has salvado; la época había caído más profundamente que nunca en lo miserable, había sido más colmada de muerte que nunca, y ahora que has hecho callar las fuerzas de la perdición, no puede haber sido en vano... Oh, no puede haber sido en vano; de la más honda mentira ha de surgir radiante la nueva verdad; del más grave estrago de la muerte ha de venir la salvación, la superación de la muerte...

—¿Crees preciso deducir que el arte ya no tiene ninguna misión más que cumplir?

—Esta es exactamente mi opinión.

Pues recuerda que la guerra entre Esparta y Atenas duró mucho más que nuestra guerra civil, que sólo una desgracia aún mayor obligó a interrumpirla, una nueva desgracia inevitable, pues justamente entonces ocurrió la devastación de la tierra ática por las huestes persas; y recuerda también que entonces, en los tiempos de Esquilo, fueron reducidas a cenizas la patria del poeta, Eleusis, y Atenas, y que sin hacer caso de tal horror, justamente entonces, como si con eso debiera anunciarse la pronta resurrección de Grecia, logró el poeta su primer triunfo dramático... El mundo no ha cambiado, y, si entonces hubo poesía, también puede haberla hoy.

—Ya sé que no es posible eliminar de la tierra la violencia; ya sé que la lucha por el poder enfrenta a los hombres, en todas partes donde viven juntos.

—Entonces no recuerdes menos, que siguieron Sala-mina y Platea...

—Lo tengo presente.

—Accio, que tú cantaste, fue nuestra Salamina y Alejandría nuestra Platea... Por los mismos dioses olímpicos guiados y en su nombre, nosotros, supuestamente abandonados de los dioses, hemos vencido de nuevo las oscuras potencias del Oriente, en esto iguales a los griegos.

Las potencias del Oriente, derrotadas en lo terreno, derrotadas hasta que se purifiquen ellas mismas, para elevarse liberadas y liberadoras desde la corriente de las edades, estrella que irradia sobre todos los astros, cielo sin oscurecimiento...

—Nada ha cambiado. Queda el gran ejemplo y todo arte se ha desarrollado divinamente, cuando Atenas recibió la paz, bajo la guía de un hombre sabio y venerable, la paz de Pericles.

—Así es, Augusto.

—¿Superación de la muerte? No la hay; solamente la gloria sobrevive a la muerte en la tierra. Y aun la gloria conquistada con la guerra y el horror, que ciertamente no será la mía, lo puede hacer; yo aspiro a la gloria de la paz.

¡Gloria!... ¡gloria y más gloria! Ya fuera el soberano, ya fuera el literato, lo único que importaba siempre era la gloria, la risible superación de la muerte por la gloria; sí, vivían para la gloria, en su opinión lo más esencial de ellos, el único valor que admitían, y lo único consolador, aunque asombroso, era que lo acontecido bajo el signo de la gloria, podía ser más esencial que la gloria misma.

—La paz es el símbolo terreno de la superación ultra-terrenal de la muerte; tú has detenido la devastación terrena de la muerte y has colocado en su lugar tu orden de paz.

—Entonces, ¿a esto se refieren tus símbolos? —El Augusto, que había subrayado su discurso con amplios gestos como si hablara ante el Senado, titubeó un breve momento y dejó caer la mano sobre el brazo de la silla—; ¿a eso te refieres? ¿crees que los atenienses se sublevaron contra Pendes porque, a pesar de la paz, no había detenido a la muerte? ¿porque la peste había irrumpido en el símbolo? ¿crees que el pueblo exige este símbolo?

—El pueblo sabe de símbolos.

El Augusto se sacudió la idea:

—Bien, no tenemos aún la peste, y me ha sido concedido reinar sin armas sobre una Roma felizmente unida. Y si los dioses me siguen prestando su ayuda, esta paz interna no sólo se mantendrá sino que se extenderá, será completada, incluso muy pronto, con la pacificación de los confines del Imperio.

—Los dioses no te negarán su ayuda, César.

Calló el César, meditando; luego se insinuó una sonrisa, casi puerilmente astuta:

—Pero justamente por los dioses y sobre todo por su honor, no puedo renunciar en mi Estado al arte; la paz que traigo necesita del arte, lo mismo que Pendes coronó magníficamente su Estado con la construcción de la excelsa Acrópolis.

El César había logrado, pues, volver a la *Eneida*:

—Verdaderamente, Augusto, no me haces fácil la vida; verdaderamente, has... —¿La vida? ¿no debía llamarse en justicia la muerte? Algo horroroso se abrió en algún lugar, inaprensiblemente sin puentes, tropezando en sí mismo; misteriosamente pasó fluyendo el tiempo y sin embargo no quería fluir más...

—¿Qué quieres decir, Virgilio?

La voz del esclavo se encargó de contestar:

—Ya no hay tiempo, y no está permitido hablar del arte; el arte ya no puede nada, no puede superar a la muerte. Mi fuerza es más grande.

Y apenas dicho, completó Plocia:

—La galería de los tiempos queda dispensada de toda transformación y el tiempo se detendrá en lo inmutable, porque tú te has transformado en mí... Tenme y detendrás el tiempo. —Lo había dicho callando, y fresca desde el frescor de las edades, invisible desde lo invisible llegó su mano, leve como una pluma, a unirse con la suya.

El César miraba hacia él, miraba el anillo de sello, no, miraba el invisible dedo de Plocia delicado como un soplo, y siguió sonriendo:

—La época que he formado en mi paz, ¿tiene menos valor que la de Pericles? Es mi paz, es nuestra época, es nuestra época de paz.

—Ay, Augusto, realmente, le complicas la vida a uno, sobre todo si se piensa que para demostrar tu opinión, podrías comparar seguramente a la Acrópolis de Pendes con las construcciones con que has embellecido Roma.

—De una ciudad de ladrillos se convirtió en una de mármol.

—Cierto, oh Augusto, la arquitectura florece y es rica, casi un poco demasiado rica; de todos modos está llena de fuerza, pues está en el espacio como el Estado que has construido, imagen del orden, orden ella misma.

—¿Para la arquitectura llegas, pues, a ciertas concesiones?

—El orden descansa en la transformación de las edades, descansa en lo terreno el espacio, oh Augusto, y dondequiera sobre la tierra que se ha logrado crear orden, orden verdadero de ser humano, allí también nació el ineludible deseo de elevar la semejanza visible de ese orden en el espacio... Como semejanza del orden está la Acrópolis, están las Pirámides, e igualmente el Templo de Jerusalén... Testimonios del esfuerzo por eliminar el tiempo a través del orden en el espacio...

Bueno, sí..., pero permíteme que lo llame una concesión, puesto que es la primera que te he arrancado, y muy agradable e importante por cierto, no en último término teniendo en cuenta a Vitruvio, que de otra manera podría exigirme en cualquier momento que mande derribar sus construcciones... De todos modos, ahora en serio, no podría colocar en una balanza la arquitectura contra la poesía, ni tampoco a Vitruvio contra Virgilio, aunque Vitruvio, si todo no me engaña, me haya dedicado su tratado de arquitectura y Virgilio en cambio quiera quitarme la *Eneida*; de todos modos, también en serio, quisiera que meditaras cómo la concesión que te has obligado a hacerme con la arquitectura, incluye lo mismo para todas las artes. La totalidad del arte es indivisible; la justificación que concedes a la arquitectura, trae como consecuencia necesaria la de la poesía y además, sin referirme una vez más a Pericles, pero completamente en tu sentido, puedo citar muy

bien como prueba el que con toda seguridad cualquier período floreciente de la comunidad estatal ha llevado a todas las artes al mismo tiempo, y entre ellas también la poesía, a un más rico desarrollo.

—No cabe duda, Augusto, el arte es una sublime unidad.

—Virgilio, tu consenso demasiado rápido es peligroso: cuanto más rápidamente se otorga, tanto más rápidamente suele seguir el rechazo.

—Al contrario, amplió el consenso... Aunque el arte se exprese de esta o de aquella manera, en todas sus ramas, aun en la arquitectura y en la música, en todas partes sirve al conocimiento y expresa conocimiento; la unidad del conocimiento y la unidad del arte son hermanas y proceden juntas de Apolo.

—¿Qué conocimiento? ¿el de la vida o el de la muerte?

—Ambos; el uno condiciona al otro, como si fueran una sola figura.

—¡¿Así que otra vez el conocimiento de la muerte?! Confiesa que te diriges a retirar tu concesión.

—En ningún otro campo, ciertamente, es el deber de conocimiento del arte tan imperativo y contundente y preciso como lo es en la poesía; poesía es lenguaje y lenguaje es conocimiento.

—¿Y la conclusión?

—Hace un instante me honraste recitando los versos de Anquises...

—Te respeto y te honro, Virgilio, aunque un poco menos en este instante en que tratas nuevamente de interponer desviaciones; pero con aquella cita sólo quise poner ante tus ojos que tú mismo has juzgado inconveniente e inadecuado ocuparse de pequeñas insuficiencias de forma que deberían ser limadas hasta lograr la impecable perfección, que lo has juzgado como un capricho, inadecuado a la seriedad y dignidad del arte de Roma...

—De todos modos, el amable juego de un continuo limar y mejorar... —¡Oh, qué tentador sería poder empezarlo una vez más; allí estaba el cofre con todos los rollos pulcramente escritos, el manuscrito, que podría repasar línea a línea, cuidando la gramática y la métrica y la melodía y el sentido! ¡Oh, qué tentador, cuánto, qué tentador! Mas el esclavo, ahora muy cerca, casi al borde del lecho, dijo muy suave:

—No pienses en ello: te daría asco, si lo hicieras. Y las manos de Plocia se habían desvanecido otra vez...

Sin embargo el César, envuelto en la calma luz mortecina del eclipse solar, dijo:

—Esas eran las palabras de tu Anquises, y de nada te sirve llamar amable esta manera caprichosa de arte; no puedes barrer del mundo tu propia opinión ni tampoco acomodarla.

—Las palabras de Anquises... —Anquises estaba entre las sombras, quedaban palabras; no sólo era mortecina la luz, no, también el tiempo era sombríamente mortecino.

—Las palabras de Anquises, tus propias palabras, Virgilio.

—Ahora que suben desde el reino de las sombras, sé que con ellas quise decir más...

—Tu interpretación ha sido demasiado débil, Augusto.

Si mi interpretación fue demasiado débil, tienes que rectificarla; deploro mi debilidad. —El César había soltado el candelabro; apoyado con ambas manos en el respaldo de la silla, mostraba de nuevo entre los ojos la honda arruga del enojo y el pie golpeaba de prisa y duro sobre el terrazo; siempre había sido así, la menor contradicción podía provocar de repente una inopinada irritabilidad.

—Tu interpretación no es débil, pero admite una intensificación... Muchas cosas alcanzan su verdadero sentido, al comienzo solamente intuitivo, con el correr del tiempo.

—Revela ese sentido.

—Frente al arte de reinar, frente al arte del ordenamiento estatal y de la paz, frente a este arte y a esta misión esencialmente romanas, empalidecen todas las otras expresiones artísticas, no solamente las ¡ay! tan hermosas del juego del arte; más aún, realmente empalidece toda la elevación que trae la dicha y por ella es traída, elevación en la que el arte, en cuanto quiere ser más que el mero ornato vivo de lo que no es arte, debe siempre cobrar cuerpo... Sí, también esta elevación empalidece ante aquel arte; es lo que quise expresar con las palabras de Anquises, y precisamente repetí esta

opinión, cuando coloqué por encima de cualquier actividad artística tu obra, tu Estado, tu semejanza del espíritu romano, como lo único valedero...

—Y yo te he refutado... El arte persiste, intacto por el decurso de los tiempos.

Misteriosamente, el tiempo fluía, vacía corriente. —Permite, Augusto, que extraiga todavía la conclusión extrema que me has pedido.

—Habla.

—Precisamente el gran arte, el que sabe de su misión cognitiva, sabe también de la pérdida del conocimiento y de la pérdida del dios, que hemos sufrido; ante él está incesantemente el horror de la desolación de la muerte...

—Te he recordado ya las guerras persas.

—...y por eso sabe también que con el nuevo orden que has creado, debe florecer al mismo tiempo un nuevo conocimiento, brotando de la profundidad de nuestra pérdida de conocimiento, creciendo tan alto como profunda había sido ésta, ya que de otro modo el nuevo orden no tendría un objetivo, y la salvación que hemos recibido de ti sería inútil...

—¿Esto es todo? —El César parecía realmente satisfecho—: ¿es ésta ya tu conclusión final?

—Lo es... Cuanto más colmado de conocimiento es un arte, ante todo, pues, la poesía, tanto más exactamente sabe que con su fuerza comparativa no alcanza al nuevo conocimiento; sabe de su devenir, pero por eso mismo sabe también que debe ceder el paso ante esta semejanza más fuerte.

—Está bien, nada tengo que objetar al nuevo conocimiento, pero creo que explotas con algún exceso la misión artística del conocimiento para tus propios fines...

—Ocupa el centro del espíritu del arte.

—Y olvidas deliberadamente que la totalidad del espíritu se extiende también al arte...

—El nuevo conocimiento está fuera del arte, fuera del imperio de sus metáforas: esto es incluso lo esencial.

—Olvidas deliberadamente que todo período de florecimiento del Estado no sólo representa un florecimiento igual del arte sino también del conocimiento; olvidas deliberadamente que en la gran época de Atenas floreció también la filosofía al lado de todas las artes y lo olvidas, más aún, debes olvidarlo, porque la filosofía encaja tan mal en el extraño cuadro de tus objetivos de conocimiento inalcanzables o anuladores de la muerte, como todos los demás hechos de la vida próximos a la realidad. Ojalá veas qué poca razón te asiste; yo, en cambio, quiero confiar por ahora en los filósofos, que encontrarán el nuevo conocimiento que pides.

La filosofía ya no está en condiciones de hacerlo.— Las palabras salieron de su boca por sí mismas; no había sido necesario meditarlas de algún modo, ni siquiera había sido necesario buscarlas; habían pasado directamente de los ojos a la boca, pues tras las imágenes verbales —¿aquí en la habitación de pálidas sombras? ¿o allá fuera en el pálido paisaje a pluma? No, más lejos todavía, mucho más lejos, extrañamente fuera de toda época... aparecía la ciudad de Atenas, la ciudad añorada, la ciudad de Platón, la ciudad donde le había sido vedado quedarse, vedado por el destino, y sobre la ciudad seguía pendiendo también ahora el destino, parecido a una nube de muerte, sin sombras sin embargo de pura lividez.

—Ya no está en condiciones... —repitió el Augusto—. ¡Ya no, ya no! Antes se trataba del arte, ¡y ahora se trata también de la filosofía, Virgilio! ¿también aquí un demasiado tarde y un demasiado pronto? ¡¿también de la filosofía vale este ya no?!

Allá, en el espacio sin espacio de la palabra se levantaba la ciudad y ella misma no era más que una imagen verbal, hueca charla sin sombras, inestable y transitoria, carecía de símbolo, y, una vez perdido éste, había perdido toda su firmeza; en verdad, el destino le había sido propicio, no dejándole seguir allí:

—El tiempo no transige, Augusto; el pensamiento ha alcanzado su límite.

—El hombre puede pensar hasta en los dioses, y esto debería bastarle.

—Oh, el entendimiento humano es infinito, pero cuando roza lo infinito, es rechazado violentamente... Se torna falta de conocimiento..., entra en la terrenal devastación de la muerte, la gran marea, el ruido de las armas, los ríos de sangre vergonzosamente vertida...

—La filosofía no tiene nada que ver con la guerra civil.

—Pero el tiempo estaba maduro... Ahora hay que dar otra vez vuelta al arado.

—El tiempo madura todos los días un poco.

—Sin base común del conocimiento, sin principios no hay comprensión ni explicación ni demostración ni convencimiento; la mirada común hacia lo infinito es la base de toda avenencia, y sin él hasta la simple comunicación se vuelve imposible...

—Bueno, Virgilio, a fin de cuentas también tú me estás comunicando algo ahora, así que no ha de resultar tan imposible hallar nuestra base de entendimiento; para mí, de todos modos, es suficiente.

¡Ay, el César tenía razón!... ¿Qué sentido tenía todo esto? ¿qué le importaba al César? Era penoso y a pesar de ello parecía una imposición, como si ocurriera por el destino de la *Eneida*:

—La filosofía es ciencia, es la verdad del entendimiento; necesita poder demostrar, necesita la razón del conocimiento, y la razón del conoci... —En algún sitio reía algo, mudo y sabihondo.

¿Era el esclavo? ¿o anunciaban los demonios su regreso, riendo?

—¿Por qué no sigues, Virgilio?

De nuevo apareció Atenas, la extraña ilusión que había sido Atenas. ¿Dónde se reían? ¿en Atenas?

—El principio del conocimiento precede a todo entendimiento, precede a toda filosofía... es el primer presupuesto y es interior y exterior al mismo tiempo... Octaviano, pero me has traído de Atenas, ¿no es así?

Anacarada estaba abierta la concha del cielo sobre el mar Adriático, la nave oscilaba, los blancos caballos de Poseidón mostraban sus cabezas; en el comedor se reía y se hacía ruido; en la popa, en la luz que palidecía, comenzó a cantar ahora un esclavo músico, una voz de muchacho solitaria.

—El que te haya traído de vuelta de Atenas, ha sido saludable y conveniente, mi Virgilio... ¿O querías tal vez decir que la filosofía está ahora dispensada de sus deberes, porque no se te dejó abandonado a miserables cuidados en la ciudad de los filósofos?

Por derecho, el César debía estar en la otra nave y no aquí:

—La filosofía ha perdido el principio del conocimiento, que se ha hundido muy hondo... muy hondo en el mar... Y como tuvo que crecer hacia arriba, rozar el infinito a base de crecer, sus raíces ya no llegan abajo, como si ellas también crecieran hacia el infinito... De otra manera, no hubiera vuelto a la patria contigo, Octaviano... Allí donde las raíces ya no penetran, es el vacío sin sombra...; el principio del conocimiento se ha extraviado y en la nave hay demasiada cháchara vacía; tal vez no lo notes tan bien como yo, porque el mareo no te ha vuelto vidente... Antaño la filosofía poseía aún el principio del conocimiento sobre el cual construirse...; como tú, no quería reconocer que lo había perdido... Fui hasta Atenas, sí, es verdad, fui allí..., pero ya ha perdido definitivamente el suelo fructífero donde echara en otro tiempo sus raíces... El pensamiento ha perdido su virilidad.

Sí, así era, y no era motivo de risa para nadie, ni siquiera para el dios que conoce la nada y quiere la nada. Y realmente, la intempestiva risa enmudeció. En su lugar dijo Plocia:

—La comunicación es silenciosa; no necesita prueba alguna. Vuelve a la abierta concha del silencio. —Y sonaba tan suave al oído, que hasta la andadura de la nave se tomó más lenta y las aguas se quedaron lisas como un espejo; apenas era perceptible todavía el compás de los remos, apenas un rechinar en las vergas, y sólo aquí y allá hacía ruido una cadena.

Apoyado en el mástil del candelabro, su mano de nuevo en el velamen de laurel, pasaba el César, esposo amante que vuelve viril a casa de su esposa, a Livia que le espera, y como el tiempo pasaba con la nave, era imposible calcular cuánto tardó en disponerse a hablar; finalmente dijo:

—Si la filosofía ha perdido su principio de conocimiento, su deber es ahora volver a procurárselo.

Pero el César debía haber estado en la otra nave o hallarse allí todavía, porque no había oído que las raíces no llegaban hasta abajo; tal vez pudiera hacérselo comprender con palabras más exactas:

—La madera del olmo no es buena para mástiles, pues deben estar y crecer rígidos a la vez que elásticos y blandos...

—¿Te sientes cansado, Virgilio? ¿desearías al médico otra vez? —Octaviano había apartado a toda prisa la silla y se inclinó sobre el lecho; su rostro estaba muy cerca.

El rostro estaba muy cerca, casi tan cerca como antes el rostro de Plocia. Y entonces se disipó la niebla:

—Me siento perfectamente bien, Octaviano..., hasta muy bien... Mas puede ser que por un instante haya desvariado...

—Tus palabras parecían algo oscuras... De todos modos, pasa mucho contigo; si se reflexiona sobre ellas, se tornan sabiduría.

—¿Sabiduría?... ¿yo?... ¡nunca!... Si bien ahora me parece como si sólo hubiese buscado un ejemplo adecuado para mi contestación, sin encontrarlo... Tú en cambio, ya lo sé, hablabas del principio del conocimiento filosófico.

—Cierto, Virgilio, así que no hace falta que nos intranquilemos más.

—Y la filosofía no está en condiciones de producir su propio principio cognitivo...

—Eso no está aclarado aún... —El Augusto estaba un poco distraído—: por lo demás este problema no nos interesa, Virgilio.

La oscilación sísmica continuaba aún, pero todo lo demás era claro y nada extraño, claro y natural era allá fuera el delicado y evanescente paisaje a pluma, claro y natural era el candelabro olmo, y el lecho no era ya la gran nave, sino que se había reducido de nuevo, clara y naturalmente, a un simple esquife, en que avanzaba agradablemente; únicamente el César, pese a lo familiar de sus maneras, no le resultaba del todo claro ni del todo natural, por lo menos hasta que debieran ser continuados los esfuerzos para, persuadiéndole, devolverle a la realidad:

—El entendimiento es incapaz de crear sus propios presupuestos, así que tampoco la filosofía puede hacerlo; nadie, por prolífico que sea, puede convertirse en su propio antepasado. —¡La risa! ¿no había precedido también antes de su propio pecho, de su propia garganta? allí podía sentirla aún y era misteriosamente dolorosa—. No puedes engendrar a tus propios antepasados, no puedes engendrar presupuestos, nada ni nadie poseyó nunca el poder prometeico de superar sus propios límites, nada ni nadie los superará nunca... ¡Falso!

Falso, falso..., había venido en un susurro desde ningún lugar, murmurado por el esclavo o por Plocia, pues ésta prosiguió ahora:

—El amor atraviesa constantemente los propios límites.

—¿También tu amor lo hizo, Plocia? oh, ¿lo hizo?

—Lo hizo y lo hace; aquél que ama está más allá de su límite.

—¡Oh Plocia!

—¿Me sientes? Amándote, te siento mucho.

—Plocia, te siento cerca de mí, te conozco.

—Sí, Virgilio, sí.

Y los límites de sus cuerpos estaban entrecruzados, fluyendo uno en otro los límites de sus almas, creciendo y superando límites, conociendo y conocidos.

Extrañado, el Augusto preguntó:

—¿Qué es falso, Virgilio?

—Hay superaciones de los propios límites.

—Me alegro de oírte; ¿quedamos pues en tu concesión?

—Superar los límites...

—¿La filosofía? ¿la poesía? ¿quién supera el límite?

—Donde Platón lo alcanzó, se convirtió la filosofía en poesía...; en sus más altas cumbres, la poesía podía lograrlo, fue superación del límite...

Tal vez algo ausente y con prisa, le respondió un gesto de amistosa afirmación:

—Tu modestia artística es siempre suficiente para poner en discusión tu propia sabiduría, pero tu orgullo de artista quiere reclamarla al menos para el arte...

—No es sabiduría, Octaviano... El sabio no llega a poeta, sí en todo caso el llamado a la sabiduría... No, es una suerte de amor intuitivo el agraciado a veces con la superación del límite...

—Me satisface que por lo menos te sientas llamado a la sabiduría..., así que vamos a dejar de regatear sobre filosofía y remitámosla a la poesía, si es que realmente se hiciera incapaz de penetrar hasta su propio presupuesto; le incitaremos a buscar en el arte su principio artístico, belleza en la

que tú mismo lo concedes se reúne toda la sabiduría.

—Sólo para muy pocas y muy severas obras de arte podría concederlo, sólo para algunas obras de un pasado muy lejano.

—¿Y tu *Eneida*, mi Virgilio?

Una vez más se anunciaba el tiempo y enfrentaba misteriosamente el entonces y el ahora, misterioso en su acción, misterioso en su causalidad, fatal en ambas:

—Una vez más tengo que desengañarte, Augusto, repitiéndome, repitiéndote obstinadamente que la fuerza imaginativa del arte está rigurosamente condicionada por la época y ya no basta para el nuevo conocimiento; el principio del conocimiento es presentado a veces por el arte; pero su creación, su recreación supera sus fuerzas.

—No hay recreación; simplemente hay que volver a producir lo que siempre ha existido independientemente de cualquier época, lo que siempre existe, aunque tal vez en ciertos casos, como, pongamos, hoy, pertenezca a lo oculto; el hombre sigue siendo siempre el mismo, y exactamente igual sigue siendo también su principio de conocimiento, del que constantemente estás hablando, siempre el mismo, hasta tal punto, que bien puede y debe preceder a todo conocimiento, si así te agrada. Nada cambia en lo fundamental ni puede cambiar, y nada ha cambiado.

—Oh Augusto, hubo un tiempo en que los dioses, conociendo y conocidos, rodeaban al mortal.

—¿Te refieres a los tiempos de Esquilo?

—A los nuestros también.

—Los dioses no han desaparecido y, en verdad, estás confirmando con tu indicación lo que yo afirmaba, y de la mejor manera; así es realmente, amigo mío; justamente porque los Olímpicos reinaron un tiempo sin duda ni limitación, justamente por eso hemos de volver a aquella fe de nuestros padres, para que el arte, para que la filosofía vuelvan a encontrar aquel principio del conocimiento en el que siempre se asentó nuestro pueblo y que por eso mismo es también el único acertado.

Siempre nuevas afirmaciones, siempre nuevas contestaciones..., era una compulsión que se volvía ya tortura:

—La fe de los padres... Entonces no había aún esta caída en la falta de conocimiento...

—Esa falta ha sido superada.

—Sí, pero sólo porque tú has venido. En cambio entonces, en la edad de los padres, no fue preciso comenzar por reanimar la fe, la fe era viva, interior y exteriormente al mismo tiempo, era una sola cosa con la vida humana.

—Hoy no es menos viva, y los dioses atraviesan tu poesía, Virgilio, en su más viva figura.

—Han entrado en la poesía desde afuera; tuve que avizararlos en un pasado lejano, lejanísimo.

—Los has avizado en su origen, en el origen de su principio de conocimiento, y con ello has recuperado definitivamente para el pueblo la realidad de los dioses, la realidad del verdadero conocimiento de dios; Virgilio, ¡tus imágenes son la más viva realidad, son la realidad de tu pueblo!

Era tentador y grato de oír, y era además sincera convicción del César. Y, con todo, sólo era palabrería hueca, tanto más, por cuanto, en el fondo, el César, al alabar la *Eneida*, sólo estaba defendiendo su propia obra; mas tal vez por esta misma razón renunciaría a la *Eneida*:

—Oh César, ya lo he dicho, mis imágenes son una cosa superficial.

—No te satisfacen porque les exiges un conocimiento de la muerte y una superación de la muerte, que nadie puede ofrecer en lo terreno... También mi obra la has sometido a esta exagerada exigencia.

—Mis imágenes son insuficientes, porque...

—Tropiezas... Virgilio, sabes que no tienes razón.

—El tiempo, Augusto..., estamos misteriosamente presos del tiempo, misteriosamente el tiempo se va... una corriente vacía... una corriente superficial, y no conocemos ni su dirección ni su profundidad... Y, a pesar de todo, el círculo tiene que cerrarse.

—Mas ¿cómo has podido afirmar pues que el arte no se halla en la dirección marcada por las tareas de un tiempo? ¿Qué augur te lo ha revelado? Virgilio, ¡todo eso es falso! En el tiempo no hay nada misterioso, nada que necesite de un escrutador de hígados.

¿Qué era lo misterioso en el tiempo? Vacía fluye la corriente vacía hacia la muerte y si se le quita su objetivo, desaparecen la corriente y el tiempo. ¿Por qué se elimina el tiempo, si se elimina la muerte? Todo casaba como en sueños y fue una voz de sueño la que habló:

—El serpeante anillo del tiempo... las vísceras del cielo...

—¿Y esto es lo que llamas tu principio del conocimiento? ¡Es el principio cognitivo de un arúspice! ¿Qué estás ocultando, Virgilio?

—Estamos vinculados al tiempo, todos lo estamos, y hasta el conocimiento es presa del tiempo.

Cosa extraña, el César estaba visiblemente preocupado:

—Atribuyes al tiempo la responsabilidad por las acciones humanas, hasta lo haces responsable de su pérdida de conocimiento... Descargas así al hombre, y naturalmente también a ti mismo, de toda responsabilidad; esto es peligroso... Prefiero cargar sobre los hombres la responsabilidad del tiempo en el que viven.

¿Qué era el tiempo? ¿era tan sólo una corriente en incesante flujo? ¿no era más bien intermitente, a veces como las aguas de un lago casi tranquilo, o incluso de una ciénaga, descansando bajo la nube bicolor del crepúsculo, y a veces de nuevo como una rugiente catarata, salpicando de espuma brillante de arco iris, oleada que todo lo inunda rugiente?

—César, aún sobra espacio suficiente para la responsabilidad del hombre; el hombre puede cumplir su deber bien o mal, y aunque sea el tiempo el que prescribe el círculo de sus tareas, aunque no pueda ejercer sobre éste ningún influjo, permanece inalterable la responsabilidad en lo que toca al deber; el deber del deber permanece inalterado e independiente de los cambios de ese círculo de cometidos.

—Y ni siquiera puedo admitir que este círculo del deber sea cambiado por el tiempo... El hombre es responsable de los deberes y tareas que se pone como objetivo de sus actos; tiene que dirigirlos a través de todos los tiempos a la comunidad y el Estado, y si lo descuida, el tiempo se vuelve informe. El, en cambio, tiene que configurar el tiempo y lo configura en el Estado, que es el deber supremo del hombre desde el comienzo.

¡Misterio del tiempo, misterio de su vacío! ¿Por qué se transforma en el tiempo el círculo de los deberes del hombre? Infinitos se extienden los campos saturnales a través del tiempo, inmutables a través de todos los tiempos, pero en el tiempo se halla encarcelada el alma; y más allá de la superficie del tiempo, en las profundidades del cielo y de la tierra, descansa el conocimiento, el objetivo del hombre.

—Siempre queda el conocimiento como deber, siempre queda el conocimiento como la divina misión del hombre.

—Y el conocimiento se realiza en el Estado. —Casi desafiante miraba hacia él el Augusto, aunque sin perder la expresión de una inquieta preocupación.

¿Qué era el tiempo? ¿qué era la transformación del conjunto de los deberes humanos, realizada por orden suya? ¿qué era lo variable, en misteriosa producción de sí mismo, qué era lo variable, si al final debe volver a sí mismo?

¿A dónde llevaba el viaje?, la barca oscilaba:

—El hombre que conoce..., sostenido en el tiempo...

—Todo lo contrario, Virgilio, tiene el tiempo en sus manos.

Oh, era el conocimiento como tal lo que variaba, a veces vacilando, a veces estancado en la quietud, para luego precipitarse de nuevo como una catarata; era el conocimiento del ser, extendido por todo lo que es, el tejido cognitivo del mundo, que prescribe al hombre lo que tiene que crear, el gran tejido del conocimiento en cuya fluida red se halla enredado el hombre, y en el que, pese a todo, debe seguir trabajando, para que se torne tejido del Todo y no se rompa; misteriosamente unido con el ser, ensanchándose y transformándose con el ser, misteriosamente transformando en sí el ente en lo conocido, así avanzaba el conocimiento, así tenía que avanzar por la creación, por el tiempo en que la creación se torna realidad, pues el tiempo no es más que transformación del conocimiento.

—El hombre es mantenido dentro de la creación y tiene la creación en sus manos... Oh Augusto, es y no es el tiempo; en el conocimiento, el tiempo recibe del hombre su figura.

—Nunca admitiré que el tiempo es más fuerte que el hombre...

Más fuerte que el tiempo era el destino, y en éste se ocultaba el último misterio de los tiempos. Pues el mandamiento de muerte del destino es imperativo incluso para la creación, incluso para los dioses, pero una y otra vez equilibrado por la orden con que el destino manda renacer, por la orden, dirigida al dios como al hombre, de no dejar romperse el tejido del conocimiento, de reanudar siempre el hilo y conservar eternamente de este modo en el conocimiento cognoscente conocido, la obra creada por los dioses y así también incluso lo divino. Dios y hombre se hallan unidos mutuamente en el juramento de conocer.

—La transformación del conocimiento es tiempo y no otra cosa, Augusto, y el que trae la renovación del conocimiento, configura el curso ulterior del tiempo.

El Augusto siguió como si no lo hubiera escuchado:

—Nunca admitiré que nuestro tiempo sea inferior al tiempo de Esquilo, por ejemplo; oh, de ningún modo, incluso en muchas cosas es incomparablemente superior, y puedo afirmar que he puesto mi parte en ello. Somos superiores a los griegos en la mayoría de los campos, y también nuestros conocimientos se hallan en constante expansión...

—Oh Augusto, evidentemente estamos hablando de dos cosas distintas... Los conocimientos superficiales pueden aumentar, mientras el núcleo del conocimiento se encoge...

—¿Así pues, también mi obra es solamente una imagen fugaz, superficial? — La preocupación del Augusto se había transformado indudablemente en ofendido rechazo—. ¿Es lo que quieres decir?

¡Misterio del tiempo! ¡Misterio saturnal del conocimiento! ¡Misterio del mandamiento del destino! ¡Misterio del juramento! Luz y tiniebla, unidos en bicolor crepúsculo, se desplegaron en el arco iris de la creación terrenal, mas cuando la transformación del ser haya progresado hasta el conocimiento del todo, inalterable ya en virtud de esa totalidad, sólo entonces se parará también el tiempo, no intermitentemente, no como un lago, sino como instante eterno, del flujo universal, de modo que en la realidad de ese último día los siete colores formen la unidad última, el brillo de marfil de un último claro día, ante el cual empalidezca cualquier luz terrena, ajada toda realidad terrena en una alusión, en un mero juego de líneas.

—Tu obra, César, la sustenta el tiempo; cumple su misión y se dirige a la renovación del conocimiento impuesta por el destino, cuando la creación vuelva a existir junto con su divinidad.

En el rechazo, que mostraba menosprecio, se mezclaba la desilusión:

—Lo que sólo tiende al conocimiento, no es aún conocimiento.

—Tu obra es la paz.

—Mas desgraciadamente, si he de creerte, esa obra sólo supera a la muerte metafóricamente, y aun cuando, como espero con certeza, pueda hacer cerrar las puertas del templo de Jano dentro de breve tiempo, sigue siendo para ti sólo una semejanza, y está muy lejos de representar una eliminación definitiva de la muerte.

—Roma es la semejanza, Roma es el símbolo que has creado, César.

—Roma es la acción de los antepasados y la realidad que ellos fundaron; supera con creces lo meramente simbólico.

—Y Roma es también tu acción, Augusto, el orden romano en el Estado romano.

—Pero sólo mi Estado semejanza, como lo has llamado; y el Estado romano debe ser algo más que una vacía semejanza del conocimiento.

El rechazo despectivo se había convertido en repugnancia expresa; el César estaba pronto para irse, como si casi se hubiera olvidado de la *Eneida*.

—Has fundado de nuevo el orden en lo terreno, lo has encarnado, y éste es tu conocimiento.

—¿Por qué entonces mera semejanza? ¿por qué insistes tan obstinadamente en ello?

Semejanza, conocimiento, realidad... ¿cómo podía conformarse el orgullo del César con la mera semejanza, si nunca había asumido la humildad del conocimiento? ¿si nunca había querido ver el abismo? ¿si la realidad había sido siempre para él superficial? El conocimiento en cambio es emerger del abismo, es emerger humilde desde la más humilde contrición a nueva humildad, es recuperar la realidad desde la nada en la que debe precipitarse para renacer: conocimiento, retorno

en semejanzas nacido en la tiniebla, renacimiento de la realidad, convertido en abismo, pero inamovible él mismo.

—Tú has conocido en lo supraterráneo el orden establecido por los dioses y lo has reconocido en el espíritu de Roma; has realizado la unidad de ambos, has encarnado terrenalmente su unidad con tu obra estatal, en tu obra estatal, y le has dado forma visible, símbolo perfecto del espíritu de Roma, símbolo perfecto del orden supraterráneo de conocimiento...

—¡Qué va! Exactamente lo mismo puede afirmarse de *la Eneida*.

—¡Nunca!

Desde las húmedas bocas, destinadas a comer, a toser, a escupir y para ello utilizadas, corría la afirmación y la refutación, acontecer tan insensato como impúdico; no era asombroso, pues, que ninguno de ellos entendiera al otro. Todo imponía el pudor del silencio.

—¿Nunca? —Curiosamente, esta vez no aumentó la irritación del Augusto con la contradicción, incluso era posible percibir como una condescendencia—. ¿Cómo así? ¿Qué, pues?

—El cometido del tiempo, la acción, no la palabra ni el arte, sino únicamente el acto de conocer.

—Otra vez, Virgilio... ¿Y por qué, entonces, sólo semejanza?

Hablar demandaba mucho esfuerzo y, ay, más esfuerzo requería pensar:

—Oh Augusto, la esencia del genuino símbolo es reconocer lo supranatural en lo terrenal y con ese conocimiento darle forma terrena como obra formada, como palabra formada y también precisamente como acto formado; moldea por dentro y por fuera su imagen primigenia, la encierra y es encerrado por ella —lo mismo que tu Estado se encuentra lleno del espíritu de Roma, a la vez que se encuentra incorporado en él— y llevada por lo supraterráneo que representa el símbolo, más aún que ha entrado a formar parte de ella, la semejanza misma sobrevive a los tiempos, va creciendo a la par que dura, creciendo hacia la verdad superadora de la muerte, cuyo símbolo es desde el principio...

—Esta es pues la auténtica semejanza... —El César parecía ocuparse con el tema, si bien con el gesto de quien no comprende algo—: la semejanza que pretende no quedarse en la superficie...

—Sí, la semejanza genuina, la que tiene consistencia, la auténtica obra de arte, el auténtico Estado..., la consistencia duradera de la verdad en la semejanza.

—No puedo comprobar la solidez de estas condiciones..., son muy complicadas.

El César no tenía nada que comprobar; lo que no se comprende, no se debe comprobar, sino aceptar, también cuando se es el César:

—Has fundado la paz, has fundado el orden; sobre el terreno que así ha preparado tu acción, se desplegará superando la muerte todo acto futuro del conocimiento, y tu obra que es ya su símbolo, crece a su encuentro... ¡¿no te basta con esto, César Augusto?!

Meditabundo y ya casi dispuesto a irse, sonrió ahora el César:

—Todo esto es muy complicado... ¿No pertenece esto al comentario que queríamos dejar para Mecenas?

—Tal vez..., no sé... —¿Por qué no se iba el César, ya que quería irse? Sí, todo esto era sumamente prolijo, sumamente cansado, sumamente fatigoso, y en verdad, era preciso diferirlo hasta el encuentro con Mecenas o definitivamente. Diferirlo muy lejos. Suave manaba la fuente en la pared y el eco de su manar, corriendo alrededor, corriendo abajo hondamente, corriendo hacia el mar, corriendo hasta las olas nocturnas del mar y él mismo ola, de blanca cabeza en la tiniebla, dialogaba en un murmullo con la voz de Plocia, que se cernía inaudible, muda en medio del murmullo, brillando plateada a través de la noche, a la espera de que el César se alejara, en espera de la soledad nocturna. ¿Era noche? ¡Oh, qué pesado era volver a abrir los ojos! ¡Dejar para otro día, disponerse a pasar la noche!

Mas a pesar de sus preparativos de marcha, el César de pronto ya no tuvo prisa; pareció ocupado todavía con un asunto y se había vuelto a sentar; ahora estaba allí como alguien que no quiere quedarse, pero tampoco quiere irse, un poco de través en la silla, con el brazo colgando por encima del respaldo, y después de haber callado un rato más, dijo:

—Probablemente exacto..., sí, probablemente es exacto lo que dices, pero en un caos tal de semejanzas no se puede vivir.

—¿Vivir...? — ¿Aún se trataba de eso? ¿Aún se trataba de la vida? Todo alrededor murmuraba suave y tentador... ¡Vivir, oh vivir todavía, para poder morir!

¿Quién debía decidirlo? ¿Qué voces dirían lo que había que hacer? Plocia callaba.

Mas el Augusto dijo:

—No olvidemos que existe también la realidad, aunque estemos obligados a expresarla y figurarla limitadamente en semejanzas... Vivimos, y esto es realidad, simple realidad.

Sólo en semejanzas puede comprenderse la vida, sólo la semejanza puede expresar la semejanza; la cadena de semejanzas es infinita y la única en carecer de ellas es la muerte, hacia la cual tiende esa cadena, como si fuera su último anillo, si bien ya fuera de ella..., como si las imágenes estuvieran formadas solamente para ella, para asir pese a todo su falta de semejanza, incluso como si en la muerte pudiera recuperar el lenguaje su simplicidad originaria, como si la muerte fuera el lugar de nacimiento del simple lenguaje terreno, del símbolo más terreno y sin embargo más divino: en el lenguaje humano sonrío siempre la muerte. Y entonces dijo Plocia:

—Mudo es lo real y en su mudez viviremos; penetra en lo real, yo te sigo.

Atravesando la cadena de las imágenes, atravesándola más y más sin tiempo... semejanza generada en la semejanza, se convierte en la realidad, en un morir sin muerte...

Ahora sonrió el César:

—Sí, es una realidad muy complicada... ¿Crees en serio que lo real se halla sometido a condiciones tan prolijas? Apenas si veo una diferencia con las que has querido imponer a la imagen...

Aun cuando el Augusto estuviera sentado tan cerca, su voz llegaba desde una lejanía extrañamente inconmensurable; pero desde una distancia aún mayor si cabe, aunque desde opuesta dirección, llegaron, no menos extrañas, sus propias palabras:

—La semejanza de la realidad y la realidad de la semejanza... Oh, solamente en el fin se funden ambas...

—Yo creo en una realidad más sencilla, mi Virgilio; creo, por ejemplo, en la sólida realidad de nuestra vida cotidiana..., sí, Virgilio, creo precisamente en la simple realidad de todos los días.

Aun en su sentido más sencillito, las palabras del hombre proceden de la muerte; pero además proceden de la bóveda de la nada, generadora de la realidad, que se abre inmensa tras la doble puerta de la muerte, proceden de la inmensidad y por eso mismo también quien las recibe, el oyente, apenas es ya él mismo, se convierte en otra persona muy lejos de sí mismo, pues participa de la inmensidad.

—La simplicidad de los antepasados, de los antepasados ancestrales, Virgilio, la simplicidad de tu Eneas; en esta simplicidad de su vida cotidiana han erigido el Estado romano.

Eclipses de sol estaban en el cielo no-luz de color leonado, los caballos de Poseidón golpeaban con sus cascos las olas y el león febeo era invisible— ¿habían roto ya las riendas los celestes caballos, olvidando su doma por un dios, de regreso a las manadas marinas? Oh, se alza el Lucero, bañado por las olas oceánicas; Venus le sigue, que le eligió como estrella; oh, hacia el Oriente alza su sagrada testa, y alzando su mirada, disipa las tinieblas—; ¿había sido ésta la realidad de Eneas? ¿tan atrás pudo dejar lo simplemente terreno? ¿había penetrado realmente en esas regiones? ¿lo había visto así?

—Oh Augusto, en Homero todo era simple realidad...; era su conocimiento.

—Cierto, sólo que con esto confirmas mi tesis. Lo que ha sido realidad para los antepasados, permanece y es lo que reside también en todo arte...

—Oh Augusto, el suelo vacila... Nada vaciló para Homero o sus figuras...; en cambio para Eneas...

—¿Hablas de la realidad o del arte?

—De ambas.

—De ambas pues, y entonces es bueno que sepas finalmente, que Roma y tu poema son una sola cosa, que también la simple realidad de Roma se encierra, por tanto, en tu poema... Nada vacila en eso; tu realidad es tan firme como el suelo itálico.

Aun la brillante esfera de la luna, aun el fuego del sol se alimentan del espíritu, el alma informa

los miembros del mundo, siendo ellos, uniéndolos en el cuerpo universal... conociendo y conocido, ¿vagará el astro hacia el Oriente?

—Oh Augusto, toda realidad es conocimiento creciente.

—Roma ha sido el conocimiento de su ancestral antepasado; Roma fue el conocimiento de Eneas, y nadie en absoluto lo sabe mejor que tú, Virgilio.

El astro vagará sobre la quieta tierra que reposa, no sobre los Estados; de todos modos, el Augusto no quería saber nada de esto. Y sin embargo no debía quedar en el silencio:

—Los antepasados han puesto el germen del conocimiento, porque crearon el orden romano...

—No quiero oír una vez más que ha sido un mero símbolo... la realidad de Roma, la realidad de lo construido y por construir, la realidad de mi obra tiene que ser algo más que una mera semejanza...

—Roma fue fundada en la imagen del conocimiento; lleva en sí la verdad, se desarrolla hasta constituir la realidad, cada vez más... Sólo en el crecer y en el devenir está la realidad.

—¿Así que para ti no cuenta nada el presente?

—Nacido del conocimiento, el Estado romano crecerá por encima de sí mismo; su orden se convertirá en el reino del conocimiento.

—El reino no necesita crecer más; con la ayuda de los dioses, lograremos llevar el límite germánico hasta el Elba, y con la línea reducida de defensa así obtenida entre el Océano y el Ponto Euxino, el Imperio habrá ganado su natural perímetro, asegurado en el norte desde la Britania hasta la Dacia...

—Tu imperio, oh César, se extenderá aún...

—No puede ser más grande; si lo fuera, la gente itálica no bastaría para mantener las costumbres romanas y el orden de Roma en todo el territorio.

—El imperio de la realidad por cuya existencia trabajas, será más que una extensión meramente estatal hasta límites militarmente seguros.

Realmente, para ti lo alcanzado no es nada... y como no es nada para ti, lo rebajas a una semejanza sin derecho a realidad.

Penosa era la respiración, penoso hablar, penosa la resistencia contra la desconfianza siempre alerta del César y la susceptibilidad de su orgullo:

—La paz carece de espada, esta paz que has creado en el interior del Imperio, oh César, y sin espada abarcará todo el mundo.

—Cierto... —la explicación se había demostrado, pues, satisfactoria—, y me esfuerzo por imponer la paz mediante pactos y no con la espada; de todos modos la figura de la espada ha de estar detrás del pacto para que no sea violado.

—En el imperio del conocimiento la espada será superflua.

Casi asombrado, el César levantó la vista:

—¿Cómo quieres protegerte contra el perjurio y la infracción de los tratados? ¿cómo lo conseguirías sin las legiones? No ha amanecido aún la edad de oro.

La edad de oro, en la cual la piedra volverá a convertirse en oro, la edad de Saturno, el inacechable, inacechable en la inmutabilidad de sus continuas transformaciones..., mas quien acecha en la profundidad, que es al mismo tiempo la de la tierra y la del cielo, presente, aunque ya más allá del reino de Saturno, la futura reunión de lo divino con lo humano:

—Sólo el verdadero conocimiento sustenta la palabra dada.

El Augusto sonrió:

—Puede ser; de todos modos, sostendrá aún mejor el juramento, si cuenta con el apoyo de algunas legiones.

—Para la paz interna de Italia hace tiempo que ya no necesitas de las tropas...

—Así es, Virgilio, y con toda intención no mantengo en ella guarniciones... —en los rasgos del César se pintó una especie de velada picardía, un guiño perceptible solamente al amigo—; las tropas al alcance del Senado y sus agentes son para mí una realidad un poco demasiado sólida...

—Desconfías mucho del Senado.

—El hombre no cambia ni para mejor ni para peor, y la imbecil maldad que llevó

ignominiosamente a la muerte, hace un cuarto de siglo, a Julio César —su nombre paterno y memoria sean veneradas—, sigue existiendo hoy exactamente como entonces en la asamblea senatorial. Aun cuando ejerciera mayor influjo todavía en los nombramientos de los senadores, esos señores merecen confianza solamente en cuanto saben que en cualquier momento puedo lanzar sobre Italia legiones de Galos y de Ilirios; pero ya me encargo de que lo sepan.

—La base de tu soberanía, Augusto, es el pueblo, no el Senado...

—Así es..., y el de tribuno del pueblo es para mí el más importante de todos mis cargos. —Otra vez apareció en su rostro el rasgo de velada picardía indicando ahora que para el César el tribunado tenía tan enorme importancia no tanto por el pueblo, cuanto por el derecho de veto en el senado.

—Para el pueblo eres el símbolo de la paz y por eso te ama... La edad de oro no ha amanecido todavía, pero tu paz es promesa.

—¿Paz? ¿guerra? —el encubrimiento se volvía casi doloroso en el rostro de Octaviano—; al pueblo le da lo mismo... He combatido contra Antonio, había sido su aliado, le he aniquilado y el pueblo apenas si ha notado algo de todas estas vicisitudes; no sabe nada de sus propios deseos y por tanto nuestro único cuidado será prever que no aparezca un nuevo Antonio... El pueblo festeja a cualquier vencedor; ama la victoria y no al hombre.

—Esto podrá valer de las masas humanas atraídas y amontonadas en las ciudades, Augusto, pero no del campesino; el campesino ama la paz y ama a quien la trae. El campesino te ama como el hombre que eres. Y el campesino es el verdadero pueblo.

Por un instante, por el tiempo de un latido, ay, por el tiempo de un doloroso aliento desaparecieron el eclipse solar, la media luz y el paisaje de líneas, desapareció lo vacilantemente inmóvil, sin desaparecer realmente, pero sí lo suficiente para ceder el lugar a la llanura de Mantua, a la región campestre ensombrecida por los montes, enmarcada de niñez, extendida a la luz del sol, extendida por todas las estaciones del año, extendida por todas las edades de la vida.

Como si ya no tuviera prisa alguna, el César se acomodó en la silla:

—No puedo borrar de la tierra las ciudades, Virgilio; al contrario, tengo que erigir ciudades, porque son los puntos de apoyo del orden romano hoy, como siempre lo fueron... Somos un pueblo que edifica ciudades, y la primera fue la ciudad de Roma...

—No como ciudad de comerciantes y prestamistas. Su edad de oro está amonedada y acuñada.

—Eres injusto; el comerciante es el pacífico soldado de Roma y, si quiero que subsista, debo dejar que subsista también la organización financiera... Todo esto pertenece al bienestar del Estado.

—No soy injusto, pero veo el hervidero ansioso de dinero en las calles, veo la impiedad; sólo el campesino posee la piedad del pueblo romano, aunque se halle ya en peligro de caer en la codicia general.

—En tanto en cuanto tienes razón, se nos advierte perentoria, urgentemente de nuestra tarea educativa; debemos tratar de que también las masas en las ciudades lleguen a ser lo que deberían ser por derecho de ciudadanía, un solo pueblo romano.

—Lo serán en el conocimiento, pues suspiran por él.

—Más bien suspiran por los juegos del Circo..., lo que no disminuye por cierto nuestra tarea y su urgencia.

—¡Los juegos! horrendamente los desean... ¡la senda a la inversa!

—¿Qué senda?

—Quien no se halla en el conocimiento, tiene que aplacar su vacío en la embriaguez, por eso también en la embriaguez de la victoria, incluso de victoria solamente vista... no menos cruenta.

—Tengo que contar con datos reales y no puedo descuidar nada que sea adecuado para aglutinar las masas. En la sensación de victoria las masas pasaron a ser el pueblo unido, en la sensación de victoria están prontas a defender su Estado.

—El campesino lo hace por la sagrada paz de su tierra —¡oh campiñas de Mantua allí extendidas!—; el campesino vive siempre en esa comunidad que se llama pueblo, está con ella en su campo, está con ella cuando va al mercado, está con ella en cualquiera de sus días festivos...

—Siempre me he preocupado de fomentar la agricultura; he rebajado los impuestos, he dividido amplias superficies de los bienes dominiales en pequeños arrendamientos y he regulado las

condiciones de cultivo. De todos modos, las malas experiencias que hemos tenido con la colonización con veteranos, son una prueba muy evidente de las nuevas condiciones en nuestra economía estatal... Roma ha crecido por encima de su agricultura y para nosotros tiene más importancia el cereal egipcio que el italiano o el siciliano; ya no podemos apoyarnos demasiado o exclusivamente sobre los campesinos y menos todavía tratar de devolver las masas a la agricultura; tanto en una forma como en la otra arruinaríamos la economía del Estado, es decir el Estado mismo...

—Sin embargo, la libertad romana, que has tomado bajo tu protección, la sigue sosteniendo el campesino.

—¿Libertad? Cierto, cierto, estoy por la libertad del pueblo romano; nadie ha de atreverse a tocarla en adelante, ni un Antonio ni otro cualquiera. Esta es la misión del Estado romano y para ello debe ser reforzado. A la vez que da a los hombres parte en la defensa estatal, les comunica el sentimiento de la libertad, a la que aspira, porque corresponde a la naturaleza humana y quiere ser satisfecha. Sólo y exclusivamente en el bien común del Estado se encierra este sentimiento de libertad; ¡aquí es accesible a todos, aun al esclavo, y por eso mismo es más que la libertad de la gleba, de la que tú hablas, porque es la libertad de un orden divino! Sí, Virgilio, así es. Todo lo demás son fantasías sin realidad, mero sueño de una edad de oro en la que no hay orden ni deber. Baste para nuestro placer que simulemos esa desordenada libertad de ensueño durante las Saturnales. Si quisiéramos celebrar Saturnales durante todo el año, el Estado no podría subsistir. Las Saturnales son una semejanza, una idea, pero el Estado es auténtica realidad. No estoy ni capacitado ni llamado para fundar una edad de oro, pero lo que fundo debe ser mío, mi época precisamente y la de mi Estado.

Entonces dijo el esclavo:

—La libertad está con nosotros; el Estado es ridículo y terreno.

El César, ciertamente, no se volvió. Se había levantado y, extrañamente quieto, extrañamente inmóvil, y sin embargo como impulsado desde el interior y raramente excitado, continuó diciendo:

—En cuanto es parte del bien común estatal, también la libertad debe considerarse como una realidad y no como una realidad aparente, pues también la libertad debe ser algo más que una mera semejanza; sólo que demasiadas veces ha sido rebajada a eso, y no en último término por el mismo Senado. ¡Con la invocación de esta hipócrita libertad aparente, los señores de la purpúrea toga han logrado cada vez engañar al pueblo y empujarlo a la guerra civil! ¡Vil hipocresía! Es cierto, las puertas de la curia estaban abiertas, y cualquiera podía asistir a las sesiones del Senado; pero ésta era también la única libertad concedida al pueblo, la más traidora de todas las libertades populares, ¡la concesión de poder oír cómo se decidían leyes para la opresión y la expoliación del pueblo por pura falta de conciencia! Imagen o no imagen, las instituciones que se sobreviven pervierten la realidad en realidad aparente, libertad en seudolibertad, y éste es el mejor terreno para cualquier delito; tenía que acabar con ellas. Sí, en el viejo Estado rural que tienes ante tus ojos, aquellas instituciones tenían aún su buen sentido, el ciudadano podía abarcar aún los problemas públicos, la asamblea popular conservaba siempre su justa voluntad, verdaderamente libre. Hoy, en cambio, tenemos que vérnoslas con cuatro millones de ciudadanos romanos, hoy tenemos frente a nosotros gigantescas masas ciegas, y éstas siguen sin tino a cualquiera que sepa presentarse con el manto ambiguamente tentador de la libertad así ocultando bajo un ropaje capcioso lo mal que está compuesto y remendado con harapos de fórmulas superadas y vacías. ¡Así y no de otra manera es la libertad de las masas populares y, en verdad, lo saben! Saben de la profunda inseguridad en la que viven material y espiritualmente, se saben, y no se saben sin embargo, rodeadas por una nueva realidad, que no pueden ni concebir ni dirigir; sólo saben que están entregadas a poderes incalculables, poderes de insospechada extensión, poderes que a veces, sí, pueden nombrar, como carestía o como peste, como pérdida de la cosecha africana o como invasión de los bárbaros; pero, para ellas, en medio de todo, son solamente la expresión de una amenaza oculta aún más profunda, aún más incalculable, aún más insospechable. Realmente, las masas conocen los peligros de su propia libertad, conocen la pseudo-libertad que hace de ellas un rebaño espantado, vagando sin guía. Y justamente en consideración de esta honda inseguridad, justamente en consideración de toda esta

amenaza interna y externa a la que está expuesta la masa popular, repito y tengo que repetir: la libertad auténtica se halla exclusivamente en el orden de Roma, en el bienestar de todos, en una palabra, en el Estado. No hay ninguna otra libertad. El Estado que mi divinizado padre —santa sea su memoria— ha querido, el Estado que de acuerdo con su testamento me estoy esforzando por edificar, este Estado, es él mismo la libertad, imperecedera y real, es la libertad en la realidad del espíritu romano.

—En el reino del espíritu llegará a su perfección la realidad del Estado creado por ti.

—El reino de este espíritu ya existe; es el Estado, el Estado romano, el Imperio romano hasta sus más lejanos límites. Estado y espíritu son una misma cosa.

Desde lejos, aunque en su propia boca, se articuló la respuesta:

—El reino de la libertad... el reino del hombre y de la humanidad...

—¡El Imperio del Romano, Virgilio! La libertad griega, el espíritu griego han resurgido en Roma. ¡Nadie ha contribuido más a ello que justamente tú! La Hélade fue la promesa; el Estado de Roma es su cumplimiento.

Y la voz del esclavo dijo:

—Eterno será el reino, sin muerte.

¿Era el César quien seguía hablando? Imposible de decidir, pues hablaba y a la vez no hablaba: las palabras estaban quietas en el sitio, como si fueran los íntimos pensamientos del César:

—El Estado tiene que ofrecer otra vez a las masas la seguridad corporal y espiritual que han perdido, debe garantizarles una paz duradera, debe proteger sus dioses, y debe distribuir la libertad según las necesidades del bienestar colectivo. Esto y sólo esto es la humanidad del Estado, tal vez la única humanidad posible, pero en todo caso la mejor, aunque a menudo proceda en forma muy inhumana, sin contemplaciones con individuos o grupos individuales, en cuanto se halla en juego el bien colectivo, razón por la cual el derecho individual puede verse en cualquier momento sometido al derecho común, y así tiene que ser, lo mismo que la libertad individual a la libertad común de Roma, la paz de los limítrofes a la paz romana; en verdad, es una dura humanidad la que ofrece el Estado, y es tanto más dura, por cuanto el Estado, sirviendo al bien colectivo y por eso mismo encarnándolo, exige la correspondencia del individuo, su completa sumisión bajo el poder estatal y, además, se toma el derecho de exigir la devolución de la vida individual, protegida por su poder, para aniquilarla en cuanto lo requiere la seguridad y la protección de la comunidad. Una humanidad disciplinada, a eso aspira el Estado —y nosotros con él—, una humanidad en lo real, caracterizada por la disciplina y sin la menor mollicie, subordinada a la ley de la realidad, la dura humanidad de Roma; Roma se ha engrandecido gracias a ella...

¡Oh tierra de Mantua, oh tierra de la niñez, la tierra mansa de la humanidad, imperecedera, la tierra de los padres!... Nada podía verse ya allá afuera; se había perdido en la inmovilidad. Inmóvil estaba el ente, quieto el que estaba allí delante de la ventana, no Octaviano, sino una figura delicada y severa y extrañamente dura, casi más allá de lo humano, y alrededor se extendía el Estado en grandes líneas espectrales.

—Aunque hoy todavía, oh César, debas proteger los límites del Estado, el Imperio será ilimitado; aunque todavía te sigas sintiendo obligado a distinguir el derecho mayor del menor, la justicia se tornará indivisible, vulnerable la comunidad en cada individuo, protegido el derecho del individuo en el de la comunidad ; y aunque todavía te puedas sentir obligado a delimitar rígidamente la libertad, a no dejar nada de ella al esclavo y muy poco al Romano, con tal de sostener la libertad total, en el reino del conocimiento la libertad del hombre será ilimitada, y sobre ella, abarcándolo todo, se erigirá la libertad del mundo. El reino del conocimiento, en el cual florecerá tu Estado, el reino de la verdadera realidad, no será un reino de las masas populares, no, ni siquiera un reino de los pueblos, sino un reino de la comunidad humana, sostenido por el hombre que se halla en el saber, sostenido por el alma humana individual, por su dignidad y su libertad, sostenido por su divina semejanza.

—El conocimiento surgirá de nuestra más humilde extinción —concluyó la voz del esclavo.

El Augusto pareció no haber oído nada; inmóvil, continuó diciendo:

—Terrena es la realidad de Roma, terrena su humanidad, sobriamente suave para el que se

somete, sobriamente dura contra el rebelde que se atreva a trastornar el orden. No solamente en suelo itálico he protegido a los labradores contra la expropiación, no, lo mismo he hecho en todo el territorio del Imperio; he suprimido en las provincias la presión de los impuestos, he devuelto a los pueblos sus derechos y privilegios, he anulado la falsa economía de una administración que se denominaba republicana y con ello deshonró el nombre de la República. Mis detractores pueden reprocharme que éstos son logros de poca entidad y nada brillantes. Ahora bien, con estos sobrios logros he devuelto el respeto al nombre profanado de la República y, a pesar de las devastaciones de la guerra civil, he dado un nuevo bienestar a todo el territorio del Imperio. El esplendor de Roma es la sobriedad, sobria es la humanidad romana; esta sobriedad cuida del bienestar general y no mendiga favor de nadie, más aún, a menudo se ve obligada a interrumpir el desarrollo hacia una humanidad mejor o por lo menos a dejarlo para más tarde. Por eso he tomado medidas para mejorar la suerte de los esclavos; ahora bien el bienestar del Imperio necesita esclavos, y éstos deben insertarse ordenadamente en esa realidad, sin consideración del derecho que asiste al oprimido y que podrían hacer valer; en verdad, contra toda clemencia y absolutamente contra mi voluntad no he tenido más remedio que frenar legalmente el exceso de sus manumisiones, y, si se rebelaran contra estas disposiciones, si surgiera un nuevo Espartaco a su cabeza, me vería obligado como Craso a crucificar a miles de ellos; tendría que hacerlo tanto para atemorizar como para satisfacer al pueblo, para que éste, siempre pronto a la crueldad y al miedo, cruel y cobarde, aprenda la nulidad del individuo ante el Estado y su absoluta autoridad.

—No —dijo el esclavo—, no; resucitaremos en el espíritu. Todo encarcelamiento es para nosotros una nueva liberación.

Sin prestarle la menor atención, prosiguió el discurso del soberano:

—Nosotros mismos parte del pueblo, pertenecemos al Estado y su absoluta autoridad, le pertenecemos con todo lo que somos y tenemos y perteneciéndole pertenecemos al pueblo; en efecto, como el Estado encarna al pueblo, así también el pueblo encarna al Estado y, si éste posee un indiscutible derecho de propiedad sobre nosotros y nuestras obras, lo mismo ocurre con el pueblo. Sean nuestros logros grandes o pequeños, se llamen *Eneida* u otra cosa, el pueblo tiene la facultad y el deber de ejercer sobre esa obra su derecho de posesión; cada uno de nosotros es un esclavo del pueblo, esclavo de un niño menor y ambicioso, que se opone a cualquier dirección y sin embargo la necesita.

—Padre te llama este pueblo y de ti, Augusto, espera el conocimiento del padre.

Inseguro como un niño es el pueblo, temeroso y huidizo, si se le abandona en el apuro, peligroso en su inseguridad, impenetrable por cualquier exhortación, incapaz de cualquier reflexión, alejado de toda humanidad, sin conciencia, inconstante, subitáneo, indigno de confianza y cruel, y sin embargo también liberal y generoso, capaz de sacrificio y valiente, cuando se encuentra a sí mismo, lleno de toda la seguridad del niño en quien despunta el presentimiento de la recta senda y se dirige a su meta como un sonámbulo. Oh amigos míos, grande y magnífico es el pueblo en que nacimos y tenemos que estar agradecidos por el deber de servirle con toda nuestra obra, más agradecidos aún por la posición directiva que nos tocó, y agradecidos sobre todo por el mandato que nos ha impartido el dios, de convertir esa posición en acción; teniendo en cuenta este niño grande que nos ha sido confiado, debemos corregirlo sin robarle nada, debemos dejarle todo lo valioso, también la ebriedad infantil del juego y la crueldad con que se protege de la molicie; pero justamente por eso debemos atender a que esta ebriedad se mantenga dentro de ciertos límites, para que no resulte dañina y dañada, para que no caiga en el salvajismo, pues nada es tan espantoso y peligroso como la salvaje locura de este niño que se llama pueblo; es la locura de un niño abandonado y por eso mismo debemos procurar que el pueblo nunca se sienta abandonado. Oh, amigos míos, debemos cultivar el infantilismo del pueblo, debemos proporcionarle la seguridad infantil en la seguridad de la casa paterna, y quien sepa guiar así al pueblo con severidad suavemente paternal, quien logre de este modo la seguridad de la vida y del alma y de la fe, quien lo consiga, ése es el llamado, y sólo él, a convocar el pueblo en un Estado, no sólo a vivir en la seguridad del Estado sino sobre todo a morir por ella en la hora del peligro, a la hora de la defensa del Estado: oh amigos míos, sólo un pueblo mantenido así disciplinadamente en el recto camino, sabrá defenderse y defender a su

Estado tan tesoneramente como para superar el tiempo, es decir para hallarse protegido por toda la eternidad de la decadencia, en otro caso inevitable. Este es el objetivo, de eterna validez, eterna para el Estado, eterna para el pueblo.

¿Quién contestó? ¿podía hallarse una contestación? Sí, la contestación surgió:

—Sólo la verdad es eterna, la verdad de la realidad libre de locura, protectora contra ella, extraída de las profundidades de lo superior y lo inferior, pues ella sola es la más inmutable realidad; y los pueblos son llamados a la verdad, al reconocimiento, a la acción de la verdad, y el hombre, por encima del pueblo, se hará por siempre partícipe del reino. Sólo en la acción de la verdad puede acabarse con la muerte, la muerte acaecida y la futura; sólo así se cumple el despertar del vegetal del alma al conocimiento total, cuya gracia es innata a todo lo que tiene humano rostro. El Estado crece hacia la verdad, en ella va penetrando, por ella se desarrolla interiormente, en ella encuentra su realidad definitiva, reencontrando su origen divinamente ultraterreno, para que en esta edad se realice la gloria del Eón, se realice como reino del hombre, como reino divino de la humanidad, como el reino que está por sobre todos los pueblos y a todos los pueblos abarca. El objetivo del Estado es el reino de la verdad, extendido sobre toda la tierra, pero aún en crecimiento, como un árbol desde los abismos de la tierra a los del cielo, porque es la creciente piedad en la que el reino deviene, en la que deviene la paz del reino, la realidad como verdad desarrollada.

Una vez más el Augusto no se dejó desconcertar, una vez más fue como si no se hubieran oído mutuamente, una vez más se deslizaron las palabras inmóviles en lo inmóvil paralelamente:

—El amor de los dioses no se dirige al individuo, indiferente para los dioses, que no conocen su muerte. Los dioses se interesan por el pueblo, imperecederos, sólo se interesan por lo imperecedero en el pueblo, lo único que les importa, que protegen, porque saben que con la inmortalidad del pueblo decaería también la propia. Y si a pesar de ello distinguen a un individuo mortal, es sólo para conferirle el poder de construir una forma estatal de vida, en la que debe ser ordenada y asegurada la inmanente continuidad del pueblo, destinada a la eternidad. Reflejo de la potencia divina es el poder terreno, y mediando entre la realidad del dios y la realidad del pueblo, entre el orden eterno del dios y el orden eterno del pueblo; realizándolos ambos en el Estado, el mismo poder soberano toma consistencia eterna, como los dioses y con el pueblo se torna más grande que la muerte y la vida, más grande gracias a esa duplicada realidad. Y mediando entre lo divino y lo popular, reflejo de aquélla e imagen en ésta, el poder terreno no se interesa por el individuo, el Estado no se interesa por la diversidad humana, sino sólo y exclusivamente por la totalidad del pueblo, para que en la misma conserve su eterna consistencia real. Jamás puede afirmarse soberanía alguna que se apoye únicamente sobre hombres, pues pasa con ellos, más aún, por bienhechora que sea, es barrida al primer soplo de veleidat humana; así aconteció con la obra de paz de Pericles, derribado porque no había podido evitar a la ciudad la mortífera peste, y lo mismo me hubiera ocurrido a mí, cuando hace tres años el hambre amenazó con estallar en Roma. Ciertamente, los dioses que dan el pan terreno y por tanto me asignaron a mí, su vicario, el cometido de velar por el mantenimiento de las distribuciones de grano al pueblo decretadas por el Senado, sí, los dioses me han mostrado entonces su enorme favor; pude aparejar la flota triguera en Alejandría, vientos favorables abreviaron la travesía y pudo impedirse lo peor; pero de nada hubiera servido esta salvación, la inquietud que ya había estallado en todas partes, me habría derribado inexorablemente si mi poder no hubiera estado basado en la totalidad de los dioses en la totalidad del pueblo, y si continuamente me hubiera expuesto, mejor dicho si hubiera expuesto toda la estatalidad de Roma a cualquier azar del juego de la opinión pública, habría consentido que el ejercicio del poder cayera en la disgregación de los individuos mortales. El Estado es la realidad suprema, extendida invisiblemente sobre los países, y sin embargo tan altísima, que en el ámbito de su validez no puede tolerarse nada mortal y perecedero; estoy aquí como un ser humano mortal y caduco, pero en el ámbito de validez del Estado, en el ámbito de validez de mi poder tengo que eliminar de mí lo perecedero y tornarme símbolo de lo imperecedero, pues sólo como símbolo puede lo mortal incorporarse en lo imperecedero, en algo imperecedero que está por encima de toda semejanza, justamente como el Estado romano, por su misma realidad. El Estado, en su doble realidad, no sólo tiene que simbolizar a los dioses, no es suficiente que para venerar a los dioses se construya la

Acrópolis, también tiene que establecerle al pueblo, que es la otra mitad de su realidad, un símbolo, el símbolo fuerte que el pueblo quiere ver y comprende, la imagen fuerte en la cual se reconoce a sí mismo, la imagen de su propia fuerza, ante la cual quiere y puede inclinarse, intuyendo que el poder en lo terreno, como lo demuestra el ejemplo de Antonio, se inclina siempre a lo delictuoso, y que solamente excluye ese peligro un poderoso que sea al mismo tiempo símbolo de la eterna realidad. Y por eso yo, que he recibido el poder para mantener el orden romano como feudo de los dioses y herencia de mi divinizado padre, para transmitirla un día en herencia a través de una cadena impecederada de generaciones hasta el último descendiente, por eso he permitido, más aún he ordenado que mi imagen sea colocada en los templos, independientemente de todos esos dioses a los que aún se apegan los pueblos de este Imperio, como imagen de la unidad del Imperio, como imagen de su concrecer en un orden común, que se extiende desde el Océano hasta las orillas del Eufrates. No obligamos a nadie a aceptar nuestras instituciones, no tenemos por qué apresurarnos en nada, tenemos tiempo y podemos esperar, hasta que los pueblos sepan aprovecharse por sí mismos de las ventajas de nuestra legislación, de nuestras pesas y medidas, de nuestro sistema monetario; de esto hay ya ciertos indicios y comienzos, pero hemos asumido indeclinablemente la obligación de facilitar con la mayor rapidez este tránsito al pensamiento de Roma, tenemos que iniciarlo en seguida en todas partes, tenemos que despertar sin demora la conciencia del Imperio en todos los pueblos que pertenecen a él; tenemos que hacerlo por respeto a los dioses que son la suprema expresión del pensamiento romano, y sólo podemos realizarlo en símbolos, en el símbolo y con la imagen instrumental del símbolo. Es lo que ha comprendido el pueblo romano, y nada más, cuando exigió la colocación de mis imágenes, no para adorarme supersticiosamente como un dios, que no lo soy, sino para tributarme piadosamente por el cargo divino que represento, aquella veneración a la que deben ser obligados también los pueblos extranjeros dentro de los límites del Imperio, porque en la imagen de este cargo se manifiesta el verdadero crecimiento interior de este Estado, su necesario crecimiento hacia la unidad estatal, ordenada en la seguridad de la paz romana y por todos los tiempos.

¡Por todos los tiempos! El César había terminado su alocución, su mirada se perdía a lo lejos, sin espacio ni tiempo, allí donde el Estado romano se extendía con líneas invisibles sobre las regiones de la tierra, aún sin luz y sin embargo colmado de ella, en espera de la luz. Misteriosamente transcurría el tiempo, atravesado su vacío por el sísmico galope poseidonio, corriente torrencial sin agua, sin orillas. La fuente de la pared manaba, pero era como si quisiera agotarse. La espera estaba en el mundo.

—El tiempo se desarrolla en la creciente piedad del hombre, oh Augusto, en ella crece el Imperio y ningún poder ni institución terrenos —todos ellos aún meros símbolos— influye ni puede influir en el Imperio. Pero, en cuanto reflejo de la creación, que se realiza en el Imperio, éste se hará realidad; y así será el despliegue de tu obra en la creciente piedad humana, a la que has indicado el camino.

La mirada del Augusto, perdida a lo lejos, volvió a estar cerca:

—He restaurado los *Sodales Titii* y el *Augurium*; estoy reformando las fiestas de Luculo; con todo ello recuerdo al pueblo las antiguas, venerables formas de la fe y me ocupo de las fiestas serias y piadosas que acompañaron la fe de nuestros antepasados. Así satisfago a los dioses y al pueblo y ésta fue también la fiel piedad de tu Eneas, fiel y fuerte en la memoria de Anquises, el padre. En memoria de mi divino padre, a quien me he mostrado fiel, el pueblo me invistió con la soberanía; ha reconocido en mis actos la fe de los padres, que añora, y me ha elegido para encarnarla, para encarnar el poder popular, no sólo transfiriéndome el tribunado, sino también confiándome el supremo poder sacerdotal, el cargo altamente simbólico de supremo protector de la fe. La piedad romana no necesita crecer; desde siempre fue igual a los dioses romanos a que sirve; se trata sólo de recuperarla.

—Oh Augusto, tú que por primera vez has conocido la piedad del ser humano en la entrega a la voluntad del padre, tú que en su sagrado nombre proteges con poderosa mano las formas de la fe, de modo que el pueblo te obedece por amor y ningún impío osará ya atentar nuevamente contra el orden establecido por los dioses y por ti restablecido, oh Augusto, también piedad tradicional del

pueblo, así como la tuya, trasciende el círculo de la multiplicidad divina, trasciende la gloriosa serie de los antepasados, pues la piedad se dirige al padre primigenio, piadosa a la espera de que se anuncie, de que confíe su mensaje y su creación al hijo que piadoso persevera...

—Apolo fue el dios protector de mi familia, y él, dios solar y dios terreno al mismo tiempo, el salvador de todo mal fundando el orden, es el hijo del celeste padre, Zeus, a quien estamos sometidos. Toda claridad procede de él.

Y en ese momento, también el esclavo se hizo escuchar; desde muy lejos, seca y tenue como un trazo de pluma, llegó su voz:

—También Zeus sirve piadosamente al Destino, pero además, donde la luz más inescrutable oculta todo pensamiento, allí, más allá del límite, el Destino sirve constantemente al Desconocido primigenio, cuyo nombre está prohibido.

Meditabundo, allí enfrente, el César se apoyaba en el mirador y todo era quietud. Aún estaba todo inmóvil, pero cedió la palidez de la luna, que cobró forma de nuevo, cual si quisiera convertirse en el león solar que custodia los límites, el león que vendrá con garra firme, con garra suave, a tenderse a los pies del piadoso domador. Más suave se tomó el ondear de la tierra, Poseidón se aplacaba; el eclipse solar tocaba a su fin.

—De toda claridad surge nueva piedad, oh Augusto.

—Pero nuestra piedad debe llevar a la claridad.

—Quien es piadoso, Augusto, se halla ya en el saber; se halla en el recuerdo de la ley dada por el padre primigenio y por tanto su memoria puede hablar ya también con el que ha de venir, aunque no oiga todavía el paso del que viene; le sirve en amoroso servicio, aunque no haya recibido aún ninguna orden; invoca al inefable y, llamándolo, lo crea... Escapar de la inexorable soledad humana: el saber de esta escapada es la piedad, vista del ciego y oído del sordo, pues la piedad es conocimiento en la simplicidad... De la piedad del hombre nacieron los dioses, y sirviendo a los dioses se convierte en conocimiento del amor que supera la muerte, que trasciende los dioses... Piedad, retorno desde las profundidades..., que acaba con el extravío y el frenesí..., verdad que sostiene el conocimiento... sí, esto es piedad...

—¿Adónde todavía Virgilio? ¿adónde todavía? Todo esto lleva mucho más allá de lo terreno y ya no contiene ninguna tarea terrena. Yo, sin embargo, estoy situado en lo terreno y a ello debo atenerme. El pueblo romano se ha dado sus leyes de conformidad con la voluntad de los dioses, ha puesto freno a su propia libertad, la ha convertido en el Estado y se ha enseñado a sí mismo la senda hacia la claridad y el orden apolíneos; este camino es el que hay que seguir, de ello tengo que encargarme, y aunque lo haya abierto la piedad humana, ésta no puede alcanzar más allá de este camino y su objetivo, no puede ni debe superar el Estado, porque entonces el Estado perdería su vigencia, quebrada su realidad y con ella la de los dioses y la del pueblo. La piedad es el Estado, es el servicio del Estado, es ordenamiento en él; piadoso es quien sirve al Estado romano con toda su persona y toda su obra... No me hace falta ninguna otra piedad y es un deber del que no podemos eximirnos ni tú ni yo ni ningún otro.

Extrañamente increíble era todo lo que decía el Augusto, increíble y también doloroso, era una máscara; y pesaba dolorosamente como una pérdida, como un desengaño, como un alejamiento, tal vez también como una vergüenza, que se adueñaba de uno pese a todo, tal vez por lo inevitable de la amistad, o de la muerte. ¿No sería el Augusto quien tenía que morir? Lo que decía, sonaba como un legado para el futuro guía del Estado romano y ya estaba muerto sin embargo, y no llevaba a ninguna parte, ni a los dioses, ni a los hombres. Muy cansado ahora, el Augusto se había vuelto a sentar; allí estaba, aislado e introvertido, un poco inclinado hacia delante, y su hermoso rostro juvenil no miraba hacia Virgilio, pero su mano agarraba la cabeza del león. El César había medido el ámbito terreno hasta sus más lejanos límites y había quedado encarcelado en lo terreno; ahora estaba cansado. Y sin embargo dominador.

Y precisamente por eso, precisamente por eso tuvo que ser dicho, tuvo que ser expresado:

—Más allá de los dioses está la piedad del alma individual, más allá del Estado, más allá del pueblo; aunque los dioses se limiten al pueblo y no quieran conocer al individuo, apenas si necesita el alma de los dioses que ha creado, ya no los necesita, no necesita de éste ni de aquél, tan pronto

como entra en su piadoso diálogo con lo inescrutable.

¡Diálogo con lo divino! Oh, mientras siga intacta la invisible cubierta de tiniebla tendida entre lo superior y lo inferior, la plegaria devuelve solamente un eco de sí misma; inaccesible permanece el dios y no contesta.

Mas el César dijo:

—Cuando con estos diálogos piadosos, que nadie de todos modos, ni tú siquiera, puedes comprobar, quieres eximirte de tus deberes frente al Estado y el pueblo, a quien debes tu obra, comprendo tus intenciones, aunque no puedo aprobarlas; mas si con tu razonamiento te propones rebajar la fe heredada equiparando la piedad romana con la bárbara, debo recordarte que tú mismo has llamado monstruos a los dioses egipcios...

—No hay más que una sola piedad y mejor el bárbaro cuya piedad significa crecimiento, que el Romano cuya alma se cierra al crecimiento.

Levemente aburrída, en cierto modo con aburrída atención, en cierto modo como para acabar definitivamente, dijo la respuesta:

—Una piedad que produce monstruos, no es piedad; un Estado que venera monstruos, no es un Estado; no, no es posible concebir una piedad sin dioses, no es posible concebirla sin Estado o sin pueblo, sólo en el conjunto puede ejercerse, pues sólo en el conjunto de la patria romana, que es una misma cosa con sus dioses, puede el hombre unirse con la divinidad.

—El orden del conjunto nunca habría surgido, si el alma individual no hubiera encontrado la unión inmediata con lo supraterreno; sólo una obra expresamente dirigida a lo supraterreno, puede servir a la comunidad en lo terreno.

—Estás concibiendo innovaciones sumamente peligrosas, Virgilio; son perjudiciales para el Estado.

—Con ellas, el Estado llegará a ser reino; el Estado de los ciudadanos se convertirá en el Reino de los hombres.

—Estás desbaratando la estructura del Estado, la estás reduciendo a una igualdad sin forma, pulverizas su ordenamiento, deshaces el firme ensamblaje del pueblo. —En la actitud no quedaba rastro de cansancio; estas cosas le afectaban y su respuesta había sido bien apasionada.

—El ordenamiento será el humano..., el de la ley humana.

¿Leyes? ¿Como si no disfrutáramos de más que suficientes! En ninguna otra cosa es el Senado tan fecundo como en la producción de malas leyes... El pueblo quiere orden, pero no leyes insidiosas que le destruyan junto con su Estado... Mas de esto no entiendes realmente nada.

—El reino de la creciente piedad no destruye al Estado, lo excede, no anula su raíz popular, la excede... El ordenamiento estatal le corresponde al pueblo, sí, al pueblo, pero al hombre le corresponde el conocimiento; por él cumple el servicio de su piedad y cuando llegue al conocimiento, se habrá creado el nuevo reino, el reino de la ley del conocimiento, el reino al que le ha sido concedido garantizar la creación.

—Hablas de la obra de crear el mundo, cual si pudieran influir en ella medidas estatales. Por fortuna, el Senado no sabrá qué hacer con tu ley del conocimiento... Si no, la creación no subsistiría por mucho tiempo.

—Cuando el hombre se desentiende de su conocimiento, cuando pierde la verdad, pierde también la creación; el Estado no puede cuidar de la creación, pero corre peligro a la par con ella.

—Este es un problema, cuya solución dejaremos a los dioses. En cambio admitirás que he cumplido, de todos modos, con mi parte; me he preocupado por los conocimientos del hombre, hasta donde estaba en mi poder, y seguiré preocupándome de ello en adelante. Ha aumentado el número de escuelas públicas no sólo en Italia sino también en las provincias, y presto toda la atención a esa enseñanza superior que debe darnos hábiles médicos, arquitectos y peritos en hidráulica; además, como bien sabes, he fundado la Biblioteca Apolínea y la Biblioteca Octaviana, y no he dejado de fomentar con donaciones las bibliotecas ya existentes. Pero éstas son providencias que nada significan para el pueblo; la masa popular no quiere que se le den conocimientos, lo que quiere es ver imágenes fuertes y claras, cuyo contenido comprenda.

—Sobre todos los conocimientos está el conocimiento a secas y el pueblo lo espera en la gran

imagen de la acción del conocimiento.

En los rasgos del César apareció una suerte de melancólica frivolidad:

—El mundo está lleno de hechos y, a pesar de ello, está vacío de conocimiento.

—La acción de conocer es la del juramento, Octaviano.

—Pues bien, Virgilio; mi cargo está jurado, y lo que he jurado, lo he cumplido también... Esto podría bastarte para tu acción de conocer... ¿Qué más quieres?

¿Por qué no contestar al vanidoso conforme a su deseo? ¿Sería tan simple y tan prudente! Y, con todo, algo le obligaba a refutar y explicar:

—A buen seguro, tu obra es acción, acción jurada, y justamente por eso le seguirá también la acción de conocer, la acción formadora del conocimiento, la acción de la verdad, sólo que en ello se trata del alma humana, Augusto, y con ella hay que tener paciencia —oh, debía decirlo a pesar del molesto rechazo visible en el gesto del César, porque se trataba precisamente del alma humana y de su despertar victorioso de la muerte—; sí, con tu acción has extendido la paz de Roma por el orbe, por tu obra has fundado la unidad del Estado, la gran semejanza, y si se agrega aún la acción de la verdad, que agracia a los hombres con el conocimiento divino común a todos, y así reúne a los ciudadanos en una comunidad humana, entonces, oh Augusto, tu Estado se transformará en la eterna realidad de la creación... Sólo entonces, sólo entonces será... el milagro...

—Insistes pues en sostener que el Estado en su forma actual no es más que una fútil semejanza...

—Una semejanza auténtica.

—Está bien, una semejanza auténtica..., pero persistes en que sólo alcanzará su verdadera figura real en el futuro...

—Así es, César.

—¿Y cuándo acontecerá tu milagro? ¿cuándo se cumplirá esta transformación en la verdadera realidad? ¿cuándo? —El hermoso rostro se dirigía a él desafiante y malo, sí, realmente agresivo.

¡Oh, dioses, cuándo!... ¡cuándo, oh, cuándo!... ¿oh, cuándo fue sin azar ella, la creación, liberada de las formas? Es atribución del dios desconocido, del dios que protege el testamento. Mas ahora ya no temblaba el suelo, la navicilla se deslizaba tranquila y también la respiración se había tornado de nuevo muy pesada en el pulmón, la garganta y la nariz; respiraba el corazón y el corazón sabía que en él se agita eternamente un hálito respirante del alma, un hálito, sólo un hálito, pero tan fuerte que daba la impresión de que saldría hirviendo por el mundo y barrería rocas. ¿Cuándo, oh, cuándo? En algún sitio respiraba el que debía realizarlo, en algún sitio vivía ya, aún sin nacer, pero ya respirando; una vez fue la creación, una vez será, milagro liberado del azar. Y en medio de la pálida luz que se perdía, en la más alejada lejanía, hacia el Oriente, apareció de nuevo el astro.

—Un día vendrá quien esté otra vez en el conocimiento; en su ser el mundo será redimido al conocimiento.

—Desearía que te limitaras a tareas más terrenas; las que tú planteas, son supraterráneas y para ellas no alcanza ya mi vida.

—Son las tareas del Salvador.

—Pero me las has atribuido... ¿o no?

—El Salvador vence a la muerte y venciendo a la muerte has aparecido, porque has traído la paz.

—Eso no es una respuesta, pues sólo pude fundar la paz terrenamente, terrenamente tuve que ordenarla, terrena es su esencia... ¿Piensas seguramente que sólo se me puede asignar la realización de tareas terrenales?

—En el hijo del divinizado, los hombres ven hoy ya al salvador que les redimirá de la perdición.

—Así dicen los hombres, así dice el pueblo... Mas tú, ¿qué dices, Virgilio?

—Hace ya veinte años, cuando comencé las *Geórgicas*, y eras aún muy joven, vi tu imagen en el círculo de los signos celestes. Significas el equinoccio de los tiempos.

—¿Cuáles fueron tus palabras?

—A ti, la nueva estrella de lentas lunas cercada, allí donde la ruta de Erigona atrae a Escorpio, y aun éste se retira ante ti con su furioso fuego, retrae las uñas y te cede el cielo sumiso...

—Bien, así lo escribiste hace veinte años... ¿y hoy!

—Has sido procreado y concebido bajo el signo de Capricornio, el que asalta sobre firmes rocas

las cumbres más altas de la tierra; tal es el signo que elegiste.

—Las cumbres terrenas... lo supraterráneo, evidentemente, ha de estar vedado.

—Recuerda los versos que Horacio ha compuesto para ti, Augusto.

—¿Qué versos?

—Reina en el cielo Zeus el tronante, mas en la tierra eres tú, oh Augusto, el dios visible.

—Eludes la cuestión, Virgilio; citas algo anticuado, citas a otros, pero ocultas tu propia opinión.

—¿Mi propia opinión? —El Augusto estaba tan lejos... Las palabras se deslizaban de uno a otro, muy extraño era su vuelo, mas no servían ya de puente.

—Ya no debe preocuparte --dijo el esclavo.

—¿Mi propia opinión?

—Es precisamente la que quiero oír y sin rodeos.

—Hombre mortal eres, Augusto, si bien el primero entre los vivos.

Una mirada iracunda y rencorosa dejó comprender que el César hubiera deseado oír una opinión distinta:

—Ya sé que no soy ni un dios ni un nuevo astro, y resulta superfluo recordármelo; soy un ciudadano de Roma y nunca me he creído otra cosa, así que considero que aún no has contestado a mi pregunta.

—La salvación viene siempre en lo terreno, Augusto; terreno y mortal es siempre el Salvador, tiene que serlo; solamente su voz viene de lo supraterráneo y sólo gracias a ella puede invocar en el hombre lo inmortal que ansía la salvación. Mas tú con tu acción has allanado ya el terreno a esa divina renovación del mundo, y es tu mundo el que oír la voz.

—¿Por qué niegas pues mi vocación al último paso que hay que dar todavía? ¿por qué niegas que mi obra, a la que de todos modos concedes un valor precursor, estaría aún llamada a traer al mundo la salvación definitiva? ¿por qué niegas que el símbolo que de todos modos ves en mi obra, lleva en sí mismo ya la realidad? ¿por qué niegas que yo, que de todos modos he puesto con mi obra la primera acción, podría estar capacitado también para la acción de conocer?

—No lo niego, Octaviano; símbolo de los dioses eres y símbolo del pueblo romano. Nunca hubieras sido destinado a ello, si el símbolo que eres no llevara también los rasgos de su original. En ti antes que en ningún otro, podrá llegar a madurar la acción de conocer. Hasta ahora no había llegado el tiempo.

—Virgilio, me pareces un poco demasiado generoso con el tiempo, pero sólo cuando se trata de mí; para ti y tus propias intenciones estableces períodos de espera mucho más breves... Mejor, pues, dime llanamente que no puedo arrogarme este asunto redentor. —Debía sonar alegremente, pero era innegable la indignación aún persistente.

—Incluso el Salvador y su verdad, incluso él se encuentra ligado a la urdimbre cognitiva del tiempo; vendrá cuando el tiempo haya madurado.

El César se había puesto en pie de un salto:

—Te quieres reservar para ti el cargo.

¡Ay! ... ¿Tenía razón el César?... ¡ay! ¿no tendría razón en una medida que él mismo apenas podía comprender? ¿no dormitaba en el poeta el deseo del salvador con una soñadora fuerza mucho mayor que en todos los demás seres humanos? ¿no quiso arrogárselo también Orfeo, cuando seducía y embrujaba a las fieras, para redimirlas humanizándolas? Mas no y no; el arte no pasa de un recurso incapaz y hasta un Orfeo tuvo que fracasar en el intento. La voz sibilina que el poeta oye, es la de Eurídice, es la de Plocia, y nunca encuentra —así lo quiere el dios, así lo quiere el destino— el áureo ramo de la salvación.

—Oh Augusto, el escritor no vive; en cambio, el Salvador vive más fuertemente que todos, pues su vida es su acción de conocer, su vida y su muerte.

En medio de su indignación, el César sonrió y su sonrisa era realmente bondadosa.

—Vivirás, Virgilio, recobrarás tus fuerzas y terminarás tu obra.

—Aunque volviera a recobrar la salud... cuanto más acabado fuera mi poema, tanto más lejos estaría de cualquier acción salvadora, tanto más incapaz sería de realizarla.

—Está bien, o sea que ni tú ni yo realizaremos la acción redentora; dejaremos pues que la realice

el Salvador que entrevés y en quien apenas puedo creer. Y hasta su llegada tendremos que seguir cumpliendo con nuestro deber, tú el tuyo, yo el mío...

—Debemos prepararnos para su llegada.

—Vale. Mi obra representa de todos modos un trabajo precursor. Mas también la tuya y por lo mismo terminarás la *Eneida* para tu pueblo...

—No puedo ni debo terminarla... tanto menos, por cuanto sería la preparación más inadecuada.

—¿Y cuál sería la adecuada?

—El sacrificio.

—¿Sacrificio?

—Así es.

—¿Para qué quieres sacrificar? ¿a quién quieres sacrificar?

—A los dioses.

—Los dioses han fijado los sacrificios que aceptan, los han traspasado al Estado para que cuide de ellos, y yo me ocupo de que sean cumplidos puntualmente en todo el territorio del Imperio, tal y como sus rúbricas lo prescriben. Fuera de la soberanía del Estado no hay sacrificio.

El Augusto era inexorable y nada sabía del testamento mandado por el dios desconocido; no tenía sentido tratar de convencerle:

—Nadie debe atreverse a tocar siquiera las formas sagradas de la fe por ti defendidas, oh César, pero su intangibilidad no quiere decir por eso que no puedan ser completadas.

—¿Cómo iban a serlo?

—Cualquiera puede ser llamado por los dioses al sacrificio, tiene que contar con que le elijan, cuando gusten, como víctima.

—Si te entiendo bien ahora quieres eliminar también la comunidad popular de las rúbricas sacrificiales y deseas sustituirlas por el individuo, que se ocupa en algún modo de lo supraterráneo; no cabe duda, Virgilio, de que es inadmisibles y más que inadmisibles. Y una vez más invocas la voluntad de los dioses, para darte una apariencia de justificación y responsabilidad. A pesar de eso, tu proceder es altamente irresponsable y menos que nunca te eximirán los dioses de la responsabilidad de tus intenciones, pues ellos, y el pueblo, requieren, junto con las formas que sean de culto, veneradas de antiguo, las reglas correspondientes del sacrificio. No es posible excederlas ni siquiera medio paso.

—¡Se exceden terriblemente, Augusto!... Sordamente siente el pueblo que se prepara una nueva verdad, sordamente siente el pueblo que las antiguas formas se ensancharán muy pronto, sordamente siente la insuficiencia de los viejos ritos sacrificiales, y empujado por la loca nostalgia de lo nuevo, empujado por la loca añoranza de sacrificio, se apiña en los lugares de las ejecuciones y en los juegos circenses, que organizas, se apiña en el pseudo-sacrificio impío que se le ofrece sangriento en una muerte de creciente crueldad, para no satisfacer al final sino ebriedad de sangre y ebriedad de muerte...

—He sometido el salvajismo a disciplina, la crueldad sin freno al juego. Esta es la necesaria dureza del pueblo romano, y nada tiene que ver en absoluto con presentimientos de sacrificio.

—Más que el individuo, es el pueblo el que tiene presentimientos. Su sentir común es más sordo y pesado que el pensamiento del alma individual, más sordo y pesado, más salvaje y confuso es en él el ansia por el Redentor del mundo. Y ante los horrores cruentos en los sitios de las ejecuciones y en la arena del Circo intuye tembloroso que de allí surgirá el genuino acto sacrificial, el verdadero sacrificio, que será la última y decisiva forma del conocimiento en lo terreno.

—La profundidad de tu obra es a menudo enigmática, Virgilio, y también ahora hablas en enigmas.

—Por amor a los hombres, por amor a la humanidad, el Salvador se ofrecerá él mismo al sacrificio, se convertirá él mismo con su muerte en la acción de conocer, en acción que lanza contra el todo, para que la creación se despliegue de nuevo a partir de tan suprema imagen real de ayuda efectiva.

—He puesto mi vida —repuso el César, envolviéndose en la toga— al servicio de mi obra, al servicio de la comunidad, al servicio del Estado. Mi necesidad de sacrificio agota con ello su

capacidad. Te recomiendo que hagas lo mismo.

Lo que iba y volvía entre ellos, no era ya nada, eran palabras vacías o ya ni siquiera palabras, huyendo presurosas a través de un espacio vacío que ni siquiera era espacio ya. Todo era una nada increíble y sin puentes.

—Tu vida fue acción, César, es acción para la comunidad y en la comunidad, y te has brindado sin reservas. Los dioses te han elegido y ordenado esa acción sacrificial, te han distinguido para ello y, como tu ser lo atestigua, estás más cerca de ellos que ningún otro mortal.

—Bien, ¿qué sacrificio desearías aún? Toda obra cabalmente realizada requiere el hombre entero y su vida entera; lo mismo, en cuanto puedo comprenderte, ha ocurrido contigo y puedes llamar tranquilamente tu obra un sacrificio.

La plenitud de las capas del ser se había desvanecido en lo informe, más allá de todo vacío; ya no se veía ninguna línea, ni la más fina sombra de una línea... ¿Dónde podía ocurrir todavía el encuentro?

—Mi acción fue un egoísmo, fue apenas acción, cuanto menos sacrificio.

—Entonces sigue mi ejemplo; paga tu culpa, dale al pueblo lo suyo, dale tu obra.

—Como cualquier obra, también ésta nació de la ceguera... de la falsa ceguera... todo lo que creamos... no como obra de ceguera... para la legítima ceguera nos falta la humildad...

—¿A mí también, pues? ¿también a mi obra?

—Ya sin capas del ser...

—¿Qué?

No valía la pena hablar; sólo conduciría a repetirse:

—Tu acción se realizó en el pueblo y en el pueblo se hizo acción; la mía tiene que ser llevada al pueblo, no para servir a una acción, sino para recoger consentimiento y aplauso.

—¡Basta, Virgilio! —El talante del César mostraba ya extrema impaciencia—. Si la publicación de la *Eneida te* parece demasiado egoísta, deja que aparezca cuando mueras. Es mi última propuesta.

—La ambición del poeta llega más allá de la muerte.

—¿Entonces?

—La obra no puede sobrevivirme.

—¡Por Júpiter! En resumen, ¿por qué?... ¡Indica por fin tus verdaderas razones!

—Dado que no he podido dedicar mi vida al sacrificio, como has hecho con la tuya, tal debe ser el destino de mi obra... Debe hundirse en el olvido y yo con ella...

—Eso no es una justificación, es simplemente una locura.

—El impudor de la memoria... quiero olvidar... olvidarlo todo... y quiero ser olvidado..., es preciso, Augusto...

—¡Qué amistoso mensaje para tus amigos! Realmente, Virgilio, tu memoria sería más púdica si tú te acordaras de ellos con más afecto, en vez de dejarte llevar por deseos hueros y malignos, que no son más que pretextos hueros y malignos.

—La acción redentora de conocer es inminente; por ella, por su testamento ha de ocurrir... Sólo en el testamento está la salvación. Augusto..., para todos, para mí...

—¡Ay, tu salvación, continuamente tu salvación!... Pues bien, tu Salvador no llegará por eso ni un solo día antes; tú en cambio despojas a la comunidad, robas a tu pueblo, y ¡a esto lo llamas tu salvación!... ¡Es locura, simplemente locura!

—La verdad sin el conocimiento es locura; se trata de la verdad del conocimiento... Sólo en su realidad no hay extravío.

—¿Dos clases de verdad, entonces? una cargada de conocimiento para ti y una sin conocimiento para mí... Así que en tu opinión, ¿hablo como un loco?... ¿es lo que quieres decir?... ¡Entonces, dílo!

—Tengo que destruir lo que carece de conocimiento... es la perdición... el encarcelamiento... sin liberación..., con el sacrificio servimos a la liberación... es el deber supremo..., lo que carece de conocimiento tiene que retirarse ante el conocimiento... Sólo de este modo sirvo verdaderamente a la comunidad y a la salvación del pueblo... ¡ley de la verdad... resurgir del vegetal!

Un paso apresurado y duro..., el Augusto estaba allí delante del lecho:

—Virgilio...

—Sí, Augusto...

—Tú me odias.

—¡Octaviano!

—No me llames Octaviano, porque me odias.

—¿Yo... yo te odio?

—¡Y cómo me odias! —La voz del César era estridente de pura violencia.

—Oh, Octaviano...

—Calla... Me odias más que cualquier otro hombre en la tierra y más que cualquier otro, porque me envidias como a nadie.

—No es verdad..., no es verdad...

—No mientas, es verdad...

—Es falso... es falso...

—Es verdad... —Rabiosamente la mano en cólera arrancaba las hojas de laurel de las coronas en el candelabro—. Sí, es verdad... Sí, me odias porque estás lleno de ocultos pensamientos de rey, pero has sido demasiado débil como para emprender siquiera el más leve intento de ejecutarlos; me odias porque no has tenido otra salida que albergar tus ideas de soberano en tu poema, para al menos aquí poderte mostrar más poderoso que tus soberanos; me odias porque he sido capaz de realizar para mí todo lo que habías deseado para ti y yo a pesar de eso lo desprecio tanto que hasta podría permitirme renunciar a la corona imperial; me odias, porque me haces responsable de tu propia impotencia... Este es tu odio, ésta es tu envidia...

—Octaviano, óyeme...

—No quiero oírte...

El César gritaba, y era extraño, muy extraño: cuanto más fuerte gritaba, tanto más rico se volvía otra vez el mundo; otra vez resurgía lo visible con sus diversas capas de ser, resurgía a la vida el pálido letargo, y era como esperanza.

—Octaviano, escúchame...

—¿Para qué?... dímelo, ¿para qué?... con toda hipocresía, has denigrado primero con falsa modestia tu propia obra, para poder humillar tanto más fácilmente la mía, luego has querido rebajarla a una figura aparente, ciega, fútil semejanza, más aún, has injuriado así al pueblo romano y su fe ancestral, que no te agrada como expresión de mi obra y que por eso encuentras necesario reformar, y sabiendo muy bien que de nada te sirve todo esto, sabiendo muy bien que de nada te puede servir, sabiendo muy bien que sigo siendo más poderoso que tú y seguiré siéndolo, sabiendo muy bien que no alcanzas a someterme, te refugias ahora exclusivamente en lo supraterráneo, en algún lugar supraterráneo al que ni yo ni nadie puede llegar, y quieres sentarme en la nuca un Salvador que no existe ni existirá nunca, pero tiene que vencerme en tu lugar... Te conozco, Virgilio; pareces suave, y con mucho agrado te dejas honrar por el pueblo como el más puro y virtuoso, pero en verdad tu alma, supuestamente tan pura, tiembla incesantemente de odio y malicia, sí, lo repito, tiembla de la malicia más vil...

No había duda, el consagrado gritaba y gritaba. Y sin embargo era tan extrañamente bueno que sucediera así, era tan extrañamente bueno, oh, tan bueno que algo así pudiera ser aún posible, y era como si en lo invisible se mostrara un terreno invisiblemente firme, esa base invisiblemente sólida desde la que otra vez se tenderían los puentes invisibles, los puentes de lo humano y de la humanidad, encadenando la palabra con la respuesta, limitando la mirada con la contramirada, de modo que palabra y mirada volvieron a llenarse de sentido, ¡los humanos puentes del encuentro! Oh, que siguiera hablando..

Y el Augusto siguió hablando, no, siguió gritando sin guardar ya la menor consideración en su desafortunada perorata:

—Puro y virtuoso y modesto eres en tu conducta, pero un poco demasiado puro y demasiado virtuoso y demasiado modesto como para que no resulte sospechoso... Nunca tu llamada modestia te hubiera permitido aceptar un cargo que yo hubiera podido dispensar, nunca me hubiera atrevido a ofrecerte ninguno; pero en verdad no es posible imaginar siquiera uno solo que te satisficiera:

cualquier cargo, ya senatorial ya proconsular u otro, por alto que fuera, te habría inspirado algo que objetar, y mucho menos hubieras aceptado un cargo de mis manos, ¡porque me odias demasiado profunda y radicalmente! Sí, te ha hecho el odio contra mí escribir poesía y construirte tu independencia poética, pues lo que en realidad me has exigido, que me retire para dejarte mi lugar, no podía ni puedo ofrecértelo, y menos aún que rechazaras también mi puesto, que no hubieras sido capaz de llenar y que, consciente de tu incapacidad, estás obligado a despreciar... Todo esto ocurre por odio, y como ocurre, tu odio se desencadena cada vez más...

—Nunca he estimado más mis poesías que cualquier cargo que me hubieras querido confiar.

—Calla y no me robes más mi tiempo, continuando con tu hipocresía... Lo único que te ha interesado siempre es que yo depusiera mi propio cargo, quizá tan sólo para que así también te resultara luego despreciable, de ahí todo este complicado cuento con el conocimiento, todas estas disparatadas sutilezas con el sacrificio, por eso la idea de destruir la *Eneida*, sólo para que yo aprenda cómo se abandona y aniquila la propia obra... ¡Sí, prefieres que la *Eneida* desaparezca de la faz de la tierra a soportar o tolerar por más tiempo la vista de mi obra...!

Las capas del ser se reedificaban una tras otra bajo los gritos, y la habitación, que el Augusto recorría furioso a grandes pasos, era otra vez una auténtica habitación de la tierra, insertada terrenamente en la casa, dotada terrenamente de muebles, terrena en la luz de la tarde. Y ahora casi se podía tantear ya el paso sobre el puente invisible:

—Octaviano, eres injusto conmigo, amargamente injusto...

—¿Cómo? ¿soy injusto contigo? ¿soy injusto contigo? ¡Si desearías haber destruido la *Eneida*, para no tener que dedicármela! ¡A Mecenas le has dedicado las *Geórgicas* y a Asinio Polión, con el mayor placer, las *Bucólicas*! A mí en cambio, como me odias, me has querido despachar con el *Culex*, para mí ya bastaba con el *Culex*, para mí, según tu voluntad, debe seguir bastando aún hoy, evidentemente para demostrar que ya bastaba para mí hace veinticinco años, que no tengo derecho a nada mejor, ni entonces ni hoy... Mas que yo en estos veinticinco años haya realizado mi obra y que esta obra me haya conferido un derecho sobre la *Eneida*, con el buen fundamento de mi prestación en la realidad de Roma y de su espíritu, sin la cual nunca hubiera podido surgir la *Eneida*, esto es demasiado para ti, no lo soportas y prefieres destruirla a dedicármela...

—¡Octaviano...!

—Te es indiferente si una obra, la tuya o la mía, es más grande que la vida y la muerte, se te vuelve indiferente de puro odio...

—¡Octaviano, toma el poema!

—No lo quiero, no me gusta, no lo necesito; puedes quedarte con él...

—¡Octaviano, toma el poema! —Toda la fragilidad de papel, toda la blancura pálida de papel había desaparecido de la luz allá fuera; sobre el paisaje brillaba casi marfileña la luz.

—Ya no quiere saber nada de tu chapuza... Haz con ella lo que quieras; no la necesito.

—No es una chapuza...

El César se detuvo y torció la vista hacia el cofre:

—Para mí se ha vuelto una chapuza; tú mismo la has rebajado a eso.

—Bien sabes que te estaba destinada mientras la escribía, que estabas en mi mente sin cesar, que has entrado a formar parte del trabajo y que sigues estando en el poema que te ha sido dedicado...

—Te lo has fingido a ti y también a mí. En verdad, tienes razón en llamarme ciego, ciego como un gato recién nacido, pues ceguera digna de castigo fue mi fe en ti, ¡digno de castigo ha sido confiar tanto tiempo en ti y en tu hipocresía!

—No he sido hipócrita.

—Y si no lo has sido, justamente por eso odias ahora también tu propia obra que lleva mis rasgos.

—Quiero terminarla para ti.

—¿Y también esto tengo que creértelo? —El César volvió a torcer la vista hacia el cofre y eso era desagradable; mas ya no se podía hacer nada.

—Tienes que creérmelo, Octaviano.

Oh, hasta el más breve segundo que se precipita al separarse de un alma humana, para

desaparecer en el abismo de los tiempos, es mayor en su inaprensibilidad que cualquier obra, y del alma del César se separó en ese momento un segundo así, un segundo de amistad, un segundo de simpatía, un segundo de amor, claramente perceptible, aunque dijera solamente:

—Lo pensaremos.

Y llegó lo más grave:

—Llévate el manuscrito a Roma, Octaviano... con la ayuda de los dioses lo volveré a encontrar allí...

El César asintió con la cabeza, y mientras duró ese gesto hubo una gran quietud, la quietud de una intimidad, que sale como un aliento del corazón humano y una y otra vez vuelve a alcanzar al corazón humano a través de todo lo invisible, el gran poder de la calma: la parda cobertura de vigas se convirtió otra vez en la selva de la que había salido; el aroma a laurel de las coronas se trocó de nuevo en el de las lejanísimas sombras protectoras que reposan en las profundas gargantas de frondas recubiertas de sol, envuelta levemente por el murmullo de las fuentes, con suave soplo de una flauta musgosa, pero tranquilamente firme, dura como el roble, y el soplo del enigma del corazón era el de un eterno saber compenetrado. ¿Fue aún este aliento el que hizo oscilar la lamparilla, sonando argentina en su cadena como por última vez? Nada más se movía, el agua estaba lisa como un espejo, como si contuviera la respiración; el viaje se había detenido. Y el Augusto, en pie bajo el olmo coronado de laurel, la mano entre sus hojas, dijo:

—¿Te acuerdas, Virgilio?

—¡Sí, me acuerdo de muchas cosas, pero de todos modos es demasiado poco para mí!

—¿Te acuerdas también de los caballos y perros que hemos elegido juntos?

—Sí, me acuerdo; cuando los comprabas, yo calculaba su rapidez y su capacidad.

—Eran yeguas y potros de Crotona y perros de Iberia.

—De uno de los potros traté de disuadirte, pero de todos modos lo compraste, Octaviano.

—Sí, lo calaste perfectamente; el potro no valía nada.

—Pagaste caro por él y hubieras podido ahorrarte el dinero, pues te había aconsejado bien.

—Pero a veces es bueno no seguir tu consejo, Virgilio.

—¿Por qué? Mas pasó hace ya tiempo...

—Mucho tiempo. El potro era hermoso, un macho negro de cabeza pequeña. ¡Una lástima!

—Sí, una lástima... Era un potro negro y tenía los corvejones blancos, y las patas traseras demasiado débiles, aunque apenas se notara.

—Exactamente, las patas traseras eran demasiado débiles, pero no tenía la menor mancha blanca en el pelo. —No, Augusto, los corvejones eran blancos.

—Cuando he visto una vez un animal, queda en mi memoria; te lo aseguro, el caballo no tenía una sola mancha.

—En Andes hemos criado bien de caballos, para tener buena memoria en ellos; de esto tengo la seguridad, nadie puede convencerme en estas cosas, ni tú siquiera, Octaviano.

—Es que eres sólo un campesino terco.

—Soy un campesino, hijo de criadores de caballos; de niño ya volaba por los campos, aferrado a las crines de los caballos.

—Si los jamelgos que montaste no eran mejores que tu memoria, no tienes por qué ufanarte mucho de ellos. —No eran jamelgos.

—Y tu memoria no es memoria; la mía es mejor.

—Da lo mismo que seas el Augusto o que lo seas mil veces, los corvejones eran blancos, blancos como la nieve.

—Puedes enojarte todo lo que quieras, es inútil, no eran blancos.

—Blancos, digo, y no hay discusión.

—Te digo que no.

—En verdad, Octaviano, no me contradigas; ¡que me muera al instante, si los corvejones no eran blancos!

El Augusto, que hasta ese momento había tenido la cabeza inclinada, meditando, como si hubiera querido retener no sólo el recuerdo sino también la quietud, la levantó ahora:

—No acepto esa apuesta, la prohíbo, para mí es un precio demasiado alto; por mí, prefiero que los corvejones hayan sido blancos.

A todo esto ambos tuvieron que echarse a reír, ambos se vieron asaltados por una risa muda, por el temblor de una muda risa, que resultaba un poco dolorosa, probablemente para el mismo Augusto, pues su gesto triste —¿o incluso brillaban lágrimas en sus lejanos ojos?— indicaba que también él la sentía dolorosamente en la garganta y en el pecho, como una risa en sueños, dolorosa y sofocante, ay, porque nadie ríe en sueños, ay, y porque la quietud bienhechora que les rodeaba, se desvanecía dolosamente desde que el Augusto había levantado la cabeza, como si despertara de ella. La quietud había desaparecido.

¿Amenazaba otra vez el eclipse solar?... ¿amenazaba otra vez el temblor de la tierra y de los mares, sacudidos por los corceles de Poseidón?... ¿por eso había desaparecido la quietud? No, no había que temer por eso; las arrullantes palomas paseaban suavemente terrenas y pacíficas, por el alféizar de la ventana, suave seguía la canción, suave como el marfil era la luz, y aunque el viaje se hubiera vuelto a poner en seguida en marcha, nada había que temer, mientras la navecilla siguiera deslizándose tan segura y cómoda. Sin embargo se percibía el galopar de un caballo y apenas había pasado un breve instante, cuando apareció lanzado, por los aires, trayendo al muchacho, sujeto arrogantemente por las flotantes crines, tirando arrogantemente de ellas. No era un caballo negro, era un corcel blanco como la nieve, si bien con negros corvejones, y después que el joven saltase a la carrera delante del César, continuando su galope, escapó de la habitación. En cambio el muchacho se adelantó hacia el César, se adelantó como un heraldo antiguo, coronada la cabeza como un portador de regalos y como tal fue recibido.

—Salve —dijo el Augusto, aún apoyado en el candelabro y con la mano en la fronda del laurel—; quieres entregarme el poema y lo tomaré de tus manos, pues eres Lisánias; te reconozco, aunque nunca estuve en Andes, y tú también me reconoces.

—Tú eres César Augusto, el consagrado.

—¿Cómo encontraste tu camino hacia mí?

Y el muchacho recitó:

—... Mira al César allí y a toda
la Gente Julia subiendo a la alta bóveda del éter:
éste es el hombre, el esperado, el prometido del Destino,
César Augusto, de linaje divino, que funda de nuevo
la edad de oro en el Lacio, que antiguamente fuera campo de Saturno;
grande se extiende su reino hasta los Garamantas y los Indios,
y donde Atlas hace girar la cúpula del mundo sobre sus hombros gigantescos,
tachonada por la resplandeciente siembra sideral también allí domina el César,
eximiendo poderoso a la tierra del curso de los años y los soles.
Temblando esperan ya su cercanía los reinos del Caspio.
Temblando escuchan los Meotas el oráculo,
temblando estremecidas las siete bocas del poderoso Nilo.

Esto recitó el muchacho, y el cuadro que surgiera con los versos, intranquilizador y casi vertiginoso, no salió de la memoria, ni del muchacho ni propia; procedía de la extrañeza de lo siempre-presente, pálido y mudo y apenas delineado, pero lleno de temerosa espera, pero tempestuoso.

De todos modos, ya no quedaba el menor tiempo para una reflexión; el Augusto, que había escuchado los versos con gestos de acuerdo, dijo:

—Eso es; así lo has escrito, escrito para mí... ¿O has vuelto a cambiar de intención, Virgilio mío?

—Mi intención no ha cambiado, Octaviano; el poema te pertenece...

Entonces el Augusto llamó dos veces con las palmas, y en seguida comenzó a llenarse otra vez la habitación de hombres, de muchos hombres, que seguramente habían estado esperando ante la puerta a esa señal. Plocio Tucca y Lucio Vario se hallaban entre ellos, pero también el médico con

sus ayudantes; y también el esclavo estaba ahora físicamente visible, en fila con los otros esclavos. Soló faltaba Plocia, aunque era seguro que no se había ido. Posiblemente, sólo estaba asustada por la presencia de tantos hombres y se mantenía escondida por ahí, en alguna parte.

Y el César les dijo:

—Si me dirigiera al pueblo reunido, emplearía un tono más elevado y fuerte; pero me hallo ante amigos amados que piensan como yo, y por eso os convoco simplemente a compartir mi alegría, pues nuestro poeta se ha decidido a reanudar su trabajo en la *Eneida* en cuanto sane, es decir muy pronto...

¿Amaba realmente el Augusto a estos amigos? El creía hablarles en forma distinta de como solía hablar al pueblo que gobernaba y que de ningún modo amaba, pero la alocución no se distinguía en nada del comienzo de un discurso al pueblo y, como un artista cabal, había hecho también una pausa para dejar madurar el efecto de sus palabras y dejar que ese efecto fuera expresado por los presentes.

Así que Lucio Vario intervino puntualmente:

—Oh Augusto, sabíamos que lo lograrías; toda bendición viene de ti.

—Yo soy solamente la voz del pueblo romano, al que todos pertenecemos; por su mandato y por mandato de los dioses, he comunicado su derecho a poseer la *Eneida* y Virgilio, en su amor por el pueblo, ha reconocido este derecho de posesión, este inalterable derecho de posesión eterna.

Pero el esclavo, firme entre los otros esclavos con su impertérrito y severo gesto de lacayo, sin que lo advirtiera nadie y, desde luego, sin que nadie le oyera, completó:

—El camino hacia la verdadera libertad está abierto y el pueblo marchará por él; sólo el camino es eterno.

—Soy el representante del pueblo —continuó el Augusto con aquella hipócrita amabilidad, tan llena de cordialidad, que nunca era posible sustraerse del todo a ella—, mero abogado, aquí y donde quiera que sea, y también esto lo ha reconocido Virgilio; puedo estar orgulloso de este reconocimiento, y me siento muy feliz por él, pues me hace entrega del poema para su fiel conservación...

—El poema es tuyo, Octaviano.

—Sólo en cuanto soy el representante del pueblo romano; otros poseen bienes privados, yo no, tú lo sabes.

Con un ramito de laurel arrancado a las coronas entre los dedos siempre inquietos, rodeado de laurel, envuelto en laurel, sombreado por laurel, allí estaba el Augusto junto al candelabro, hermoso y fino y mayestático; mas lo que decía —aunque lo creyera— era simplemente mentira, pues todo el mundo sabía que, con verdadera energía y con el mejor resultado, estaba empeñado en aumentar en gigantesca medida el patrimonio de la Gente Julia. Y justamente dijo el esclavo, por suerte sin ser oído:

—Mientes, César.

¿O le había oído el interpelado Augusto? Y es que ahora, los ojos clavados en el cofre del manuscrito, sonreía como respondiéndole.

—Te he dado el poema, cualquiera que sea la calidad en que quieras recibirlo, Octaviano; pero a cambio, tengo que solicitar de ti una gracia.

—¿Condiciones, Virgilio?... Creí que se trataba de un regalo de cumpleaños...

—El regalo es incondicional; tú resolverás, *si* quieres concederme o no la gracia que te suplico.

—Entonces hazme oír esas condiciones; me someto a ellas de antemano. Pero recuerda tus propias palabras, Virgilio. —En los ojos del César reapareció un brillo astutamente amigable—: ten piedad del vencido y frena por tanto tu orgullo.

—El porvenir —dijo el esclavo entre la multitud.

Sí, en eso había pensado Virgilio; el porvenir, el porvenir inmensamente profundo del hombre y de su virtud, el porvenir de la humildad...; mas en qué presente superficial lo había convertido otra vez Octaviano con su astucia... Y sin embargo la *Eneida* debía, tenía que pertenecerle:

—Has limitado las manumisiones de esclavos, Augusto; permite que pueda liberar a los míos.

—¿Qué? ¿en seguida?

¡Qué extraña pregunta! en seguida o no..., ¿no era lo mismo?

—En seguida no, Augusto, pero inmediatamente después de mi muerte; lo determino también en mi testamento y te ruego que confirmes por tu parte mi resolución.

—Naturalmente que lo haré... Pero reflexiona, Virgilio. ¿Estará de acuerdo con esta decisión tu hermanastro que, por lo que sé, cuida de la administración de Andes? Le causarás dificultades, si le quitas de un golpe todos los esclavos...

—Mi hermanastro Próculo sabrá arreglárselas. Además es un buen hombre y la gente se quedará con él como libertos.

—Bien, eso no es cosa mía; yo no tengo más que firmar... En verdad, Virgilio, ¡si ésta era la única condición que querías imponer, hubiéramos podido ahorrarnos nuestra larga discusión!

—Tal vez sirvió de algo, Octaviano.

—Sí, sirvió —el Augusto asintió amistoso y serio—, sirvió a pesar del tiempo que me has robado.

—Pero, Octaviano, otra vez el testamento...

—Si no me equivoco, hace tiempo depositaste un testamento en manos de mi archivero...

—Cierto, pero ahora tiene que ser completado...

—¿Por lo que se refiere a los esclavos? *Festina lente*; puedes despacharlo igual de bien cuando llegues a Roma.

—Hay que modificar algunas otras cosas más; no quiero demorarme.

—Tienes prisa para ti y no para mí... Mientras que acerca de la urgencia de tu documento tú solo puedes decidir, y yo no puedo ni debo impedirte hacerlo, en cambio no puedo demorarme más tiempo aquí para ello, sino que debo rogarte que me lo entregues o me lo envíes más tarde, para que le ponga mi sello como testimonio y ratificación...

—O Plocio o Lucio o ambos juntos te llevarán el testamento, Augusto, gracias.

—El tiempo apremia demasiado, Virgilio; siento la impaciencia con que se me espera allá..., sobre todo si Vipsanio Agripa hubiese llegado entretanto... Tengo que partir...

—Sí...

Misteriosamente, la habitación se había vaciado de repente; estaban totalmente solos.

—Lo lamento... tengo que partir.

—Mis pensamientos te acompañan, Octaviano.

—Tus pensamientos y tu poema.

Un gesto del César, y del vacío, como conjurados, surgieron dos esclavos junto al cofre, con las manos en sus asas.

—¿Estos lo llevarán?

Leve y rápidamente, el Augusto se acercó al lecho y al inclinarse apenas perceptiblemente sobre él, era de nuevo Octaviano:

—No es que lo llevamos, Virgilio, lo conservamos para ti; toma esto en prenda. —Y depositó sobre la colcha de la cama la ramita de laurel, que había tenido entre los dedos.

Octaviano...

—Sí, Virgilio...

—Muchas cosas te agradezco.

—Yo te debo mis gracias, Virgilio.

Los esclavos habían levantado el cofre y en el instante en que estaban dando el primer paso, alguien sollozó, no muy fuerte, pero salvajemente y con ese fervor que en general se halla sólo cuando la eternidad irrumpe de repente en la vida humana, tal vez como cuando los funerarios levantan el ataúd a hombros para sacarlo de la habitación, de modo que los parientes se sienten heridos de golpe por lo inexorable, que ya está cumpliéndose. Era ese sollozo de eternidad que sigue a un féretro, era ese grito de eternidad y salía del ancho, poderoso pecho de Plocio Tucca, de su buena y poderosa alma humana, de su conmovido y poderoso corazón, siguiendo al cofre del manuscrito, que era llevado hacia la puerta y era propiamente un féretro, un féretro de niño, el féretro de una vida.

Y en ese momento el sol se había oscurecido de nuevo.

Al llegar a la puerta, el Augusto se volvió una vez más; una vez más la mirada del amigo buscó la mirada del amigo, una vez más se encontraron sus ojos:

—Puedan tus ojos descansar siempre en mí, Virgilio —dijo Octaviano, en pie entre las hojas de la puerta abiertas de par en par, una vez más Octaviano todavía, para desaparecer luego de prisa, delgado y orgulloso e imponente, como César; pegado a sus talones, le seguía con garra pesada y suave un león color de oro pálido, luego seguía el féretro, y muchos de los presentes se le unieron.

El húmedo sollozo del buen Plocio duró un rato más, hasta que se convirtió en un aspirar sollozante interrumpido por algunos ayes, y sólo se tranquilizó del todo, cuando la luz solar volvió a brillar clara y las palomas en la cornisa comenzaron de nuevo sus arrullos.

Que tus ojos descansen siempre en mí. Estas habían sido las últimas palabras de Octaviano, así o parecidas habían sonado, así seguían sonando todavía, habían quedado aquí, presentes todavía en la estancia, flotando todavía en ella, imperecederas en su unión con el que había desaparecido, imperecederas de pura plenitud de sentido. Imperecedera era la unión; pero Octaviano se había ido... ¿Por qué?... ¿por qué se había ido?... ¿por qué se había ido Plocia? Ay, se habían ido como tantos otros, desapareciendo en sus propios destinos, desapareciendo en sus ocupaciones, en su envejecimiento, en sus crecientes cansancios, en su encanecer y en sus senilidades, desapareciendo en un empalidecer del que no llega ya ninguna voz, y a pesar de ello habían quedado los puentes invisibles, que, antaño y sin embargo como para siempre, habían llevado a ellos, habían quedado las invisibles cadenas que una vez, y sin embargo como para siempre, le habían vinculado a ellos, los puentes invisibles de laurel, los invisibles encadenamientos de plata; había quedado la insolubilidad de la unión, construida y forjada para siempre, uniendo y alcanzando más allá... ¿Hasta dónde? ¿a una invisible nada? No, lo invisible que le aguardaba allí, en la otra orilla, no era una nada, no, a pesar de su invisibilidad era ser real, era como siempre Octaviano, era como siempre Plocia, sólo que ellos, y era muy extraño, habían borrado sin dejar rastro su nombre y su figura física. Oh, profundamente, muy profundamente en nosotros, inalcanzable a nuestra decadencia corporal, intacto por la pérdida de nuestros sentidos, protegido de cualquier alteración, protegido en regiones ignotas de nuestro yo, de nuestro corazón, de nuestra alma, está el conocimiento, inescrutable para sí mismo, invocable, inhallable, irreconocible, y busca el conocimiento simétrico en alma ajena, en corazón ajeno, en ajena profundidad de lo invisible, busca su propio reflejo en el ajeno conocimiento que es lo simétrico, allí trata de invocarlo, para que se le torne visible, constante por toda la eternidad, eterno el puente, eterna la tendida cadena, eterno el encuentro, eterno a través de todas las mutaciones, pues solamente en el encuentro reposa la plenitud de sentido de la palabra, el cumplimiento del sentido del mundo, conocimiento conocido en el eco: visible a pesar de los párpados cerrados, visible en su plenitud de sentido se hallaba fuera lo inmenso, lejano, dorado como un soplo, dorado como vino en el resplandor inmóvilmente tembloroso del asoleado mediodía sobre los techos rojizos de la ciudad, con sus franjas negras, sucios y ruinosos; visible era e invisible al mismo tiempo, un espejo, esperando reflejo, esperando hacia la palabra que se cierne, hacia el conocimiento, que, si bien aún por revelar, estaba ya en la habitación, anunciando el futuro, facilidad que no será perjurio, participación que radicará en el verdadero saber, belleza que puede volver a vivir en la ley, en la ley del dios desconocido, defensor del juramento; y luego, sí, luego se desprendieron del alféizar algunas palomas con un aleteo inflado, presuntuoso y volaron altas, centelleando sus plumas en la luz azul del sol, hundiéndose allá arriba en la inmensa canícula febril de la hora; así se hundieron elevándose en el círculo de la mirada y hundiéndose desaparecieron ante ella. «¡Oh, que tus ojos descansen siempre en mí!»

Plocio se enjugó las lágrimas de sus gordas mejillas:

—Es tonto —dijo—, es muy tonto estar tan conmovido, sólo porque Virgilio ha vuelto al fin de su delirio...

—Tal vez fue la conducta de Octaviano, la que causó tu emoción.

—No que yo sepa...

—Ahora quiero dictar mi testamento.

—No es una razón para conmoverse... todos los hombres hacen testamento.

—Tampoco tiene nada que ver con tu emoción; ahora tengo que redactarlo y eso es todo.

Ahora fue Lucio Vario quien le llevó la contraria:

—El Augusto tiene toda la razón y no se puede sino asentir con él en que puedes esperar para ello hasta que estés curado; además tienes tiempo toda vez que, como hemos oído, hay ya un testamento válido...

Plocio y Lucio estaban allí en auténtica visibilidad, y lo mismo tenía que ocurrir con Lisantias, aunque aún se mantuviera oculto en algún rincón del cuarto, posiblemente molesto porque no se le había llamado antes y el esclavo había ocupado él solo todo el campo... Mas ¿dónde estaba, entonces? y ¿dónde estaba el esclavo? Nada dejaba suponer que se hubiera unido al séquito del Augusto, al contrario: si en algún sitio había que suponerlo, era aquí, en la habitación, donde estaba su lugar, en cierto modo natural, y sin embargo ahora no había forma de encontrarlo; de todos modos, tampoco esto era del todo exacto: si se buscaba con sólo un poco más de atención, si se esforzaban sólo un poco más los ojos, se podía establecer muy pronto al lado de la plena visibilidad de los dos amigos toda suerte de semivisible, invisible o no-visto, inacabado de ser o inacabado para la vista, tal vez incluso —y es que a tanto no alcanzaba la capacidad de distinguir— todo entremezclado; y especialmente allí donde caían las franjas del polvillo solar, hormigueaba toda clase de esta invisibilidad cuasi humana, de modo que casi tenía la apariencia como si, al menos en parte, hubiera refluído la multitud, que había inundado el cuarto detrás del César; nada más fácil por lo tanto que también el buscado se hallara entre esas figuras, si bien imposible de llamar, puesto que no había querido dar su nombre.

—¡Lisantias...! —Si no se podía llamar al esclavo, era posible por lo menos llamar al joven; tenía que venir y dar una explicación.

—Hablas constantemente de este Lisantias —observó Plocio—, hablas de él, sin que se haya dejado ver realmente una sola vez... ¿O es que también tiene que ver algo con el testamento que deseas redactar con tanta premura?

Ni el jovencito, ni el esclavo tenían directamente nada que ver con el testamento, esto era innegable; pero tampoco se le podía explicar a Plocio la verdadera situación, y sólo un motivo aparente podía sacar del paso:

—Quiero dejarle algunos objetos.

—Tanto mayor es su deber de mostrarse finalmente; de otro modo, no podré creer ya en él ni en su existencia.

Como el muchacho se mostró en seguida, la inculpación era injusta. Todo aquel que quisiera, podía verlo y la inculpación recayó en Plocio. Sin embargo hubiera sido mejor no haber llamado a Lisantias, pues ahora que llegaba, lo hizo en una doble figura, como muchacho y como esclavo, ambos llevando el mismo nombre, al que debían responder ambos, como esclavo y como joven. Esto no era propiamente tan asombroso; más asombroso era en cambio el que la doble aparición careciera visiblemente de todo acuerdo; el muchacho se esforzaba ciertamente por acercarse al lecho, pero no era capaz de adelantarse al compañero más grande y más fuerte, que le cerraba constantemente el camino; cualquiera creería que el joven Lisantias había perdido toda su astuta habilidad.

Plocio se dirigió de nuevo, suspirando, hacia el sillón en el que había estado sentado antes:

—En lugar de guardar reposo, como todo el mundo te aconseja, te ocupas del codicilo y de lo que piensas dejar en legado a uno u otro... El César estuvo más de una hora contigo, y eso te ha cansado, como se nota en tu voz... Ahora, por mi parte, me guardaré de querer convencerle a un terco...

—Sí —agregó Lucio con oculta curiosidad—, mucho más que una hora entera... ¿Y no habéis hablado de ninguna otra cosa que la *Eneida*?... Detente, no respondas, si te fatiga.

Erguido como un gran tronco delante del lecho, el esclavo parecía haber crecido de improvviso; una tranquila frialdad emanaba de él —como de alguien que entra del helado invierno en una habitación caliente— y allí estaba, tan ancho y poderoso, que al muchacho le era imposible enviar una mirada, aunque se había subido a la mesa para asomarse por encima de los hombros cada vez más altos.

—Que se vaya el esclavo...

—Ah, ¿por el testamento? —Desde el sillón, Plocio pasó revista a la habitación—. Ya se han ido todos, puedes comenzar tranquilo.

Lucio, como de costumbre un poco ocupado con los pliegues de su toga, se sentó con precaución en la silla junto al lecho y con las largas y delgadas piernas mundanamente cruzadas, extendió su mano de largos dedos volviéndola plana hacia arriba como en un esbozo de explicación:

—Sí, cuando el Augusto se pone a hablar, más de una vez se vuelve prolijo. Y en esto, si queremos ser sinceros, es cualquier cosa menos un buen orador, por lo menos no es un orador excelente, si lo medimos con las exigencias que estamos autorizados a poner como testigos supervivientes del período clásico de la oratoria romana... ¿Os acordáis de los viejos discursos en el Senado? ¡Qué goce eran todos ellos! De todos modos, para los tiempos que corren, cuando en todo caso ya nadie echa discursos, basta la elocuencia del Augusto y debe bastar... En cualquier caso, Virgilio, de ningún modo quiero caer en el mismo error que él, cuyo nombre sea alabado; no quiero cansarte...

¿Por qué no se movía el esclavo?! Inmóvil, arraigado como un bloque de hielo, como una montaña de hielo, que amenazaba con crecer cada vez más, allí estaba erguido, cubría ahora por completo al pequeño Lisánias, y, cada vez más peligroso, se sentía el frío que emanaba de él como inexorablemente, trayendo consigo grandes oleadas de cansancio.

—Necesitas absolutamente de descanso —la mano de Plocio subrayó el juicio apodícticamente—; necesitas descanso, y si hubieras preguntado al médico, te lo habría confirmado; lo mejor sería que ahora te dejáramos solo.

No podía negarse la necesidad de descanso, hasta era una necesidad realmente atrayente y dulce, que había hecho su aparición, peligrosamente inexorable, con las oleadas de cansancio traídas por el frío. ¡Oh, había que luchar contra ella, había que combatirla en seguida! Por eso era oportunísimo que Lucio hubiera expresado el deseo de llamar al médico, y éste, obedeciendo a la llamada, cobró forma corpulenta cómodamente entre el hervidero transparente de las figuras, para acercarse con la misma corpulencia, una tersa sonrisa en los labios:

—Estás curado, Virgilio, y me siento orgulloso de podértelo comunicar, pues la contribución de mi arte a tan feliz resultado, como puedo afirmar con toda modestia, no ha sido algo accesorio.

La información, aunque no sorprendente, era agradable:

—Estoy curado...

—Hay un poco de exageración en ello, aunque en conjunto pudiera ser exacto, gracias a los dioses —intervino Plocio desde el mirador.

—Estoy curado...

—Pronto lo estarás —corrigió el esclavo.

—Despídelo —la voz del muchacho sonó débil y quejosa—, despídelo, si quieres curarte; te matará a ti también.

La invasión de frío cansancio se hizo ya casi tangible; procedente del gigantesco témpano se tornaba ella misma bloque de hielo, ola petrificada, que encerraba, envolvía, estrujaba, de fuego en su interior, imponiendo una cálida quietud en su envolvente rigidez:

—Estoy curado; el médico no ha mentado.

—Puede ser, por lo menos hasta donde un médico puede hallarse en la plena verdad, pero esta verdad incluye también que te comportes como un convaleciente que no quiere enfermar de nuevo.

—Lucio se había puesto en pie—: Y, ahora, nos vamos.

—¡Quedaos!

La voz había fallado; la palabra ya no fue oída.

—Oh, deja que se vayan, déjales a todos que se vayan —rogó Plocia muy cariñosamente, pero incapaz de ocultar su propia angustia— y despídele también al que te tiene en sus brazos, los míos son más suaves que los suyos y es un ser repugnante.

Entonces se hizo claro que el candente abrazo del hielo procedía de los brazos del gigante, que éste le había levantado del lecho, de la tierra misma, y que en el pecho sin límites del gigante, en cuya inmensidad ya no latía un corazón ni se movía el aliento, debía encontrarse la tremenda, la

dulce y seductora paz de lo inexorable.

Barro era la tierra de la que había sido levantado, pero de tierra también y poderoso como el barro primigenio de la tierra era el pecho del gigante, sobre el cual yacía.

—Me aplasta —sollozó el jovencito sin esperanza y ya en la extrema debilidad.

—Su tiempo se ha cumplido —dijo el gigante y casi era como una sonrisa—; yo no le hago nada, el tiempo se lo hace.

Poderoso como la tierra era el gigante, sustentando la tierra, sustentando la paz, sustentando la muerte... ¿No sustentaría también el tiempo?

—Sin tiempo soy —repuso Plocia—; no envejezco; no dejes que me mate también a mí.

¿Había que salvar a Plocia o al jovencito?... ¿había que salvarse a sí mismo?... ¿o el testamento y la *Eneida*? El abrazo se había vuelto más grande, más pesado, más poderoso aún, cada vez más gélido, cada vez más candente; ya confluía lo candente y lo gélido en un único ser, llevándose el ser al no-ser; para que se reuniera con éste, ya la calma se hacía tan espesa que apenas un sonido podía escapar de ella, ningún sonido que hubiera podido hacerla estallar, ya parecía inquebrantable, y hubo que intentar un último esfuerzo, no por Plocia, no por el joven, no, sólo por la propia vida:

—Quiero vivir... ¡Oh madre!

¿Fué un grito? No podía saberse si había logrado salir del límite de la quietud. El pecho del gigante carecía de pulso, de respiración; sin pulso, sin respiración estaba el mundo. Y el gigante tardó mucho en decir:

—Te suelto, no por el ruego de la mujer, no por el ruego del muchacho, no por tu propia angustia; te suelto porque piensas terminar tu servicio en la tierra.

Era casi como una admonición; sin embargo sintió que el abrazo se aflojaba y era como si el gigante quisiera volverle a poner sobre el suelo barroso de la tierra.

—Quiero vivir... quiero vivir...

Sí, ahora fue un grito, fue un grito en el saber de la voz, en el saber del oído, ronco, ciertamente, pero lo bastante fuerte para que los dos amigos saltaran asustados; Plocio llegó ruidosamente y, echando a un lado al perplejo Lucio, llegó al lado del lecho riñéndole:

—¡¿Ves lo que consigues con eso?!

Pero el abrazo se había disuelto, el gigante había desaparecido, la angustiada seducción había pasado y lo que quedaba era la fiebre de costumbre, era sólo la fiebre de costumbre, también ésta aún como un bloque candente de hielo, que oprimía el pecho y estrujaba la respiración en un doloroso estertor, pero sin embargo tan acostumbrada y tan conocida de antiguo, que aun el gusto de la sangre que subía a la boca ya no tenía en sí nada de angustioso; se hallaban de nuevo en una habitación normal de enfermo. Lisánias estaba en cuclillas sobre la mesa; también él estaba profundamente agotado y observaba atentamente.

—Ves lo que consigues con eso... Ves lo que consigues con eso...

No era fácil decidir si el murmullo lleno de reproche se dirigía a la enfermedad o al enfermo o a Lucio, y éste dijo:

—El médico...

Se hallaban en una habitación normal de enfermo; Lisánias estaba allí como correspondía, pero estos dos ancianos, Lucio y Plocio, nada tenían que hacer allí, y faltaba la madre. ¿Por qué estaba sentado Plocio en el sitio de la ventana en vez del abuelo? Probablemente, porque era igualmente pesado y comodón como lo había sido aquél. Bajo su peso, las patas del sillón habían cavado polvorientos surcos en el suelo de barro, y fuera, ante la ventana, se tendían los campos de la región de Mantua en la luz del sol de mediodía. Había que llamar a la madre que estaba en la cocina:

Antes de que Lucio pudiera ni mirar en derredor, Plocio había descubierto con pesada presteza una copa y había vuelto desde la fuente de la pared al lecho, para llevar el líquido a los labios expectantes del enfermo, cuya cabeza sostuvo entretanto con la otra mano:

—¿Mejor, mi Virgilio? —se informó después, aún ahogándose y sudando de excitación.

El habla no quería volver aún del todo; sólo le fue posible agradecerle a Plocio con la cabeza. Además, ahora se podía oír la voz de la madre desde la cocina:

—En seguida —gritaba alegremente—, en seguida tendrá mi niño su leche.

Así que aún vivía la madre; sin envejecer, estaba fuera del tiempo y era algo lleno de íntimo gozo.

—¿Estoy enfermo todavía, madre?

—Un poquito, pero muy pronto se levantará mi niño de la cama y podrá volver a jugar.

Sí, volverá a jugar en el suelo de la cocina, jugará a los pies de la madre y fuera, en la arena del jardín. Mas ¿cómo podía aprobar la madre ese juego, si dando forma al barro, no hacía más que repetir y continuar lo que hiciera el padre, lo que hace el dios?... ¿no era el juego ya un ultraje a la tierra que quiere seguir sin forma, un sacrilegio contra su barro primigenio? ¿no era el horror y la cólera de la sapiente diosa madre? Ahora ciertamente ya no era posible seguir meditando sobre ello, porque Plocio no lo permitía; allí seguía ante el lecho todavía, y no era leche sino agua, clara agua brotada de la tierra, lo que había traído.

Un segundo largo sorbo, un hundirse en las almohadas... y pudo volver a hablar:

—Gracias, mi Plocio, estoy mucho mejor ahora; me has repuesto...

La copa era de asta parda; llevaba grabados los contornos de un gallo. Una buena, sólida copa campesina.

—Mandaré llamar al médico —insistió Lucio y marchó hacia la puerta.

—¿Para qué llamar al médico? —Era asombroso: el médico estaba ya allí y su forma nebulosa, en ese instante todavía algo incierta y nebulosa, estaba convirtiéndose otra vez en algo firme.

—Le preguntaremos —explicó Plocio—, si no querrá hacerte una sangría, como a menudo me ha pasado a mí, probablemente incluso mucho peor que a ti, y cuando se ha perdido un par de onzas de sangre, se vuelve a revivir y se nota que toda la mala complicación ha sido muy provechosa para la salud.

El médico Carondas peinaba su barba:

—Escuela romana, tratamiento romano, no admitimos estas cosas; en tu caso no debemos quitar humores al organismo, sino que, al contrario, debemos aportárselos... te pido que bebas todo lo posible.

—¡Dadme más de beber!...

—¿Quieres vino otra vez? —preguntó Lisantias y levantó la copa de marfil.

—Eso es un disparate —le atajó el médico—, nada de vino; tú aquí no tienes nada que decir.

Era verdad, la fresca agua de la fuente era una medicina:

—Estoy curado; el médico mismo lo ha comprobado.

—Por lo mismo queremos que nos lo confirme —opinó Lucio junto a la puerta, con el picaporte en la mano.

—Hay que contar siempre con leves recaídas —dijo el médico y sonrió escurridizo—, no ha sido más que una ligera recaída.

—Quédate aquí, Lucio... No le demos importancia a una leve recaída; ahora tengo que redactar el testamento. Lucio volvió a la mesa:

—Déjalo por lo menos para la tarde; te prometo que despacharemos el asunto antes de partir.

No, tenía que ser acabado en seguida; de otro modo, el gigante podía creer que el testamento había sido solamente un pretexto para librarse de él. Sobre todo, ¿no había sido eso un retorno demasiado fácil a lo terreno? Sintió que le invadía la vergüenza, una agotadora y punzante vergüenza, tan agotadora y punzante como el ardiente escalofrío de la fiebre, que seguía, aunque sólo se había tratado de una leve recaída.

Lisantias, que seguía sobre la mesa, quiso ahuyentar la vergüenza:

—Sólo en el azar hay vergüenza, oh Virgilio; sin azar fue tu camino y todo ha sido necesario.

—Quien vuelve sobre sus pasos, se avergüenza. Con un pesado suspiro, Plocio se dejó caer sobre el borde de la cama:

—Pero ¿qué es esto otra vez?

—El testamento es urgente, no puedo posponerlo.

—Es absolutamente inconcebible que puedas sentir como una vergüenza un aplazamiento de unas horas; ni tú lo crees en serio.

—He renunciado a mis deseos sobre la *Eneida* por amor del Augusto... ¿Tendré que renunciar a

mi testamento también, por el amor que os tengo?

—Lo único que nos preocupa es tu salud.

—Nunca te llevé hacia atrás —se defendió el muchacho—; hemos marchado siempre hacia adelante. —Y ¿hacia dónde ahora?

Lisantias se calló; no sabía qué responder.

—Sus servicios de guía llegaron hasta mí —intervino Plocia—; lo que ahora sigue, es nuestro común camino, el camino de nuestro amor.

—¿A dónde? tengo que seguir solo...

—Eres injusto, Virgilio —refunfuñó Plocio Tucca, pesadamente sentado al borde del lecho, hundiendo allí por completo el colchón—, eres injusto; nada te autoriza a rechazar así, sin más nuestra ayuda y nuestro amor...

Plocio, generalmente tan ruidoso e imperativo, que no acostumbraba tolerar nada contra sí, estaba sentado ahora completamente desamparado en el borde del lecho, y la mundana soltura de Lucio, siempre tan segura, parecía haber caído notablemente en la inseguridad; se podía percibir fácilmente que estaban prontos a obedecer, ambos obedientes frente a un enfermo al que casi siempre habían influido antes a voluntad. ¿Qué era lo que había determinado ese cambio? ¿obedecían solamente al poder imperioso de la enfermedad, en la que antes realmente no se habían fijado gran cosa? ¿o comenzaban ahora a intuir la voz más poderosa que se ocultaba tras la enfermedad? ¿voz anunciadora del amor, que une muerte y vida? ¡Oh tenían que intuirlo, de otra manera no se resistirían tanto a una última voluntad que quiere ya la muerte!

Y Lucio dijo:

—No quiero seguir contradiciéndote, pero...

—No agregues ningún pero, mi querido Lucio... Allí, en el rincón está mi equipaje y en mi maleta de viaje hallarás mi recado de escribir, con todo lo que corresponde...

Plocio meneó la cabeza:

—Está bien, habrá que dejarte hacer como quieres, si es imposible evitarlo...

Frente a tanta condescendencia, no era ni conveniente ni grato tener que confesar a los dos la persistencia de molestias físicas; sólo el peligro de un escalofrío no podía pasar en silencio:

—Procuradme sólo una segunda manta...

El enfurruñado rostro de Plocio mostró preocupación y aumentó su enfado:

—Exiges demasiado de tus fuerzas.

—Otra manta sólo... Eso es todo.

—Ya te la traigo —dijo Lucio.

Mas apenas llamó Lucio a la servidumbre y solicitó lo que deseaba, ya estaba apareciendo con lo pedido el esclavo, su rostro impenetrablemente severo, ya no un gigante, sino un lacayo ordinario, que tendió sobre la cama la segunda manta con tanta cortesía como habilidad, y volvió a poner encima la ramita de laurel santificada por el contacto con el Augusto, y esto se realizó tan rápidamente, más aún, tan sorprendentemente bien preparado, que era inevitable preguntarse si la petición de esta prenda había sido algo necesario y justificado... ¿No había sido solamente un pretexto para llamar de nuevo al esclavo? ¿o un pretexto para que éste se colara otra vez? Era precisa una aclaración:

—¿No estabas aquí hace un momento?

—Tengo la orden de no abandonarte en lo sucesivo. El pequeño Lisantias se dejó deslizar de la mesa y se acercó mucho, seguramente para que el esclavo no volviera a desplazarle:

—Sin necesidad de órdenes me quedé contigo, sin ninguna orden me quedaré a tu lado.

Lo que decía el muchacho carecía de importancia, más aún, era casi como un lenguaje olvidado, difícil ya de entender, mientras que las palabras del otro, a pesar de su tono reservado, inspiraban una extraña confianza:

—¿Por qué no has venido antes?

—También tú tenías que servir, antes de que yo pudiera servirte.

Preocupado, Plocio había tomado debajo de la manta los fríos pies del enfermo:

—¡Como el hielo, mi Virgilio!

—Me siento muy bien ahora, Plocio.

—Tal vez digas la verdad —dijo Lucio, quien entretanto había colocado sobre la mesa el recado de escribir con la carpeta del papel—, y aquí está todo lo que querías.

—Dame el papel.

Lucio se sorprendió:

—¿Cómo? ¿es que incluso quieres escribir tú mismo? —Quisiera ver el papel... dámelo...

—No seas impaciente, Virgilio, aquí está. —Y Lucio, que había abierto la carpeta, tomó del montón de papeles cortados neta y limpiamente las hojas superiores, para alcanzárselas.

¡Oh, era buen papel, tenía esa lisura fresca, áspera que prefiere la pluma y hacía bien pasar ligeramente por él las yemas de los dedos, como disponiéndose a escribir! Y manteniéndolo contra la luz, se distinguía en el color marfileño la retícula de las aguas. ¡Oh, la primera aplicación de la pluma sobre la hoja blanca y pura, primera línea, marcada para la creación, primera palabra para entrar en lo imperecedero!

Era doloroso separarse de él:

—Buen papel, Lucio...

—Blanco y liso y delicado es mi cuerpo —susurró Plocia con suavísima queja—, pero no quisiste tocarlo.

Lucio volvió a tomar la hoja, pasó también con cuidadoso dedo examinando la lisura y también lo mantuvo a contraluz:

—Sí —confirmó como entendido—, buen papel. Y se sentó listo para escribir.

Intocable había sido Plocia, demasiado peso había tenido su destino, y sin embargo había sido demasiado leve como para poder ser sobrellevado, para que fuera lícito, y desconocida se había hundido desapareciendo en lo irreconocible, allí donde ya no hay encuentro; había quedado su anillo y ella ya no estaba.

Plocio dijo:

—Si se trata solamente de un complemento y no de un cambio en tu último testamento, puedes expresarte con suma brevedad.

No, Plocia no se mostraba. En cambio otras figuras se desprendieron del hervidero de las sombras, por una parte extrañamente familiares, por la otra sólo reconocibles con esfuerzo, porque volvían a desaparecer en seguida, pueblo múltiple lleno de rameras con rubias pelucas, borrachos y comilones, pero también camareros y mancebos. Por un instante se hizo perceptible Alejo, hasta donde se le podía reconocer por detrás, pues estaba en la borda de la nave y miraba al agua, abajo, donde flotaba toda clase de desperdicios. Y el muchacho dijo admonitoria y tristemente:

—Por todos los caminos hemos ido juntos, y a través de todo esto te he guiado; ¡oh, si pudieras recordar...!

—A muchos conozco...

—¿Estás dictando ya? —preguntó Lucio.

—Conozco a muchos... —No, nadie era ya reconocible, sólo uno aún y esto era asombroso, pues la despedida de Octaviano había sido dolorosa y definitiva, la despedida no podía repetirse, y ahora, a pesar de lo convenido, Octaviano estaba aquí otra vez: estaba al margen del caos de sombras, cerca del candelabro, y aunque era invisible, sus negros ojos estaban dirigidos al esclavo, para que le concediera la autorización de hablar.

—Habla —ordenó el esclavo—, ordena.

Entonces el César ordenó y en el fondo no era una verdadera orden:

—Virgilio, te permito —dijo— perjudicar a los herederos de tu primer testamento en favor de tus esclavos.

—Así ocurrirá; haré legados para los esclavos, pero también debo tomar disposiciones sobre la *Eneida* y su publicación.

—Yo mismo me ocuparé del poema.

—No me basta.

—Virgilio, ¿es que no sabes quién soy?

Y el muchacho dijo:

Mira, se eleva la estrella, el astro de Eneas, que pertenece al César, la estrella que trae a los campos la bendición de una alegre cosecha y hace fructificar la uva en los viñedos en cárdena madurez.

—Comprendo —dijo Lucio—, se trata de disposiciones para la publicación de la *Eneida*... ¿Qué es lo que no te satisface al respecto?

El muchacho había mentido; ninguna estrella se divisaba y mucho menos la que estaba prometida para volver a alumbrar en la inminente madurez de los tiempos, no se divisaba la estrella del encuentro, a la que pertenece todo conocimiento y reconocimiento, el gran misterio es desvelado, que detiene, llenándola, la vacía corriente del tiempo, y da un nuevo comienzo a lo que misteriosamente no puede detenerse... No, el joven había mentido. ¡Nada de eso podía divisarse, aún nada!

—¡Aún no y sin embargo...!

—¿Quién acababa de decirlo? ¿el muchacho o el esclavo? Ambos miraban hacia el Oriente, unidos en la nueva comunidad de la mirada dirigida hacia el Oriente; y en el firmamento oriental se elevará el astro.

—Al Occidente brilla la Estrella Julia —habló la invisibilidad del César—, y sin embargo ya no quieres contemplarla, Virgilio... ¿Nunca cesará tu odio?

—Con amor le he dado la *Eneida* al Augusto, pero más allá de su ser se alza la nueva estrella.

El César no respondió ya; silencioso, se hundió en lo invisible.

—La *Eneida*... —Plocio resolló un poco y se pasó las manos sobre la gris corona de canas—. Sí, en la *Eneida* brillará eternamente la Estrella Julia.

—Si alcanzo a comprender exactamente, ante todo debe registrarse en el testamento la cesión de la *Eneida* al César —dijo Lucio y mojó la pluma en el tintero, esperando con atento rostro indicaciones más precisas. Pero esperó en vano, pues no era un tintero donde tenía hundida la pluma, sino el estanque delante de la casa de Andes; en verdad, ya no estaba sentado ante una mesa corriente, sino que de golpe se había levantado en el lugar todo el predio de Andes, el predio que iba a pertenecer a Próculo, y detrás, como reproducción en miniatura, estaba la cripta, una prisión erigida con grises planchas de plomo, mientras las ondas del golfo de Posilippo se cruzaban brillantes como el oro con las del estanque: en verdad, Lucio mojaba su pluma en el estanque, y ligeros, suaves círculos de agua corrían desde el punto en que se hundía la pluma hacia el borde del estanque, alrededor del cual graznaban los gansos y los patos; zureaban las palomas en los palos del palomar, y, además, la mesa estaba compactamente rodeada por un sinnúmero de hombres que esperaban el testamento; pero, si aún alcanzaba a comprender que Cebes se hallara entre los curiosos, ya que debía vivir seguramente en el predio, parecía más que inconveniente el que Alejo, quien precisamente llegaba corriendo por la doble curva de la entrada, merodeara por aquí de nuevo. El gentío alrededor del testamento empujaba indecorosamente, hasta el punto que el esclavo tuvo que intervenir, pero sólo de muy mala gana se dejó la gente rechazar a lo invisible; mucho tiempo costó, y cuando al final se consiguió y la mesa quedó de nuevo libre ante Lucio, éste intervino de nuevo, ya casi impaciente:

—Estoy pronto, Virgilio.

Costó considerable esfuerzo volver rápidamente en sí; en realidad Lucio hubiera podido adivinarlo por sí mismo.

—En seguida, mi querido Lucio...

—No te apresures... Nada nos urge —dijo Plocio. —Amigos míos, antes de comenzar, oíd... ¿Recordáis las palabras del Augusto?

—Desde luego.

—Bien, el César conoce bien mi primer testamento, y creo justo que vosotros, que me asistís, sepáis igualmente...

—No estamos solos... —interrumpió Lucio y señaló al esclavo.

—¿El esclavo? Ciertamente, le reconozco...

Conociendo y conocido... era el encuentro para siempre, era el encadenamiento para siempre, eterno encadenamiento, tanto interior con exterior, con que lleva la cadena.

—¿No quisiste antes despedir al esclavo por el testamento?

Era extraño que Lucio se atreviera a hablar así; era irrespetuoso por su parte, pero no tuvo consecuencias: con gesto impenetrable, el esclavo abandonó en seguida el cuarto y al mismo tiempo se quedó en él, cual si se hubiera duplicado.

Plocio Tuca cruzó las manos sobre el vientre, cruzando los pulgares:

—Bien pues, ahora estamos solos.

Con mucha impertinencia y mucho desprecio le contestó Plocia:

—¿Para qué queréis estar solos? El amor necesita soledad; pero vosotros estáis hablando de dinero.

—No mi dinero, ya no mi dinero...

Era ofensivo que Plocia hubiese podido hablar así, pues, aunque estuviera tan lejos, tenía que saber que nunca se había tratado de dinero o de posesión de dinero.

—De tu dinero has dispuesto en testamento y de él estás disponiendo —le replicó Plocio—; todo lo demás de que hablas, son pamplinas.

Afortunadamente, era posible contestarle sin dejar mal a Plocia:

—He recibido mi dinero de la gracia y bondad de mis amigos, y por tanto no es sino justo y correcto que se lo devuelva... Por esta razón sigo dudando de si estoy autorizado a legarle tanto a mi hermano Próculo, a quien tanto quiero por su modo de ser recto y bondadoso como lo he hecho en el primer testamento.

—Todo pamplinas.

—Una antigua y venerable tradición y el bien del Estado exigen que los bienes se conserven dentro de la familia y dentro de ella se cuiden y acaricien —dijo burlón Lucio.

—Hablando en serio, Virgilio, —constató Plocio—, puedes y debes disponer de tus bienes como mejor gustes; todo lo que hayas conseguido, lo debes exclusivamente a ti mismo, es obra tuya.

—Mis obras no guardan relación alguna con el bienestar que me ha venido de mis amigos, y por eso he resuelto que ante todo mi casa romana del Esquilino, así como mi casa de Nápoles, vuelvan al César y mis tierras de la Campania a Mecenas... Pido además al Augusto que permita que Alejo, que habita desde hace años la casa del Esquilmo, halle albergue allí también en el futuro, y de la misma manera pido a Próculo que conceda el mismo favor a Cebes, para que en todo momento cuente con segura acogida en Andes, ya que, en consideración de su delicada salud y de su poesía, desde siempre le ha convenido la vida del campo y hasta le es necesaria... Realmente, lo mejor para él sería que pudiese cultivar allí un pedazo de tierra...

—¿Es todo lo que reciben estos dos?

—Sí... No es un misterio para nadie, y menos para vosotros, que mi patrimonio en metálico supera en mucho mis necesidades y se eleva ya a algunos millones contra mi voluntad, bien puedo decirlo, pero por voluntad de mis amigos... Bien, de estos bienes debe corresponderles a Cebes y Alejo un legado de cien mil sestercios cada uno; también he dispuesto otros legados menores que no citaré expresamente aquí y a los que habrá que agregar ahora también los correspondientes a mis esclavos...

—Todo en orden —asintió Plocio—, muchas de tus disposiciones cambiarán sin duda en el curso de los próximos años, y aunque, como dices, desprecies el dinero, eres de todos modos un labrador, como todos los labradores convencido en lo más íntimo de que los dioses otorgan su bendición también en forma de dinero; por eso tu patrimonio seguirá creciendo todavía...

—No vamos a discutir ahora sobre eso, Plocio... Mas, sea lo que sea, o lo que será, de ello la mitad de mi fortuna en metálico, tras restar los legados, está destinada a Próculo, una cuarta parte al Augusto y la otra cuarta parte se divide a partes iguales entre ti, Lucio y Mecenas... Esto es en conjunto...

Nuca, calva y rostro de Plocio se habían cubierto de un rojo oscuro con reflejos violeta, y Lucio levantó las manos al cielo:

—¡Qué cosas se te ocurren, Virgilio! ¡Somos tus amigos, pero no tus herederos!

—Vosotros mismos me habéis dejado en libertad de proceder con mi patrimonio según me pareciera mejor.

Un cojo con el bastón levantado se acercó a la cama amenazante:

—¡Al que tiene dinero, se le da algo; quien nada tiene, nada recibe...! —gritó y, si el esclavo no le hubiera desarmado, haciendo retroceder al vociferante a la nada, sin duda hubiera descargado sus golpes.

—Ah, olvidaba que entre los legados quería establecer uno de veinte mil sestercios para una distribución de víveres a la población de Brindis.

—A eso puedes agregar en seguida mi parte de herencia —tronó Plocio y se secó los ojos.

—¡Lo que recibiréis no puede siquiera compararse con lo que yo he recibido de vosotros!

El voluble rostro de actor de Lucio Vario se tornó irónico:

—Virgilio, ¿quieres decirme cuánto dinero has recibido de mí?

—¿Y tú puedes decir tal vez que no me has precedido en la poesía épica? ¿que no he aprendido de ti infinitas cosas? ¿Qué dices, Lucio? ¿Puedo pagarte tal vez con dinero? Y precisamente es una suerte que nunca hayas poseído dinero y siempre necesites un poco, pues así por lo menos el legado no te será del todo inútil...

El sonrojo en el rostro de Plocio no se había disipado; una airada expresión de ofensa tensaba sus gruesas mejillas:

—A mí no me debes un solo verso, y poseo lo bastante como para poder renunciar a tu dinero...

—¡Oh Plocio!, ¿puedo yo posponerte a este casquivano, a este Lucio? Desde hace más de treinta años sois mis amigos y me has estimulado tanto como él con sus versos, por no hablar de lo que he recibido de ti en valor monetario... Sois mis más viejos amigos, habéis estado siempre unidos, os corresponde estarlo también en la herencia, y la aceptarás, debes aceptarla, porque yo te lo suplico...

—Tu más viejo amigo soy yo —intervino el muchacho.

—Además, y es notorio, tú también eres un campesino, Plocio, y lo que has dicho de mí, debe valer en consecuencia exactamente igual para ti... —ay, hablar se tornaba de nuevo tan penoso—. Mas no quiero que mis amigos me recuerden solamente a causa de unas cifras... Mis residencias en Nápoles y Roma, los muebles y mis objetos personales..., mis amigos, tú, Plocio, y tú, Lucio, pero también Horacio y Propercio... debéis llevaros todos los objetos y sobre todo libros que os agraden, todo lo que os guste y pueda contribuir a mi recuerdo... Lo que quede, pasará a Cebes y Alejo... mi anillo de sello...

Plocio golpeó con el puño cerrado su rollizo muslo:

—¡Y ahora basta!... ¿Qué quieres darnos todavía?

Lo visible volvía a perderse lejos y el gritar de Plocio, aunque fuerte, llegaba amortiguado, hubiera sido agradable terminar; pero, ay, todavía quedaban tantas, ay, tantas cosas por decir:

—De vosotros... de vosotros espero aún un servicio a cambio.

—¿Y de mí nada exiges? ¿me echas tranquilamente? —se quejó Lisantias.

—Lisantias...

—Revela por fin dónde se esconde el mozalbete...

Sí, ¿dónde se escondía? Mas tampoco Plocio era mucho más visible y audible que Lisantias; de pronto desapareció también en lo inalcanzable, tras una espesa lámina de vidrio, más turbia cada vez, como si quisiera convertirse en una pared de plomo.

¿No reclamaría ahora también Plocia su anillo?

—¿Hemos de buscarte tal vez a ese enigmático muchacho? —bromeó Lucio— ¿es esto lo que quieres de nosotros?

—No lo sé...

—Estoy delante de ti, oh Virgilio; ¡yo, Lisantias, estoy delante de ti y basta con que extiendas la mano, ay, para tomar la mía!

Era infinitamente penoso levantar la mano, que en absoluto quería obedecer, y luego arañó en el vacío, en lo ciego y más ciego.

—Vuelvo a colocar cualquier ojo, cualquier ojo arrancado —dijo el médico—, mira en mi espejo y de inmediato volverás a ver.

—No lo sé ya...

¿Eran palabras éstas? ¿qué había caído de repente en la nada? ¿eran éstas palabras, u otra cosa

completamente distinta? Hacía un momento había sido su discurso, aún comprensible y de seguro propio, y de golpe ya no existía, se había deslizado en la nada, se había vuelto extraño balbuceo, perdido en el caos de voces, encerrado en hielo y fuego.

Pero allí estaba otra vez el cojo y con él una fila colosal de sombras de figuras, una fila tan larga que no hubiera alcanzado una vida para contar su multitud; en verdad, toda una ciudad llegaba, muchas ciudades, no, todas las ciudades del orbe; los pasos se arrastraban sobre el empedrado y una gorda meretriz gritaba:

—¡A casa!... ¡Vamos a casa! ¡A casa!

—¡Adelante —ordenaba el cojo—, adelante tú, que te crees un poeta y algo especial! ¡Adelante, eres uno de nosotros!...

—¡Adelante con él, que se ha olvidado de cómo se anda y le tienen que llevar! —completó la orden la gruesa mujerona, para darle más eficacia.

Una gran carcajada de las otras mujeres acompañó estas palabras, y sus dedos extendidos señalaban impudicamente, sin que nada realmente impúdico ocurriera, la calle de la miseria, por la que ahora doblaba el cortejo. El camino bajaba allí en escalera y no se podía ver el fin de la calleja, tan abajo se perdía, pero entre la turba de chicuelos que correteaban por allí entre las cabras, los leones y los caballos, haciendo diabluras por los peldaños, allí precisamente, se encontraba Lisantias, y antorcha en mano —en realidad un cabo apagado, ya carbonizado y frío—, se peleaba alegremente con los demás, como si no hubiera en el mundo más que ese juego.

—¡Así que al fin me has traído de vuelta, Lisantias, aunque nunca quisiste admitirlo!

Y cosa extraña, Lisantias ya no respondió absolutamente nada; como si viera ante sí a un extraño, sólo lanzaba hacia arriba una rápida mirada, para volver en seguida a su juego.

Bajaban peldaño a peldaño.

Mas Plocio, que también estaba sentado en la litera y dejaba colgar sus gruesas piernas por fuera de la litera, opinó circunspectamente:

—¿De vuelta? Sí, sí, te llevamos de vuelta a la vida.

Sí, hedía; cada una de las bocas de las puertas, bostezando en las paredes desconchadas, eructaba del cuerpo de la casa un vaho de heces que mareaba, y en los negros calabozos hedían los desnudos ancianos moribundos. También el Augusto yacía allí y gemía.

Bajaban peldaño a peldaño, a veces más despacio, pero sin parar.

Masas de pueblo y más masas de pueblo, ávidas de imagen, ávidas de victoria. Y allá abajo en el centro, entre la gente que chocaba y se empujaba, entre la turbamulta, estaba sentado Lucio y escribía; allí estaba sentado, entregado con verdadera diligencia a su trabajo; escribía todo lo que ocurría dentro y fuera, y mientras escribía levantó la cabeza:

—¿Qué debemos hacer por ti, Virgilio? ¿qué es lo que nos has pedido?

—Escribir, anotar todo...

—¿El testamento?

—No necesitas ningún testamento —la voz de Plocia pasó disparada, fina y aguda como un áspero mosquito, para desaparecer en un volatín de libélula—; oh, no lo necesitas, porque vivirás eternamente, viviendo eternamente conmigo.

Un negrito sirio, una cadena rota en su collar —¿dónde había quedado su compañero tuerto?— subía saltando por el camino de peldaños, escurriéndose entre todas las figuras y gritando de alegría:

—Ha amanecido la edad de oro... Saturno rige al mundo... lo que estaba arriba, está abajo; lo que estaba arriba, está abajo...; el que se haya acordado, tiene que olvidar; el que se haya olvidado, puede recordar... ¡Abajo contigo, abajo contigo, tú, gran cochinito!... Futuro y pasado son una misma cosa; ¡por siempre, por siempre, por siempre!

Los apretones, entretanto, se habían hecho cada vez peores. Lo asombroso fue que con ello también la litera, que flotaba por encima, se detuviera por completo; sí, era como una sorprendente chispa de esperanza, tanto más por cuanto esa esperanza era confirmada inequívocamente por la conducta del médico; éste, en efecto, a pesar de su corpulencia, se movía ligero y hábil entre las masas humanas apelotonadas y con breves golpes de espejo tomaba el dinero que de todas partes le

tendían los achacosos, mientras sus labios sonrientes correspondían tersos con rapidez de espejo:

—Estás curado... Y tú allí también... Sí, tú también curado... y tú también allá... Todos vosotros curados, todos... Maligna es la muerte, pero vosotros estáis curados...

—Maligna es la vida —dijo el esclavo, que por cierto no había cambiado de figura, pero en cambio se encontraba en un sitio muy alto, pues miraba la litera desde arriba.

Entonces se levantó el Augusto de su lecho de harapos; se acercó vacilando con paso inseguro; de su collar de esclavo —como si fuera el antiguo compañero perdido del pequeño sirio— colgaba oscilando un resto de cadena, seguramente de plata, y su voz temblaba insegura:

—Ven, Virgilio, ven conmigo; descansa conmigo en mi yacija, pues tenemos que volver, volver cada vez más atrás; tenemos que llegar hasta nuestros antepasados más alejados; tenemos que volver a las masas que nos han sostenido, tenemos que volver al humus del principio...

—¡Fuera! —ordenó el esclavo.

Entonces todo se desvaneció, y aun el César, vuelto rápidamente enano, se contrajo en nada; las figuras humanas se hundieron en sí mismas como si fueran sombras de títeres cuyos hilos hubiesen sido cortados repentinamente; sí, fue como un corte de todos los hilos del mundo, un derrumbe general, exterior e interior al mismo tiempo, que comenzaba o terminaba —no era posible discernirlo en tanta rapidez— con un recaer en las almohadas del lecho esquivo, que en el mismo instante había reanudado su apacible viaje: en verdad, fue como una liberación, el abrirse de una mano que sostenía, dentro y fuera al mismo tiempo, una mano que un día fuera puño de bronce y ahora, suavemente tranquilizadora, se convertía en suave quietud.

—¿Vienes ahora? —preguntó Plocia; preguntó casi impaciente, y en el mismo aliento ya se estaba dando la desilusionada y decepcionante respuesta—: Ay, no quieres...

—¡Fuera! —ordenó otra vez el esclavo—, tampoco tú puedes aportar ayuda.

Y entonces —exactamente visible en ese único instante— se desvaneció Plocia como si fuera una diablesa, de marfileño cuerpo, coronado por flamígeros cabellos al viento.

¿Quién le prestaría ayuda? Nadie había podido quedarse, ni siquiera Plocia; todos habían sido ahuyentados y sin embargo la soledad era como sosiego. Sí, ahora estaba todo sosegado, en un sosiego que era como una promesa, en un creciente sosiego que casi crecía más allá de sí mismo, promesa de un futuro caminar por bosques en flor a la sombra del laurel, en la tierra prometida de lo no nacido, y era como si en esa promesa el sosiego se convirtiera a sí mismo en lo formante y él mismo floreciera en lo nonato, en lo nonato que anhela el caminante, cuyo inalcanzable secreto persigue en su interior, búsqueda que ya debería abandonar, porque se le daría en un sosegado fluir, de modo que se liberaría del tormento de la búsqueda, libre del ser, libre del nombre, libre de los sufrimientos, libre de la sangre, libre del aliento, ¡él, un caminante en lo olvidado y en la pureza del olvido!

—Tampoco el olvido te prestará ayuda —dijo el esclavo.

Oh, ¿quién prestaría ayuda, si ni el olvido siquiera podía ofrecerla? ¿¿quién podría consolar aún de que lo hecho no pudiera ser corregido ni recuperado lo no-realizado?! Lo realizado y lo no-realizado estaban consumidos y sellados por igual... ¿Qué esfuerzo sería aún preciso, para conseguir la ayuda que libera y redime? Una vez había hablado una voz; pero sólo había sido anuncio todavía, no acción, y tampoco se anunciaba ya la voz, también ella estaba olvidada, consumida y sellada en lo irrevocable, como la propia.

Y el esclavo dijo entonces:

—Sólo el que llama a la ayuda por su nombre, participa de ella.

¿Invocar la ayuda? ¿llamarla otra vez? ¿luchar otra vez por conseguir aliento, combatir otra vez contra el gusto a sangre en la lengua, tener que recuperarse otra vez a sí mismo y su propia voz, jadeando de cansancio y cansado de jadear?! ¿oh, con qué nombre, si lo había olvidado? Por un instante, por un breve instante, se había mostrado el rostro humano de siempre, su dura, firme y parda arcilla, bondadosamente enérgico en la última sonrisa, el perenne rostro paterno en su último descanso, y luego había vuelto a esfumarse en lo inolvidable.

—¡Llama! —dijo el esclavo.

La sangre, sofocantemente densa, llenaba su boca e infinitas capas de parálisis, turbias y opacas

e impenetrables para los sonidos, estaban delante de todo lo que había fuera, de lo que pudiera haber fuera, pero siempre irreconocible; ¡oh, irreconocible era el objeto de la llamada, irreconocible el nombre!

—¡Llama!

La llamada tenía que ser empujada a través de todo el sofoco, a través de todas las parálisis, a través de todos los esfuerzos; ¡oh voz que llama la voz!

—¡Llama!

—...Padre...

¿Había llamado?

—Has llamado —dijo el esclavo.

¿Había llamado? El esclavo lo afirmaba, como si fuera el mediador con quien debía recibir la llamada y tal vez incluso ya la había recibido, aunque no quisiera responder todavía.

—Pídele ayuda —dijo el esclavo.

Y en el aliento recuperado surgió por sí misma la súplica, sin esfuerzo, incluso sin un pensamiento preparatorio:

—Ven a mí...

¿Era el instante de la sentencia? ¿quién la dictará? ¿o ya había sido dictada? ¿dónde lo había sido? ¿tendrá voz y será perceptible? ¿aparecerá como un acto? ¡¿cuándo, oh, cuándo?!; la sentencia separando el bien del mal, separando la culpa de la inocencia, la sentencia arbitral que llama por el nombre y une con él al inocente, la verdad real de la ley, la última y única verdad... Oh, la sentencia había sido dictada y había que esperar a que fuera traída.

Nada sucedió, no sucedió el hecho, no sucedió la voz, y sin embargo algo sucedió, sólo que casi era imposible advertirlo; de allí donde había penetrado la llamada, llegaron mensajeros, llegaron a través del aire en silenciosos corceles de leve casco, llegaron como un eco o como heraldos del eco, y llegaron muy despacio, tan despacio y cada vez más despacio, que casi se podía creer que nunca llegarían. Sólo que hasta su no-venir era venida.

Luego, si bien siempre amortiguado por muchas turbias láminas de vidrio, sólo muy borrosamente visible, se inclinó sobre el lecho un redondo rostro bondadoso y con lejana voz, amortiguada, dijo:

—¿En qué podemos ayudarte? ¿quieres beber otra vez?

—Plocio, ¿quién te ha enviado?

—¿Enviado?... Si así quieres llamarlo, la amistad...

Plocio no era el enviado; tal vez fuera el enviado del enviado o tal vez un anillo posterior de la cadena. Y no se trataba de esta o aquella asistencia, aunque fuera de infinito alivio poder beber una vez más; el gusto de la sangre no quería desaparecer. Sólo que al comienzo de la cadena está el que le ha enviado a Plocio, está el que envía el agua al sediento; incluso el no-venir era venida.

—Bebe, si tienes sed —dijo el esclavo—; el agua brota de la tierra y terreno todavía es el servicio que estás culminando.

En el pecho aleteaba algo con enorme rapidez y, a pesar de esta enorme y angustiosa rapidez, era como una alegría, pues era el corazón, era el corazón que seguía latiendo, que incluso volvería otra vez a doblarse, pasando aplacado a un latido más sosegado, más uniforme; era casi como el saber, de una inminente victoria final llena de alegría:

—Doblegado al deber..., una vez más al terreno deber...

—Sólo tienes que doblarte a tu curación, por ahora no hay otros deberes para ti.

—La *Eneida*...

—Volverá a ser un deber para ti, cuando hayas sanado por completo... Por el momento, la tiene el Augusto en segura custodia y la volverás a hallar intacta.

Apenas era de creer que el Augusto pudiese guardar con tanta seguridad la *Eneida* bajo la yacija de harapos en la que se tendía envejecido y desnudo y sin fuerzas, del mismo modo que las palabras de Plocio, a pesar de toda su inteligibilidad, sonaban muy extrañas, todavía rígidas y sordas, aunque la lámina de cristal hubiera comenzado a aclararse y disolverse. Todo era discordante. Toda obra humana era discordante. La *Eneida* era discordante.

—No alterar una palabra...

Ahora fue Lucio quien comprendió en seguida:

—Nadie se atreverá a tocar algo escrito por la mano de Virgilio y menos a tratar de enmendarlo, sin contar además, con que el Augusto jamás lo consentiría!

—El César carecerá de poder; no podrá garantizar nada.

—¿Qué tiene que garantizar? No hay nada que garantizar; te estás preocupando sin necesidad.

Extraño seguía siendo el lenguaje que allí se hablaba, el idioma de un pueblo extranjero en el que se es huésped, un idioma que apenas se comprende aún, mientras que el propio ya ha sido olvidado o no ha sido aprendido todavía, y con seguridad las palabras del Augusto habían sido mucho más familiares, pese a su harapienta traza.

Plocio había traído la copa:

—Toma, Virgilio.

—En seguida... Dadme primero una almohada más. El corazón aleteaba y quería ser llevado a otra posición para poder doblegarse.

En un abrir y cerrar de ojos, estaba allí el esclavo con la almohada en la mano, y, mientras la colocaba delicadamente levantando la espalda del enfermo, le advirtió suavemente:

—El tiempo apremia.

Manaba el agua de la fuente. De alguna parte llegaba el olor oscuro de arcilla húmeda, el más claro del barro cocido y de las vasijas de tierra, penetraba en un soplo de aire, era fácil de aspirar en el pulmón enfermo y hacía bien. En alguna parte zumbaba un torno de alfarero, suave su agudo zumbido, luego cayendo en lo vacilante y mudo, hasta que al fin se detuvo:

—El tiempo... en verdad, el tiempo apremia...

—No apremia a nada... —gruñó Plocio.

—La realidad te espera —dijo el esclavo.

Realidad se amontonaba tras realidad: aquí la realidad de los amigos y de su habla, detrás la realidad de un grato recuerdo imborrable en la que jugaba un niño, detrás la de las cuevas miserables en las que tenía que habitar el Augusto, detrás la del caos de líneas amenazantemente quebradizo, que se extendía sobre el ente, sobre mundos y más mundos, detrás la realidad de los bosques en flor, oh, y detrás, irreconocible, irreconocible la realidad real, la realidad de la palabra nunca oída, a pesar de ello olvidada desde siempre, a pesar de ello prometida desde siempre, la realidad de la creación que resurge, iluminada por el astro del ojo invisible, la realidad de la patria... Y la copa en la mano de Plocio era de marfil.

Tímidamente, tal vez confusa por la presencia del esclavo, tal vez intimidada por su voluntad, más fuerte, pero perfectamente segura de su saber, se anunció una vez más Plocia; y ello ocurría desde lo inaudible de una lejanía infinitamente remota:

—Has desdeñado mi patria; ahora descansa, adormécete a mi encuentro.

¿Dónde estaba ella? Apretadas alrededor de él, se habían vuelto a levantar de pronto las paredes, impenetrables paredes vegetales verdeantes, como si la plomiza prisión se hubiera transformado de nuevo en la umbrosa gruta de fronda que antaño había querido rodearles a él y a Plocia... se extendía infinita la espesura impenetrable, hasta la más infinita lejanía en derredor; pero entre el verde resplandecía un arbusto con hojas de oro, casi al alcance de la mano, aunque hubiera sido preciso extender la mano sobre la ancha corriente, que aquí pasaba inmóvil, apenas fluyendo, fluyente misterio incontenible. Y desde allí, desde el ramaje del arbusto de oro había sonado la voz de Plocia, el sonido de la Sibila, leve, despidiéndose.

—¡Ay por la desaparecida! Ay por ella, que ya iba por el otro lado de la corriente, más allá de todo deseo, inaccesible:

—Sin deseo...

—Es justo —dijo Plocio—, es justo que carezcas de deseos.

—Y si necesitas algo —completó Lucio—, aquí estamos los dos... Estabas diciendo que aún querías pedirnos algo.

¡Más allá de la corriente vacía! La corriente sin orillas, sin fuente ni desembocadura; indistinguible el lugar de nuestro surgir y de nuestra reinmersión, porque es la marea de lo creado

cargada de los tiempos, cargada del olvido en infinito retorno sin comienzo... ¿había un vado en esa corriente? De todos modos, con vado o sin él, no se podía emprender aún ningún intento de atravesar la corriente, que pasó, había desaparecido, cuando el esclavo, ya muy impaciente, insistió en lo esencial:

—Cumple lo que se ha convertido en tu deber.

Apoyado en las almohadas, la respiración era fácil, la tos más suelta y el habla resultó de nuevo natural; pero muchas cosas estaban aún confusas:

—Todavía carezco de guía.

—Has dejado tu obra en el tiempo, porque guiará a través de los tiempos; ésta era tu sabiduría, pues habías alcanzado la intuición de la luz.

Atento e inmóvil, el esclavo doméstico que había hablado así, estaba ante su lecho... ¿Lo había dicho él? Tenía que haber sido así, por el cambio que de repente se había realizado, e incluso aunque las palabras hubieran sido mudas, habrían realizado el cambio: se había restablecido la primera capa del ser en la realidad, familiares las cosas alrededor, familiares los amigos; ya no se era huésped en tierra extraña de extraño idioma, y también la imagen de la prometida patria verdadera se hallaba quieta ante sus ojos, sin ser reconocible, de modo que, en medio de todo, también aquí en lo terreno había sido concedido el sosiego por un instante, posiblemente sólo por un brevísimo instante.

Y Lucio confirmó:

—Tu poema es guía y guía seguirá siendo.

—La *Eneida*...

—Ciertamente, Virgilio; la *Eneida*...

La corriente había desaparecido, la gruta de frondas había desaparecido, sólo el murmullo seguía; pero seguramente procedía de la fuente en la pared.

—No puedo destruir la *Eneida*...

—¿Aún sigues pensando en eso? —Enojada desconfianza ardió en la voz de Plocio, a punto de desembocar en nuevo alboroto.

La corriente había desaparecido, pero los campos seguían allí, allí estaban en el tranquilo zumbido de la tarde, lleno del canto de los grillos. ¿O era el torno del alfarero elevando en suave zumbido su canción? No, no era... Sólo el murmurar del agua seguía.

—Destruir... No, ya no quiero destruir la *Eneida*. —Ahora estás realmente curado, Virgilio.

—Así será entonces, mi buen Plocio..., pero...

—¿Qué?

Algo seguía resistiéndose, algo inextirpable profundamente arraigado, exigiendo sacrificio y anhelándolo; y el esclavo, como si supiera de esta resistencia, dijo:

—Elimina tu odio.

—No odio a nadie...

—Por lo menos, esperamos que ya no odies tu obra —opinó Lucio.

—Odias lo terreno —dijo el esclavo.

No había réplica; el esclavo decía la verdad y había que admitirlo:

—Tal vez lo he amado demasiado...

—Tu obra... —dijo Lucio, meditando con ambos codos apoyados sobre la mesa y el caño de la pluma apretado contra los labios—, tu obra... Ámala como nosotros la amamos.

—Trataré de hacerlo, Lucio...; pero antes debemos ocuparnos de su publicación.

—Apenas hayas acabado el poema, se procederá a la publicación...; no vas a querer ocuparte antes de eso...

—Vosotros dos publicaréis la *Eneida*.

—¿Esto es lo que querías pedirnos?

—Sí, esto es.

—Es absurdo... —saltó Plocio perdiendo los estribos—. Tienes que ocuparte por ti mismo de tus asuntos, aunque nosotros nos ofrezcamos gustosos para ayudarte en ellos.

—¿Quieres excluir en absoluto que la tarea recaiga sobre vosotros solos?

Plocio meneó la gruesa y redonda cabeza:

—No hay nada que excluir en absoluto... Pero en este caso recuerda, Virgilio, que somos dos tipos viejos; sería más acertado buscar un albacea más joven.

—Por de pronto os destino a vosotros para ello... me da tranquilidad y quiero dejar tomadas mis resoluciones.

—Bien, nada más tenemos que objetar en este punto —concedió, muy condescendiente, Lucio.

—Y vosotros tenéis que asumir la tarea tanto más por cuanto os dejo en legado el manuscrito, oh, no, pongamos por caso, como premio por vuestras fatigas, pero sí porque me agrada la idea de saberlo en vuestras manos...

El efecto de esta noticia fue en cierto modo sorprendente; tras unos instantes de mudo desconcierto se oyó un profundo resuello procedente del pecho de Plocio, que daba la impresión como si estuviera por volver a llorar, mientras que Lucio, que había acogido el legado en metálico con gratitud, sí, pero también con plena compostura —por lo menos se había quedado sentado en su sitio—, ahora se puso en pie de un salto gesticulando violentamente:

—¿El manuscrito de Virgilio, el manuscrito de Virgilio..., pero sabes valorar siquiera la importancia de tu regalo?

—Un regalo sobre el que pesan obligaciones, no es un regalo.

—Oh dioses, sí... —suspiró Plocio; pero al fin había logrado controlarse lo suficiente, para poder seguir hablando—, ay, sí... De todos modos hay que meditar la cosa con prudencia, recordando que has entregado el manuscrito al Augusto y no puedes volver a quitárselo ahora...

—La *Eneida* fue compuesta en honor del César... Le corresponde, por tanto, recibir la primera copia perfecta; esta es la regla y además así quiero disponerlo, por eso mismo os entregará sin problemas el original...

La solución le pareció evidente a Plocio que asintió con la cabeza; pero aún tenía una objeción que hacer:

—Además, Virgilio, hay que tener en cuenta otra cosa..., es decir... soy un hombre sencillo, no un poeta... El trabajo principal de la publicación recaerá por tanto sobre Lucio; así que a él solo le corresponde la exclusiva posesión del original.

—Es justo —dijo Lucio.

—Justo, si no representarais para mí un todo inseparable... Además debéis legaros recíprocamente el poema junto con la obligación que lo grava, de manera que el eventual superviviente deberá cargar con la misma...

—Sabio es tu proceder —asintió Lucio.

—¿Y qué sucederá si ambos muriéramos? Pronto o tarde también esto ocurrirá...

—Esto es cosa vuestra y no me atañe a mí. Pero podéis nombrar como sucesores a Cebes y a Alejo, el uno como poeta, el otro como gramático; ambos son jóvenes...

Una vez más resopló Plocio desde lo más profundo:

—Oh Virgilio, nos colmas de regalos, y tus regalos hacen daño...

—Mi buen Plocio, te harán realmente daño cuando tomes parte en la tarea, pues el poema debe ser revisado cuidadosamente verso por verso, palabra por palabra, más aún letra por letra... así que no es una cosa para ti, y casi podría alegrarme si los dioses decidieran evitarte este trabajo y en cambio imponérselo a Lucio...

—No blasfemes...

—Sí, será una dura tarea la que va a tener que arrastrar Lucio, por eso pediré en mi testamento al César que la abone como corresponde.

Lucio rechazó la idea:

—Virgilio, no se trata de un trabajo que pueda ser remunerado, al contrario, podría nombrarte a más de uno que se sentiría feliz de poderlo llevar a cabo, tan feliz que pagaría gustoso cualquier suma por ser autorizado... Además, tú mismo lo sabes.

—No, no lo sé en absoluto, pues precisamente para un poeta como tú, Lucio, para un poeta que posee el don de poder hacer mejor muchas cosas o incluso todo, y que por esta razón hallará muchas cosas desacertadas y necesitadas de corrección, es penoso, y más que penoso, limitarse a la

mera corrección del texto...

—Me cuidaría muy bien de querer corregir un solo verso de Virgilio... No debe agregarse una palabra ni tacharse una sola; comprendo claramente que sólo éste puede ser tu deseo y que sólo así es posible corresponderle.

—Así es, mi querido Lucio.

—Para esta tarea no son precisas las cualidades de un poeta sino las de un experto gramático, y creo que puedo ufanarme de que no haya muchos más aptos que yo para eso... Pero, Virgilio, ¿qué hay que hacer con los versos que tú y nosotros hemos denominado piedras provisionales?

¿Piedras provisionales? Sí, había aún aquellos versos intercalados provisionalmente, que más tarde hubieran debido ser sustituidos por los versos definitivos... ¡Ay, ya no serían reemplazados! No hacía bien tener que pensar en ellos y el habla se tornó otra vez fatigosa:

—Déjalos como están, Lucio.

A Lucio no le pareció muy bien; se le notaba que se sentía mortificado por sí mismo y por la *Eneida*, y seguramente se le había amargado un poco su cargo:

—Está bien, Virgilio, está bien... bueno, en el fondo propiamente no hay por qué hablar más de eso; tarde o temprano efectuarás tú mismo la sustitución de los versos.

—¿Yo?

—¿Quién otro? Tú, naturalmente...

—Nunca... —Era más bien la voz del esclavo que la suya, la que lo había dicho.

—¿Nunca? —barbotó furioso Plocio—. ¿Te propones asustarnos con semejante palabrería? ¿O quieres realmente provocar además la ira de los dioses contra ti?

—Los dioses...

—Los dioses, en verdad; los dioses no tolerarán que sigas blasfemando de esta manera... —Y Plocio, con el brazo doblado como un remero, sacudió los peludos puños.

Los dioses no querían que terminara los versos, no querían que eliminara de los versos lo discordante, pues toda obra humana tiene que surgir de la oscuridad y de la ceguera, es decir, seguir discordante; tal es el designio de los dioses. Y a pesar de eso, ahora lo sabía: en esta discordancia no hay sólo maldición sino también gracia, no sólo insuficiencia humana sino también su cercanía al dios, no sólo la inmadurez del alma humana sino también su grandeza, no sólo la ceguera de la obra humana, de la ceguera nacida, sino también la fuerza de su intuición, sin cuya ciega visión nada absolutamente hubiera sido creado, porque —y en cada obra se oculta el germen para ello—, alcanzando mucho más lejos de sí mismo y de quien lo ha creado, convierte al que obra en creador: la discordancia total del acontecer sólo comienza cuando el hombre actúa en el todo —ni en el acontecer del dios ni en el del animal hay discordancia—; sólo en la discordancia se revela la fecunda magnificencia de la condición humana, que es un alcanzar más allá de sí misma; entre el mutismo del animal y el del dios está la palabra humana, esperando a su propio silencio en el éxtasis, ofuscada por el ojo cuya ceguera se ha vuelto visión extática: extática ceguera, la no-caducidad.

—Oh Plocio, los dioses... Gracia e ira he recibido de ellos, bien y mal recibí... Ambas se las agradezco... —No es sino justo y bueno... así es siempre...

—Ambas se las agradezco... La vida fue rica... también por la *Eneida* estoy agradecido, hasta por su discordancia... discorde y todo, quisiera conservarla intacta así... mas por eso mismo... el testamento, Plocio... por eso mismo debe estar en orden... incluso por la gloria de los dioses...

—No hay modo de discutir con un labrador... ¿Así que no quieres aplazarlo?

—Tiene que ser, Plocio... Y tú, Lucio, ¿podrás escribirlo tal y como lo he indicado?

—No es una tarea difícil, mi Virgilio... de todos modos sería más correcto si dictaras tus deseos; sólo me opongo a escribir cualquier cosa que signifique una recompensa por el trabajo de publicación...

—Bien, Lucio; por mi parte puedes arreglarte tú mismo más adelante con el César...

—Entonces, ¿quieres comenzar en seguida con el dictado?

—Dictar... dictaré —¿podía cumplir todavía esta tarea?—, dictaré; pero dadme antes un sorbo más de agua, para que no me vuelva a atacar y molestar la tos mientras lo hago... y tú, Lucio,

entretanto puedes ir poniendo en el documento la fecha... el día de hoy...

Plocio le dio la copa:

—Bebe, Virgilio... y cuídate la voz; habla suave...

El agua corrió fresca por la garganta. Y cuando la copa quedó completamente vacía, volvió a respirar aliviado y la voz obedeció a la voluntad:

—¿Has puesto la fecha, Lucio?

—Desde luego... «En Brindis, el noveno día antes de las Calendas de Octubre del año setecientos treinta y siete desde la fundación de la Urbe» ... ¿Está bien, Virgilio?

—Sin duda, está bien..., ésa es la fecha...

El murmullo continuaba, el murmullo de la fuente en la pared, el murmullo en la sombra de la fronda, el murmullo de la corriente, incesante, que por cierto se había ensanchado tanto que ya no se podía alcanzar y ni siquiera espiar la orilla opuesta. Entretanto, no era en modo alguno preciso intentar llegar a la otra orilla, pues ya del lado de acá sobre la colcha de la cama, al alcance de la mano, había un brillo dorado: ¡la ramita de laurel!... colocada allí por el Augusto, por los dioses, por el destino, por Júpiter mismo; doradas resplandecían las hojas.

—Estoy listo, Virgilio...

Y la voz obedeció a la voluntad:

—Yo, Publio Virgilio Marón, a la edad de cincuenta y un años, en perfecto goce... espera... no escribas perfecto, sino perfectamente suficiente... o sea, en goce perfectamente suficiente de mi salud física y mental, siento el deseo de completar como sigue mis precedentes disposiciones testamentarias, que han sido depositadas en el archivo de Cayo Julio César Octaviano Augusto... ¿Has escrito ya todo esto, Lucio?

—Desde luego...

Y la voz obedecía a la voluntad:

—Ya que el deseo del Augusto, que me ha dispensado tantos favores, me impide lamentablemente... No, tacha «lamentablemente» y si no lo has escrito aún, tanto mejor... o sea: Ya que el deseo del Augusto, que me ha dispensado tantos favores, me impide quemar mis poesías, resuelvo: primero, que la *Eneida* debe considerarse dedicada al Augusto; pero, segundo, que todos mis originales pasen en propiedad común a mis amigos Plocio Tucca y Lucio Vario Rufo, de modo que al morir uno de ellos, automáticamente quede como único dueño el sobreviviente. Confío a los dos amigos nombrados la exacta revisión de mi herencia poética, que pasa con ello a su poder; tendrán validez solamente los textos más cuidadosamente examinados; sobre todo nada debe ser tachado o agregado en ellos, y de estos textos, los únicos válidos, han de efectuarse las copias para los libreros, en el supuesto de que sean solicitadas. En cualquier caso debe ser entregada sin dilación al César Augusto una copia pulcra y corregida. De todo esto cuidarán con la mayor exactitud Plocio Tucca y Lucio Vario Rufo... ¿Has anotado todo esto, Lucio?

—Desde luego, mi querido exactamente así será ejecutado, si algún día llegara realmente la ocasión de hacerlo.

Y la voz seguía obedeciendo todavía a la voluntad:

De acuerdo con la autorización del Augusto, estoy capacitado para libertar a mis esclavos: esto ha de ocurrir inmediatamente después de mi muerte, y cada uno de estos esclavos recibirá un legado en metálico de cien sestercios por cada año pasado a mi servicio. Dispongo además que lo más pronto posible se destine el importe de veinte mil... no, escribe: treinta mil sestercios, para distribuir alimentos al pueblo de Brindis. Todas las demás disposiciones patrimoniales se hallan contenidas en el primer testamento, que he recordado al comienzo; éste sigue, por tanto, en vigor sin modificación alguna, exceptuando la correspondiente disminución de la masa de la herencia por los nuevos legados aquí establecidos, cosa que espero no juzgarán animadversión mis herederos principales, es decir el César Augusto, así como mi hermano Próculo y además, aparte de Plocio Tucca y Lucio Vario, también Cayo Cilnio Mecenas... Esto es todo... Será suficiente, creo... ¿No es así? ¿basta?

La voz no obedecía a la voluntad. Ya las últimas palabras habían debido ser sacadas de un monstruoso vacío, y ahora no quedaba más que este vacío malignamente agotado, inmenso, de infinita extensión, de inatisbable magnitud, inexplorable en sus rincones, vacío espantoso sin

espanto, vacío del olvido, lleno solamente de una alerta del olvido extrañamente mala, vacío en cuya oquedad vagaba silbando la fiebre. Mas deslizándose invisible entre medio había además algo aún no dicho, algo que en todo caso debería haberse dicho, algo que tenía y no tenía relación con todo lo precedente, de modo que había que hallarlo, pues de otro modo no era suficiente lo ocurrido. No era menos importante que los mismos versos que antes debían ser destruidos y ahora tenían que ser conservados.

—¿Dónde... dónde está el cofre?

Plocio levantó melancólicamente los ojos:

—Virgilio..., en las manos del Augusto... bien conservado... no te preocupes...

Pero en ese momento se acercó Lucio con el codicilo para que el enfermo lo firmara, aunque todavía no estaba completo. ¿O faltaba solamente la firma? ¿Era esto lo que había que hallar?

—Dame...

La firma estaba puesta, pero el texto no era legible; como evidentemente no estaba aún completo bailaban las letras entrecruzándose.

—Tienes que agregar algo todavía, Lucio..., agregar algo... los cantos no deben ser rotos...

—Sí, mi Virgilio.

Y Lucio se sentó esperando de nuevo, en postura de recibir el dictado.

—Los cantos... no deben ser rotos, y... y prohíbo agregar u omitir una sola palabra...

—Eso lo hemos puesto...

—Escribe..., escríbelo...

Estaba desamparado, y eran las últimas energías; el vacío no quería dar ya nada más de sí, ningún sonido, ningún recuerdo, ni siquiera el gris murmullo del agua. Solamente los dedos tenían vida propia; vagaban por encima de la colcha, se entrelazaban continuamente, se soltaban y se entrelazaban de nuevo. Los cantos no debían ser rotos, nada debía ser roto; esto había sido muy importante, pero no era todavía lo esencial, no era aún lo que se mantenía oculto en la oscuridad. Oh, ni el mismo vacío debía ser roto, hasta que hubiera entregado lo que ocultaba, y los dedos lo sabían, pues vagaban buscando por el vacío alrededor, buscando; comprimían entre ellos el vacío, para que entregara lo oculto, y mientras se apretaban cada vez más desesperadamente unos contra otros, ocurrió: entre los dedos, profundamente en el vacío, apenas perceptible, como si todas las nieblas del firmamento hubieran caído allí, resplandecía débilmente, desfalleciendo como el suspirar de una estrella evanescente, y sin embargo también suspirando ya liberado en los labios, estaba buscado y al fin maravillosamente hallado:

—El anillo pertenece a Lisantias.

—¿Tu anillo de sello?

Lo terreno estaba satisfecho; radiante era y mudamente leve:

—Así sea..., a Lisantias.

—Pero es que ni siquiera existe —murmuró algo, y tal vez era Plocio.

—Al niño...

Eter - El regreso

¿Murmuraba aún algo? ¿era todavía el bondadoso murmullo de Plocio, protector y bueno y fuerte? ¡Oh Plocio, oh, que dure, oh, que siga murmurando sosegado, brotando de la inagotable profundidad de lo interior y lo exterior, ahora que la obra estaba cumplida, ahora que lo realizado era suficiente, que ya no debía suceder nada; oh, que dure eternamente! Y en verdad duraba, murmurando y murmurando, rodando blandamente sin cesar, rodando blandamente hacia él, onda tras onda de murmullo, pequeña cada una de ellas, inmensamente extendidos los círculos de su conjunto; estaba sencillamente allí presente, no era preciso ponerse a la escucha ni esforzarse por retenerlo; sí, este murmurante acaecer no quería, en absoluto, ser retenido, pues tendía hacia delante, mezclado con el murmullo de la fuente, con el murmullo de las aguas, fundido con ellas en la incolora y poderosa fuerza del aseogante fluir, él mismo el elemento, él mismo el sosiego, él mismo el fluir, bañando suavemente la quilla y los costados de la lancha, deslizante espuma. Desconocido era el objetivo, desconocido el puerto final; de ningún muelle se había zarpado, viniendo de infinitudes y tendiendo al infinito iba el viaje; pero su dirección era firme y severa, guiada por mano segura, y si hubiera sido permitido volverse, se habría visto, seguro, al piloto en la popa, al guía cuando se ha perdido el rumbo, al práctico, que conoce la salida del puerto. Pero no menos como asistencia y amigo se había quedado también Plocio, toda vez que, humillado y dignificado, había asumido la tarea de esclavo en el banco de remero, enmudecido el murmullo de su boca, enmudecido y entregado al universo, casi imperceptible el jadeo de su respiración en la ligereza del avance libre de esfuerzo, de dolor: así, los brazos doblados, remaba en silencio sobre la silenciosa superficie del agua, con incoloro murmullo, no tan enérgicamente, ni de lejos, como se hubiera esperado de él, al contrario, los remos apenas se levantaban, apenas se hundían para cortar muy quedo el líquido elemento: delante, en la proa, se sentaba Lisantias o tal vez estaba en pie un niño para cantar en el viaje. De todos modos Plocio, para quien regía, como terreno, la prohibición de volverse, y que por tanto no podía ver ni al niño ni el objetivo del viaje, Plocio no se volvía, nada le importaba el niño, y tenía los ojos constantemente fijos, por encima del pasajero, en el piloto a popa, cuyas indicaciones debía seguir, por encima del piloto en la infinidad de lo ocurrido, de la que procedían. Las costas quedaron atrás y fue como una fácil despedida del ser y vivir humano lo que allí se realizó, despedida en lo inmutable ahora cambiado, despedida de la multiplicidad de todo lo familiar, de las imágenes y de los rostros familiares allá y no por último del sepulcro que desaparecía entre el gris de la niebla, pero también de Lucio que seguía escribiendo con toda constancia y, por cierto, se había corrido con su mesa tan cerca del borde de la realidad, que su caída desde la elevada costa rocosa parecía angustiosamente inevitable; y también era despedida de muchos otros que andaban todavía por allí y a veces, como Horacio y Propercio, le hacían amistosas señas desde lejos. Imágenes familiares, retrocediendo poco a poco sin dolor, aunque todavía dispuestas a acompañarle, y las aguas por las que se deslizaba el esquife, estaban pobladas por toda clase de embarcaciones, por cierto muy pocas las que llevaban la dirección contraria, regresando al puerto de salida, al puerto irrecordable, enormemente muchos en cambio los que venían de él, flota tras flota, tan numerosos que el infinito mar debió ensancharse en una segunda infinidad, para ofrecerles a todos el espacio necesario, tan inmensamente que casi ya no había límite entre el agua y

el aire, y las naves parecían flotar en la luz misma, tan inmensamente que el mar cubierto de naves, que el convoy de las naves hacia el inescrutable objetivo común era ya como un objetivo; el convoy era como un rebaño y un suave zumbido lo rodeaba cual invisible nube; allí había toda clase de naves, barcos mercantes y buques de guerra, entre ellos también la galera de gala del Augusto, con su dorada pompa y sus velas de púrpura, muchísimas barcas de pesca y otras embarcaciones costeras, pero sobre todo una inmensa cantidad de minúsculas barquitas, que surgían aquí y allá, como naciendo del agua; todas ellas tomaban parte en el viaje infinito, pero asombrosamente también todas con la misma velocidad, ya se tratara de pequeños bateles movidos por sólo un par de remos, ya fuera la nave del Augusto impelida por una masa de remos de la altura de un piso; pasaban volando, como si todas carecieran de peso, como si ni siquiera debieran tocar en absoluto el agua, como si pudieran cernirse sobre ella, y sus velas estaban tensas al máximo como bajo la presión de invisibles tempestades procedentes del vacío del aire, pues reinaba perfecta calma y el suave zumbido estaba en ninguna parte. El mar se movía blando y gris de crepúsculo en olas planas, tranquilas, casi como tablas, y en esta tersura de plomo y sin embargo delicada como un soplo se ahogaba el murmullo, se ahogaba inaudible en esta fuerza crepuscular que sustentaba ligera como un soplo el convoy de las naves en su espejo; anacarada, y sin embargo incolora, se abría sobre el mar la concha del cielo, Plocio remaba y quedaban atrás los ruidos de la vida, traídos por el aire de las lejanas playas que se hundían, atrás quedaba en lo inaccesible para siempre el cantar de las montañas, atrás, en lo que escapaba para siempre, quedaba su tañido de flauta, quedaba hasta el eco del sonido que había resonado en su propio pecho, lo escuchable se había reducido a lo nunca vivido, nunca vivido el murmullo, el murmurante haber-sido del universo, y —delicado resplandor dorado entretejido en el cielo— el canto del niño quedó inédito. Como si el silencio hubiera sido demasiado fuerte todavía, había surgido una nueva quietud, una segunda quietud, una quietud superior a superior nivel, de oleaje plano, tranquilo, como una tabla, como un reflejo del espejo de las aguas, sobre el cual reposaba; también éste se había transformado ya en algo nuevo, en algo que fluía mansamente, donde las naves presurosas ya no trazaban surcos, sin gotas, pues los remos salían secos de él, ninguno de ellos goteaba; ahora bien, esta transformación se había trocado en algo común al espejo y al reflejo, a la quietud y su correspondencia, en un común estado intermedio lleno de nueva simultaneidad y velocidad pareja, hasta su audibilidad simultánea, de manera que lo visible, lo audible, lo sensible seguía intacto, aunque hubiera quedado atrás en lo invisible, inaudible, insensible de una infinidad abandonada desde hacía mucho tiempo y ahora inencontrable, y, aunque hubiera recaído en lo innombrable, no perdía ni su nombre ni su esencia...; atrás quedaba y sin embargo seguía presente precisamente así, ya que, superado, permanecía gracias a esa superación, cambiada por ella en permanencia transformada, y nada se exceptuaba, pues era el mismo universo lo superado de este modo, el universo en la variada plenitud de sus contenidos materiales y humanos: las naves que, semejantes a un rebaño, habían partido como para escolta y saludo, pero que seguramente habían cumplido ya su cometido, fueron pasadas una tras otra, no, por así decirlo, como en una competición, no en una carrera, no, no hubo un cambio de velocidad, ni aflojaron las que se rezagaban como voluntariamente, ni apresuramiento del propio bote, ni esfuerzo, y aunque la fuerza de Plocio remando podía haber contribuido lo suyo, ahora descansaba, reposado el aliento y reposando el remo, inclinado hacia adelante en su banco, facultado al descanso, porque el instrumento terreno ya no era necesario para ninguno de los que aquí navegaban, y los remos, ya se mantuvieran levantados fuera del agua o se dejaran deslizar en ella, habían desaparecido acto seguido, comenzando la disolución con la que nave tras nave, también por tanto la nave del Augusto, era retirada del ente y se hundía en el olvido..., se hundía en la inmensidad que quedaba atrás; pero el Augusto, erguido bajo el purpúreo baldaquino de su nave de gala, con el corto látigo de patrón en la mano, lo dejó caer, como si tuviera que reconocer la inutilidad de cualquier esfuerzo ulterior por apresurar o incluso por continuar la navegación; su poder se le escapaba, se le escapaba con el nombre, con todos los nombres que había llevado hasta entonces, y que ahora debía perder todos, aun el de Octaviano, pero no se escapaba de sí mismo, y en la fugaz mirada que aún pudo enviarle hacia él, en esta despedida hasta nunca volver a verse, hasta nunca retornar, en esta despedida del hermoso rostro envejecido de cansancio, se encerraba a la vez

también el quedarse por la eternidad, el transformado quedarse, no perdido en la pérdida, de modo que, de repente, tranquilo de olvido el rostro, tranquila de olvido la terrena figura de olvido, tranquilo de olvido el nombre terreno, se hundió en lo irrevocable por cierto muy rápidamente — ¡ay, tan rápidamente!— y sin embargo, en nueva y más alta calma a un nivel superior cobró una nueva posibilidad de invocación, de nueva visibilidad. Y es que la transformación que allí se había operado, era la transformación de lo exterior en lo interior, era la unificación del rostro exterior y del rostro interior, era precisamente este cambio anhelado desde siempre, nunca alcanzado y al fin llegado aquí a la madurez: de un solo golpe, tan rápido como su caída en la infinitud, el que hasta ahora se había llamado Augusto, se hallaba, visto desde dentro, en una perspectiva interior que sólo es concedida a quien sueña, a quien se pierde en el sueño, cuando olvida su propia terrenalidad y — conociendo en sueños— se conoce en la semejanza de sí mismo, cuando se ve manifiesto el último, el indeclinable, el cristalino núcleo de sus cualidades como mera forma, como cristalino juego de líneas, hasta como hueca cifra en el último ser del sueño; esta perspectiva interior había crecido ahora más allá de sí misma y se había apoderado allí también del evanescente, del amigo... oh, no puede verse el que es visto desde dentro en su más desnuda unidad... ¡Oh transformación del fin en comienzo, retransformación del símbolo en imagen primigenia, oh amistad! Y aunque pocas cosas hubieran sido nunca tan familiares como el aspecto de quien, como amigo, había podido llamar Octaviano, lo mismo pasaba también con todas las demás figuras que le acompañaban en etéreos esquifes y iban quedando atrás, una tras otra, sus rostros desaparecían en la eternidad, sin desaparecer; y también todo lo que aquí navegaba junto, visto por un instante y en el mismo instante ya desaparecido, como quiera se hubiesen llamado o se llamaran todavía —¿quiénes eran? ¿era ése de allí realmente Tibulo, el melancólico amante Albio Tibulo en su marchita juventud? ¿era ése de allí Lucrecio, grande y duro de poderosa locura? ¿no era ése de allí el viril cincuentón Salustio en constante, inmutable madurez, no era éste el dador de nombres, despojando de su nombre? ¿y no era aquélla la dignidad de Marco Terencio Varrón, encorvada por la edad y empequeñecida la figura, pero siempre fuerte en la sonrisa de su sabiduría, suavemente irónica, sobre el rostro de anciano?— oh, quienesquiera que fueran los que se habían reunido allí para la ligera despedida de la amistad, una caravana de ayuda y de consuelo, todos ellos, rostro a rostro, barbudos e imberbes, jóvenes o viejos, hombres o mujeres, perdiendo más pronto o más despacio sus antiguos rasgos, todos ellos habían asumido la definitiva transformación, ya que estaban a punto de recaer hasta el último residuo de su nombre en lo inevocable, de precipitarse en el olvido; en ellos el aspecto humano se había tornado expresión indecible, inefablemente clara de su esencia radical, exenta de toda relación, profundamente verdadera en su yo sin límites, sin nombre; ya no necesitaban al mediador terreno y la terrena invocación del nombre, porque todos juntos eran vistos por dentro, se habían vuelto visibles por dentro, conocidos por dentro, incorporados en la mirada del amigo, incorporados con la mirada del amigo en el acontecer de un conocimiento de sí que procede del más profundo yo interior, de la profundidad del yo más allá de lo sensible y no ve ya la persona sensible, no ve ya la semejanza sensible, sino sólo la cristalina imagen primigenia, la cristalina unidad de sus cualidades esenciales, descansando tan puramente en su razón de ser, tan libre de recuerdos y por eso mismo tan definitivamente recordada, que todas las figuras amigas resultaron desplazadas a un nuevo estado intermedio del recuerdo, a un nuevo estado intermedio de comprensibilidad, lleno de sombras radiantes en el mudo sonar de su quietud. Habían entrado en la segunda inmensidad.

Quietud en la quietud... por todas partes se hallaba abierto el límite, y aunque tantas cosas fueran dejadas atrás y quedaran perdidas en lo inhallable para siempre, nada podía perderse en el equilibrio del círculo del universo; en verdad, por mucho que se dejara atrás, no era ni empobrecimiento ni soledad, más aún, casi significaba enriquecimiento, ya que lo olvidado quedaba conservado. El espacio del no-recuerdo acogía en sí cada vez más ámbitos del espacio del recuerdo, cada vez más íntimamente se unían ambos espacios en un segundo espacio del recuerdo dentro del primero, en un espacio de superior transparencia del recuerdo, de superior infinitud del recuerdo, hasta tal extremo duplicación del ser en una nueva unidad, que también la delicada quietud color de plomo de las aguas y la que se extendía sobre ella como su reflejo delicadamente dorado, se ensamblaban en una nueva unidad —recuerdo dentro del recuerdo— unidos en la quietud que acoge al cantor, antes de

pulsar las cuerdas, y en esa quietud, intacta la lira, sin espera la espera, también el que cantaba y el que oía, también el cantor y el oyente habían llegado a una nueva comunidad, porque ahora rumoreaba la poderosa mudez de la canción de las esferas, nacida' de la mudez pero también nacida en ellos dos, sonando desde la quietud pero también sonando en ellos dos, dualidad de ambos accedida a la unidad, a la unidad con la quietud, con la espera, con la lira, unificación por la canción, acogido el ente por el ser de las esferas; no había ya expectante y esperado, no había ya escucha y escuchable, ni respirante y aliento, ni el sediento y la bebida, ya no había dualidad ninguna en la nueva unidad dual, lo dividido en dos se había cerrado en un acontecer unitario para siempre indivisible, en el mismo esperar, en el mismo escuchar, en el mismo respirar, en la misma sed, y la infinita marea, incorporada en la unidad, era la espera, era la escucha, el aliento, la sed, lo fue más y más, cada vez más penetrante y perentoriamente, cada vez más indeclinable, se convirtió en mandamiento, se convirtió en anuncio y también para Plocio, pues, como si supiera de la anulación de toda duración, como si supiera de la unidad de comienzo y fin, pero también como si supiera de la dualidad a que está sometida toda unidad y a la que también él tenía que someterse, se despojó de la unidad de su ser y, al menos por un rato, se convirtió en dualidad, porque en una figura se quedó sentado tranquilo y descansando en el banco de remero, pero en la otra se levantó y ahora se acercaba con vacilante paso de marino, trayendo una vez más y evidentemente por última vez la copa, para que el sediento —¿oh, tenía sed?— bebiera una vez más de ella: y cuando eso ocurrió, ¡asombroso!, no es que se bebiera una bebida, no es que fuera aplacada una sed, no, fue un acceder a la participación, fue un tomar parte en la totalidad del ser reflejado en dos, fue la incorporación en la infinita marea de las aguas, fue un quedar penetrado por la perspectiva interna de la invisibilidad, al mismo tiempo empero la docta ignorancia en el punto final del círculo del conocimiento, del perímetro de la nada, fue la conclusión misma, fue la conjunción de las dos direcciones de la limitación en que el futuro pasa a ser pasado y el pasado futuro, de modo que — ¡oh duplicación dentro de la duplicación, reflejo dentro del reflejo, invisibilidad dentro de la invisibilidad!— aquí no hacía falta ya ningún mediador ni ningún utensilio, ni la copa que contiene el líquido, ni la mano que alcanza la copa, ni apenas la boca que recibe la bebida; no era preciso nada de esto, porque toda actividad, ya fuera beber o cualquier otra cosa, más aún, porque toda vida había sido aflojada y suelta por la fuerza de una compenetración que eliminaba toda discordancia y no consentía ya ninguna división; y he aquí que el marfil de la copa se transformó ahora en sólida asta parda, para desaparecer como tal en leve y parda nube, que con la copa había desaparecido también todo lo pasado, no, por ejemplo, como una mera prestidigitación en sueños, sino como un sueño verdadero, al que le está concedido permanecer en lo imperecedero, y por eso mismo también Plocio había desaparecido ahora, por eso mismo, presa de la duplicación que disolvía las figuras, había tomado el mismo camino que los demás compañeros, hundido con ellos hasta el último residuo de nombre en lo eterno, en lo no-recordado, y sin embargo subsistiendo en lo recordado, consistente como el que había sido, consistente como el amigo. Así ocurría, mientras el líquido sin humedad, la bebida sin gusto corría por los labios y la garganta, sin que se humedecieran labio, lengua, garganta; ocurrió la despedida de Plocio, también entonces ayudándole con su amistad. Y rodeados de los rayos del ojo universal, enmarcados por las lágrimas del universo, por el húmedo olvido del Todo, la mirada en la mirada pura de verdad, ambos amigos no tuvieron que llorar, quedaron exentos de dolor, exentos de padecer, tan suavemente que fue fácil, una fácil despedida... quietud en la quietud.

Nada había ya que retener, ya no era preciso, nada era discorde, y él, el que acababa de beber, él, Publio Virgilio Marón, tampoco él necesitaba ya del nombre, podía despojarse de él, podía dejarlo empalidecer en una simple noción, en un delicado olvido, maravillosamente púdico, pues la singladura iba en solitario, pero no en soledad, por la inmensidad segunda. Ningún tipo de zozobra podía aún capturarlo, ningún tipo de encuentro era ya preciso. La luz se hizo también más solitaria, aún más pura y púdica que antes; había cambiado a crepúsculo, a un extraño y maravilloso crepúsculo de indefinido perdurar, indefinible la hora de su comienzo, incalculable su duración, ya que el sol, hundido hasta el borde inmenso de las ondas, como en una delicada indecisión, no acababa de sumergirse en ellas, al contrario: muy inmóvil, como embelesado por la imagen de

Scorpio, que había buscado, pendía alumbrando pálidamente sin nubes, rodeado por el centelleo de todas las estrellas juntas. El tiempo había perdido su duración y sobre la vacía quietud se cernía sosegado en quieto deslizar el viaje; perdida ya toda velocidad, el objetivo ya sólo sentido e incierto, el viaje, sin embargo, llevaba una dirección, legible en las estrellas. El muchacho estaba delante en la proa, rodeado del crepúsculo, aunque su figura se destacaba bastante clara sobre el firmamento, un firmamento cuya ultralejana claridad sobrepasaba ya todos los límites de la claridad, e, indefinible si era el gesto de un guía o el de un nostálgico, tenía el brazo levantado señalando hacia adelante, siguiendo el gesto con el cuerpo en busca del ansiado objetivo, que sin embargo nunca puede atrapar. ¿Podía llamarse aún navegación este deslizarse que ya no se servía de vela ni de remo?... ¿no era inmovilidad, simulación del movimiento por el contrario movimiento de la cúpula astral? Navegación o no, era el estado intermedio del saber, lo seguía siendo y el piloto seguía tranquilo allí atrás en su puesto, sensible con toda fuerza su presencia; de él seguía procediendo toda la seguridad y no de la figura del muchacho, demasiado fugaz, demasiado evanescente, no, el piloto establecía la dirección, él solo, incluso si en verdad pudiera depender del curso de los astros. El sol caía cada vez más bajo, consumida su llama en el rojo oscuro del fuego; su resplandor se hizo aún más pálido, pese a la perspectiva sin nubes y sin nieblas, tan pálido que la claridad crepuscular se pasaba más y más a la noche, cada vez más centelleante el espacio sidéreo. Se hizo nocturno, pero no de noche; se hizo más nocturno el callado canto de las esferas, nocturnamente más quieto, más rico, entreverado por el mudo golpe de címbalo de la luz astral, y cuanto más pleno sonaba, separando velo tras velo de sonido, tanto más visible se tornaba el muchacho, tanto más claro se destacaba en la oscuridad, y al mismo tiempo se veía que esta visibilidad procedía de un tranquilo resplandor que partía de la mano extendida del muchacho, y se convertía en centro del acontecer con una fuerza que crecía suavemente: era el anillo, era el anillo asignado a Lisánias, por él ahora sostenido en alto como con orgullo, lo que despedía esos rayos, un manto de luz sobre las espaldas de Lisánias; y si su luz al comienzo sólo parecía como el fulgor de una estrella en el gris crepúsculo matutino o vespertino, al borde del apagarse o del encenderse, ahora en cambio era como la guía de un resplandor, que se cierra por delante, una sonrisa estelar mostrando el camino; en alto de la mano del niño, en alto para que alumbrara, llegaba en un soplo como bienhechor recuerdo desde el interior más íntimo del espacio terreno del olvido, que estuviera permeado de anchura, altura y profundidad, permeado de tiempo, permeado por el dolor de fuego y hielo; permeado él mismo de recuerdo, recibió el soplo luminoso del anillo, llegado suavemente como un eco, infantil como el eco, inherente como eco en la abertura dolorosamente feliz. Y es que ya nada tenía nombre, solamente el muchacho Lisánias llevaba todavía el suyo, y el recuerdo que penetraba aquí el presente sin recuerdo de forma tan incomprensiblemente feliz, este recuerdo en el estado intermedio de sensibilidad desensibilizada, este rastro luminoso listo para el olvido, de una antigua duplicación y escisión, en cuya llamada de eco participaba aún el muchacho Lisánias en virtud de su nombre, se perdía en la llamada, ya que entraba a formar parte, en un plano superior, de la docta ignorancia de la segunda infinidad; se perdía allí donde se deshace cualquier otro saber, se perdía como la irradiación del anillo, pero conservándose en esa irradiación, inundando la sonrisa de Lisánias, su voz que no quería hablar más, su mirada que no miraba ya hacia aquí, inundándole como música sin sonido, refluendo como perspectiva del muchacho por dentro, como docta ignorancia de la lejanía y cercanía a un tiempo, anegando el resplandor del crepúsculo, el resplandor de una crepuscular corriente que se oscurece, que, sin lejanía, sin vecindad, cierra en la unidad todo dualismo: el que mira, atravesado al mismo tiempo por la luz, ¡oh crepúsculo, oh interregno, fluido y fluido en el pasado, pasando y bañando el alma! Entretanto, aunque aún no era de noche realmente, el verdadero crepúsculo había pasado en realidad, atrás quedaba el interregno; entre los enjambres de estrellas incandescentes en plena claridad, la esfera solar descansaba en su rojo, oscuro y frío, muy baja, sobre el horizonte marino doradamente plomizo, plúmbeamente dorado, más aún, casi se hubiera podido creer que ya se había hundido y volvía a ser reflejado hacia arriba por una insólita refracción de la luz, pues como presa de la esfera inferior, como en un reflejo de su camino suboceánico, comenzó a rodar despacio a lo largo del horizonte y, atravesando allí una constelación tras otra, a tender hacia el punto del Oriente de donde debía alzarse otra vez portador

de la mañana, sol demorado en el ser de la noche, su reflejo o el sol mismo, en movimiento reflejado o propio, en prisión terrena o en etérea libertad, no era posible establecerlo, y los círculos del arriba y el abajo se cruzaban en la ignorancia, definitivos y grandes en la gloria de la rotante cúpula de estrellas: como si el viaje se dirigiera al sol, como si fuera éste el objetivo, como si el gesto nostálgico del muchacho indicara hacia el sol, el piloto seguía la ruta de la incandescente imagen, y la punta del esquife se mantenía siempre vuelta hacia el astro con un viraje sumamente lento, era arrastrada por él en un viraje auténtico o aparente, en un movimiento verdadero o aparente, sin que, menos que nunca, fuera posible distinguir uno de otro. Y es que en el curso del nocturno-no-nocturno acontecer el esquife se había alargado prodigiosamente y sin duda seguía alargándose, como se notaba por la creciente distancia del niño allá en la proa, como se percibía por el timonel hundiéndose allá lejos en la popa: prolongación del esquife hacia delante y hacia atrás, un crecimiento que consumía una parte de la velocidad de navegación y la absorbía, transformando la velocidad en crecimiento, en un crecimiento que lo abarcaba todo tan irresistiblemente que, de seguir, iba a detener por completo el viaje y la noche misma, más aún, convertiría lo inmutable que circulaba alrededor en inalterable; la navegación se había hecho infinitamente lenta y en igual quietud se extendía alrededor de la deslizante inmovilidad el orbe del arriba y abajo, reflejándose en el resplandor de los astros, tranquilo panorama de las esferas, reflejado en sí mismo, por encima de él el ojo gris de las aguas y el gris más oscuro del celeste ojo, ambos ensanchados uno en otro, ambos ensanchados en noche de claridad, ensanchados en la media luz sin duración, ni devenir, ni nombre, ni acaso, ni recuerdo, ni destino. Hacía ya mucho que el yacer no era yacer, tampoco había ya un estar de pie o sentado, no había más que un mirar libre del cuerpo y la deriva de un impulso, y si éste seguía vinculado al centro del esquife, también se hallaba tan desligado y suelto de él, que parecía como un desprenderse de las últimas cadenas, como el cumplimiento final de un presentimiento hace mucho olvidado, imposible de recordar, como regreso, en el hálito de un recuerdo, de un libre cernerse que presentía; cada vez más fuerte se tomó entonces el deseo de participar en ello, de realizar el presentimiento que se cernía ante él, de cernirse él mismo con el presentimiento, con lo no-recordado, que es al mismo tiempo el futuro presentido, de llegar así hasta el fulgor del anillo, de llegar así libremente hasta Lisianias, el único en llevar aún nombre, destino y recuerdo, ay, poder llegar así hasta la figura bañada de luz, que tal vez era todavía un joven campesino, pero que tal vez era ya también un ángel, ceñido de frescas alas de septiembre y por ellas etéreamente movido, ay, poder cernerse hasta allí, para tocar esas alas y escrutar una vez más el rostro recuperado, la profundidad desvelada del rostro a la luz buena y amiga del anillo de las estrellas, sintiendo profundidad tras profundidad; ay, cada vez más intenso se tornó el deseo, se tomó la nostalgia de que indicaba hacia la nostalgia, la nostalgia del suave zumbar de la antigua corriente, del blando murmullo gris en que había habitado el entonces..., deseo más doloroso que el dolor, que contiene toda la angustia de la despedida y quiere retener el último rostro, nostalgia más dolorosa que el dolor, que se defiende del último saber, temblando en la angustia de la despedida, pues por mucho que en el presentimiento del futuro esté sedienta el alma de su aquel cernerse en su última liberación, le es duro abandonar el estado intermedio del viaje y entrar en la segunda inmensidad; gravemente pesa sobre ella la prohibición de volverse hacia la infinidad familiar y vinculada del entonces, más grave aún el mandato de renunciar definitivamente a lo que fue ambiguo en favor de la futura univocación; por muy inequívoca y nostálgica que fuera la indicación del niño hacia el que viene, seguía en todo caso siendo ambigua, ambiguo el resplandor alrededor de él en reflejo y más reflejo, incandescente la imagen del sol, centelleantes las estrellas, pálido oro el disco lunar, sin dirección los destellos del anillo, de manera que lo pasado y lo futuro se entretejían en un solo resplandor, entretejido en múltiples formas y sentidos el resplandor oscuro de los mares y los cielos con el de la imagen precursora del genio, y aunque ésta siguiera inalterada en sí misma, inalterada en su gesto de futuro, estaba surcada por destellante inconsistencia, la atravesaban destellos de toda la multiplicidad y ambigüedad de lo ya sido, era inconsistente por su figura que incesantemente cambiaba, cambiante en sus rasgos, que una vez mostraban los de Cebes, otra los de Alejo, a veces también, pero más fugaz en el recuerdo que las de los otros, incluso la figura de Eneas, todas ellas, ciertamente, anónimas y una y otra vez recubiertas por el aspecto

propio de Lisantias, pero por eso mismo tentación también de buscar el pasado en el futuro, por eso mismo tentación de darse vuelta en lo que indicaba hacia delante; y sin embargo no eran ya más tentación, sino un nuevo saber, porque el muchacho se cernía en lo intocable seguro que no como seductor, apenas ya como conductor, sólo un indicador, un indicador hacia delante, cuya mano, so pena de que caiga, no debe ser tocada jamás..., la despedida; en verdad, ese desvelado, ese sabio despedirse descansaba también en la sonrisa flotante introvertida, del muchacho, y la despedida era un saber común, un saber de la superación del interregno, un saber de la segunda inmensidad, donde se detiene el viaje, un saber del barquero allá detrás, del práctico en la popa, brindando protección, brindando auxilio, brindando sosiego, que de ahora en adelante debía convertirse en el único guía, el guía último y definitivo sirviendo, porque, insensible a la creciente distancia y más allá de ésta, es el único que posee la fuerza de abarcar el alma con mano protectora, para que, amoldándose a la mano, yaciendo en ella, apoyándose en ella, en pie por ella, cediendo al amoroso mandato, sea capaz de tomar parte sin miedo en el saber, cerniéndose en la tensión entre seguridad y nostalgia, cerniéndose entre las inmensidades, alma pronta al saber, aguardando al saber, en espera sin espera. La flotante nostalgia comenzó a cumplirse, y su presentimiento se volvió realidad inminente. Cerniéndose, como el muchacho a proa allá delante, aspiraba el saber, aspiraba el viaje al sosiego en común cernerse, y cuanto más duraba, cuanto más seguía el crecimiento de la noche y del nocturno esquife —incalculable la duración, incalculable cualquier medida, impregnada de sombra, saturada de sombra la claridad nocturna—, tanto más fugaz se hizo la figura evanescente del muchacho, más y más fugaz se hizo, más y más desnuda, plegada a la claridad estelar, plegada a lo sombrío, despojada del vestido y más que del vestido, despojada hasta la perfecta transparencia; de este modo se cernían, el uno en el otro, la noche y el jovencito, oh transparentes. Aún no y sin embargo... ¿era ésta la antesala de la realidad? ¿la antesala de una patria sobre la que giran todos los soles, todas las lunas, todas las estrellas, llena de resplandor? Hacia allí indicaba el muchacho, pero su indicación señalaba hacia lo carente de dirección, que brillaba; allí se dirigía el esquife, pero estaba casi parado, porque su crecimiento evidentemente comenzaba a acercarse al límite de la inmensidad; era saber, saber nocturno, aún no el del día, sólo saber de un saber futuro —pero ya por eso mismo también saber plenamente válido—, saber ya, era un sabio dejarse atravesar por la corriente, más grande y más suave que cualquier flujo del éter y del agua, si bien cubierto como éste por el mismo cielo en la misma inmutabilidad... Quietud, inmutable y sin embargo dispuesta a entrar en nueva paz a un nivel superior, preparada para nueva quietud, saber, inmutable y sin embargo dispuesto a ordenarse en nuevo saber, más aún, preparado para él: como llevado por igual por la quietud y el saber, como alzado y liberado de su peso, lo que se deslizaba apenas era ya un esquife, era sólo una figura infinitamente flotante de la noche, que apenas rozaba ya las aguas y estaba a punto de disolverse en lo infinito; e infinito el mismo esquife, preparado para el descanso, se cernía entrando en lo inintuible sin dirección de la creciente inmensidad, se cernía hacia el arco iris de la noche, que también se cernía, extendido con sus siete colores de Oriente hacia Occidente como flotante puerta del tiempo apaciguado, sumergiéndose en lo líquido sin tocarlo. Lentamente como la navegación retardada hasta detenerse, lentamente como el vacilante astro solar, que, a medida que avanzaba, retardaba más y más, y casi hasta detenerse, su carrera hacia el punto de su nueva ascensión, muy lenta, imperceptiblemente en absoluto, se disolvió el esquife tomándose invisible vuelto invisible, y allí delante, donde antes estuviera la punta de la barca, allí lejos adelante en la lejanía crepuscular, allí se había despegado la figura de Lisantias y volaba por delante del esquife; radiante alzaba el vuelo en medio de la noche, como un gesto de guía alzaba el vuelo, cual mano indicadora, cual señal radiante; y fue como si la noche, anticipándose a su destino de caducidad, quisiera desplegar por última vez en toda la pompa del más acá y el brillo de las estrellas se hizo aún más intenso y, como un último saludo y cortejo, se habían reunido en cúmulo aún mayor que antes, se habían reunido en una última hermosura terrena, atravesadas por la Vía Láctea, visibles todas al mismo tiempo en toda la bóveda, aunque la mirada ya no debiera volverse, todas ellas sabidas, inefablemente sabidas, rostro a rostro de estrella, nombre tras nombre, aunque también hubieran entrado desde hacía mucho con sus nombres en el espacio del olvido, belleza, aunque desde hacía mucho elevada sobre toda belleza, un segundo espacio del recuerdo astral

dentro del primero, girando alrededor del frío polo celeste vigilado por el signo del Dragón, tan completas, tan llenas de signos, que hasta las ya desaparecidas emergieron de nuevo en un reflejo de las aguas: al norte dominaba el encorvado, brillante cuerpo de Escorpión, perseguido por Sagitario apuntando, mientras en el Oriente, largamente extendida, levantaba su centelleante cabeza la Serpiente, y abajo en el Occidente, más consciente de la despedida que todas las demás estrellas, descansaba el corcel de Pegaso, el del casco que abre fuentes, descansaba allí, al borde de la cúpula, al borde de la centelleante variedad; transparente hasta la última profundidad de la cúpula, la multiplicidad no era ya sino cristalina esencia fundamental, y era extrañamente conocida, extrañamente desconocida, como todo lo que contenía; vista en la más íntima capa de su esencia, en lejana cercanía, en cercana lejanía, había hallado también la espera llena de saber —multiplicado el esperar en la multiplicidad estelar de sus bóvedas, íntimamente visto el universo, imborrable su conocer conocido, el rostro de las estrellas intocable, invisible, inevocable, inaudible—; pero en los transparentes rayos de la profundidad del cielo se hizo la figura del muchacho, volando transparente en su desnudez, ella, la figura de Lisianias, que sin embargo se transformaba maravillosamente, que avanzaba y sin embargo seguía allí, ella, genio, símbolo, se hizo del mismo modo esencia fundamental, se hizo ella misma cualidad del universo centelleante, a cuya bóveda abierta voló, acogida por la puerta de siete colores del arco iris y atravesándola en su vuelo. Y mientras esto ocurría, incluso antes de que ocurriera, saltó en rojas llamas la Serpiente, saltó en llamas todo el Oriente del horizonte, se disiparon en rojo candente los siete colores, empalidecieron hasta convertirse en una evanescente franja de marfil; y es que el disco solar se había ido de su quieta órbita, se había alzado despacio, despacio hasta la casi imperceptibilidad, y sin embargo como perdiendo todo peso, como en el cernerse hacia lo alto liberado de todo peso, atraído por el giro infinito de la cúpula estelar, levantado por el gesto conductor de la volante figura de genio que volaba hacia él, alzado por el conjunto del suceso, donde uno es condición del otro, movimiento del contra-movimiento, detención de la contra-detención, unidos uno a otro, entretejidos uno con otro, reflejados en su interior desde el fondo cualitativo de toda esencia; era transformación y quietud al mismo tiempo, era en su constante quietud tan mutable, en su constante mutación tan quieta, pero en ambas tan agitada, tan quieta mudable vibración, que se volvió unidad del mudo canto de las esferas, sonando como suave golpe de platillos desde el ascender del astro del día, sonando como marfileño sonido de lira desde el gesto de la figura de geniecillo en vuelo hacia el disco en llamas, y los enjambres de estrellas fueron arrastrados en el vuelo por el mudo sonido, atraídas a la ascensión sapiente en el universo expectante. Ninguna estrella desapareció a pesar de la creciente claridad del orto, que había superado su propia claridad: estaban allí todas, cristal estelar en su bóveda, rostro permanente de las estrellas, expresión la más inefablemente clara, y la figura del genio, volando a través del ser cristalino, volando hacia el sol, se había ido definitivamente, definitivamente separada de la evanescente, flotante figura que una vez fuera esquife; y envuelto en el radiante manto de su brillo, iluminándose en una última transformación, en una última felicidad, dominando en ese creciente resplandor y más y más dominante cada vez, cada vez más amable, con el mismo rostro pero con nuevo nombre, el lejano rostro anónimo del muchacho se convirtió en el de Plocia Hieria, fundiéndose en una sola figura él con ella, ella con el niño, fundidos ambos en el gesto indicador cerniéndose entre luces, que había tomado ella de él, el anillo en el dedo de ella, hacia el Oriente. Para esperarla a ella, la nueva guía, se había deslizado la Serpiente, resplandeciente anillo a anillo, un trecho más del incandescente firmamento, atravesada por las llamas del sol y dominando el Oriente, mientras que a Occidente, cediendo al día, hundíase empalideciendo el corcel alado, con él su piloto que se lo llevaba, una vez que prestado su riguroso servicio, rota la cadena se retiraba ante el sol, hacia el cual había dirigido el viaje. ¡Oh última transformación! La figura del genio, originariamente enviada desde la primera inmensidad como recuerdo consolador, transformada ahora en la segunda en guía de esperanza..., ¿no debía desaparecer también definitivamente, ahora que estaba amaneciendo? ¿no debía regresar ella también a lo ignorado, a un saber de más alto, superior nivel y por amor de él? Volaba por delante, resplandeciente como el marfil, resplandeciendo de modo que su cuerpo se confundía en lo incorpóreo, al viento de las estrellas su cabello, una fría, delicada llama y fresca. La distancia de ella siguió aumentando aún, la mano

indicadora del anillo tocaba ya lo inalcanzable, tocaba ya la cúpula celeste; pero el resultado no fue desaparecer, fue permanecer, fue un demorar embrujado, entretejido con la luz transformada en día, como si esta transformación de la figura y aquella anterior que había experimentado él cuando se cernía por delante, fueran la misma cosa, una condición de la otra, una nacida de la otra, una florecida en la otra: el día había florecido, era y seguía floreciendo en delicado hechizo, descansando en su propia luz, transformado en sí mismo, desde que los fuegos del orto, entre los cuales había surgido, se habían borrado, y con él lo visible fue encantado en una permanencia delicadamente transformada; transformada estaba la suave luz dorada, encantada en azul celeste, y, con su brillo, sustentaba la cristalina bóveda del día, el amable, delicado cristal de la inmensidad, disolvía el semblante de las estrellas en algo delicadamente mate, de modo que la multiplicidad estelar, vencida por el resplandor del claro azul en que pendía, ya no despedía luz y —ópalos plateados las estrellas, de plateada leche el suave disco lunar, hálito marfileño el anillo tendido sobre el cielo como un recuerdo del brillo nocturno— también los rayos que irisaba el anillo en la mano de Plocia, se habían disuelto ahora, se habían perdido en un hálito marfileño aún más delicado, cuya fugacidad envolvía el vuelo de Plocia, empalidecida en un hálito su hermosura y sin embargo, confundidos ambos hálitos, la elevaba a lo definitivo más transparente, un brillo opalino en el azul madreperla. ¿Se había acabado el viaje? ¿era ya el momento? Ya no hacía falta ningún vehículo; estaba flotando en el aire, caminaba sobre las ondas y el silencio de la mañana le rodeaba en una primavera sin tiempo, le rodeaba el hálito del sosiego y del día sosegado, espirado hacia el cielo por el líquido espejo, espirado desde el cielo hacia las aguas doradas, unidos en la respiración el abajo y arriba, sosiego solar, sosiego estelar y sosiego marino en uno, en un solo aliento de primavera sin fin, y en ella se tomó paisaje, paisaje primaveral, cuando bajo la azul cúpula del sol, por ella elevada, por ella realizada, pero también realizante y sustentándola a su vez, surgió de las ondas la orilla, se alzó y desplegó, realidad totalmente liberada de metáfora, totalmente despojada de símbolo, realidad esperada sin esperanza, fin verdadero del viaje. Entonces hubo un soplo, aún más leve el hizo el cernerse, arrastrado ahora sin esfuerzo. Allí, bañada en la luz del alba, estaba Plocia, que había descendido de su vuelo por delante de él, allí estaba ella, la primera en haber llegado, para esperarle, y junto a sus cabezas centelleaba en opalina suavidad una estrella de ella, del cielo, centelleaba la estrella, bañada en la luz del alba. Si no hubiera existido este resplandor estelar y si el suave brillo de esta única estrella no se hubiera multiplicado por toda la cúpula, a pesar de su suavidad, con insistente perseverancia, que se imponía tan maravillosa como naturalmente en la dorada claridad de nuevo despertada y cada vez más fuerte, en verdad, hubiera podido ser casi una mañana terrenal de primavera, vida quedamente resucitada en claridad más diáfana; terrena casi era la figura de Plocia, ningún manto de rayos la rodeaba, y su mano estaba sin anillo y mate; pero había conservado su gesto indicador y señalaba al cielo, como si hubiera dejado el anillo en la estrella que imponía su brillo sobre ella, como si el resplandor del anillo se hubiese retirado a la estrella, transformado y unido con el panorama estelar en una vigilia dulcemente eterna.

Árboles enmarcaban el sitio en la orilla; sus calles frondosas salpicadas de sombra, subiendo suavemente hacia el interior, invitaban a acercarse, y el agua, quieta en su eterno espejo, bañaba sin embargo la playa con corto y leve flujo, bordeado de blanco, dejando atrás un liviano espumeo, que era como audibilidad en lo calladamente imperceptible, risueño murmullo del flujo y reflujo. El líquido elemento se hallaba detrás de él, el sólido delante, ilimitados ambos, pero también confundiendo sin límite entre sí, desembarco pero no todavía fin del viaje, pues no había un antes, apenas un después, y aunque sentía tierra firme bajo los pies, no era ni un estar ni un andar el suyo, sino más bien un estado intermedio del movimiento, un quedarse en el ser llevado, retenido en el estado liminal sin límite, retenido en el centro ilimitado del ser, que todo lo atrae hacia sí y todo lo retiene en la unidad de lo interior y exterior, silencio del centro...; ¿era el centro del ser lo así alcanzado? Sobresalía un árbol parecido al olmo, parecido al fresno, pero de ignotos frutos dorados, y como ahora la estrella brillaba a través del claro ramaje, confundido en su brillo la mirada de Plocia devuelta desde arriba, el eco de su mirada, su bienvenida y su saludo, la muda comprensión entre arriba y abajo se tomó reconocimiento libre de recuerdo, más penetrante que cualquier saludo,

se volvió fluido acuerdo entre quietud y movimiento, indistinguible en el interior y en el exterior, indistinguible dónde comenzaba el suceso, indistinguible si los bosques eran traídos hasta allí o si él era el llevado en un soplo hacia ellos, indistinguiblemente móvil el límite entre quedarse y avanzar: había desembarcado y sin embargo no acababa nunca el desembarco, y este deslizarse casi inmóvil sobre un terreno que parecía demasiado leve para cualquier pie, pero demasiado pesado para la ligereza de Plocia, este deslizarse hacia lo que se deslizaba al encuentro, no sólo le arrastró a él, sino también a Plocia, ambos obligados, ambos voluntariamente. El paso precavido, vacilante de Plocia era comprensible. Estaba desnuda en una desnudez bellamente natural, envuelta en naturalidad, desnuda como el geniecillo del que había surgido, y la gracia de su desnudo sin desnudez recibía el mudo canto de las esferas, para ser recibida por él, acogida por su etéreo sonar, acogida por su sonar constante, mudo y para siempre. ¿Desnudez? También él estaba desnudo; lo notó sin notarlo realmente, tan poco se avergonzaba de esta desnudez, y tampoco la de Plocia se notaba: a pesar de su seducción amorosa, apenas si podía verla ya como mujer, sí en cambio la miraba desde dentro, desde el íntimo fondo propio de ella, y apenas la miraba ya como mujer, sí en cambio como la esencia más transparente, ya no como mujer, ya no como virgen, sí en cambio como la sonrisa que anima todo lo humano, como rostro humano abierto a la sonrisa, que está libre de vergüenza y sacado por encima de sí mismo al sufrimiento de una preparación irrealizable, sacado a un amor extasiado y extasiante; extrañamente conmovedor, extrañamente invernal era este sonriente y amoroso señalar hacia la estrella flotante allá en la luz virginalmente fría, extrañamente fría, más aún casi infantil por la claridad virginalmente liberada del sexo era esta nostalgia enviada a la inmensa claridad de la más lejana esfera. Y sin embargo, el señalar nostálgico era también ya cumplimiento. La transparente capa de crepúsculo —tendida entre el arriba y el abajo, e, impenetrable para todo lo terreno, veda a la canción de la añoranza terrena penetrar en las esferas infinitas, de modo que contra esa impenetrabilidad se vuelve eco, eco del alma, eco exterior, aunque imperfecto, del mudo rostro interior y, más imperfecto todavía, del canto anhelado de las esferas—, esta pared del eco separadora se borra y desaparece cuando se cumple el milagro de lo no-terreno, cuando interior y exterior se funden entre sí uniendo uno con otro el yo y el todo, y, así como luego no necesita de canción terrena, de ninguna canción de nostalgia ni de amor, y tal vez ni siquiera ya de un mostrar a lo alto, porque la nostalgia está cumplida y el canto de las esferas resuena al mismo tiempo dentro y fuera, así se había convertido aquí la íntima esencia de Plocia en propiedad del todo, en esa validez universal que, eliminando lo casual de lo terreno y del nacer terreno, lo sublima a la vez, eliminando lo vergonzoso del azar y su figura, desvelando lo liberado del azar, lo liberado de la vergüenza, la tremenda dignidad de la inocencia sublimada y originaria. Caminaban, se cernían a través de la inocencia de la última simultaneidad, la inocencia de la última esencialidad, que es simultánea permanencia en toda transformación de la figura, la verdad en toda transformación de la esencia, en toda transformación del error; caminaron a través de la inocencia que no mide ni ha aprendido aún a medir, la dulce y terrible inocencia, la dulce inocencia, terrible y tremenda en su desmesura, dulce y tremenda en el reposo de su simultaneidad..., y dulce y terrible de tanta verdad era la diáfana quietud de la mañana, eco inmenso del rostro de las estrellas, del rostro del hombre, del rostro del animal, del rostro de la planta, sin medida. Aquí, en el jardín desmedido e inmenso, en su idílica feracidad, en su terrible idilio, irrumpían, agraciados con la desnudez inocente, absueltos de la desnuda culpa; el bosque se extendía umbroso y las flores crecían más altas que árboles, y entre las flores, sin sobrepasarlas, estaban árboles ramosos; y de cualquier clase que éstos fueran, robles o hayas, amapolas o cinamomos o narcisos, alhelíes o lirios, hierba o maleza, ninguna planta había que no hubiese alcanzado todos los tamaños, y en sosegada simultaneidad lo desmesurado se sucedía a lo desmesurado, el tallo de hierba alcanzaba la altura de una torre, rígido y rodeado de la hiedra, cerca del musgo desarrollado como un arbusto y atravesado por arroyos, esencia existente cada una de ellas y sin embargo confundándose entre sí por todas partes de diáfano sosiego umbrío. Y es que en todo el sosegado verdor que rodeaba a los viajeros con un murmurante soplo, fresco como la piedra, pendía la oscuridad de su íntimo suelo de las raíces, la oscuridad del abismo de las raíces, que había empujado hacia arriba lo vegetal y lo impregnaba hasta la fibra más externa, reflejo del último rostro, en el que una vez más se reflejan el

rostro de las estrellas, el rostro del hombre, el rostro del animal, el rostro de la planta, una vez más y ahora desde lo terrenal, ligado en la última unidad de su vida terrena, reflejo del más profundo rostro de la tierra y de su reposo sombreado de madre. Entonces la deriva del marchar, del caminar, del cernerse se tomó sosiego, se tomó la deriva de un sosiego, acogido por una esperanza en olor de laurel, por el universo abierto en sonrisa sosegada. Del mismo modo reposaban en derredor los animales, reposaban terrenalmente, reposaban vegetalmente, desmedido su reposo, desmedido su aspecto, inmensa su figura en lo grande y lo pequeño, impregnada de oscuridad, a menudo durmiente. Y si velaban, sus ojos seguían a los viajeros que pasaban: se asombraban los grandes ojos del buey, que sin miedo yacía junto al león, y el ojo del león, soñoliento e imponente, velaba sin amenaza; anfibios gigantes de largo cuello miraban con amarillos ojos de dragón desde la copa de las hayas, grandes sapos con figura de lobos guiñaban entre nenúfares y umbelíferas, sorprendido se columpiaba acechando tenso un pájaro enano con cabeza de águila sobre blanco ligustro en flor, y rígido volvía el insecto el cuerpo acorazado sobre patas tubulares largas como brazos, para mirarles sin párpados; algunos animales se dispusieron incluso a acompañar a los viajeros. Sólo la serpiente se alejó con un brillo verdoso de sus largas ondulaciones, deslizándose por el verde esplendorosamente dorado de la hierba y la hojarasca. De la zarza salvaje pendían rojas uvas, de la dura corteza de la encina rezumaba la miel blanca de escarcha; membrillos verdigrises, castañas, ciruelas amarillas como cera y manzanas doradas pendían en los bosques, y sin embargo no era preciso tocar la fruta para saciarse, no era preciso inclinarse sobre el agua para obtener un refrigerio; refrigerio y saciedad llegaban invisibles por los aires, una sonrisa enviada desde la inocencia libre de vergüenza, enviada desde gran sonrisa del jardín, desde su profundidad inmensamente desmedida, anónima, muda, sin rostro, sonrisa sin rostro descansando en sí misma. Un perfume de flores se tendía como bóveda sobre los ríos, se tendía de bosque en bosque, impregnando de sol, y dondequiera que vagaran, a lo largo de los ríos o a través de los rubios campos ondeantes o sobre los puentes invisibles, dondequiera que llegaran, brillaba sobre sus cabezas llena de sosiego la estrella de la mañana, el heraldo de la bendición del sol por el Oriente, el suave Lucífero, que, falto de luz propia, deja presentir la luz infinita, delicado reflejo anacarado del arco iris, su último eco en la bóveda del todo. Primaveralemente desmedidas, primaveralemente llenas de paz se elevaban las montañas, una sonriente dureza, y en el sosiego desnudamente sonriente de las rocas se elevaban al cielo las paredes blanquecinas de los desfiladeros, apenas salpicados ya de verde, el duro esqueleto de la creación; pero por encima de la calva roca verdecían en oro claro los matorrales de las cumbres, sobre los cuales giraban sosegadamente águila, buitre y halcón, sin lanzarse sobre los corderos que pacían, sobre el manchado cabrito, que allá al borde del bosque, donde las pendientes en negra sombra se convierten en los pastos del valle, come tranquilamente en el follaje; y aquí donde corren los arroyos, murmurando entre los olorosos prados, entre las orillas verdeantes de temblorosos juncos, aquí donde los estanques retienen en su reflejo el astro del cielo, ahí, quieta en el blando flujo, reposaba la muchedumbre de los peces de redondos ojos, jugaban profundas sobre el último fondo de claridad las sombras de los cuerpos, y sin embargo tampoco las garzas reales que pasaban volando allá en lo alto, se lanzaban sobre ellos. Sol había y sombra, pero no sólo sol, no sólo sombra, pues el claro círculo sombreado de ópalo en la cúpula allá arriba era más que cielo, más que tierra era la umbrosa oscuridad de los jardines, sembrada de estrellas aquí abajo, y presa a toda la inmensidad del arriba y el abajo, inmensa la cúpula, inmenso el jardín, los dos tenían límites, los dos estaban encerrados en la verdadera, en la segunda inmensidad, en la inmensidad de la verdadera luz y de la distinción verdaderamente divisoria que forma no la figura ya de luz y sombra, sino sólo de su más íntima esencia y así la hace conocible, de manera que también aquí oscuridad y luz se entremezclaban, y ni arriba ni abajo podía hallarse nada que no hubiera sido al mismo tiempo estrella y sombra; hasta el espíritu del hombre, vuelto estrella, daba ya la sombra del lenguaje. Descansaba el espíritu. Y estrella y sombra eran los que aquí vagaban; sus almas iban de la mano, liberadas del lenguaje; en casto sosiego liberado del lenguaje se hizo entre ellos el entendimiento, y los animales que les seguían, participaban de él. Descansando caminaban y luego descansaron de su descanso, descanso en el descanso, porque atardecía. Rodeados de animales descansaron y alzaron la vista a la cúpula que giraba hacia Occidente,

alzaron la vista hacia la quieta estrella, presintiendo en ella lo invisible de la segunda inmensidad, tras la cúpula estuvieron mirando hasta que el disco solar se hundió de nuevo en el crepúsculo y su mirar fue como un mirar de belleza..., ciertamente ya más allá de la belleza, pues a pesar de toda la gracia, de toda la levedad, de toda la profundidad, de toda la simetría, los rayos que recibían tan sin esfuerzo, no eran en modo alguno la bella ignorancia, no, eran saber, irradiado desde los más íntimos y extremos límites de todo ser, no sólo quizá como símbolo, no sólo quizá como símbolo del límite, no: era la esencia misma del ser, y participaban de ella con tan poco esfuerzo, que ya nada les resultaba extraño, todo les parecía familiar, impregnado todo punto por la lejanía, toda lejanía convertida en vecindad, y aquí como allá todo se volvía lejana inmediatez, recibida en común por ellos y creando el íntimo entendimiento de sus almas. Mas luego, cuando, haciéndose el crepúsculo más denso, descansaron también ellos y entraron en el descanso de la noche, y cuando él, descansando bajo el astro, cuyo brillo opalino comenzó nuevamente a brillar, ya pronto sólo tuvo ojos para este resplandor de estrella, no para la compañera que descansaba a su lado, no para los animales que descansaban alrededor, entonces fue cuando realmente la fascinación de la estrella se tornó realmente visión interior del todo, tanto del todo propio como del acontecer alrededor de él, fue cuando realmente se volvió compenetración consigo mismo, con cielo, estrella, sombra, animal y planta, se volvió doble compenetración con Plocia conociendo y conociéndose a sí mismo en la doble visión interior; y cuando alma, animal y planta se reflejaron mutuamente, totalidad en totalidad, fondo esencial en fondo esencial, y él mismo se reflejó en el fondo de oscuridad de Plocia, entonces reconoció en ella niño y madre, se reconoció a sí mismo refugiado en la sonrisa materna, reconoció al padre y al hijo no nacido, reconoció a Lisantias en Plocia y Lisantias era él mismo, reconoció al esclavo en. Lisantias y el esclavo era él mismo; reconoció al antepasado y al descendiente primigenios en el círculo del anillo que desde la mano de Plocia había subido al cielo, arrastrando consigo el origen de los rayos, y reconoció en ello la fusión del universo más allá del destino, la fusión luminosa de las capas y miembros de la esencia, reconoció el unitario ser del fondo del ser, que era lo más íntimo suyo y sin embargo no solamente suyo propio sino también el del alma de Plocia, oh, hasta tal punto el de ella que, aunque brotada de otras raíces, viniendo de otro origen, ascendiendo de otra animalidad, había tenido que llegar hasta él a pesar de todo, pasando por muchas superficies de espejos, por espejos y más espejos, llegada como reflejo de su alma y reflejándose una vez más en ella equilibrio desplazado de toda esencia. A la sombra de espejos y más espejos, reflejado en sí mismo, se durmió. Aun así, sin dejar de conocer en sueños, sentía el inextinguible perdurar de la fusión y el reflejante penetrar de Plocia en sí mismo, en todas sus partes constitutivas, el penetrar en lo sensible e insensible, penetrando totalidad en totalidad de su vida, en las óseas rocas del esqueleto, en lo arraigado en la tierra, en lo vegetal, en la madera de la médula, en lo animal de su carne y de su piel; sintió a Plocia hacerse una parte de sí mismo, de su alma, de su íntima visión, y sintió posarse sobre él su mirada, viendo como veía la suya propia en ella, desde dentro. Cadena de antepasados era su sueño y también de descendientes; la fila de seres que había recorrido como esencialidades y aquéllos cuyo semen llevaba en sí, se habían unido a su sueño, se habían reducido a su yo durmiente, habían penetrado en él, penetrado con Plocia, ya sin nombre... reflejo sin espacio de todo devenir, erigido en el interior del sueño, pero, en su reflejo, desarrollado de nuevo como espacio allí donde sobrevino el despertar. Se desplegó en claro día, en el que despertó, rodeado por las imágenes de todas las esencias, bañado por el reflejo del sol, la estrella sobre sí, aunque el despliegue del equilibrio se había simplificado, ya que faltaba Plocia. Había desaparecido sin que fuera una pérdida, dejada atrás en el segundo espacio del recuerdo, infinitamente olvidada, infinitamente inolvidada; nada había cambiado, porque nada se había perdido, nada podía perderse, y sin cambiarle a él, Plocia se había convertido en parte suya, sin seguir siendo, seguía. El mudo canto de las esferas continuaba. Sólo la sonrisa faltaba en el jardín por el que ahora debía caminar solo, pues tan sólo el sosiego sonríe y nada más. Y seguramente era inquietud, o al menos una falta de sosiego, lo que le hacía seguir y seguir vagando. ¿O se debía este desasosiego tal vez a los animales? ¿le venía de los animales? Cada vez más numerosos se unían a él, para acompañarle en su camino; llegaban de todas partes, inaudible el paso de sus patas, de sus cascos, de sus plantas, de sus garras: un trote imperceptible y sin embargo regular, o más

exactamente, una flotante vigilia común, unida en el paso de marcha espectralmente inquieto, vigilia que se fundía con la propia y forzaba también su marcha al paso inaudible de los animales; cuanto más duraba, tanto más animal se tornaba su marcha, tanto más fuertemente le sobrecogía una metamorfosis animal, tanto más imperativa subía desde abajo, desde el suelo, de los pies en marcha, ascendía por su cuerpo en marcha y cada vez más le llenaba lo animal, y el animal erguido que se sentía..., animal de abajo arriba, animal de arriba a abajo como unas fauces abiertas, aunque no hiciera presa, aunque no como una zarpa aunque no llevara caza, como alas y como pico, aunque no atacara, y llevando en sí el animal, viendo el animal desde dentro, oía el mudo lenguaje de los animales, oía con ellos, les oía por dentro, oía cómo continuaba resonando en sí la muda canción de las esferas, sustentada por el eco de la más profunda oscuridad de la tierra, un entendimiento con lo precriatural, con lo precreado, que dormita inquieto sobre la oscuridad en el fondo de toda animalidad y trenza por completo su mudo lenguaje: si antes había sido un conocimiento de cualidades, un conocimiento de esencialidades de lobo, zorro, gato, papagayo, caballo, escualo, ahora se desvelaba además lo animal sin cualidades en una cualidad aún no nata y por hacer, aún informe, y, visto desde dentro, en el abismo abierto, se entregaba al conocimiento el suelo de lo subanimal, lo infraanimal, reconocido como la más íntima raíz de toda esencialidad creada; todo lo que alrededor tendía sin palabras al lenguaje con lengua demasiado pesada o demasiado leve, enseñando los dientes por ser aún increado luchando por la creación, era la multiplicidad de incontables animales y sin embargo el animal a secas, era su multitud disgregada como gotas de lluvia, pero unida en la totalidad, del mismo modo que las gotas están en la nube cargada de lluvia, humedad que cae y vuelve a elevarse a la totalidad desde el entramado de las raíces; esta totalidad animal en su invisible transparencia era objeto de su conocimiento cierto; a ella se sabía abocado con la animalidad del transparente paso de su cuerpo. Transparente era la luz, más transparente aún el resplandor cognoscente tras la cúpula del cielo, el conocer resplandeciente que significaba la quieta estrella allá arriba y que enviaba al transparente flotar de la vigilia, de manera que hasta los animales parecían presa de él. Todo el día duró el vagar sin objetivo y sin descanso por los inmensos campos y al caer el sol aumentó aún más la inquietud; en toda su extensión, más allá de los montes y los valles hasta lo ilimitado, el jardín comenzó a llenarse de intranquila inquietud, y cuando la esfera solar se hundió y se colocó roja candente sobre el profundo horizonte, el caer de la noche se tomó acontecer desmedido: el paso de los animales cobró de repente un objetivo, se hizo unitario, más aún abarcándolo todo; venían de todas las laderas, de todos los bosques, de todas las direcciones y caminaban a lo largo de los ríos hacia las grandes aguas, hasta los peces se dirigían río abajo, sin angustia, sin prisa, pero ciertamente por una orden imperativa, pues inmediatamente después de pasar los animales, se cerraron las orillas de los ríos, la tierra fue empujada por las raíces de las plantas que crecían irresistiblemente, todo lo vegetal subió disparado a insospechable altura, todo el ramaje se multiplicó en un impenetrable caos, humeando la tierra en la masa de un brotar primigenio donde sólo podían vivir salamandras y batracios, y la espesura se hizo demasiado espesa aun para los pájaros, de modo que apenas si aún podían anidar en las cimas más altas; ni un solo animal de entre los muchos rebaños se perdió en esta transformación, ni uno solo murió; sólo desaparecieron, desaparecieron en los mares de la noche, desaparecieron en el éter de la noche, se pasaron a lo escamado y emplumado que puebla los mares de la noche y del día, los aires de la noche y del día. Y él, que había marchado con todos, él el animal erguido, él, ahora sin párpados, sin sueño, con ojos de pez, con corazón de pez, se encontró en las marismas, se encontró erguido en toda su estatura, cubierto de algas marinas, escamoso, anfibio, entretejido de plantas, vegetal; sólo que no había perdido el cantar de las esferas, lo seguía oyendo, seguía cantando: seguía siendo hombre, nada había perdido, intacto seguía palpitando en él el gran sentimiento humano de caminante y la estrella del Oriente seguía brillando sobre su cabeza. Así esperó a la mañana, él, un monstruo erguido y sin embargo hombre que espera a la mañana. De nuevo vino la mañana y el sol acampó sobre húmedas nieblas; como un vaho de brumas subieron las nieblas de la inmensa llanura de verdor que se extendía sobre el antiguo jardín —un solo ser vegetal de pesado aliento, alto como un monte—, mientras arriba el cielo despejado, irisado en la luz gris de la aurora, espejo tembloroso de la verde superficie abajo, pesado el aliento como ésta, se fue cubriendo de niebla cada vez más

densa, para volver a caer convertida en nube, y el ópalo del resplandor de las estrellas se difuminó en gris. El lo vio y aguardó la lluvia. Mas no llovió, aunque los pájaros volaban muy bajos, nubes de pájaros y otras bandadas de animales similares, rodeando con silenciosos graznidos su cabeza inmóvil y a menudo posándose sobre sus hombros. Con los pies apretados entre peces, iba pisando por el agua salobre, iba pisando a lo largo de la orilla, buscando algo que no habría sabido indicar, seguramente no a Plocia, tal vez más bien el lugar de la playa en que ella le había recibido; pero no había modo de encontrar nada, nada era reconocible, ningún árbol sobrepasaba los demás en la uniforme cubierta verde, y en su caminar, cuya duración no tenía medida temporal, se detuvo de nuevo no lejos de la orilla, ya fuera porque el lugar en el que estaba le retenía encadenado de forma inexplicable, ya fuera porque le había invadido un cansancio inexplicable, casi vegetal, y aunque sus brazos eran como alas, con las que hubiera podido sobrevolar las cimas verdes, no se movió. Era como la intuición de una inmovilidad inminente. Algo indecible volaba arriba, algo indecible nadaba abajo, algo desmedidamente monstruoso volaba arriba con las aves, nadaba con los peces, desmesuradamente alimentado, desmesurado de figura, y el arriba se mezclaba con el abajo, porque constantemente alzaban el vuelo de las aguas nuevas bandadas de pájaros, constantemente se hundían en el agua nuevas bandadas de pájaros, transformados unos y otros en figuras de dragones, constantemente cambiantes, en un trueque de escamas y de plumas. Más y más se perdió la diferencia entre lo que volaba y lo que nadaba, de un mismo huevo procediendo su esencia, y era como si ellos mismos penetraran de regreso en lo indiferenciable de su condición de rebaño, como si fuera su propio deseo tornarse unidad indiferenciada, como la unidad vegetal, cuya verde cubierta gigantesca no admitía un solo brote individual; aunque pudieran volar todavía, aunque pudieran nadar todavía o, por el contrario, agarrarse como plantas al fondo marino —cada uno todavía en su propia figura individual, ya fuese con plumas, con escamas, con coraza o con piel, ya fuese con patas, con zarpas, con aletas o con picos—, en sus ojos y no-ojos estaba la mirada de la serpiente, con cara de reptil, con cara de anfibio, y esta condición de ofidio en la que de este modo penetraban y a la que volvían, era como una última condición de criaturas, propia de todos ellos como su última particularidad común, vegetal-animal y primigenia y aun el último fondo cualitativo antes de lo creado, desde el que los seres han sido creados a la vida y único en garantizarles la permanencia en la vida y en la creación. Más y más se acumularon en una espesa, impenetrable aglomeración los animales que volaban y nadaban, más y más se entremezclaron de monstruos, más y más se transformaron en tales, cada vez más amenazados por lo increado y lo pre-creado, más y más se colmaron de ello cielo y mar hasta la más profunda profundidad de la transparencia, pues cada vez más se hizo evidente que, justamente aquí, todo confluía, que justamente el lugar en que se había detenido, atraía de todas partes, como un poderoso centro, el acontecer criatural. Y entonces se hizo visible también el fondo fontal de las aguas, su más profundo abismo radical, la fuente dentro de la fuente, y allí, en el más profundo fondo de la fuente, yacía enrollada alrededor de la nada del centro la serpiente, con todos los colores del arco iris y sin embargo transparente como el hielo, cerrada formando el círculo del tiempo. Lo transformador en virtud de su propia inmutabilidad. El pozo se ensanchó como un cráter, cual si el anillo de la serpiente debiera abarcarlo todo, y lo que llegaba a su vecindad, quedaba yerto, inmóvil, inmóvil todo nadar, inmóvil todo volar, inmóvil ante la mirada de la serpiente, enviada desde la nada, enviando la nada. ¿Es que aún había animales?... ¿no tenían que perder aún su última esencialidad todavía en una última transformación, inexorablemente apropiados por el ojo de la serpiente? Yerto estaba también el cielo, yerta la cubierta de nubes monótonamente gris de la que no quería caer lluvia, y el sol, como una informe mancha de luz sorda y muerta, describía detrás su inmóvil órbita. Y él, el hombre, que había permanecido hombre, pese a toda su comunidad con lo increado, él, en medio de su comunidad con el animal salido del huevo, con la planta brotada de la semilla y uno de ellos, transparente en él mismo la pluma, la aleta, la hoja, el alga, quedó incluido por el yerto acontecer, también él inmóvil en su espera sin espera, también él criatura sordamente precedera; pero su ojo humano no había perdido nada de discernimiento y él sabía del rostro de las estrellas tras la nube. La mancha solar, oscurecida de noche, un resplandor rojo grisáceo, alcanzó entonces el límite inferior del día, y las estrellas, encendiéndose con su vigor nocturno, lograron atravesar con su centelleo la cubierta de niebla,

vacilantes al comienzo, luego cada vez más claras; lentamente volvieron a estar todas y en todo su brillo, ciertamente no sólo arriba, sino también abajo, convirtiéndose aquí en un segundo cielo estelar, el del reflejo, que titilaba tanto en la negra profundidad de las aguas, cuanto en la húmeda y negra cubierta de lo vegetal, y hacía de ellas un solo espejo negro, una sola cúpula, tachonada de estrellas; nada distinguía ya el oleaje vegetal de las aguas, los mares habían inundado lo vegetal saltando sus orillas, lo vegetal en cambio los mares, y entre las estrellas de arriba y las de abajo se cernían yertos los animales del aire y del agua. Eco de estrellas era la cúpula inferior... ¿No era también la superior eco de plantas? Unidad arriba como abajo, una y otra sostenida por el doble cielo, por el doble mar, se unían en una sola totalidad concrecida de plantas y de estrellas, abarcando el mundo y tan cerrada en sí misma, que en su espacio no podía existir ya la menor individualidad, que ninguna estaba permitida, que todas se disolvían: águila o garza o ave dragón, ballena o tiburón o reptil nadador, eran ya sólo un todo, no eran más que una sola cubierta de lo animal, una sola esencia que llenaba el espacio, y se tomó cada vez más transparente, una niebla animal, que al fin se disipó en lo invisible, en lo más invisible, disuelta en lo sidéreo, absorbida por lo vegetal. La totalidad animal había penetrado en la noche, se había extinguido el aliento animal del mundo, ningún corazón latía ya; y la serpiente helada estalló, la serpiente del tiempo estalló. De repente, no retenida por ningún tiempo, la noche pasó al pleno día; de repente y liberado de los tiempos, el sol se hallaba en el mediodía, rodeado por una multitud opalina de estrellas, en la que no faltaba estrella alguna, ni siquiera la blanquecina luna, y así también en multiplicada claridad resplandecía detenido el astro del Oriente; así ocurría arriba, mientras que en el espejo inferior, no menos de repente, comenzó un último crecimiento monstruoso de lo vegetal, como una lucha contra su encadenamiento a la tierra de raíces y tallos, como un intento de alcanzar más allá de sí y reventar lo vegetal, para ganar en lo superdesmedido una individualidad y una movilidad casi animal: al calor de la repentina luz y seguramente también impelido por todo lo animal que había acogido en sí, infra-animal en cambio en su desenfreno sin voluntad, crecía el verdor desde su entramado de raíces infinitamente unificado, se propagaba por encima de sí mismo, primigenio el humus del ser, proliferante primero, cuyo brotar y crecer incesantemente cambiante, incesantemente renovado, retenido todavía por tallos de colas, domado por tallos de serpientes, pero desde hacía mucho ni árbol ni hierba ni flor, subía disparado a lo inalcanzable, convulso y liso, ensortijado y recto en terrible, en insospechable salvajismo..., y él, que podía también contemplarlo, que debía hacerlo, movido también por la animalidad incorporada en la planta, tomaba parte en el crecimiento de lo vegetal, se volvió él mismo vegetal, interior y exteriormente, pulsado por la savia de la tierra, con raíces, con corteza, con tubos, con madera, con cáscara, con fronda, permaneciendo empero humano, inmutable el ojo de hombre: aunque se pierda una cualidad tras otra, aunque una esencia tras otra sean superadas y abandonadas por la creación, el ojo sigue siendo humano mientras mira hacia delante, y a través de todas las transformaciones el ente queda para él inolvidado en el olvido —ahí dejado en segunda infinitud—, no sólo en sus secuelas sino en su influjo, imborrables los astros. Planta vidente era él y sin embargo no aspiraba a nada que hubiera dejado atrás, ni siquiera a lo animal. Transcurrieron horas que ya no eran horas, el día no tenía fin, sin fin, sólo sin fin —ni rápidas ni lentas— giraban las estrellas, sin fin era el avanzar del sol y sin fin el crecimiento alrededor, el eónico crecimiento vegetal que todo lo abarcaba, en el que él mismo tomaba parte vegetalmente: eónico y tan sin fin, que quietud y movimiento se transformaban uno en otro y, exentos del tiempo, se unían en un sosiego indistinguiblemente fluido, eónicamente tan transformados uno en otro, que —tan repentinamente como surgiera el día— rompió súbita la noche del círculo estelar, de su reposo en infinito movimiento, como una tiniebla primigenia que se hubiera mantenido oculta tras las extremas cúpulas sidéreas, y ahora, independientemente del curso de las luces, más aún, sin extinguir una sola siquiera de las luces, colmó la bóveda del ser de negro impenetrable: brotó la íntima oscuridad de los mundos, esa oscuridad irrealizada que es infinitamente más que mera pérdida de la luz o pobreza de luz o ausencia de ella, ya que no puede ser penetrada por el sol en plena fuerza ni alumbrada por el más alto mediodía; así pues el sol seguía en todo su esplendor meridiano, inalterado y como inmutable incluso ahora en el cenit, en medio de la plenitud de todas las estrellas; pero al igual que éstas se hallaba enmarcado en la más

profunda nocturnidad nocturna, una figura de la noche, hundida en el escudo de la noche y junto con la plenitud astral era reflejado de la negrura superior en la inferior, su imagen se duplicaba, un sol inferior, un cenit inferior, apresado por el pozo del centro, en cuya profundidad manante nadaba su esplendor, de nuevo alzado por las aguas de la creación, eco rodeado de negras ondas, pasando en la fluida simultaneidad. Rostro de estrellas arriba, rostro de estrellas abajo, y en la doble negrura de la duplicada cúpula de la noche se ajaba el verde del oleaje vegetal en un pálido resplandor anfibio, en una luz propia de lo vegetal, de manera que éste alcanzaba una visibilidad casi transparente hasta en los últimos retoños de las ramificaciones y cruces de su crecer impetuosamente salvaje. No menos luminosas, no menos visibles se tornaron las raíces bajo tierra y bajo el agua y en seguida formaron con los tallos y las ramas, con todo el tempestuoso brotar, un tejido unitario pálido y salvaje, que se extendía en todas las direcciones de la bóveda nocturna, arrastrándose en todas direcciones, creciendo disparado en todas direcciones, enredándose en todas direcciones, tan sin dirección casi, de puro dirigirse a todas, como el mismo espacio infinito, espesura etérea colgando de sí misma; y sin embargo seguía hacia arriba, en la dirección que marcaba el resplandor superior, el invisible juego de líneas estelar en que se halla dibujado primigeniamente el invisible rostro radiante del cielo y hacia el cual es llevado todo eco. Hacia arriba y hacia abajo creció ahora también el pozo del centro, se extendió hacia arriba y hacia abajo, todo él manando, vuelto transparente en la propia luz incipiente, tomándose vegetal, apenas ya pozo, sino más bien un árbol transparente que se ramifica, el eco del sol en su profundidad de raíces, entrelazado con la radiante inescrutabilidad del crecimiento de plantas y de estrellas, y casi irreconocible se hizo si aún había un límite entre planta y estrella o si estrella y planta no comenzaban ya a unirse en la imagen primigenia, entrelazados eco estelar y eco vegetal, crecidos uno en otro, uno en otro fundidos mutuamente hasta las profundidades de espejo donde se tocan sin límites uno con otro los firmamentos superiores e inferiores y se articulan en la esfera de los mundos. Invisible-visible era el acontecer de los firmamentos, visible pero irreconocible...; mas él, el observador, también él presa del crecimiento universal, él, el transido de vegetal, transido de animal, también él se extendió de firmamento a firmamento, se extendió por las edades sidéreas del universo y estando en plena tierra, con raíces animales, tallos animales, frondas animales, estaba al mismo tiempo en la más remota esfera estelar. de modo que a sus pies yacía la imagen de la Serpiente, transidas de raíces sus siete estrellas y profundamente hundida en el Oeste, mientras, configurado en su corazón, centelleaba en doble trítono el signo de la Lira, e inmensamente más arriba su cabeza llegaba hasta las más altas cimas de la cúpula, hasta la estrella del Oriente, sin alcanzarla, pero llegando a su altura, estrella de la promesa, cuyo resplandor de infinito había sido su compañero de camino, para convertirse ahora en inmediata cercanía, cerca, cada vez más cerca. El mismo ya sin rostro humano, sólo punta vidente de árbol, miraba arriba, hacia la estrella, miraba arriba, al rostro del cielo que había reunido y transfigurado en sí los rasgos de toda criatura, unidos rostro de hombre y de animal, miraba hacia el pozo del centro, —transparentemente luminoso, portador del sol, vuelto al sol—, que en su ramaje con oceánico fluir, con oceánico trepidar, aprisionaba el orbe de los mundos para una futura unidad, y el mismo corazón preso del temblor, encerrado en lo oceánico, temblaba y fluía; pero hacía tiempo que no era corazón, no, tan sólo lira, convertido en Lira, como si en sus cuerdas sidéreas tuviera finalmente que sonar lo prometido, no aún la canción misma, pero sí su anuncio, la hora de la canción, la hora del nacimiento y del renacimiento, la hora, esperada sin espera, de la doble dirección, la hora del canto al cerrarse el círculo, obertura de la unidad de los mundos en un último aliento universal: era preparación, poderosa preparación, poderosa en su tensión; pero la Lira no sonó, no pudo sonar, no debía sonar, pues la unidad en la que aquí se cerró el ente, trepidando oceánicamente de firmamento en firmamento, era una unidad del poder vegetal de crecimiento, era unidad en absoluta mudez vegetal y bajo absoluto silencio estelar, era absoluta quietud del universo, absolutamente silencioso aun en la monstruosa fuerza con que se realizaba la unión. En efecto, el brotar juntó todas sus fuerzas en un último intento de extenderse hasta el final, hasta el extremo pálido resplandor su fuerza terrenal, pálida sacudida el esfuerzo con que empujaba las copas de su transparencia hasta el último y supremo borde de la tenebrosa cúpula, tan incontenible en su impulso de crecimiento, tan

irresistible, dominando las estrellas, dominando el cielo, que también los cielos, como en rechazo de ese asalto, como en defensa contra lo vegetal, se superaron en un último incendio, en una última y llameante inaccesibilidad del rostro celeste de la media noche ordenado por el sol, dirigido hacia el sol; ese rostro creado emergió resplandeciente lo humano más puro que nunca, más puro, grande, suave, piadoso, transfigurado, transparente, y sin embargo destinado a la extinción, domeñable, siempre domeñado, domeñado por el ímpetu del crecimiento vegetal, absorbido por la fuerza absorbente del abajo radical oscuro y pálido, y se desvaneció el rostro celeste, recubierto por la espesura del éter, se desvanecieron los astros uno a uno; uno tras otro se desvanecieron en el propio reflejo levantado hasta cada uno de ellos, acogidos en una unión que es un doble desaparecer; a pesar de ello, inextinguible en la extinción, ninguna luz de estrella se perdió, cada una siguió subsistiendo, imperecedera desembocaba en el resplandor propio de lo vegetal triunfante, una luz tras otra precipitándose en la contraluz y preñándola hasta tornarla energía desmesuradamente creciente, condensándose cada vez más en ella, creciendo cada vez más, hasta que finalmente el mismo sol se precipitó en su reflejo, acogido por el ramaje transparente en llamas del pozo de los mundos, también él desvaneciéndose en el reflejo, desapareciendo con éste en el ramaje del olmo del centro, centelleante hasta la altura, que por un instante, por el breve instante de la caída, se había desarrollado en la plena pompa de su extensión de firmamento, pendiendo de su corona, firmamento tras firmamento, frutas doradas por el sol, para luego como disiparse en un mudo sollozo, desvaneciéndose con la estrella y la estrella reflejo, con el sol y el sol eco, desaparecido en el pálido resplandor universal del universo vegetal saturado de estrellas, que llenaba el cielo. Había sido alcanzado el límite de lo vegetal, la expansión del crecimiento cubría todos los espacios, cubría los cielos y la plenitud estelar se hallaba incorporada; el pozo que allá en el centro manaba otorgando la vida estaba agotado, disuelto en fresca luz; había pasado el apogeo. Y el universo vegetal, agotado por el inmenso esfuerzo de su asalto, sin aliento tras su último centelleo, se exhalaba a sí mismo en mudos suspiros; como un pálido rastrojo de luces pendía en la tiniebla, visible en ella, aunque sin iluminarla; pero con el agotamiento de su fuerza expansiva se agotó también su resplandor, su claridad fue entregada paso a paso a la tiniebla, en cuya segunda inmensidad fue infinitamente aventada y disuelta; también el pozo de los mundos y el ramaje de los mundos habían sido disueltos en el infinito, y con enervado marchitarse de la visibilidad se marchitaba el resplandor vegetal en la tiniebla, rezumando en ella. Tiniebla primigenia dominó lo que aún era; a ella y su mudez estaba entregado el ser, a ella solamente encomendado, apagado el aliento vegetal, que ya no dividían ni resplandor de plantas ni de estrellas; inmóvil se cernía la balanza del tiempo, tranquilo sin un soplo su equilibrio, y en la negrura sin aliento, rodeados de mutismo primigenio lo interior y lo exterior, retuvieron el aliento. Sombra proyectada en lo infinito, aunque aún no confundida en él, palpitaba la noche primigenia, si bien aún no definitiva; demasiado vivible seguía esta tiniebla, para que no guardara en sí, como todo lo accesible a los sentidos, su propio contrario, y aunque también hubiesen muerto para siempre las edades del cielo, aunque también hubiesen muerto las del corazón, todavía rezumaba una mancha de luz en la tiniebla, casi como si ésta hubiera conservado en sí la palidez luminosa de las plantas y astros, uniéndolos muy esencialmente —común de roca primigenia el fondo esencial de astro y planta preñado de tiniebla—; cedió una vez más la tiniebla y entregó el espacio a una indefinida claridad que anunciaba el día sin ser día, y sin embargo era más que día extendido sobre el ente, sin ningún aliento sidéreo, sin ningún aliento vegetal, sin ningún aliento animal, día de los mundos despojado de aliento. Negras como la noche, se extendían las ondas inmóviles bajo la luz sin sombra de los mundos y ningún sol reflejaba más; pálidos como la noche en la luz sin sombra, los bosques de raíces altos como montes, que ya no habían recuperado su verdor, cubrían inmensamente el inmenso campo de la tierra, marchitándose. Pero él, despojado de lo animal, despojado de lo vegetal, estaba hecho con barro y tierra y piedra, alto como un monte, torre sin forma ni figura, roca de barro inarticulada, pétreo gigante informemente poderoso, informemente elevado, y sin embargo carente de dimensiones frente al inmenso escudo de la tierra, que se combaba bajo el escudo del cielo —óseo escudo de asta y contraescudo—, inmensa superficie del escudo de la tierra, cuya ósea rocosidad pisaba, no, sobre la que se movía, no, sobre la que era llevado, él, sin rostro pétreo; con todo, en un presentimiento, veía la luz tras el escudo de la

bóveda celeste, la veía porque la estrella de la mañana, tocada por su cabeza, se había hundido en su rocosa frente como un ojo, como tercer ojo sobre los otros dos pétreamente cegados en la piedra, sobre ellos como un ojo que ve, dotado de la facultad de distinguir y divino, pero con todo ojo humano. Cada vez más escasos se tornaron los pálidos bosques gigantescos, cada vez más cansado el caos de su reptante ramaje; cada vez más flojos sus troncos marchitos se arrugaron hacia el suelo, del que otrora había germinado su impetuoso crecer, ya muertos mientras se marchitaban; y cuando de este modo lo vegetal, transparente, se confundió marchito hasta su último residuo con la tierra, de manera que ya nada quedaba sino la más desnuda roca extendida a lo ancho de los mundos, roídas por la piedra las raíces hasta la última fibra, hasta la más transparente, entonces, volvió la tiniebla al espacio de los mundos, volvió a convertirse en noche, noche de los mundos desnuda de aliento, despojada del aliento, sin aliento, que no era ya noche y era más que noche, terrible, aunque no causara temor, enorme la potencia de la creciente plenitud de su tiniebla. Así se cumplió sin duración ni tiempo, sin cambios, aunque tampoco aún definitiva todavía como algo visto y sentido, pero a la vez ya más allá, más allá de noche, y sin noche, y mientras todo se cumplía así, sintió desvanecerse lo firme y consistente, el suelo se hundió bajo sus pies, hundiéndose en la inmensidad, hundiéndose en el olvido, en la infinidad del olvido, en su marea de infinito recordada sin recuerdo, que aparecía en la unidad la copia con la imagen primigenia y en su fluir licúa de nuevo la tiniebla de la tierra..., espejo del cielo y espejo del mar fundidos en un único ser, tierra que se torna luz. Y como líquida luz, tras una imponderable pausa de eternidad, fue devuelto lo hundido de la infinidad a la cúpula celeste y la cúpula se tomó de nuevo luz; mas el retorno no se volvió recuerdo; olvidadas siguieron piedra y tierra, olvidado aquello sobre lo cual había caminado y de lo cual había sido formado, y la informidad de su figura de gigante era tan inaprensible en su transparencia como la luz, tan inaprensible como la fluida cúpula de los mundos que le rodeaba, la más transparente sombra: ya sólo constaba de un ojo, el ojo de su frente. Así se cernía entre los líquidos espejos, se cernía en el espacio entre las líquidas nieblas de luz del arriba y el líquido oleaje del abajo, y la luz de eternidad oculta tras las tinieblas se reflejó en las aguas, fundando la unidad, sosteniendo la unidad. Suave era la morbidez de la niebla, suave la morbidez del fluir de las aguas, ambas unidas por la suavidad de la luz, y le pareció que era una mano muy grande la que le llevaba a través de este crepúsculo doblemente suave, de este ser doblemente suave, maternal en su blancura, paternal en su sosiego, que le envolvía y le llevaba más y más eternamente. Y ahora, como para fundir la suave unidad del arriba y del abajo en unidad aún más entrañable, para eliminar la última separación entre la humedad superior y la inferior, comenzó a caer la lluvia. Un suave orvalho fue al comienzo, luego se hizo cada vez más densa y finalmente se convirtió en un único río de agua, que caía a través del espacio, casi lento en su envolvente morbidez, en su suavidad de tiniebla grande como la inmensidad, tan envolvente, tan omnipresente en su fluir, que ya no era posible saber si las olas se precipitaban hacia arriba o hacia abajo; total se había vuelto la tiniebla, total la unidad, en la que ya no hay dirección alguna, comienzo ni fin. ¡Unidad!, unidad sin fin, ni siquiera cuando su tiniebla se hubo realizado totalmente y de ella rezumó otra vez la luz, pues así ocurrió ahora; en medio de la tiniebla se había corrido, como de un leve golpe, como de un leve soplo, la cubierta de la cúpula celeste, de repente se había abierto con un resplandor maravilloso y era como una gran estrella grande en la redondez del cielo, era un solo ojo, en el cual se reflejaba el suyo, y era al mismo tiempo arriba y abajo, cielo dentro y fuera al mismo tiempo, íntimo y extremo límite a la vez, encerrando el cristal de la unidad, en cuya transparencia se había reunido todo lo húmedo. Y el brillo cristalino se tornó totalidad del universo, se tomó la totalidad de lo celeste y lo terreno encerrada en la radiación del cristal, infinitamente imperdible en la infinita refracción y el infinito reflejo, pues el resplandor primigenio era la totalidad del ser, brillando primigenia en un único brillo del ser, y era comienzo y fin y nuevo comienzo, éxtasis de cristal el rostro de las estrellas. Mas ¿dónde estaba en este universo su propio rostro? —¿le había acogido ya el cristalino recipiente de las esferas, o se hallaba en una nada, eliminado de todo lo interior y lo exterior...? ¿es que estaba allí siquiera, él, que ya ni siquiera se cernía, él, a quien ya ninguna mano sostenía?—. Oh, él era, pues miraba, él era, pues esperaba; pero su mirar, extasiado, proyectaba sus rayos en la radiación, era a la vez lo cristalino mismo, y su espera, esta aspiración expectante por la mano sustentadora, para que

pulse las cuerdas de la transparencia universal, y haga sonar el corazón del todo, el corazón del esperar y del que espera, este esperar sin esperanza era al mismo tiempo la espera del cristal mismo, saber cristalino sobre el crecimiento, cristal que —sabiendo— quiere desarrollarse hasta una quietud aún más completa del aliento, a tal extremo voluntad de cristal, a tal extremo eco previo del futuro canto de las esferas, a tal extremo eco previo del éter, que la luz se precipitaba una vez más en la tiniebla en un último incendiarse del universo, en un último incendiarse de la creación, la luz en la tiniebla volvió a precipitarse; pero a la vez volvió a abrirse también a la tiniebla, ambas unidas —en la caída y la contracaída— en una unidad que ya no era cristal sino sólo, todavía, oscurísima radiación todavía, ya no una cualidad cualquiera, ni siquiera la del cristal, sino lo carente de cualidad mismo, el abismo sin bordes de los mundos, la matriz de toda cualidad; el centro de la estrella se había abierto, el centro del anillo: la nada procreadora, abierta a la mirada del sinmirada... la vidente ceguera.

Entonces pudo volverse, entonces le llegó la orden de volverse, entonces se volvió.

Ante su ojo que volvía a ver, volvió a transformarse entonces infinitamente la nada y se convirtió en lo que es y lo que fue; infinitamente volvió a extenderse al círculo del tiempo, para que el círculo volviera a cerrarse, tornándose infinito; infinito el panóptico del cielo, infinita la cúpula del cielo, que volvía a combarse, infinito el infinito escudo del mundo, bordeado por el arco de siete colores en infinito recuerdo. Volvió a hacerse la luz y la tiniebla, otra vez día y noche, otra vez noches y días, y otra vez se ordenó lo infinito según la altura, anchura y profundidad, se establecieron las direcciones del cielo en su cuaternario número abierto, hubo arriba y abajo, la nube y mar; y en el medio del mar se levantó otra vez la tierra, la verde isla del mundo, cubierta de plantas, cubierta de praderas, mutación en lo inmutable. Salió el sol en el Oriente a su redonda ruta el círculo y nocturnas le siguieron las estrellas, llegando hasta el Polo Norte, en cuyo centro sin astros reina la Libra justiciera sosteniendo su balanza, iluminada desde arriba por la radiante cruz del Norte. Y en la luz matinal águilas y gaviotas atravesaron el alto aire, se cernieron alrededor de la isla, y los delfines emergieron para espiar el mudo canto de las esferas. De Occidente venía el cortejo de los animales, venían al encuentro del sol y las estrellas, venían hacia ellos los animales de la selva y de los campos, unidos en paz sin lucha, el león y el toro y el cordero y la cabra con hinchadas ubres, y todos iban hacia Oriente, buscando al pastor de Oriente, buscando el rostro humano. Y en el centro del escudo de los mundos se hizo visible en medio del ser y el habitar infinitamente humanos, visibles por última vez y sin embargo: la paz sin lucha, el rostro humano en paz sin lucha, visible como la imagen del hijo en los brazos de la madre, unido a ella por la triste sonrisa de un amor en el recuerdo. Así lo vio él, así vio al niño, así a la madre y eran para él tan extremadamente familiares, que casi hubiera podido llamarles por su nombre, aunque, seguro, sin poder hallarlos; de todos modos, aún más familiar que el rostro y el nombre inhallable era la sonrisa que unía a niño y madre, y parecía como si en esta sonrisa se hallara contenido ya todo el *sentido* del infinito acontecer, como si en este sonreír se anunciara la ley llena de sentido..., la clemente y terrible gloria de la suerte humana, producida por la palabra y en esta procreación ya sentido de la palabra, consuelo de la palabra, gracia de la palabra, intercesión de la palabra, fuerza de ley de la palabra, renacimiento del Verbo, una vez más expresado y expresable en las imágenes terrenas, insuficientes y sin embargo las únicas aún suficientes, del humano hacer y vivir, en ellas anunciado y conservado y repetido por siempre jamás. En amoroso conocimiento, la palabra asumió la nostalgia del corazón y la del pensamiento en gran comunidad, se convirtió ella misma en imperecedera por su necesidad, asumiendo la nostalgia del huésped por convertirse en hijo, cumplida su misión. Atraídos de esta manera por el llamamiento de la palabra, comenzaron a murmurar los arroyos y los ríos, con suave rumor golpearon las olas en la playa, se movieron los mares azules como acero y leves, movidos por los ínfimos fuegos del Sur, y todo se veía de golpe en profundidad simultánea, se hizo de golpe perceptible: vuelto hacia la infinitud, que antes dejara tras de sí, vio a través de ella la inmensidad del aquí y ahora, miró atrás y adelante al mismo tiempo, y el zumbido del pasado, hundiéndose en lo invisible sin recuerdo, ascendió al presente, se convirtió en fluida simultaneidad en la que descansa lo eterno, primigenia imagen la de todas las imágenes. Entonces se estremeció y grande fue este escalofrío, tan definitivo que casi era bondadoso, pues el anillo del tiempo se había cerrado

y el fin fue el comienzo. Se había hundido la imagen, desaparecidas las imágenes, sólo seguía el rumor, conservándolas invisiblemente.

Fuente manante en el centro, luciendo invisible en la inmensa angustia del saber: la nada llenó el vacío y se hizo el universo.

El rumor continuó, sobresaliendo de la confusión de la luz con la tiniebla, ambas revueltas por el alzarse del sonido, pues sólo ahora comenzó a sonar y lo que sonaba era más que tañer de lira, era más que cualquier sonido, era más que toda voz, puesto que era todos juntos y a la vez surgiendo de la noche y el universo, surgiendo como entendimiento, más alto que toda comprensión, surgiendo como significado, más alto que todo concebir, surgiendo como la pura palabra que era, superior a todo entendimiento y significado, definitiva y comienzo, poderosa y dominadora, temible y protectora, propicia y tronante, la palabra del discernimiento, la palabra del juramento, la pura palabra: así le sobrevino rumorosa, hacia él pasó por encima de él, fue en aumento y se volvió cada vez más fuerte, se hizo tan avasalladora, que nada podía sostenerse ya ante ella; el universo se disipaba ante la palabra, disuelto y superado en la palabra, mas conservado y contenido en ella, aniquilado y creado de nuevo para siempre, porque nada se había perdido, porque el fin se unía al principio, renacido, volviendo a procrear; la palabra se cernía sobre el universo, se cernía sobre la nada, flotaba más allá de lo expresable y lo inexpressable, y él, sobrecogido por la palabra y rodeado por su rumor, se cernía con la palabra; no obstante, cuanto más le envolvía, cuanto más penetraba él en ese mar de sonido y era penetrado por él, tanto más inaccesible y grande, tanto más pesado e inaprensible se tornaba la palabra, un mar cerniéndose, un fuego cerniéndose, pesado como el mar y leve como el mar, sin dejar por ello de seguir siendo palabra: no pudo retenerlo y no debía hacerlo; para él era inconcebiblemente inefable, pues estaba más allá del lenguaje.

Apéndice
Fuentes documentales

Las fuentes históricas sobre la vida y obra de Virgilio no son muy abundantes. Evidentemente han sido tomados en cuenta en *La muerte de Virgilio*. En general se trata de obras generales muy conocidas, por lo cual resulta superflua una bibliografía.

En cambio podría resultar interesante dar a continuación un ejemplo de las leyendas que se elaboraron alrededor de la figura de Virgilio en la Edad Media:

PUBLIO VIRGILIO MARON descendía de familia modesta, especialmente por lo que se refiere a su padre, quien, según cierta tradición, habría sido alfarero; la mayoría narra que al comienzo fue criado a sueldo de un mensajero del estado llamado Magnus y que por su diligencia llegó pronto a ser su yerno. Cuando su suegro le transfirió la administración de sus cosechas y rebaños, su patrimonio creció por la adquisición de bosques y la apicultura.

Virgilio nació el 15 de octubre del año 70 a. C. en el pueblo de Andes, no lejos de Mantua.

Su madre Maya, durante el embarazo, soñó que daba a luz una rama de laurel y que veía cómo, al tocar la tierra, echaba raíces y crecía, como un árbol unido con flores y frutas diversas. A la mañana siguiente, mientras visitaba con su marido una propiedad vecina, salió del camino y dio a luz. Se cuenta que, al nacer, el niño no lanzó un gemido y tenía un rostro tan delicado que ya en ese momento indicaba la inequívoca esperanza de una suerte favorable. Además se agregó otro presagio. Un renuevo de álamo, que según las costumbres locales fue plantado en el mismo lugar después del nacimiento, echó tan pronto raíces que alcanzó (muy pronto en altura) a los álamos plantados mucho antes. Por eso fue llamado el árbol de Virgilio y además, a consecuencia de la más devota veneración por parte de las madres que estaban encintas o acababan de dar a luz, éstas hacían allí votos y los cumplían, pues el árbol era tenido por sagrado.

Pasó la primera niñez hasta los siete años en Cremona. Y a los diecisiete años recibió la toga viril. Fue el mismo día en que murió el poeta Lucrecio.

Mas Virgilio pasó de Cremona a Milán y de allí muy pronto a Nápoles. Después de haber estudiado allí con mucho celo ciencia latina y griega, dedicó su mayor atención y toda su diligencia al estudio de la medicina y las matemáticas.

Cuando superó a todos en saber y experiencia, pasó a Roma y, después de haber logrado la amistad del caballerizo del Augusto, curó rápidamente muchas y diversas enfermedades, de las que caían víctimas los caballos. Y pocos días después, aquél hizo dar a Virgilio la merced del pan de cada día como si fuera uno de los caballerizos.

En esos días los habitantes de Crotona enviaron en regalo al César un caballo joven de extraordinaria hermosura. A juicio de todos, el animal dejó concebir esperanzas de fuerza y gran velocidad. Cuando Virgilio lo vio, dijo al caballerizo que el animal era hijo de un caballo enfermo y que no sería ni fuerte ni veloz. Y esto también se encontró exacto. Cuando el caballerizo lo comunicó al Augusto, éste ordenó que se le pagara un salario doble.

Cuando el Augusto recibió en regalo desde España unos perros, Virgilio dictaminó sus padres y pronosticó su ánimo y velocidad. Al saberlo, el Augusto hizo doblar nuevamente el salario de Virgilio.

El Augusto no sabía si era hijo de Octavio o de otro padre, y creyó que Virgilio podría aclarar el problema, porque había reconocido las cualidades de los perros y los caballos (así como) sus padres; le llamó a un rincón alejado de su palacio y, así solos, le preguntó si sabía quién era y qué posibilidades tenía de hacer felices a los hombres.

—Sé —contestó Marón— que tú, César Augusto, posees casi el mismo poder que los dioses inmortales para poder hacer feliz a quien quieras.

—Tengo la intención —repuso el César— de hacerte muy feliz, si contestas acertadamente las preguntas.

—¡Oh, si pudiera yo —dijo Marón— contestar bien tus preguntas!

Entonces dijo el Augusto:

—Todos creen que soy hijo de otro hombre.

Marón contestó sonriendo:

—Te lo diré sin dificultad, si dispones que hable como pienso, libremente y sin temor a castigo.

El César juró que no tomaría a mal nada que dijese, y que además no lo dejaría ir antes de haberlo hecho.

Entonces Marón, con los ojos fijos en los ojos del Augusto, le dijo:

—Es más fácil reconocer las características de los padres en las demás criaturas mediante la matemática y la filosofía; con el hombre es imposible. Pero acerca de ti tengo una suposición muy parecida a la verdad, por la que podría saber quién fue tu padre. El Augusto esperó atentamente lo que diría Virgilio. Y éste continuó:

—Por lo que puedo juzgar, eres el hijo de un panadero. El César se asombró y pensó en seguida cómo había podido ocurrir.

Virgilio le interrumpió y dijo:

—Escucha cómo llego a esta conclusión. Cuando anuncié y predije algo que no pueden saber más que los hombres más preparados y experimentados, tú, Señor del mundo, ordenaste cada vez que me dieran pan como salario. Tal es el comportamiento de los panaderos y sus hijos.

Al César le gustó la explicación:

—Ahora por fin —dijo—, recibirás regalos no ya de un molinero, sino de un rey generoso.

Le apreciaba mucho y le recomendó a Polión.

Virgilio era de imponente figura, tez oscura, de aspecto campesino (pero de) inconstante salud, pues casi siempre sufría dolores de cabeza, garganta y estómago; a menudo escupía sangre. Apenas tomaba alimentos y vino.

Se dice de él que tenía pasión por los niños. Pero la gente buena cree que amó a los niños como Sócrates amó a Alcibiades y Platón a su muchacho. Pero entre todos amó sobremanera a Cebes y a Alejandro. A este último en la Égloga Bucólica le llaman Alejo. Ambos le fueron dados por Asinio Polión, y no los dejó sin instrucción: Alejo fue gramático y Cebes poeta.

Se supo que amó a Plocia Hieria. Asconio Pediano afirma que solía contar a sus discípulos que había sido incitado por Vario a hacer vida en común con la mujer, pero que él se había negado a ello muy obstinadamente.

Por lo demás está comprobado que fue tan recto en su vida, en sus opiniones y en su porte, que en Nápoles le llamaban generalmente «Partenias». Y cuando se hallaba en Roma, donde iba rara vez, al ser visto en público, solía ocultarse en la casa más cercana, huyendo de los que le seguían.

Cuando el Augusto le ofreció los bienes de un desterrado, insistió en no aceptarlos. Gracias a la generosidad de sus amigos poseía cerca de diez millones de sestercios y tenía una casa en Roma sobre el Esquilino, cerca de los jardines de Mecenas. Pero usaba con preferencia el retiro de Campania y Sicilia. Todo lo que solicitó del Augusto, le fue siempre concedido.

Entre los estudios que hemos citado al comienzo, siguió dedicando su mayor esfuerzo a la medicina y, sobre todo, a la matemática.

A los cincuenta y dos años, cuando estaba a punto de dejar terminada la *Eneida*, se decidió a viajar a Grecia y Asia Menor, para dedicar exclusivamente tres años ininterrumpidos a la corrección de todas las faltas, y así poder dedicarse para el resto de sus días exclusivamente a la filosofía. En Atenas se encontró con Augusto, que volvía del Oriente a Roma, y decidió no apartarse de su séquito e incluso volver con él a Italia; pero, al visitar la vecina ciudad de Megara en medio de un calor tórrido, sufrió un ataque de debilidad; su salud empeoró tanto con el largo viaje por mar, que llegó a Brindis en mucho peor estado y murió en pocos días (el 21 de septiembre, siendo cónsules Cn. Sencio y Q. Lucrecio). Sus restos fueron trasladados a Nápoles e inhumados en una colina mortuoria junto al camino a Puteoli.

Antes de partir de Italia, Virgilio había acordado con Vario que, en caso de que le pasara algo, quemaría la *Eneida*. Pero Vario se había negado con vehemencia a hacerlo. Por eso, cuando ya se encontraba muy mal, pidió constantemente los manuscritos, para quemar por sí mismo la *Eneida*; pero nadie se la trajo, así que, aunque no tomó disposiciones expresas sobre el manuscrito, sin embargo legó a Vario y Tucca sus escritos bajo la condición de no editar nada que él mismo no hubiera editado ya. Vario, sin embargo, movido por Augusto, editó los escritos de Virgilio, si bien sólo superficialmente corregidos.

Esta leyenda, cuyas raíces se remontan a la Edad Media —como lo indica inequívocamente su latín eclesiástico—, fue hallada por el autor en una edición de la *Eneida* del siglo XVII.

La *muerte de Virgilio* contiene alrededor de unos cien pasajes de los poemas virgilianos; están incorporados en su mayoría a la narración como tal, algunos sin embargo aparecen como verdaderas citas. De éstas se indican a continuación las más importantes:

Pág. 136: Fácil es el sendero que desciende al Hades y siempre encontrarás abiertas... (*Eneida*, IV)

Pág. 155: Mas mujeres ciconas, que por amor del muerto él desprecia, hicieron pedazos... (*Geórgicas*, IV)

Pág. 165: Se cubren de espuma las ondas del mar, revueltas por los golpes de los remos... (*Eneida*, VIII)

Pág. 192: Todo en torno atraía al alma y las miradas, grave el lugar de pasado... (*Eneida*, VIII)

Pág. 236: Tendidos en la seca arena, restauramos los fatigados cuerpos... (*Eneida*, III)

Pág. 251: ¡Nunca más cantaré canciones, ni soy ya vuestro protector! (*Égloga*, I)

Pág. 257: Un nuevo y noble orden está brotando hoy de los linajes jóvenes... (*Égloga* IV)

Pág. 261: Dos son las puertas de los sueños: si el sueño ha sido verdadero... (*Eneida*, IV)

Pág. 271: ¡Imposible escaparte de mí hoy, dondequiera que llames, aparezco! (*Égloga* III)

Pág. 281: Todo lo que una vez cantara Apolo ante el dichoso Eurotas... (*Égloga* VI)

Pág. 295: Y sea ahora el lobo el que huya de las ovejas, pomas doradas lleve la dura encina... (*Égloga* VIII)

Pág. 305: Playa de Accio magnificada en la guerra de Ilión... (*Eneida*, III)

Pág. 307: Ve del escudo en el centro el combate de Accio, el tumulto... (*Eneida*, VIII)

Pág. 313: Otros arrancarán al bronce figuras con más vida, animarán el mármol... (*Eneida*, VI)

Pág. 335: De la magnificencia del Eón... (*Égloga* IV)

Pág. 358: Oh, se alza el Lucero bañado por las olas oceánicas... (*Eneida*, VIII)

Pág. 359: Aun la brillante esfera de la luna, aun el fuego del sol... (*Eneida*, VI)

Pág. 380: A ti, la nueva estrella de lentas lunas cercada, allí donde la ruta de Erigona... (*Geórgicas*, I)

Pág. 381: Reina en el Cielo Zeus el tronante, mas en la Tierra eres tú, oh Augusto, el dios visible... (Cita de Horacio, *Carmina*, Liber Tertius, V)

Pág. 394: Mira al César allí y a toda la gente Julia subiendo a la alta bóveda del éter... (*Eneida*, VI)

Pág. 413: Mira, se eleva la estrella, el astro de Eneas, que pertenece al César... (*Égloga*, IX)

Agradecimientos

El autor huyó de Alemania en 1938 completamente sin recursos. Durante su permanencia en Inglaterra, le fue facilitada la continuación de su trabajo en *La muerte de Virgilio* por la asistencia recibida del P. E. N. Club de Londres; lo mismo ocurrió después de su llegada a América, por la ayuda de la «Fundación Americana para la Libertad Cultural Alemana» de Nueva York, así como del «Trust Oberlaender» de Filadelfia; la terminación real de la obra se realizó gracias a una beca de la «John Simon Guggenheim Memorial Foundation». Es un grato deber del autor repetir aquí su reconocimiento a estas organizaciones y a sus funcionarios.

El autor recuerda con conmovido sentimiento —y no puede dejar de expresarlo en la edición alemana— la amistad y la colaboración de Jean Starr Untermeyer, que interrumpió por casi cinco años su propia labor, para dedicarse por entero a *La muerte de Virgilio* y a su traducción inglesa; ningún agradecimiento puede retribuir su generoso sacrificio humano y artístico.

A todos los demás amigos, que acompañaron con viva participación el devenir de este libro, debo dar cordialmente las gracias, especialmente a miss Manan Paschal. Muy profundamente reconocido está el autor también a su amigo doctor Erich Kahler, que le ha asistido de la forma más desinteresada en las difíciles tareas del establecimiento final del texto, y al amigo Wolfgang Sauerländer por haber asumido la corrección de las pruebas de imprenta.

Hermann Broch